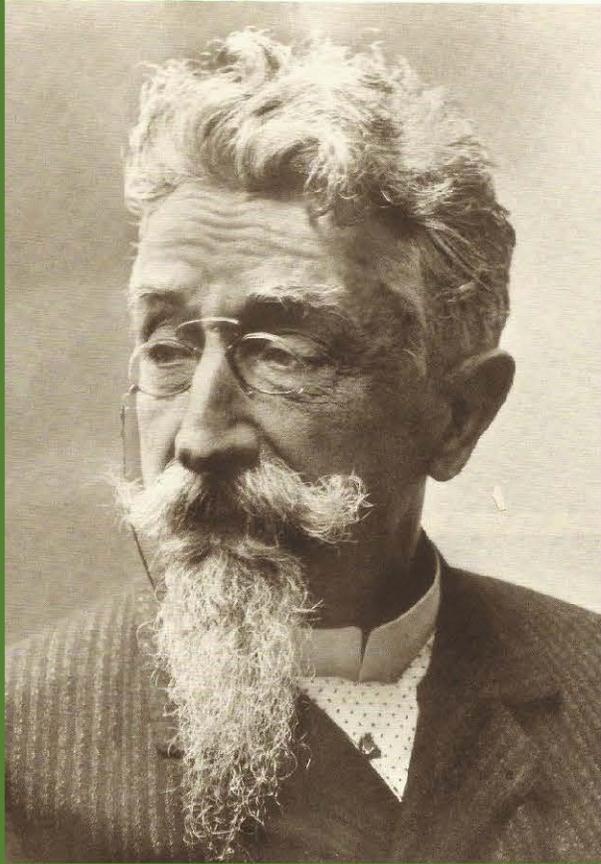


Salvador García Castañeda



**PEREDA PINTADO POR SÍ MISMO
(1851-1906)
UN EPISTOLARIO
VOLUMEN I**

**Sociedad Menéndez Pelayo
2023**

PEREDA PINTADO POR SÍ MISMO
(1851-1906)

UN EPISTOLARIO
VOLUMEN I

Salvador García Castañeda

Pereda pintado por sí mismo (1851-1906)

Epistolario

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Salvador García Castañeda, 2023

Primera edición: 2023

ISBN: 978-84-940931-4-2

DL: SA-613-2023

DOI: <https://doi.org/10.55422/ppsm.6>

*Para Susana, mi mujer, sin cuya cariñosa y eficiente colaboración
y sus indispensables conocimientos electrónicos no habría podido
yo dar fin a este trabajo.*

«Lo malo» — escribía Emilia Pardo Bazán — «es que entre las postales, el telégrafo y el teléfono, la carta se muere, la carta desaparece, la carta pasa a ser un recuerdo histórico, un cachivache de antaño, y la generación nueva acabará por no saber cómo se redacta una carta, pues ha prescindido completamente de ese medio de relación». (*La Ilustración Artística*, 14 de octubre de 1901).

Me he permitido reproducir esta cita por su oportunidad, aunque en estos días los adelantos electrónicos han dejado muy atrás a las inocentes tarjetas postales, al telégrafo, al teléfono, y al mismo correo, (al que los americanos llaman «snail mail»), que preocupaban a doña Emilia. Como autor de muchas cartas y receptor de tantas otras entrañables de gente ya ida, y como lector y editor de epistolarios, reacciono siempre con tristeza cuando llego a saber que alguno de estos testimonios de tanta historia personal y literaria ha desaparecido por incuria o en un auto de fe.

Índice

VOLUMEN I

| | |
|---|-----|
| Agradecimientos | 11 |
| Nota al lector | 13 |
| Estudio Introductorio..... | 15 |
| I | 15 |
| II..... | 263 |
| <i>El Pereda de las cartas</i> | 263 |
| <i>La imagen que proyecta. «Mis soledades»</i> | 281 |
| <i>Ideas y creencias</i> | 295 |
| <i>Las lecturas</i> | 302 |
| <i>La salud</i> | 310 |
| <i>Las mujeres</i> | 314 |
| <i>La familia</i> | 321 |
| <i>El hombre de negocios</i> | 328 |
| <i>Recomendaciones y favores</i> | 329 |
| <i>Participación en la vida pública. Polémicas</i> | 336 |
| <i>Viajes y paisajes</i> | 339 |
| <i>Invitaciones. La relación con los extranjeros</i> | 356 |
| <i>El regionalismo, la escuela montañesa y los «fanáticos turiferarios» de Pereda</i> | 367 |
| <i>Don Ángel de los Ríos</i> | 388 |
| <i>José María Quintanilla, «Pedro Sánchez»</i> | 398 |
| <i>Alfonso Ortiz de la Torre</i> | 405 |
| <i>Enrique Menéndez Pelayo</i> | 410 |
| <i>La difícil relación con Amós de Escalante</i> | 417 |
| <i>La situación de la literatura en su tiempo</i> | 430 |
| <i>El crítico literario</i> | 441 |
| Consideraciones finales | 525 |

| | |
|---|-----|
| Bibliografía | 535 |
| <i>Colecciones manuscritas</i> | 535 |
| <i>Biblioteca Municipal de Santander</i> | 535 |
| <i>Biblioteca Nacional de España</i> | 537 |
| <i>Museo Marítimo del Cantábrico</i> | 537 |
| <i>Epistolarios</i> | 537 |
| <i>Epistolarios parciales</i> | 539 |
| <i>Cartas y artículos de Pereda en prensa variada</i> | 543 |
| <i>Referencias bibliográficas</i> | 549 |
| Índice onomástico-cronológico | 591 |
| <i>Cartas a</i> | 591 |
| <i>Cartas de</i> | 637 |
| Índice cronológico | 641 |
| Índice onomástico | 683 |

VOLUMEN II

| | |
|----------------------|-----|
| Cartas 1 a 585 | 721 |
|----------------------|-----|

VOLUMEN III

| | |
|------------------------|------|
| Cartas 586 a 1352..... | 1563 |
|------------------------|------|

Agradecimientos

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a los colaboradores y amigos, ellas y ellos, que han hecho posible la realización de este Epistolario. En primer lugar, a Fernando Vierna, del Centro de Estudios Montañeses, quien a lo largo de los inacabables años de gestación de este Epistolario, ha sido valiosa e inagotable fuente de información y de datos de bibliotecas y archivos, y a los profesores José Manuel González Herrán, Laureano Bonet y Susan Paun de García por su atenta lectura del manuscrito y sus valiosas comentarios y sugerencias. Y a los profesores Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez, por su constante ayuda y sus gestiones para la publicación de este Epistolario.

Gracias también a los colegas y amigos que me han facilitado cartas y datos: a Joaquín Díaz, de la Fundación y Centro Etnográfico Joaquín Díaz, a Francisco Gutiérrez Díaz, del Centro de Estudios Montañeses, a los profesores Enrique Rubio, Ricardo de la Fuente, Alberto Romero Ferrer, Mario Crespo López, Enrique Miralles, Santiago Díaz Lage, Hipólito Esteban Soler, Antonio Fernández Insuela, Mónica Fuertes-Arboix, Rosa Matorras y Nieves Pujalte. A don Fernando Delgado, Rosa Fernández Lera y Andrés del Rey Sayagués, de la Biblioteca Menéndez Pelayo, Pablo Susinos, de la Biblioteca Municipal, Juan Antonio Yeves, de la Fundación Lázaro Galdiano, Evangelina Ranea Sierra, del Museo Marítimo del Cantábrico, Mercedes Murientes, del Archivo Histórico Provincial de Cantabria. A Ramón Viadero y a Angel de la Colina.

Mi agradecimiento también al personal de la Biblioteca Menéndez Pelayo, al de la Biblioteca Municipal de Santander, al del Museo Marítimo del Cantábrico, del Centro de Estudios Montañeses y de la Real Sociedad Menéndez Pelayo. Al de la Biblioteca Nacional, la Hemeroteca Municipal y la Fundación Lázaro Galdiano en Madrid; al del Institut del Teatre, la Biblioteca de Catalunya y el Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona. Al de The Ohio State University Library, y al Ayuntamiento de Polanco.

Y gracias también a Tocín, el viejo can que me acompaña siempre y me alegra la vida.

Nota al lector

Como los autores castellano-parlantes castellanizan los nombres de los catalanes, y estos los dan en su lengua, he optado por transcribirlos tal y como aparecen escritos por cada autor. Las traducciones del catalán y del francés son mías.

Las cartas de este *epistolario* tienen origen muy diverso: unas son manuscritas y otras están ya transcritas por lo que las dejo con la puntuación y los acentos propios de su procedencia. Van numeradas por orden cronológico y se indica la fuente de su origen. Como en este “Estudio introductorio” me refiero, en ocasiones ampliamente, a buena parte de los personajes que figuran en las cartas, las notas referentes a ellos al pie de estas son mínimas.

A no ser que se indique lo contrario, las imágenes son de dominio público.

Estudio Introductorio

I

Además de los *Apuntes para la biografía de Pereda* publicados en un número extraordinario de *El Diario Montañés* (1906)¹, conocemos la biografía de José Montero (1919), la de Jean Camp (1937), la de Ricardo Gullón (1944), y la de Benito Madariaga (1991).

No me propongo hacer aquí, ni mucho menos, una nueva biografía de Pereda ni un estudio crítico de sus obras, a las que dedicó en su día José Manuel González Herrán su imprescindible *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo* (1983b), y sobre las que hay otros valiosos trabajos posteriores. El presente estudio no es una biografía ni una evaluación crítica de las obras de Pereda; estas más de mil trescientas cartas, unas publicadas por primera vez y otras recogidas de epistolarios parciales, podrían considerarse como una autobiografía. Revelan nuevos y más íntimos aspectos de un hombre

¹ Manejo el ejemplar signatura R. 2133/91 que lleva un sello de goma de la «Biblioteca Menéndez Pelayo» y otro de «Biblioteca Municipal. Santander». En la contraportada, escrito a mano, dice: «Al Excmo. Ayuntamiento de Santander que, como en vida, supo honrar en muerte al montañés egregio»; siguen las firmas autógrafas de Enrique Menéndez, Eduardo de Huidobro, Ramón de Solano, «Pedro Sánchez», Evaristo Rodríguez de Bedía, y Alfonso Ortiz de la Torre. Aunque los artículos van sin firmar, al pie de cada uno de ellos, escritos al parecer de mano de Enrique Menéndez Pelayo, van los nombres de sus autores. Estos *Apuntes*, de carácter apologético, contienen muchos datos y recuerdos de gran interés pero que conviene verificar. En las páginas 92 y 93, sin título, hay fotografías con texto adjunto de personajes de *Peñas arriba*: Francisco Andrés «Chisco», Don José María Gao García, párroco de Navajeda, quien de niño fue el monaguillo que acompañó al Viático que se administró a Don Antonio de la Cuesta (Don Celso), y Don Senén Gao Gutiérrez (Don Sabas).

más complejo que el admirado por sus correligionarios y sus paisanos, o el denigrado por la joven gente de letras de fin del siglo. Aportan gran cantidad de nuevos aspectos y datos sobre la personalidad, creencias, ideas, carácter y costumbres del autor de *Sotileza*, sobre su diario vivir, sus amistades y sus enemistades, sobre la redacción de sus obras y su reacción ante la crítica. Espero que contribuya a darnos a conocer mejor a un Pereda «pintado por sí mismo»... y por algunos otros más.

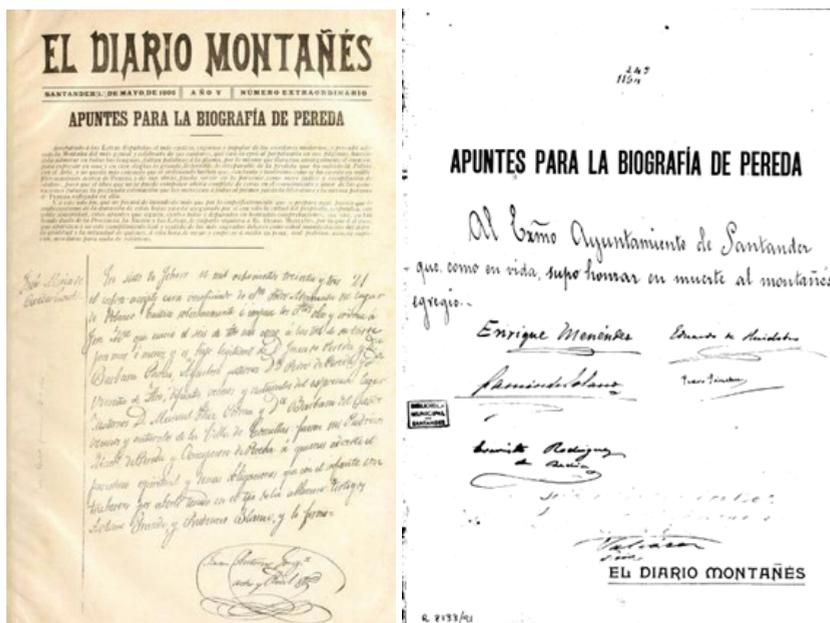


IMAGEN 1. *El Diario Montañés*
 Apuntes para la biografía de Pereda, 1906.
 Biblioteca Menéndez Pelayo, Santander

*

José María de Pereda nació el 6 de febrero de 1833 en Polanco, donde la familia tenía propiedades y una casona solariega. Benito Madariaga cita unas «Notas familiares» inéditas de Vicente de Pereda, según las cuales su abuelo D. Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro (Polanco, 9 de febrero de 1786 - 12 de agosto de 1862), fue

un absolutista de abolengo, muy preocupado por las luchas políticas y ocupado en la administración de su hacienda y en la atención perenne a su familia. Escribía sus cartas con buen estilo, intercalando latines y latinajos, a los que era muy dado por carácter, ideas y educación humanística de su mocedad. Era recio de cuerpo, menos alto que sus hijos mayores, bien compuesto de rostro y de cabeza, y sencillísimo en todo lo demás. (Madariaga 1991: 39-40).



Imagen 2. Casa natal de la familia Pereda en Polanco.

Biblioteca Virtual Cervantes.

Tenía poco más de diecisiete años cuando se casó en septiembre de 1803 con doña Bárbara Josefa Sánchez Porrúa (1788-1855), quien salió a los quince años del internado en un colegio religioso de Oviedo para casarse. Tuvieron veintidós hijos, el mayor fue Juan Agapito, quien emigró a Cuba y fue el restaurador de la prosperidad familiar,² y el último, José María, que nació cuando su madre tenía 45 años. Doña Bárbara dio una educación religiosa y austera a sus hijos, y el P. Juan de Legísima y Eduardo Huidobro cuentan que leía a Santa Teresa, a Fray Luis de Granada y al P. Rivadeneira, y que hacía

² También estuvo allí unos años el segundo hermano Manuel Bernabé.

ejercicios espirituales en el convento de Las Caldas, en el que asistió a sus propios funerales.³ En las mismas «Notas» Vicente de Pereda la recordaba como «alta, fornida, con rostro moreno y poco bello y en el que dominaban los ojos garzos y profundos». Según Enrique Sánchez Reyes, tenía recio carácter y dotes de mando, influyó sobre José María y sobre su obra, y considera que algunos personajes femeninos peredianos podrían tener rasgos que recuerdan a los de esta señora (Sánchez Reyes: 1933b). Contrasta la enérgica impronta del firme carácter de la madre y su influencia sobre el futuro novelista con las vagas e imprecisas noticias sobre el padre, el tan fecundo hidalgo campesino, absolutista y amigo de la caza, quien, según José María de Cossío, «No dejó recuerdo muy hondo fuera de su hogar» (Cossío: 1974: xiv).



Imagen 3. Da. Bárbara Sánchez Porrúa, madre de Pereda
Madariaga, Pereda (1991: 43)

A Domingo Cuevas, el primo e íntimo de Pereda, debemos la primera imagen infantil de José María, cuando recordaba un viaje fa-

³ Según Eduardo de Huidobro «Solía ir todos los años con su esposo y la mayor parte de sus hijos al convento de las Caldas. Hacían la expedición en un carro de bueyes; se alojaban en la hospedería contigua al santuario y pasaban allí unos días dedicados a las meditaciones propias de los ejercicios espirituales» (Huidobro: 1906: 2; Legísima: 1933).

miliar en carro desde Comillas al amanecer de un día de junio para visitar a sus parientes de Polanco. En el jardín de una casona estaba

... un rapazuelo, que se afanaba en sacar el agua de un pozo para regar unos aléflés, cuyos tallos yacían desmayados a causa del ardor del sol en aquella tarde... Embebido en su tarea de regar las flores no se apercibió, por de pronto, de mi presencia, que le sorprendió; y soltando súbitamente la regadera, que por el aspendía de una de sus manos, dio en mirarme fijo con unos ojos muy negros, muy abiertos y algún tanto salientes. Parecióme advertir que más bien que mi personal llamaba su atención mi original indumentaria [...] El muchacho no salía de su pasmo, y por último acabó por reírse de mí: túvele por maleante, a la manera que en aquella edad se puede formar juicio sobre personas y cosas. Tenía la cara redonda y llena, la cabeza bien puesta y poblada de un pelo negro ligeramente ensortijado. Mientras permanecí en su compañía, siempre se mostró reservado: observaba mucho, hablaba poco y reía menos...»⁴ (Cuevas: 1903: 301-302)

Y Cuevas evocaba los años de estudio en el Instituto Cántabro de Santander, interno, «bajo la suave férula de don Valentín Pintado, de buena memoria» (Cuevas: 1903: 170); allí estudiaba también su primo, a cuya casa iba a comer los domingos y donde, «al despedirme de mi tía, señora de suma bondad, siempre me puso en la mano una moneda blanca...» (Cuevas: 1903: 170; García Castañeda: 2017-2018; García Castañeda: 2018a.)

En 1843 la familia se fue a vivir a Santander, y del ambiente de aquella ciudad para los jóvenes de entonces podrían dar idea las «Reminiscencias», «Más reminiscencias» y «El primer sombrero» de Pereda.⁵ No hay más noticias directas hasta 1851 cuando éste, que en-

⁴ Domingo de las Cuevas y Sánchez de Porrúa estaba casado con Da. Soledad, hermana de D. Francisco de Cossío y Salinas, y sobrina de D. Francisco, el modelo real del patriarca de Tablanca en *Peñas arriba* (García Castañeda: 2018a).

⁵ Entre los estudiantes del Instituto Superior de Santander que tomaron el examen general del Curso de 1846 a 1847 hay algunos que luego aparecerán en estas cartas: «Tercer año de Filosofía» [Zoilo Quintanilla y López: Regular; José María Pereda y Porrúa: Regular]. «Cuarto año de Filosofía» [Marcelino Sautuola y Pedrueca: Regular]. «Quinto año de Filosofía» [Domingo de las

tonces contaba 18 años, escribe una carta a su primo desde Requejada el 2 de agosto de 1851, y otra desde Santander el 5 de noviembre del mismo año, en tono humorístico, con comentarios y observaciones sobre asuntos de la vida diaria conocidos de ellos, y la mayoría hoy crípticos. Hay referencias a amigos, a romerías, a bailes y al teatro en Santander, a las «ausencias de Dulcineas» y, como es de rigor, a la lluvia y al mal tiempo. En estas cartas se advierte ya la predilección de su autor por el uso humorístico de palabras latinas y de términos propios del habla de los aldeanos.

No parece que al igual que el protagonista de *Les illusions perdues*, el futuro Pedro Sánchez y tantos otros jóvenes provincianos de entonces, fuera José María en 1852 «a la conquista de la capital». Fue a preparar su ingreso en la Academia de Artillería y, a poco de llegar, contaba a Mingo las aventuras de su viaje a la Corte, que incluyeron un vuelco del carruaje «a medianoche en un páramo».

Cuando el protagonista de la novela *Pedro Sánchez* llegó a Madrid se hospedó en una posada en la que vivían varios estudiantes montañeses. Al conocerlos el primer día, se comportaron e iban vestidos de manera tan extravagante que pensó que lo hacían para reírse de él. Los conoció a la hora de almorzar e hizo una cumplida descripción de todos ellos en la novela (Pereda: 1992: 419).

Dejando aparte sus atavíos, que bien podrían ser hijos de la ficción novelesca, tanto aquella posada como al menos varios de aquellos personajes fueron reales, y veraz lo que contó después Pereda de sus vidas en 1883:

Recuerdo que el jockey (muerto meses después de una tisis galopante), su amo (médico de nota hoy) y el larguirucho del espadín (años ha desaparecido del mundo de los mortales) eran de la capital, el árabe de la guitarra y el diccionario, malogrado arquitecto entonces y hoy encanecido entre los azares de los negocios, trasmerano; el de la bufanda pintoresca y la montera asturiana (capaz de improvisar ahora un camino de hierro sobre dos hilos de araña), de Toranzo, el de la papalina de Torrelavega, y el de la amarilla borla, pasiego. (Pereda: 1992: 419-420)

Cuevas y Porrúa: Regular; Ambrosio Menjón y Moreno: Aprobado]. En el Instituto estudiaban también los alumnos de Náutica. (*Boletín Oficial de Santander*, 5 de julio de 1847).

En 1894 escribía a Oller:

En mi carta anterior le di a V. cuenta de la muerte de Pelayo. A los pocos días espiraba en Ontaneda, su pueblo natal, otro de los contemporáneos y compañero suyo de posada en aquella de estudiantes que se pinta en *Pedro Sánchez*. Ocho días hace hablábamos de esto para lamentarlo, mi entrañable amigo, también de aquellos, D. Ambrosio Menjón, sacerdote, que vive en un hotel de su propiedad, en lo alto de Miranda, camino del Sardinero, y yo. (carta 776)

Pelayo era el Dr. Juan Pelayo, tío de don Marcelino, fallecido el 27 de diciembre de 1893, el de Toranzo, Francisco Javier González Riancho, Ayudante Mayor de Obras Públicas, muerto en Ontaneda el 6 de enero de 1894, y el tercero, aquel don Ambrosio Menjón, quien en su relato «El caldo» (1889) mencionaba una sopa «peor que la que nos daba por dos pesetas Micaela, la patrona de Caballero de Gracia, número 22, donde viví con Pedro Sánchez en tiempos de Mari Castaña». (También se llamaba así la patrona de la pensión estudiantil en la novela). (García Castañeda: 2019a; García Castañeda: 2022).

«No sé cómo podré darte cuenta de lo que es un invierno en Madrid - confiaba a su primo Cuevas - cuando no le veo más que de 8 en 8 días, por decirlo así, cuando mis paisanos, los domingos me tienden la mano y se pasan de no haberme visto en toda la semana un solo minuto, en una palabra, cuando siento la 1 y las 2 de la mañana, y todavía estoy con el libro en la mano»

pero concluye animando a su primo a hacer un viaje a la capital para ver buena ópera (carta 3).

No parece que el joven aspirante a artillero continuara dedicando tanto tiempo al estudio pues apenas transcurridos dos meses de su llegada a la corte, le confiaba:

Ay Mingo, preciso es que te confiese que aquí, cuando por fas cuando por nefas, siempre hay alicientes que arrastran a uno en pos de la corte, y que al fin y postre llega uno a mirarla

con demasiado apego y llegará día en que se sienta trocar por la pluviosa e insípida Montaña; si bien para remedio de males y para compensación de la voluble humanidad que lo experimente, estará cuando menos la familia que le espera y atrae más que todos los placeres cortesanos (carta 4).

Como se recordará, el amor al teatro fue en Pereda tan temprano como intenso; en «Reminiscencias» relataba la profunda impresión que le causó siendo muchacho la primera representación teatral que vio en su vida (Pereda: 1989b: 318-319). Y en febrero de 1854 está fechado el manuscrito de *La fortuna en un sombrero* (Pereda: 2008; García Castañeda: 2004b), una comedia en un acto, en verso, escrita en aquel Madrid en el que, según «Pedro Sánchez» (José María Quintanilla), se dedicó a frecuentar los teatros y los cafés y a la lectura de novelas («Pedro Sánchez»: 1906: 2-4). De vuelta en Santander escribió algunas comedias, y en una ocasión confesaba a Laverde que «Hice, en efecto, una impresión de ciertas comediejas, muy malas, para repartir los ejemplares entre los amigos íntimos, a cuya presencia casi, las escribí. Así es que las he considerado como papeles viejos y a nadie he hablado de ellas» (carta 57) (García Castañeda: 2004a).

Durante toda su vida sería amigo de los grandes actores Emilio Thuillier, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza y, en especial, de su admirado Julián Romea, de quien tenía en su despacho una gran foto enmarcada, y su afición al mundillo teatral aumentaba en aquellas ocasiones en las que alguno de sus amigos escribía o estrenaba alguna obra en Madrid.

A pesar de la incipiente atracción por la capital, y convencido de que su vocación iba por otros caminos el joven montañés, confesó, según Quintanilla, al futuro político y ministro Francisco Romero Robledo, su compañero de pensión entonces en la calle del Prado, número 2, sus deseos de dejar los estudios de una profesión que, como sugiere Francisco Pérez Gutiérrez, habrían escogido para él su madre y su hermano mayor.⁶

⁶ No sé cuál sería la fuente de información de Quintanilla pero en estas cartas Pereda no menciona nunca su pretendida antigua amistad con el político liberal Romero Robledo, y cuando se refiere a él lo hace de pasada y con desprecio. («Pedro Sánchez: 1906: 4). José Montero (1919: 50) repite este dato.

Seguía en Madrid durante la revolución de 1854 y regresó a Santander en el otoño de aquel año («Pedro Sánchez»: 1906: 3-5). No creo que Pereda considerase esta crisis vocacional como un fracaso y si, de serlo, esto contribuiría a iniciar una antipatía por Madrid, incrementada después por sus relaciones con «los chicos de la prensa».

Hay una extensa laguna epistolar de diez años, de 1854 a 1864, atribuible, en primer lugar, al extravío de cartas y, quizá aún más, a que Pereda era un desconocido en el mundo de las letras. Vivía en el ámbito familiar, y como formaba parte de la alta sociedad del Santander mercantil y burgués, frecuentó los bailes a que tan aficionado era entonces.⁷

La muerte de su madre el 9 de marzo de 1855 le afectó profundamente y además, según Quintanilla, a fines de aquel mismo año fue atacado por el cólera, al mismo tiempo que Mingo Cuevas y ambos convalecieron en casa de este último, en el mismo cuarto del piso en la Plazuela del Príncipe, asistidos por el doctor Agustín Pelayo, abuelo materno de don Marcelino, y para restablecer su salud, pasó una temporada en Andalucía («Pedro Sánchez»: 1906: 3-5).⁸

Se publicaban entonces en Santander *El Aviso*, que era el periódico de la burguesía, *La Voz Montañesa* era republicano federal, y el semanario *El Despertador Montañés* (1848). El 4 de octubre de 1857 fundado por Cástor Gutiérrez de la Torre, apareció *La Abeja Montañesa*, originalmente un semanario de carácter conservador y literario, donde comenzó a colaborar Pereda. Entre sus redactores estaban el Dr. Juan Pelayo, Sinforoso Quintanilla, Eduardo Bustillo y Federico de la Vega, quienes, con excepción del último, serían siempre grandes amigos suyos. Poco después vio la luz *El Tío Cayetano*, un semanario festivo fundado por Pereda, Antonio Bustamante, el Dr. Juan Pelayo y Sinforoso Quintanilla, que duró tres meses (del 5 de diciembre de 1858 al 6 de marzo de 1859), y al que no hay referencias en estas cartas (García Castañeda: 2004a).

Entre 1858 y 1864 Pereda había ido publicando en *La Abeja* y en *El Tío Cayetano* varios artículos que reunió luego en el volumen de *Escenas montañesas*. Debió imprimirse entre junio y julio de 1864 y su autor envió de inmediato un ejemplar y una carta a Mesonero

⁷ Ver Pereda: 1989a y 1989b.

⁸ No se sabe si estuvo con parientes o amigos, en qué ciudades, ni por cuánto tiempo.

Romanos, cuidadosamente redactada, tímida y respetuosa: «Nuevo y desconocido en la república literaria sólo aspiro, ofreciéndole mi libro, a que perdone sus innumerables defectos», y en el mismo día otra a Hartzenbusch; casi idéntica — «mi humilde obra», «mi pobre libro» —, les consideraba sus admirados maestros y solicitaba su benevolencia (carta 5). Ambos le respondieron amablemente y desde entonces, Pereda continuó su amistad con ellos, en especial con «El Curioso Parlante», a quien más adelante dedicó *Don Gonzalo González de la Gonzalera*.



Imagen 4. Ramón Mesonero Romanos

Escenas montañosas tuvo escaso eco y, según los *Apuntes*, «en su tierra natal apenas si se dieron por enterados media docena de personas, y apenas también si dijo palabra de ello la prensa madrileña» («Pedro Sánchez»: 1906: 5). La segunda edición de 1877 y la tercera de 1885 aparecieron con notables modificaciones de la primera (González Herrán: 1983b: 18-21; García Castañeda: 2004a).



Imagen 5. Gumersindo Laverde Ruiz

Aunque tenía dos años menos que Pereda, Gumersindo Laverde (1835-1890) ya era catedrático y conocido en el mundo académico y en el literario;⁹ parece que las primeras cartas cruzadas con Pereda son de 1864 y su tono sugiere la relación entre un mentor maduro y un joven admirador y discípulo. Don Gumersindo se consideró siempre montañés y asturiano, tuvo gran empeño en estrechar las relaciones entre las provincias de Santander y Asturias, e invitó a la gente de letras de estas dos provincias a colaborar en la publicación de su *Almanaque*.¹⁰ Seguramente conocería las colaboraciones de Pereda en *La Abeja Montañesa* y en *El Tío Cayetano* y sus *Escenas montañesas* (1864) y, según carta, hoy perdida, del 8 de octubre de 1864, le pidió un artículo sobre Pedro Velarde para su *Almanaque de las Dos Asturias*, que éste aceptó agradeciendo tal consideración para «los pobres rasguños de mi pluma», «mis pobres recursos literarios» (carta 7).

⁹ Laverde: 1868. José María de Cossío publicó varias de sus *Poesías* en 1951; ver Bueno Sánchez: 1990.

¹⁰ Ver Cossío: 1951; Cossío: 1973b; Clarke: 1991; Egozcue Alonso: 2013. También el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXXVII (1961) contiene varios artículos dedicados a Laverde.

Así comenzó una amistad, fundamentalmente epistolar, que tan sólo cesaría con la muerte de Laverde.

Imposibilitado por una grave enfermedad que le impedía cada vez más actividades escolásticas y físicas normales, dedicó tanta perseverancia como entusiasmo a su papel de mentor de Pereda, a cuya disposición puso sus amplios conocimientos y sus consejos. Un magisterio constante, desinteresado y generoso aunque marcado por su intolerancia en materia moral y religiosa que llevó a cabo a través de sus cartas. Pereda le escribía pidiéndole consejo sobre la organización de los textos en *Escenas Montañesas* (carta 321), recomendaba a Amós de Escalante, a José Díaz de Quijano, a Federico de la Vega, a Adolfo de la Fuente y a otros para colaborar en el *Almanaque* y le invitaba a su vez a hacerlo en *La Abeja Montañesa* y en *El Tío Cayetano*. Laverde le relacionó con José Luis Albareda, el propietario de la *Revista de España*¹¹ (carta 31), reseñó favorablemente sus obras (carta 32) y, con el tiempo, influyó eficazmente para que fuera nombrado académico correspondiente de la Real Academia Española (cartas 49 y 51). También sería un incansable mentor del joven Menéndez Pelayo, a quien durante su viaje de estudios por el extranjero iba sugiriendo temas y suministrando datos.¹² Desde Bruselas comentaba don Marcelino que Laverde tenía ya ‘apalabrados’ a Valera, a Campoamor «y no sé si a Cueto, para que apoyen mi candidatura de ‘correspondiente’ de la Academia Española» (carta 124).

Frente a la idea, posiblemente difundida por «Pedro Sánchez», de que Pereda marchó a París por las Navidades del 64 y allí permaneció unos cuantos meses devorando novelas, paseando mucho por los bulevares y asistiendo a todas las funciones teatrales de «gran espectáculo»,¹³ éste escribía a Laverde (carta 16), que fue a París

¹¹ *La Revista de España* (1868-1895) fue una publicación de carácter político y literario fundada y dirigida por el periodista y político José Luis Albareda (1829-1897). González Herrán (1983: 18) estudia las notables diferencias en las ediciones de *Escenas Montañesas* de 1864, 1877 y 1885.

¹² García Castañeda: 2018b. Laverde formó parte del tribunal de Licenciatura de Menéndez Pelayo en la Universidad de Valladolid.

¹³ «Pedro Sánchez»: 1906: 4-6. Pereda salió de Santander el 20 de diciembre de 1864 (carta 16) y estaba de vuelta el 16 de marzo del mismo año, es decir, casi tres meses.

«con negocios nada placenteros por su índole industrial» que no específica, aunque estarían relacionados con la nueva fábrica *La Rosario*,¹⁴ un negocio familiar establecido aquel mismo año. Quizá no quiso dar a conocer el aspecto prosaico del viaje, pues en su extensa carta a Eduardo Bustillo desde aquella ciudad,¹⁵ se limita a relatar sus experiencias en la capital, sin mencionar qué hacía en ella ni el objeto de su viaje (carta 17). Tampoco lo dice en su prólogo a *Mesa revuelta* de Federico de la Vega, que revela la gran amistad que les unía entonces, y la muy probable función de éste, quien residía en París desde 1860, como guía del recién venido.¹⁶

¹⁴ «En este año se constituyó la fábrica de jabones *La Rosario* por don Manuel Pereda, indiano y carlista. Yo vi arrastrar las máquinas del muelle a la fábrica» (Basabe: 1864). Era propiedad de los hermanos Pereda, y producía bujías y jabones, perfumería y aguas de tocador.

¹⁵ Eduardo Bustillo (Madrid, 1836—Llanes, 1908) fue gran amigo de Pereda en los años juveniles cuando vivió en Santander. Pasó después a Madrid, donde escribió en *La Iberia*, *Madrid Cómico* y otros periódicos, y fue bibliotecario del Ministerio de Ultramar. En el Museo Marítimo del Cantábrico de Santander se conservan como parte del legado Maza Solano, «Cinco cartas de José María de Pereda a D. Eduardo Bustillo y nota biográfica de Bustillo. Fueron compradas por mí a su hija, en 1935». La letra es de D. Tomás Maza Solano; las cartas con fecha de Santander, Febrero 20 / 99 y de Santander, Octubre 8, 1900 son manuscritas, las demás están mecanografiadas. Según la curiosa nota biográfica adjunta, «Don Eduardo Bustillo dirigió *La Abeja Montañesa*, nació en Madrid, murió en Llanes en 1908. Los dos últimos años de su vida estuvo ciego (de 70 a 72 años). En la Carrera de San Jerónimo le cogió un coche de caballos y le dejó casi sin vida (a los 70 años). Se casó el año 62 en Santander, con una montañesa, Da. Rafaela Pérez Valdés. La reina Isabel le pidió que le enseñara a la novia, le dijo que era muy guapa y que se casara, él pretextó que no podía por falta de medios. Entonces la Reina hizo que le dieran algún cargo para que se casara pronto, y le consiguieron una cátedra de Filosofía y Letras en el Instituto de Santander». Mi agradecimiento a doña Evangelina Ranea Sierra por esta información.

¹⁶ «Hace algunos meses tuve ocasión de dar un abrazo en París al autor de este libro, abrazo tan apretado y cordial como se le pueden dar dos antiguos amigos que se quieren mucho y que no se han visto en algunos años» (Pereda: 1865).



Imagen 6. Pereda en París.
(Biblioteca Virtual Cervantes)

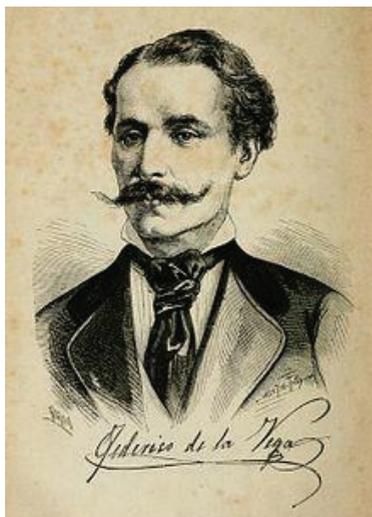


Imagen 7. Federico de la Vega

Las enviadas a Laverde tienen que ver casi exclusivamente con el *Almanaque de las Dos Asturias* y con *La Abeja*, y en una le confía «inter nos» que el próximo otoño quiere publicar otro tomo de cuadros montañeses (carta 21). En otra carta admira en los *Ensayos Críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública* de Laverde «los primores de estilo que luce [...] la claridad [...] y sobre todo, por la erudición sólida que V. revela» (carta 27). Entonces es cuando por su colaboración en el *Almanaque* conoce la obra del Campoamor de las *Doloras* (carta 20). Tras la Revolución de Septiembre escribía a Laverde que «durante mi ausencia ocurrieron en estas calles las escenas sangrientas de que le supongo a V. conocer [...] y tampoco le describo la situación político-administrativa en que a la sazón nos hallamos porque es la misma en que se hallarán Vds.». Y le pedía que no pusiera en los sobres de las cartas «colaborador o redactor de *La Abeja*» porque «el color que desde hace quince días a esta parte ha tomado el tal periódico no es ni en cien leguas el que sus lectores de antaño estaban hechos a contemplar. Liberal lo ha sido siempre pero... no tanto» (carta 29).¹⁷

¹⁷ Ver Simón Cabarga: 1972.

En la misma carta en la que agradece el pésame de don Gumersindo por la muerte de Juan Agapito, el hermano mayor de Pereda, se refiere por primera vez al estado de salud de Laverde (carta 40). Su enfermedad, a la que habrá numerosas referencias en estas cartas, «le ha anticipado la vejez e incapacitado para dedicarse por ahora a trabajos literarios» (carta 41) e irá agravándose a lo largo de los años.

Eran tiempos de intensa actividad carlista; muchos curas, entre ellos Ambrosio Menjón, se negaron a firmar la Constitución de 1869 y algunos pasaron al campo del Pretendiente. Pereda colaboraba en 1870 en el periódico *La Monarquía tradicional*, editada por el Círculo Católico Monárquico, formaba parte de la Junta Católica Monárquica junto con su hermano Manuel Bernabé y su cuñado Inocencio Gutiérrez Calderón,¹⁸ con Fernando Fernández de Velasco¹⁹ y con Máximo Díaz de Quijano²⁰ y comunicaba a su correligionario Laverde que «La situación que atravesamos no admite espera ni contemplaciones; o nos devora la canalla, o la arrollamos» (carta 42).

¹⁸ Manuel, el segundo hermano después de pasar unos años en Cuba colaborando con Juan Agapito, fue el fundador de *La Rosario*, y vicepresidente del Círculo Católico Monárquico de Santander creado en 1870, y tuvo que emigrar a Francia en 1873 como carlista; otra hermana, Gertrudis, estaba casada con Inocencio Gutiérrez Calderón, y otra, Sor Trinidad Modesta, fue abadesa catorce años en el convento de Santa Cruz, en Santillana. *La Monarquía Tradicional*, de vida efímera, apareció el 10 de marzo de 1870 y cesó de publicarse el 3 de julio del mismo año.

¹⁹ Fernando Fernández de Velasco (Burgos, 29 de marzo de 1835-Villacarriedo, 30 de noviembre de 1912). Licenciado en Derecho, Diputado a Cortes en 1867 por el partido de Nocedal y Presidente de la Junta Provincial Carlista. Durante la tercera guerra civil fue Comisario Regio de Cantabria y en 1872 presidió la Junta de Guerra de Cantabria organizando el reclutamiento e instrucción de dos batallones de infantería, un escuadrón de caballería, una compañía de guías y otra de cadetes, interviniendo en varias acciones de guerra entre ellas Abando, Somorrostro, Las Muñecas, Valmaseda y Carrasquedo. Al fin de la guerra pasó a Francia y cuando volvió en 1876, siguió defendiendo las ideas carlistas en *La Verdad* y en *El Siglo Futuro*. Al producirse la escisión tradicionalista se afilió al integrista de Nocedal. Falleció a los 77 años.

²⁰ Máximo Díaz de Quijano hizo fortuna en América; su hermana Benita estaba casada con Claudio López y López, hermano de Antonio, el primer marqués de Comillas. Encargó a Gaudí la construcción de «El Capricho». Era carlista, íntimo amigo de Pereda, y puso música a alguna de sus obras teatrales.

En julio de 1870 fue con Fernández de Velasco, a Vevey, en Suiza, a visitar al Pretendiente, quien en junio había enviado un manifiesto a la Junta Central Tradicionalista. Es un viaje del que no hay más referencias que el relato que hizo Pereda a Boris de Tannenberg de su visita a don Carlos: «le prince les écoute parler distrait, indifférent, tout en jouant avec un gros chien» [El príncipe les escuchaba distraído e indiferente mientras jugaba con un perro grande]. Quedaron desilusionados pero el Pretendiente les invitó a comer al día siguiente y le hallaron «plein d'ardeur, de confiance dans sa cause, sympathique, mettant quelque coquetterie á les charmer, et n'ayant pas de peine à réussir»; «je peux vous assurer que c'est un Espagnol de race, un Espagnol du vieux temps; je me le figure volontiers comme un admirable compagnon de Cortés et de Pizarre»; [lleno de ardor, de confianza en su causa, simpático, tratando graciosamente de atraérselos, sin tener que esforzarse en conseguirlo [. . .] puedo asegurarle que es un español de raza, un español de los viejos tiempos; me le imagino como un compañero admirable de Cortés y de Pizarro] (Tannenberg: 1903: 325). Presentado como candidato por la Agrupación Católico-Monárquica (neo-católicos y carlistas) en el distrito de Cabuérniga con el respaldo de los grupos carlistas, católicos y antiguos moderados en un frente común contra los gobiernos resultantes de la revolución del 68, Pereda salió Diputado y así se lo comunicaba a Laverde, con la convencional modestia que sería característica en él. «He tenido la desgracia de ser elegido diputado a Cortes por uno de los distritos de esta provincia después de haber sido lanzado a la lucha por los amigos políticos de acá [...] Pero no hay más remedio que echar el pecho al agua...» (carta 46)²¹ aunque no destacó su actuación en la Cámara como miembro de la minoría carlista.²² Al cabo de un año comenzaría la guerra civil.

²¹ Muchos años más tarde, en ocasión, del suicidio del infortunado Juan Manuel, don Carlos de Borbón se apresuró a enviar una carta de pésame a Pereda, quien contestó con otra tan dolorida como llena de agradecimiento.

²² Según «Pedro Sánchez» Pereda tenía relaciones amistosas con Cándido Nocedal por sus conexiones con Romea y las de sus hermanas con la familia Revilla. («Pedro Sánchez»: 1906: 4-6).

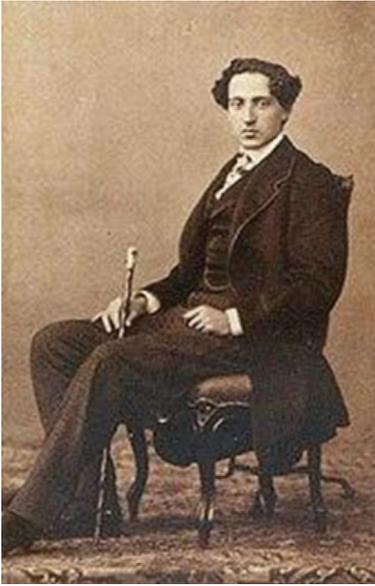


Imagen 8.
Fernando Fernández de Velasco



Imagen 9. Don Carlos de Borbón

Tras un silencio de casi cinco años, que podría quizá explicarse por la escasa reacción del público a sus *Escenas*, o a sus actividades políticas, Pereda comenzó a publicar en la *Revista de España* de Albareda una nueva serie de cuadros de costumbres con los que proyectaba hacer una segunda serie de *Escenas* que reuniría en un libro. «Más de tres años hacía que para bien de las letras Patrias no tomaba yo la pluma en la mano. Nuestro buen Marcelino se empeñó en que volviera a cojerla [...] escribiendo un tercer Boceto» (carta 56).

«Mi segundo tomo de *Escenas*, a excepción de tres o cuatro artículos, será completamente nuevo para el público». Entre los 18 cuadros que contendrá hay uno más voluminoso que todos los demás [«Las brujas»] y que contiene tipos, escenas y detalles que quizá no pasarán desapercibidos en la república literaria», y pide a Laverde su intercesión para publicarlo en la *Revista de España*, «como [si fuera un] pensamiento emanado de V. mismo» (carta 32).

En abril de aquel año le participa su inminente matrimonio:

Ahora estremézcase; pasado mañana entro en el gremio, paso a mejor vida... en plata, me caso; por supuesto, muy a gusto mío y de todos los colaterales, que de otro modo creyera la empresa superior a mis fuerzas morales. Conque, amigo mío, recomiéndeme a Dios y no me niegue la luz de su experiencia en el terreno que a recorrer voy. (carta 35)

Pereda tenía entonces 36 años. Su esposa, Diodora Jacinta de la Revilla era de su misma clase social, leía las novelas de su marido, conocía a sus amigos del mundo de las letras, éste la cita en sus cartas, la escribe con frecuencia cuando está fuera de Santander, y hacen viajes a Madrid, a Barcelona y a Bilbao. Tuvieron ocho hijos de los que cinco llegaron a adultos: Juan Manuel, María Sabina, José María, Salvador y Vicente. De soltero, Pereda vivió en Santander antes de su matrimonio, en la cuesta del Hospital, 9, y ya casado, en el Muelle, 4 y luego en Hernán Cortés, 9, 1º izquierda, donde falleció.



Imagen 10. Diodora de la Revilla
(Madariaga, Pereda (1991: 43))

Aunque abundan los datos sobre la familia Pereda, sabemos poco sobre la de su esposa. Los abuelos de Diodora de la Revilla procedían de Burgos, de Galicia y de Bilbao. Su padre, Juan Ramón de la

Revilla Olavarría era natural de la Coruña pero afincado en Santander de por vida, y de Casimira de Huidobro Arredondo, santanderina. Juan Ramón tuvo despacho abierto de consignaciones, comisión y giro de coloniales extranjeros y del Reino, fue Cónsul de la República Argentina, de Italia y Vice-Cónsul de Portugal. Académico de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, vocal de la Junta Provincial de Beneficencia y de la Comisión de Monumentos, cruz de Carlos III. Tuvo una de las mejores colecciones de pinturas del Santander de su tiempo. Falleció el 7 de febrero de 1880, y su viuda, Casimira de Huidobro, el 5 de octubre de 1889. Juan Ramón de la Revilla tuvo la costumbre de dar nombre a sus hijos por orden alfabético, Diodora fue discípula del pintor Esteban Aparicio, y presentó algunas obras a la exposición celebrada en Santander en 1866.²³

A fines de febrero del año 70 contaba a Laverde que «desde el día 7 soy padre de un niño muy robusto» (carta 41). Era Juan Manuel, quien al cabo de un mes «sigue creciendo asombrosamente y su madre cuidándole. ¡Bendito sea Dios!» (carta 42). Y en un viaje a Madrid conoce personalmente a José Luis Albareda, fundador de *El Debate* y de la *Revista de España*, quien «me hizo un recibimiento sumamente afectuoso y con esceso lisongero» (carta 43).

Por entonces estaba en España el poeta y periodista montañés Casimiro del Collado (Santander, 1822 - Ciudad de Méjico, 1898), quien marchó muy joven a Méjico, hizo una gran fortuna y dejó una obra que forma parte de la literatura de aquel país. Visitó España en 1871 y en 1875, y durante su segunda estancia estuvo en frecuente contacto con Pereda y con Menéndez Pelayo. Ya había publicado sus *Poesías* en Méjico en 1868 y quiso hacer una nueva edición en 1875. Las cartas cruzadas entre ambos reflejan sus consultas sobre la conveniencia de reducir el número de poesías de la primera edición y de publicar el libro en España para dar a conocer a Collado en el país de su nacimiento (carta 164). «¡Qué cosas hay en ese libro [en la primera edición de las *Poesías*], empezando por el prólogo, tan dignas de los honores de la alta crítica!» (carta 172). Ambos consideraban que la nueva edición debería ser más concisa que la primera, y tras consultar con su autor, quien continuó en España hasta después de 1885, apareció la segunda edición de las *Poesías*, en 1880, prologada por Me-

²³ Agradezco esta información a don Francisco Gutiérrez Díaz.

néndez Pelayo.²⁴ Muchos años después escribía Pereda que a Casimiro del Collado le habría gustado mucho ser Correspondiente de la Real Academia Española, en Méjico o en España, y rogaba a don Marcelino que lo gestionara, (carta 665) lo que éste consiguió sin dificultad (carta 671). Collado falleció en 1898 y Pereda dirigió a su hermano una sentida carta en la que además del pesar que sentía por la pérdida del amigo expresaba el de la tan reciente de las Colonias. (carta 679).



Imagen 11. Casimiro del Collado
(Enciclopedia de la literatura en México)

El 15 de junio de 1871 ya estaba a la venta *Tipos y paisajes*. Según «Pedro Sánchez» el éxito del libro «en realidad, fue muy bueno» («Pedro Sánchez»: 1906: 4) aunque González Herrán no ha encontrado suficientes datos para confirmar esta noticia. Aparte de unas breves reseñas, destaca la elogiosa de Galdós, sin firma, en *El Debate* del 26 de enero de 1872, estudiada por William Shoemaker, que nos permite conocer las ideas de don Benito sobre el arte narrativo en

²⁴ Collado ofrece una interesante autobiografía en su carta a Menéndez Pelayo, fechada en Méjico, el 15 de octubre de 1876. (Menéndez Pelayo: 1982-1991: II: 174-178). Para más información sobre Collado ver Menéndez Pelayo: 1941 y Pérez de Regules: 1956.

fecha relativamente temprana (González Herrán: 1983: 39 y n. 14). En ella alaba las «cualidades rarísimas para observar y narrar [del autor], desearíamos que ensanchara la esfera de sus obras, dándolas una intención y un escenario más general, más comprensivo de la sociedad en sus múltiples aspectos y consideraciones». Pero el desinterés con que fue acogido el libro desanimó tanto a su autor, que a no ser por la insistencia del joven Menéndez Pelayo habría abandonado el mundo de las letras («Pedro Sánchez»: 1906: 7-8).

Pereda y Galdós se conocieron en Santander:



Imagen 12. Benito Pérez Galdós, joven (ca. 1863)

Un día del verano del 71, esperaba yo en el vestíbulo de una fonda de esta ciudad, a que bajara un amigo mío, a quien había avisado que le aguardaba allí. Maquinalmente me puse a leer la lista de huéspedes que tenía delante, y vi que uno de ellos era «D. Benito P. Galdós». Con ánimo de visitarle inmediatamente, pregunté por él a un camarero que pasaba. «Ahí le tiene V.», me respondió, señalando a un joven, vestido de luto, que salía del comedor. Me hice cruces mentalmente, porque no podía imaginarme

yo que tuviera menos de cuarenta años un hombre que se firmaba Pérez Galdós, y además hablaba de los tiempos de D. Ramón de la Cruz y de la Fontana de Oro, como si los hubiera vivido. Yo tenía entonces 38 años. Hablando, hablando, resultó que nos sabíamos mutuamente de memoria; y desde aquel punto quedó arraigada entre nosotros una amistad más que íntima, fraternal que, por mi parte, considero indestructible, cuando lejos de entibiarse con las enormes diferencias políticas y religiosas que nos dividen, más la encienden y estrechan a medida que pasan los años. (carta 493)

Y Galdós en su prólogo a *El sabor de la tierruca* (1882) escribía que antes de conocer a su autor la lectura de las *Escenas montañosas* y de *Tipos y paisajes* «fue como el feliz descubrimiento de hermosas regiones no vistas aún, ni siquiera soñadas». Significativamente, un año después de conocerse, las cuatro cartas a don Benito sobrepasan a las dos enviadas a Laverde y, a partir de ahora, el carteo entre los nuevos amigos, nutrido a pesar de las pérdidas, será el más atractivo de todos por la variedad de asuntos y por la sinceridad con la que ambos manifiestan sus ideas religiosas y políticas. Además revelan una relación cariñosa a pesar de sus divergencias, y en ellas surge un Pereda ocurrente y festivo, muy diferente al de otras cartas.

En una ocasión se excusa con Laverde de su largo silencio epistolar, que no significa que se haya entibiado «el cordialísimo afecto que le profeso ni a amenguar la altísima idea que tengo formada de su hermoso corazón, al que siempre me declaro deudor» y se alegra de saber que sea también consejero y amigo del joven Marcelino, «ese humano prodigio». Como los dolorosos males de Laverde son de carácter nervioso, Pereda los identifica con los propios, se diría que hermanándose con él, o quizás haciéndole ver que no está solo, y trata de consolarle. Y como al parecer desconoce su gravedad, le aconseja curarse con tranquilidad y vida campestre, y le invita repetidamente a pasar temporadas en Polanco (cartas 55, 56 y 82).

Además de su plena dedicación a los libros, parece que Laverde era aficionado a la horticultura, y quizá un tanto arbitrista, pues a lo largo de los años fue proponiendo a Pereda remedios más o menos irrealizables. Cuando se queja de las plagas que echan a perder su

huerto, le aconseja conseguir estorninos para que se coman los lumiacos. Cruzan varias cartas que tratan de las ventajas y desventajas de tales remedios y el polanquino, que parecía tener más sentido práctico que don Gumersindo, después de precisar que lumiacos es la palabra «que usa aquí el vulgo labrador; la gente que se la echa de fina dice también limiagos, como en San Vicente», parece aceptar el consejo de los estorninos. Pero «¿cómo me las arreglo para que no se me escapen de la huerta? ¿Podrán vivir en ella cortándoles las plumas de las alas?» (carta 62). Sobre los estorninos, le escribe en otra que «El verano pasado, por efecto de la gran sequía que aquí se experimentó, no se vieron en mi huerta caracoles ni lumiacos; pero en cambio los pájaros, especialmente los tordos, primos hermanos de los estorninos, me destrozaron semilleros y plantíos de flores, escarbando la tierra abonada» (carta 131). En otro proyecto relacionado con los robles del que no tenemos noticia, le aseguraba que

No tengo ningún robledal cercano para hacer la experiencia de que V. me habla, y sobre cuyo asunto he leído algo recientemente en un periódico. De todas maneras, soy hombre de poca paciencia para hacer esos experimentos; y también dudo que, no obstante lo que abundan en este país los robledales, lleguen los montañeses, por razón de carácter, a explotar esa importante industria. (carta 131)

Y tampoco llegaron a granar los plantíos de eucaliptus que le proponía: «Los eucaliptus de marras, no llegaron a nacer, por más cuidados que se tuvo con el semillero; y no le pedí nuevas semillas, por no ser cosa muy fácil su adquisición» (carta 398).

A medida que Pereda va dejando de ser aquel humilde postulante de las primeras publicaciones que se deshacía en agradecimientos y excusas, y comienza a colaborar en las revistas de Madrid va mostrando la obsesión, que le acompañará siempre, de ver sus obras anunciadas en la prensa y la impaciencia de que las reseñen. Había publicado dos relatos largos, que llamaba bocetos y, animado por Marcelino, escribió un tercero que con los dos anteriores formaría *Bocetos al temple: La mujer de César* en la *Revista de España*, *Los hombres de pro* en el folletín del periódico *La Reconquista* y *Oros son triunfos*, que aparecía por primera vez en 1876.

Aunque el original estaba ya en Madrid a principios de febrero dos meses después no había comenzado su impresión, escribía impacientemente a Laverde, «Si alguna vez se imprimen los Bocetos dichosos, ya comenzados tiempo ha...» (carta 60). Aparecieron en el verano de 1876, y no le faltó tiempo para enviarle un ejemplar de este «hijo de este pobre entendimiento, [que] recibirá V. (si no le roban en el camino) por este mismo correo» (carta 62). Y también para encargar al joven Menéndez Pelayo que enviara «los Bocetos a los periódicos ultra-seculares» para su reseña (carta 69). Esta vez fueron recibidos muy positivamente por la crítica, que coincidía en considerarles ya verdaderas novelas cortas, y que reseñaron elogiosamente Galdós y Menéndez Pelayo (González Herrán: 1983b: 46-50).

Pereda ansiaba ahora entrar de lleno en la vida literaria, y acompañando un ejemplar de *Bocetos al temple*, «un nuevo parto de este pobre entendimiento», escribía a Mesonero recordándole que «En la última visita que tuve el gusto de hacer a V. ahí, me habló de cierta despedida del público que pensaba V. hacer, y de algo como propósito de indicarme como depositario de su ilustre pluma». Y pedía excusas por el atrevimiento de esta petición motivado por «el deseo de obtener tan señalada honra que ostentarían mis hijos con lícito orgullo» (carta 61). En febrero de 1876 el editor y librero santanderino Francisco Mazón había sacado *La Tertulia*, una publicación de entretenimiento dedicada «a las bellísimas lectoras», entre cuyos colaboradores se contaban Amós de Escalante, Ricardo Olan, Eusebio Sierra y Pereda. Su éxito y el entusiasmo de sus amigos animaron a Mazón a lanzar una revista literaria con el mismo nombre, que desde el principio, y junto con su continuación la *Cántabro-Asturiana* alcanzó un nivel desconocido en Santander hasta entonces, y constituyeron una afirmación de catolicismo, una exaltación de los valores tradicionales y la conciencia de representar la escuela literaria montañesa.

Tanto la presentación de *La Tertulia* «Al que leyere» como el «Prospecto» de la *Cántabro-Asturiana*, inspirados por Laverde, fueron obra de Menéndez Pelayo. Aunque no eran revistas políticas, proponían un regionalismo cultural junto con Asturias para «formar una entidad tan una y tan enérgica como la de Cataluña, luz y espejo hoy de todas las gentes ibéricas» (García Castañeda: 2004a: 117). Aunque la dirigía Mazón el aspecto literario de la nueva publicación estaba en manos del joven Menéndez Pelayo y de Pereda. Este consul-

tó a Laverde que «Algún catedrático de Oviedo [Fermín Canella] ha propuesto a Mazón [...] hacer a *La Tertulia* eco científico y literario de las *Dos Asturias*, en cuyo caso le vendría muy bien el título de *Revista Cantábrica* que ya pensábamos darle desde el próximo Agosto. El proyecto me parece de perlas» (carta 97). Y ofrecía a Laverde la redacción del Prospecto de la nueva publicación (carta 103). Así nació la *Revista Cántabro-Asturiana* (1 de septiembre de 1877—15 de abril de 1878), que abarcaría «los intereses literarios de las dos Asturias».

Francisco Mazón era un curioso y entrañable personaje, tan entusiasta y lleno de grandes ideas como carente de sentido práctico; según Galdós, tenía «una susceptibilidad tan vidriosa y unos mimos tan sumamente mimosos que sólo se le pueden perdonar conociendo su bondad de carácter» (carta 86). Sus grandes proyectos le llevaron a la ruina.²⁵ Como humorísticamente escribía Pereda a Marcelino:

Has de saber que fue a la Corte *nuestro director* a hacer compras para la librería a la alta escuela que va a establecer, en todo el mes de diciembre, en Santander, en las nuevas casas de Pombo. ¡Dios le de formalidad y paciencia, y acaso sea el que emprenda un buen negocio para él y un buen recurso para nosotros! (carta 122)

Y pocos meses después, escribió a Galdós: «Nada puedo decirle a V. de la marcha de la librería de Mazón, y dudo que él mismo sea capaz de decirle mucho más. Paréceme aquello una madeja a merced de los ratones» (carta 128), y al día siguiente se refería a la *Revista Cántabro-Asturiana* como «esta agonizante Revista Mazoniana» (carta 129). Dispuesto a liquidar la librería, Mazón tomó una tienda más pequeña, «junto a la botica del Puente; y como no vende la de la Rivera y tiene ya llena la del Puente, se encuentra con la economía de dos tiendas y la misma mercancía y la propia carencia de dinero. Esto se llama entenderlo» (carta 189). José Montero escribía que era un «sujeto tan pintoresco y tan interesante que de él se podrían escribir

²⁵ Francisco Mazón Solana era nieto, por parte de madre, de Manuel Gutiérrez Solana, «el Pasiego», de Arredondo. Figura en 1863 como «especulador en harinas» y vecino de Santander. Posiblemente era pariente de otra persona del mismo nombre, que fue presidente de la Junta de edificación de la iglesia de San Roque en el Sardinero en 1872.

muchas páginas. Quien le conoció bien ha escrito que en su mocedad, todo afeitado y con el cabello largo, se pareció a Danton; andando el tiempo; con bigote y perilla y la nariz algo gorda, vino a parecerse a Napoleón III» (Montero: 1919: 57) y para Ricardo Gullón era «de las figuras más interesantes en aquel círculo por ser, entre tantas gentes de vida estable y porvenir claro, el único en que todo era inseguro, tornadizo y fantástico, sin que no obstante, le superase nadie en lo arrojado del optimismo. Tenía un concepto irreal de la vida, navegante entre nubes, siendo, desde luego, el menos apto para dirigir un negocio» (R. Gullón: 1944: 101-102).

A Laverde se debió la idea de formar «una sociedad bibliográfica» para publicar obras de escritores ilustres de Cantabria (carta 57), Menéndez Pelayo redactó el «Prospecto» de la futura Sociedad de bibliófilos cántabros, que apareció en la prensa local y en el número 6 de *La Tertulia*, y la junta directiva quedó formada por el mismo Laverde, Angel de los Ríos, Pereda, Amós de Escalante, Menéndez Pelayo, Manuel de Assas²⁶ y Enrique de Leguina.²⁷

A la lista de obras sugerida por Menéndez Pelayo y el resto de la Junta Directiva respondió Leguina, también en nombre de Assas, con otra lista y con la condición de imprimir «exclusivamente obras de interés para la historia de la provincia y obras importantes, originales, escritas por montañeses», dando preferencia a las inéditas. «Es tan resuelta nuestra decisión que, si no se aceptara, no podríamos tener más participación en la sociedad que la de individuos de ella, rechazando así toda parte en el mal resultado que preveemos» (Maza Solano:

²⁶ Manuel de Assas (Santander, 1813-1880) tuvo un destacado papel en los estudios de historiografía en Cantabria. Orientalista, historiador y arqueólogo, estudió en diversos países de Europa, fue catedrático de sánscrito en la Universidad Central, miembro de la Academia de la Historia, director del *Semanario Pintoresco* y autor de diversas obras, entre ellas el *Álbum Artístico de Toledo* y la *Crónica de la Provincia de Santander*. Su necrología destaca su labor de precursor en los trabajos de campo, «peregrinó por la inexplorada tierra de nuestros padres copiando papeles y retratando monumentos,» y sus amplios conocimientos de arqueología e historia. Ver necrología en el *Boletín de Comercio*, 22 de junio de 1880; Vargas Zúñiga: 1976: 62-65; Maza Solano: 1931.

²⁷ Enrique de Leguina, Barón de la Vega de Hoz y Grande de España (1842-1924). Historiador, miembro de la Academia de la Historia, de la Hispanic Society of America y Cronista de Santander. Autor de diversos trabajos sobre armería y sobre Santander.

1931: 167). En este cruce de cartas participaron además de Enrique de Leguina y Menéndez Pelayo, Gumersindo Laverde, Leopoldo Barreda, marqués de Casa Mena, Eduardo de la Pedraja y Ángel de los Ríos, quien acertadamente escribía a Menéndez Pelayo el 27 de septiembre de 1876 que «Me hallo convencido de que la historia de la provincia hay que rehacerla enteramente; buscándola en los archivos, costumbres y tradiciones, más bien que en autores de siglos pasados, todos repitiendo o censurando lo repetitivo» (Menéndez Pelayo: 1982-1991: II: 160-161).

La reacción de Pereda, quien solía guardar una cauta medida epistolar, rebosa en esta ocasión punzante ironía:

No solamente creo que podremos pasarnos sin el concurso de Assas y Leguina, sino que me alegro infinito de que haya aparecido una causa cualquiera para que el segundo se quede a la parte de afuera: ni es erudito, ni es literato, ni es montañés, y no había razón para que estuviera donde se le había puesto. En cuanto al otro, paréceme de estos sabios que no tienen por tales más que a los que sepan escribir con hollín sobre una telaraña los frutos de sus investigaciones entre sepulcros, subterráneos y estercoleros; sabios con chupa de musgo y tirantes de yedra, que huelen a fósil, y se pasan la vida, como el enano de la venta, amenazando con lo que saben, y al cabo se mueren dejando a la posteridad un cesto de papeles húmedos y de pergaminos apolillados. (carta 60)

Enrique Miralles destaca la antipatía que tuvo siempre a los críticos, a los eruditos, a los ensayistas y a los filósofos, a los «sabios resucitados [...] despitojándose sobre un negro pergamino para descubrir algún renglón medio borrado» y a los bibliófilos como Gallardo (Miralles: 2006b: 199-200).

Y a la pregunta de Marcelino acerca de la proyectada Sociedad, le respondía que «según las trazas, habrá de figurar también en la consagrada Biblioteca promissa et latens» (carta 87).

El Ayuntamiento y la Diputación de Santander habían pensionado al joven Menéndez Pelayo para visitar las bibliotecas y archivos de varios países de Europa y reunir materiales para su futura *Historia de los Heterodoxos*, y en 1876 apareció su libro sobre Trueba y Cosío, su

primer trabajo de investigación, que fue muy celebrado por Pereda y por Laverde (carta 57). A partir de octubre de aquel año comenzaron a llegar las noticias de «ese imberbe sabio», quien a pesar de su intensa labor diaria mantenía una nutrida correspondencia con otros estudiosos, y enviaba cartas personales a Pereda y otras dando cuenta de sus investigaciones, que fue publicando *La Tertulia*. Es asombroso el torrente de nombres, ilustres unos, oscuros buena parte de ellos, que contienen estas cartas; tan ansioso parecía estar el joven estudioso de mostrar a quienes financiaron su viaje y al resto de sus paisanos que sabía tantas cosas.



Imagen 13. Marcelino Menéndez Pelayo
(Real Academia Española)

En otoño del 69 comunicaba Pereda a Laverde su intención de escribir «aunque sea en compendio, una novela de verdaderas costumbres españolas que tengo in mente años hace [...] por supuesto que la tal novela no pasará de un capítulo más o menos largo que llenará en puesto unos cuantos números [de la *Revista de España*] (carta 38). Una intención que le confirma poco después «Dije a V. en efecto, que pensaba escribir una novelilla para satisfacer más desahogadamente las pretensiones del amigo Albareda, y le añado que perjeñé el primer

capítulo, pero [...] me entró de pronto un desaliento invencible [...] en cambio despaché «Las Brujas»»(carta 39).

Llevaba más de tres años sin escribir pero a instancias de Menéndez Pelayo hizo un tercer *Boceto* con los dos otros dos ya publicados para formar un volumen que se publicaría en breve en Madrid (carta 56). Y varios meses después confirmaba a Laverde que su «proyecto de proyecto de novela [...] es viejo en mí» - no sé si sería aquella «novela de verdaderas costumbres españolas» a que se refería en sus cartas al mismo del 12 de octubre y 17 de noviembre de 1869 — pero que no se le ocurría ningún asunto, y le pedía que le sugiriera algún tema, «creo que la costumbre de pintar cuadritos de poca extensión es la causa de que me maree la contemplación de más anchos horizontes» (carta 58). Y meses después le preguntaba «¿No cree V. que se podría escribir una novela bibliográfica, tomando por motivo el afán de adquirir un libro raro, del cual hubiera escasas y contradictorias noticias; y haciendo viajar al bibliófilo, que podría ir conociendo y tratando a esa multitud de tipos extravagantes que hay en el gremio...?» (carta 62). Y todavía años después le rondaba la idea. «De la novela bibliográfica no puedo hacer nada yo solo; pero es cosa hecha, y de éxito, en cuanto me pongas tú los colores en la paleta. De mi cuenta corre pintar el cuadro. Ya sabes que esta ha de ser obra en comandita» (carta 170).

Tres de los hijos del matrimonio Pereda, Luis, Fernando y José María, murieron de tierna edad, en fechas que no recogen estas cartas, a excepción de uno de ellos, en septiembre de 1876, a juzgar por las de su padre agradeciendo el pésame de Menéndez Pelayo y el de Galdós (cartas 63 y 66).

Aquellos fueron años de gran actividad literaria. Se publicaron *La Tertulia* y su sucesora la *Revista Cántabro-Asturiana*, aparecieron *Tipos trashumantes*, y la novela *Ave, maris Stella*, de Amós de Escalante, que Pereda consideraba «lo mejor que ha escrito, y por de lo mejor que se ha escrito en el género» (carta 110). Menéndez Pelayo gestionaba la publicación de sus *Heterodoxos* (carta 127), y en la primavera del 78, *El buey suelto* estaba en la calle.

En el otoño de 1876, don Benito, don José y don Andrés Crespo, un «conocido comerciante», muy amigo de Pereda, hicieron una excursión a Santillana (carta 70), de la que resultó *Cuarenta leguas por*

Cantabria,²⁸ un precioso librito que Galdós acababa de terminar, del que escribía Pereda que «yo creo que es lo más salado y chispeante que ha salido de su pluma» (cartas 71 y 73).²⁹

En 1876 ya había publicado quince volúmenes de los *Episodios Nacionales* y estaba escribiendo *Gloria*, una novela de la que estaba a punto de salir la primera parte. Su lectura causó a Pereda una dolorosa impresión que expresó en una larga carta (carta 77) que revela tanto cariño por el amigo y admiración por el escritor como tristeza por sus ideas. La respuesta de Galdós no se hace esperar; el juicio de su amigo sobre *Gloria* le «ha sorprendido por lo benévolo» y niega haber escrito una novela volteriana (carta 78). Y así comienzan a cruzarse cartas (cartas 71, 72, 73, 74, 77, 78, 79, 81, 85, 86, 87, 89, 90, 91, 106, 107),³⁰ en las que ambos amigos defienden con sinceridad y con firmeza ideologías totalmente opuestas sin que por ello se rompa la amistad ni aun el trato afectuoso entre ellos: «una de las satisfacciones de mi vida» - escribe Galdós— «es que a pesar de mi anticatolicismo y de mi rebeldía, no me retire V. su amistad, lo cual me prueba su benevolencia y verdadero espíritu cristiano» (carta 106).³¹

Y de por aquellos días es la primera carta conocida a Manuel Polo y Peyrolón, en la que le agradecía el envío de un tomo de sus *Cuentos*. Pereda estableció con él una larga relación epistolar y como veremos a lo largo de su correspondencia, llegó a convertirse en consejero literario y amigo del profesor aragonés (carta 94). Y teniendo en cuenta la tendencia de Polo a usar un estilo dogmático y discursivo, le advertía, «¡Dios le libre a V. de las novelas serias y almidonadas! [...] Desengáñese V., lo grave y estirado lo hace un memorialista, si se empeña,

²⁸ Apareció en la *Revista de España*, LIII, 28 de noviembre y 28 de diciembre de (1876), en *La Tertulia* entre el 15 de diciembre de 1876 y el 15 de febrero de 1877, en la *Biblioteca de viajes*, junto con otros relatos cortos por José Ortega Munilla, Manuel Troyano, Alfonso Pérez Nieva y Luis Taboada. Madrid, 1895. Ver Pérez Galdós: 1989.

²⁹ García Castañeda: 1979 y García Castañeda 2004a: 121 nota 16.

³⁰ Las cartas 81 (a Galdós) y 86 (de Galdós) han sido estudiadas por el profesor William H. Shoemaker (Shoemaker: 1963-64 y Shoemaker: 1966) y a su trabajo remito. Francisco Pérez Gutiérrez consideró la polémica Galdós-Pereda a propósito de *Gloria* dentro de las coordenadas ideológicas de aquella generación, y como parte de las preocupaciones religiosas de sus autores (Pérez Gutiérrez: 1975: 144-150)

³¹ Para la crítica de Pereda a las obras de Galdós ver en este *Epistolario*, sección II: «El crítico literario». Ver también García Castañeda: 2020c.

para lo que hay que nacer es para escribir, o mejor, pintar el carácter de *la Gaviota*». Y, como quizá Polo había tomado consejo de Ortí y Lara, don José María consideraba que éste era «hombre de saber y de virtud, pero en lo relativo al arte, a lo puramente bello artístico, júzgole mala autoridad» (carta 112).³²

Pereda había comenzado a publicar en *La Tertulia* algunos retratos de los veraneantes madrileños que venían a Santander, bajo el título de *Tipos trashumantes*, que Galdós le animaba a continuar (cartas 70 y 86). A principios del año siguiente le contaba, así como a Laverde y a Menéndez Pelayo (cartas 77 y 79) su intención de imprimir el libro en Santander o en Madrid.

Me permitiré referirme ahora muy brevemente a la «polémica de la Ciencia Española» por la participación que tuvo en ella Pereda, corresponsal de Laverde y de Menéndez Pelayo y reseñador entusiasta de *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*.³³ Esta fase de la polémica comenzó en 1876 dentro del caldeado ambiente creado por el decreto del 26 de febrero de 1875 del ministro de Fomento, marqués de Orovio, de privar de sus cátedras a quienes se

³² De familia acendradamente carlista, Manuel Polo y Peyrolón (1846-1918) fue catedrático de Instituto, diputado y senador por aquel partido. Escribió libros de texto escolares, y obras en las que atacó el krausismo, el liberalismo, y el evolucionismo. Sus novelas y cuentos tienen carácter costumbrista, moralizador y didáctico, y escasa calidad literaria. Azorín le consideraba un «mamarracho literario» (Pedraza Jiménez y Rodríguez Cáceres: 1987: 537) y para Ricardo Gullón su «mejor novela» *Los Mayos*, «queda lejos de lo que el criterio más ecléctico puede aceptar como perteneciente al género narrativo. No intentaré analizar las páginas creativas - es un decir - del escritor aragonés» (R. Gullón: 1990: 9). Polo cultivó la amistad de Menéndez Pelayo, quien prologó *Los Mayos*, y de Emilia Pardo Bazán, quien escribió un artículo sobre esta obra, e intentó repetidamente que Pereda prologara alguna de sus obras pero éste, siempre con amables pretextos, se libró de hacerlo.

³³ Sobre esta polémica, Campomar Fornieles: 1984; Capellán de Miguel: 2000; Capellán de Miguel: 1999; Dendle: 1968; Dorca: 1996; M. Menéndez Pelayo: 1953; Rodgers: 1991; Ruiz Salvador: 1971; Sánchez Reyes: 1956. Un artículo de Pereda— «Variedades. Bibliografía. *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde Ruiz. Madrid: Eduardo Medina, editor, 1876 —se publicó «en un periódico de Madrid», que reprodujo *El Aviso* (Santander, 28 de diciembre de 1876: 5-7), y que no parece estar incluido en las bibliografías que tratan de esta polémica. (Pereda: 2009b: 278-284).

negaran a prestar el juramento obligatorio de no enseñar doctrinas contrarias a la religión católica. Como es sabido, quienes no lo hicieron por considerarlo contrario a la libertad de enseñanza — Azcárate, Salmerón, Giner de los Ríos, González de Linares — fueron privados de sus cátedras; por solidaridad, renunciaron a ellas otros como Castelar, Montero Ríos, Figuerola y Moret. Giner, discípulo de Sanz del Río, creó entonces un sistema universitario paralelo, la *Institución Libre de Enseñanza*, que aportó una gran renovación cultural y pedagógica. Muchos políticos de la Primera República fueron profesores, casi todos de ideología krausista, y con la Restauración, blanco de los neocatólicos. (Cacho Viu: 1962).

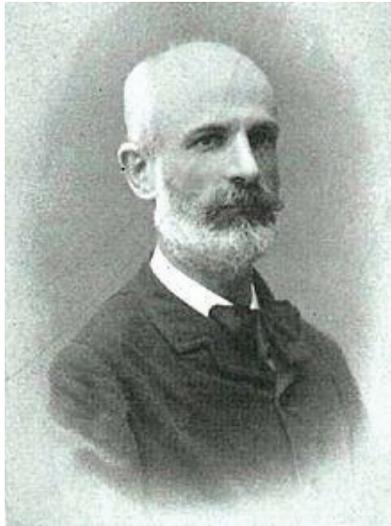


Imagen 14. Francisco Giner de los Ríos

Siendo todavía estudiante conoció Marcelino a Gumersindo Laverde, catedrático en 1874 en la Universidad de Valladolid, y desde entonces establecieron una gran amistad y una nutridísima correspondencia, nacidas de su comunidad de intereses y creencias. Laverde ejerció una gran influencia sobre él, le animó a comenzar la polémica que mantuvieron desde la primavera de 1876, escribió y corrigió algunos textos y le facilitó numerosos datos. En los *Ensayos Críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública* (1868) de Laverde está

ya el germen del plan que seguirá Menéndez Pelayo en esta polémica. En respuesta a la pregunta de Masson de Morvilliers, «¿Qué se debe a España?» surgió la polémica al discutir si la decadencia y la falta de progreso científico en los tres últimos siglos se debía al absolutismo monárquico, a la intolerancia de la iglesia católica y al temor a la Inquisición como afirmaban los krausistas, frente a los neocatólicos, que lo negaban. Para Laverde y Menéndez Pelayo, el krausismo atacaba la historia de España pues implicaba una revolución en la estructura político-religiosa del país.

Gumersindo de Azcárate³⁴ había publicado en la *Revista de España* (Azcárate: 1876) un artículo en el que, al igual que Masson³⁵ consideraba que el despotismo político y la intolerancia religiosa habían impedido que la ciencia se desarrollara en España en los últimos tres siglos. Antes Echegaray, en su discurso de entrada en la Real Academia Española el 11 de marzo de 1866, «Historia de las matemáticas puras en nuestra España», había destacado la ausencia de las ciencias puras en España y la esperanza de que bien pronto se sabría ganar el tiempo perdido y conquistar un honroso puesto entre las naciones de Europa. Laverde escribió al joven Menéndez Pelayo incitándole a contestar a Azcárate pues «El asunto, como V. ve, es de importancia y de honra nacional, y ya que yo no puedo, desearía que V. empuñase la pluma y refutase con la extensión conveniente, en forma de artículo o de carta, el aserto infundado del buen Azcárate». Para Laverde era un ataque contra el catolicismo, y él se encargaría de hacer publicar el artículo. (Menéndez Pelayo: 1982-1991: 3-6).

En su carta a Laverde, «Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los últimos siglos», don Marcelino contradecía a Azcárate y aportaba una copiosa cantidad de nombres de españoles ilustres en la filosofía y en las ciencias desde la Edad Media. Y en ella estaba de acuerdo con la proposición de su maestro de crear un nuevo plan de

³⁴ Gumersindo de Azcárate (1840-1917), filósofo, jurista y político, republicano, krausista y expulsado de su cátedra de la Universidad Central, fue uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza y autor de una extensa obra de teoría política.

³⁵ Nicholas Masson de Morvilliers (1740-1789), escritor francés, colaborador de la *Grande Encyclopédie* a cuya pregunta ¿Qué se debe a España? respondía afirmando que era un país en decadencia dominado por la Inquisición y que no había aportado nada a la cultura europea.

estudios, la urgencia de reformas educativas y la creación de nuevas cátedras. (Menéndez Pelayo: 1982-1991: II: 8-10). La carta fue retocada por Laverde, quien la envió para su publicación a la *Revista Europea*.³⁶

Se cruzaron varias cartas entre el joven Menéndez Pelayo, asesorado por Laverde, y Manuel de la Revilla³⁷ y de la polémica resultó la publicación de *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española* (Menéndez Pelayo: 1876d), con una «Advertencia. A guisa de prólogo» de Laverde en la que desmentía la ausencia de filósofos en la historia de España, que la Inquisición puso obstáculos al desarrollo de las ciencias, y que los «sabios» (como designaban irónicamente Menéndez Pelayo y Laverde a sus enemigos los profesores krausistas) sostenían que aunque el espíritu científico no estuvo del todo muerto no pasaron de ser

voces aisladas sin enlace ni consecuencia con el proceso de la cultura europea. Aunque los extranjeros nos desconocen y los españoles no leen, es una labor patriótica dar a conocer las tres escuelas originales que influyeron en el pensamiento europeo: el Lulismo, el Suarismo y el Vivismo, aun sin contar el Senequismo, el Averroismo y el Maimonismo.

En ese prólogo Laverde ve a Menéndez Pelayo como un polemista, un «crítico profundo» y un «consumado bibliófilo» que hace un gran servicio a la patria. «¡Triste de la nación que deja caer en el olvido las ideas y concepciones de sus mayores!», «En ningún caso desmayemos: la obra es grande, es santa, hay que sacar del olvido la ciencia española y al defenderla defendemos el catolicismo. Hay que publicar libros que la den a conocer para dar por muerto a Mr. Masson para siempre» (Menéndez Pelayo: 1876d).

³⁶ *Revista Europea*. 30 de abril de 1876, núm. 114, marzo-junio, tomo VII, 1876: 330-339. La *Revista Europea* (1874-1880) apareció semanalmente excepto en sus últimos cinco meses, en que fue bimestre. Fundamental en la renovación filosófica en lengua española, predominó en ella el interés por el positivismo y por el evolucionismo. Allí publicó el joven Menéndez Pelayo varias de las páginas polémicas que reunió después en *La Ciencia Española*.

³⁷ Manuel de la Revilla Moreno (1846-1881), catedrático de literatura de la Universidad Central, uno de los principales animadores del Ateneo, y uno de los críticos más influyentes del momento desde las páginas de la *Revista Contemporánea*.

Cuando apareció *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*, escribía Pereda que procuraría que Amós de Escalante le hiciera «los honores de *ordenanza*»: «Escuso decirte que si Escalante no da lumbre, entraré yo en liza como Dios me de a entender» (carta 69). Parece que Escalante no la dio, y Pereda publicó su prometida reseña de *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*, en la que resumía de manera esquemática y en tono irónico y despectivo el proceso de la polémica. Se considera en ella uno de «los fidalgos descendientes de aquellos testarudos conquistadores de imperios y de mundos», ignorantes y acostumbrados a oír que la historia de su país es de oscurantismo y barbarie, de Inquisición y tiranía, y de dependencia del extranjero en el orden científico y literario. Aparte de algunos montones de libros escritos en «latín de sacristía», «en España no existen ni vestigios de ciencia propia, ni se supo lo que era filosofía hasta que Sanz del Río nos trajo de Alemania la *Analítica de Krausse* ni tradujo a su manera *El Ideal de la Humanidad*» (Pereda: 2009b: 278).

Continúa diciendo Pereda que esta vez los sabios tropezaron con «un oscurantista», refiriéndose a Menéndez Pelayo, que «llevado de su amor a los libros y a la patria» ha leído y digerido todo cuanto hay escrito sobre la ciencia española, y es autor de una carta a D. Gumer-sindo Laverde, el otro defensor de la cultura española, «en quien no es nuevo ya el empeño de honrar a su patria sacando a la luz del sol el caudal científico y literario de sus hijos». Nosotros, continúa,

los pobres ignorantes comenzamos a vacilar pues la carta del Sr. Menéndez contenía a montones nombres, libros y descubrimientos científicos publicados precisamente en aquellos tiempos de oscuridad inquisitorial. Esperábamos con ansia la respuesta de los ‘sabios’ pero no vino. Solamente otro sabio [Revilla] nos dijo que ‘la filosofía española era un mito’. (Pereda: 2009b: 280)

Y tomando por base este dictamen, Menéndez Pelayo escribió otra carta a Laverde [«Mr. Masson redivivo»] añadiendo nuevos nombres, nuevos libros y nuevos descubrimientos. Revilla admitía que hubiera habido filósofos españoles pero negaba la existencia de un sistema bien determinado cuya influencia hubiera llegado más allá

de los límites de la patria; y desdeñaba los razonamientos de aquel joven neo. Pero, añade Pereda,

El Sr. Menéndez tiene veinte años y el feo gusto de decir en letras de molde ‘que no es católico nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, apostólico y romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia en cualquiera forma que se presente’. Y entre otras razones ofrece a sus oponentes los infolios de Raimundo Lulio, de Luis Vives y del P. Suárez, impresos en latín y roídos por la polilla. (Pereda: 2009b: 281)

También intervino del lado de los krausistas el periodista y político José del Perojo³⁸ pero se amplió con el nuevo sesgo aportado por la intervención de Alejandro Pidal y Mon,³⁹ en relación con algunos aspectos de *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*. Pidal era tomista y le preocupaba el entusiasmo del santanderino por los humanistas del Renacimiento, aquellos «ciudadanos libres de la república de las letras», y que tanto él como Laverde dieran la preferencia a Luis Vives. Pensaba que todos los sistemas son incompletos o erróneos y si alguna filosofía merece el nombre de filosofía española es la escolástica de Santo Tomás de Aquino. Siguieron cruzándose cartas publicadas en diversos periódicos aunque en tono más comedido y amistoso que las cambiadas con los krausistas, y todavía hubo don Marcelino de enfrentarse con un nuevo adversario, el dominico P. Joaquín Fonseca, quien intervino de manera un tanto agresiva, con su «Defensa de la Filosofía Cristiana» y «Contestación de un tomista a un filósofo del Renacimiento» contra las tesis de Menéndez Pelayo, quien le respondió con «Contestación a un filósofo tomista» y «Réplica al R. P. Fonseca».

³⁸ José del Perojo (1850-1908), «liberal reformista», introductor del neokantismo, periodista, publicista, fundador de revistas, político, traductor y editor de obras de Darwin. Mantuvo agrias polémicas con los neocatólicos.

³⁹ Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), ministro, embajador, presidente del Congreso y de la Real Academia Española. Ferviente tomista y defensor del catolicismo más tradicionalista. Escribió en defensa del tomismo y fundó en 1887 la *Unión Católica* (1881-1884) que pretendía agrupar a todos los católicos. Esta tuvo poca fuerza y se incorporó al Partido Liberal-Conservador.

En medio de este proceso batallador y bibliográfico, don Marcelino recibió una conmovedora carta de Da. Josefa Gayoso, la esposa del maltrecho Laverde, que incluyo aquí, tal como aparece en el *Epistolario* (1982-1991: II: 162-163), por parecerme de gran interés humano:

Mui apreciable y distinguido amigo: Ace mucho tiempo que todos los medicos nos dicen que todos los trabajos intelectuales, se oponen a la curacion de mi marido y aumentan sus padecimientos. El medico Prado que goza aqui de gran reputacion, me dice que si Gumersindo se privase por unos años de todo trabajo, responde de su curación, pero de no acerlo así, que no solo no puede sanar, sino que esta espuestisimo a morir repentinamente de un ataque a la cabeza, pues que toda la vida esta en ella y en extremo débil del cuerpo. Por esto me dirijo a v. para que contribuia en cuanto le sea posible a pribar de toda clase de trabajo intelectual, puede v. decir que un medico dice que le son mui nocivos y se oponen a su curación como v. desea berle bueno antes que todo, por eso le suplica v. que no se dedique a nada de trabajo. En fin v. obrara como lo crea mas conveniente para conseguir lo que a todos nos interesa tanto, su salud.

Esta se la escribo a v. en toda reserva, pues se incomodaría mucho Gumersindo si supiese que yo daba este paso, que me an mandado darle por su salud, así suplico a v. el mas completo secreto y que me dispense que me tome esta libertad, llena de pena temiendo que se realice el fallo de este medico. No me conteste v. que seria facil viesse su carta.

Conserbese v. bueno y disponga de la inutilidad de su afectisima amiga y S. S. B. S. M.

Josefa Gayoso de Laverde.
(Lugo, 30 septiembre 1876)

En aquel ambiente de enfrentamientos y polémicas, a finales de julio de 1877 apareció *Tipos trashumantes*,⁴⁰ tuvo más eco crítico en

⁴⁰ La 2ª. edición, publicada por Heinrich en Barcelona, en 1897, fue bellamente ilustrada por Mariano Pedrero. Ver Fernández Lera y del Rey Sayagués: 2017b.

Santander que en Madrid, y entre agosto y principios de septiembre originó una ruidosa polémica en la prensa local. Comenzó con una reseña en *El Aviso* el 9 de agosto en la que J. Angel Gavica, progresista y antiguo gobernador, después de alabar el libro, reprochaba de buenos modos a su autor el que movido por el partidismo político presentara como «general y constante lo que es anomalía, excepción, accidente», y que en este caso, el tipo «Un sabio», representase la doctrina krausista (Gavica: 1877a). Le respondió Menéndez Pelayo defendiendo la verosimilitud de la sátira, citando textos de Salmerón y de Sanz del Río (Menéndez Pelayo: 1877f).⁴¹ Contestó Gavica con habilidad y con valentía, tomando a Pereda (quien le había agradecido personalmente su reseña) como juez de la disputa (Gavica: 1877b). En opinión de Cossío, Gavica dejó «bien acreditadas sus dotes de polemista agudo e irrestañable» (Cossío: 1973c: 99). La respuesta de Menéndez Pelayo fue aún más agresiva y directa en un «Comunicado» en *El Aviso*; entonces intervino Pereda tomando partido por Menéndez Pelayo, y agradeciendo cortésmente tanto a Gavica como a don Marcelino las elogiosas reseñas de su libro (carta 113). Llevado de su amistad por este último, contribuyó también Gonzalo Cedrún⁴² para exaltar la altura intelectual del joven Menéndez Pelayo (Cedrún: 1877).

Gavica replicó prontamente con dos cartas; en la primera rebatía los argumentos de Menéndez Pelayo, y afirmaba que aunque no era krausista defendía aquella escuela como a «todas las cuales se quiere ridiculizar por el mero hecho de que un idiota repita, como repite un loro, palabras de maestros» (Gavica: 1877c). En la dirigida a Cedrún Gavica rebatía sus argumentos de manera tan respetuosa como aguda y agradecía el haberle combatido cortésmente (Gavica: 1877d).

Terció en la polémica don Víctor Ozcáriz⁴³ en apoyo de Gavica y en defensa del krausismo (Ozcáriz: 1877), y también publicó *La*

⁴¹ «Un sabio» había aparecido anteriormente en *La Tertulia*, sin que Gavica ni los demás defensores del krausismo se dieran por enterados.

⁴² Gonzalo Cedrún de la Pedraja fue amigo íntimo de don Marcelino desde los tiempos de la escuela y del Instituto, le acompañó a Madrid, le aconsejó en la redacción de su testamento y fue su albacea testamentario, presidió la comisión de alzarle un monumento y gestionó la restauración de la biblioteca (Artigas: 1928: 325). Fue autor de *La niñez de Menéndez y Pelayo* (1912). Ver E. Menéndez Pelayo: 1918 y E. Menéndez Pelayo: 1983: 237-239.

⁴³ Víctor Ozcáriz, catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Santa Clara, al decir de Miguel Artigas, «era un personaje pintoresco, en literatura román-

Voz Montañesa, el periódico republicano federalista de Coll y Puig, un artículo el 1 de septiembre de 1877 sin firma en el que defendía a Salmerón de los ataques de Menéndez Pelayo, quien, «con una inmodestia que no tiene nombre, y una vanidad que no tiene ejemplo, [se permite] calificar las obras del señor Salmerón de una *barbarie continua...*».

El día 8 publicó *El Aviso* una carta de Pereda (carta 114), tan malhumorada como breve, en la que concluía diciendo a Gavica que «En cuanto al *sabio* de marras, hícele así porque me gustó el modelo, y porque no tengo noticias de ley alguna que me obligue a preguntarle a nadie *de qué color* han de ser los tontos que yo dibujo». El último «Comunicado» fue de Gavica, también muy breve, en el que atribuía a despecho «las salidas de tono» de Pereda (Gavica: 1877).

Entre los papeles de Menéndez Pelayo encontró Miguel Artigas el borrador de un comunicado con el título «Cero y van dos», que obviamente sería la respuesta a otro de Gavica. La polémica tomó un carácter agrio y personal, y Menéndez Pelayo concluía que «no escribo para gentes suspicaces, recelosas y llenas de vanidad [...] Si ataco a la escuela krausista achacándola culpas de necios, esos necios serán Sanz del Río y Salmerón, pues solo de ellos he hecho mérito» (Artigas: 1928: 232-235). También tuvo otros ecos «Un sabio» en la prensa madrileña, a cargo de Felipe Benicio Navarro, partidario de Gavica, y de Gabino Tejado, a favor de Menéndez Pelayo y de Pereda (Artigas Ferrando: 1928; González Herrán: 1983b: 60-72).

Como era su costumbre, el autor de *Tipos trashumantes* envió ejemplares del libro a sus amigos y colegas literarios, entre ellos, a «Mi muy respetable amigo y maestro» Mesonero Romanos (cartas 109 y 122).

A su vuelta de Barcelona, en cuya universidad Menéndez Pelayo había sido alumno de Milá y Fontanals, comentaba a Pereda pocos meses después que allí los literatos catalanes «todos fueron a mimarme y a agasajarme y (aunque me esté mal el decirlo) hasta pedirme consejo. Pero *nemo propheta in patria sua* » (carta 118). Y cuando llegó a París fue recomendado por ellos a «los afamados filólogos Meyer, Puymaigre, Gastón París y algún otro» (carta 118).

tico perdido, en religión espiritista, en filosofía avanzadísimo, según él, aunque no es fácil identificar su sistema, en política muy demócrata y muy radical; en todo extremado y algo fuera de quicio» (Artigas: 1928: 325).

La familia Pereda tenía en Polanco una casa solariega, construida en 1766 por sus antepasados paternos. En 1872, pocos años después de casarse, don José María decidió levantar otra nueva en el prado, que llamó la atención por su modernidad. Todos los años por noviembre iban para asistir a la matanza del cerdo, que tenía lugar a la manera tradicional, «con el remojín y la tortuca» y Pereda no dejaba de mencionárselo a sus amigos humorísticamente en sus cartas, año tras año (carta 120). «Hállome aquí desde ayer con la parienta con motivo de la degollación del de la vista baja; y entre remojines y mondongos, habrá tarea para toda la semana. ¡Así durara un mes!» (carta 152). Y así lo hará saber también a Sinesio Delgado en varias ocasiones (cartas 171 y 228). Al llegar la primavera o a principios del verano se trasladaban todos allí, donde pasaban alrededor de cinco meses. Parece que solamente en aquellas «soledades», como las llamaba don José María, era donde podía escribir, concentrándose con tal intensidad que al concluir cada novela quedaba física y mentalmente exhausto. Sus cartas abundan en alabanzas de la «vida salvaje» en la aldea y en desprecio por la que lleva en «estas hediondas estrecheces santanderinas» (carta 71), sin contar con la de Madrid, «ese pudridor». Pereda, que proyectaba la imagen de un idealizado hidalgo campesino como los de sus novelas, vivía en «las soledades» de Polanco en una casa moderna con agua corriente caliente y fría, y con teléfono, que eran entonces grandes adelantos. Más aficionado a la jardinería que a la vida del campo, menciona a Oller estar «ocupadísimo en las muy engorrosas tareas relacionadas con la casa, los renteros y la huerta» (carta 348). «Don Pepito» era muy respetado, tenía gran influencia en Polanco, y dedicó sus afanes a conseguir ventajas para el pueblo como la carretera o la restauración de la iglesia, y trabajo y favores para los polanquinos. Como era de esperar, también tuvo desagradecidos y enemigos.

Continuaba con la idea de escribir una novela, y se dirigió a Marcelino, a Laverde y más tarde a Mesonero (cartas 79, 82 y 116) preguntándoles si conocían alguna obra española contemporánea por el estilo de *Les petites misères de la vie conjugale*, pues temía caer inconscientemente en el plagio. Con el título basado en el refrán de que «el buey suelto bien se lame», comenzó a escribir, y para documentarse encargaba a Marcelino que le enviase «*Escenas de la vida*

en París y de provincias (creo que también las escribió) de Balzac, y alguna otra obra notable, en mi género, de otros autores, como E. [Hendrick] Conscience; pero no en novelas, sino en cuadros» (carta 122).⁴⁴

La mención de este proceso reaparece en varias cartas, y en la que acompañaba al ejemplar de *Tipos trashumantes* para Laverde, después de lamentar la mala salud de su amigo, le comentaba que tenía al *Buey*, «haciéndole tirar de la carreta de su vida, que me va pareciendo ya demasiado larga. Verdaderamente no sé lo que va a salir de esta brega. Trato a la bestia a testarazos» (carta 110). Y más tarde, a Galdós, «Yo acabé en septiembre de parir la bestia por que V. me pregunta. Dejéme rendido en parte y muy poco satisfecho; y aquí anda la cría rodando por los cajones, hasta que me resuelva a echarla a la calle; no se dónde ni cuándo.» (carta 120).

La edición de *El buey suelto*, al que también solía llamar «el rumiante», estaba a punto en los primeros días de marzo de 1878 (carta 128), y a la venta el 22 (carta 130). A Galdós le gustó mucho (carta 134), y González Herrán recoge otros juicios elogiosos (1983: 73-98). Pereda insistía en que don Marcelino reseñara el libro y que animara a Valera⁴⁵ a hacer lo mismo (carta 136) pero aunque las reseñas fueron, en general, positivas, Pereda quedó defraudado por la que consideraba escasa atención de la crítica (cartas 133 y 135).

Durante el proceso de elaboración de sus obras, suele consultar con algunos amigos - Laverde, Mesonero, Menéndez Pelayo, Oller, Galdós, Quintanilla - el asunto de la obra que está pensando hacer, les tiene al tanto de que está escribiendo, de que lo hace sin ganas y que pone lo primero que se le ocurre sin tener un plan. Dice de cada

⁴⁴ Escribe José Montero (1919: 61) que en la Navidad de 1876 hubo una cena en casa de Sinforoso Quintanilla en la que cada comensal tenía una servilleta con una leyenda alusiva y que la de Pereda decía «El buey suelto bien se lame».

⁴⁵ Por consejo de Menéndez Pelayo (carta 133), envió un ejemplar a Valera y otro a Alarcón, pero éstos no acusaron recibo. Montesinos observa la indiferencia, y aun el desvío de Alarcón y de Valera hacia Pereda, y hacia sus obras, que nunca reseñaron (Montesinos: 1969: 161 nota 2). Sin embargo, Valera fue, junto con Menéndez Pelayo y Tamayo y Baus, quien firmó la propuesta de Pereda para entrar en la Academia y quien le presentó en ella. Pero no apreciaba las novelas del montañés y en su estudio «Valera ante Pereda» el profesor Leonardo Romero Tobar analiza «el complejo entramado de aproximaciones y disidencias existentes entre ambos» (Romero Tobar: 2021: 598-604).

una de ellas que será una obra mala, una de las peores que ha hecho. Escribe en «las soledades» de Polanco y apenas puede hacerlo en Santander; la tensión nerviosa de haber trabajado intensamente y sin descanso durante largo tiempo, le deja tan exhausto que más de una vez habrá de atenderle el médico. Excepto en contadas ocasiones, Pereda editó sus propias obras y, a partir de *El buey suelto*, el taller madrileño de Tello y de sus sucesores se encargó de imprimir sus obras. La librería también madrileña de Suárez se encargaba de su difusión y venta. Da prisas al impresor para que el libro salga en cierta época determinada, y envía de inmediato ejemplares a otros escritores y a los periódicos. A partir de entonces, la preocupación por saber si los libros han llegado, qué es lo que causa el silencio de los amigos y de una prensa que no acusa recibo provocan nerviosismo, desazones, y cartas a los íntimos con maldiciones a Madrid, insultos a «los chicos de la prensa» y sobre todo, a la prensa católica, especialmente culpable por ser «de casa», y ve en todo ello una «conspiración del silencio».

Sin el menor recato, pedía insistentemente a los suyos que escribieran acerca de sus obras; *El buey suelto* estaba dedicado a Menéndez Pelayo, a quien reclamaba una reseña, e incluso le sugería en qué publicación debería aparecer. Y confiaba a Laverde que «Marcelino ha reseñado el *Buey* en la *Revista de España*», firmada 'X' porque no conviene hacerlo yendo la obra dedicada a él» (carta 137).

Don Gumersindo alabó la novela aunque puso reparos morales a una escena en la que había un beso pero el autor le aseguró que «el pecado de la deshonestidad sería, entre los varios que cometo en mis libros, el único que no perdonará jamás mi conciencia», y que «doctos sacerdotes» no han hallado pecaminosa tal escena. Y añadía, sin duda para poner a salvo su ortodoxia, que «Mañana empieza en Polanco una misión de los dominicos de las Caldas, a expensas mías y de mi señora, vivirán en mi solariega casa» (carta 137).

En carta del 6 de marzo de 1878 felicitaba a Galdós porque en su novela *Marianela*, «no se mete V. en andanzas de religión». Don Benito llevaba ya más de ocho años veraneando en Santander, con ocasionales estancias en Torrelavega, alquilando casas que no hallaba a su gusto y en sus cartas le pedía información sobre alquileres y alojamientos y mencionaba repetidamente su deseo de volver a pasar el verano en el Sardinero.

Menéndez Pelayo decidió opositar a la cátedra vacante en la Universidad de Madrid por la muerte de Amador de los Ríos y, aunque según la ley era demasiado joven para hacerlo, solicitó una dispensa. La comisión del Congreso informó favorablemente (carta 136), a fines de mayo Marcelino leyó a Pereda en Santander el programa que presentaría y «parecióme más que el programa para un curso académico, un índice de cuanto pueda saberse y enseñarse de literatura española.» (carta 137). Este le mantenía informado durante este proceso de quienes formaban el tribunal y del desarrollo de las oposiciones (carta 142). Tiene gran interés una entusiástica carta de Manuel Marañón a Pereda en la que le cuenta paso por paso el desarrollo de aquella oposición, en la que estuvo presente entre el público, y el gran triunfo de don Marcelino (carta 143; Beltrán de Heredia: 1933: 416-417).

Estas oposiciones ocasionaron el enfrentamiento de los liberales y de los neocatólicos, a los que pertenecía el opositor. «Lo que me cuenta V. de Marcelino es lo mismo que yo esperaba, y algo de lo que me escribieron durante su primer ejercicio.» - contaba Pereda a Galdós:

Lo que sucedió después entre los partidarios de la libertad de pensar y de saber, apaleándole infamemente en papeles públicos pasa a ser una de las cien mil pruebas que yo tengo de que esos caballeros, vamos al decir, que no sueltan la ciencia de los labios, estornudan delante de ella como el diablo delante del agua bendita» (carta 146)

No era ésta la versión de don Benito, según quien el joven opositor había «recibido plácemes y verdaderas ovaciones de todo el mundo, principalmente de los liberales, pues no conozco uno solo, ni uno siquiera en cuyo concepto no estuviera aquel a la altura más grande» (carta 145).

Lejos de convencerse, Pereda escribía a Polo acerca de la guerra que hicieron «a ese ultramontano» algunos periódicos «partidarios de la libertad de pensar» (carta 147) y a Laverde sobre «la novela (pues historia no parece, por lo inverosímil) de sus oposiciones, o mejor dicho, de los manejos de sus coopositores ¡Qué raza!» (carta 151).

Una reacción semejante a la que le produjo *Gloria* fue la lectura de *La familia de León Roch*: «He leído las dos partes publicadas de *La*

familia de León Roch o sea la 3ª de las burlas más injustas que se han escrito contra el catolicismo» (carta 148). Y cuando meses después Galdós le confiesa que el tercer tomo de la novela ha sido mal acogido (carta 157), su amigo considera que el final de *La familia de León Roch* «no es peor ni mejor que el de otras obras de V.» pero que el público español está harto de este tipo de obras (carta 160).

No mucho después de ganar la cátedra pensó Marcelino en contraer matrimonio contra el parecer de sus padres y amigos con la gaditana Conchita Pintado, hija de Agustín Pintado, primo carnal del padre de don Marcelino y de María Llorca. Pereda escribía alarmado a Laverde,

con cierta prima que se ha atravesado en su camino, y parece haberle dado filtros y ensalmos [...]. Si nada le ha dicho él de este asunto, hágase el desentendido, pues no le gusta que se le mencione: yo le conozco por su propia madre que, como el resto de su familia, está disgustadísima considerando el paso muy peligroso para la salud y la carrera de nuestro amigo, incapaz, por carácter, de saber todavía las atenciones y desvelos que reclama el matrimonio, sin otros recursos materiales que un sueldo de catedrático, y con el contrapeso de su inexperiencia. Consideraré el suceso, si se realiza, como una desgracia nacional. (carta 151)

Pero un año más tarde,

Créale a V. enterado de la situación en que se halla el proyectado casamiento de Marcelino; y puesto que no lo está, cábeme la mayor satisfacción en anunciarle que todo se lo llevó la trampa este verano.

Convencióse él mismo de que la prima era un dijecillo de escarparte, con una madre insufrible y ridícula (las tuvo en casa una temporada), hizo espontáneamente algunas demostraciones de arrepentimiento; y una vez el caso en tal pendiente, entre el padre y yo acabamos de hacerle rodar hasta el abismo. Hoy anda ella tan fresca por Madrid y tan remilgada, buscando nuevo acomodo, y él dando muchas gracias a Dios por haber abierto a tiempo los ojos. (carta 168)

Acostumbrados a velar por aquel joven Marcelino que antes había aceptado dócilmente sus consejos, don José María y don Gumersindo se encuentran con que éste vive ahora alegremente su vida en Madrid.

Estuve 10 días en Febrero viviendo en su misma fonda; y no digo a su lado, porque, aunque con tal objeto me establecí en aquella casa, no pude lograrlo: tan desordenada era su vida. Despertábase a las 10, dictaba desde la revuelta cama a un escribiente algunas cuartillas de la traducción de Cicerón, y a las 11 almorzábamos. Después se iba a la cátedra y no volvía a casa hasta las 2 o las 3 de la mañana. Tal es su vida ordinaria de Madrid. (carta 182)

Contaba Rubén Darío que en una ocasión se hospedó en el Hotel de las Cuatro Naciones, en la calle del Arenal, donde vivía don Marcelino y que un camarero, aprovechando que aquél estaba en Santander, le enseñó su habitación.

Era un cuarto como todos los cuartos de hotel, pero lleno de tal manera de libros y de papeles, que no se comprende cómo allí se podía caminar. Las sábanas estaban manchadas de tinta. Los libros eran de diferentes formatos. Los papeles de grandes pliegos estaban llenos de cosas sabias, de cosas sabias de don Marcelino. [...] la buena suerte quiso que cuando retornó de Santander el ilustre humanista yo entraba en su cuarto, por lo menos algunos minutos todas las mañanas. Y allí se inició nuestra larga y cordial amistad. (Rubén Darío: 1912: capítulo XXIV)

En 1892 Menéndez Pelayo se fue a vivir a la Academia de Historia, en la calle del León. Y en una carta anterior comentaba Pereda humorísticamente las andanzas del nuevo catedrático. «También se por Zorrilla, que lo contó en *El Imparcial*, con gran contentamiento mío y de tus amigos, que «continuas cerniendo el futraque en casa de la de Guaqui. Dígote que te vas a hacer un elegantón de primera fuerza, y serás el primer sabio de esa estofa» (carta 172). «La Guaqui» era doña Juana de la Puente y Risco, condesa de Guaqui.

En su carta del 28 de noviembre de 1876 (carta 70) se refería Galdós a otra del 12 del mismo mes, que no conozco, en la que Pereda le había sugerido un personaje de ficción, Don Gonzalo González de la Gonzalera, para que le usara en una de sus obras. Pero don Benito no aceptó pues «a gritos está pidiendo que le trate V.» El 6 de diciembre le advierte que el personaje «entre los remilgos de V. y la indolencia mía, se queda en la oscuridad de su aldea. A fe que lo sentiría» (carta 71). Galdós le anima: «Si seguimos jugando a la pelota con *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, el pobre señor se quedará *in nato*; pero V., que es el verdadero padre... de él y de sacarlo al mundo» (carta 72). Siguen otras cartas en las que Pereda intercambia noticias con Menéndez Pelayo sobre la evolución de esta novela (cartas 92 y 95). En la última le anuncia que «Todavía no he hecho más que garrapatear el primer capítulo de la consabida quisi cosa literaria de que he hablado, no por desaliento, sino porque desde que la imaginé me propuse hacerla en Polanco, adonde me trasladaré a mediados del mes de mayo. Allí terminará el parto, mal, de seguro, pero terminará» (carta 95). En otra carta de Bolonia, del 25 de abril de 1877 (carta 99), se alegra de que Pereda haya comenzado a escribir la novela, y en otras cartas se nota el progreso (cartas 112, 118, 122 y 124).

A poco de comenzar su carrera literaria ya se queja el montañés amargamente de la escasa atención que la prensa madrileña concede a sus obras, y especialmente los periódicos católicos, «los de casa», a pesar de que a todos les envía ejemplares. Galdós le reprende humorísticamente: «Pocas reputaciones conozco tan bien cimentadas y tan geniales como la de V. No sea V. mimoso, Sr. D. José», esto les pasa a los demás escritores.

No hay que culpar a los madrileños exclusivamente de faltas comunes a toda esta raza española - digo - privilegiada raza española tan gangrenada en la cabeza como en las extremidades y que tanta pudre tiene en el corazón como en las uñas (y esto no debe negarlo el autor de «El tirano de la aldea»), raza deliciosa educada por el catolicismo, el absolutismo, los frailes y los espadones ¡chúpate esa! y que parece rebelde al progreso. (carta 138).

Mediado el verano, contaba a Galdós en tono despectivo que «olvidé por completo en Santander a D. Gonzalo. Desde que aquí vine, volví a pensar en él por recurso para no aburrirme y he borrado algunos capítulos, sin bríos, sin fe y sin gusto. Veremos lo que sale, si es que sale algo, y entonces pensaré si echarlo al fuego o a la luz pública, que para mí tanto monta» (carta 139), y a fines de septiembre, a Laverde que estaba «trabajando como un negro con el ansia de concluir en todo este mes D. Gonzalo» (carta 140).

Galdós ya conocía parte de aquella «sátira antiprogresista,» auguraba su éxito y «el destrozo que su caballero hará en las falanges progresistas,» (carta 145) y a fines de octubre *Don Gonzalo González de la Gonzalera* se estaba imprimiendo (carta 142).

Respondiendo a las predicciones que hacía Galdós en su carta de noviembre, le aseguraba que «Los campos están ya deslindados: no se combaten nuestras doctrinas; se nos persigue y apalea por el atrevimiento de ponerlas en la cátedra, en el libro y hasta en el lienzo. Excuso decirle a V. cuánto diera yo porque cada página de ese libreo fuera un rejón que levantara en vilo a los sabios de nuevo cuño» (carta 146).

Casi quince días tardaron en aparecer las primeras críticas ante la desazón de Pereda, quien veía en ello «esto que tú llamas conspiración de silencio» y se quejaba de la prensa, especialmente de los diarios ultramontanos (cartas 156 y 181). Dada la tendencia de la novela, no es de extrañar que para los críticos de la prensa liberal fuera una parodia de la Revolución de 1868. (González Herrán: 1983: 105). Entre los primeros en dar su opinión sobre el nuevo libro estuvo Ricardo Olan, para quien era «de carácter esencialmente político», en una carta abierta en *El Aviso* (Olan: 1879), a la que su autor contestó tratando de demostrarle que el libro carecía de tal intención (carta 153).⁴⁶

Poco después de haber escrito aquellos combativos párrafos a Galdós el 14 de noviembre anterior, le asegura que «ese enfermizo y contrahecho engendro mío [...] es lo más inofensivo y candoroso que ha salido de mi pluma. Hasta la política que allí aparece es como medio para mover unas cuantas figuras insignificantes» (carta 148).

⁴⁶ «Variedades. Al Sr. D. Ricardo Olan». Fechada en Polanco, 30 de enero de 1879, y publicada en *El Aviso*, 1 de febrero de 1879.

Una inocencia que, como es de suponer, no convencería a don Benito ni a don Marcelino, aunque insistía en que

Aun no he salido de mi asombro. Por tirios y troyanos se ha recibido el libro como una sangrienta sátira política. Los de la cáscara amarga apenas me saludan, y los conservadores están asustados. Para que nada me falte, Gavica me ha exco-mulgado desde la Nueva Prensa, y varias péñolas revolucionarias se disponen a saltarme. El tiro, por lo visto, les ha llegado al corazón. Lo triste de todo esto para mí, es que lo hice *sin querer*. (carta 152)⁴⁷

Las opiniones críticas estuvieron divididas acerca de la «tendencia» de la novela, un aspecto detenidamente estudiado por González Herrán (1983: 107-116), y por Enrique Miralles en la Introducción a su edición de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (Pereda: 1991: 21-36).

Evidentes son siempre en Pereda la preocupación, mejor diría, la ansiedad, la desconfianza, la necesidad de encomio y el rechazo, airado a veces, de las críticas negativas. Muestras todas de una inseguridad que no cede ante la buena acogida que suelen tener sus obras. Curándose en salud, menosprecia consistentemente sus obras, sus «librejos», y asegura que fueron escritas con desgana. Pide a Mesonero Romanos su opinión sobre el nuevo libro: «Pasé de la edad de las ilusiones, y no son en tales casos los obligados plácemes de costumbre en el mundo lo que voy buscando al presentar una obra mía a una autoridad tan respetable como V.» (carta 144). Y a Laverde, en el mismo tono:

...dígame sin escrúpulos ni miramientos su autorizadísimo parecer sobre el libro [*Don Gonzalo*]. Pasóse en mí la edad de las ilusiones y prefiero un reparo cuerdo a cien elogios de cumplido. De la crítica de Madrid, nada espero; porque, o no la hay, o ha de ser aficionada, y ya que Dios me concedió amigos tan doctos como V., sepa yo, al menos, de sus labios, el ver-

⁴⁷ Para Boris de Tannenberg, *Don Gonzalo* «est une caricature impitoyable de la Révolution, réduite aux proportions grotesques d'une émeute de village» [«es una despiadada caricatura de la Revolución, reducida a las proporciones de una revuelta de pueblo»]. Tannenberg: 1903: 238.

dadero valor de esos pobres engendros de este enteco ingenio mío. (carta 151)

Lo que, como veremos en el caso de *La Montálvez*, y en otras ocasiones, no era ni mucho menos así.

Polo y Peyrolón le envió, dedicada, su nueva obra *Supuesto Parentesco entre el hombre y el mono*, que le pareció «bien formada y superiormente escrita [...] y me promete lo leído dejar en su deforme desnudez al darwinismo ante la ciencia y el sentido común» (carta 159). El carteo de estos correigionarios continúa frecuente y amistoso aunque Pereda, y también Menéndez Pelayo, ya han formado su propio juicio acerca de la escasa calidad de la obra de Polo. Esta vez era *Elementos de Etica*. Aunque Pereda ponía reparos a sus creaciones literarias, se deshacía en alabanzas de las dedicadas a combatir el evolucionismo o el krausismo, o incluso de textos escolares como estos *Elementos de Etica* por estar ideológicamente en la misma línea que su autor. En su correspondencia con Laverde, y sobre todo con Polo, mostraba una rigidez religiosa y moral que estaba amistosamente mitigada en sus críticas a las novelas de Galdós. La llegada de este librito le da ocasión para denostar la enseñanza oficial, que

está hoy completamente corrompida, porque la Revolución ha sentado en las cátedras su propio corazón. Tengo un hijo que estudia 2º año de filosofía; pero con un ayo sacerdote, que le he puesto por no enviarle al pudridero del Instituto. ¡Fíjese V. si serán cordiales los aplausos que tributo a las obras de V. caldeadas al fuego de las buenas ideas! (carta 188)

Y en otra ocasión, se refería a la posible segunda edición de una refutación del Darwinismo, de Polo, como una «obra a la que profeso una especialísima afición». Este le pidió entonces que prologara su próxima novela, lo que Pereda evitó con la habilidad de costumbre (carta 196). Pero el aragonés era incansable, y Pereda acusa recibo de una carta del 28 de marzo y otra del 6 de abril y del opúsculo *Las malas lecturas* (carta 200), pocos días después llegan el discurso *Influencia del Cristianismo y la Iglesia Católica en la civilización de los pueblos* y una nueva edición del *Supuesto parentesco entre el hombre y el*

mono (carta 202) y al cabo de pocas semanas la 2ª. edición de *Elementos de Lógica* (carta 220).

Eduardo Bustillo, poeta y gran amigo de Pereda desde los tiempos santanderinos de *La Abeja*, ejerció después el periodismo en Madrid. Era también amigo de Laverde, quien daba noticias suyas a Pereda, y en una ocasión éste comentaba que «No le hizo Dios para casado, ni para cosa alguna que necesite perseverancia y asiduidad. Aunque se muera de viejo ha de ser un niño versátil y caprichoso. Felizmente para ella, su señora no es un modelo de sensibilidad» (carta 56). Bustillo acababa de volver de Buenos Aires, y en la misma carta sigue:

«Me escribe lleno de esperanzas literarias para el porvenir, y curado de desengaños del pasado. No cabe en la imaginación hombre más feliz y más desventurado al mismo tiempo. Su verdadera desgracia consiste en haberse casado, porque ha hecho infeliz a una familia, y este daño lo sufre él de rechazo» (carta 56).



Imagen 15. Eduardo Bustillo

Caricatura de Escaler, *La Semana Cómica*, 29-05-1890

En la primavera de 1879 Galdós proyectaba hacer un viaje por Europa y animaba al montañés a acompañarle, prometiéndole que incluso «Veremos al Papa, si V. quiere» (carta 157), a lo que le respondía irónicamente: «Lo que me dice de ver al Papa si le acompaño en su proyectada excursión europea, me seduce un poquillo. No dejaría de ser curioso ver al autor de *Gloria* besando la zapatilla al infalible [pontífice, *ms*] tirano de tantas conciencias fanatizadas» (carta 160).

Tras recibir el primer volumen de los *Heterodoxos* aseguraba Pereda a su autor, «Creo que ha de tener aquí muy buena venta, a juzgar por la impaciencia que he notado en la librería de Mazón, entre la gente que lee en Santander» y como dato curioso le contaba que su común amigo Sinforoso Quintanilla, conocido «por su carácter desengañado y su temperamento estrepitoso e incapaz de pactar alianzas con lo que le desagrada» se quedó hasta la una de la mañana leyendo y va por la página 300 de una obra que le parece «admirable y monumental» (carta 173). Añadía poco después que en Santander se estaba vendiendo muy bien, y atribuía el silencio de la prensa liberal a que «Para aplaudirte de buena fe, es demasiado sectaria, y para morderte necesita una dentadura de instrucción que no posee» (carta 175).

Un año después comenzó a salir *La Desheredada* por entregas y Pereda felicitaba a don Benito «porque se deja en ella en paz a los curas y a los católicos» (carta 197). La vió en la librería de Mazón que hasta su cierre frecuentaba «la gente que lee» y era el centro de noticias literarias de la ciudad.

No abundan los datos sobre la elaboración de *De tal palo, tal astilla*, cuyo proceso ha estudiado González Herrán, quien cita una carta de Menéndez Pelayo a Laverde, «Pereda ha comenzado otra novela de carácter montañés pero al mismo tiempo de propósitos algo trascendentales. Se propone mostrar los efectos de la incredulidad en dos generaciones sucesivas» y otra del mismo, contándole que «está terminando su novela *De tal palo, tal astilla*» (González Herrán: 1983: 42-43).

Debió escribirse entre el otoño y fines de 1879 pues está fechada, tanto en su edición como en el ms. autógrafo en diciembre de 1879. «Ocupábame de preparar los *Esbozos* para imprimirles» — escribía a Laverde a principios de 1880 — «cuando me asaltó la idea de esta otra novela; y por aquello de que cuando pasan rábanos ... dejé de mano lo que no había de escapárseme ya, y púseme a escribir *De tal palo,*

tal astilla, que este es el título de mi nueva obra» (carta 168), lo que repetirá después casi con las mismas palabras en el prólogo «Al pío lector» de esta novela.

El 24 de febrero la estaba imprimiendo Tello (carta 170) y en marzo estaría ya a la venta. «Supongo [...] que Marañón te habrá entregado el ejemplar de mi noveleja» (carta 173). Espera que Mesonero haya recibido un ejemplar (carta 174). «Al cabo de once días de viaje llegaron los ejemplares de mi novela, que ha sido aquí bien recibida» (carta 175).

Como advirtieron Montero (1919), Cossío (1934), Jean Camp (1937), Montesinos (1969), Gullón (1944) y González Herrán (1983) parece indudable que tras la polémica con Galdós en torno a *Gloria*, *De tal palo*, (que algún crítico llamó «la contra-*Gloria*»), se escribió como demostración práctica de su propia tesis frente a la defendida por Galdós en la suya.

Tampoco faltaron en esta ocasión las quejas ante el silencio de la prensa, en especial de la ultramontana (carta 175). Don Marcelino publicó una reseña, que Pereda le había pedido (*La Ilustración Española y Americana*, 24 de febrero y 16 marzo), y que le agradeció cumplidamente: «jamás has hecho cosa más fresca, más gallarda ni más sentida» (carta 176). La mayor parte de quienes reseñaron *De tal palo* atacaron su tendenciosidad, propia de la mayoría de las obras de Pereda, de las que es la más representativa.

A fines de 1880 escribía a Laverde que tenía preparados los *Esbozos* para darles a imprenta aquel invierno. «Es un libraco detestable, compuesto de los artículos que habrá leído V. en la revista difunta de Mazón, de otros peores aún, de mis primeros años y de algunos más (5 o 6) perjeñados de mala gana este verano en Polanco» (carta 186). Un mes más tarde el libro había progresado poco, «algunas correcciones en la colección de tonterías que han de formar el tomo» (carta 189); en enero había enviado el libro a Madrid para su impresión (carta 190), y en marzo debía estar en la calle pues el autor preguntaba a Galdós (carta 197) y a Mesonero (carta 198) si habían recibido un ejemplar.

Menéndez Pelayo le ofreció reseñar *Esbozos y rasguños* en la *Revista de Madrid* (carta 194), y Pereda se lo agradeció (carta 199). Luego se quejaba de que «En cuanto a la prensa nea, ni una triste mención de cortesía en pago del ejemplar recibido» (199). Las críticas publicadas en otros periódicos de Madrid fueron benévolas, en Santander hubo

«los sahumeros de costumbre», que destacaron el costumbrismo y el realismo del libro y el estilo y la capacidad de observación del autor (González Herrán: 1983: 156). La segunda edición apareció a mediados de marzo de 1881.

Para conmemorar el segundo centenario de la muerte de Calderón de la Barca tuvieron lugar en Madrid diversos actos conmemorativos, y entre ellos, un banquete en el restaurante La Perla en el Retiro, que reunió a ciento cincuenta profesores de los que participaron en aquellos actos. Hubo brindis de carácter diverso, entre ellos varios que ensalzaron ideas y creencias totalmente opuestas a las propias del autor de *La vida es sueño*. Molestos algunos de los presentes, animaron a intervenir al joven Menéndez Pelayo, quien pronunció un extenso brindis que causó sensación. Su contenido y las vivas reacciones a que dio lugar son de sobra conocidas. La de Pereda fue entusiasta:

Conozco, si no todo, la mayor parte de cuanto se ha impreso para ensalzarte y para ofenderte con motivo de tu magnífico brindis del Retiro. Sigo creyendo que hay mucho de providencial en cuanto te sucede; pues en lo humano no suelen aparejarse las cosas de tal modo. Solo el valor que representa aquel acto, en ocasión tan solemne, merece una corona, y hasta la ira desatentada de la gente liberal contribuyó grandemente al triunfo. (carta 203)⁴⁸

Como muestra este epistolario, la amistad de Pereda con su admirado Mesonero continuó a lo largo de los años. En ocasión de una carta, mencionada aquí por Pereda, en la que «El Curioso Parlante» le felicitaba por *Esbozos y rasguños*, coincidía con él en que «La gran participación que doy en las mías [en mis obras] a lo popular y villanesco, a lo característico y permanente, así en costumbres como en paisajes prueba bien a las claras lo acorde que estamos en ese punto y las corrientes que me arrastran» (carta 178). Cuando aparecieron las *Memorias de un setentón* recogidas en volumen las acogió como «¡Digno fin y remate de tan larga y venturosa carrera literaria!» (carta 174) y tenía suficiente confianza con él como para pedirle que apoyara con su voto la entrada de Menéndez Pelayo en la Academia (carta

⁴⁸ Sánchez Reyes: 1933c; Sánchez Rodríguez: 2001.

183). Cuando don Ramón murió «como un pajarito, sin sentirlo», le comentaba, obviamente molesto, a Galdós que, según *El Imparcial*, «ya no hay costumbres ni quien sea capaz de pintarlas en España [...] y cuando Ortega lo asegura, bien sabido se lo tendrá!» (carta 219).

Gumersindo Laverde fue el primero en animar a Pereda en sus tareas literarias y a divulgar su obra en la prensa de Madrid. La correspondencia entre ellos fue intensísima en los primeros tiempos del *Almanaque de las Dos Asturias* y de *La Tertulia* y decreciendo en intensidad a medida que Pereda ampliaba sus horizontes, y estaba más relacionado con el mundo literario de su tiempo. Aunque le consulta con frecuencia y le envía puntualmente sus libros la aportación de Laverde va contando menos a la vez que aumenta su incapacidad física. No hallamos su nombre entre los reseñadores de la obra perediana pero sí cartas en las que de manera breve e inequívoca alaba o critica los libros que su antiguo discípulo le envía a poco de su publicación, y sus reparos son principalmente de carácter moral (el mencionado beso en *El bucy suelto*, y otro en *Pedro Sánchez* merecieron sus censuras).

Aunque parece que no fue muy dado a hablar de los padecimientos que sufrió durante diez y seis años con ejemplar paciencia, las cartas que conocemos sobre su mala salud y su progresivo empeoramiento son harto explícitas. Además de las cruzadas con Menéndez Pelayo, están las de Pereda a Laverde, y Cossío publica fragmentos de tres cartas escritas por este último, sin citar su fuente y cuyo paradero desconozco, en sus *Estudios sobre escritores montañeses*. En diciembre de 1875, Laverde detallaba a Pereda:

Mi enfermedad consiste en unos dolores vivos que me punzan por varios puntos del cuerpo, y que a menudo se convierten en una especie de terribles calambres, pasados los cuales, suelo experimentar un corto rato de alivio. Parece como que un fluido quemante circula por mis nervios, se acumula en sitios determinados, y por fin estalla. (Cossío: 1973b: 392)

Dos años después, el 16 de marzo de 1877 escribía a Pereda resignadamente, «No son solo los dolores y contracciones tetánicas, es la falta de virilidad y de energía que las sostiene. En fin, Dios sabe lo que hace, y bendigo sus rigores como bendeciría sus dulzuras» (Cossío:

1973b: 392) y al cabo de unos meses, el 18 de junio de 1877, le confiesa que vive «Metido en un cilicio de nervios que sin cesar me taladran» (Cossío: 1973b: 392). A principios de 1883 «sus achaques apenas le consienten coger la pluma entre los dedos» y la carta viene escrita de otra mano (carta 225).

Pereda se encargó de gestionar la compra en París de un cochecito para inválidos para que pudiera asistir a sus clases, y con este fin le comunicaba que «Ayer estuve en Santander y traje las señas de la habitación de un amigo establecido en París con casa de Carruajes y a quien hoy mismo escribo copiándole el párrafo de V. en que me encarga el cochecito» (carta 182). El cochecito ya estaba en la Aduana de Santander y de allí se envió por barco a La Coruña (carta 184); costó en total 962 reales, y don José María pidió permiso a su amigo para pagar él los gastos del transporte desde Santander. «Con ese óbolo miserable pretendo yo adquirir el derecho de que cuando con el auxilio del coche supla V. las debilidades de sus piernas, y eso le cause alguna alegría, se acuerde de mí» (carta 186). En su correspondencia con Menéndez Pelayo, don Gumersindo le pregunta con frecuencia sobre el precio de sus desplazamientos con la familia entre universidades y a su lugar de veraneo durante las vacaciones, para ver si se lo puede permitir, lo que revela su escasez de medios.

No tardó Menéndez Pelayo en ser elegido miembro de la Real Academia Española. «Supongo que tu elección en la Academia tendrá lugar, como me dijiste, el día 2 de diciembre, y que no habrá oposición de importancia. Quiero decir que te abrazaré académico, la primera vez que te abrace» (carta 187).

Era frecuente que aquellos amigos que preparaban un discurso, una obra de teatro o cualquier otro trabajo de carácter literario lo presentaran al grupo reunido en las Catacumbas. En esta ocasión don Marcelino leyó en casa de Pereda «el estupendo discurso académico que escribió aquí en cuatro días; obra verdaderamente admirable en todos conceptos» (carta 190). Entró sin oposición en la Academia y el acto tuvo gran eco en la prensa (cartas 193 y 194). Y Pereda escribía con festivo entusiasmo a Laverde:

Supóngole a V. sabedor, por los periódicos, de la verdadera y gran fazaña consumada por nuestro Marcelino al ser recibido en la Academia. Gran fazaña, digo, porque consiguió

asombrar a todos los malandrines que, ya por desconocer el valor del académico, o por espíritu de secta, le negaban hasta el entendimiento. En ese día memorable desde *El Globo* hasta *La Iberia* le proclamaron sabio a boca llena. (carta 195)

Por otra carta a Laverde sabemos que Pereda tenía «in mente una novela de caracteres, que si Dios me da salud y humor, comenzaré a escribir este invierno» (carta 186), a principios de año había «puesto ya la quilla» a la novela (carta 190), y en la primavera del año siguiente trabajaba en ella (carta 194). «He comenzado a trabajar en mi proyectada novela pero creo que no entrará el horno en calor hasta que me soplen los aires de Polanco que será (D. m.) desde principios de junio» y confirmaba a Galdós que tenía algunos capítulos escritos, sin pies ni cabeza, de «una noveleja [...] aldeana montañesa de pura casta, sin sabios heterodoxos, ni jóvenes escrupulosas, ni políticas corruptoras. Pura aldea, con sus tipos y resabios congénitos. Mucha naturaleza, mucho viento sur... y nada entre dos platos» (carta 197). Seguía escribiéndola (cartas 199 y 203) con algunas interrupciones y retrasos (carta 208) y la terminó en Polanco en octubre de 1881.

Aunque Pereda prefería editar sus propios libros en esta ocasión aceptó la oferta del editor Domènech de Barcelona de publicar su novela. La ausencia de cartas al respecto no permite saber en qué circunstancias. Como se negaba a que fuera ilustrada por quienes desconocían la Montaña, la editorial mandó a Polanco a Enrique Mélida,⁴⁹ quien estuvo quince días pintando, y después a Apeles Mestres,⁵⁰ quien se marchó a mediados de octubre y se llevó «unas setenta ilustraciones» (carta 207). Pero el copista estaba ya pasando a limpio la novela y Pereda preguntaba a don Marcelino si prefería como título, *La epopeya de Cumbrales* o *El sabor de la tierruca* (carta 209).

Como los editores requerían una noticia bio-bibliográfica para publicarla al frente del libro, su autor pidió a Galdós que lo hiciera pero éste acostumbraba a dejar pasar el tiempo y a veces no contestaba las cartas ante la exasperación de su amigo, quien le reñía sin perder el buen humor y el cariño, aunque sin aceptar sus excusas: «¡Por vida del chápuro verde, que nos habían de oír los sordos!»

⁴⁹ Enrique Mélida (1838-1892), pintor y escritor.

⁵⁰ Apeles Mestres (1854-1936), ilustrador de libros, cultivó también la poesía, la música y el teatro. Fue Maestro de Gay Saber.

(cartas a Galdós: 210, 211, 212, 213, 215, 216, 217 y 219; a Menéndez Pelayo: carta 218).

Por fin se resolvieron las dilaciones debidas a los Domènech, y el libro, que debería haber salido en enero, al parecer se puso a la venta poco antes del 20 de junio (carta 221). La experiencia de tratar con una editorial fue tan negativa que, como le decía a Galdós, «no vuelvo a meterme en otra parecida, aunque me pagaran las cuartillas a peso de oro» (carta 213).⁵¹ La novela no terminaba de salir. «Dícenme que dentro de 15 días estará el libro en la calle» (carta 220).

El sabor de la tierra tuvo menos reseñas que las dos novelas anteriores por no haber en ella elementos tendenciosos, y por lo general, fueron laudatorias pero superficiales pues consideraron el nuevo libro más como una serie de cuadros de costumbres locales que como una novela (González Herrán: 1983: 169-174).

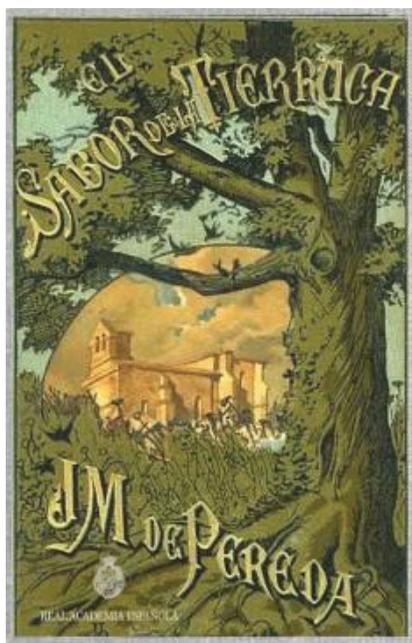


Imagen 16. Portada *El sabor de la tierra*

⁵¹ En su artículo «Los libros barceloneses de José María de Pereda» González Herrán estudia la relación que mantuvo Pereda con los editores barceloneses de algunas de sus obras. Ver González Herrán: 2006 y González Herrán: 2016.

En la primavera de 1882 Pereda y los suyos se mudaron al número 4 del Muelle (carta 218) y en el verano ardió *La Rosario*, la próspera fábrica de perfumes y jabones «casi toda ella, de la propiedad de un hermano mío». Según escribía a Polo y Peyrolón, estaba asegurada a todo riesgo aunque «en esta clase de liquidaciones siempre se pierde mucho; aunque no sea más que lo que resulta de la suspensión de trabajos». Y como un «sinnúmero de familias» habían quedado sin trabajo se prometía volver a poner en funcionamiento aquel establecimiento lo antes posible «aun a costa de los mayores sacrificios» (carta 223).

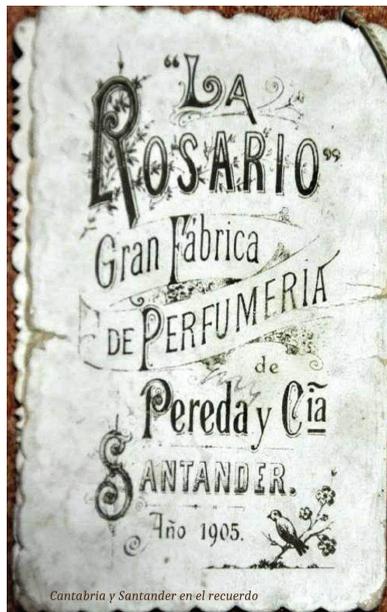


Imagen 17. Anuncio de la fábrica La Rosario
(Cantabria y Santander en el Recuerdo)

En su *Historia de la prensa santanderina* dedica Simón Cabarga unas páginas al periódico integrista *La Verdad* (15 de julio de 1882-noviembre 1887), dirigido «a distancia» por Antonio de Valbuena⁵² y creado con el fin de enfrentarse con la prensa liberal santanderina,

⁵² Antonio de Valbuena (1844-1929). Abogado, periodista y crítico notable por sus virulentos ataques a personajes del mundo literario en sus *Ripios* y *Fe de erratas*. Tradicionalista militante, colaboró, entre otros muchos periódicos, en

principalmente con *La Voz Montañesa*, de orientación republicana federal, a cuyos redactores Fernando Gutiérrez Cueto, Antonio Coll y Puig y José Estraña acusaban de pertenecer a la masonería. La lucha entre ambos periódicos «revela el grado de irritabilidad y de violencia social ambiente» y llegó a manifestarse incluso en encuentros físicos y en un duelo. Expulsado *La Verdad* «del término municipal» por orden gubernativa, se trasladó al vecino pueblo de Camargo, y al reaparecer allí publicó en primera plana, «La revolución de Suecia. Novela del siglo pasado, traducida por L. de V. C. ». Federico de la Vega⁵³ hizo imprimir una hoja suelta en la que atacaba a Pereda por considerarle autor de la «Novela sueca» aunque concluía admitiendo que su autor era Máximo Díaz de Quijano (Simón Cabarga: 1982: 181-185). Aquel le contestó de modo tan desatadamente iracundo como insultante y despectivo en otra hoja volandera titulada «Cuatro palabras a un deslenguado» (Pereda: 2009b: 325). Así dio violento fin una vieja amistad.

Mazón había quebrado y estaba en Madrid. «Según escribe un montañés estudiante, ahora recorre los barrios bajos incesantemente para estudiar al chulo en todas sus fases con el fin de escribir una comedia de costumbres para Variedades. «Con esto verá V. » - escribe Pereda a Galdós — «que sigue tan destornillado y en carácter como siempre» (carta 226). Y a partir de ahora irán apareciendo noticias dispersas sobre la decadencia económica del «famoso exlibrero» santanderino.

A fines de 1882 el Papa León XIII en la encíclica *Cum multa* dio a entender a los carlistas que no era posible identificar el catolicismo exclusivamente con el carlismo pero para *El Siglo Futuro* todos los parti-

El Siglo Futuro y llegó a Auditor General en el ejército del Pretendiente durante la tercera guerra carlista.

⁵³ Federico de la Vega (Jerez, 3 de febrero de 1831- México, 1888). Escritor, periodista, novelista y traductor. En Madrid conoció a Pi y Margall, quien influyó en sus ideas republicanas, colaboró en 1857 en el periódico *La Revolución*. Vivía en París donde tuvo negocios, representó diplomáticamente a varias repúblicas hispanoamericanas y escribió en periódicos de aquellos países como *El Comercio* de Lima, *El siglo XIX* de Méjico y *El Mercurio* de Valparaíso. Su hija Luisa estaba casada con Augusto González de Linares. (Ver Benito Madariaga: 1972) Pereda fue en su juventud muy amigo suyo y prologó su libro *Mesa revuelta* pero se distanciaron después por razones ideológicas. En una ocasión, Pereda se le recomendó a Galdós (carta 80).

dos políticos españoles eran liberales, menos el integrismo, y continuó su querrela contra la *La Fe*, el órgano del partido de Pidal. Aunque no eran activos en política, tanto Laverde como Pereda eran partidarios de La Unión Católica, y era frecuente que el integrista *Siglo Futuro* criticase al «mestizo» Menéndez Pelayo. Refiriéndose a la combatividad de los integristas lamentaba Pereda a Laverde: «¿Ha visto usted una comedia más horrible (si es que una comedia puede serlo) que la que está representando ese papel delante de un rebaño de bestias?. ¡Qué cuenta tienen que dar a Dios estos embaucadores y farsantes del daño que causan y el escándalo que dan!» (carta 229).

En enero de 1884 hubo un cambio de gobierno. Cánovas, a quien apoyaba la Unión Católica, fue el nuevo Presidente del Consejo de Ministros, Alejandro Pidal y Mon, ministro de Fomento, y Aureliano Fernández Guerra, Director de Instrucción Pública. El canovista don Marcelino fue elegido diputado por Mallorca en junio de 1884, Consejero de Instrucción Pública, y en 1893, Senador por la Universidad de Oviedo. Al saber que su amigo se iniciaba en la carrera política, Pereda, que era tan enemigo de aquel mundo, le confesaba que «me da miedo que has de zambullirte en aquel pudridero de corazones» (carta 247). Pero en ocasión de su discurso en el Congreso el 13 de febrero del 85 en respuesta a Castelar, le felicitaba por el éxito de su primera campaña parlamentaria. «Aquí ha resonado mucho el suceso, y todos estos íntimos amigos quieren unir a esta mi felicitación la suya cordialísima» (carta 288).

A principios de 1883, Pereda continuaba sin tener síntomas de «la fiebre estética» (carta 225), y la primera referencia que parece haber a *Pedro Sánchez* es en la respuesta a una carta de Galdós, que no ha llegado hasta nosotros, en la que le confirma que «ese tal Pedro Sánchez que V. cita» llegó a aburrirle de tal manera que le encerró en un cajón y se dedicó a leer *El amigo Manso*, y que desde octubre pasado «ando en propósitos de echar al mundo cierta *Sotileza*, novela marítima, del género Tremontorio» (carta 226).

Pero desde que llegó a Polanco a mediados de junio,

«no sé lo que es descansar. Jamás me he dado un pechugón de cuartillas como me lo he dado ahora, por lo mismo que el asunto me desagrada, y he tratado de acometerlo, como el enfermo dengoso se echa al cuerpo la pócima de la botica; a la

fuerza y a sorbos, pero sin soltar el vaso de la mano. Anteayer escribí la última cuartilla.» (carta 230)

Y pocos días después, a Menéndez Pelayo, «Concluí el novelón días antes de venir. [...] Están copiándome el manuscrito y tan pronto como se termine este insufrible trámite, imprimiré el libro» (carta 231). A fines de noviembre reiteraba a Polo «lo quebrantado y sin meollo que me dejó el empeño de echar al mundo en poco más de dos meses *Pedro Sánchez*, cuya impresión va muy adelantada en Madrid» (carta 232). Y a fines de diciembre enviaba un ejemplar a Laverde con el sólito comentario derogatorio de que no tiene cariño a la novela porque no se parece a sus hermanos mayores que «al cabo, salen a la casta de su padre» (carta 234).

Pedro Sánchez tuvo un gran éxito, y fue elogiado sin reservas por la crítica para la que era la mejor novela española contemporánea. «Puedo decirle con toda sinceridad» - escribía don Benito — «que pocas novelas he leído (y españolas, seguramente ninguna) que me hayan agradado tanto. Créalo V., tanta sencillez unida a tanta verdad y belleza me tienen admirado». Y destacaba que «entre los nuestros, o sea los de la cáscara amarga, tiene V. devotos que rayan en fanáticos» (carta 249).

Es muy posible que entre aquellas reseñas estimara Pereda sobre todas la del temido Clarín (1884) quien, hasta entonces, había enjuiciado negativamente *El buey suelto*, *Don Gonzalo*, *De tal palo, tal astilla*, y *El sabor de la tierruca*: «Yo debía al [...] montañés un artículo de franco, entusiástico aplauso para el día en que él cumpliera ciertas condiciones que en *Pedro Sánchez* ha cumplido». Pereda agradeció esta reseña en una extensa carta en la que le confesaba que no se habría muerto a gusto sin conseguir de Clarín «un aplauso franco y entusiástico» pues, suspicaz como era, sospechaba de los elogios de «algunos excelentes compañeros de oficio, que, por un instante, se hacen críticos para entonar alabanzas a los partos de mi pobre ingenio». En esta carta, cordial y sincera alaba la obra crítica y de creación literaria del crítico asturiano, y le anuncia la llegada por correo de un ejemplar firmado de *Pedro Sánchez* (carta 240). Y el 15 de marzo de 1884, Clarín explicaba a Galdós que se puso en relación con Pereda tras recibir aquella carta (Ortega: 1964: 215). Desde entonces mantuvieron una cordial amistad y Clarín fue uno de sus defensores y amigos (carta 240).



Imagen 18. Leopoldo Alas (Clarín)

Retrato de Miró (1891-09-26). "Caps de brot".
L'Esquella de la Torratxa (663): 611.

Muy positiva fue también la evaluación de Laverde, aunque con los acostumbrados reparos morales porque en una escena dos personajes se daban un beso, que don José María se apresuró a justificar. «En cuanto al beso pecaminoso que V. me señala, no le faltan motivos de ello, y motivo fue de más de una consulta antes de mandar el original a la imprenta, pero todos los consultados convinieron conmigo en que se necesitaba algo como aquello para atolondrar al inexperto Sánchez, y hacerle caer en el lazo que se le tendía» (carta 272). Varios críticos destacaron que con aquella obra el autor comenzaba una nueva etapa en su novelística.

El éxito sorprendió a Menéndez Pelayo y al mismo Pereda, quien escribía a Oller halagado de que a Sardà le hubiera parecido «*un chef-d'oeuvre et le chef-d'oeuvre du roman espagnol moderne*», al tiempo que le confesaba «la escasísima importancia que di siempre a esta última novela mía» (carta 238). Y comentaba a don Marcelino las alabanzas hechas al libro por Clarín, por Milá, por Luis

Alfonso, por Ramón Nocedal y por tantos otros. «En Barcelona ha sido extraordinario el éxito entre los muchos devotos que tengo allí», para Joan Sardá, *Pedro Sánchez* es «la mejor novela de estos tiempos». Y le preguntaba, «¿Seremos tú y yo los equivocados, o lo están tantas y diversas gentes que piensan de diverso modo que nosotros?» (carta 242). Tan solo el crítico Fernández Luján advirtió que la verdadera tesis de la novela era el «menosprecio de Corte y alabanza de aldea», presente en otras obras peredianas. (González Herrán: 1983: 207).

El 13 de octubre de 1883 recordaba Pereda a Marcelino su compromiso de prologar la edición de sus *Obras Completas* lo antes posible para comenzar la impresión «pues todos mis libros están agotados» (carta 231). Hay veces en las que Pereda, llevado de su desconfianza, de resquemores o de temor a comprometerse, critica a alguno de sus amigos con otros. En esta ocasión confiaba a Clarín: «Ya habrá V. notado en el prólogo de Marcelino a *Los hombres de pro*, (en las *Obras Completas*) la mala voluntad que tiene a *Pedro Sánchez*, porque no es novela montañesa, y su empeño tenaz en que sea yo exclusivamente novelista regional» (carta 266).

Descontando las cartas perdidas, en estos años, con excepción de alguna de Sinesio Delgado o de Pardo Bazán, Pereda sigue comunicándose con los corresponsales de costumbre: Laverde, Galdós, Menéndez Pelayo y Polo y Peyrolón. Pero a partir de 1884 se ampliarán sus horizontes y ya se carteará con Clarín, con Palacio Valdés, con Teodoro Llorente y con Narciso Oller. En respuesta a una carta de Víctor Balaguer solicitando ejemplares de sus obras para la Biblioteca-Museo que había establecido en Vilanova i la Geltrú, se excusaba de no tener conocimiento de tal proyecto, y desde entonces también aquél formaría parte de sus corresponsales y amigos (carta 244). Otra nueva relación es con el profesor Treverret, de la universidad de Burdeos, quien le había enviado algunos libros suyos, y sobre cuya identidad había preguntado a Menéndez Pelayo. De especial interés epistolar son la alabanza a *Pedro Sánchez* del temido Clarín, así como la primera carta que Pereda dirige a Oller (carta 246), a quien conocería poco después durante su viaje a Barcelona en abril de aquel año.



Imagen 19. Narciso Oller
Caricatura de Escaler

Nuestro montañés parece adoptar en sus cartas diversas personalidades y diversos tonos según quienes sean sus corresponsales. Comenzó como un humilde y agradecido discípulo del generoso Gumersindo Laverde, fue después su igual y, en ocasiones, su favorecedor, sin dejar de mostrarse siempre cariñoso y atento con su maltrecho amigo. Cálido, sincero y bromista con su «compadre» Galdós, de quien es ávido lector y admirador sin que esto exima la firmeza moral, la recriminación y el sermoneo cuando lo considera necesario; admirador también sin límites del portentoso talento de un Menéndez Pelayo a quien conoció de niño, y es amigo ahora al que trata de tú (don Marcelino le trataba de usted) pero que acaba siendo su consejero literario y reseñador de sus obras; ya habla de igual a igual con Clarín; familiar, íntimo y sincero, con Narciso Oller, a quien anima constantemente en su tarea literaria, y con quien mantiene una entrañable y cálida amistad, sin llegar a las bromas que usa con Galdós, y a quien describe sus enfermedades, confía sus penas y abruma con engorrosos e innumerables encargos; reverente con el viejo Mesone-

ro, cuyo patriarcado del costumbrismo le habría gustado asumir; paternalista, confidencial y cariñoso con su portavoz Pepe Quintanilla; afectuoso y bromista con Sinesio Delgado; y consejero literario de Polo y Peyrolón, cuya obra narrativa desdeña pero cuyas ultramontanas publicaciones contra esto y aquello aplaude; y, en fin, ceremonioso con la ceremoniosa doña Emilia.



Imagen 20. Emilia Pardo Bazán
Museo Lázaro Galdiano

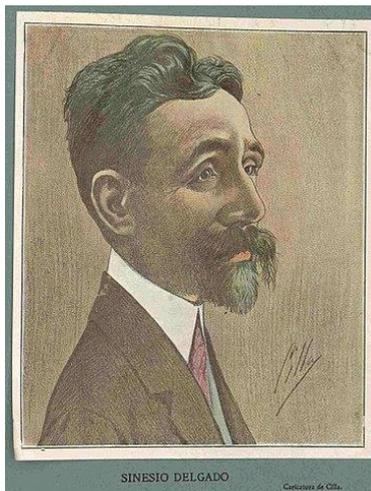


Imagen 21. Sinesio Delgado

A medida que pasan los años se van perfilando los diversos autores de estas cartas. Uno es Sinesio Delgado, el editor del *Madrid Cómico*, que siempre admiró a Pereda. Por el tono serio y formal -«Muy señor mío y de toda mi consideración»- ésta podría ser la primera carta en la que Pereda responde a su invitación del 27 de febrero a escribir en *Madrid Cómico*. Renuncia a hacerlo en tonos muy corteses por no tener «por ahora» nada en su «cartapacio» y le manda un retrato suyo (carta 171). Sinesio le enviaba gratuitamente el semanario, y en una ocasión, vino a Santander con el dibujante Cilla para conocerle, pero don José María pretextaba que sus escritos carecían de la gracia necesaria para escribir en la revista, o que ocupaba sus afanes por aquellos días en la matanza «del de la vista baja» en la aldea (carta 246). Al

acabar cada año recibía una amistosa carta de Sinesio invitándole a colaborar, que siempre hallaba la no menos amistosa negativa (cartas 386, 388 y 389). De *Madrid Cómico* comenta Pereda que

gasta una sal y una pimienta que no se usan en mi cocina insulsa y clasicota. [...] estoy con el pie en el estribo para irme a Polanco por unos días a la matanza del de la vista baja, arreglar una esparraguera y coger las goteras del tejado [...] Pídame una tira del pellejo, si no le duele verme desollado, y le probaré, sacándomela, que no son pretextos vanos para sacar el bulto. (cartas 389 y 426)

Y en otra ocasión repite a Sinesio que «no se me ocurre cosa alguna adecuada al destino que V. quiera darla: es que soy el ingenio más soso y deslavazado y menos repentista que se conoce en esta tierra de donaires a montones» (carta 543).

A fines de noviembre del 83 recibió Pereda los cinco primeros pliegos de una novela del incansable Polo con la pretensión de que se la prologara. Su negativa, cortés pero firme, revela cierta impaciencia; enumera sus muchas ocupaciones y repite «lo incapaz que soy, por naturaleza para escribir obras de crítica, como ya se lo tengo advertido» (carta 232). A esta novela, que estaba dedicada a Pereda, y cuyo nombre no se cita (probablemente *Sacramento y concubinato: novela de costumbres contemporáneas*, 1884) dedicó don José María unas observaciones en las que, como de costumbre en estos casos, combinaba alabanzas de carácter general — «Tiene capítulos de primer orden; y pocos se hallarán, seguramente, en novelas contemporáneas, mejor hechos» - con una crítica excepcionalmente sincera y directa:

No hay novela que resista los detalladísimos pormenores e interminables descripciones [...] no faltaría quien, para ensalzar las ventajas de oír Misa, copiara el Misal entero en una novela de costumbres [...] La sinceridad con que aplaudo lo bueno de su libro me impone el deber de tacharle estos defectos gravísimos que la crítica ha de hallar imperdonables. (carta 254)

Al volver de Polanco de tomar apuntes para *El sabor de la tierruca* en otoño de 1883, Apeles Mestres, que era muy amigo de Narciso Oller, le pidió un ejemplar de *La Papallona* para mandárselo a Pereda quien, intrigado por los elogios del pintor, quería conocer su obra. Oller, que ya era admirador suyo, le envió el libro y una carta pero como pasaban las semanas y el montañés no acusaba recibo, se decidió a escribirle. Le respondió Pereda (la primera carta, que guardaba Oller), sorprendido de no haber recibido nada, y alababa de nuevo *La Papallona* como había hecho antes en la carta extraviada (carta 238). Para entonces había escrito Savine a Oller contándole confidencialmente que a Pereda le había gustado *La Papallona*, «su bellísima novela». Cuando éste llegó a Barcelona se aclaró el equívoco: la carta se había perdido por llevar mal la dirección.

Después de haber leído las *Notas de color* y los *Croquis del natural*, le confesaba que «Pocas cosas conozco más delicadamente hechas en ese género tan difícil en el cual sabe V. unir, con arte maravilloso lo más real que cabe dentro del idealismo, y lo más ideal que se concibe dentro de la realidad». Y repetirá con insistencia a sus amigos catalanes los ataques a «los desdeñosos madrileños», y la defensa de la literatura catalana como parte de la nacional española.⁵⁴

Pereda y Diodora decidieron emprender un viaje de recreo en la primavera de 1884. Con este fin, avisaba a Galdós de su llegada a Madrid (carta 253), donde Luis Alfonso, el redactor de *La Época*, organizó una velada literaria en su honor. Avisó también a Polo y Peyrolón de su visita a Valencia, donde Teodoro Llorente⁵⁵ le dio a conocer a sus amigos valencianos y a la Juventud Católica local, y a Oller de la llegada a Barcelona, que hizo el día 9 por la noche con su mujer y su cuñada. Se alojaron en el Hotel Falcón, y cuenta Oller que al mediodía siguiente se les encontró en la calle Ferrán, que reconoció a Pereda por un retrato, se dio a conocer, se abrazaron y desde en-

⁵⁴ Un gran cambio de actitud en aquel Pereda que en su Prólogo a *Ecós de la Montaña* de Calixto Fernández Camporredondo escribía que «el idioma nacional, único, en nuestro concepto, admisible y tolerable» en los certámenes literarios era el castellano, y que consideraba el catalán como un dialecto. (1862: VII; Obras Completas, X: 35)

⁵⁵ Teodoro Llorente (1836-1911) fue el alma del regionalismo valenciano. Creador de la sociedad literaria *Lo rat penat* y director del periódico *Las Provincias* desde 1866.

tonces estuvieron juntos hasta el día 19 que los Pereda volvieron a Santander (Oller: 2014: 61-65). El 11 y el 16 de mayo envió dos cartas a Polo agradeciendo sus agasajos y contándole que estaba entre «excelentes amigos y compañeros que, como V. en Valencia, nos hacen placenterísimas las horas que, sin ese recurso, a mí, particularmente me serían insoportables». ¿Le serían insoportables porque se aburría sin tener una tertulia ni interés por visitar la ciudad? También organizó el Ateneo Barcelonés una velada en su honor: «No bien fui visto, bajó de su sitial el presidente, alborotóse el cotarro, y sin que me valieran excusas bien fundadas, subieronme a la picota, comenzó el sahumero de ordenanza... y no me morí de repente, por un milagro de Dios». Y concluye esta última carta porque han venido a buscarle unos amigos «para seguir nuestras aventuras por estas encrucijadas. Estamos materialmente rendidos de tanto callejear y de trasnochar». El viaje incluyó cuatro días en Zaragoza, y dos en Burgos antes de regresar a casa.

Desde Santander envió una afectuosa carta a Oller en la que agradecía sus atenciones en aquellos días, encarecía «la modestia [de V. que] solo es comparable al altísimo valor de su inteligencia y de su corazón» y le recordaba la promesa de enviarle las obras de varios autores catalanes. (carta 261). Poco después, ya en Polanco, le confesaba complacido «esta singular inclinación y arraigada simpatía que hacia V. siento, particularmente desde que tuve la suerte de tratarle, hallé en V. tan generosa correspondencia» (carta 265). Muchos años después confirmaba aquel sentimiento mutuo: «su gran corazón, que tan fiel y pródigamente responde a los latidos del mío en el cual vive V. y viven los suyos, según repetido se lo tengo, más, mucho más que como amigos, como viven en todos y cada uno de los de esta familia, que como a parte integrante suya los considera a V. V.» (carta 869).

Con la excepción de Asturias, tan semejante a Santander, y donde, comenzando por Clarín, fue tan bien recibido y festejado, Pereda, quien fue tan reacio a estar fuera de su «tierruca», que detestaba Madrid, no gustaba de Andalucía, desdeñaba Galicia, Portugal y Castilla y no mostraba el menor interés en viajar por Europa, tuvo gran entusiasmo por una Cataluña representada por su literatura y por los escritores catalanes (carta 261). Este epistolario muestra cómo Pereda a lo largo de los años, se esfuerza por leer en catalán, escribe al menos

una carta en esa lengua y traduce un cuento de Oller, con quien estableció de inmediato una estrecha y duradera amistad. Pereda era muy sensible al halago y hay que tener en cuenta que entre la prensa, los escritores y los artistas catalanes halló una acogida mucho más cálida que en Madrid. Será entusiasta panegirista y difusor entre sus amigos de la obra del autor de *La Papallona*. «Me gusta aquella gente, en especial la Catalanista de La Renaixença, entre la cual hay mozos que valen [...] y, sobre todos, Narciso Oller, con quien ya me carteaba yo, y por cuyas novelas tengo honda pasión. ¿Las conoce V.?» (carta 266). Y tras su visita a Oviedo, confía a Oller que

...el célebre Clarín tiene vivos deseos de conocer las obras de V.; y como yo los tengo mayores de que las conozca, me atreví a prometerle que se las enviaría V. Conque si no quiere desairarme, vaya haciendo el paquete y acompañado de una cartita en la cual, si lo desea para cubrir el expediente, me eche a mí la culpa del suceso. (carta 318)

Clarín gustó mucho de sus obras y le escribió (carta 325). También le encargó Pereda que enviara sus obras a Menéndez Pelayo: «Yo se que ha de agradecérselo mucho; amén de que a V. le conviene estar en correspondencia con un crítico tan catalanista y de tanta talla como él [. . .] Hay que hacer tragar el regionalismo en el arte, a toda costa» (carta 274). Y avisa después a don Marcelino que recibirá las obras «del novelista Oller, por cuyas obras tengo verdadera pasión, y cuya persona vale todavía más que sus obras [...] que pondría sobre su cabeza un juicio tuyo sobre aquellas» (carta 276). También le gustaron aquellos libros a don Benito, a quien cuando se lamentaba de que estuviesen escritos en una lengua de tan escasa difusión, le respondía Pereda que

Los escritores catalanes piensan en catalán, hablan catalán y viven en una sociedad que no habla otra lengua en familia [...] Así pues, no hay más remedio que tomarlos como son, con su pecado de origen, harto castigado con la pequeñez del mercado que tienen para sus libros y el injustificado desdén con que los mira el público literato de Castilla. (carta 280).

Y a fines de 1884, escribía a Oller, su ya frecuentísimo corresponsal, que tanto Menéndez Pelayo como Galdós le habían manifestado su aprecio por sus obras, y le felicitaba por ello (carta 281) (Shoemaker: 1963-1964).

Daba prestigio a los escritores tener sus obras traducidas aunque las editoriales nacionales o extranjeras pagaban muy mal. «Treinta duros ha dado en París la *Revue Britannique* al traductor de *P. Sánchez*, para que los parta conmigo, y sé de una traducción de una novela de Galdós que le ha valido 300 reales». Sin embargo, Pereda considera que Oller podría haber aceptado la traducción de *Vilaniu* al castellano por 3000 reales por convenirle «popularizarse en Castilla, que sigue resuelta a no tragar el catalán ni en los libros de los catalanes» (carta 410).

Don Narciso era trece años más joven que Pereda, y casi tenía la misma edad que alguno de sus amigos «jóvenes»; pero la relación entre ambos no era la de maestro y discípulo; cada uno admiraba sinceramente la obra del otro. Sin embargo el montañés tuvo un papel de consejero del novelista catalán, quien era genuinamente modesto, y a lo largo de este epistolario insiste repetidamente en animar y alabar entusiásticamente las obras de Oller pues estaban a la altura de las de los novelistas castellanos, y que el ser menos conocido que éstos se debía a escribir en una lengua con un número considerablemente menor de lectores. «[N]ada tiene V., como novelista, que envidiar a nadie de dentro ni de fuera; y que si el ruido y el lucro no coronan el éxito de sus libros, consiste pura y simplemente en que es limitadísimo el público que habla, lee y siente la lengua en que V. escribe y piensa» (carta 582).

Oller era el enlace entre Pereda y los literatos catalanes y el confidente en los casos de la vida diaria que le preocupaban, y además de comentar sus propias publicaciones y las de don Narciso, le contaba detalladamente, de un padre de familia a otro, los arreglos que estaba haciendo en casa, las enfermedades de los niños, sus disgustos, y los síntomas de sus propias enfermedades. Oller debió ser hombre de una singular modestia, «su criminal modestia», que le recriminó siempre Pereda, de gran bondad y de ejemplar paciencia.

Palacio Valdés era íntimo amigo de Clarín, Pereda le conoció en Madrid, gustaba de su obra y pronto mantuvieron correspondencia frecuente (carta 266). El novelista asturiano era veinte años más joven,

estaba más abierto a las nuevas corrientes literarias, y sin temor a tratar abiertamente los temas amorosos, cosas que, como van mostrando estas cartas, inquietaban siempre al montañés, moralista y temeroso hasta de la sombra del naturalismo.

Uno de sus mayores logros fue *Sotileza*, sobre cuyo proceso de elaboración y acogida crítica contamos con abundantes datos. «Desde Octubre acá» - escribía a don Benito — «ando en propósitos de echar al mundo cierta *Sotileza*, novela marítima, del género Tremontorio..., y así estoy, lleno de buen deseo, pero falto completamente de bríos y de jugos..., y sin coger la pluma en la mano» (carta 226). A fines de año y a punto de salir *Pedro Sánchez* confiaba a Menéndez Pelayo «De la otra novela no he hecho nada todavía; ni sé por dónde empezarla: tanto la temo por lo mismo que me enamora el asunto» (carta 232 bis), y todavía no la había comenzado varias semanas después: «Yo no he puesto aún la quilla a *Sotileza*, novela marinera de acá, que tengo in mente y pienso despachar de un tirón en cuanto vaya a Polanco» (carta 248).

González Herrán da la fecha exacta del comienzo de la novela, el 18 de junio de 1884, que vio en el manuscrito (González Herrán: 1983b: 217-218 nota 3), y que confirmaría una carta a Oller desde Polanco:

Hace cuatro días que nos hallamos en este pueblo, y tres que comencé a trabajar en *Sotileza*. Hasta ahora va saliendo tal cual; pero sospecho, por lo que voy viendo, que, a todo tirar, saldrá algo que sea a la gente marinera de Santander, lo que es a la campesina de por acá: un poco de color y algo de sabor, y nada en sustancia. (carta 265).

Y en términos semejantes se expresaba con Clarín (carta 266) y con Galdós, al que confesaba que «No hago más que sacar gentes y cosas a la escena, y tiemblo la hora en que necesite sacar el argumento. A tal extremo ha llegado la pobreza de mis recursos, que me da gana de echar por el balcón todos los trastos del oficio» (carta 268).

A Menéndez Pelayo le había gustado mucho lo que leyó de ella porque «le encanta todo lo que escribo yo sobre estos mareantes cuando no leían periódicos ni bailaban mazurkas como ahora, y yo tengo el convencimiento de que he reconstruido con fidelidad aquellas pintorescas figuras sobre los restos descoloridos y adulte-

rados de ellas, que se conservan aquí». Y consideraba *Sotileza* sencillísima, «algo por el estilo de *El Sabor* [...] Conociéndolo así, se la dedico a mis contemporáneos de acá, y les declaro que someto el libro a su exclusivo fallo y no al de la crítica, con cuyos desdenes cuento ya» (carta 287).

Y al acabar el mes escribía a Oller, el confidente de la detallada descripción de sus enfermedades y aprensiones, que al acabar las cerca de trescientas cuartillas de *Sotileza* quedó «tan excitado y fuera de quicio, que tuve recias aprensiones de haberse desarrollado en el centro circulatorio algún desorden grave» (carta 269). Y así continuó, como contaba meses más tarde al mismo (carta 271), y casi con las mismas palabras a Laverde (carta 272). Pocos días después confía a Clarín, que trabaja de nuevo (carta 273), el 31 de octubre escribe a Oller que «Sotileza va que vuela» (carta 274), y a Menéndez Pelayo que terminará «mañana» el último capítulo y que después se irá a Polanco: «Estoy contento de mi obra, cosa que nunca me ha pasado hasta esta vez» (carta 277). Y cuando dice a Oller que la terminó «anteayer», día 6, le confirma lo que escribió días antes a don Marcelino: «No he quedado descontento de Sotileza. Es la novela de más pasión de cuantas he escrito. Confío en que los de la tierra han de devorarla; pero temo que la crítica fina ha de hacerle ascos por la gente que anda en ella y lo mucho que huele» (carta 279). Y curándose en salud, había escrito una dedicatoria a sus contemporáneos santanderinos, «para decirle a la señora Crítica que me tienen sin cuidado los ascos que pueda hacer a ese libro cuyas dificultades es incapaz de comprender» (carta 280).

Tardó en escribir la novela diez semanas para las 700 cuartillas «mal contadas» (carta 280), incluyendo los quince días de trabajo en Polanco, y estaba ya imprimiéndose en Madrid. «Nunca escribí libro en menos tiempo, ni de realismo más crudo. Quizá encuentre V. en él algo que le guste, y quiera Dios que no me engañe la esperanza (carta 281).

Las cartas a Menéndez Pelayo del 16 de febrero (carta 288), a Galdós del 20 de febrero de 1885 (carta 290), y a Clarín del 26 del mismo mes (carta 292) van revelando las circunstancias de la impresión de la obra. Y el 19 de febrero, revela a Oller «mi cansancio moral y esta aridez de cabeza y esta aversión a la pluma que padezco desde Diciembre acá», que está a punto de ponerse a la venta *Sotileza* en Madrid y, como de costumbre, le pregunta, conociendo

de sobra la respuesta «¿Será V. capaz de sufrir sin protesta el abuso criminal de enviarle yo todos esos ejemplares en un paquete o dos, con la pretensión de que los mandara distribuir ahí, como hizo poco ha?» (carta 289).

Y arrepintiéndose de su satisfacción con *Sotileza* como novela, la menosprecia, al igual que hacía con sus demás obras: «¡Qué vulgarote pastel ha resultado! Ni como cosa local me satisface, porque no salió lo que yo había visto. Resueltamente me inutilizan para el oficio estas mis impacencias geniales» (carta 287).

La reacción de la crítica fue «inmediata y copiosa» y González Herrán recoge treinta y tres reseñas publicadas en 1885. A pesar de la entusiástica acogida del público santanderino Pereda es una vez más víctima de su desconfianza y de sus temores, que expresa a Marcelino quejándose de que «desde que se puso a la venta en Madrid *Sotileza*, parece que se han conjurado amigos y periódicos para aterrarme con el más absoluto silencio. El mismo Marañón tan activo y minucioso de ordinario, se calla como un muerto». En Santander,

ha caído el libro como del cielo: jamás he visto en este pueblo, ni en otro alguno, aplauso más ruidoso, ni más entusiástico ni más general [...] pero (no quiero ocultártelo) el silencio que guardas conmigo; la falta de dos renglones tuyos en que me digas claramente tu parecer, me hace tomar este entusiasmo, verdaderamente inusitado, con menos calor del que el suceso pide.

Y como era habitual en él, tras pedir que le diera su opinión, «si esta fuera buena», le animaba a que fomentara el entusiasmo popular «ahora, en caliente [...], con un artículo en un periódico de ahí, como *La Época*» (carta 296). La respuesta de don Marcelino, por demás entusiasta, no se hizo esperar.

Sotileza no sólo es la mejor novela y la mejor obra de Vd. sin excepción ni reparo alguno, sino que carece de todo precedente en la literatura castellana y en aquella parte de la extranjera que yo conozco. Nunca han sido pintadas las costumbres marítimas con tan intenso vigor, con tan poderoso arranque,

con tal virginidad de sentimiento y con tal frescura de impresión. (carta 298)

Y en su agradecida respuesta, Pereda le exhortaba, «con mi habitual frescura», a escribir «esas cuartillas esta semana, si es que no lo has hecho ya pues los periódicos locales *El Aviso* y el *Boletín* son los que dirigen la “manifestación” y entienden que tu voz ha de ayudarles mucho en su empeño» (carta 301).

La reseña de Menéndez Pelayo apareció en el madrileño *La Época* y a pesar de su elogioso carácter no terminó de satisfacer a Pereda, tan susceptible a aquellos elogios en privado que después no se hacían públicos, pues lo que echaba en falta en la reseña era aquella frase en la carta de don Marcelino del 4 de marzo, de que «[*Sotileza*] carece de todo precedente en la literatura castellana y en aquella parte de la extranjera que yo conozco» (carta 298).

Tras la lectura del primer capítulo de *Sotileza* que «anonadó» a Galdós (carta 291), le volvía a escribir con entusiasmo: «Obra como ésta no había salido de sus talleres, aunque había salido mucho y bueno [...] Pertenece al género eterno, y se ha hecho ya indiscutible [...] Por supuesto que para esa gente este libro debe ser como la Biblia. La Biblia de Santander» (carta 304).

Por las respuestas de Pereda conocemos la opinión que mereció *Sotileza* a otros críticos. A poco de aparecer anunciaba a Clarín que la novela «ha sido recibida con campanas» en Santander y bien en Madrid, agradecía su promesa de reseñarla, y casi le comprometía a cómo hacerlo: «V. dirá; y si lo dice en *El Globo*, como me anuncia, tanto mejor, y si lo que diga es en son de aplauso, me tendrán sin cuidado los desdenes de la gente fina. Solo que me parece imposible que V. pueda decir cosa que me halague de ese libro callealtero» (carta 292).

Y al agradecer a Ortega Munilla su reseña en *El Imparcial* del 23 de febrero aclaraba el propósito de su prólogo a la novela: «Respondo a ciertos críticos que han tomado el chorrillo de decirme que mientras no saque los pies fuera de mis alforjas, mis novelas no pueden tener alcance, como si las obras de arte se dieran solamente en determinados terrenos, como el arroz o las patatas» (carta 295).

Comentaba en otra extensa carta a Oller que en Barcelona se habían vendido más de trescientos ejemplares, y seguían llegando pedidos al librero (carta 302). Justificaba también el prólogo que puso a la

novela, innecesario ahora, como lo habían considerado Oller y otros (carta 302), y confirmaba también que en Santander había causado

una verdadera explosión de cariñoso entusiasmo [...] suscripciones en los periódicos para tributarme no sé qué homenajes; y según noticias en Madrid están haciendo lo mismo los montañeses.... No quiero ocultarle a V. que estas manifestaciones me halagan mucho, sobre todo por lo espontáneas y por lo inesperadas, pero ¡en qué situación de ánimo me tienen por el cúmulo de consideraciones y de recelos que me asaltan las mientes a cada instante!). (carta 302)⁵⁶



Imagen 22. Fernando Pérez de Camino, ¡Jesús y adentro!
(Centro de Estudios Montañeses)

Agradeciendo a Clarín su juicio sobre la novela en su carta del 28 de marzo, le recordaba

⁵⁶ González Herrán (1983b: 225 n35) da una lista de periódicos santanderinos que publicaron noticias sobre los diversos homenajes que se hicieron por entonces a Pereda, entre ellos, el regalo del cuadro de Fernando Pérez de Camino, que llevaba por título «¡Jesús, y adentro!»

ese artículo que piensa dedicar a mi afortunada callealtera. ¿Ha leído V. el de Marcelino en *La Época* del último lunes? Pues si a ese logro añadir el de Vd., aunque no sea tan entusiástico, con ambos y con lo que está pasando aquí, tendrá a mis ojos *Sotileza* la más noble y más limpia ejecutoria que pudiera yo soñar para obra de mi pobre ingenio en todos los días de mi vida. (carta 306)

Confiesa a Laverde que «Jamás me atreví a soñar un éxito semejante entre mis fríos paisanos, ni hay memoria aquí de cosa como ella. ¡Dios sea loado!», y le pide «su autorizadísimo parecer sobre el libro que le envió» (carta 297). Semanas más tarde, agradecido, escribía: «¡Si viera V. qué satisfacción tan grande me produjo su aplauso a *Sotileza*! Es V. uno de los contadísimos maestros que me hacían el favor de creer que con elementos marineros de aquí podría yo escribir algo superior en interés y en arte a *Pedro Sánchez*» (carta 309).⁵⁷

También agradeció a Joan Sardá un elogioso artículo en *La Il·lustració Catalana*, en el que, entre otras cosas, consideraba que para él, tanto *Sotileza*, como la Clara de *Pedro Sánchez*, eran «hermosas estatuas, pero al fin estatuas». Y Pereda, que era su amigo y le respetaba como crítico, justificó el carácter de su personaje en una larga carta. Aclara en ella algunas dudas acerca del carácter de la protagonista de la novela, «áspera pero no marmórea por lo que a Andrés respecta [...] y tomarse por frialdad marmórea lo que debía ser disimulo». Y a la pregunta ¿amaba *Sotileza* a Andrés?, que le habían hecho repetidas veces, confiesa que se propuso dejarla sin respuesta para no romper «el encanto del misterio» pero que, como la misma Silda piensa, «debía guardar en el fondo de su honrado pecho su inclinación amorosa, tan estéril como peligrosa». Agradece a Sardà la reseña, y le confía que hace algún tiempo le «persigue un asunto de levita por todo filón para una novela con la repugnancia invencible que tengo al género fino, me han puesto el ánimo y la cabeza

⁵⁷ Pereda regaló el manuscrito de *Sotileza* a Eduardo de la Pedraja, con la dedicatoria autógrafa «Al Sr. D. Eduardo de la Pedraja ofrece este autógrafa de *Sotileza*, su amigo affmo./ J. M. de Pereda/ Santander. 5 Mzo/ 85». (Gutiérrez Iglesias y Sáez Picazo: 1980: 273)

en las peores condiciones imaginables para acometer empresas literarias.» (carta 323)

A medida que pasan los años aumentan las referencias más o menos detalladas, según sea la intimidad de Pereda con el corresponsal, a enfermedades y muertes de familiares y amigos, a la amenaza del cólera, «el Peregrino del Ganges», a la epidemia de viruelas, y a los altibajos de su propia salud. En esta carta a Sardá le habla aprensivamente del cólera, de «la atmósfera de intranquilidad y desasosiego que se respira en todas partes en este año desgraciado y calamitoso» (carta 323).

Durante el verano de 1885, después de publicarse *Sotileza*, Pereda, Galdós y el amigo Andrés Crespo, con quien antes habían visitado Santillana, decidieron hacer un viaje a Portugal por Asturias y por Galicia. Como Galdós no fijaba la fecha de partida, Pereda insistía con el tono humorístico salpicado de barbarismos aldeanos, palabras de otras lenguas y términos forenses que usaba con su amigo, para que se decidiera. «Contando con las veleidades y encogimientos de los hombres, maisimen cuando éstos son ogenios de alto vuelo, hay que tomar desde lejos los asuntos que con ellos se traten; en virtud de la cual consideración (y vea como sé defender la pizca de académico que me tocó en suerte)...» (carta 290).

Galdós estaba dispuesto en cuanto corrigiera la última galerada de *Lo prohibido* y «seremos tres Mambrunes que nos iremos a la guerra, sea por España sea por Portugal». ⁵⁸ Y en la misma carta le confía las dificultades que tiene en la redacción de esta novela. (carta 291). Se cruzan otras cartas sin llegar a concretar nada hasta que don José María, cómicamente exasperado ante las imprecisas respuestas de su amigo: —«¡Si me la tenía calada yo, arrastrado don Benito! Me daba el corazón que me la iba V. a hacer a última hora» - precisa el día de la marcha de «los dos Mambrunes» desde Santander para el 10 de abril, el 14 le anuncia su llegada a Madrid, y se despide como «su contrariadísimo y enojadísimo amigo» (carta 313). ⁵⁹

De este viaje queda una extensa carta de Pereda a su cuñado Aurelio de la Revilla, a la que me referiré más adelante, en la que da una visión muy negativa de Portugal y de los portugueses (carta

⁵⁸ Referencia a la canción infantil «Mambrú se fue a la guerra...»

⁵⁹ Sobre el paso de estos viajeros por Santiago, ver González Herrán: 1981b.

316).⁶⁰ Y a la vuelta del viaje, cuenta a Galdós «Cumpliendo la oferta hecha en el momento de nuestra terrible separación después de haber corrido juntos tantas y tan peligrosas aventuras, como las de las camas de Lugo y los espárragos del restaurant de Lisboa, dígole a V. que lo de Oviedo no cabe en papeles.» Y los incesantes agasajos de « Gentes como nunca soñé yo a los asturianos que indudablemente dan quince y raya a los andaluces en lo de buen humor, con la ventaja sobre éstos de no ser bullangueros ni cursis jamás», las atenciones de Clarín y las de los canónigos de Covadonga, que «son asturianos también, y armaron la de Dios es Cristo» (carta 317).

La carta a Oller tiene más carácter crítico que descriptivo: «en Galicia están a la cola del género humano, incluso el de Berbería. Asturias es mucho más simpática en todos conceptos»; y repite la opinión negativa que tiene de Portugal. Y no deja de incluir un piropo a sus amigos catalanes pues las atenciones de los asturianos «me hicieron recordar a cada instante a los inolvidables y nunca de mí bastante queridos barceloneses» (carta 318). Su relación del viaje al asturiano Laverde es entusiasta y se centra en el cariño con que fue acogido por sus paisanos y por las bellezas de una región que no conocía (carta 320).

Apenas transcurrido un mes de aquel alegre viaje enfermó repentinamente su hermano mayor Manuel con «una gravísima e incurable enfermedad cerebral» que afectó mucho a Pereda, quien describía repetidamente esta desgracia a Oller (cartas 319 y 325), a Laverde (cartas 320 y 321), y a Sardá (carta 323). Y a entristecer su ánimo contribuyó la amenaza del cólera, también muy presente en sus cartas. «Si tras esto nos invade la epidemia que ya se ha dejado sentir en Palencia, el cuadro será completo» (carta 319), se lo contaba casi en los mismos términos a Laverde (carta 320) aunque esperaba que no llegara a Santiago porque está «más apartado que Santander y su provincia de las corrientes de la vida moderna que traen y conducen esos regalitos y otros tan malos como ellos». En la misma carta le consulta acerca de la colocación de los artículos en la nueva edición de las *Escenas Montañesas* y de los *Esbozos y rasguños*, para concluir con nuevas alabanzas a Asturias (carta 321).

⁶⁰ En cambio, Galdós hace una elogiosa descripción de «las grandes bellezas» de Lisboa, «en Cintra vimos un país de veneración [...] el Palacio de Pena, obra portentosa». (Pérez Galdós: 1975: 204-206).

Igualmente sincero que con Galdós es con Clarín, otro escritor «de la cáscara amarga», a quien pregunta acerca de la publicación de la primera parte de *La Regenta*. Y le confiesa que no comprende su pasión por Zola, «es novelista que solo me gusta, y aun admiro, a ratos, lo cual ya es muy grave tratándose de un hombre de tanta fama. Después, su especial naturalismo me repugna. Prefiero mil veces a Daudet... y V. perdone» (carta 266). Y en respuesta a la carta de Clarín pidiéndole su opinión sobre *La Regenta*, acabada de publicar, le contestó aun sin concluir su lectura, excusando la tardanza en contestar pues se había puesto enfermo un niño. Esta extensa y detallada carta tiene el interés de exponer las ideas de Pereda acerca de las condiciones que debe, - en este caso, que no debe, - ofrecer la novela contemporánea española (carta 287).

Además del acostumbrado veraneo en Polanco que solía durar desde principios del verano hasta entrado el otoño, y de los días invernales dedicados a la matanza del «de la vista baja», Polanco era el refugio cuando amenazaban las temidas epidemias de la viruela o del cólera (carta 325).

Hay pocas novedades epistolares en estos meses. Del 10 de julio es una carta de doña Emilia en la que le agradece el progresivo envío de sus *Obras Completas*, y le manda recuerdos de Charles Waternau, el traductor de *La Tribuna*, de Albert Savine y del periodista ruso Isaac Pavlovsky, que «hacen cumplidos elogios» de los libros de Pereda. «Recuerde V. que en Madrid me vio V. muy poco, y que yo, aun sintiéndolo tan de veras, admití las circunstancias atenuantes que V. alegó: tenga V. pues conmigo la misma indulgencia, y crea que daría algo bueno por poder verle por acá algún tiempo, y contentar el no saciado deseo de conocerle mejor» (carta 374).

Otra carta es del profesor Treverret, a quien debe «la mejor versión que he visto en otro idioma del caló marinerero de mis cuadros» [en «La leva»]. Le autorizaría con mucho gusto a traducir *Pedro Sánchez* pero está pendiente de hacerlo hace ya tiempo una Sra. Uhagón, española, a la que avisará, y si no lo hace, lo haría él (carta 328).

El pintor Carlos Manzano⁶¹ había regalado a Diodora un abanico decorado con tres escenas de las obras de Pereda, quien decidió que

⁶¹ Carlos Manzano y Pastor era un pintor madrileño admirador de Pereda. Fue un tiempo profesor de dibujo del colegio de Villacarriedo, y autor de varios cuadros que tenía Pereda en su despacho. Un artículo incompleto en *La Palma de Cádiz*

en el reverso llevara los autógrafos de Tamayo y Baus, Campoamor, Núñez de Arce, Fernández Guerra, Eugenio Sellés, Alarcón, Galdós y Castro y Serrano, además del de Marcelino. Para ello pedía ayuda a este último y a Marañón; un empeño que está presente en varias cartas a Menéndez Pelayo (cartas 340, 347 y 368), a Marañón (carta 345), a Galdós (cartas 350, 351 y 355) y de Menéndez Pelayo (cartas 346 y 361). Pereda consideraba este abanico, «con autógrafos de primera con algo bonito encima de cada uno [...] un regalo inapreciable» para Diodora (carta 350).

A propósito del envío de unos cigarros - tanto Pereda como Galdós eran grandes fumadores - y de unas cartas perdidas, Pereda adoptaba bromeando con Galdós el estilo telegráfico: «B. Pérez (Ogenio). Recibida carta. Practicada diligencia Ad^{mo}. Correos. Conductor Varela hallárase ahí hasta 18 corrientes», y en los mismos términos continuaba el resto de la carta (carta 351). Pero, inesperadamente, en otra, fechada a las 9 de la mañana del día siguiente, le decía que a poco de cerrar la carta anterior le avisaron de que iban a sacramentar a Andrés Crespo, el amigo del alegre viaje a Portugal. «Me quedé espantado; pues le había visto por la mañana tomando chocolate en la cama. [...] Le encontré ya confesado y animoso, pero muy grave [...] Acabo de saber que pasó muy mala noche, me temo mañana» (carta 352). Un telegrama confirmó sus presentimientos: «Benito Pérez Galdós. Plaza Colón 2. Madrid. Santander / Encomiende a Dios a nuestro amigo Andrés / Pereda / 2 marzo 1886» (carta 353). La muerte de Crespo fue muy sentida y acudió mucha gente al entierro a pesar de la lluvia; y Pereda advierte que «Es la primera vez que la muerte *se nos mete en casa*, y como éramos pocos en ella, la falta de uno deja un claro enorme sembrado de temores y tristezas» (carta 355). A esta ausencia irán siguiendo las de otros amigos, que comentará siempre con creciente aprensión y tristeza.

(«Un abanico», Martes, 31 de agosto de 1886) recoge los versos de Menéndez Pelayo y de Tamayo y Baus y un texto en prosa de Palacio Valdés.



Imagen 23. Eusebio Güell

El éxito de *Sotileza* motivó la iniciativa de Eusebio Güell⁶² de regalar a Pereda el día de su santo un estuche dentro del que iban tres obras suyas, *El sabor de la tierra*, *Pedro Sánchez* y *Sotileza*. Según el periódico madrileño *El Día* (26 de marzo de 1886), el regalo iba dentro de un precioso estuche de piel de Rusia con forro granate dentro del que había dos coronas de laurel y roble, cinceladas, una en acero y la otra en bronce, en brillo y en mate, con bellotas de oro, unidas por una cintilla que formaba un lazo cuyos extremos remataban con los escudos de Barcelona y Santander, con esta sencilla dedicatoria: «Barcelona a D. José María Pereda, 1885». Incluía un pergamino con las firmas de Jacinto Verdaguer, Joaquim Riera i Bertrán, Eduard Vidal i Valenciano, Narcís Oller, Angel Guimerà, Francesc Matheu, Ramón Picó i Campamar, Emili Vilanova, Joan Sardà, José Yxart, Francesc Miquel i Badía, Lluís Domènech y Apeles Mestres. Al desplegar el pergamino aparecía la frase «Al novelista montañés J. M. de Pereda,

⁶² Eusebio Güell y Bacigalupi (Barcelona, 1847-1918), primer conde de Güell. Economista, industrial y publicista. Estaba casado con Isabel, hermana de Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas.

sus admiradores de Catalunya». El inesperado regalo sorprendió y conmovió a Pereda, quien escribió a Güell el mismo día de San José una emocionada carta (carta 358) que publicó el *Boletín de Comercio* el 1 de abril de 1886. La noticia se difundió con rapidez en la prensa, especialmente en la de Santander y en la catalana. En «Present a J. M. Pereda», *L'Il·lustració Catalana* del 30 de abril de aquel año ensalzaba las novelas de Pereda, «plenas de color local y de esperit patriotich de debó», incluía la carta en castellano y agradecía a la prensa de Santander haber apreciado la importancia del regalo y la amistad con Cataluña, «que agradecemos de todo corazón». Destaco que *La Veu del Montserrat* del 3 de abril, había transcrito la carta de Pereda, en catalán, precedida de unas líneas, «Document important», en las que comentaba el regalo e interpretaba intencionadamente esta carta como la declaración de un sentimiento en el autor de *Sotileza* que iba más allá del regionalismo:

La carta den Pereda es una verdadera professió de fe de regionalisme. Ab esta carta ens vé á dir que, si no pensa exactament com nosaltres, no s'en falta casi bé un gruix de peseta. Avant y fora, que, ab aqueix pas, aviat no quedarán més centralistes que'ls presumptuosos de Madrid y l'parell de dotzenas de borrechs de fora que, en perspectiva d'un estanch o d'una cartería, obeheixen les ordres dels *jefes indiscutibles*.

[La carta de Pereda es una verdadera profesión de fe de regionalismo. Con esta carta viene a decirnos que si no piensa exactamente como nosotros, no le falta el canto de una peseta. A este paso pronto no quedarán más centralistas que un par de docenas de borregos forasteros que en espera de un estanco o de una cartería obedecen las órdenes de los *jefes indiscutibles*.]

Muy presente en este epistolario está Fernando Pérez de Camino (Santander, 1859-1901), quien formó parte del grupo de jóvenes íntimos de Pereda (carta 713). Tenía una sólida posición económica y aunque había estudiado medicina, se dedicó a la pintura. Fue discípulo de Carlos de Haes en Madrid y formó parte del grupo de paisajistas montañeses de su tiempo. Gran aficionado a la mar y dueño del yate «Mechelín», según Eduardo Huidobro asesoró a Pereda cuando escribió *Al primer vuelo* pues era «tan *yatchman* como marinista»

(Huidobro: 1906: 26-28) y, como escribí anteriormente, para celebrar el éxito de *Sotileza*, los santanderinos regalaron a su autor el cuadro «¡Jesús y adentro!», pintado por Camino. Con el paisajista Victoriano Polanco (1853-1890) publicó el álbum de dibujos *La Montaña. Paisajes, costumbres y marinas de la provincia de Santander* (1889); y Pereda felicitó a los autores con una carta que se publicó en su forma autógrafa al frente de la edición (carta 514). Camino viajaba con frecuencia y en ocasión de ir a pasar una temporada en Barcelona, Pereda se le recomendó encarecidamente a Oller (carta 657). No se equivocó pues al cabo de algunos meses, Camino y Oller llegaron a ser amigos inseparables, como escribió a Quintanilla, «de lo cual me felicito por haber sido yo la causa eficiente de ello» (carta 681).

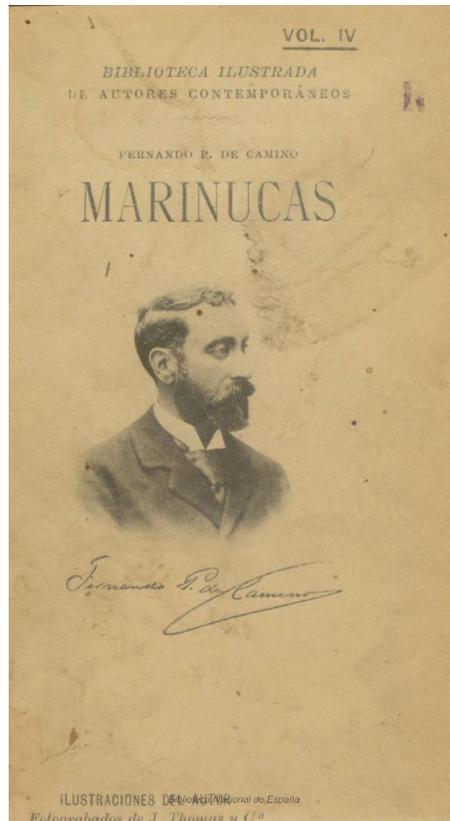


Imagen 24. Fernando Pérez de Camino
Biblioteca Nacional de España

El pintor y su mujer Ermitas se fueron a vivir «a una casa que tienen en lo más encumbrado de la ciudad» (carta 694), «una casita de campo que tiene en la Cuesta de la Atalaya, pero no conozco otras señas de ella. Creo que basta con su solo nombre en el sobrescrito, para que la carta llegue a su destino» (carta 698). Los límites del casco urbano eran bastante reducidos y los medios de transporte público muy limitados; el Pereda del Muelle se quejaba al Galdós de la Magdalena de que viviera «tan lejos».

Dilettante y caprichoso, navegaba «este originalísimo y simpático carácter» en su yate, desde el que pintaba, hizo construir una especie de roulotte para viajar por el campo, concurría a exposiciones y sus amigos le acusaban de perezoso para contestar sus cartas (carta 697). Era también muy aprensivo y quejumbroso, «y los mimos de sus mujeres, le echan a perder» (carta 705). Gozaba de buena reputación como pintor, y publicó además la novelita *Marinucas* (Pérez de Camino: 1904 y 2008) ilustrada por él, que, según don José María, «Aunque no de gran novedad el asunto, está bien tocado y resulta muy agradable» (carta 818). Esta nueva afición le hacía temer «por lo que voy observando en él desde sus *Marinucas* que ha de dejar sin tardar mucho, los pinceles por la pluma, lo cual sería un doble mal» (carta 902). En efecto, comenzó a escribir las *Memorias del Cabo Pérez*, «que son las de su campaña de soldado forzoso cuando la quinta de Castelar. En esta casa, donde se celebra la tertulia mientras se abren allá arriba las juntas de las Catacumbas, nos ha leído estas noches últimas algunos capítulos» (carta 891).

A mediados de 1895 Pereda comentaba a don Narciso que encontraba a Camino «muy desmejorado y exageradamente aprensivo, en los límites ya del enfermo de comedia, y comienzo a dudar muy seriamente si su estado es obra de su aprensión, o si esta es hija legítima de aquel. Quiera Dios que sea lo primero» (carta 876). También otros amigos le encontraban «demacrado y macilento [...] después de haber tomado las aguas de Cestona y peregrinado por varios pueblos y comarcas, buscando una salud que en realidad le falta» (carta 884).

El día de los Inocentes de 1886 un periódico local hizo circular la noticia de que Pereda estaba escribiendo una nueva novela titulada *Los de Pas*, y escribe a Galdós «la cual invención, como todo lo estúpido, ha dado la vuelta a toda la prensa de España» (carta 350), y lo mismo a Polo y Peyrolón (carta 360) y a Oller (carta 365).

El escritor catalán Gaietà Vidal de Valenciano envió a Pereda un ejemplar de su libro *Rosada d'estiu*, quien le alabó como «una de las más bellas entre las novelas de su género» (carta 363), un juicio que se apresuraron a publicar *La Dinastía* y *La España Regional*. Y a los pocos días recibió Pereda *El patio andaluz* de Salvador Rueda, que tuvo una calurosa acogida (carta 364). También reprodujo *El Globo* este juicio sin consultarle, lo que le produjo una «desagradable sorpresa» pues no le gustaba que se publicasen sus cartas sin su permiso. Al año siguiente recibió *El cielo alegre*, que también le mereció grandes alabanzas (carta 401). Rueda consideraba a Pereda su maestro y le fue enviando sus obras, quien las juzgó siempre con sinceridad (carta 487).

Temeroso que Polo y Peyrolón hiciese lo mismo al publicar su novela *Solita, o amores archiplatónicos*, le advertía que

No siempre lo que se ajusta a las leyes de una conciencia rígidamente cristiana resulta pintoresco en el terreno del arte [...] Es usted un terrible propagandista católico, y esta inclinación recomendabilísima, le hace olvidar a veces que lo que es edificante en una obra de moral cristiana produce muy diferentes efectos en otra de arte. Por lo demás, *Solita* abunda en capítulos excelentes, está superiormente escrita y merece el aplauso del público. (cartas 362 y 366)

Y escribía a Menéndez Pelayo que «el pobre Peyrolón pagó los vidrios rotos así, pues temiéndome que hiciera otro tanto con la carta en que le hablaba de su inaguantable *Solita*, de tal modo le expuse mi parecer, que a vuelta de correo me contestó poco menos que llorando» (carta 368).

La inesperada muerte «del pobre Heras⁶³ [...] me dejó desquiciado, y aun no he salido de mi estupor. Casi a un mismo tiempo tuve la noticia de estar sacramentado y la de haber muerto: las únicas que tenía de él medio verano hacía. ¡Qué adentro se me va metiendo la guadañita esa un tiempo hace!» (carta 413).

El 2 de diciembre de 1883 había visto la luz el semanario *Santander-Crema*, dirigido por Ricardo Olanar, que podría considerarse

⁶³ Raimundo Heras Ezcurdia, comerciante y autor de composiciones musicales, contertulio de las Catacumbas.

como el antecesor de *El Atlántico*, entre cuyos colaboradores estaban Enrique Menéndez Pelayo y Tomás C. Agüero; y el 1 de mayo de 1886 apareció *El Atlántico*,⁶⁴ un diario dirigido por Enrique Gutiérrez Cueto, hijo de Cástor Gutiérrez de la Torre, el director de *La Abeja Montañesa*. Estaba en la línea del liberalismo dinástico y católico, cercano al posibilismo; fue decididamente regionalista y el portavoz del círculo perediano.

A principios del verano de 1886 publicó *El Atlántico* una «Carta abierta» de «Pedro Sánchez» en la que lamentaba el silencio de Pereda y le preguntaba solícito por qué no escribía desde hacía año y medio (carta 369). Este le respondió con otra afectiva y extensa, escrita en buena parte como una imaginada entrevista del «reporter» «Pedro Sánchez» a Pereda (quien aprovecha la ocasión de criticar a estos personajes) en la que entre bromas y veras achacaba tal silencio a las contrariedades, preocupaciones y tristezas que le aquejaban y le confesaba que no escribía, usando un símil frecuente en él, porque «el horno» estaba frío y tenía grietas, «durante año y medio no me ha cruzado por la mollera un mal pensamiento novelable». Y ante la insistencia de su joven amigo que le exhortaba a hacerlo, concluía dándole las gracias y unas posibles esperanzas: «en lugar de enfadarme puede que te lo agradezca, porque... de menos nos hizo Dios» (carta 371). Todavía le escribió éste una respuesta en la que agradecía lo que consideraba la esperanza de una promesa, a la vez que le recordaba que como escritor se debía no sólo a sí mismo sino a sus lectores y a Cantabria (carta 372).

Pereda confesaba a Sardà «la repugnancia invencible que tengo al género fino» (carta 323) pero el horno no estaba tan apagado pues en el otoño del 85 confiaba a Oller, que barruntaba escribir una novela «de frac» aunque le pareciera un tanto absurdo y ridículo: «¡Asunto de levita entre mis manos y a estas horas! ¿Cabe mayor burla de la suerte?» (carta 325). A pesar de ello, regresa del pueblo «con una idea mal digerida de una novela cursi, es decir fina, y un propósito fortísimo de no escribirla» (carta 331), cuenta a Galdós que «el único asunto novelable que, a ratos, se me agita en embrión en la mollera es, no ya de levita, sino de frac, y entre gentes que solo

⁶⁴ El último número salió el 31 de marzo de 1896. Ver Simón Cabarga: 1982: 205-206.

por la fama me son conocidas. ¡Tendría que ver esa tela entre mis manos!» (carta 333). Pero tanto Montesinos (1969: 49) como Bonet (1980: 37) advirtieron un antecedente en *La mujer del César* (1870), una obra temprana del propio Pereda. Como advierte Montesinos para entonces había no pocas novelas «en que se oponía a la depravación aristocrática la pureza de almas de extracción humilde, con otras inocentadas así; desde los folletinistas que seguían a Sue hasta ciertos relatos del P. Coloma, preludeo de *Pequeñeces*» (Montesinos: 1969: 183-184).

A lo largo de estos meses en otras cartas a otros amigos y en términos semejantes les va comunicando sus dudas, sus desalientos y su falta de inspiración; «lo que ahora me desconsuela no es que no salga a mi gusto lo que intento, es que no sale ni bueno ni malo, que no anda la máquina ¿lo quiere más claro?» (carta 383). Como escribía a Clarín, se encerró en el nuevo despacho de su casa de Polanco, «enjaretando a tientas y con verdaderos palos de ciego, un primer capítulo de novela, que Dios sabe si llegará a tener segundo, con este maldito desánimo y entre el ruido y los quehaceres de la ciudad.» (carta 378). Pero a su vuelta a la capital, «por los puntos de esta pluma no pasa un alma, y el montoncito de cuartillas que me traje de Polanco, así se está tan guapamente sin apurarme gran cosa por ello». Días después confirma a don Marcelino su desaliento, «Sería un verdadero milagro que saliera, aunque mala, obra terminada de esta incapacidad desconsoladora» (carta 381). Pero el 12 de noviembre contaba a Oller que hacía unas semanas «me atreví a poner la quilla» a una novela, «¡Estaré bien dejado de la mano de Dios cuando me lanzo a esas caballerías en el estado de secura en que me veo! Así va ello: mal y a paso de buey» (carta 384).

Menéndez Pelayo, buen conocedor del ánimo de su amigo, le animaba: «veo que sigue Vd. trabajando en la novela, aunque con poca actividad y con desaliento. Siempre le sucede a Vd. lo mismo al principio de sus obras, hasta que va entrando en harina, y sale el libro de un tirón, lleno de vida y de realidad» (carta 385). Pero dando fin el año confesaba a Oller que «Ya no anda ni poco ni mucho [la pesada carreta de mis intentos literarios] y lo que es peor, pasan semanas enteras sin que yo me acuerde de que está atascada» (carta 390). En la primavera escribe atribulado a Laverde que solo tiene dos o tres capítulos «hechos perezosamente y a disgusto» y

que espera que durante la estancia veraniega en la soledad y el silencio de Polanco cobre ánimos (carta 398); y unos meses después responde a Clarín que «en ocho o diez tentativas, con intervalos de tres y cuatro semanas, he escrito 10 capítulos soporíferos, arrancados a uña y caminando a tientas por las oscuridades de un asunto tan desconocido como antipático para mí» (carta 407).

A mediados de agosto volvió a escribir y entonces «deshice lo hecho, tomé el asunto por otro lado diferente, y de un tirón, que llegó hasta mediados de octubre acabé la novela» (carta 419). González Herrán manejó en la Biblioteca Municipal de Santander el ejemplar manuscrito de la novela, y transcribió el texto inédito de sus dos primeros capítulos (González Herrán: 1983b: 257-258 n13).⁶⁵ El 22 de octubre comunicaba a Pepe Quintanilla que aquel mismo día había empezado a escribir el último capítulo de «*La Montálvez* (vida y milagros de una señora de copete). Este paréntesis no es para el público, sino para tu gobierno, ni aparecerá en la portada tampoco» (carta 413). Y también se lo escribía así a Menéndez Pelayo (carta 414), a Oller (carta 416), a Galdós (carta 417), a Laverde (carta 418) y a Clarín (carta 419).

La Montálvez iba ya camino de Madrid (carta 415), y así se lo confirmaba a Oller: «Mala es, pero está hecha; y por esto solo, no estoy descontento yo». Y a pesar de la evaluación retóricamente negativa de sus propias obras, parecía estar contento de ésta, en la que se había «metido donde nunca había estado, y esta novedad de impresiones recibidas, tampoco me pesa haberlas sentido. Por todo lo cual, examinando mi obra después de acabada, paréceme que hay en ella, mala y todo como es, ingredientes de cataplasma o ingredientes de cantárida, según el público la tome.» Y apenas encubre su esperanza de que esta vez triunfará de los críticos: «Quieren los de Madrid que vayamos los regionales allá por asuntos; y yo celebrarí que a ciertos madrileños les pesara esta vez haberme instado tanto a que les hiciera los honores» (carta 416).

Pocos días después pinta a Galdós la vida invernal en la aldea:

⁶⁵ A juzgar por esta primera redacción el 11 de septiembre de 1887 estaban escritas treinta y cinco cuartillas correspondientes a los dos capítulos iniciales de *La Montálvez* en una redacción bastante diferente de la que había de publicarse en 1888. Ver también González Herrán: 1981c.

Aquí estoy todavía y sin saber hasta cuándo, porque lo de la viruela va poniéndose serio en Santander, y sería una temeridad mudarme allí de golpe con toda la chiquillería tan sana y tan contenta como la tengo. Para hacer más llevaderos los ratos mientras llueve y aprieta el frío, matamos el cerdo anteayer; pero como hay más horas sobrantes que chones a la mano, he resuelto un poco de obra de cantería a subio, y con esto y las tres chimeneas ardiendo en casa, iremos tirando hasta donde sea necesario. (carta 417)

Además necesita unos días «para orear un poco la cabeza y entonar el cuerpo descuajaringado, después de la encerrona de dos meses que he tenido. Y como de costumbre, menosprecia su nueva novela, «la muy condenada ¡Qué mala es!» (carta 417). Esta oscilación entre los acostumbrados temores al fracaso y la esperanza de haber hecho una obra con un asunto nuevo en él que impresionará a la crítica madrileña estaba presente en la correspondencia anterior a la publicación de *La Montálvez*. Así escribía a Clarín:

Me he metido a revolver los trapillos a la gente de la pata del Cid, y hasta hay algo como idilio en la 2ª parte; con que figúrese V. con esto y con no conocer yo más que de oídas a la gentona, qué potaje habrá salido de estas manos medio selváticas. Con todo, si lo del idilio no resultara cursi, y el público me dispensara la sosera de los primeros capítulos, sosera que no pude quitarles al rehacerlos, sin duda porque en ella fueron engendrados, tal vez me atreviera a esperar que el libro pasara, y pasando me daría yo por satisfecho, porque hay algo en él que no he hecho yo hasta ahora... En fin, usted lo verá y lo veremos todos. (carta 419).

En parecidos términos cuenta a Laverde el porqué de su estancia en las «soledades» de Polanco, y que escribió una novela entre el 12 o 13 de agosto y el 25 de octubre, de la que ya aguarda las pruebas. *La Montálvez* viene a ser la vida y milagros de una señorona de la aristocracia madrileña y, en esta ocasión desconfía de su obra porque «No solamente me es desconocido el terreno en que me he colado, sino que va la voz cantante, digámoslo así, en una cuerda que jamás he pulsado hasta ahora» (carta 418).

Pereda sigue corrigiendo pruebas en Polanco (carta 421). El impresor Tello le envió cuatro ejemplares «secados al brasero» como regalo de Año Nuevo, pues la novela no podría salir por no estar secos los últimos pliegos impresos y no poder encuadernarse (carta 428). La desazón de su autor iba en aumento (carta 431) pero la novela ya estaba en la calle poco después; como escribía a Quintanilla, la venta iba muy bien en Santander y en Madrid (carta 432).

Tanto por su propio interés como a instancias de Pereda, éste ya había leído *La Montálvez*, parte en las capillas que vio en casa de Marañón y el resto en casa de Tello, con el fin de escribir su primera reseña. Y González Herrán (1983b: 267) destaca la importancia de la carta en la que Pereda pide a Quintanilla que precise la información que quiere sobre *La Montálvez* pues le pedía algo parecido a una autocrítica para reseñarla (carta 424). No ha querido hacer una novela tendenciosa pero sí «un alarde de novelador analítico por lo mismo que la crítica me ha tachado en diversas ocasiones de temeroso del análisis o de inhábil para él» (carta 425). Y como habíamos leído en una carta anterior a Oller (carta 416), escribía a Quintanilla que

me he propuesto, que parezca nueva, todavía más nueva que *Pedro Sánchez*, hasta que se convenza la gente de que cuando nos da la gana dejamos de ser novelistas regionales; nos salimos del huerto paterno; y caminamos por cualquiera senda en que se nos coloque. Esto, que puede sonarte a vana jactancia, no es más que una respuesta, de ti para mí, a tantísimas sandeces como llevo leídas, en críticas que se tienen por juiciosas, como las de Da. Emilia, v. gr. (carta 425)

La crítica de *La Montálvez* quizá sea la más extensa de las dedicadas a sus obras (González Herrán, 1983b: 255-317). Pereda ha dado fin a una novela en la que antes de su aparición, a pesar de las acostumbradas salvedades y lamentaciones sobre el horno que no se calentaba, de la desgana o el aburrimiento causantes de la mala calidad de la novela, «la peor», está convencido de haber hecho algo bueno y apenas oculta esta vez a sus corresponsales su orgullo de haber escrito una obra «nueva» y de mostrar con ella a los madrileños que los escritores «regionales», como él, saben tocar temas cortesanos.

Pero esta mal oculta confianza comienza a tambalearse ante el silencio con que la novela es acogida por la crítica, incluido el de sus amigos más próximos, quienes para no ofenderle, le escriben cartas laudatorias, tibias o con objeciones y distingos pero sin reseñarla en la prensa, como otras veces. Quienes no lo son, lo hacen negativamente y le acusan precisamente de aquello que le enorgullecía más: de haberse metido donde nunca había estado y de escribir acerca de una gente y de una sociedad que desconocía.

Bastantes días antes de que se pusiera *La Montálvez* a la venta en Madrid el 19 de enero, Pereda envió un ejemplar a Clarín, cuya opinión, como sabemos, valoraba extraordinariamente:

con excepción de mi mujer que se ha leído anoche la mitad de la novela, y de Pepe Quintanilla que ha husmeado una buena parte de ella en las capillas que atrapó en casa de Marañón, será V. el primer nieto de Adán que tenga la desgracia de conocer a fondo a la susodicha señora.

Y al envío acompañaban los acostumbrados ruegos de que «me diga sin miramiento ni reparos, su para mí inapelable parecer» y de que «en el temerario supuesto» de que le pareciera bien, publicara una reseña «en caliente» (carta 428).

La falta de respuestas sobre *La Montálvez* le lleva a pedir opiniones críticas diversas, como al jesuita P. Mendía, si ha conseguido su propósito crítico y sobre todo, «si mis pensamientos de artista no desdican de mis intenciones como cristiano» (carta 433); a Sardá y a Yxart, a través de Oller, a quien informa que *La Montálvez* fue recibida en Santander «con entusiasmo». Curiosamente, Pereda parece atribuir la inspiración de esta novela en parte a Sardá, para quien tanto Sotileza como la Clara de *Pedro Sánchez* eran «hermosas estatuas, pero al fin estatuas» y «desde la afirmación de Sardá me propuse hacer una prueba de que ‘también yo era pintor’ si me empeñaba en ello». De paso, le anuncia a Oller el ya acostumbrado envío de libros para distribuirlos entre las personas a quienes van dedicados (carta 434).

La primera reseña de la novela, «Páginas madrileñas. Con motivo de *La Montálvez*» apareció el 3 de enero de 1888 en la «Miscelánea semanal» de *El Atlántico*, firmada por «Pedro Sánchez» quien, de acuerdo con los deseos de Pereda, destacaba la novedad de su asunto.

Pero éste, que deseaba saber el efecto que tendría la novela sobre sus coterráneos, escribió a Quintanilla, su obediente portavoz, «de un humor de todos los demonios» por haber revelado el argumento en su artículo. «Cuánto siento que no consultaras conmigo ese propósito, que me era desconocido de ti», escribía (carta 429), aunque días después se excusaba «para quitarte el amargor [que te causaron] unas frases mías.» La venta de la novela «no puede ir mejor» y la de Madrid «no es peor». Y le pide que le tenga al tanto del «verdadero éxito, tomándolas de corrillos y librerías, etc., que es donde mejor se transparentan esas cosas» (carta 432).

Pocos días después, volvió a salir Quintanilla en defensa de la novela en un largo artículo publicado en tres partes en *La Época*, de Madrid («Autores y libros. *La Montálvez*», 20 y 30 de enero y 3 de marzo de 1888), reproducido después en *El Atlántico*, y en otro artículo, «Páginas madrileñas. Una conversación sobre lo mismo» («Miscelánea Semanal» de *El Atlántico*, 23 de enero de 1888). Y Pereda le comenta:

Bien lo trabajas, bien lo plumeas... bien te desvives y desgafitas, pero ya verás cómo la cuenta no sale [...] hasta la fecha no se han escrito más que tu excelente artículo (aparte los elogios), y otro publicado ocho días antes en *El Noticiero* y que me envía recortado Tello, en el cual artículo, que es corto, de media columna, su autor, que es un quídam enteramente desconocido, me arroja de Madrid casi a escobazos. (carta 436)

La falta de noticias de Menéndez Pelayo y de Galdós, y la tibia respuesta de Clarín le desesperan y hace mil conjeturas a Quintanilla: «Otro de los silencios que me dan miedo es el de Marañón, que tiene gran nariz para husmear rumores entre las gentes que leen en Madrid» (carta 436). Y poco después le advertía «que no deje Marañón de la mano a Galdós hasta que vomite el artículo» (carta 437).

González Herrán (1983b: 263-266) recogió treinta y nueve reseñas contemporáneas, algunas laudatorias y escasamente críticas de amigos como «Pedro Sánchez», o «Porthos» [el costumbrista reinosano Ramón Muñoz de Obeso] y de otros escritores locales, pero faltaban las de los acostumbrados autores de prestigio, también amigos. El «silencio pavoroso» de éstos y el de la prensa madrileña

duró casi un mes, y aquella pretendida «conjura del silencio», que desazonaba y sorprendía a Pereda, se debía al temor a herir al tan susceptible polanquino. En cambio, le llegaban sus cartas, una «crítica confidencial» de tibios elogios, de críticas llenas de distingos y de vagas promesas de reseñar *La Montálvez* en la prensa, que se cumplirían tarde, mal o nunca.

Ante el «silencio inexplicable» de Clarín, a quien había mandado el libro el 1 de enero, le puso un telegrama, al que éste contestó con una carta, Pereda no da la fecha, con observaciones acerca de la novela que no le gustaron. Le contestó cortésmente: «ya creo saber a qué atenerme por lo que pondera, por lo que tacha y hasta por lo que no me dice y leo entre renglones» y «Aun me parecen pocos los defectos apuntados por V. ; pero en cambio no contaba yo con esos «de relumbrón que tanto abundan en el libro». «No crea V. que lo que más me gusta son las alabanzas cerradas. El sol tiene manchas.» Y justificaba el envío del telegrama, perplejo de que en Santander «el público la ensalza hasta las nubes, como Quintanilla y Marañón [tengo] media docena de personas de diferentes temperamentos, pero de excelente gusto y bien educada inteligencia, en las cuales pruebo yo siempre el temple de mis obras, antes que fallen los sabios de Madrid» (los que doña Emilia llamaría «turiferarios» de Pereda). Y le pide que reseñe el libro, «y no se pare en remilgos ni miramientos de amistad» (carta 435).

Y al día siguiente confía a Quintanilla que después de apremiarle, Clarín «habló dos veces, y muy frío en el tono general de sus alabanzas, siempre seguidas inmediatamente de muchos y grandes peros, y son tan contradictorios a veces los unos como los otros». Y como tampoco ha tenido noticias de Menéndez Pelayo, le encarga que vaya por su casa, «como de cuenta propia, y averigüe su modo de pensar, y si piensa escribir sobre la novela y en qué periódico» (carta 436). Días después recibe una carta de don Marcelino en la que destaca la «altísima y positiva moralidad y en cada página revela la elevadísima pureza y dignidad de sentimientos de quien la escribió» pero desde el punto de vista literario alterna las alabanzas - «llena de detalles finísimos de observación o de adivinación moral» - , con el intento de disfrazar defectos serios — «falta de observación directa e inmediata y aversión genial a los personajes y escenas», así como otras objeciones (carta 442). Pero el autor de *La Montálvez* no ve estos defectos o no los considera como tales. «¿Te dije que Marcelino me había escrito?» confía

a Quintanilla: «Cinco pliegucillos dedica a la novela, y después de declarar, entre otras pequeñeces, que solamente yo soy capaz de escribir en España tan grande obra de arte, comienza a tacharla hasta con ensañamiento por defectos aún más nimios y pueriles que los de Clarín. ¡Cuando te digo que tiene que ver esto!» (carta 448). En realidad, don Marcelino pensaba que la novela era «sumamente descolorida [...] floja y pesada», como escribía a su hermano Enrique (Sánchez Reyes: 1954: 310).

Tampoco se libra Galdós de la insistencia de su amigo, quien le pregunta si ha concluido ya de leer la novela, y si le ha parecido tan mala que no se atreve a escribirle. «Créame, compañero, me tiene como espantado, no el silencio de la prensa porque ya se cómo las gasta esa grandísima puerca, sino el de los amigos que deben haber leído el correspondiente ejemplar» (carta 439). Don Benito le contesta excusándose, «Dispéñeme, compadre, que no le hubiera escrito antes», en términos semejantes a los de Clarín y de Menéndez Pelayo, con distingos y alabanzas combinadas con juicios negativos para no ofender a tan susceptible amigo: «hay partes que son excelentes y otras que no lo son. Es obra de tesis y tiene por tanto todas las ventajas y los inconvenientes de las obras de tesis» (carta 443). Pereda le responde en el mismo día en una carta tan extensa como la suya, agradeciendo sus observaciones aunque niega que *La Montálvez* sea una obra de tesis, y opina «que Vd., Clarín y Marcelino, que critican diferentes aspectos de la novela, deberían ponerse de acuerdo» (carta 444).

Envió una breve nota a Clarín preguntándole si ya había publicado el artículo que se disponía a escribir sobre *La Montálvez* «hacia el 20 de enero» y dónde podría conseguir ejemplares del periódico *La Justicia*, en el que se habría publicado.⁶⁶ Una reseña que le desagradó por «ese afán de citar, diluir y comentar defectos porque no digan, y ese encogimiento casi pavoroso tras prometer menciones de bellezas, que al cabo no se hacen por falta de tiempo y de espacio». Y comentaba Pereda a Clarín, «¡Éxito bien extraño el de la consabida novela! Sobre ninguna otra de las mías se ha publicado menos ni, confiden-

⁶⁶ La fecha, Santander, 14 de marzo de 1888, debe haber sido transcrita equivocadamente pues el 1 de marzo de 1888 Pereda escribía a Quintanilla que había recibido el 21 de febrero por el correo de Madrid tres ejemplares de *La Justicia* con el artículo de Clarín, («*La Montálvez*», *La Justicia*, 18 de febrero de 1888). Posiblemente la carta (445) es del 14 de febrero de 1888, y así la fecha.

cialmente, se me ha escrito más, ni en los juicios emitidos ha habido tan radicales discrepancias». «No se explica ni tiene disculpa visible que un crítico de los vuelos ni de hondura y de las agallas de Clarín no tenga valor para aplaudir francamente aquello que juzga plausible, si no expone antes una lista de defectos, hasta inventarlos si no los hay reales». Y tras otras consideraciones que revelan su irritación, el «desilusionado autor» le agradece la reseña «con sus vacilaciones, contradicciones grandísimas y timideces inverosímiles» (carta 450).

Pereda no puede o no quiere ver lo que evidencian estas observaciones y echa la culpa a los críticos, entre ellos a Menéndez Pelayo de haber impedido el «gran éxito» de su libro.

Si en España hubiera hábitos de crítica, es decir, que si los pocos que entendéis de ella hubierais llevado a la prensa vuestros pareceres, el éxito de ese libro, por lo discutido, hubiera sido ruidoso, es decir, lo que se llama un gran éxito, o lo que es igual, todo lo contrario de lo que está sucediendo.

Y «Cuando nos veamos te demostraré en brevísimas razones que algunos de tus reparos no debieran serlo, y que los que parecen de mayor importancia tienen la explicación en algo que no has leído con la necesaria atención». E insiste de nuevo:

Una de las cosas que me maravillan en este pleito es la coincidencia extraña de todos los inteligentes que me han escrito para que no me duelan los reparos que van a hacer, y luego resultan trivialidades, algunas de ellas hasta ridículas, después de afirmar, como tú, que *La Montálvez* es el libro de más peso, más hondo y de más difícil hechura de cuantos yo tengo. Si esto es cierto, ¿a qué dar importancia a lo otro? (carta 451)

Pero en su respuesta, don Marcelino confirma lo escrito anteriormente. «En cuanto a *La Montálvez* quizá esté yo equivocado pero he escrito a V. fiel y sinceramente mi impresión sobre el libro, que leí muy despacio, y en el cual encontré cosas muy notables a vuelta de otras que no me parecieron tan bien» (carta 457). El polanquino no ceja y niega algo que es evidente—su irritación ante la crítica negativa de sus obras:

Únicamente te diré que te equivocas si piensas que a mí me duele que se discutan mis libros; que prefiero el aplauso cerrado, y que no hubiera visto con grandísimo gusto en letras de molde un juicio tuyo basado en las mismas impresiones que te inspiraron tu carta anteúltima. Lo que mata los libros, es el silencio o el bombo inmerecido, y lo que les da vida e importancia es el calor de la crítica serena y justa. (carta 459)

La Revista de España publicó el 29 de febrero de 1888 otro artículo, «Crítica literaria. La última novela de Pereda», firmado por un tal R. Gil Ossorio y Sánchez, que ponía *La Montálvez* y a su autor «por encima de los cuernos de la luna», al que se refirió muy satisfecho Pereda en cartas a Menéndez Pelayo (carta 451) y al P. Coloma (carta 453). Al cabo sospechó por el estilo que era de Quintanilla: «no se si decirte que lo deploro o lo celebro, porque a la satisfacción de verte tan fecundo y adicto hay que unir la idea de la triste suerte de mi libro que no alcanza fuera de las amistades del autor otro aplauso que el falsificado» (carta 461).

La Montálvez fue la obra de Pereda que tuvo peor recepción crítica y la reacción del autor revela o confirma a través de estas cartas varios aspectos de su carácter. En una carta a Galdós, con quien a lo largo de este proceso había mantenido una relación más cordial que con Clarín y con el mismo Menéndez Pelayo, le confesaba que «*La Montálvez* [es un] nombre que tengo atravesado en el gazonete desde mucho antes que ciertas cosas me le hicieran aborrecible; pero que desde un mes acá, es cosa de ahogarse con él», le agradecía el artículo que pensaba escribir para América, y poco después, su publicación en *El Correo*, y luego en *El Atlántico*, que gustó mucho (carta 466).

Y escribía despechado a Clarín que *La Montálvez* es un «libro que no vale, en mi concepto, ni la tinta que gastamos en hablar de él» (carta 462). Halló especialmente irritante el juicio de Ortega Munilla, quien siempre había reseñado sus libros positivamente; y así se lo escribía a Quintanilla (carta 461), a Galdós, «si aquello no es una estupidez, es una canallada, y casi me inclino a lo último» (carta 464) y a Federico Urrecha (carta 458).

Desde Puerto Rico envió Manuel Fernández Juncos⁶⁷ su elogiosa crítica de *La Montálvez*, publicada en *La Revista Puertorriqueña*, que agradeció. Una novela, le decía, «cuyo éxito particularmente en Madrid, ha sido bien extraño. Desde luego, en el enorme montón de cartas y críticas impresas que me ha valido, no hay dos pareceres acordes entre un mismo punto, hasta el extremo de ponerse aquí en los cuernos de luna, lo que allá se echa por los suelos». Y abomina de la crítica en España, pero «Entre tanto, la edición copiosísima va que vuela, y yo sigo creyendo que lo que debe de vivir vivirá, y que morirá lo que debe morir» (carta 468).

«El éxito de *La Montálvez* ha sido de lo más extraño y singular que pueda V. figurarse», escribía Pereda, al parecer confuso:

Es la obra, de las mías, de que con menos calor se ha hablado en los periódicos, pero, en cambio, la que ha dado motivo a mayor número de cartas confidenciales. He recibido un sin número de ellas, siendo de notar que no haya, entre tantas, dos pareceres conformes: lo que uno pone sobre las nubes, lo echa otro por los suelos para ensalzar lo que el primero deprimía. Y así por el estilo. (carta 478)

Las cartas al P. Coloma (carta 453), a Laverde (carta 467) y a Fernández Juncos (carta 468) confirman la opinión de González Herrán de que «En conjunto la impresión que en Pereda produjeron las críticas sobre *La Montálvez* fue una muestra de despecho y perplejidad; lo primero, por lo que consideraba trato injusto y mal intencionado; la segunda por la disparidad de opiniones, tanto en artículos en la prensa como en cartas de lectores y amigos» (González Herrán: 1983b: 273).

Otro aspecto polémico fue el de la moralidad de la novela, que defendieron en Santander Ricardo Olan, Albino Madrazo y «hasta el cura Benet, el prototipo de los curas intransigentes y erizo en puntos de moral, hombre con quien no he hablado en mi vida, me escribe ayer una carta tan entusiástica como la del P. Coloma». También

⁶⁷ Manuel Fernández Juncos (1846-1928) fue un emigrante asturiano, de cerca de Rivadesella, que adoptó Puerto Rico como su segunda patria. Poeta, periodista y político, fue autor de «La Borinqueña», el himno nacional de Puerto Rico, y después de la autonomía política del país, fue su primer Secretario de Estado.

provocó un desagradable incidente con Amós de Escalante, al que me referiré más adelante en la parte II de esta introducción.

Poco después escribía a Oller contándole haber leído en el *Diario de Barcelona* del 8 de febrero «la despiadada paliza» con «la inusitada crueldad y el inesperado ensañamiento» que había dado Miquel i Badía a *La Montálvez*, y expresando su inquietud ante el silencio de sus amigos catalanes (carta 445). Pereda le escribió confrontando sus objeciones, entre ellas que «entre las mejores escenas corre un vaho de corrupción y podredumbre que la quita todo interés» y que «aconseja a la gente moza que no lea el libro, del que se ha dicho en buenas palabras que es puerco y calumnioso». Aunque en Santander «le recomiendan con ahínco hasta los jesuitas como el mejor sermón sobre los frutos del pecado», Pereda detecta en Badía «algo como asco e iracundia que se huele entre los renglones de la crítica [...] que ha de ser un injusto Sambenito para la obra en los hogares cristianos donde no se haya leído todavía» (carta 447). Y confiaba a Quintanilla que Oller e Yxart le habían escrito indignados contra aquel «hipocritilla [...] de pasta flora» (carta 448) y le prometían publicar sus propias reseñas, «pero ya verás cómo los artículos no se parecen a las cartas ni a las promesas» (carta 448).

Pereda envió a Laverde la carta del P. Coloma, en respuesta a otra suya, «(que por cierto se me ha extraviado, y lo siento mucho)», en la que al parecer don Gumersindo también había puesto objeciones a la moralidad de la novela. La de Pereda tiene especial interés pues en ella le expone sus ideas sobre el discutido tema de las lecturas de las jóvenes (carta 478).

Casi año y medio después, el escritor y diplomático venezolano Gonzalo Picón Febres remitió a Pereda *Notas y Opiniones*, un libro «que honra la literatura venezolana», en el que hacía una defensa de *La Montálvez*, y atacaba a los moralistas hipócritas. «Conozco bien y de muy antiguo a esos gazmoños - le contestaba - que hacen caso de conciencia escupir en el atrio de la iglesia, y son capaces de dar una puñalada a un enemigo en las gradas del Altar Mayor» (carta 1135), con las mismas palabras con las que calificó en su día a Amós de Escalante en la nota que acompañaba a la carta del P. Coloma del 28 de enero de 1888 (carta 439).

Como se recordará, tras la aparición de cada novela Pereda menciona siempre la cantidad de ejemplares vendidos. En más de una

ocasión afirma que sus obras se venden más que las de los demás autores contemporáneos y aunque suele asegurar que no escribe para ganar dinero, lo cierto es que a su condición de agudo hombre de negocios no escapa el aspecto económico de la publicación de sus obras. En el caso de *La Montálvez*, la venta «no puede ir mejor»; «se vende como ningún libro mío, y eso que no se venden mal» (carta 432); «Aquí se llega ya o se toca a los 400. Ni de *Sotileza* se vendieron tantos en igual tiempo» (carta 441); «En cambio aquí se ha hablado con exceso. Cayó el libro como yo no lo esperaba; y a los 300 y pico de ejemplares despachados» (carta 439); «Gracias a que la venta es buena, y con ello se demuestra que el público sencillote va tragando el libro; que si no era cosa de colgar la pluma y echar a la m... el oficio...» (carta 444). Y con esta mención del «público sencillote» y del éxito editorial parece sobreponer la opinión de ese público que compra sus libros a «la conducta de los periódicos y el dictamen de la gente de opinión» (carta 448), equiparando así el éxito de venta con el valor literario de la obra. Pereda regaló a su amigo Tomás C. Agüero el manuscrito de *La Montálvez*, «fruto de mis holguras del último verano». El ms. pasó después a su hijo, quien lo enseñó a Montero, bellamente encuadernado en Barcelona, «seiscientas cincuenta y nueve cuartillas apaisadas, de muy buen hilo, tersas y brillantes, rayadas levemente de azul, muchas de ellas sin una tachadura, sin una enmienda». La dedicatoria «A Tomás Agüero y Góngora» está fechada en Santander, Enero 13/ 1888. (Montero: 1919: 137-138).

Vuelve a aparecer en estas cartas Fernando Fernández de Velasco, el viejo amigo y correligionario de Pereda, con quien fue a Vevey a ver al Pretendiente. Vivía en Villacarriedo, en su palacio de Soñanes y en Santander, y estaba en Madrid desde hacía dos meses, pero, según don Marcelino, «nadie le ve el pelo. Yo le hice una visita de llegada que todavía no me ha pagado. Ha caído en la sima profundísima de *El Siglo Futuro*,⁶⁸ y se está fosilizando, con dolor de sus mejores amigos» (carta 361); y casi dos meses después volvía a escribirle sobre lo mismo: «De Fernando no se nada, ni espero saberlo directamente. Está hundido en la sima de la secta, y ni oye, ni ve, ni entiende cosa alguna del mundo de los vivos. ¡Qué borrachera!» (carta 368).

⁶⁸ *El Siglo Futuro* era la publicación tradicionalista y ultraconservadora de los «íntegros», fundada por Cándido Nocedal.

Dos años después participó a Pereda que se casaba, una noticia que ya sabían y celebraban los amigos. Tenía entonces 53 años y éste le daba la bienvenida humorísticamente «como cofrade» al nuevo estado (carta 469).⁶⁹ Con esta ocasión el polanquino, siempre atento a las pesetas, encargaba a Galdós un regalo de boda «que se ajuste a los gustos artísticos del regalado, bibliómano empedernido y que se perece por los cachivaches de antaño» (carta 471).



Imagen 25. Fernando Fernández de Velasco

⁶⁹ Escribía Pardo Bazán a su paso por Villacarriedo que «Aunque D. Fernando de Velasco se encuentra con su familia en Vichy, podemos decir que le hemos visto con su chambergo y su apostura del siglo XVII, en el mobiliario de su casa. Allí hay libros raros, vargueños, armas, cuadros de mérito, y una galería de retratos procedentes de la casa de Híjar, atribuidos algunos de ellos nada menos que a Tiziano y a Pantoja» (Pardo Bazán: 1895: 24). Y cuando le conoció José Montero, «tenía grave el continente; gallarda la apostura; firme y serena la mirada; larga la melena, ya gris, como el bigote y la perilla; el cuerpo recio y bien trazado» (Montero: 1919: 209-210).

Y cuando Velasco le envió *Don Juan Fernández de Isla: sus empresas y sus fábricas* (Madrid, 1901), Pereda se le agradeció, al tiempo que confesaba que apenas sabía nada sobre «el montañés, en mi concepto, de mayor talla, como hombre útil y ejemplar, entre cuantos han nacido en esta pobre tierra», e ignorado hasta ahora. Y le felicitaba por este libro que «debiera declararse de texto en todas las escuelas de la Montaña» (carta 1247).

Entre tanto, a pesar de los disgustos que le causa *La Montálvez*, y en los comienzos de redactar *La puchera*, sigue atento a sus negocios y avisa a Eusebio Güell que en breve llegará a Barcelona la instalación que prepara para su Exposición Universal la fábrica de perfumería *La Rosario*, «de cuya vigilancia estoy encargado desde que enfermó incurablemente su fundador y hermano mío, D. Manuel Bernabé». Y aunque «Es innegable que los productos de *La Rosario* compiten en calidad y en esmero con los más acreditados similares del extranjero, a los cuales aventaja considerablemente en economía de precio» desconfía del éxito, teniendo en cuenta lo que valen hoy las recomendaciones. Y tras las disculpas de rigor por su impertinencia, le pide que influya para que el Jurado calificador «se fije con la necesaria detención» en los productos de su fábrica. Y le anuncia la visita de un empleado de confianza «para enterarle de cuanto necesite saber y cumplir las órdenes que tenga por conveniente darle» (carta 472). En el mismo sentido escribe a Oller (carta 473). No le pide «que intrigue para que a nuestra fábrica se le dé cosa que no merezca, sino que influya para que, llegado el caso, se examinen los productos expuestos, intus et foris, con la necesaria detención», y que algún periodista amigo, después de ver la instalación le dedique en la prensa «un suelto especial». El estilo de esta solicitud se asemeja bastante al de las hechas a los críticos amigos cuando les pide que reseñen sus obras. También le visitará el mismo empleado, y concluye con la ya acostumbrada excusa de que le pide este favor «con esta desvergüenza que no puedo remediar cuando trato con amigos tan bondadosos como V., y a quienes tan hondamente quiero» (carta 473).

Unas semanas después agradece sus gestiones y «le reitero el deseo de que lo que haya V. de hacer sea en hora oportuna, es decir, lo más cerca posible de la calificación del Jurado» (carta 476). Y precediendo su nueva petición con el acostumbrado elogio escribe a Oller:

Ya que tan inagotable es la bondad de V. que hasta en lo de la Exposición me da ciento por uno que le pido, sin perjuicio de que yo escriba a Luanco⁷⁰ no deje V. de dar un envite a cualquiera que crea V. que pueda ayudarme; con la advertencia que le hago otra vez de que no pido a todo trance la medalla sino que se mire con interés el producto y que se compare con todos los similares españoles y extranjeros. (carta 480)

Con tales valedores, no es de extrañar que *La Rosario* obtuviera medalla de oro. A propósito de *La Rosario* y del sentido comercial de Pereda, hay un gracioso testimonio de Josep Pin i Soler quien recordaba en sus *Comentaris sobre llibres i autors* (Pin i Soler: 2005: 166-167) que cuando aquél estuvo en Barcelona, se hicieron muy amigos, y que le impresionó su lado de hombre de negocios y empresario.

poc a poc, l'home s'anà franquejant i els últims dies de la seva estada a Barcelona, l'accompanyarem a casa de marxants de frasquetas de vidre, a tres o quatre litografies, on demanà preus, on esposa projectes d'anuncis de cobricapses, de paperots enjolvivats; i tot bromejant, me consultaba sobre noms pomposos per a noves compositions perfumistiques, quelcom dintre el gust del seu *Rey del tocador*, de la seva *Flor de los aromas*, del seu *Blanco de las Gracias... A cuyos artículos el mercado americano y español ha dispensado siempre su favor...* com havia redactat elle mateix, amb la mateixa ploma que li havia servit per a escriure *Sotileza*; firmant aquells reclams amb mateix nom que llueix gloriosament a la portada dels seus llibres, suprimint solamente lo José M. de. com propietari de la Fábrica La Rosario, com perfumista, firmaba Pereda y Cía; com autor de novel·les : José M. de Pereda.

[poco a poco el hombre se fue franqueando y en los últimos días de su estancia en Barcelona le acompañamos a casas de comerciantes de frasquitos de vidrio, a tres o cuatro litografías, pidió precios, mostró proyectos de anuncios de

⁷⁰ El asturiano José Ramón Fernández de Luanco (1825-1905) fue catedrático de Química en la Universidad de Oviedo y en la de Barcelona, de la que también fue Rector. Presidente del Ateneo de Barcelona y de la Academia de Buenas Letras. Tutor y amigo de Menéndez Pelayo.

tapones, de etiquetas adornadas, y bromeando me consultaba sobre nombres pomposos de nuevas composiciones perfumísticas, algo dentro del gusto de su *Rey del tocador*, de su *Flor de los aromas*, de su *Blanco de las Gracias...* *A cuyos artículos el mercado americano y español ha dispensado siempre su favor...* como había redactado él mismo, con la misma pluma que había escrito *Sotileza*; firmando aquellos anuncios con el mismo nombre que lucía gloriosamente en la portada de sus libros suprimiendo solamente lo de José M. de como propietario de la fábrica La Rosario, como perfumista firmaba Pereda y Cía.; como autor de novelas, José M. de Pereda.

Y hablando de dinero, le confesó que «la prosa que más le había producido (paraules seves) era la dels reclams pels seus articles de perfumeria». [«la prosa que más le había producido, en palabras suyas, era la de los anuncios de sus artículos de perfumería»] (Thion Soriano-Mollá: 2010: 338 y nota 5.)

Para la firma Hijos de Dóriga había entrado en servicio en 1887 con la matrícula de Santander el costero *Sotileza* de 114 toneladas, y al año siguiente, para los mismos, el *Marianela*, algo mayor, de 170 toneladas de arqueo. El primero, con otros propietarios, matriculado en Bilbao y bajo el nombre de *Recalde*, parece que todavía navegaba cuando escribía González Echegaray en 1968. Y también bajo la nueva matrícula de Bilbao y el nombre de *Amalia* dado por los nuevos propietarios navegó el antiguo *Marianela* hasta 1900, cuando posiblemente se hundió. (González Echegaray, III, 1968: 16). No sé cómo llegaría a oídos de Galdós el rumor del hundimiento del *Marianela*, quien escribía a Pereda que «He visto con pena que se perdió el *Marianela*» (carta 501). Pero éste le contó que «no hay tal pérdida del *Marianela*, hoy en viaje de San Sebastián a Bilbao, o viceversa. El vapor perdido junto a Santoña fué *un tal Desierto*. Tranquilícese V. pues, que hasta la fecha continua buena y sana aquella apreciable *señorita*, miembro de la ilustre familia literaria de V.» (carta 505).

No sé si atribuir a falta de tacto, lo que no es probable, a sentimiento de culpabilidad por gozar de buena salud o por el afán de consolar al pobre Laverde mostrándole que no estaba solo en sus dolores, por lo que Pereda insistía en sus cartas en describir sus propios padecimientos, y en mencionar desgracias, enfermedades y muertes ajenas.

Eran de creyente a creyente, deseándole siempre que Dios le conservara la resignación necesaria para soportar sus dolores. Muy representativas serían estas líneas de una carta en la que le hablaba de

la repentina agravación de mi cuñado D. Inocencio G. Calderón, en el padecimiento crónico en él, que se le había exacerbado bastante, precisamente desde la noche en que murió mi hermano. Esta agravación llegó a ponerle a punto de morir. Vencióse, sin embargo, el peligro, y hasta llegó el enfermo a levantarse; pero otra acometida súbita de la dolencia volvió a postrarle en la cama, de la cual no salió ya sino para el cementerio, el día 6 del corriente después de haber rendido cristianamente su alma a Dios en la madrugada del 5. Con este suceso tras de los otros dos que V. ya conoce, la pena natural que traen consigo, las noches en vela, el espectáculo de las largas y angustiosas agonías...(carta 546)

Una relación que contrasta con la breve mención que hace a Galdós del mismo suceso: «La negra serie no acabó con la muerte de mi hermano Manuel, pues siguió a ésta y muy de cerca la de mi cuñado Calderón. Estos acontecimientos, tan tristes y tan eslabonados, me han dejado el espíritu medio a oscuras y el cuerpo consumido» (carta 548).

Pereda se enteró del fallecimiento de Laverde por un telegrama que le envió su viuda, a quien contestó de inmediato. Es posible que no conociera personalmente a doña Josefa Gayoso, por lo que el estilo de esta carta es el propio del de las demás de pésame que solía enviar, de tono y contenido muy semejantes, de las que hacía antes borradores. Destacan en ésta la nota personal, «lo que yo quería y admiraba al pobre Gumersindo», los indispensables elementos de alabanza, «gloria del profesorado», y los elaborados consuelos religiosos:

Consideraciones son éstas que deben V. V. hacerse para dulcificar un poco las amarguras del dolor que en estos instantes les affige; y aun les servirá de mayor consuelo todavía el recuerdo de la resignación cristiana con que llevó durante tantos y, para él, largos años, la pesada cruz de sus crueles padecimientos. Piadosamente juzgando, Dios le habrá dado ya su

Gloria, eterna y envidiable recompensa a su heroico y ejemplar martirio. ¡Dichoso él mil veces, y dichosa su familia en medio de su pesadumbre, pues si ha perdido en este mundo de lágrimas el mayor pedazo de su corazón, ha ganado un valedor en el cielo. (carta 578)

Laverde no llegó a publicar sus *Poesías* y el resto de su obra quedó dispersa.⁷¹ Estuvo muy considerado como estudioso de sólidos conocimientos, fue muy amigo de Valera, y muy bien relacionado en el mundo académico. Como hemos ido viendo a lo largo de este epistolario, tuvo horizontes estrechamente ortodoxos e influyó sobre Pereda y sobre Menéndez Pelayo en los comienzos de sus carreras literarias. Mostró infinita generosidad con ellos, y les proporcionó constantemente datos y consejo pero su mala salud le impidió llevar a cabo su propia obra. Se consideraba montañés y asturiano, fue un entusiasta propulsor de la unión entre ambas provincias, y de la construcción del ferrocarril del Norte, y colaboró activamente en la prensa de su tiempo.

El 14 de octubre del 82 se había mudado la familia Pereda al número 4 del Muelle, lo que requirió grandes cambios de decoración y de mobiliario. Esta mudanza y la siguiente años después a la calle Hernán Cortés⁷² ocasionarían la compra de cosas muy diversas que don José María iba encargando principalmente a Oller, y en menor cantidad a Galdós. Son encargos detalladísimos que incluyen materiales, colores y medidas que hace en su propio nombre y en el de su hija María. Resulta curioso que alguien tan cuidadoso de los detalles y con preferencias, al parecer, tan definidas, confiase la elección de gran parte de los muebles y la decoración de su casa a Narciso Oller, con cuyo gusto y con el de su hija coincide y siempre merece su alabanza. Buena parte de estas cosas vienen directamente de Barcelona, como muebles y cortinas, e incluso ropa, que Pereda tiene en gran estima, lo mismo que a los artesanos y artífices que las producen. Barcelona estaba entonces a la cabeza de la producción industrial y artesana es-

⁷¹ En el volumen dedicado a Laverde, José María de Cossío incluye una selección de poesías y se refiere a los intentos hechos anteriormente para publicarlas. (Cossío: 1951).

⁷² Cuando falleció Pereda estaban a punto de mudarse a una casa que habían comprado en la calle del Sol.

pañola, y parece que Pereda tenía más facilidades para encontrarlas allí que en Madrid, donde también hace algunos encargos a otros amigos. Con alguna excepción, no aprecia lo que ofrece el comercio santanderino ni la destreza de los operarios locales.

Este pasaje es representativo de las muchas cartas que Pereda enviaba a Oller con encargos para amueblar su casa.

Cortinones del comedor = Como éste es irregular y no se presta a grandes decoraciones, hasta por lo bajo que es de techo (3, 18) creíamos bastante para sus dos balcones, cuatro hojas de las que ahí se fabrican imitando tapices y suelen costar aquí de 20 a 25 duros cada par. Lo que V. me dice y dibuja en el papel que acompaña a la carta de María, me agrada; y si como cree, no pasa cada juego de 30 duros, adornado ya y en disposición de colocarse en las galerías de nogal con que cuento, acepto esos cortinajes macarenos, debiendo V. tener presente para la elección de colores de las mantas, que la alfombra es roja, lisa; el zócalo de nogal y pinotea, y el papel, cuero oscuro repujado con fondeos de purpurina dorada; la anchura de las puertas, hacia el comedor, 1m 60, y su altura, es decir, lo que debe tener la colgadura, 3 metros aproximadamente. Estas medidas, en último caso, se le darían a V. con toda exactitud. (carta 776)

Estos encargos ocupan extensas cartas o forman parte de otras que tratan asuntos muy diversos, y, en ocasiones, lamentos por la muerte del hijo, y las de otros contemporáneos y amigos. La primera carta que escribe a Oller tras fallecer Juan Manuel, sentidísima y extensa, como respuesta al pésame de su amigo, concluye con el detallado encargo de un marco para su retrato y el de obtener del obispo de Barcelona las indulgencias acostumbradas para los recordatorios (carta 747).

En el otoño de 1888 decidió Galdós presentar su candidatura para entrar en la Real Academia Española; para entonces era Diputado en Cortes y famosísimo como novelista, y le presentaba Menéndez Pelayo. «El valiente campeón no tiene precio ni como literato ni como jefe de motín. Yo no sé cómo habré de pagarle el interés que por mí se toma», escribía don Benito a Pereda. Pero debido a sus ideas políticas y religiosas Galdós contaba con la decidida oposición de los académicos conservadores. «¡Ay, mi señor don José, en la que nos hemos metido!

¡El asunto se va agravando en tales términos que no sé cómo va acabar esto!» y, según una noticia publicada en *La Correspondencia* «hasta los enfermos irán a votar en contra mía» (carta 481). Sus enemigos presentaban como candidato a don Francisco Commelerán, un catedrático de latín en Madrid; los más opuestos eran Mariano Catalina y Manuel Cañete. Y don Benito va poniéndole al día de aquellas enconadas vicisitudes (carta 485).

Tras su derrota por cuatro votos, Pereda juzgaba «poco honrosa la hazaña para la Academia» pero la atribuía a «la progresistada» de los periódicos amigos como *El Liberal* y *La Iberia* que habían pedido hasta la disolución de la Academia si no se votaba a Galdós; y le animaba a presentarse de nuevo (carta 495). Comentaba a Oller que «La condenada prensa madrileña no sabe hacer más que majaderías» (carta 496) y se quejó a Galdós que «nos han jeringado los amigos imprudentes» (carta 498), una idea que éste no compartía pues pensaba que sin aquella campaña de prensa se habría quedado sin votos (carta 500).

Según Menéndez Pelayo reinaba grandísima confusión en la Academia pues gran parte de los que votaron en contra deseaban reparar lo hecho, pero don Marcelino no consideraba oportuno presentarle de nuevo ahora (carta 504). La irritación de don Benito era evidente: «Siguen ellos empeñados en humillarme, llevándome allí, y yo que no me dejo humillar. El elegirme, si lo consiguieran, sería una especie de venganza, porque yo quedaría lleno de m... y ellos triunfantes. Pero conmigo no juegan» (carta 511). A fines de noviembre del 88 Galdós le recuerda que don Marcelino insistió en presentarle de nuevo pues quedaba la vacante del duque de Villahermosa (carta 485) y al año siguiente Pereda le felicita porque «Al fin le tenemos ya de patitas en la Casona de los inmortales, y por la puerta grande y a tambor batiente, como era de justicia» (carta 532).

También entre los candidatos a la Academia estaba doña Emilia pero de ella «nadie ha dicho una palabra, dejando que la propia Señora disparatase a sus anchas en las impertinentes cartas o memoriales que ha publicado» (carta 513).

En abril del 88 Pereda contaba a Laverde que había comenzado a escribir *La puchera*, a lo que salga, y «no me atrevo a afirmar a V. si andando los días romperé lo escrito y me consagraré a la vida salvaje y descuidada, que tanta falta me hace, o continuaré enfrascado en la

tarea» (carta 467). Y en el verano en carta a Oller se muestra optimista: «[S]i no salta algún obstáculo inesperado, el próximo sábado iré a reunirme con mi familia en Polanco, donde cobraré los atrasos de ese género y hasta intentaré, si la salud me lo permite, arrimar al fuego la ofrecida puchera» (carta 477). Pero en otoño escribe a Oller que todavía estaba *La puchera*, «a medio condimentar» y querría terminarla para mediados de octubre (carta 480). Y a punto de regresar a Santander le escribe de nuevo lamentando que debe haber en ella «sapos y culebras, porque ha sido escrita ‘a lo que fuere saliendo’». La única condición que no me la hace aborrecible, es que hay frescura en ella» (carta 483) y, con la misma fecha (4 de noviembre), a Quintanilla, para contarle «que anoche escribí la última cuartilla (741^a) de la novela; y que mañana, Dios mediante, la emprenderé para Santander, con la familia. ¡Qué tres meses de campo me he chupado! Si esto no es andar al revés de todo el mundo, que venga Dios y lo vea» (carta 484).

A principios de diciembre Tello estaba corrigiendo pruebas y el libro aparecería en las dos primeras semanas de enero, «demasiado pronto para la castaña que voy a dar a los contados lectores que esperen el libro» (carta 486). «Por él [por Juan Manuel] envié los primeros pliegos firmados de *La puchera* y entre ellos el correspondiente a tu ejemplar. Hoy he devuelto el 24 corregido, y según Jacobo Tello, el libro estará impreso dentro de muy pocos días. *Alea jacta est*» (carta 489) y mediado enero del 89, anunciaba el envío de un ejemplar del libro a Quintanilla, otro a Clarín, y otro a Oller incluyendo la acostumbrada cajita, esta vez con 11 ejemplares de *La Puchera* para distribuirlos entre los amigos catalanes.

En enero del 89 escribe a Quintanilla: «En estos estómagos montañeses ha caído *La Puchera* como el maná. Ya veremos cómo sienta a esos paladares melindres» (carta 492) y daba la misma noticia a Oller (carta 496). En ningún momento deja de estar Pereda atento a la publicidad y difusión de sus obras, y aconseja, «y hasta te ruego», a Quintanilla que publique pronto su artículo sobre *La puchera*, «o no lo digas... Estoy convencido de que los juicios trasnochados, cuando no los ha habido frescos, ayudan poca cosa, si es que no lo ponen peor». Y le aconseja ponerse de acuerdo con Marcelino, «si es que éste persevera en su propósito de publicar un artículo sobre la obra y de publicarle en *La Época*, a fin de que pudieras ir con el tuyo, por

ej., al *Correo*, o viceversa, para mayor expansión y alcance del efecto. Consulta el caso a Marañón, a ver qué le parece» (carta 497).

Escribe a Galdós agradeciendo su reseña en *El Correo*: «Conocí las manos ilustres que habían andado en la cabeza del capítulo copiado, antes que su autor me lo declarara. Ahora, quiera el cielo que en pago de ese favor, no le cause un empacho el potaje recomendado» (carta 498). Y pide a Clarín que «ahora que está el libro en el periodo álgido de su venta y manoseo, no salga en letras de molde y en un periódico de circulación, algo de lo bueno que V. piensa de él, aunque sea en un palique, pinto el caso, mientras llega la hora más lejana, de despacharse a su gusto en el folleto» (carta 499).

Cuenta Galdós que tras conocer el resultado de su elección a la Academia, en la que no resultó elegido, se puso a leer *La puchera* «por vía de sedante o antiespasmódico» y que el primer capítulo que leyó le «encantó por la gracia del relato, la realidad estupenda de la vida allí pintada y la riqueza del lenguaje» (carta 500). Pocos días después le felicita «por obra tan bella, y acabada en todas sus partes. No la he dejado de la mano desde que la empecé [...] A mí me ha encantado y no la creo inferior a *Sotileza*, que es bastante decir [...] Lo mismo opina Marcelino» (carta 501).

Pero el recelo de Pereda no cede ni ante sus más íntimos, y al no recibir noticias de Marcelino le pone unas líneas en las que no oculta su despecho: «Nada te pregunto a propósito de *La Puchera*, porque bastante me dice el silencio que conmigo guardas después de haberla leído. Cree que tengo a gran desdicha el no haber hecho en mi género cosa de tu gusto» (carta 502). Pocos días después se excusaba con Galdós: «¡Recongrio, y qué gordas han sido las [desconfianzas] mías esta última vez! [...] hasta que la efervescencia de este público, y una carta de Clarín, y otra, sobre todo, de Suárez, dándome cuenta de la repetición de pedidos de acá y allá [...]» (carta 505).

Para don Marcelino «la incomparable *Puchera* [...] a mi entender es una de las cosas mejores y más geniales y más inspiradas de nuestra literatura moderna» y le anuncia que publicará una reseña en *El Correo* y en *El Atlántico* (carta 504). Se las remitió en breve (carta 504) y Pereda le respondió con alivio y un tanto avergonzado, explicando que había temido que la tardanza en contestarle obedeciera a que la obra no fuera de su gusto. «Por eso leí tu artículo en las pruebas que llegaron con tu carta con una avidéz que jamás

he sentido». Pero, insatisfecho siempre, le pide que suprima de sus reseñas en el futuro

el párrafo en que dices que el público comienza a conocerme y amarme &. &.? Dígolo porque en cada libro que escribo se me dice algo por ese arte; y tengo ya vivos deseos de que se me tome en lo poco o mucho que valgo como novelista, pues de otro modo, siempre parece que estoy comenzando, lo cual quizás sea cierto; pero ¡soy ya tan viejo en el oficio... y fuera de él! (carta 507)

Y cuando acusa recibo a Oller de la reseña de Sardá, le agradece saber que el libro gustó a Yxart, y pide a don Narciso que éste «se decida a decirlo a gritos en un periódico de Madrid» (carta 509).

González Herrán (1983b: 323-330) recoge una cuarentena de reseñas positivas, impresas o manifestadas en cartas y, como de costumbre, Pereda equipara la cantidad de ejemplares vendidos con el éxito de sus obras. En esta ocasión cuenta a Quintanilla que la venta de *La puchera* en Madrid y en provincias «es morrocotuda» (carta 497), a Galdós que en Santander van vendidos 450 y tantos ejemplares y más de 3.000 por Suárez (carta 503), a Laverde que se han vendido 4.000 en las primeras cinco semanas (carta 516), y a Oller celebra la venta excepcional: «lo cual no deja de vengarle a uno de los sublimes desdenes de la prensa madrileña» (carta 509), que llega a ser «...quizá, la mejor venta de libro que se conoce en España» (carta 536).

En la primavera de aquel año sucedió una inesperada tragedia en la familia Menéndez Pelayo: desde Cuba donde residía el acaudalado naviero Antinógenes Menéndez Pintado, hermano del padre de don Marcelino, envió a su hijo mayor a pasar una temporada en Santander en casa de sus tíos. Según carta de aquél a Laverde y a Pereda (carta 513) el joven se mató de un tiro al no ser correspondido por una inglesa (Arce Díaz: 2018).

En abril de aquel año contaba a Galdós que la Tabacalera confiscó a Juan el guantero una regular cantidad de tabaco, y aunque no se probó claramente que lo vendiera, el Ministerio de Hacienda le condenó al pago triple del valor de lo confiscado, además de perderlo (carta 520). Y don José María pedía a su amigo que junto con otros pudientes montañeses de Madrid hicieran «un esfuerzo heroico para

sacar avante a este bendito de Dios, que enflaquece de día en día y temo que pague con la pelleja el bromazo de los tabacaleros». En la misma carta alababa *Torquemada en la hoguera*, «algo como biografía, de lo más donoso, original y fresco que ha hecho V. en su vida» (carta 520). E insistía poco después en la respuesta con «algo que yo pueda leer al guantero para su tranquilidad y en muestra de que hice su encargo» (carta 522).

Manuel Marañón y Gómez Acebo⁷³ procedía de familias afincadas en Liérganes, en Solares y en Santander. Tras acabar sus estudios de Derecho se dio a conocer a los 21 años en la prensa local con sus primeros tanteos literarios en *La Tertulia* y en la *Revista Cántabro-Asturiana*, y desde su juventud perteneció al grupo de íntimos de Pereda, quien le llevaba más de veinte años; probablemente fue su mentor literario, y le dedicó *Esbozos y rasguños*. Estuvo presente en las triunfales oposiciones a cátedra de Menéndez Pelayo durante las cuales escribió una entusiástica carta a Pereda, incluida en este Epistolario (carta 143). En colaboración con León Medina publicó la famosa colección de *Leyes Civiles, Administrativas, de Hacienda y Notariales*. Estaba muy bien relacionado en Madrid, pertenecía al partido conservador, junto con Maura defendió los derechos de Galdós en un ruidoso pleito y consiguió separarle de la Sociedad Literaria que había formado y lograr la propiedad de sus obras. Estuvo casado con doña Carmen Posadillo y Vernacci, con la que tuvo cinco hijos; y quien falleció a los 31 años a consecuencia de complicaciones surgidas después de dar a luz a su hijo Xavier, el 3 de noviembre de 1890; Gregorito, el futuro Doctor Marañón, contaba entonces 3 años. La inesperada muerte de Carmen anonadó a su esposo, y entristeció profundamente a Diodora y a Pereda quienes tras recibir un telegrama con la fatal noticia respondieron con otro y con una sentidísima carta que expresaba su pesar (carta 581). Los Marañón tuvieron gran intimidad con el matrimonio Pereda, que sacó de pila a Manuel Xavier, el último hijo del matrimonio, y se

⁷³ Manuel Marañón (Santander, 21 de febrero de 1853- Madrid, 23 de septiembre de 1920) tuvo un acreditado bufete en Madrid, fue autor de importantes obras de Derecho y Administración, y fue Diputado Provincial y Consejero del Banco de España. Colaboró en numerosas revistas y estuvo muy relacionado con la gente del mundo de las letras. Ver Ortega Munilla: 1921; Marañón: 1966: IX: 435; Gómez-Santos: 1971; Pérez Gutiérrez: 1997.

conserva una carta muy afectuosa en la que los Pereda envían un regalito a su ahijado Javierín (carta 717).

Como don José estaba en constante relación con Marañón por carta o a través de amigos comunes, suspendió por un tiempo la relación directa con él tras el fallecimiento de Carmen, y a través de aquellos seguía los altibajos de su estado de ánimo. En carta a Alfonso Ortiz agradecía las noticias de que «nuestro amigo ha logrado ya hacerse al peso de la cruz, que no es poco adelantar en el camino de su Calvario. He estado tentado de escribirle varias veces, pero el temor de siempre me ha contenido. No sé de qué hablarle sin tocarle algunas llagas aún abiertas» (carta 584).

A Manuel Marañón se le cita con gran frecuencia en este epistolario y en el de Menéndez Pelayo y, al igual que Oller en Barcelona, fue objeto de innumerables recados y encargos. A pesar de sus múltiples ocupaciones, recibía desde Santander los manuscritos de los libros de Pereda, los enviaba a la imprenta, estaba atento a su impresión y distribuía los ejemplares ya impresos. Se ocupaba también de hacer publicar reseñas de sus obras en la prensa de Madrid y de múltiples y constantes diligencias. Sus amigos le llamaban «el cónsul de Polanco», un afectuoso apodo que según Ortega Munilla le dio Clarín. O no era muy dado a escribir cartas o sus ocupaciones no se lo permitían pues, al igual que Galdós, no las contestaba o tardaba en hacerlo, provocando así la desesperación de Pereda. Avergonzado éste de sus recriminaciones y de sus impacencias declaraba en una ocasión a Pepe Quintanilla que

no taché a Marañón por falta de actividad, y mal pudiera hacerlo cuando me tiene acoquinado y casi ruboroso al ver cómo se desvive en este y otros casos análogos por complacerme y atender a mis intereses con perjuicio de los suyos; quejábame de su silencio obstinado en los momentos en que más excitada está mi curiosidad. Conste así por ser verdad, pues de otro modo sería yo un ingrato, y algo peor todavía. (carta 497)

A juzgar por estas cartas, era un tanto hipocondríaco y aprensivo, y en una ocasión escribía Pereda que «Marañón a duras penas saldrá hoy de casa, según me dijo ayer, cuya tarde pasé en la suya acompa-

ñándole, con Pepe Ortiz y Mazón. No es cosa grave lo que tiene, pero tiene muchas cosas pequeñas que en un temperamento como el suyo ahondan bastante y le aniquilan y amilanan» (carta 945).

Manuel Marañón tuvo excepcional importancia en la vida de Pereda. La carencia de su correspondencia con el autor de *Sotileza* es muy de lamentar pues nos priva de conocer su gran labor de difusor de la obra perediana, así como de sus gestiones en la creación del Centro Montañés en Madrid y en tantas otras relacionadas con sus paisanos. En *La juventud de Marañón* se preguntaba Francisco Pérez Gutiérrez sobre el paradero de sus papeles y cartas y de su biblioteca (Pérez Gutiérrez: 1997: 35). Las cartas han aparecido, y el profesor Jaime Olmedo Ramos, de la Universidad Autónoma de Madrid me comunicó por email en 2005 que tenía el propósito de publicarlas.

Pereda se hallaba en el apogeo de su productividad, y estaba escribiendo a la vez dos novelas; unos meses después de terminar *La puchera* en diciembre de 1888, comienza otra de carácter bien distinto, *Nubes de estío*, que tendría por escenario el Santander veraniego. «Respetive a mí» - escribía a Galdós - «con la estancia en las Caldas y otros *timenejes* en que me he visto desde que nos despedimos, se llevó el diablo el hilillo que había pescado para guiarme en la oscuridad de la obra de este verano» (carta 534). Y en octubre, a Menéndez Pelayo, que «Me metí en cuartillas el mes pasado, y solo a ratos y de mala gana escribo algo que no me satisface ni por el fondo ni por la forma» (carta 535). No parece haber sido esta obra una de sus favoritas, y con su característico autodesprecio describe a Oller la futura «noveleja que terminaré en la ciudad en tres voleos, si no acabo de coger aborrecimiento al asunto, una colección de cuadros de la vida provinciana (de capital) con un hilito pasado por ellos de cualquier modo para ensartarlos y darles un poco de unidad» (carta 536).

Y a fines de año pedía a Yxart, quien le había encargado una novela por cuenta de la casa editorial Sucesores de Ramírez, de Barcelona, que avisara a Oller que «aquella noveleja que comencé a escribir poco antes de venirme de Polanco, apenas ha llegado a la mitad, por culpa de extraños quehaceres, trastornos de familia... y falta de calor y de fuerza generatriz» (carta 500). El fallecimiento en poco tiempo de su suegra, de su hermano Manuel y de su cuñado Gutiérrez Calderón le afectan profundamente y a estas muertes se refiere repetidamente

(cartas 545, 546, 547, 548, 549, 550 y 569). Pereda quedó «materialmente deslomado y fuera de mis quicios», y confiaba a Galdós que «Nada hago, nada pienso ni a nada aspiro, por ahora, si no es a que venga mayo algo risueño para largarme a Polanco para tomar un hartazgo de aire, de luz... y de verde, como las bestias más bestias; y quizás no alcance todo ello a despejar las nieblas de mi ánimo y a templar un poco la jarca de mis nervios...» (carta 548). Y espera que durante el verano en Polanco, «entre el silencio, la quietud y la hermosura de la Naturaleza vuelve a soplar algo la Musa y puedo continuar la tarea que dejé interrumpida en diciembre» (carta 548).

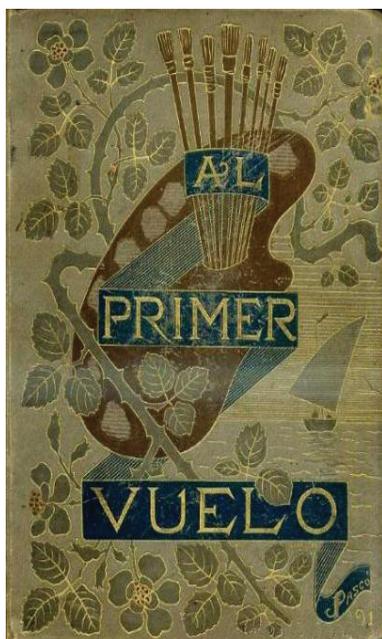


Imagen 26. Portada de *Al primer vuelo*, por Josep Pascó i Mensa

Concluida *Al primer vuelo* avisaba a Clarín que «Si con la carena de las Caldas me entono algo», trataría de concluir *Nubes de estío* en el otoño (carta 569). Y en otra carta a Polo, lamentando los mutuos arrechuchos - «Me habla V. de neuralgias que le mortifican. ¡Ay, compañero, si conociera V. las mías! Los tristes sucesos de este invierno, de los cuales le fui dando cuenta en las respectivas esquelas mortuorias,

me dejaron hecho una lástima» y le confía su propósito de acabar la novela (carta 570). Las quejas no cesan. Y escribe a Ortiz de la Torre que solo le faltan cuatro capítulos pero que ya manda el original a Tello para su impresión después de haberle dado «una poda enorme» (carta 584). Tanta actividad le tiene «materialmente sin resuello entre concluir la novela y corregir los montones de pruebas que me envía Tello de la misma, y esos otros impresores, de la inclusera» [refiriéndose a *Al primer vuelo*] (carta 586). En los acostumbrados términos peyorativos contaba a Yxart sus desventuras de novelista: «Empeñéme en concluir la otra novela, o mejor dicho, en imprimir la mitad escrita y casi olvidada mientras iba despachando la otra mitad como Dios me lo daba a entender y me lo permitían diez mil pejugueras y negocios que me interrumpían la labor a cada paso», y de modo semejante se lo expresa a Clarín, desacreditando siempre la novela, «solo traté de despacharla cuanto antes» (carta 590).

El 30 de enero publicaba Quintanilla en *El Atlántico* un artículo explicando las vicisitudes de su redacción («Gacetilla. *Nubes de estío*», 1891, VI núm 30), y a principios de febrero ya estaba a la venta en Madrid. Lamentaba también Pereda que la novela hubiera aparecido el 30 de enero y no después de las elecciones, como él hubiera querido, pero, como escribe a Alfonso Ortiz: «No hay contrariedad que no haya caído sobre ese pobre engendro que tiene bien merecida la muerte que le espera entre el silencio y la indiferencia de la crítica y del público hecho a manjares fuertes y a naturalismos de bulto» (carta 593). Y en el mismo estado de ánimo enviaba el libro a Clarín «con la única pretensión de que V. le lea sin aburrirse» (carta 590). «Olvidado del asunto de la primera [*Nubes de estío*] y abrumado por el trabajo forzado de la segunda [*Al primer vuelo*], al volver a la tarea de mala gana, solo traté de despacharla cuanto antes» (carta 590). Y manda a Oller una caja con siete ejemplares de *Nubes de estío*, «para que tenga la bondad de hacer la distribución de ellos» (carta 592).

Entre tanto, seguía ocupado con la decoración de su casa, y concretaba a Ortiz de la Torre las características de una lámpara que antes le había encargado.

Si ésta [la altura] es la regular y ordinaria (centímetro más o menos), quiero decir 0.60 plus minusve desde el plano in-

ferior de su base hasta el extremo inferior del tubo, y la finura y la calidad del conjunto les llena a V V., cómprenla desde luego con el aditamento de una pantalla decentita, pero no de lujo y de media docena, por lo menos, de tubos de repuesto. (carta 593)

Tras la lectura de *Nubes de Estío* Menéndez Pelayo felicitaba a su autor «por lo que el libro tiene de arte como por lo que tiene de realidad fielmente observada y tan grata de recordar para los que estamos lejos de la tierra». Pensaba que «[n]o es la mejor novela de V.» y que el argumento era «casi un pretexto para enlazar los animadísimos cuadros de costumbres de la ciudad mercantil y costeaña» (carta 596), usando casi las mismas palabras con que el mismo Pereda había descrito la novela anteriormente a Oller (carta 536).

Pardo Bazán era diez y ocho años más joven que Pereda y, según el autor de *La papallona*, entraron en relación epistolar a través de su común amigo el crítico Luis Alfonso. Doña Emilia escribía a Oller que no conocía a Pereda «sino por sus cariñosas y frecuentes cartas; pero me lo he figurado como usted lo pinta, un poco refractario a la fácil vida actual, chapado a la antigua y cortado por el patrón nato de los españoles de antaño. Eso en él resulta agradable, porque el talento lo hermosea todo» (Oller: 2014: 297).

Su famoso artículo sobre los «limitados horizontes» del huerto perediano había aparecido en *La Época* en 1882, el exclusivo periódico portavoz del partido de Cánovas que publicaba crónicas de sociedad, y un año después formando parte del libro *La cuestión palpitante*, con prólogo de Clarín (Madrid: V. Sáiz, 1883): «Puedese comparar el talento de Pereda a un huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres, pero de limitados horizontes ...» (Pardo Bazán: 1883: 174-175). Aunque es obvio que este artículo ofendió al susceptible Pereda, que no le olvidó nunca, su relación epistolar con la escritora gallega se mantuvo de manera cortés y un tanto ceremoniosa durante varios años intercambiándose noticias y críticas, por lo general muy elogiosas, sobre las obras de cada uno. Pero en la correspondencia con sus amigos Pereda no se recataba en expresar sus verdaderos sentimientos.

En las primeras cartas que conozco, encabezadas con «Mi muy respetado maestro y amigo» por Doña Emilia y con «Insigne amiga y

Sra. mía» por Pereda, escribía éste que *La Tribuna* «llegó a mis manos a las 7 de la noche, y a las 11. 30 leía su última página», y que volvió a leerla después. «Es una novela magistralmente hecha según los patrones del arte moderno. Con esa serenidad de espíritu, sutileza de escarpelo y frescura de imaginación que tanto envidio ...», y le envía su calurosa felicitación (carta 233). «Lector y amigo ilustre: sólo su bondad —compañera inseparable del mérito— puede hacerle juzgar con tan excesiva indulgencia a *La Tribuna*», respondía complacida la autora, quien modestamente consideraba *Pedro Sánchez* superior a su propia novela, y le prometía reseñar pronto en *La Época* el «hermoso y sano engendro del insigne narrador montañés» (carta 235).

Esta novela cambió la opinión crítica de la novelista gallega, quien fue la primera en advertir la superación del localismo en su autor, «un novelista como pocos, neto, castizo, primoroso y fecundo». «*Pedro Sánchez* es la novela *más novela* que hasta el día brotó de la pluma de Pereda». También le anuncia que tiene entre manos *El Cisne de Vilamorta*, otra novela en la que había algunas coincidencias con *Pedro Sánchez* que ya ha omitido (carta 235).

Pereda confió después a Clarín que *El Cisne de Vilamorta* (Madrid: Ricardo Fe, 1885) le había parecido «mala y del género cursi, que es la peor calidad de las maldades» (carta 327) y que le preocupaba cómo escribir a doña Emilia, a quien debía dos cartas y dos libros, «porque tengo que hablarla del Cisne, yo no sé mentir, tampoco soy grosero, y ella está enamorada de su obra. ¡Téngame Dios de su mano!» (carta 330).

Cuando todavía no se habían conocido personalmente recibió Pereda una amistosa epístola de doña Emilia en la que, entre otras cosas, le decía:

He tenido por varios conductos nuevas de su viaje de V., por Luis Alfonso, por Armando Palacio, por Narcís Oller y por J. Yxart. Todos se hacen lenguas del autor de *Pedro Sánchez*, y afirman que reúne la afabilidad del trato a los dones del genio. Esto es hacerle a uno la boca agua cuando se ve privado de la satisfacción de conocer a tan predilecto escritor. (carta 267)

Y le anima a visitar «nuestra Galicia, tan hermosa, tan poética, de tan benigno clima y dulce gente», donde le obsequiaríamos y «yo,

al menos traería en palmas al gran novelista todo el tiempo que nos favoreciese» (carta 267).

En la primavera de 1884 Pereda estaba en Madrid, y quizá fue en este viaje cuando conoció a Pardo Bazán. Cuenta Palacio Valdés que en su juventud, Galdós, Pereda y él «recorríamos los barrios bajos del antiguo Madrid» y que «Reunidos los tres, fuimos una tarde a la casa de huéspedes donde se alojaba, en la plaza de Santa Ana. Doña Emilia nos acogió, no solo con alegría, sino con entusiasmo, exclamando al vernos: «-¡Qué lástima de fotógrafo!» (Palacio Valdés: 1933: 5). De por entonces es una carta a Pereda en la que la autora de *La Tribuna* se firma como «la mejor amiga y la mayor admiradora que tiene V. en España» (carta 235). Y también de manera muy positiva aunque con distingos y un tono un tanto frívolo opinaba *de Sotileza* que

es una soberbia acuarela de ribera y marina. Si no tiene la trascendencia de *Pedro Sánchez*, luce en cambio unos toques de verde de algas y olas, de blanco de espuma, y unas siluetas de pescadoras arremangadas y atezados mareantes que dan gloria. Me han sabido como las ostras de Cancele que hoy acompañaron mi almuerzo. Marisco crudo, fresco, y un delicioso y balsámico olor a brea: esta es la impresión que *Sotileza* me produjo.

Como no soy santanderina, supongo que no me lleve V. a mal el que prefiera, (aun chupándome los dedos tras los frutos de playa que tan ricamente guisa V.) la sustanciosa carne de *Pedro Sánchez*. Líbreme Dios de convertir esta apreciación gastronómica en un espetado juicio literario». (carta 300)

En vísperas del viaje de Oller con su primo Yxart a París — «el enfermizo *cerebro de Europa*», según Pereda — escribía a don Narciso que les envidiaba «la suerte de vivir unos días en continuo trato con la insigne Pardo Bazán, de quien no por tenerme algo olvidado, dejo de acordarme a menudo en medio de mis muchas y prosaicas ocupaciones con la admiración y el cariño de que es merecedora. Hágame el obsequio de ofrecerla mis respetos» (carta 359).



Imagen 27. José Yxart

Isaak Yakolevich Pavlovsky (1853-1924) era un emigrado político ruso que vivía en París desde 1878 como corresponsal de varios periódicos. Contaba Oller en sus *Memòries* que Galdós se le había recomendado mucho a Luis Domènech, como «un joven inteligente, íntegro y amable», quien se le presentó a su vez a Oller en el Café de Pelayo de Barcelona, donde se reunían los *renaiçenços*, redactores de *La Renaixença*, el periódico de l'Unió Catalanista. También conoció Oller personalmente a Albert Savine en Vichy en 1882, y dos años después, cuando Pavlovsky fue a París, Oller se le recomendó a Savine y se hicieron íntimos. Desde el gran éxito de *La Papallona* en 1884, su autor se carteaba con doña Emilia, y con una carta de presentación suya y por mediación de Savine, Pardo Bazán conoció a Pavlovsky, a Zola, a Daudet y a Edmond de Goncourt (carta 300).⁷⁴

⁷⁴ «He visto a Mr. Savine y hablado largamente con él; es en efecto persona muy agradable y razonable — cosa rara entre los franceses que suelen pecar de enfáticos y exagerados. — Conoce muy bien nuestra literatura pero ¡pásmese V.! no conoce personalmente a Zola todavía, ni a Daudet tampoco» (de Pardo



**Imagen 28. Isaak
Yakolevich Pavlovsky**



Imagen 29. Albert Savine

El periodista y fotógrafo francés Jacques Pavlovsky, nieto del escritor ruso, confirma en el capítulo 9 de su libro *Isaac Pavlovsky* (Orthez: France Libris, 2011:113), que en febrero de 1886 «commence une ‘amitié amoureuse’, tumultueuse, instable, des lettres, des appels, des rencontres, des temps morts et des reconciliations» [comienza una ‘amistad amorosa, tumultuosa, inestable, con cartas, con llamadas, con encuentros, con silencios y reconciliaciones] entre doña Emilia y su abuelo, y describe diversos episodios de aquella «amistad amorosa.»⁷⁵ Como doña Emilia confiaba a Oller, «Ya sabe V. la crisis que yo atravesaba cuando le conocí; nuestra *camaraderie* fue un poderoso elemento de resurrección moral para mí» (27 de enero y 18 de febrero de 1886 (Thion 2003: 99 n 3), y a ello contribuyeron sus asiduos estudios en la Biblioteca Nacional de París, su intensa vida social y la relación con sus amigos (García Castañeda: 2021).

Bazán a Oller. París, 12 de enero de 1885). Ver Mayoral: 1989 y Thion Serrano-Mollá: 2003a.

⁷⁵ Agradezco esta información a la profesora Anna Llovera Juncá, facilitada por email el 26 de enero de 2021.

El invierno siguiente (1886), Yxart y Oller estuvieron allí un par de semanas, y a su llegada a la Gare d'Orléans les esperaban el ruso, Savine y una señora «rodanxona i agraciada, que ens acollí somrient» [regordeta y agraciada, que nos recibió sonriente]. Pavlovsky la presentó como su hermana pero a poco se descubrió la broma; era Doña Emilia. No la podían decir que les pareció menos guapa, ni menos joven ni más delgada que en las fotos que les había enviado; tenía la piel

d'aquell color un bon xic arravatat, que li daba més aviat aires de gabatxa o de tudesca, i en quant per gràcia del retocador el contorn de sas faccions apareixia en elles menys molsut del que era en la realitat vivent. No vull pas dir amb això que l'eminent gallega fos lletja. Era tan frescota, tenia una expressió tan bondadosa als llavis i una tan remarcable resplendor d'intel·ligència en son esguard, ben sovint mig clos per millor observar com a bona miop [...] ens resulta tan amable, francota, aguda, eixerida, tan xamosa, en fi (aquesta és la paraula) com ens l'havia ja promesa sa correspondència epistolar». (Oller: 2014: 81-92)

[de aquel color un tanto arrebolado, le daba más bien un aire de gabacha o de tudesca, y gracias al retocador de la fotografía el contorno de sus facciones parecía menos carnoso de lo que era en realidad. No quiero decir con esto que la eminente gallega fuera fea. Era tan frescota, tenía una expresión tan bondadosa en los labios y un destello de inteligencia tan notable en los ojos, medio cerrados con frecuencia para observar mejor como buena miope [...] nos resultó tan amable, francota, aguda, despejada, tan graciosa, en fin (esta es la palabra) como nos lo había prometido su correspondencia epistolar.]

Doña Emilia «había sido reacia a los retratos porque salía desfavorecida, con papada y bizca. No obstante Joaquín Vaamonde le hizo un retrato muy favorecedor, que ella colgó en su despacho, le consiguió encargos y gracias a ella llegó a ser el retratista de la nobleza española» (Thion 2003:42).

Los catalanes se hospedaron en casa de Pavlovsky (Oller: 2014: 80-81), y lo pasaron muy bien todos juntos aquellos días, acudieron a museos, paseos y teatros, conocieron a Zola y a Edmond de Gon-

court, que estuvieron muy amables, y visitaron por las noches espectáculos característicos de París como aquellos cabarets y otros lugares que Oller menciona en *La febre d'or*.⁷⁶



Imagen 30. Emile Zola

A su vuelta don Narciso le contaba a Pereda las experiencias de su viaje, y cómo habían conocido a Zola, y a través de Doña Emilia a Edmond de Goncourt, así como los arrebatos, el caprichoso comportamiento y las frecuentes rabietas de «nuestra amiga», que se le pasaban pronto. «Contaba yo» - le respondía Pereda — «con que había de causarle a V. la impresión que me describe, porque esa es la que causa a todo el que la ve por primera vez... y por la segunda. Desde ese punto de vista es insufrible» (carta 365). Las cartas de Doña Emilia a Oller, que éste recoge en sus *Memories*, son mucho más frecuentes,

⁷⁶ El nuevo rico catalán Foix y su amante Mimí visitan en Montmartre una maloliente taberna frecuentada por gente de mal vivir, y después "Le Mirliton" el famoso cabaret del poeta Aristide Briand, favorito de la bohemia, e inmortalizado por Toulouse-Lautrec (Oller: 1890-1892: capítulo IV, volumen III).

más familiares y cariñosas y de tono mucho menos ceremonioso que las dirigidas a Pereda, y en ellas hablan de amigos y de experiencias vividas en común (Oller: 2014: 295-309).

Unos meses más tarde, «la más devota de sus admiradoras y la más sincera de sus amigas» le agradecía el envío de los tomos de las *Obras Completas* que iba recibiendo. «¡Si supiera cuántas veces he hablado en Francia del insigne montañés y sus libros!». Y refiriéndose a aquellos días de París, le traía recuerdos de Charles Waternau, el traductor de *La Tribuna*, de Albert Savine y de Isaac Pavlovsky, que «hacen cumplidos elogios» de los libros de Pereda. «Recuerde V. que en Madrid me vio V. muy poco, y que yo, aun sintiéndolo tan de veras, admití las circunstancias atenuantes que V. alegó: tenga V. pues conmigo la misma indulgencia, y crea que daría algo bueno por poder verle por acá algún tiempo, y contentar el no saciado deseo de conocerle mejor» (carta 374.).

En octubre Pereda recibió otra carta muy amistosa de Doña Emilia en la que se interesaba por la salud de su hermano y le animaba a romper su silencio y continuar escribiendo. Le anunciaba el envío del primer tomo de *Los Pazos de Ulloa*.

De cuantos libros he impreso, ninguno me ha parecido, en el momento angustioso de la aparición, tan feo, pesado y sin sustancia. Además, los editores han querido que lo encabece con unos apuntes autobiográficos; el género me agrada, pero tengo un miedo cruel al desempeño: al hablar uno de sí mismo, siempre está en riesgo de tocar en presuntuoso, en machacón, en necio o en injusto. Dígame sinceramente qué le parece todo ello: el respeto que su opinión me inspira me servirá de lección para otra vez». (carta 382)

Ante la aparición de este libro comentaba Pereda a Menéndez Pelayo, no sin admiración, «¡Esa sí que tiene humor y apego al oficio!» (carta 381); pero antes de leer la novela, había leído la autobiografía que la precedía: «Parece mentira que quien tiene talento para escribir con tal elegancia y tan buen estilo, sea capaz de echar a las barbas del público tal cúmulo de inocentadas y de pueriles vanidades. Mujer al fin» (carta 384). Y en el mismo tono aunque más discreto se mostraba con Galdós (carta 383). A Valera, aquellos

«Apuntes autobiográficos» le parecieron «interesantes y agradables» (Burdíel: 2019: 249-250), aunque para don Marcelino eran «el colmo de la pedantería» (carta 385). A Pereda le gustó la novela y comentaba a Oller que «paréceme, en conjunto, la mejor de sus obras de este género; hay en ella cuadros observados con felicísimo acierto y de una sobriedad y fuerza de color extraordinarias» pero insiste en que el prólogo «es de una falsedad presuntuosa y pedantesca», (carta 390) y sobre el prólogo y sobre la novela le escribe lo mismo a Laverde, a quien comenta «lo del parto de la compostelana, que es de un naturalismo sucio y de escuela» (carta 391). Alaba con entusiasmo a don Benito *Los Pazos*, que le han parecido «la mejor novela de la Pardo, con capítulos de una belleza indiscutible, sin que parezca por toda la novela señal alguna de ese pujo de sectaria artificiosa del naturalismo convencional al uso, que tanto la perjudica en otras», aunque no olvida remachar que el prólogo es «insoportable e indigerible [...] de una cursilería semi estúpida que tumba de espaldas. Sobre estas páginas del libro no le he dicho ni una palabra, por temor a soltar una desvergüenza» (carta 392).

El 13, el 20 y el 27 de abril de 1887 doña Emilia pronunció tres conferencias en el Ateneo de Madrid sobre «La Revolución y la novela en Rusia», para dar a conocer al público culto unos autores y unas obras muy poco conocidas en España. Asistió una concurrencia tan numerosa como selecta, y tuvieron una recepción desigual. Valera en la *Revista de España* consideró oportunista este interés por un tema que estaba de moda en París y acusaba a la autora de escasa preparación para tratarlo (Valera: 1887). Don José María no puede menos que admirar sus obras y su energía aunque no pierde ocasión de criticar repetidamente todo lo que le parece criticable en una carta a Clarín: «he leído las conferencias de Emilia Pardo en el Ateneo sobre la novela rusa. Es un espanto la facilidad con que esta señora falla en todos los pleitos habidos y por haber, y lo bien que lo hace» (carta 407). A Oller le comenta «a creer a la Sra. Pardo, [los rusos] son los que privan en Francia, y por ende, en media Europa. Y a propósito de esto ¿ha leído V. la carta de Valera a aquella señora con motivo de sus conferencias sobre *La novela en Rusia*? La publica la *Revista de España*

en su último número y es de perlas.» (carta 410).⁷⁷ Y acabando el año escribía a Galdós, «Ya sé que está ahí *otra vez* nuestra amiga coruñesa. ¡que sea enhorabuena!» (422). A raíz de aparecer *Mi Romería* (1887), una crónica del viaje de Pardo Bazán por Italia en ocasión del Jubileo del papa León XIII, comentaba Pereda a Galdós «en mucha confianza» que

la Doña Emilia ha llegado al paroxismo de la *publicidad*. Yo me la imagino en sus *funciones* de cronista de la romería ... y vamos, llega a darme hasta compasión. Eso es ya el *guiso casero* del arte, hasta para un hombre, cuanto más para una dama y con humos de encopetada. No me asombraría ya la noticia impresa de que se la había visto, como la Espartacus de Sauvestre, discurseando sobre la novela china desde el pilón de la Puerta del Sol. (carta 430)

No sé hasta qué punto serían conocidas en el mundillo literario de entonces las al parecer muy discretas relaciones amorosas de don Benito con doña Emilia; los repetidos ataques y burlas de Pereda en sus cartas a Galdós indicarían que las ignoraba.

Le gustó *La Madre Naturaleza* pero no tanto como *Los Pazos*, «que es una novela de lo mejor que hay en su género» y comentaba a Clarín que «A Emilia la pierde el prurito de parecer sabia», y que el asunto de esta novela «repugna hasta por ciertos detalles excesivamente naturalistas [...] Yo así lo siento y así se lo he dicho a ella, con toda la posible cortesía» (carta 456).

Como es sabido, la aparición de *La Montálvez* a principios de enero de 1888 dio lugar a numerosas reseñas y cartas y provocó encendidas polémicas (González Herrán: 1983: 274-280; 285-6). Doña Emilia dejó pasar los meses y en los últimos días del año escribió una breve carta a su «ilustre amigo»: «siento muy de veras que se perdiese mi carta sobre *La Montálvez*, por varias razones: la principal, que Vd. me haya acusado de poco diligente u olvidadiza; la secundaria, porque contenía un retrato de un admirador de Vd., mi hijo Jaime...» (carta 490). Sin más. Y su «muy verdadera amiga» le promete leer *La Puchera*, «con fruición» (carta 490).

⁷⁷ Burdiel: 2019: 650 nota 77; Troncoso: 2020: 531-533.

A la Exposición Universal de Barcelona de 1888, a la que llevó sus productos *La Rosario*, acudió gran cantidad de visitantes, entre ellos, Pardo Bazán, Galdós, Pavlovsky, Menéndez Pelayo y un sinnúmero de periodistas de Madrid y de París. Yxart y Oller fueron a recibir a su amiga, que llegó en un vagón reservado. «Allí la trovo, enrondata de maletes, capses de gran tamany i saquets de ma, com bona espanyola que no apendrà a viatjar mai» (Oller: 2014: 313). [«Allí la encuentro, rodeada de maletas, cajas de gran tamaño y saquitos de mano, como buena española que no aprenderá a viajar nunca».] En el mismo tren venía también Galdós, y al verse con Oller, se abrazaron.



Imagen 31. Anuncio de la Exposición Universal de Barcelona de 1888

Había gran dificultad en conseguir hoteles, coches y entradas para tantos actos. Oller lo gestionó todo y consiguió puestos para la

solemne inauguración de la Exposición por la Reina Regente, que perdieron porque al verse doña Emilia vestida como para una fiesta de sociedad mientras la Reina y las demás señoras iban de calle, insistió en volver al hotel a cambiarse, porque el calzado «se me ha llenado de arena». En esta ocasión y en varias otras le hizo esperar y sufrir sus desplantes y rabietas. Pero era

sempre fogossíssima defensora de sos amics [...] además molt franca i de tan bon carácter qu'els amics ens podem permetre amb ella contradir-la senza el menor eufemisme, sens temor de rebre el més petit rebuf ni perillar d'ofendre-la, descansa el més ferm fonament de l'afecte i devoció que m'a meregut sempre aquella dona per tants títols insigne.» (Oller: 2014: 110)

[siempre ardiente defensora de sus amigos [...] además muy franca y de tan buen carácter que sus amigos se podían permitir contradecirla directamente, sin temor de recibir el menor desaire ni a ofenderla, en ello se basa el afecto y devoción que me ha merecido siempre aquella mujer por tantos títulos insigne.]

El 27 de mayo la acompañó a los Jocs Florals y al concluir fueron a ver la exposición de pintura. Visitándola estaban cuando José Lázaro Galdiano, conocido de Oller y empleado entonces en la Transatlántica, que era joven, apuesto, ilustrado, muy aficionado a las artes y las letras y con una gran fortuna, le llamó aparte y le pidió que le presentara a doña Emilia, de la que era gran admirador, y se ofreció a acompañarla aquellos días, lo que agradecieron mucho Oller y su primo. Cuando fueron a buscarla al día siguiente, no estaba, y tampoco al mediodía, ni por la noche, pues había ido de excursión con Lázaro a Arenys del Mar; no la encontraban nunca en el hotel. La nueva amistad avanzó tan de prisa que pronto Yxart y él quedaron postergados, y no la volvieron a ver hasta que vino a despedirse (Oller: 2014: 111-112).⁷⁸ Doña Emilia después le escribió cartas muy amistosas, que Oller enumera con sus fechas.

⁷⁸ Un año después Doña Emilia y Lázaro hicieron juntos un viaje a Portugal. Ver González Herrán: 1999: 75-86 y 264-268; Freire López: 2012.



Imagen 32. José Lázaro Galdiano, fotografía de Alfonso
(Fundación Lázaro Galdiano)

Lázaro tenía 25 años cuando se trasladó a Madrid y fundó *La España Moderna*, una editorial y una revista «informativa, enciclopédica, rigurosa, europeísta, amena y de alta cultura, intentó vincular a las altas primeras figuras del universo intelectual español que, pensaba el editor, escribirían expresamente para ella» (Asún Escartín: 1981-1982: 135), cuyos modelos serían la *Revue des Deux Mondes*, *Contemporary Review*, y otras europeas semejantes.

Doña Emilia se comprometió a gestionar la colaboración de varios escritores en la nueva revista y en diciembre de 1888 solicitaba la de Menéndez Pelayo para el primer número (Sánchez Reyes: 1953: 143-144). Salió en enero de 1900 y entre sus colaboradores estuvieron, además de ella misma, Galdós, Clarín, Menéndez Pelayo, Rafael Altamira y Unamuno. La editorial publicó también otras revistas de carácter técnico y profesional. Y como doña Emilia confiaba a Galdós, «No sé si es buena o mala pero no se me ocurre cómo

podía hacerse mejor. Si la redactásemos entre tres o cuatro (Pereda,⁷⁹ Clarín y estos dos nenes) naturalmente que iría muy bien. Solo que eso es casi imposible y tampoco no muy revistiforme» (Bravo Villante: 1975: 73).

De una de las cartas de Pavlovsky se deduce que fue Oller quien comentó a don Benito la aventura catalana y portuguesa de la novelista con Lázaro, quizá sin conocer aquella relación. Pavlovsky trató en vano de disuadir a Oller de que lo hiciera, y en noviembre de 1889 le contaba que

Pendant que Pardo était ici et que la conversation est tombée un jour sur vous, la voilà tout d'un coup furieuse. -Ah, oui, je le connais maintenant. Quand j'étais a Barcelone il a dit de moi ceci, et cela, et cela encore. En fin, mon cher. Tout ce que vous avez dit vraiment sur elle. Je vous ai cependant prévenu qu'il ne fallait pas parler d'elle avec Galdós. Il lui a tout raconté. Et maintenant si vos relations avec elle et Galdós sont changées - vous connaissez la cause. J'ai fait tout mon possible pour la dissuader des idées qu'elle s'est faite sur vous. (Thion: 2003a)

[Cuando Pardo estuvo aquí y la conversación recayó sobre V. de pronto se puso furiosa: »Ah, sí. Ya le conozco. Cuando yo estaba en Barcelona dijo de mí esto y aquello y lo de más allá. En fin, querido. Todo lo que V. había dicho en realidad sobre ella. Yo le había prevenido de que no había que hablar de ella con Galdós, quien la contó todo. Si ahora las relaciones de V. con ella y con Galdós han cambiado, ya sabe V. la causa. He hecho todo lo posible por disuadirla de la idea que tiene de V.]

Don Narciso, por su parte, al preguntarse sobre el triste final de «aquella amistad que yo tanto estimaba y que tenía por indestructible», concluye que las razones fueron un misterio. «No dice la verdad.»— escribe Burdiel — «Las cartas del amigo ruso son meridianas respecto a los cotilleos que Oller había contado a Don Benito y

⁷⁹ Al incluir a Pereda junto a Galdós y a Clarín mostraba su aprecio por él como escritor y como amigo, y parece que desconocía el concepto que ella merecía entonces a Pereda.

al hecho de que sabía perfectamente de dónde venía la furia de Pardo Bazán» (Burdiel: 2019: 309; González Herrán: 1988).

Según Oller, el 29 de enero del 89, le escribió Lázaro: «Dentro de muy poco verá V. *La España Moderna* y le gustará muchísimo», y le ofrecía colaborar en ella. «Escríbame a vuelta de correo para anunciar su nombre [...] Pago poco, es verdad, pero religiosamente» (Oller: 2014: 322). Oller se excusó aduciendo su temor a expresarse mal en castellano (Oller: 2014: 114), pero el 3 de febrero de 1889 Lázaro volvió a insistir. «Siento en el alma su negativa; ya se animará usted y volverá sobre su acuerdo, no puede usted menos. En mi revista han de salir todas las celebridades españolas, y entre ellas tiene usted un puesto honroso. Queda usted suscrito» (Oller: 2014: 322). Sorprendido y molesto al ver que se había incluido la traducción de su *Novenari d'ànimes* en el libro *Novelas y caprichos* de la editorial de Lázaro, sin pedirle permiso, don Narciso le mandó una carta cortés pero seca, en la que amenazaba con dejar la revista. Lázaro le contestó a vuelta de correo muy amable, dándole explicaciones y enviándole el libro. A partir de entonces Doña Emilia cesó en sus cartas y en su amistad con Oller, quien no se lo explicaba, aunque temía que la causa fuera este problema con ella, pues era «sempre fogossísima defensora de sos amics» (Oller: 2014: 110-113). Pavlovsky se refería habitualmente a Lázaro «como el imbécil de Lázaro» y le atribuía todo tipo de maledicciones, o advertencias a Emilia respecto a sus viejos amigos (Burdiel: 2019: 309).

Doña Emilia consideraba sus amores con Lázaro, en carta a Galdós, como «una de esas cosas impensadas y casi inconscientes que al más pintado le ocurren», tras aquella crisis la relación se reanudó entre ambos y en septiembre y octubre de 1869 don Benito y doña Emilia hicieron un viaje juntos, del que resultó el libro *Por Francia y por Alemania*, de Pardo Bazán. Y como escribe Burdiel, a juzgar por las cartas de ésta, con mucha más pasión que antes:

Es una correspondencia llena de vida; de una vida que en buena medida tan solo vislumbramos, en la que se mezclan continuamente las expresiones de amor y de deseo, con asuntos relacionados con la pasión de ambos, con sus aspiraciones y frustraciones, con el peligroso tema de las candidaturas a la Real Academia Española, con el relato de sus

desacuerdos con otros colegas o pequeñas intrigas, la lectura mutua de sus libros y la discusión de sus proyectos, la importancia que tenía la vertiente económica de sus colaboraciones. (Burdíel: 2019: 309)

Clarín había sido gran amigo de Doña Emilia y comenzó a colaborar en la nueva revista pero cuando Lázaro le pidió que reseñara *Inso-lación y Morriña* consideró que aquella era una manera de conseguir reseñas de encargo para sus amigos, y se negó a continuar escribiendo en *La España Moderna*. Seis años después le escribió, muy comedido, ofreciéndole su colaboración pero Lázaro le contestó secamente pues no había olvidado el tono de sus cartas. Desde entonces, su crítica a la obra de Pardo Bazán se convirtió «en poco más que en un berrinche, con una brutalidad, una inquina personal y una voluntad de desacreditar, no sólo la obra, sino fundamentalmente a su autora, que todavía asombran y que, probablemente no tenían parangón en la crítica literaria del momento respecto a cualquier otro novelista de renombre» (Burdíel 2019: 325-326). Pero doña Emilia no respondía a estos ataques y de manera solapada dictaba a los críticos amigos cómo atacar a Clarín.

También Menéndez Pelayo se mostró reticente en un principio a las insistentes peticiones de colaboración. En su primer año predominaron en *La España Moderna* las publicaciones sobre la literatura francesa y la rusa debidas principalmente a las traducciones y estudios críticos de doña Emilia. Para don Marcelino la revista «va de mal en peor, y nada perdería la cultura patria en que desapareciese puesto que no publica ya más que infames traducciones» (De Menéndez Pelayo a Valera. 3 de agosto de 1891. M. Menéndez Pelayo: 1982-1991. XI: 215-216) pero cuando recuperó en 1894 su original orientación hispana, decidió «ayudar a Lázaro para que la revista no vuelva a caer en el abismo de traducciones bárbaras a que tuvo que reducirla la penuria de trabajos originales» y a partir de esa fecha «pienso escribirle en todos los números un artículo crítico, largo o corto, sobre erudición que se publiquen en España» (A Valera. 2 de enero de 1894. M. Menéndez Pelayo: 1982-1991. XII: 377).

Doña Emilia lamentaba que las dificultades alegadas por Pereda le impidieran colaborar en *La España Moderna*, «no porque entrañase ninguna descortesía respecto a mí, como Vd. recela, sino

porque si alguna excepción puede hacerse en España, será —ya lo irá Vd. viendo— a favor de esta publicación que promete ser notabilísima». Para ella, *La España Moderna* venía a llenar la falta de un órgano literario, y colaborarían allí las mejores plumas de España (carta 490).

Pereda recibía la revista (que él llama aquí *La Nueva España*) y estaba muy al tanto de sus andanzas. Había visto anunciado que Galdós publicaría allí una novela inédita y le comentaba que a él le había costado ya «medio dolor de cabeza» negarse a colaborar ante la insistencia de su amiga, ferviente protectora del editor «que, por las trazas, debe ser un señor muy cursi» (carta 498). Justificándose un tanto, don Benito le responde que colaborará con una novelita o cuento de costumbres en el primer número [*Torquemada en la hoguera*]. Lázaro le ha regalado un dibujo original de Goya y no ha podido menos que acceder a colaborar en algo. «Esta Revista sería una ventaja para nosotros, y supliría en cierto modo el silencio estúpido y bárbaro de la prensa diaria. Veremos cómo salen los números siguientes» (carta 501).

Pero las relaciones epistolares con doña Emilia siguen siendo externamente cordiales. Pereda pide a don Benito, su común amigo, que le diga que uno de los primeros ejemplares que firmó de *La Puchera* había sido para ella, «dispéñseme el favor de hacerla una visita de mi parte con este solo objeto». Estas atenciones contrastan con su inquina por *La España Moderna*, de la que ha recibido el primer número, «y aún no he hecho más que hojearle; pero ya verá V. cómo tampoco *resulta*» (carta 503). Y después de su lectura pocos días después, vaticina que «si no ha de ser mejor que el primer número de ella que he leído yo, va a dar al público, y particularmente a su editor, *la gran castaña* ». Y reseña de manera tan breve como despectiva las colaboraciones del número (carta 507).

Pocos días después llegó una respetuosa carta de Lázaro en la que le pedía su opinión sobre la nueva revista y le invitaba a colaborar en ella (carta 508). Sin embargo, el montañés continúa menospreciándola - «¡Hombre, qué poca cosa me ha parecido el primer número de *La España Moderna*! ¡Qué sección bibliográfica! ¡Qué obras y qué firmas relucen allí! ¡Para eso tanto bombo antes y después del parto!», y cuenta indignado a don Marcelino, como si fueran ofensas, que doña Emilia volvió a pedirle su colaboración y que

el originalísimo señor Lázaro, que está con su Revista como niño con zapatos nuevos, y parece pensar de ella que es punto menos que una ley del Estado que obliga a colaborar en su obra *regeneradora* a todo escritor español, so pena de que se le recojan los títulos y los honores. Hoy mismo le contesto ofreciendo por 4.a o 5.a vez, el mejor de los deseos, y resuelto a enviarle enhoramala, con revista y todo, si vuelve a jeringarme con los mismos apremios. (carta 510)

«No he recibido el 2º núm. de *La España Moderna*, que debe traer la novela de V. Esto puede consistir en que no se haya publicado, o en que el editor y propietario crea que se ha despilfarrado bastante con el regalo del primer número. ¡Para lo que él valía!» (carta 512).

Los editores dejaron de enviarle *La España Moderna* «‘con indignación’ al saber que no me comprometía solemnemente a escribir en ella, tras de haberseme amenazado con el *castigo* de no mencionar obra mía sino me declaraba colaborador» (carta 517); en los mismos términos escribía a don Marcelino:

El señor Lázaro, que no se conformó, por lo visto, con la promesa que le hice directamente de escribir en su revista ‘si me soplabla la musa’, me la ha retirado con el consejo, sin duda, de doña Emilia, su protectora y propagandista *enragé*. Los inocentes de Dios están persuadidos de que es pena humillante para los españoles, escritores o no, el desdén de esa revista insulsa e indigesta como cualquiera de las peores. ¡Si llega al quinto número que me emplumen! (carta 518)

Y pocas semanas después volvía a predecir su muerte, «si V. y otros tales no la amparan de la cursilería más empalagosa que han visto los mortales.» Todavía no había recibido *Insolación* (carta 520). Pero *La España Moderna* tuvo larga vida y dejó de publicarse en 1914.

Al cabo de unos meses, Lázaro le preguntaba si seguía recibiendo la revista y le anunciaba la publicación en ella de una reseña por Yxart de *La Puchera*. «Y ahora que *La España Moderna* tiene circulación y autoridad ¿querrá V. hacer el favor de una novelita para ella? Todos los buenos autores españoles me secundan en esta empresa, y yo confío en que V. me ayudará también» (carta 525). Sin referir-

se directamente a las cartas de Lázaro, Pereda confirma a Oller que ni ha escrito ni piensa escribir en *La España Moderna* porque «me cargó soberanamente el aire presuntuoso del programa que se me trazó al dirigirse a mí la Sra. Pardo para recomendarme la petición que me hacía o me había hecho *el otro*» (carta 536). Tanto Doña Emilia como Lázaro invitaron repetidamente a Pereda a colaborar en *La España Moderna*, quien se negó a hacerlo también repetidamente por las razones que expone a Oller en esta carta, que no parecen concretas ni lógicas pero que revelan la profunda antipatía de don José hacia los editores y su revista.

Lázaro volvió a escribirle «con desconfianza, no lo oculto, de lograr mi objeto, y con temor de enojarle con mi eterna pretensión. Le prometo, en cambio, formal y terminantemente no molestarle en el futuro, si V. se niega una vez más a mi deseo». Y de manera un tanto perentoria y resuelta le pedía, «Quiero que *La España Moderna* empiece en 1890 con una novela de V. ¿Tendrá V. la amabilidad de hacerla y mandármela para el 20 de diciembre? Me urge para mis planes saber la resolución de V. en este punto y le ruego con el mayor interés que me lo comunique sin demora» (carta 538).

Y en respuesta a una carta de Pereda, hoy perdida, en la que éste le sugería la publicación de un capítulo de una novela suya, Lázaro le agradecía

la molestia que se ha tomado contestándome tan detenidamente, siento en el alma decirle que *por ahora*, mientras la Revista no goce gran fama no creo conveniente a mi propósito la publicación de fragmentos de novelas que han de publicarse pronto íntegras. Si imprimiré un capítulo de la que tiene en preparación Clarín fue por haberme comprometido a ello.

Y lamentaba no poder contar con su colaboración aunque no renunciaba a tenerla en el futuro (carta 539). Pereda no menciona en las cartas que conocemos ni esta oferta suya ni la negativa de Lázaro, quien escribía a Clarín el 12 de junio de 1890 que había rechazado la publicación de un fragmento de una novela de Pereda (Rodríguez Moñino: 2001: 70-71).

Tras el éxito alcanzado por *Los Pazos de Ulloa* circularon rumores sobre la posible entrada de Emilia Pardo Bazán en la Real Academia

Española. Desde que la Academia se la negó a las mujeres en 1853 a raíz de la solicitud de Gertrudis Gómez de Avellaneda de formar parte de ella, no se había considerado de nuevo el tema aunque había una presión creciente de la opinión pública sobre los criterios de selección de la Academia, que estaba en su mayoría en manos de tradicionalistas y neocatólicos. La inoportuna publicación en 1889 de unas cartas inéditas de Avellaneda originó una controversia con voces a favor y en contra de la autora de *Los pazos*, quien no había solicitado nada pero intervino en la prensa convirtiendo su caso particular en una cuestión académica. Las incidencias de este asunto en que intervinieron el principio de no igualar intelectualmente a las mujeres con los hombres y no reconocer su igualdad de derechos, por un lado, y la actitud personal de cada uno hacia doña Emilia, por otro, han sido estudiados detenidamente por Isabel Burdiel (2019: 370-394).

Pereda seguía con el natural interés estas incidencias y Menéndez Pelayo, que le tenía al tanto, le aseguraba que «de doña Emilia nadie ha dicho una palabra, dejando que la propia Señora disparatase a sus anchas en las impertinentes cartas o memoriales que ha publicado» (carta 513). Y comentaba a Galdós que «Lo de la Academia se va poniendo de tal color con el patrocinio y las aspiraciones e intriguillas de ciertos candidatos ... y *candidatas*, que toca ya en los linderos de lo bufo» (carta 512), y a Laverde: «De la Academia nada quiero decirle, porque le supongo enterado de todo... hasta de las pretensiones públicamente manifiestas de la Pardo Bazán, que es la nota cursi y estrafalaria que le faltaba al asunto para hacer de aquella casa, la de Tócame Roque» (carta 516).

Pero cuando en marzo de 1890 falleció el padre de D. Emilia, Pereda la escribió unas cordiales líneas de pésame y atribuyendo a sus propias desdichas de familia la tardanza en acusar recibo de *Morriña* y de *Al pie de la Torre Eiffel*, que había recibido con anterioridad (carta 550). *Una Cristiana* le parecía «la mejor [novela] que V. ha escrito, después de *Los Pazos de Ulloa*, que es lo mejor que V. ha hecho y de lo mejor que se ha hecho en España en su género muchos años ha», aunque en esta última hay «ciertos alardes de naturalismo *de mal gusto* (perdone mi franqueza porque no sé mentir ni con las damas) y de neologismos *flamencos* con los cuales no puedo transigir». Y concluye excusándose por hacer estas salvedades «pero peor fuera para V., que las sintiera y

me las callara, como hacen muchos que no la admiran ni la quieren tan de veras como yo, aunque alardeen de lo contrario» (carta 573).

La respuesta de Doña Emilia tiene gran interés pues le confiesa que a estas alturas de su vida y de su obra ya «no ajusto mi labor a canon alguno, sino cierro los ojos y dejo correr la pluma [...] siempre se me ha figurado tan pueril el no querer ser clasificado, como el clasificarse deliberadamente y para toda la vida» (carta 577).

Contaba Clarín a Pereda que *La España Moderna* no había aceptado un artículo suyo sobre él porque no era uno de sus colaboradores, y el montañés hallaba una razón más para abominar de doña Emilia, a quien había dicho «cuatro verdades». Desde «entonces anda muy retraída y recelosa conmigo», y del «Coburgo o como se llame el director del fregado ese, que se vino detrás de la recomendante con las mismas coplas creyendo hacerme un gran favor, también fue bien despachado» (carta 576).

Poco después de publicarse *Nubes de estío* comenzaron a aparecer comentarios y reseñas de carácter diverso, principalmente acerca del capítulo XIII, «Palique», que «para que doliera se escribió, y ojalá duela» (carta 597). Su autor había esperado reacciones negativas pero no por parte de Pardo Bazán, quien publicó el 9 de febrero de 1891 en «Los Lunes» de *El Imparcial* «Los resquemores de Pereda», un artículo que originó un agrio enfrentamiento entre ambos. El capítulo, escribía doña Emilia, podía aislarse del cuerpo de la novela pues no tenía más fin que exponer los resquemores de su autor.

Tres principalmente son estos resquemores. Que la prensa madrileña inciensa y encumbra inmediatamente a los escritores residentes en Madrid, mientras a los domiciliados en provincia los mira con tal desdencillo, que solo cuando su fama ha recorrido medio mundo se digna aceptarlos [...] Que cuando se publicó *La Montálvez*, la prensa madrileña y los *chicos* de la crítica menuda no encontraron muy parecido el retrato de la alta sociedad o *crema fina* [...] que hay quien niega carácter novelable a las provincias. (Pardo Bazán: 1891: 30)

Y rebatía aquellos *resquemores* que le parecían consecuencia del «provincialismo» y de las «candorosas aprensiones» de Pereda». Lo hacía uno a uno, destacando también su creencia de que la gente

ilustrada en Madrid desconocía la literatura catalana. En cuanto a *La Montálvez*, que, como vimos, no había reseñado anteriormente, vio en ella «cuanto pueden dar de sí las facultades de un privilegiado artista metido en un atolladero y a oscuras»; que se pecaba tanto en las grandes capitales como en las provincias y, como mostraba Zola, tanto entre las clases altas como entre las bajas. Y con excepción de Galdós, quien situaba en Madrid la mayoría de sus novelas, el resto lo hacían en la región donde nacieron.

Frente al artículo, escribe al P. Coloma, que «me ha enderezado la señora Pardo Bazán, por su prurito de meterse en todo; hoy mismo va una respuesta mía al *Imparcial*, aconsejado por amigos de buen criterio y sin grandes repugnancias mías, porque verdaderamente me ha escocido un poco la petulante osadía de esa tarasca.» (carta 595). La respuesta a «esa tarasca» estaba ya en manos de Marañón junto con otra de *Juan Fernández* [«Pedro Sánchez»] y se queja a Alfonso Ortiz: «En cuanto a la Pardo que se sale haciendo papeles de *berida*, guárdela Dios de chillarme más de lo que me ha chillado porque tengo metralla de sobra para deslomarla desde el terreno limpio y desembarazado en que [me] encuentro» (carta 597).

Por su parte, Luis Alfonso con su artículo «La novela del enfado» contribuyó a avivar las iras de don José (Navarro Martínez: 2002). Para Alfonso el tono general de la novela era un ataque a la sociedad madrileña, y defendía a la prensa de la capital, a la que Pereda y otros escritores provincianos como Pardo Bazán y Palacio Valdés debían su fama. Pereda acusaba a Doña Emilia de que «la atacada de *resquemores*, envejecidos y muy hondos, es ella sola» (Pardo Bazán: 1891: 40); que «padece [...] la comezón de meterse en todo, de entender de todo y de fallar en todo, como si el público no pudiera pasarse sin ella un solo día en las columnas de los periódicos y en la pompa de los grandes espectáculos» (Pardo Bazán: 1891: 37); «mi excelente *amiga*» ataca a su «*venerado* maestro y *respetable* amigo» como le ha llamado más de una vez y «me encogí de hombros [...] pero «dejéme convencer sin grandes resistencias» (Pardo Bazán: 1891: 39), y se niega a admitir el fracaso de *La Montálvez*, «una novela que, después de todo, dio algo que hablar en todos sentidos a la prensa y se vendió como pan bendito!» (Pardo Bazán: 1891: 44).

También «usted ha dicho, hablando de mí en *La cuestión palpitante*, que mi *huerto* aunque hermoso y bien cultivado, etc, etc..., es de *limita-*

dos horizontes porque nunca traté de estudiar a fondo... la vida moderna en las grandes capitales ¿No es esto posponer, en importancia y belleza, la novela regional a la novela cortesana?» (Pardo Bazán: 1891: 47).

Asegura que no busca el éxito y la fama (que, como sabemos, era todo lo contrario, dada la ansiedad de ver sus libros reseñados positivamente y difundidos en la prensa), que no era un escritor profesional y que lo hacía «por pasar el rato». Pero con ironía y su convencional modestia escribe que «le maravilla y asombra de que los periódicos digan de mis libros cuanto puede decirse en España entre lo poco que se dice de los mejores, y de que se agoten por la posta ediciones de ellos», y alardea de las traducciones de su obra, «con testimonios abundantes y fehacientes de que si no lo he sido más consiste en dificultades insuperables de traducirme» (Pardo Bazán: 1891: 41-42). Y aunque Doña Emilia es gallega «recién trasplantada a Madrid», colabora en muchos periódicos de la capital y es propietaria de uno o dos, «es ya *periodista de Madrid*» (Pardo Bazán: 1891: 49).

Se justificaba con Menéndez Pelayo por

la indignación que me produjo el ataque y el convencimiento de que si yo no me defendía, había de quedar indefenso. Hecha ya la cosa-, no me arrepiento de lo que hice [...] ¡Qué tarasca!. Escríbeme dos letras sobre el caso de la *engarra*; y si por añadidura me das la noticia de resolverte a escribir algo sobre *Nubes de Estío*, se colmará la mayor ambición de tu apasionado amigo que te abraza. (carta 598)

Agradeció a Federico Urrecha la publicación de su artículo en *El Imparcial* aunque negó que existiera lo que la prensa había llamado «mi polémica» con ella pues la había contestado para «protestar contra ciertas respuestas y personalidades que no son del dominio de la crítica, y tal cual quedaron las cosas al final de mi artículo, están a la hora presente; porque el de la Señora Pardo Bazán no las ha movido un punto» (carta 599).

Entretanto, en Santander «un imbécil [...] acabó por creer que Sancho Vargas era un hermano suyo ya muerto.⁸⁰ Apoyó el supues-

⁸⁰ Parece que la semejanza entre el difunto Antonio de la Dehesa (1825-1888) y el personaje de ficción Sancho Vargas era bastante obvia. En su ejemplar de *Nubes de estío* Menéndez Pelayo había anotado en dos ocasiones «Dehesa», al

to un borrachín de taberna, en un periodiquillo, que nadie lee; tiré sobre él en un comunicado para hacer carambola con los otros y sentar jurisprudencia».⁸¹

En «Una y no más... Al público y a Pereda», publicado en *El Imparcial*, 21 de febrero de 1891, Doña Emilia escribe siempre muy cortés, irónica y condescendiente: «Yo no ignoraba la vidriosa y enfermiza susceptibilidad del ilustre escritor ni el grado en que le desazonan las observaciones a sus escritos» (Pardo Bazán: 1891: 53-54). Piensa que de sus resquemores formaría parte el recuerdo de «aquella frasecilla del *huerto*, única que se le quedó atravesada entre tanta miel como le di a paladear», y que si al escribir *Pedro Sánchez y La Montálvez* no habría pensado «un poquirritín en lo del *huerto*» (Pardo Bazán: 1891: 57-58). También señalaba que la innecesaria advertencia de que sus libros se vendían bien «puede efectivamente sonar, en oídos maliciosos, a jactancia pueril por lo ociosa?» (Pardo Bazán: 1891: 6). Le anunciaba que el próximo marzo aparecería la revista *Teatro crítico* con su estudio «Pereda y su último libro», y le aseguraba que bien podía vivir tranquilo pues «de sus libros hablaré siempre, mientras hable de libros modernos españoles; absorba una dosis de bromuro y ya irá cerciorándose de que no confundo las lamentables vivezas de su genio con las radiaciones de su ingenio preclaro» (Pardo Bazán: 1891: 53-65).

En aquel número de *Teatro crítico*, y en el artículo «Pereda y su último libro» observaba Doña Emilia que hasta la fecha, Pereda

margen del nombre de Vargas (Pereda: 1999: 689 nota 7, 614 nota 5). Pereda debió tenerle bastante antipatía pues en la novela le presenta como un tipo presuntuoso y pedante, y en una carta a Galdós le entera así de su fallecimiento: que «se murió Dehesa a las cuatro de la mañana después de una agonía de ocho días; que le he comprado dos paisajes a Riancho y encargado dos marinas a Campuzano.» De la Dehesa formó una empresa para traer el abastecimiento de aguas a Santander desde el río Pisueña; fue consideradísimo en Santander, en su esquila se enumeran sus títulos y condecoraciones; los funerales en Santa Lucía «tuvieron lugar con la mayor pompa y solemnidad», y al entierro, que fue una gran «manifestación de duelo», asistieron el obispo, las autoridades locales y la Guardia Municipal en pleno.

⁸¹ El «borrachín de taberna» era Fermín Bolado Zubeldía, después amigo de Pereda, quien publicó aquel artículo en *El Aviso* el 4 de marzo de 1891, al que contestó desmintiéndole Pereda al día siguiente con una carta en *El Atlántico* (carta 599).

había tenido dos maneras «no en cuanto a la forma, sino en cuanto a la ideación y al alcance de sus libros» (Pardo Bazán: 1891: 68); a la primera pertenecían «lienzos y paisajes de marinas de la costa cantábrica, y artículos de costumbres», que le merecían grandes alabanzas, *De tal palo, tal astilla*, era «otro aspecto de la fisonomía del Pereda reaccionario», y dedicaba una gran alabanza a *Pedro Sánchez*, «una de las novelas más hermosas que nunca se habrán escrito en castellano, y la perla de la colección de Pereda» (Pardo Bazán: 1891: 84).

En contraste con el silencio con el que en su día acogió la publicación de *La Montálvez*, señala ahora la influencia del P. Coloma, «cuyo nombre no ha sonado en la trompeta crítica aunque tiene su público de lectores, quizá más numeroso que el de ningún otro novelista español» (*Polémicas*, 1891: 87), y cuya obra contribuyó a «descaminar a Pereda». «[M]ás fácil clava la flecha en la mira quien dispara con los ojos abiertos, que quien lo hace con venda» pues el jesuita estaba familiarizado «con el *medio* de sus personajes» (Pardo Bazán: 1891: 88)

En conjunto, Pardo Bazán le alaba como paisajista y como costumbrista, escribió luego «una novela de padre y muy señor mío; luego otras que son hibridaciones de cuadro y novela», y sugería oblicuamente, con el pretexto de desecharla, la idea de la decadencia de Pereda como escritor, algo «que se pronuncia en voz baja y sibíltico tono». Concluye que «Siempre creí y creeré que en Pereda, la primera manera, la de las *Escenas montańesas*, es la que surge de manantial, la que por ley divina destila su genio; la segunda, la labor de novelista propiamente dicho, es fruto de la voluntad consciente, actividad más refleja que espontánea [...] De cuando en cuando, el innato *costumbrista* vencerá y ahogará al *novelador* reflexivo» (Pardo Bazán: 1891: 96-97).

Finalmente, en su reseña de *Al primer vuelo*, pasada ya la polémica sobre *Nubes de estío*, Doña Emilia habría querido que apareciera ahora una novela como *Sotileza*, *La puchera*, o *Pedro Sánchez* para poder «ensalzar y poner por las nubes a Pereda», pero no fue así. En esta novela alaba las descripciones del campo y de las escenas marítimas pero bastantes personajes están «muy desdibujados, muy pálidos, modelados floja y rutinariamente», destaca su sequedad cuando escribe idilios amorosos (Pardo Bazán: 1891: 101-102) y halla que para un argumento «en sí tan poca cosa», la novela «peca de prolija», la mitad sobra. Y en más de una ocasión achaca las acciones de Pereda (como en su respuesta a «Los resquemores») a la influen-

cia de los «fanáticos turiferarios» que ensalzan «sus mismos yerros» (Pardo Bazán: 1891: 104).

Según un suelto «de los más o menos alevosos» publicado en *La Época* por el antes amigo Luis Alfonso y ahora odiado defensor de Doña Emilia, Yxart desautorizaba las afirmaciones de Pereda que en Madrid no se tomaba en cuenta a los escritores catalanes. Y éste pedía una aclaración a Oller aunque tras la aparición de «Palique» en *Nubes de estío*, otros catalanes como Valls i Vicent, Pin i Soler, Vidal de Valenciano y Joan Sardá le habían escrito entusiásticamente (carta 602).

Agradecía vivamente a Clarín su defensa de la novela contra «las apasionadas y sañudas agresiones de la Sra. Pardo y su falderillo.»

Pero ¿de dónde viene ese venenillo? Porque el estudio, de fondos rencorosos y vengativos, que me consagra la Pardo en su último folleto, ya estaba escrito, según ella misma declaró en letras de molde, antes de darla yo motivos en *El Imparcial* para despellejarme vivo. [Se refiere a «Pereda y su último libro»] (Pardo Bazán: 1891: 67-97).

«y en cuanto a Luis Alfonso... Como no sea por lo de Alhelí, o por haber puesto algunas tachas, en una carta confidencial, a unas novejas muy malas que publicó últimamente en un tomito» (Posiblemente se refiere a *Cuentos raros*, Madrid, 1890). (carta 608). Y aseguraba despectivamente a Quintanilla que no pensaba escribir a Luis Alfonso. «¿A qué santo? Váyanse a la mierda: él, su artículo, el periódico y la grandísima tarasca de cuyo desfogue es una glosa miserable la salida de aquel su *gozquecillo* cursilón» (carta 631).⁸²

Y en una carta a Fray Manuel F. Miguélez agradeciéndole su elogiosa reseña de *Al primer vuelo* en la revista agustiniana *La Ciudad de Dios*, escribía irónicamente que era una obra «de la cual dicen que ha dicho (porque yo no lo he leído) mi *amiga* la Pardo Bazán en el último rincón de su *Teatro crítico* y en media docena de renglones desdeñosos, que es pesada, pobre y *decadente*» (carta 626). En junio reiteraba a Clarín las acostumbradas quejas sobre el silencio con que la prensa

⁸² La carta de Pereda a Quintanilla del 2 de julio de 1891 (carta 631) con su ataque a Luis Alfonso, que tanto Cossío como Fernández Cordero atribuyen a *Nubes de estío*, por su fecha, cuatro meses después de publicarse esta novela, se refiere a *Al primer vuelo*. (González Herrán: 1983b: 368).

madrileña había acogido *Al primer vuelo*, «esa noveleja mísera», si se exceptúa el *Nuevo Teatro Crítico*, en que continúa la Sra. Pardo cobrándose en mis carnes las tiras que saca V. de su pellejo» (carta 629). Creo que aparte de la irritación con que reaccionaba Pereda contra las objeciones o la crítica negativa de sus obras contribuyeron a la respuesta sus encontrados sentimientos hacia Doña Emilia a quien admiraba como novelista pero le irritaban su afán de notoriedad, el que siendo mujer se quisiera igualar y aun imponer a los hombres como novelista y como crítico, y ridiculizaba sus pretensiones de entrar en la Academia. Molesto por el naturalismo de sus novelas, sin duda sentía una envidia no confesada por su popularidad, sus conferencias, su internacionalismo y su conocimiento de otras literaturas, y no perdía ocasión de criticarla incluso con los amigos que tenían en común como Galdós, Oller, Menéndez Pelayo y, por un tiempo, Clarín. Doña Emilia era lo opuesto del ideal femenino de Pereda, y el protagonismo y el éxito de aquella «tarasca» - «Mujer al fin» - más joven que alguno de sus «discípulos» santanderinos, le ofendían y posiblemente le asustaran un tanto.

En «Las comezones», al igual que en las cartas a sus amigos, Pereda critica el afán de la autora de *La Tribuna* «de meterse en todo, de entender de todo y de fallar en todo», sus actividades periodísticas y su presencia «en la pompa de los grandes espectáculos», posiblemente refiriéndose a sus crónicas de viaje y a sus visitas a las exposiciones de París y de Barcelona. Como era de esperar, menciona el nunca olvidado párrafo del *huerto*.

Ignoro cuáles serían las razones que adujo Pereda a Doña Emilia y a Lázaro para no colaborar en su revista y parece que tampoco se las expresó a sus propios amigos, a no ser la irritación y la antipatía que sentía por Lázaro Galdiano, a quien no conocía personalmente, y quien le invitó cortésmente varias veces, por su revista *La España Moderna*, y por la participación que en ella tenía la autora de *Los Pazos*. En cuanto a «las comezones» de Doña Emilia, es muy posible que llegara a enterarse de la antipatía que Pereda sentía por ella y que tuviera muy presentes su reiterado rechazo a colaborar en *La España Moderna* y su desprecio por Lázaro.

Cuando en 1889 Pavlovsky publicó su libro *Ocherki sovremennoi Spanii 1884-1885*. [*Esbozos o apuntes de la España contemporánea*], Ernesto Bark hizo una reseña en *La España Moderna*, según la cual,

Pavlovsky consideraba a Pardo Bazán como la primera novelista de España. Quintanilla la leyó y avisó a su maestro, quien sospechaba que aquella y otras omisiones hubieran sido «por encargo expreso de la Pardo, o por espontáneo afán de ensalzarla más y más. Hay que ver ese libro para salir de dudas. Todo es creíble en esa mujer y sus adherencias ¡Qué tarasca!» (carta 630).⁸³ González Herrán estudia detenidamente este episodio, que dio lugar a varios artículos de «Pedro Sánchez» en exaltación del Maestro, y a la renovada inquina de Pereda contra su detestada doña Emilia (González Herrán: 1988).

Oller puso en relación a Pavlovsky con Pereda, a quien pidió que le enviase *Sotileza* y *Pedro Sánchez*, y éste le mandó cuatro novelas suyas y una carta (cartas 627 y 628). Y a comienzos de septiembre, creyendo confirmados sus temores, escribía a Oller:

Se me olvidaba decirle que el Sr. Pavlovsky no se ha dignado avisarme siquiera el recibo de la carta que le escribí y de los libros que le envié lo cual no me sorprende después de haberme enterado por la revista de la Sra. Pardo que en opinión de aquel ruso, no hay en España más novelista que ella, ni otro escritor de este género que deba mencionarse. Salud se les vuelta a ella y a él. (carta 633)

Pero una carta de Pavlovsky del 3 de octubre disipaba sus inquietudes, y le respondió de modo tan amable como explícito. Le agradecía su «franca y leal declaración» y le rogaba que le enviara traducido al francés, lo que había dicho en ruso de su libro, un deseo que era «algo más, mucho más que un antojo vanaglorioso y de personal complacencia y por eso me atrevo a pedirle ese favor, con el mayor encarecimiento». Le enviaba el resto de sus libros y le autorizaba a traducir los que le parecieran bien, basándose siempre en las ediciones de sus *Obras Completas*, «donde están todas corregidas y expurgadas más a

⁸³ En este libro, Pavlovsky hace semblanzas de varios escritores contemporáneos españoles. Alaba la obra y la persona de Pardo Bazán es correcto y elogioso con Pereda, al que considera un típico propietario rural español de los buenos tiempos, simple, devoto y práctico, que desdeña la elegante vida moderna. Gusta de sus escenas de aldeanos y pescadores y de su estilo sobrio, algo arcaico, que recuerda al de Cervantes. De carácter negativo son la tendenciosidad, y el reducido ámbito provinciano de su obra. (Chamberlin y Weiner: 1984)

gusto mío». Continuaba precisando otros detalles editoriales sobre las posibles traducciones, y se despedía muy amistosamente (carta 639). Y escribía a Oller acusando recibo de la carta del ruso y de otra suya del 29 de septiembre, satisfecho de saber que «fue pura invención cuanto se dijo de su libro en la revista de la Pardo» (carta 640). Posteriormente se excusó con Pavlovsky:

comprendo que debí haberme *enfadado* menos, sin dejar por ello de decir lo que digo a doña Emilia, cuyos *mangoncos* e intrusiones pedantescas, la están haciendo insoportable y enajenándola todas las simpatías en esta república literaria de la cual quiere ser, a todo trance, no solo presidenta, sino dictadora; y esta tendencia notoria que en hombre sería abominable, en una mujer es hasta repulsiva. (carta 643)

Le agradecía la traducción que había hecho en su carta del día 15 al francés de lo principal que había escrito sobre él en su libro. Y para que no hubiera lugar a dudas, concluía pidiéndole «una lista de los novelistas españoles a quienes menciona V. en su libro, con más o menos extensión y aun con elogio» (carta 643). No sé si la desconfianza de Pereda habría terminado tras este intercambio de cartas pues un año después escribía a Oller que

el Sr. Pavlovsky, a quien, como dije a V. en mi anterior, escribí y mandé mi retrato certificado, no ha tenido la bondad de avisarme el recibo de él ni de la carta que iba en sobre aparte. Si por ventura tiene V. que escribirle con algún otro motivo, pregúntele si se perdió la fotografía» (carta 713).⁸⁴

El 2 de enero antes de aparecer la revista, Lázaro Galdiano había pedido la colaboración en ella de Valera, Menéndez Pelayo, Galdós, Clarín y Pereda, una oferta que acogieron con reservas pues desconfiaban del éxito de la empresa. Las relaciones entre don Marcelino y Doña Emilia son un tanto complejas; «De la Pardo Bazán vale más no hablar» -escribía éste- «¡Valiente *cuento* el que publica en el último n.º de su *nuevo Teatro Crítico*. No he leído cosa más feroz ni más brutal

⁸⁴ Véase González Herrán: 1988.

en todos los días de mi vida que la historia del tal enterrador ¡y esta es la novela naturalista!» (carta 604). Pero las cartas de la autora de *Los pazos de Ulloa* revelan afectuosa amistad, «Mi querido Marcelino», y admiración por sus vastos conocimientos de la literatura española y extranjera, así como la lectura crítica y atenta de sus obras. Menéndez Pelayo asistía en Madrid a las tertulias que Doña Emilia tenía en su casa [Prado Higuera y Cobo Rodríguez: 2021], y aceptó colaborar gustosamente en *La España Moderna*; como anunciaba Lázaro, los artículos para la revista estarían «escogidos y anotados por Menéndez Pelayo, el cual hará además un artículo para cada número tratando siempre cuestiones de actualidad». Don Marcelino tenía entonces 33 años, y otros colaboradores frecuentes fueron Valera, Castelar y Unamuno. La revista pagaba de 75 a 100 pesetas por trabajo según la extensión, abonadas de inmediato (Pérez Gutiérrez: 2004).

Comentaba Pereda a Clarín, quien para entonces ya era enemigo declarado de «la Pardo», una crónica de ésta en *El Heraldo* que le parecía «el colmo de lo cursi, y lo más acabado en el género que corresponde a esa mujer. Y a los hombres que de ordinario la rodean, es decir, a los únicos que pueden resistirla». Y le incluía maliciosamente la copia de un soneto posiblemente dedicado a su enemiga, que le enviaron manuscrito hace poco, con encargo muy encarecido de que no descubriera al autor. «Como nada me prohibían fuera de eso, a nada respetable faltó transcribiéndoselo a V., que debe conocerlo, porque tiene gracia y miga; y si, pongo por caso, le pareciera a V. tan bien como a mí, y quisiera dar una copia de esa copia a un amigo en confianza, por mí, que corra» (carta 630). Este soneto no ha llegado hasta nosotros.

No parece que las reiteradas negativas de Pereda arredraran a Lázaro quien, con la insistente cortesía propia de sus cartas, le escribía una vez más. A juzgar por las fechas de otras, Pereda vivía entonces en Polanco. Lázaro había estado un par de días en Santander, donde lamentaba no haber logrado verle, y le invitaba de nuevo a colaborar con «un esbozo, boceto o escena montañesa [...] en un Almanaque de La España Moderna que formará un bonito tomo de cuentos de los primeros publicistas españoles». Y aunque la impresión estaba muy adelantada «si V. resuelve escribirlo y necesita algún tiempo suspenderé la publicación» (carta 634).

Aunque Polo y Peyrolón le aconsejaba que se riera «de los Zoilos con faldas o sin ellas» Pereda no tiene «fuerza de voluntad para dejar de dar un palo como el de marras, en castigo de ciertas flaquezas insostenibles ya»; hasta en periódicos de Galicia ha visto «fieras tundas a esa *bas-bleu*» y en algunos de Madrid como *El Clamor* «se han dicho horrores de ella». «Lo cual prueba que, si el palo no fue cortés, fue en cambio muy merecido y muy deseado» (carta 645).

No sé qué conferencia habría dado o qué habría publicado doña Emilia cuando Pereda repetía a Alfonso Ortiz que «Tocante a lo de la Pardo, continúo con ciega fe en mi pronóstico: hemos de verla sobre el pilón de la Puerta del Sol vestida de moharracho, predicando a Goncourt y pidiendo un sillón en la Academia» (carta 644). Y pocos días después se refería a «el gatuperio de la Pardo Bazán puesto en solfa en el mismo periódico, ¿no habría modo de glosarlo un tantico en uno de esos papelones? ¿Le ha escrito a V. Pepe en ese sentido? Quedó en ello, pero no se si se lo ha hecho, porque no le veo días hace» (carta 654) (González Herrán: 1988).

Doña Emilia asesoraba a Galdós y asistía a los ensayos de *Realidad* en el teatro de la Comedia (Pattison: 1973). Como escribía Menéndez Pelayo, «Esta noche es el estreno del drama de Galdós. Será un acontecimiento. Por si la cosa resulta bien, ya la tarasca de la Pardo Bazán está preparando su comedia correspondiente» (carta 670).

Un señor Narciso Roure remitió a Pereda un artículo de Pardo Bazán publicado en el periódico *La Lucha*, que ya conocía por ser «de los que compra una agencia de Madrid para vendérselos, a cambio de anuncios». Y tras darle las gracias comenta que lo que

dice de mí la perínclita gallega, es una parte mínima de lo que suele decir en las correspondencias que envía a los periódicos de América, donde, según ella cree, no ha de verlo el público en España que nos conoce de cerca a todos. Crea V. que me hace reír este pueril antojo de *matarme* que de un tiempo acá quita el sueño a esa pobre señora cuyo afán de notoriedad la lleva a los extremos más desatinados. (carta 703)

Una carta que confirma la nunca extinguida antipatía entre ambos: cuando Doña Emilia estuvo tomando las aguas en Ontaneda con su hija fue a Santander a visitar a Galdós pero no a Pereda. «Los mon-

tañeses que ya conozco aquí suponen a priori que no veré a Pereda y también que no omitiré visitar su palacete de V. (Villa Venusina)» (A Galdós. Ontaneda, 26 de junio de 1894. Pardo Bazán: 1895). Cuando llegó a Santander en el tren de Ontaneda la esperaban en la estación Galdós, Enrique Menéndez Pelayo, Federico Vial, José Ferrer,⁸⁵ Augusto González de Linares, y don Angel de los Ríos, («A. R. R.»), quien escribió una gacetilla, «La señora Pardo Bazán en la Montaña», dándole la bienvenida (Ríos y Ríos: 1894).⁸⁶

Varios años después, estando Pereda en Madrid, contaba a Quintanilla que fue al teatro a ver al famoso actor Novelli y que estuvo «muy cerca de la Pardo Bazán. No había más que dos palcos intermedios, pero no nos *agredimos* ni pasaron las cosas a mayores... Ni a menores tampoco» (carta 933).

En aquel mismo año fue elegida para ocupar una cátedra en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo, apoyada por Segismundo Moret, su presidente entonces, y por otros miembros de la Institución Libre de Enseñanza. De su creciente reputación también da prueba la invitación por la Sociéte de Conférences de París a hablar sobre «La España de ayer y la de hoy», en abril de 1899 en la Sala Charras, donde ya habían dado otras conferencias, Ferdinand Brunetière, Jules Lemaître y Anatole France. Como refiere cumplidamente Burdiel, asistió bastante público, estuvieron Lemaître y Brunetière, y el *Journal des Débats* publicó una semblanza por Boris de Tannenberg, un viejo amigo de Doña Emilia, y hubo una recepción en la Embajada de España.

El objetivo fundamental de Emilia Pardo Bazán en París, tal como ella misma expresó, era mostrar a los franceses que

⁸⁵ José Ferrer y Gutiérrez Calderón, funcionario del Ayuntamiento de Santander, figura entre los asistentes al banquete-homenaje a Galdós en Santander el 9 de marzo de 1893.

⁸⁶ Doña Emilia estuvo en la Vega de Pas visitando el hospital del Dr. Madrazo, aún sin inaugurar, y quedó maravillada. «Al hablar con el Sr. Madrazo de estos grandes ideales se transfiguraba agigantándose. Estaba hermoso» (*El Atlántico*, 2 de julio de 1894). Dedicó a Cantabria unas perceptivas páginas en *Por la España pintoresca. Viajes* (1895). Los artículos *Desde la Montaña* antes de ser recogidos en *Por la España pintoresca* se habían publicado entre agosto y noviembre de 1894 en *La Época* y posteriormente en *El Atlántico*. Ver González Herrán y Saiz Viadero: 1997.

existía un sector influyente de la opinión pública española que se daba cuenta exacta del Desastre, y que algunos están dispuestos a aplicar el cauterio a la gangrena, para buscar la vitalidad de España en lo más íntimo. (Burdíel: 2019: 476-477)

Habló de la «leyenda negra» y sobre todo, de la «leyenda dorada» (un país dormido en una especie de apoteosis del pasado en la que el ideal consiste en no moverse, en detener la evolución. Era ya necesario encarar un futuro de esfuerzo y trabajo, de respeto por el mérito individual y por un destino colectivo *moderno*). La emigración obligada, el caciquismo depredador, el romántico optimismo legendista, el pesimismo estéril y devastador eran otros tantos fantasmas del pasado. Acabó diciendo que se sentía parte de una exigua minoría que llena de celo y arrostrando la general indiferencia, aspira a despertar las energías españolas, exponiendo sin temor la extensión del daño. Solo así la ansiada regeneración sería posible (Burdíel: 2019: 475-484).

El discurso provocó una gran polvareda en España con críticas apreciativas en periódicos amigos como *El Imparcial*, *El Liberal* y *La Época*. Para *La Correspondencia de España*, había cosas que no convenía airear y para *La Lectura Dominical*, órgano del Apostolado de la Prensa, Pardo Bazán había desacreditado a España en París con su falta de patriotismo y sus declaraciones heréticas y antiespañolas. La reacción de Pereda fue de esperar.

Ya habrás visto la tarascada de la Pardo en París. Aquí nadie lo toma en serio y todo el mundo sabe que ha sido el viaje una componenda de las que ella arma para darse pisto y el gustazo de desfogar sus envidias y sus rencores desde alta tribuna, contra todo lo que la hace sombra, incluso la patria, a la que tan mal parada ha dejado en su conferencia. He dicho siempre y vuelvo a repetir ahora con nuevos datos que lo comprueban, que esta desdichada mujer, por el ansia de llamar la atención, es capaz de bailar en cueros vivos en la Puerta del Sol. Y si no, al tiempo. (A Quintanilla, carta 1112)⁸⁷

⁸⁷ En cambio, para Rubén Darío, «Como no fueran Menéndez Pelayo o Galdós a París, en esta ocasión no se quién mejor que Doña Emilia hubiera podido hablar en nombre de la cultura española» (Rubén Darío: 1901: 126).

Es posible que aquella vez que se vieron en Madrid en la primavera del 96, sin que las cosas pasaran «a mayores. Ni a menores tampoco», fuese la última: la entrada en la Academia, el «Desastre» del 98, los viajes a Andalucía y una salud cada vez más precaria ocuparon a Pereda. Y en estas cartas no hay más referencias a la que probablemente siguió siendo su aborrecida enemiga.⁸⁸



Imagen 33. Emilia Pardo Bazán, por Sorolla

Escribiendo estaba Pereda *Nubes de estío* cuando Yxart le pidió una novela para la editorial Heinrich, de Barcelona, algo que ya le había propuesto Luis Alfonso hacía algún tiempo (González Herrán: 2006 y 2016: 357-370. En su respuesta (carta 541) Pereda aducía dos incon-

⁸⁸ A esta relación de Pardo Bazán con Pereda he dedicado dos artículos que pueden considerarse primeras versiones parciales del texto publicado aquí: «Enemistades más que literarias. Pardo Bazán, Pereda y Lázaro Galdiano» (2020b) y «Doña Emilia, don Narciso y Pavlovsky: su amistad vista a través de las Memòries de Oller y de unas cartas» (2021).

venientes para hacerlo: «la repugnancia que a mí me causa el entregar un libro a una empresa para que le edite cuando y como quiera, sin que yo tenga derecho alguno sobre él, durante lo mejor de mi vida; algo así como quien manda un hijo a la inclusa, para que se le vistan, alimenten y eduquen.» El otro, que «me consta de un modo auténtico» que ninguno de los autores contemporáneos vende más de 800 o 900 ejemplares de sus novelas.

Por manías o por corrupción del gusto del público, vengo yo vendiendo muchos años hace, de 4500 a 5000 ejemplares de cada libro que edito y entrego en administraciones a un librero o ladrón; y este año en [que] estamos, se ha agotado *La puchera* (5000 ejemplares) en cinco o seis meses, es decir, el máximun de venta que ha habido en España para libros de imaginación, a 5 pesetas ejemplar. Resulta con ello una utilidad líquida y bien cobrada, de 2000 duros aproximadamente, y lo que vale más que ello, el mercado expedito todavía para la tercera edición, que ya está hecha. (carta 541)

Y aunque le advierte que «todo esto, no se lo digo a V. por jactancia pueril» estas líneas apenas encubren orgullosa jactancia y espíritu mercantil. Pero estaba interesado y al no recibir pronta respuesta, pedía a Oller que preguntase a Yxart, «por si se ha extraviado la carta, cuya contestación me interesa para saber a qué atenerme en el asunto literario-mercantil que ventilamos» (carta 549). Y unas semanas después escribía de nuevo a Yxart que

atreviéndome por una sola vez a ser algo comerciante, en obsequio a la negra honrilla del oficio, y después de cerrar los ojos a las consabidas repugnancias, alárguese la casa hasta 7.500 desde las 6.000 que me ofrece, y me comprometeré a escribir la novela que desea, procurando ajustarla en cuanto me sea posible, al tamaño que me marca, y aceptando la condición, dañísima para mí, de los Sres. de renunciar a todo derecho de propiedad sobre ella. (carta 547)

Teniendo en cuenta que alguno de los personajes de esta novela eran de Méjico, preguntaba Pereda a Vial, que había vivido allí,

algunos datos sobre la indumentaria y modo de hablar en aquel país. Y le anunciaba que continuaba «trabajando ahora a toda máquina» aunque «en empresas tales, se por dónde entro, pero rara vez por dónde he de salir» (carta 562).

Como explicaba a Galdós, la amistad con Yxart y lo generoso de la oferta «con la bolsa abierta para que metiera la mano hasta donde quisiera», acabó por aceptar, «no por el cuánto, sino porque si yo nazco mujer y guapa, hubiera dado que hablar por pródiga» (carta 547). Pero no fue así. Como vimos, fue Pereda quien pidió a Yxart, «alárguese la casa hasta 7.500 de las 6.000 que me ofrece, y me comprometeré a escribir la novela que desea».⁸⁹

E interrumpiendo la redacción de *Nubes de estío*,

púseme al yunque quince o veinte días hace; y golpe va, golpe viene, llevo la mitad de la obra despachada; obra que, por las trazas que va tomando, va a ser el gran timo de la época para los infelices editores. Si después de acabada (cosa de tres semanas, por mi cálculo) me queda respiración, intentaré continuar la suspendida en Enero para terminarla aquí». (carta 563)

A principio de julio avisaba a Yxart que Apeles Mestres le sugirió que tendría mucho gusto en ilustrar la novela, y que él le aconsejó que lo tratara con los editores; que pensaba acabarla «en diez o doce días, si las fuerzas no me faltan», y que como se la iban copiando según la escribía acabarían de hacerlo a finales de mes. Y que no sabía qué título ponerla. «Hablando con entera y cabal franqueza, la hechura no me disgusta del todo, ni creo que sea de lo más malo de lo mío» (carta 564). Y un mes después, concluida la novela, le advierte que «si después de leída, no la cree bastante para dejarnos airosos a V. y a mí con los editores que han de pagarla, me la devuelva en la seguridad de que ningún perjuicio me ocasionará con ello, pues la editaré yo por mi cuenta inmediatamente» (carta 566). Y a los pocos días reitera «el

⁸⁹ Según el fiel «Pedro Sánchez», quien exageraba como de costumbre las glorias de Pereda, «los editores pagaron inmediatamente la novela con una esplendidez inusitada en España, donde jamás ha alcanzado un libro el precio de *Al primer vuelo* con tanta esplendidez» («Pedro Sánchez»: 1891a)

hondo pesar que siento, por no haber sabido escribirla en consonancia con sus inmejorables deseos» (carta 568) pero los editores e Yxart quedaron muy contentos con la novela.

Aunque Pereda era amigo de Apeles Mestres y no quería ofenderle porque «es muy susceptible», se queja con los editores de las ilustraciones del libro, especialmente la de la protagonista, «fea e innoble» (carta 594); y a Yxart comenta que «Mestres no es el mismo artista con el pincel que con la pluma» (carta 603). En la primera semana de mayo anunciaba a Sinforoso Quintanilla que el día 8 se pondría a la venta *Al primer vuelo* (carta 622), y se queja a Clarín que aparece «con unas ilustraciones que tumban de espaldas por lo pésimas. Si cuando lea el libro lo cree merecedor de una mención de V. en letras de molde, se lo agradeceré» (carta 623). Y acabando el mes reiteraba a Yxart que las ilustraciones eran un «verdadero desastre», que la venta no había sido mala y que, como de costumbre, la novela fue acogida en Madrid «en el más absoluto silencio, silencio que continúa a la hora presente» (carta 624). Y repite a Clarín las acostumbradas quejas de que *Al primer vuelo*,

esa noveleja mísera, para la que no ha habido una mención en la prensa madrileña, si se exceptúa la del *Nuevo Teatro Crítico*, en que continúa la Sra. Pardo cobrándose en mis carnes las tiras que saca V. de su pellejo. Pero aunque sea para despellejarme a mí, al cabo resulta citada la novela, que por ser la mía y mala por mil, no lo es tanto que valga seis renglones de anuncio en los periódicos que le han recibido gratis de los editores. (carta 629)

Después del fracaso de su librería Mazón fue a vivir a Madrid, donde era representante de libros. Los llevaba envueltos en un gran pañuelo azul que Pereda llamaba «los corporales de Mazón» pero el oficio debía darle poco más que para malvivir. Era conocido de todos los montañeses que vivían allí, y continuó su vieja amistad con Pereda, quien le menciona afectuosamente con frecuencia en sus cartas. Cuenta a Quintanilla que cuando estaba en Madrid, Mazón le visitaba con frecuencia, se quedaba a comer de vez en cuando, y le acompañaba (carta 484), así como a Juan Manuel, quien contaba con sus «frecuentes visitas y amena compañía». «Dale mis cariñosas

memorias» (carta 489). «Mazón almorzó y comió con nosotros anteayer, y me dijo que se había mandado hacer unos pantalones aunque no los necesitaba ya de invierno, contando con ir sorteando con la capa (que también tiene que ver!) los ventanales de los que tenía. ¿A que llamará necesidad?» (carta 613). Pereda escribe a Ortiz de la Torre que le consideraba «uno de los más patentes testimonios de la providencia de Dios, que cuida hasta de los pajaritos del aire, déle cuando vuelva a verle, un abrazo de mi parte, y un celemín de cariñosos recuerdos» (carta 644). Con el paso de los años su situación económica no mejora, y cuenta a Quintanilla en 1896 que Mazón «Anda bastante raído, pero en buenas carnes y contento. Se pasa aquí grandes ratos a diario, y come con nosotros cuando mejor le conviene, si no son miramientos de cortesía las razones que da para no comer o almorzar más a menudo.» (carta 932). Tras el Desastre del 98, se lamentaba Pereda desde Madrid: «Aquí, nada de libros, nada de teatro, nada de interés por cosa alguna, incluso la política; todo parece muerto o en la agonía, y hasta Mazón está más raído y descalzonado que nunca» (carta 1111). Cuando se le dio el puesto de conserje del Centro Montañés estaba «hasta remozado y bien vestido, y con pastagás, como él llama a su uniforme» (carta 1170).⁹⁰

Falleció poco después; el 2 de agosto de 1900 escribía Pereda a Ruiz Contreras:

¿Sabe V. que se murió el pobre Mazón ahí, pocos días hace? Después de haber estado muy poco tiempo en la casa de salud de Santa Teresa, donde le puso un médico amigo y paisano nuestro, le llevó a su lado una hermana suya, monja de la Caridad en el Hospital de la Princesa, y allí dió el alma a Dios el pobre amigo, a quien no puedo olvidar un solo momento. (carta 1181)

⁹⁰ La primera publicación conocida de Mazón como editor fue *La Tertulia* «Colección de pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, acertijos, logogrifos y otros excesos». Iba dedicado «A las bellísimas lectoras» (Santander: Imprenta de Solinís y Cimiano, febrero, 1876), y en ella colaboraron, entre otros, Amós de Escalante, Ricardo Olan, Pereda, Evaristo Silió y Eusebio Serra. No parece que había olvidado sus antiguos intereses editoriales pues en 1892 publicó *Nuevo recreo de caminantes: colección de cuentos, chistes, anécdotas, poesías ...*, coleccionadas por Francisco Mazón. Madrid [s.n.] Establecimiento Tipográfico de Ricardo Alvarez, 48 págs. (García Castañeda: 2004a: 113-114).

Según la necrología anónima, publicada en *El Eco Montañés* (número 30), don Francisco Mazón,

a quien los achaques y la crudeza de la vida mataron lejos de la Montaña, fue enterrado en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena. Ameno, afable, con su prurito simpático de cultivador de la Literatura, era en el café su mesa el centro de reunión de la juventud de allá, y daba consejos, hacía la crítica del último libro, contaba cuentos de su época de literato en activo, y creyéndoselo él, presentábales a Menéndez y Pelayo, a Pereda, a Juan García como hombres que le consultaban para escribir sus inmortales obras.

En su cara cervantesca, de perilla y poblados bigotes blancos, quería poner de vez en cuando máscara de Maquiavelo, de pícaro, y era, el pobre, la personificación de la bondad. [...] Descanse en paz don Francisco Mazón, que supo llevar con nobleza de hidalgo montañés los reveses de la fortuna! (28 de julio de 1900: 5).

Según Enrique Menéndez,

Fue Mazón de los más fieles amigos de Pereda, por quien sentía, no ya afecto, sino devoción fervorosa; sujeto tan simpático como interesante y pintoresco; caso novelable de naufragio en tierra firme. Pasó por fases su vida en que no llegó a parecer vida de persona real, sino pasaje de algún libro de Daudet, de Dickens, de algún gran humorista. Ya su rostro y figura trascendían a novela, o a historia novelesca: en su mocedad, todo afeitado y con el cabello largo se parecía a Danton; andando el tiempo, con su bigote y perilla y la nariz algo gorda vino a parecerse a Napoleón III. Tenía en un lado de la cara la cicatriz de un buen tajo, que le daba un extraño aspecto y que hacía pensar no en rufianescas aventuras sino en lances y reveses de caballería andante. Su voz sonora, admirablemente timbrada, ayudaba a fijar aquella impresión de personaje de leyenda que este hombre producía.

Este era, en fin, aquel honradísimo y disparatado Mazón que, metido a librero, pedía por ejemplo a Madrid quinien-

tos ejemplares del Almanaque de *La Ilustración*, y los pedía comenzado ya el año, o varias resmas de cada uno de trescientos pliegos diferentes de aleluyas; aquel que, venido más tarde a corredor de libros en la corte, se negaba a vendérselos a uno de sus mejores clientes en cuanto supo que no había leído uno de Pereda que le había llevado el año anterior y que, llegado a las puertas de la miseria, conservaba una tan puntillosa dignidad, que obligaba a Pereda y otros amigos, a buscar mil rodeos y varias fórmulas para poder favorecerle y hasta para que los acompañase a comer. (E. Menéndez Pelayo: 1906: 37)

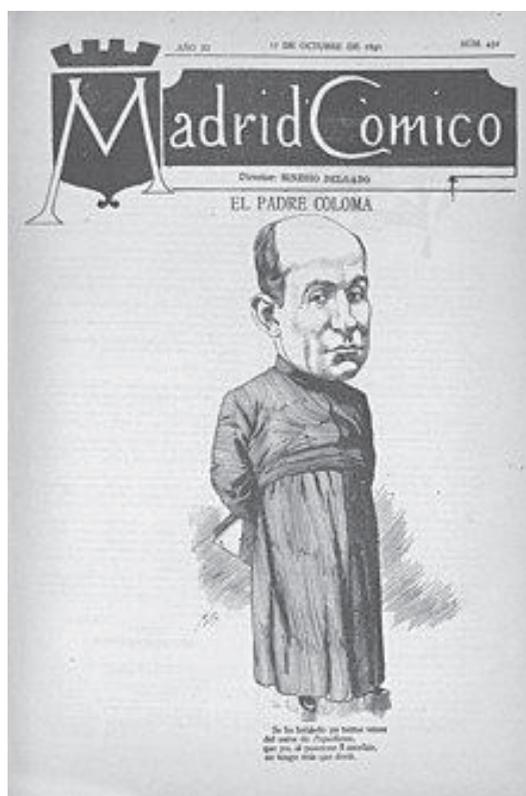


Imagen 34. El Padre Luis Coloma, por Cilla

Don José mantenía una vieja amistad con el P. Coloma, quien residía en Deusto, donde se educaban sus hijos, amistad que se estrechó a raíz de la defensa que hizo el jesuita de *La Montálvez* en la prensa. Al aparecer *Pequeñeces*, que para muchos críticos y lectores fue una revelación, Pereda destacó que aquel había sido siempre un gran escritor hasta entonces apenas tenido en cuenta. La novela comenzó a salir por entregas en 1890 en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, la revista de los jesuitas, y don José María, a quien no gustaba leerla así, esperaba con impaciencia poder hacerlo entera. «El prólogo es de oro; y no dirá usted que este dictamen es pura galantería si recuerda lo que a mí me aconteció al publicarse *La Montálvez*, con esas almas pías a quien usted flagela tan donosamente» (carta 583). Y en sus cartas apenas se trasluce cuánto le irritan los críticos que alaban en *Pequeñeces* lo mismo que denostaron en *La Montálvez* porque Coloma conocía el medio social que criticaba y Pereda, en cambio, no.

No he mencionado hasta ahora que Juan Manuel tartamudeaba, un defecto que apenaba a su padre quien, como escribía a Clarín, estaba preparando con su hijo un viaje a París, donde había un instituto que trataba aquellos achaques pero al ver en *La Época* el anuncio de que Mr. Chervin, el director de aquel instituto, abriría en Madrid el día 13 un curso en 20 lecciones, decidió hacerlo allí (carta 608); anunciaba a Oller lo mismo, precisando que era un curso de cuarenta lecciones en 20 días, por lo que «no bajará de tres semanas el tiempo que he de pasar en este pudridero de paciencias» (carta 612). Y en cartas sucesivas a Quintanilla y Oller va dando noticias del progreso de Juan Manuel, a quien está prohibido hablar y se entienden por señas o por escrito (cartas 613, 615, 616 y 617). La curación fue radical «pues no es de esperar un salto atrás, mayormente con la precaución tomada por el enfermo de continuar haciendo aquí algunos de los ejercicios de la escuela, más recomendados por el profesor, a quien Dios bendiga» (carta 628).

A los 57 años tenía Pereda una reputación bien establecida de novelista, feliz vida familiar y buena salud, a pesar de sus arrechuchos nerviosos y de estómago, cuando decidió construir un panteón familiar en el cementerio de Polanco. En aquel Ayuntamiento se conserva la solicitud

Al Ayuntamiento Constitucional de Polanco de la concesión «del terreno necesario (próximamente un carro de tierra) [...] teniendo en cuenta la escasa capacidad de aquel sagrado recinto [...] [próximo?] del Campo Santo y situándolo inmediatamente con él; en la inteligencia de que una vez terminados los trabajos, se cercará el panteón de manera que éste quede dentro del Cementerio.

La solicitud está fechada en Polanco, el 5 de enero de 1891, y al margen, escrito de otra mano, va anotado, «Como se solicita se cede cuanto pretende el exponente. Enero 10 de 1891».⁹¹

Pereda había confiado a Galdós el diseño del panteón, así como la elección de las inscripciones que llevaría. Como era su costumbre, éste a veces no contestaba o lo hacía tarde, lo que le exasperaba.

Renunciando ya, mi arrastrado D. Benito a la esperanza de verle por acá en lo que resta de siglo, terminado el panteón y apremiado por el contratista para que le de las inscripciones que han de grabarse en las tres lápidas ya cortadas y dispuestas, le pido el favor de que, a vuelta de correo, me mande en un papelejo cualquiera alguna de las que tiene V. apuntadas en castellano y otras tantas en latín, por si son éstas más al caso que las que yo he tomado de un libraco que me prestó este Sr. Cura, y hay entre aquellas una que me satisfaga, para ponerla entre las otras dos. (carta 636)

Y poco después ya de vuelta en Santander escribe a Oller «a lo mejor del más hermoso de los otoños que recuerdo», después de dejar construida «la última [vivienda] en el cementerio de Polanco» (carta 640).

A la «fantasía del sepulcro» dio lugar una «Gacetilla» en la que «Pedro Sánchez», con la mejor voluntad del mundo, explicaba que Pereda, después de concluir *Al primer vuelo*, había construido un panteón, cuyo trazado fue idea de Galdós, «grande, serio y hermoso, hecho con piedra de Hinojedo, de carácter medio bizantino, y cuyo túmulo afecta la forma de una ciclópea cruz yacente». Añadía que el

⁹¹ Mi agradecimiento al Ayuntamiento de Polanco por facilitarme este documento.

novelista montañés «se ocupa hoy en reflexionar sobre la brevedad de la vida, entregado así a santos pensamientos», y dejándose llevar de un bienintencionado lirismo, imaginaba la apoteosis, «cuando llegue el día, del gran pintor enterrado en su escenario, allá en lo alto de su lugar, en la cima de Cumbreles, el Polanco que él inmortalizó en *El sabor de la tierruca...*» («Pedro Sánchez»: 1891b).



Imagen 35. El mausoleo de Pereda en Polanco
(Biblioteca Virtual Cervantes)

La Época, El Heraldo, La Libertad, El Resumen, La Correspondencia y otros diarios madrileños interpretaron que Pereda tenía el presentimiento de la muerte y había hecho construir un lujoso mausoleo. Según *El Heraldo*, «Los ilustres Pérez Galdós y Pereda se ocupan en una honrosa tarea: el castellano de Luanco [sic] ha tenido el capricho de ver labrar su sepulcro, y el autor de los *Episodios Nacionales* le ha hecho el dibujo, de un puro estilo bizantino. Hacemos votos

sinceros para que este sepulcro tarde mucho tiempo en ser ocupado» (*Heraldo de Madrid*: 1891).

A instancias de Pereda, «Pedro Sánchez» redactó otra gacetilla para quitar importancia a lo dicho en la anterior: el sepulcro «no tiene nada de particular», Pereda está «tan decididor y animoso, que [...] se ha reído de nuestra fantasía», concluirá pronto «una colección de cuadros sueltos, terrestres y marítimos, y pondrá en el telar cuartillas para su novela *Peñas arriba*, una novela de los montes de Cabuérniga, con pastores y osos e hidalgos cazadores» («Pedro Sánchez»: 1891c).

Y cuenta a Ortiz de la Torre que «La fantasía del sepulcro, como todo lo trivial, recorrió media España, de periódico en periódico, revisiéndose en cada trámite nuevos y más fantásticos colores, hasta darme a mí por muerto para el mundo. Díjele a Pepe en broma que convenía rectificar la noticia, y hasta le indiqué los términos en que debían hacerse las rectificaciones, y salió el ciempiés que V. ha visto» (carta 654). Y así se lo contaba también a su primo Cuevas (carta 652).

Sinforoso Quintanilla y otros amigos animaron a Pereda a presentar su candidatura a Senador por las Sociedades Económicas de Amigos del País. Daban el éxito por seguro pues el Primer Ministro Francisco Silvela acogía con entusiasmo su candidatura aunque el gobierno tenía poca influencia en estas Sociedades. Apoyaban a Pereda en Madrid, además de Menéndez Pelayo y Marañón, varios políticos influyentes (carta 604). Escribía a don Marcelino: «Por grande que sea la repugnancia a meterse un hombre en estos líos, una vez metido en ellos ya no queda otro recurso que echar el resto y los bofes para ‘vencer o morir’ como los progresistas de Espartero» (carta 605). Y «sucedió lo de siempre: que se picó el amor propio y que los trabajos se hicieron más ostensibles; y aquí me tiene V. ya que no satisfecho, resignado al menos, y a los amigos con grandes esperanzas.» (carta 605). Y curándose en salud, como acostumbraba a hacerlo, escribía a Clarín que «Entre los varios disparates que yo he cometido este año, el más garrafal consiste en haber consentido en que esta Económica me proclamara candidato a la Senaduría por la región leonesa» Y le agradece su prometida ayuda en Oviedo (carta 608).

Don Marcelino le aconsejó que escribiera a Zamora, a Oviedo y a León para reunir el número de votos que contrarrestara el de los

dados al candidato gallego Montero Ríos (carta 604). Mediado marzo Pereda contaba con Santander, Liébana, Oviedo y Zamora; pero entre todas estas ciudades no daban más de 5 compromisarios, había otros dos disponibles en Palencia, y, al parecer, otros 6 en Santiago, dada la fuerza allí del elemento clerical y carlista. Pereda tomó la campaña con empeño, en Madrid visitó al Subsecretario del ministerio del Interior, acudió al Senado para relacionarse con los políticos, hizo viajes a Palencia, a León y a Zamora y mantuvo una activa correspondencia.

Siempre es aventurado intentar reconstruir la historia basándose en datos incompletos; estas cartas a Sinforoso Quintanilla, a Menéndez Pelayo y a Pepe Quintanilla revelan complicadas maniobras políticas en varias provincias a favor o en contra de diversos candidatos, lealtades y deslealtades, promesas incumplidas, el doble juego del gobernador de León causante del fracaso de Pereda, además de la inesperada obstrucción a su candidatura orquestada por Amós de Escalante (cartas 614, 615, 616, 604, 605, 618).

Como contaba a Sinforoso (cartas 614 y 622), tras el fracaso de su candidatura, Pereda escribió a quienes habían colaborado con él en esta ocasión agradeciendo su ayuda, para que, como decía a Pepe, «con ello se evapore el último recuerdo de esa campaña» (carta 621). No hay duda que, a juzgar por sus esfuerzos, le habría gustado ser Senador y que, como cuando recibía reseñas negativas a sus libros, aquel fracaso tuvo que dolerle. Dos años después, en carta al obispo don Felipe Ortiz, quitaba importancia a aquella gestión, a la que afirma que accedió mal de su grado por la «cariñosa oficiosidad» de Sinforoso Quintanilla y «que estuvo a pique de proporcionarme el disgusto de salir elegido por León; porque puedo asegurar a V. con toda firmeza que todas mis esperanzas se cifran en el sosiego, en la paz y en el aura santa de la familia» (carta 726).

Pereda era amigo de Oller desde principios de enero de 1884, y a través suyo se había relacionado con otros escritores y artistas catalanes. En sus cartas se mostraba como un decidido defensor de la lengua y de la cultura catalanas usando argumentos semejantes a los expuestos después en *Nubes de estío*. El capítulo «Palique» - por el que le felicitaron *La Veu de Catalunya*, Josep Pin i Soler, Vidal i Valenciano, Joan Sardà y Josep Yxart - estaría escrito como un homenaje personal a sus amigos de Barcelona (carta 602), aunque sin esperar la agradable sorpresa de que correspondieran nombrándole Man-

tenedor de los Juegos Florales de Barcelona de 1892. Un telegrama firmado por Lluís Domènech⁹² y por Josep Pin i Soler⁹³ le anunció el nombramiento, cuya iniciativa partió de Eusebio Güell y del marqués de Comillas así como de Oller y de Yxart.



Imagen 36. Lluís Domènech, por Ramón Casas

⁹² El arquitecto Lluís Domènech i Montaner (1849-1923) fue uno de los creadores más destacados del Modernismo catalán, a quien se deben, entre otras muchas obras, el Palau de la Música y el Hospital de Sant Pau en Barcelona. Fue amigo del segundo marqués de Comillas y de Eusebio Güell, para quienes hizo y restauró obras en Comillas. Autor, asimismo, del edificio de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Santander. Tuvo un destacado papel en el movimiento nacionalista catalán, presidió la Lliga de Catalunya (1888) y la comisión que aprobó las Bases de Manresa (1892).

⁹³ Josep Pin i Soler (1842-1927) fue un destacado novelista y el renovador del teatro catalán al que incorporó el realismo de la comedia burguesa. Traductor también de los clásicos europeos al catalán y autor de libros de viajes. De tendencia conservadora y españolista, perteneció a la Academia de Bones Lletres de Barcelona.

Pereda respondió a la «regocijada carta» de Pin i Soler del día 13, expresándole su temor a pronunciar ese «parlamento de gracias» que «me pone a mí los pelos de punta, y me haría renunciar al cargo si no se tratara de lo que se trata» (carta 656). En parecidos términos escribió a Oller agradeciendo la oferta de quedarse en su casa, que no aceptaba por haber en Barcelona familias montañesas, y además le acompañaría su hijo mayor, «que tiene verdadera ansia de conocer a Barcelona, no sé si por lo que ha oído y oye a menudo a sus padres, o porque, como lo voy sospechando, le hierve el catalanismo en la masa de la sangre» (carta 657). Y pedía en sus cartas que sus amigos atendieran al «afamado pintor montañés Fernando P. del Camino» cuando llegara a Barcelona.

A pesar del evidente gusto con el que acepta el cargo de Mantenedor, Pereda quiere hacer ver a Ortiz de la Torre, como a otros amigos en otras ocasiones, que lo hace a pesar suyo, como una molestia o un penoso deber: «sólo por tratarse de aquellas gentes y de cosa tan seria para ellos como esa fiesta, no he renunciado al cargo que me hace sudar de congoja» (carta 658). Siguen otras cartas a Miquel i Badía (carta 668) y a Oller a quien pide que traduzca el discurso y que lo lea «un alma caritativa» (carta 669), y a Oller y a Polo y Peyrolón da el itinerario del viaje, que hará acompañado de su hijo y de su cuñado Aurelio de la Revilla (cartas 676 y 677). Escribía a Galdós que «Tomando por pretexto un ligero quehacer que tengo en Barcelona, emprendo con Juan Manuel y Aurelio un viajecillo que comenzará por Madrid y Valencia» (carta 675). Y aun cuando asegura desdeñar los homenajes que se le tributan, en sus frecuentes cartas a Quintanilla cuida de que aquellos sean conocidos en breve por sus paisanos, a lo menos en las páginas de *El Atlántico*.

Con la de hoy, son ya dos las peticiones que he recibido de Barcelona de una fotografía para grabar mi retrato y publicarle en los extraordinarios de los respectivos periódicos, con motivo de los Juegos Florales. De nada de esto hagas mérito en letras de molde. De la que se arme allá, ya te tendré al corriente para que hagas uso de ello, el uso que quieras. (carta 678)

Estuvo en Barcelona cuatro semanas, desde fines de abril hasta el 25 de mayo de 1892, una visita cuya interpretación y significado ha

analizado Laureano Bonet en su ya clásico estudio *Literatura, Regionalismo y lucha de clases*. (Galdós, Pereda, Narcís Oller y Ramón D. Perés). En él destaca la gran cantidad de comentarios, noticias, artículos y reportajes publicados en la prensa de Barcelona sobre este viaje, centrándose principalmente en *La Vanguardia*, que era el órgano del conservadurismo liberal de primer orden (Yxart, Oller, Sardá), *La Renaixença*, el portavoz del catalanismo romántico e intransigente de Angel Guimerà, el *Diario de Barcelona*, de Miquel i Badia, que representaba el conservadurismo de las clases medias, y *La Dinastia*, que era de tendencia monárquica. Pero frente a la entusiástica acogida de estos periódicos apenas hubo reacción de la prensa carlista y de la del republicanismo obrerista. De esta estancia da cumplida noticia Oller en sus *Memòries* (Oller: 2014: *passim*.)

La Barcelona burguesa, ilustrada y europeizante de 1892, sede pocos años antes de la Exposición Universal, se consideraba el París del Mediterráneo, y gozaba de gran auge económico, industrial, artístico y cultural en un momento en el que la cuestión social y la regionalista se hallaban encrespadas al máximo «en un clima colectivo de temores, resentimientos, esperanzas, mitos»⁹⁴ (Bonet: 1983: 126)

⁹⁴ En 1887 el *Centre Català* sufrió aguda crisis debido a la ruptura entre la corriente izquierdista y federalista de Valentí Almirall, y otra más catalanista y conservadora, l' *Unió Catalanista*, cuyo periódico era *La Renaixensa*. Esta nueva generación de l' *Unió Catalanista* condenó los viejos procedimientos y preparó un programa de Autonomía regional y confederada dentro de España, rechazando el *tot o res* (independencia, separatismo, o nada). Así nació el nuevo partido de *La Lliga de Catalunya*, cuyo portavoz era el periódico *La Veu de Catalunya*, (que comenzó a publicarse el 1 de enero de 1899) a la que pertenecían varios amigos de Pereda como Lluís Domènech, Antoni María Gallissà y Narcís Verdager i Callis. A la Lliga se unió el *Centre Escolar Catalanista* del que formaban parte los futuros dirigentes del nacionalismo catalán: Enric Prat de la Riba, Francesc Cambó y Josep Puig i Cadafall. La Lliga encarnaba el movimiento catalanista, en el transcurso de los Jocs Florals de 1888 presentó un segundo *memorial de greuges* a la Reina Regente y en 1891 propuso la formación de la *Unió Catalanista* que celebró su primera asamblea en Manresa en marzo de 1892, a la que asistieron 250 delegados, en la que se aprobaron las *Bases per a la Constitució Regional Catalana*, más conocida como las *Bases de Manresa*. El presidente fue Lluís Domènech i Montaner, el secretario, Enric Prat de la Riba y el presidente de la comisión encargada de redactar las Bases, Josep Torras i Bages. El periódico de Barcelona más abierto entonces a la causa catalanista era *La Renaixença*, en tanto que *La Vanguardia* sostenía posturas prudentemente autonomistas.

y el presente estaba ensombrecido por tensiones clasistas como las huelgas, la violencia callejera y los atentados anarquistas. Los Juegos Florales, una fiesta catalanista y burguesa, caía aquel año en el 1 de mayo, la fiesta obrera del trabajo, por lo que se decidió retrasarla una semana, y la prensa conservadora reflejaba la incertidumbre y el miedo de las clases económicamente más holgadas de la ciudad (carta 679).



Imagen 37. Cartel del Cincuentenario de los Juegos Florales, 1908
(Museo Reina Sofía)

La prensa de la clase social dominante formada por los grupos políticos, eclesiásticos y culturales de la burguesía barcelonesa difundió la visita de Pereda, quien aportaba al regionalismo la mitología de Cantabria, el afecto a Cataluña y la crítica al centralismo madrileño. El novelista montañés era una imagen y un símbolo que los ideólogos de la burguesía catalana manejaron de modo más o menos abierto como estandarte frente a los «peligros» de un mal entendido internacionalismo proletario (Bonet: 1983: 148 y 212) y Bonet interpreta aquella estancia en función del significado político de éste como portador de determinados «signos» regionalistas. Destaca tanto

un posible manejo de Pereda por parte de la *intelligentsia* catalana - en función de una abierta técnica anticentrista, y de otro grupo que «exalta, magnifica e incluso, en algún momento, parece manipular políticamente la presencia de Pereda... es el grupo tradicionalista-rural, el grupo de Vic, cuyos ideólogos y activistas son, en buena parte, clérigos (Torras i Bages, Morgades, Verdaguer, Jaume Collell, con Verdaguer i Callis como enlace entre ambos grupos). (Bonet: 1983: 209).

Al mismo tiempo, advierte el desajuste ideológico «entre ambas partes, pues precisamente la mayoría de los acompañantes, e interlocutores del novelista por tierras del Principado, habían participado con papeles, por cierto, muy destacados, en la Asamblea de Manresa», como Pin i Soler, Angel Guimerà, Lluís Domènech i Montaner, y otros (Bonet: 1983: 163).

En las diversas excursiones por Cataluña le mostraron aquellos lugares de índole histórica, religiosa, cultural y regionalista que constituían los máximos signos de la identidad catalana: la propia Barcelona como orgulloso arquetipo de poder industrial; la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer y los Juegos Florales en un sentido cultural y festivo; Montserrat y Ripoll como los mitos de una conciencia nacional cimentada, a su vez, por una robusta y primitiva fe religiosa; y Vic, prototipo del catalanismo rural y tradicionalista (Bonet, 1983: 148).

De la visita a Poblet no hay más referencias que la carta fechada en Valencia del 25 de abril en la que Pereda confirma a Oller que se encontrarán allí con él y con Camino. El monasterio estaba todavía en ruinas pero

allò no podia dir-li res perquè no era de la seva terra. A través dels seus *quevedos* jo li veia divagar lo esguard sens que ni bo i es fixés en allò que més als seus parents aixecaba crits d'amiració talment com si ell fos orb o el més ignorant de tots». Y precisamente en la bella sala capitular, dijo impaciente y con tono de enfado: «Yo no sé de dónde sale ese hálito de hielo que siento en mis espaldas siempre que visito ruinas». (Oller: 2014: 344)

[Aquello no podía decirle nada porque no era de su tierra. Yo le veía pasear la mirada a través de sus *quevedos* sin fijarla en nada de aquello que provocaba exclamaciones de admiración a sus familiares, como si fuera ciego o el más ignorante de todos.]

L'endemà matí agafarem, doncs, el tren de Reus, i arribarem allà migdia. Dinarem en un d'aquells hostalets, visitarem en un parell d'hores les bellíssimes ruïnes del cèlebre Monestir [...] i al vespre del mateix dia [el jueves] el Consistori dels Jocs en cos, ens rebia a l'estació de Barcelona por deixar instal·lats a despeses de la institució floualesca, com s'acostuma, l'il·lustre convidat i els parents, a l'Hotel d'Anglaterra. (Oller: 2014: 137-139)

[Al día siguiente por la mañana tomamos el tren y llegamos allí al mediodía. Comimos en uno de aquellos mesones, visitamos en un par de horas las bellísimas ruinas del célebre monasterio [...] y al atardecer del mismo día el Consistorio de los Juegos Florales en pleno nos recibía en la estación de Barcelona para dejarnos instalados a costa de la institución floualesca, como es costumbre, al ilustre convidado y a sus familiares, en el Hotel de Inglaterra].

En Tarragona fueron recibidos por las autoridades en la estación, visitaron las antigüedades romanas y los museos, e invitados a comer; Pereda escribe a Quintanilla «de lo de Tarragona, no hablemos, porque aún me duele la paliza» (carta 681). Estuvieron en Vilanova i la Geltrú, «adonde me llevó Balaguer. Traje grandes impresiones de aquella hermosa villa, que son mejores para narradas de palabra que por escrito. Hasta me hallé a Cafetera, vivo y efectivo, en aquella playa...» (carta 681).

Hoy, dentro de dos horas, de juerga a Valldrera [sic]. Mañana, la gorda en los florales, y por la noche, más gorda en el banquete; después a Montserrat, día y medio lo menos, luego a Vich, y a los quintos infernos, y siempre con distintas gentes, y sin saber cuándo se acabará todo ello para descansar de veras. De todas estas cosas hablan a cada paso los periódicos,

y publican retratos y semblanzas (la escrita por E. Menéndez en *De Cantabria* ha sido reproducida por *La Vanguardia* y muy ponderada por cuantos la han leído) y como los periódicos son muchos y yo no leo más que alguno que otro que llega a esta casa por casualidad, no puedo enviarte los que deseas, ni tampoco conviene que el *Atlántico* sea muy machacón en estas cosas. Lo que haré es enviarte, o hacer que te envíen, después de los Juegos, algunos que te den la crónica general hecha, por si quieres utilizarlos. En cuanto al discurso, procuraré mandártelo también cuando me lo devuelvan, pues aún no lo he recogido después de traducirle magistralmente Oller, a quien ha gustado en extremo, pero te advierto que le aguardan también *La Veu de Catalunya* y *La Vanguardia*. Juan Manuel tiene ya listo su traje de etiqueta y espero con cierta curiosidad ver a Aurelio enfrascado en el suyo, cuyos ringorrangos no he logrado traslucir todavía». (carta 681)⁹⁵

Varios miembros de la Lliga invitaron a Pereda a visitar un sitio tan lleno de simbología catalanista como era Montserrat, y Bonet destaca la coloración política de alguno de ellos, como Joan Permanyer y Lluís Durán i Ventosa de la Unió Catalanista, Ramón Picó i Campamar, y el arquitecto Lluís Domènech i Montaner, miembro de la Lliga y presidente de l'Unió Catalanista (Bonet, 1983: 171-172). Allí tuvo Pereda un encuentro fortuito y una conversación con el Dr. Jaume Català, obispo de Barcelona y muy ignorante en materias literarias, que Oller refiere graciosamente en sus *Memòries* (Oller: 2014: 345-347). De esta visita escribe Pereda a Quintanilla que «Lo de Montserrat fue estupendo por las impresiones. De esto ya hablaremos de palabra» (carta 682).

Acudió al estreno de la tragedia *Judit de Welp* de Guimerà, que había fracasado en Madrid porque no gustó aunque los catalanistas dijeron que fue por razones políticas. Cuando se estrenó en Barcelona en función de desagravio, tuvo un éxito delirante. En una carta a Quintanilla cuenta:

⁹⁵ De Aurelio, escribía Oller «que encara que ja bastant madur, era molt jovial i fins un bon xic còmicament picat d'elegant y *galantuomo*». [«Que aunque era ya bastante maduro, era muy jovial y se las daba un tanto cómicamente de elegante y de conquistador».] (Oller 2014:140).

Esta noche reestreno en el teatro Catalán (Novedades) de la *Judith* de Guimerá, sacrificada en Madrid a los rencores de los chicos. Asistiré de gorra, por supuesto. De hoy en ocho días estreno de su tragedia o drama *L'ànima morta*. Ibidem. A media semana, estreno también de la ópera *Garín* de Bretón. Reinan malos vientos contra ella. (carta 681)

Pero *Garín*, cuyo libreto estaba basado en una vieja leyenda catalana, mereció una «ovación indescriptible,» en especial un coro del primer acto, una balada y una «preciosísima sardana» que se repitieron. Tomás Bretón fue muy homenajeado en una «atmósfera de intenso catalanismo que impregnaba amplios grupos de la burguesía y la intelectualidad barcelonesa» (Bonet: 1983:139-145).

Escribía a Quintanilla: «Vino a verme, cargado de bufandas y sobretodos, y eso que se derretían los vidrios de calor, D. Juan Mañé y Flaquer, [...] un señor de gran estampa, agradabilísimo trato y con todo el entusiasmo literario de un principiante» quien va a fundar una ilustración-revista de gran importancia y de muchísima circulación, y que además paga las colaboraciones», y Pereda le dio el nombre de Quintanilla y de otros amigos (carta 682).

Los Juegos Florales se celebraron el 8 de mayo. A no ser que alguna carta fechada entre el 8 y el 16 del mismo mes no haya llegado hasta nosotros, y no parece ser así por no haber referencias a ella en las demás cartas, Pereda, que contaba a Quintanilla tantas cosas, no dice nada de aquella ceremonia, aparte de mencionar brevemente la indumentaria de su cuñado Aurelio (carta 682). Tampoco Oller es muy explícito en el capítulo IX de sus *Memòries* (Oller: 2014: 159-171), en el que comenta diferentes agasajos y visitas; aquí se limita a decir que en la presentación de los Juegos, Joaquim Cabot leyó el discurso de Pereda,⁹⁶ quien «fou més aclamat que la reina d'ells, que els poetes guanyadors» [fue más aclamado que la reina de los Juegos, que los poetas triunfadores] (Oller: 2014: 139). Bien es verdad que el Mantenedor montañés hizo llegar a Quintanilla los periódicos de Barcelona con la reseña del acto para que éste hiciera el debido uso de ellos, por lo que sabemos que tuvo gran eco en la prensa, y que el discurso de Pereda fue interrumpido por grandes aplausos y ovaciones

⁹⁶ Pereda: «Discurso en los Juegos Florales»: 2009b: 451-457.

cariñosas. En el tradicional banquete celebrado el mismo domingo 8 de mayo a las 7 de la tarde para festejar los Juegos Florales, Pereda leyó «El óbolo de un pobre», y fue muy aplaudido. Y en la misma carta a Quintanilla del 17 de mayo (carta 682), le cuenta que en una cena en casa de Güell, a la que asistieron Mosén Jaume Collell, canónigo de la catedral de Vich y poeta y Narcís Verdaguer, le convencieron para ir a visitar Poblet y Vic.

Mañana, comida en casa ajena, y en la de Güell,⁹⁷ pasado mañana. ¿Cómo mil demonios hemos de raer de aquí en toda la semana? Lo que más me maravilla es que nunca me he visto con mejor salud, cuando tantos méritos hago para perderla.

Te incluyo un recorte de *La Vanguardia* de ayer porque contiene un juicio sobre mi discurso, según el cual, conforme en todo con la opinión corriente aquí, esta es la nota justa del regionalismo catalán en la inmensa mayoría de los catalanes que no va tan allá como la fracción de los catalanistas congregados en Manresa.⁹⁸ Excuso decirte que me siento muy complacido de ello. (carta 682)

«Llegaron a mis manos tu carta del 12 y *El Atlántico* en que se publica mi discurso» - escribe a Quintanilla - «No sé si haces bien en atormentar a esas gentes iliteratas con la crónica de mis aventuras, pero una vez publicadas, paréceme de perlas el párrafo agregado al final. Es bueno que se sepan ciertas cosas» (carta 682).

Días después enviaba a Quintanilla otro recorte de *La Vanguardia* con más noticias y le sugería que «tomando pie de mi despedida de Cataluña, dieras un prudente sahumero a los corteses y rumbosos catalanes que tanto simpatizan con nosotros. Una vez hecho esto, une al

⁹⁷ Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, y Eusebio Güell tuvieron un considerable papel en la financiación de algunas importantes entidades del movimiento nacionalista catalán, tanto en su vertiente cultural como política. El apoderado y hombre de confianza de Güell era Ramón Picó i Campamar, uno de los fundadores de la Jove Catalunya, creada en Barcelona en 1870, tal vez el primer grupo ideológico abiertamente regionalista.

⁹⁸ Aquella fracción de los catalanistas congregados en Manresa — Pin i Soler, Lluís Domènech i Montaner y Àngel Guimerà— era la que pocas semanas después invitó y exaltó a Pereda.

periódico que le contenga algo que *componga* bien con ello, entre lo publicado hasta hoy, y envíalo todo cuanto antes bajo una sola faja al Director de *La Veu de Catalunya*, la cual, con *La Renaixença*, es el órgano oficial de toda esta gente animosa y culta en toda la extensión de la palabra» (carta 684). Además de los periódicos y recortes de prensa que cubrieron esta visita, Pereda remitió a Quintanilla desde Barcelona tres extensas cartas fechadas los días 7, 17 y 24 de mayo de 1892, poniéndole al tanto de sus andanzas y homenajes (cartas 681, 682 y 684).

También organizó la Lliga una velada en honor de Pereda a la que asistió un distinguido público en el que figuraban Oller, Yxart, Sardà, Pin i Soler, Eusebi Güell, Guimerà, Verdaguer i Callis, Cabot i Rovira y Permanyer, presidente de la Lliga, que es una buena muestra del entorno político de Pereda (Bonet, 1983: 177).

Al día siguiente del estreno de *Garín* tuvo lugar el homenaje a Pereda de la Academia Calasancia, al que asistió «lo mejor de nuestra sociedad». Se leyeron discursos y poesías y un fragmento del capítulo «Palique», y leyó Pereda «Las de Cascajares». Destaca en estos discursos la defensa que hicieron los diversos oradores de la literatura española, tipificada por Pereda, quien fue muy ovacionado. «Como nuevo signo de comunión regionalista, - escribía el periódico *La Dinastia* de Barcelona - varios caballeros, paisanos del señor Pereda, asistieron a la memorable sesión, luciendo la característica boina» (Bonet, 1983: 172-174). «El domingo salí macerado de la velada de la Academia Calasancia, jurando no volver a otra aunque quieran llevarme con la guardia civil» (carta 682). Finalmente, Pereda ofreció un banquete de despedida en el Hotel Falcón, al que asistieron no pocos representantes del capital, la política y las letras catalanas.⁹⁹

Oller destaca el enorme impacto que tuvo la capital catalana en el ánimo del montañés:

⁹⁹ Entre otros, Víctor Balaguer, Eusebi Güell, Gonzalo de Montalbán, montañés y presidente de la Audiencia, Joan Permanyer, presidente de la Lliga, Ramón Picó, presidente del Consistorio de los Juegos Florales, Lluís Domènech, presidente de la Unió Catalanista, Gaietà Vidal de Valenciano, el asturiano Ramón Luanco, catedrático de la Universidad de Barcelona, gran bibliófilo, amigo de Menéndez Pelayo y de su padre, Narcís Oller, Àngel Guimerà, Joan Sardà, Joan Pin i Soler, Josep Yxart, Francesc Miquel i Badía, Fernando Pérez de Camino y Narcís Verdaguer i Callís. Ver Pereda: 2009b: 457-459.

Amb els corrieres de dia i els teatres, convits i festes de nit, Barcelona els arribava a semblar un segon París, a la manera que en ells els havia fet imaginar la màgica capital de França [...] la lectura de drames i novel·les. Engrandia aquesta il·lusió fins la visita a Establiments benèfics, tan excepcionalment luxosos i pulcres com la Casa de Maternitat, etc. (Oller: 2014: 140).

[Entre las correrías diarias y la asistencia al teatro, a convites y a fiestas por la noche Barcelona llegó a parecerles París, como se les imaginaría que era la capital de Francia [...] en la lectura de dramas y novelas. E incluso aumentaba esta ilusión la visita a establecimientos de beneficencia, tan excepcionalmente lujosos y pulcros como la Casa de Maternidad, etc.]

Y en otra ocasión, don Narciso comenta con cierto retintín que los invitados se sentían repetidamente «en el extranjero» y que viniendo de «terres tan escases de gran industria» se asombraban de que en la casa Sert por 35 pesetas pudieran comprar la tela de un traje nuevo de verano, cosido por un sastre determinado por 25 más, y tener así un terno elegante por tan poco precio (Oller: 2014: 344-345).

El catalanismo de Pereda era de índole estrictamente lingüística y cultural y, como se recordará, el regionalismo catalán fue el modelo de quienes lanzaron *La Tertulia* y la *Revista Cántabro-Asturiana* (García Castañeda: 2004a: 114-118). Pereda rechazó radicalmente el regionalismo político que se estaba imponiendo en Cataluña a partir de las Bases de Manresa, y en sus cartas a Oller mostraba su disgusto con las manifestaciones antiespañolas de los universitarios¹⁰⁰ y a Quintanilla de los catalanes en general (carta 682).

Y le duele «en el alma que sólo en esa comarca española, a la que tanto quiero, se grite y se escriba, por fas o por nefas, contra España y su integridad territorial» (carta 682).

¹⁰⁰ *La Veu de Catalunya* fue un periódico en lengua catalana que salió en Barcelona desde el 1 de enero de 1899 hasta el 8 de enero de 1937. *La Veu*, nombre con el que era conocido popularmente, había nacido sin embargo como semanario literario y político el 11 de enero de 1891, siendo sus fundadores Narcís Verdaguer, Joaquim Cabot i Rovira y Jaume Collell. En 1899 se convertiría en diario y tribuna política de la Lliga Regionalista, bajo la dirección de Enric Prat de la Riba.

De años después es una carta a la Srta. Rita Benaprés,¹⁰¹ en Sitges, en la que en los términos más amistosos y corteses, alaba su conocimiento del castellano, y expresa su propio amor a Cataluña, a su cultura y su lengua y confirma, como siempre hizo, que es «siempre poco cuanto se haga y se diga en provecho y gloria del terruño natal, y demasiado, hasta la tentación, no más, de mirar con malos ojos a la Patria grande» (carta 1124).

Don Narciso simpatizó en su juventud con el partido demócrata y luego llegó a un tolerante escepticismo (Beser: 1965) pero sus amigos y allegados eran catalanistas, en sus *Memòries* comparte sus quejas sobre los políticos y la política centralista del gobierno, y deja bien claro con quién están sus simpatías.

Cuando Pereda recibió un telegrama firmado por Ayné [Joaquim Ayné i Rabell], director de *Cataluña artística* pidiéndole una «carta-recuerdo» para el número de homenaje que dicha revista pensaba dedicar a la muerte de Jacint Verdaguer, preguntaba a Oller qué tipo de revista era pues «he observado que del triste suceso que todos deploramos se quiere sacar partido por algunos para que retoñen las que yo creía apaciguadas sino muertas leyendas que tanto escandalizaron».¹⁰² Y le autorizaba para publicar donde mejor le pareciera «mi profundísimo sentimiento por la muerte del gran poeta catalán. Y ¿cómo no, si tuve la honra de ser su amigo y leía y leo sus obras con fervorosa admiración?» (carta 1278).

Y en otra carta anterior destacaba el progreso de la revista «del amigo Miralles, el último número, el 15, es notabilísimo» (carta 1130).¹⁰³

¹⁰¹ Rita Benaprés Mestre. Hija del Dr. Gaetà Benaprés, quien acogía a las personalidades que visitaban Sitges, desde modernistas y vanguardistas a hombres afines al régimen. Las composiciones de Rita fueron puestas en música por diversos compositores catalanes, y sus amigas publicaron *Cánticos*, una antología de sus poesías.

¹⁰² Se refiere Pereda al llamado «caso Verdaguer», pues este poeta en sus últimos tiempos escandalizó a la iglesia y la sociedad catalana más conservadora por romper con su estatus de sacerdote servil al poder y vivir en los bajos fondos de Barcelona, junto a una mujer viuda. Esto inspiraría probablemente a Galdós a escribir *Nazarín*, una hipótesis planteada por W. T. Pattison aunque sin justificar una importante fuente documental que aporta Laureano Bonet (2011: 67-83, nota 39).

¹⁰³ La modernista *Hispania*, «*Revista mensual literaria y artística*» se publicó en Barcelona entre 1899 y 1901. El propietario y primer director era Hermene-

No es fácil distinguir entre la realidad y la exageración en lo que dicen estas cartas. Aunque siempre afirma lo contrario, es indudable que a Pereda le gustaban los homenajes y que se hablara de él; también lo es que le molestaba dejar la comodidad de su casa y el magisterio de sus tertulias para visitar lugares que no le interesaban y conocer nuevas caras. Tenemos abundante información de esta visita gracias a Oller, a los datos publicados por Laureano Bonet y a las propias cartas de Pereda. Contrastan el entusiasmo y el celo de los organizadores de aquellos actos con la displicencia y el tedio que revelan estas cartas. Suelen ser extensas y están dirigidas principalmente a Pepe Quintanilla, a quien confía sus propias experiencias, tan diferentes a la versión difundida por la prensa. En realidad, a Pereda le interesaban pocas cosas excepto los elogios de los periódicos que difundían su fama. Si fuera por él, de sus actividades durante estas dos semanas sabríamos poco pues sus visitas a lugares pintorescos, o de gran valor histórico no le afectaban, y apenas mencionó algunos: «Lo de Ripoll y de Vich acabó de quebrantarme» (carta 684).

Su desinterés y su displicencia podían llegar a ser ofensivas; como recuerda Oller, durante sus visitas, «La Barcelona que veía a sos peus, tan nova i blanca li sembla un gran ‘montón de cascajo’; el blau mediterrània, ‘una charca inofensiva’. Quan el vem dur a Montserrat, l’any 92, la Catalunya que d’allí estant s’obira li feu l’efecte d’un oceà d’argila seca» (Oller: 2014: 65). [La Barcelona que veía a sus pies, tan nueva y tan blanca le pareció un montón de cascajo; el azul Mediterráneo una charca inofensiva. Cuando le llevamos a Montserrat el año 92 el panorama de Cataluña que desde allí se divisa le hizo el efecto de un océano de arcilla seca.] «A Montserrat escoltant un rossignol, va dir-nos seriosament que cantaven

gildo Miralles (Barcelona, 1859-1931), encuadernador, litógrafo y decorador. Estaba excelentemente impresa e ilustrada, y colaboraron en ella escritores de la categoría de J. O. Picón, Blanca de los Ríos, Emilio Cotarelo y Rafael Altamira, y artistas como Fortuny, Ramón Casas, Zuloaga, y Sorolla. Entre sus directores artísticos estaba Miquel i Badía, a quien se podría atribuir la relación de esta revista con Pereda y su grupo, y en ella escribieron, además de Pereda, Enrique Menéndez Pelayo, Alfonso Ortiz de la Torre y José María Quintanilla. El primer número de la colección de la Biblioteca Municipal de Santander, lleva esta dedicatoria a mano, «A Don José María de Pereda. Su ahijada agradecida le dedica el primer número que sale».

molt millor els de la seva terra» (Oller 2014: 65-66) [Cuando oyó un ruiseñor en Montserrat nos dijo en serio que cantaban mucho mejor los de su tierra].

Sus impresiones sobre estos sitios son breves, superficiales y en general, despectivas. Lo que sí predomina en ellas es el interés por el eco que tienen en la prensa estos homenajes y el uso que el fiel Quintanilla hará de estas noticias, a quien instruye cómo hacerlo. Le envía periódicos, recibe los de Santander que cuentan sus hazañas, y está contento y en buena salud (carta 682). Tantas idas y venidas le cansan, tantos discursos y lecturas le aburren; le encantaban los homenajes pero no estar presente en ellos. Esto lo advirtió el agudo don Narcís, que quería tanto a Pereda y le conocía bien.

El autor de *Nubes de estío*, Juan Manuel y Aurelio Revilla salieron de Barcelona el miércoles 25 de marzo a las 8 de la mañana de la estación de Zaragoza. Aquel fue el viaje triunfal de un Pereda mitificado que simbolizaba «el mundo viejo», es decir, la sociedad tradicional en peligro de muerte por los vientos revolucionarios e internacionalistas que soplaban sobre la Europa finisecular, un Pereda que compartía con sus amigos catalanes los mismos mitos e imágenes, las mismas esperanzas y hostilidades. (Bonet: 1983: 150-152). Ya en casa, cuenta a Oller su viaje por Zaragoza y Pamplona. En Burgos,

para colmo de maceraciones y quebrantos, y contra todo lo que yo esperaba, al apearme en esta estación, me asaltó medio pueblo, con las autoridades a la cabeza, que me trajo en vilo hasta casa, frente a la cual acamparon por la noche Orfeones y bandas, que no cesaron en sus respectivas tareas hasta las dos de la mañana. Con esto, con lo pasado y algo que lo siguió al otro día, imagínese V. como quedaría mi cuerpo. (carta 686)

A juzgar por los encargos y comentarios de Pereda parece que apenas había en Santander cosas modernas y elegantes ni artesanos y obreros especializados. Ignoro si el comercio de muebles, de telas y de ropas así como el de objetos de artesanía y de adorno era mejor y más variada en Barcelona o en Madrid; a juzgar por esta correspondencia a lo largo de los años, Pereda compró en la Corte pocas cosas, y eso, en casos de necesidad (el sombrero hongo y el quinqué

encargados a Ortiz de la Torre). En cambio, le atraían mucho las que vió en Barcelona, donde compró ropa e hizo muchos encargos más al pacientísimo don Narciso, como azulejos, cortinones y no pocos muebles para su nuevo piso de la calle Hernán Cortés, y varias otras cosas. A su vuelta de este viaje habrá un rosario de cartas en las que le encarga objetos muy diversos; son muy extensas y en ellas le pide información y muestras, da medidas, y le encarga que ajuste precios y pague cuentas. Pereda confiaba en el buen gusto de Oller y dejaba a su elección las compras, por las que le felicitaba. Siempre, eso sí, acompañando cada carta de una convencional *mea culpa* por causarle tantas molestias. Así, apenas llegado le encarga unos azulejos para la casa de Polanco como los que vieron en el Museo de reproducciones. Le manda las medidas y detalla la manera en la que habrán de colocarse (cartas 687 y 694).

Según afirma repetidamente en sus cartas era muy sensible al calor, y en esta ocasión agradece a Polo las atenciones que tuvieron con él en Valencia, «esa africana ciudad», pero «¡qué calores por esos mundos de Dios!», y le anuncia que «Si las fuerzas corresponden a los propósitos, este verano emborronaré algunas cuartillas» (carta 688). En cambio, cómo se presenta el verano «explendente de luz, qué refrigerante de brisas marinas, y qué rico de praderas y follajes!» e invita a media docena de amigos catalanes a visitarle (carta 690). Como la hija de Pereda y la de Oller llevaban el mismo nombre, inventó Pereda bromeando el «Tratado de las dos Marías», según el cual se visitarían la una a la otra y por ello insiste en que la María catalana venga con su padre a pasar unos días en Santander, y pinta las delicias de la ciudad en verano (carta 697).

En otra extensa carta a Oller queda en dejar la visita para el verano que viene, le cuenta las complicaciones al colocar los azulejos, y las contrariedades durante la obra, y que los trajes comprados en Barcelona, «particularmente el mío, que es como el de V.», han resultado excelentes en calidad y en hechura, y «resulta una economía de más de 50 p%». En cuanto a novelas le dice que tiene deseos de «hacer algo este verano» pero que todavía no ve claro (carta 698). Y a principios de octubre le cuenta que ha comenzado una novela [*Peñas arriba*] (carta 705).

También le relataba sus achaques, a veces de modo tan detallado y prolijo como el de la colocación de los azulejos y de los muebles.

En esta ocasión tras describir lo síntomas de su último ataque, «la fuente del mal está en el colon», incluye una receta del Dr. Sojo que le envió Oller, «4 gramos de Naftol, y de 2 « Salicilato de bismuto en 8 pílds.», con la variante del Dr. Argumosa, otro doctor amigo, con «4 gramos de Naftol y 11/2 » extracto de ruibarbo en 30 píldoras para tomar, en sellos, una detrás de cada comida» (carta 715).

Apoyado por su partido presentó Menéndez Pelayo su candidatura a Senador, y como parte de la campaña a su favor queda una carta a Clarín que revela cómo participó en ella Pereda solicitando votos para su amigo (carta 723). Un mes más tarde le felicitaba por haber sido elegido unánimemente. «Demasiado mozo resultas para abuelo de la patria; pero con dejarte las patillas solas, echarte bastón y acentuar un poco la nota sería de tus conversaciones en salas y pasillos de la Alta Cámara queda salvada la dificultad» (carta 725).

Para festejar el éxito del estreno de *La loca de la casa* en Madrid los literatos y periodistas de Santander ofrecieron un banquete a Galdós en el que participó la prensa local con excepción de *La Atalaya*. No deja de ser curioso que asistiera Amós de Escalante quien escribió a Enrique Menéndez aceptando la invitación que le hicieron los escritores jóvenes. «Continuo pues siendo uno de los vecinos de Santander que contribuyen al obsequio a Pérez Galdós» (Escalante: 1893).

El banquete se celebró el 9 de marzo en el Hotel Continental. Por la crónica del 10 de marzo de 1893 en *El Atlántico*, «En honor de Galdós» de José María Quintanilla conocemos los detalles de aquel homenaje en el que José Estrañi recitó unos versos festivos y Pereda leyó «Va de cuento», un relato inédito compuesto para aquella ocasión, al que contestó Galdós con unas emocionadas palabras. En la mesa presidencial había dos grandes ramos de flores con cintas con los nombres de obras de Galdós, y que por iniciativa de Estrañi se enviaron uno a casa de don Benito y otro a la de Pereda. Y a continuación fueron todos a San Quintín, «el palacete», como llamaba Doña Emilia al chalet de la Magdalena, que la mayoría visitaban por primera vez.



Imagen 38. Benito Pérez Galdós y José Estrañi.
(Centro de Estudios Montañeses)

La detallada descripción de los muebles y de los objetos curiosos que contenía dio pie a *La Atalaya* para publicar al día siguiente «La casa de Galdós», un artículo en el que en forma del intencionado diálogo entre una niña inocente y su madre se acusaba al novelista de tener en su casa la mascarilla de Voltaire pero ninguna imagen religiosa, de ser masón y de escribir obras impías y contrarias a la Religión. Contestó rebatiéndole *El Atlántico* («Lo intolerable», 12 de marzo de 1893) y de inmediato le respondió el anónimo de *La Atalaya* con el artículo «Los de Orbajosa», que iba encabezado con una cita de un pasaje en la *Historia de los Heterodoxos*, en el que Menéndez Pelayo consideraba a Galdós como «heterodoxo por excelencia» y «enemigo implacable y frío del catolicismo». Intervino entonces *El Aviso* en defensa de don Benito («Va de cuento», 14 de marzo de 1893) con la fábula de unos perros que ladran a otro de Terranova con un hermoso rabo porque ellos no le tienen. *La Atalaya* contestó con «Tila. El mismo son» (15 de marzo de 1893) en el que atacaba a Galdós y a «Pedro Sánchez», sin nombrarle, y la polémica continuó entre *El Atlántico* («El hierro frío», 16 de

marzo de 1893) y *La Atalaya* («Para terminar», 17 de marzo de 1893) que había llevado la polémica al terreno religioso y pedía que las autoridades religiosas juzgaran el caso. El 18 contestó *El Atlántico*, «De vuelta estamos», y no tardó en contestarle el 19 *La Atalaya*, «¡Gracias a Dios!» en un tono cada vez más agresivo, que Bravo Villasante califica de «tendencioso y avieso», llevando la discusión al terreno de la controversia religiosa. El 20 de abril publicó *El Atlántico* «La demencia». Y en aquel mismo día, Pereda mencionaba brevemente en carta a don Marcelino «el cisco armado aquí con motivo de nuestro banquete» a Galdós, pues ya le suponía enterado de él. «¡Qué gentes, Señor, estos devotos que todavía se usan!». El día 23 *El Atlántico* publicó el artículo «Desistimos» para no continuar la discusión en vísperas de Semana Santa (Bravo Villasante: 1970-1971a).

Otro encargo a Galdós en Madrid: que pregunte «a ese ebanista de V.» dónde conseguir el roble americano que se necesita para hacer un mueble porque en Santander no le hay, y «No se le olvide preguntar por el cristal, la cerradura, tiradores, escudetes etc... y traerme los azulejos.» Le pinta la primavera santanderina «risueña y rozagante» y le anima a dejar «esa condenada Babel y vuélvase a aquella Magdalena que no debe tener igual a la hora presente» (carta 728).

Tras repetidas invitaciones, don Narciso y María decidieron ir a pasar unos días en Santander, «un acontecimiento tan gordo como inesperado,» que llenó de satisfacción a Pereda (carta 731), quien preparó una serie de diversiones y actividades. Pedía a Alfonso Ortiz que al paso de los viajeros por Madrid, «le visite V. de mi parte y ‘se ponga a sus órdenes’» (carta 735). Allí conoció personalmente Oller a Rafael Altamira, se vieron todos los días y entablaron una gran amistad, Altamira era entonces secretario de Salmerón y redactor del periódico *La Justicia*, donde colaboraba Oller. Se hospedó con su hija en el Hotel de las Cuatro Naciones, en el que vivía don Marcelino, con quien charlaba un rato todas las mañanas en su cuarto. Conoció también a Ortiz de la Torre y a Salvador Rueda, y con María visitaron museos y paseos, jardines y teatros, e hicieron una excursión a Toledo (Oller: 2014: 143-144).

En la estación de Santander les esperaban la familia Pereda y los amigos, que les llevaron al Gran Hotel en el Muelle. A Don Narciso y a María les emocionaron la amable sencillez, la discreción

y la generosidad de los parientes y amigos de Pereda que les colmaron de atenciones y obsequios. El panorama de la bahía les pareció verdaderamente soberbio y recorrieron las principales calles pero al autor de *La papallona* no le impresionaron el aire provinciano de la ciudad ni su mundillo. Don José habría tenido un gran disgusto de haber podido leer lo que escribió su amigo en sus *Memòries*. Las calles de Santander,

llevat del Muelle y del boulevard, no tenen res de notable ni de cómodo tampoc, per quant grant part de la mateixa és costeruda, estreta, vella i pobra de monuments, sens que ni tan sols sa catedral de dos pisos arribi a interessar per ses proporcions i belleses arquitectòniques, i anat a raure, últimament, a una certa guantería d'aspecte vilatà i regida por un vellet,¹⁰⁴ a on solien veure's cada migdia, com en certes farmacies de nostres viles llurs summitats, el gran novel·lista i sa plana major». (Oller: 2014: 149).

[aparte del Muelle y del *boulevard* no tienen nada de notable ni de cómodo pues gran parte de la ciudad está en cuesta, es estrecha, vieja y pobre de monumentos, sin que ni siquiera la catedral de dos pisos llegue a interesar por sus proporciones y bellezas arquitectónicas, y acabamos yendo a parar a cierta guantería de aspecto pueblerino regida por un viejecito, en la que solían verse al mediodía el gran novelista y su plana mayor, como hacen los notables en algunas farmacias de nuestros pueblos.]

Y las «famoses platges del Sardinero», su Casino y su Gran Hotel le parecieron muy inferiores a los de su rival guipuzcoana (Oller: 2014: 151). Las Catacumbas, «que no eren més que l'entresol, bastant fosc i baix de sostre, que posseia don Sinforoso Quintanilla en sa casa de

¹⁰⁴ A Doña Emilia, «el guantero». le pareció «un viejecito que, en vez del aspecto adamado y la charla melíflua que parecen requisitos indispensables en el ramo de la perfumería ofrece el tipo del clásico *lobo marino*, honrado y rudo; de esos pilotos o capitanes que han cruzado el Atlántico centenares de veces. El *guantero*, en lugar de leer a Pereda, lee a pasto el *Boletín Eclesiástico* de la diócesis, y así que lo acaba, lo vuelve a empezar. La tienda es como un pañuelo...» (Pardo Bazán: 1895: 35).

la Rúa Mayor, on tenien llur penya o tertúlia íntima, totes les tardes plujoses i vetlles d'hivern» (Oller: 2014: 149). [Las Catacumbas «no eran más que el entresuelo, bastante oscuro y bajo de techo, de don Sinforoso Quintanilla en su casa de la Rúa Mayor, donde tenían su peña o tertulia íntima las tardes lluviosas y las veladas del invierno.»]

La prensa local anunció la llegada de los viajeros y gracias a *El Atlántico* conocemos sus actividades en aquellos días: la comida ofrecida en su casa por la familia Revilla, la velada literaria en «las Catacumbas», varios de cuyos contertulios conocían las obras más destacadas de la literatura catalana, al día siguiente otra en casa de Pereda, visitas al «eminente naturalista santanderí» don August González de Linares en la Estación de Biología Marina (Oller 2014: 150) y a la fábrica *La Rosario*, un concierto en casa de la familia Huidobro y otras tantas invitaciones.



Imagen 39. Augusto González de Linares

Don José María organizó un banquete en honor de los visitantes el día 17 en la Fuente del Francés, al que recordaba a Galdós era «Inexcusable asistencia de V. salvo jaqueca» (carta 736), en el lenguaje telegráfico que a veces usaban en broma, que Oller ya había salido de

Madrid: «Llegada Santander mañana tren correo. Cartas anteriores habíame hablado grandes deseos hallarle a V. aquí. Sirva gobierno. Nosotros ánimo jalearle cuanto posible. Diga dictamen si interésale asunto. Informes respetive, Muelle, 4, 3º» (carta 737).

Al banquete asistieron numerosos amigos («Una gira», *El Atlántico*, 18 de junio de 1893) y de la descripción del almuerzo en la Fuente del Francés, cerca de Solares, en honor de Oller, del menú y de los nombres de los asistentes se hizo eco la prensa local. («Sección de noticias. *El Atlántico*, 27 de junio de 1893; «Crónicas», *Boletín de Comercio*, miércoles, 28 de junio de 1893. (Oller 2014: 369-377 nota 14).

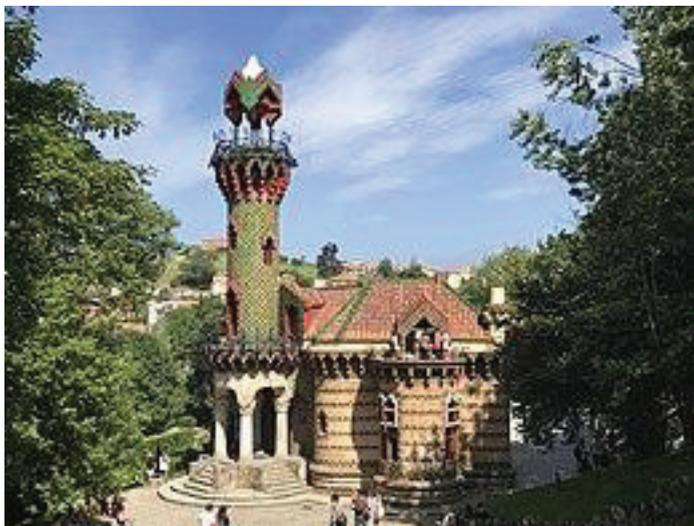


Imagen 40. El Capricho

No participaron los dos Escalante pero don Amós le mandó *Costas y montañas* y *Ave Maris Stella* con una nota breve y cortés. Entre aquellos amigos Oller recordaba muy elogiosamente a Demetrio Duque y Merino, a don Angel de los Ríos, a «Pedro Sánchez» y a tantos más, por su nombre (Oller 2014: 153). Y les recibió Galdós «amb l'entusiasta efusió de bon company que sempre m'a dispensat» en su «palacete [...] una veritable *maison d'artiste*» de cara a la mar. («Pedro Sánchez»: 1893a; en Oller: 2014: 381-384).

Pereda procuró que don Narciso y María conocieran los lugares más bellos de la tierra como Santillana, Solares, Liérganes, la Hermida, San Vicente de la Barquera, Torrelavega y Comillas. Oller destaca que debido al primer marqués de este nombre y a su hijo gran parte de los suntuosos monumentos de la villa eran obra de los arquitectos catalanes Joan Martorell y Lluís Domènech i Montaner, y como gran cantidad de catalanes trabajaba allí, un barcelonés estableció una fonda en Comillas. (Oller 2014: 386).

Hicieron una gira en una *corconera* por el río Cubas y estuvieron tres o cuatro días en Polanco. A los visitantes les gustaron mucho aquellos hermosísimos paisajes y los amigos de Pereda regalaron a María un pandero pintado por Carlos Pombo, con versos y firmas de los amigos. La estancia en Santander concluyó con una cena en casa de Pérez de Camino con su mujer Hermitas y su suegra doña Estrella de Movellán («Despedida», *El Atlántico*, 9 de julio de 1893). En todo momento recuerda Oller en estas *Memòries* la afabilidad y la franqueza de los santanderinos, la cariñosa acogida de la prensa local, y el gran prestigio de que gozaba Pereda. La visita a Santander tuvo ecos en la prensa nacional y en la catalana (Oller: 2014: 154-155). Siguiendo las *Memòries*, don Narciso y María fueron a Bilbao en un vaporcito, que entonces era la comunicación más fácil y más rápida. Los bilbaínos les recibieron con gran amabilidad, visitaron la ciudad, que a Oller le hizo pensar en la industriosa Inglaterra, y les llevaron a Guernica. Como nota curiosa, Oller destaca negativamente el comportamiento de Unamuno,

m'hi sobra un poc l'afany que mostra de lluir ses gracias de xistós inestroncable - contínuament provocades i celebrades per sos companys - l'avui tan admirat i enaltit per nostres intel·lectuals de professió rector de la Universitat de Salamanca, en la que desempeñaba una catedra ja llavors don Miguel de Unamuno». (Oller: 2014: 157-158)

[me pareció excesivo el afán que tenía de lucir sus inagotables gracias de chistoso - continuamente provocadas y celebradas por sus compañeros — don Miguel de Unamuno, el hoy tan admirado y ensalzado por nuestros intelectuales rector de la Universidad de Salamanca, en la que entonces ya desempeñaba una cátedra.]

Como en Bilbao trataban de dar un carácter oficial y politizar su visita (Oller: 2014: 390-391) con periodistas, recepciones y banquetes, que contrastaba con la familiar y cariñosa acogida de los santanderinos, anticiparon el viaje a Burgos (Oller: 2014: 158-159). No vuelve a haber más noticias de ellos hasta una carta de Pereda recibida en Barcelona, en la que muestra su satisfacción por la visita y avisa el envío de una caja con un calderón, un cuévano, libros, y algunas prendas que dejaron olvidadas. «Estamos conformes en lo monumental de Burgos» — contesta en ella a otra de Oller - «Las Huelgas tienen muy poco atractivo para la curiosidad del viajero. [... San Sebastián] «es un pueblo a la moda y sin importancia ni color local» (carta 739).

Escribía al mismo: «Me hallo con deseos de hacer algo este verano, entreveo algunos materiales aprovechables, y sin embargo, nada de ello surge tan claro en las nebruras del cerebro, que me anime a coger la pluma para darle forma y color» (carta 698). Pero entrado el otoño le confirmaba que «Ya me he metido en barro: hace ocho días puse la quilla a una novela, y otros tantos que no se por dónde voy con la tarea ni qué fines persigo en ella. Verá V. qué pisto manchego va a salir, si es que sale algo en limpio» (carta 705). Con Menéndez Pelayo era más explícito:

Yo ando algunos días hace metido con pocos alientos y de mala manera, en el empeño de una novela, no ya montañesa, sino montaraz, de entre lo más enriscado de la cordillera Cantábrica; pero el poco conocimiento que tengo de aquellas regiones y la consiguiente dificultad de circunstanciar sus cosas, unido a las contrariedades mecánicas que este taller me ocasiona a cada instante, son trabas que no me dejan andar al paso que yo acostumbro, ni con la seguridad que se necesita cuando se va derechamente a alguna parte. (carta 709)

Reiteraba a Miquel i Badia la imposibilidad que hallaba de trabajar en Santander y la esperanza de hacerlo en Polanco (carta 712), y a Oller que sus problemas de salud, «el ataque», y una invencible pereza le habían hecho suspender las tareas literarias comenzadas (carta 713), y en términos semejantes iba informando a sus corresponsales del escaso progreso de la novela (cartas 723, 725, 727, 730, 732 y 739).

Me parece de especial interés el que Pereda declare a Clarín que considera esta futura novela como «la que falta a mi modesta Obra, la de los altos Montes», concibiendo así su labor creativa dedicada a un conjunto de temas diversos a los que da cima, se completan ahora y forman un todo armónico: su Obra [con mayúscula] (carta 723).



Imagen 41. Ángel de los Ríos
(Biblioteca Menéndez Pelayo)

Ya en Polanco, la novela progresaba: «Ya está V. despachado en el libro: dos largos capítulos en él ocupa» — escribía a don Ángel de los Ríos — «Poco espacio es para figura de tanto relieve, si estuviera bien pintada; pero como no lo está, sobra la mitad del lienzo. Válgame la buena intención, y Cristo con todos» (carta 741); y confiaba a Mingo Cuevas que en cuanto le dejaron solo y con tranquilidad, se arrimó a las cuartillas «como burro a la noria, tira que tira sin cesar, y siempre faltándome más camino que el que dejo andado». Además el Sordo se

empeñó en enseñarle el puerto de Sejos y el valle de Campóo, Proaño inclusive, «y entre ir y volver, y verle a medias por causa de la niebla, aunque viendo otras cosas que no había visto y me han servido para rectificar muchos errores cometidos en el itinerario de mi personaje, se me fue cerca de una semana» (carta 742).

La dedicación a la novela no le aparta de la preocupación por sus achaques, el temor a las amenazadoras plagas que rondan la península como la viruela o el «peregrino del Ganges», y la presencia de «la guadañita» de la muerte que va llevándose a parientes y amigos. Lamentando la muerte de Vidal de Valenciano escribe a Oller: «Todavía es V. muy joven para estimar lo hondo que duele la pérdida de un amigo y coetáneo, a ciertas alturas de la vida, cuando ya se cuentan por los dedos los pocos que van quedando en el mundo de esa segunda familia» (carta 739).

A fines del verano comenta al mismo las «tareas feroces que me estoy dando de la novela» y su irritación por no darla fin: «cuanto más hago más me falta y más obstáculos acuden a interrumpirme; y quiera Dios que no sobrevenga alguna interrupción que sea más insuperable que las pasadas». Su hija María, «sin hartarse de conciertos y zarzuelas está con nosotros desde el lunes último» y Juan Manuel está «demasiado laciote y melancólico, hasta el punto de no hacerme gracia maldita ese estado, aunque en él es casi el ordinario durante el estío, desde anteayer» (carta 744).

Al día siguiente el joven de 23 años se suicidó, víctima, al parecer, de una depresión nerviosa. *El Atlántico* del 7 de septiembre dedicó la primera plana, «En Polanco», a los solemnes funerales celebrados el día anterior en la iglesia del pueblo por «el virtuoso alma del joven cuya inesperada muerte lloramos [...] por terrible accidente que nos es penoso recordar». Según las primeras noticias en *La Atalaya* (4 septiembre 1893) y *El Aviso* (5 septiembre 1893), «hallábase el joven Pereda limpiando una escopeta de dos cañones, la cual se disparó, con tan mala fortuna, que toda la carga de perdigones fue a clavarse en el pecho del desgraciado, dejándole muerto en el acto», aunque pronto se supo que había sido un suicidio.

Los funerales fueron en la iglesia de Polanco, que estaba llena hasta rebosar entre los vecinos del pueblo y de los alrededores y los amigos y admiradores de Pereda que llegaron en coches de Santander, «de los balnearios» y de las partes más remotas de la provincia para «Rendir

piadoso tributo al infortunado Juan Manuel de Pereda, a cuya alma dará Dios el premio de una vida pura». La excepción fue Amós de Escalante, quien tenía una hermana muy grave.¹⁰⁵ En la casa, «el padre amantísimo combatía con las explosiones de dolor que de nuevo vibraban en cada abrazo de sus amigos», y se recibían gran cantidad de cartas de toda España, entre ellas, una de Galdós. El cronista añade que «A las dos de la tarde, por milagro casi, de su voluntad, habida cuenta del tiempo a que recibió en Proaño la noticia, llegó a casa del señor Pereda nuestro venerable amigo don Angel de los Ríos y Ríos, que había hecho a pie parte del largo camino, para abrazar llorando al inconsolable padre». Pereda quedó aquella noche acompañado de «su cariñoso amigo el sacerdote don Ambrosio Menjón». Y también en primera plana y en la misma página publicaba *El Atlántico* un breve artículo, «Crónica triste», de don Ángel, fechado en Proaño el día 6, en el que expresaba su deseo de que Pereda no cumpliera «la resolución de romper su pluma que anuncia *El Atlántico*».

¹⁰⁵ Según *El Atlántico* estuvieron presentes Sinforoso Quintanilla, Vicente Aparicio, Manuel García Obregón, Eduardo de la Pedraja, Antonio F. de Echanove, Pedro Requivila, Manuel Aranna, Tomás G. Quijano, José R. Cereceda, Alvaro Lanuza, Eusebio Guell y B. Leandro Alvear, J. D. de la Pedraja, G. Gómez Ceballos, Ramón Solano, Gonzalo Cedrún de la Pedraja, Tomás Agüero S. de Tagle, Luciano Gutiérrez, Antonio Vázquez, Vicente Terán, Gregorio Gordoy, Th. Thounbeau, Antonio G. Cueto, Domingo G. Cueto, José García Alvaro, M. Menéndez Pelayo, Santiago López, Luis López, Manuel Gallo, José Zumelzu de Aja, Antonio de Mazarrasa, Fernando P. del Camino, Alfredo de la Escalera, Ramón Fernández Hontoria, Tomás Quijano y Erasun, Fermín de Sojo Lomba, Juan Alonso, Rafael Botín y S. de Porrúa, Evaristo Rodríguez de Bedia, Remigio Fernández Hontoria, J. M. González Trevilla, Julián de Pereda, Joaquín Campuzano, Francisco Aparici, M. de Huidobro, Antonio Bustamante y Casañis, Enrique Menéndez, Víctor Fernández Llera, Antonio Gomar, Aurelio López Vidaur, Agabio Escalante, José Ferrer, José Venero, Carlos Pombo, Ceferino Calderón, Isidoro Ruiz de Villa, Andrés G. Prieto, Javier de la Revilla, Enrique Huidobro, Federico de Vial, Alfonso Ortiz de la Torre, Antonio Cabrero y Mons, Valentín Cuervas Mons, José María Quijano, Gilberto Quijano, Modesto Martínez Pacheco, José María de la Viesca, Eusebio Sierra, Fernando Fernández de Velasco, J. de Pelayo, Marcelino Menéndez Pintado, Indalecio S. de Porrúa, Domingo Cuevas, José María Quintanilla, Pedro de Hornedo, José de Hornedo, Ambrosio Menjón, Eduardo de Huidobro, Fernando de Huidobro, Manuel Gallo, Aurelio de la Revilla, Eutimio de la Revilla, Fernando de la Revilla, Jesús de la Revilla, Luis de la Revilla, José María Gutiérrez Calderón, Angel de los Ríos y Ríos, Eduardo González Alonso.

El 4 de septiembre, estando de veraneo en Puigcerdá recibió Oller un telegrama de Sinforoso Quintanilla: «Juan Manuel, hijo de nuestro amigo, murió víctima de un accidente desgraciado». Oller ofreció por telegrama ir a Santander pero Sinforoso respondió con otro: «Pereda más tranquilo. No aceptaría su ofrecimiento. Si se necesitase yo sería el primero en exigirselo. Escribí a Puigcerdá el lunes». Don Narciso le recordaba como «un jove tan tímida, tan despullat d'ambicions, tan religiós i fins tan extremadament humil» [«un joven tan tímido, tan libre de ambiciones, tan religioso i tan extremadamente humilde»] (Oller: 2014: 163-164). Oller reproduce en sus *Memòries* la carta que recibió de Sinforoso Quintanilla del 7 de octubre de 1893, que incorporo a este Epistolario por contar de modo circunstanciado y veraz la muerte del desdichado joven (carta 746). Y al mismo Oller debemos una carta de José Zumelzu del 7 de septiembre de 1893 con estos escafofrantes detalles: Se suicidó a las 10 de la mañana.

Pensar en la escena que siguió al tiro que destruyó el corazón de Juan Manuel, espanta. Diodora oyó la detonación, corrió desolada al cuarto de su hijo, le halló en el suelo, le recogió en sus brazos ya cadáver, su sangre empapó el vestido, la cara y las manos de su madre, que se moría de dolor, y en esa situación los halló Pereda que, momentos antes, había ido a ver las obras de la Iglesia. (Oller: 2014: 415)

Laureano Bonet consultó en la casa solariega de Polanco el manuscrito de *Peñas arriba* en el que estaba marcada con lápiz rojo la cruz que señalaba el momento de la muerte de Juan Manuel (Bonet: 2006: 499 nota 7.3).

Oller hacía referencia al complejo de inferioridad que sufría Juan Manuel por su tartamudez y «la gota que féu sobreixir el vas fou l' insolent esclat de rialles amb que unes operàries de la fàbrica, que es veié obligat a reptar el día 29 o el 30 d'agost, choregaren les dificultats de *rompre* del tartamut reptador» (Oller: 2014: 497) [«la gota que hizo rebosar el vaso fueron las insolentes risotadas de unas obreras de la fàbrica el 29 o el 30 de agosto, a las que se vio obligado a hacer frente el joven tartamudo»].

Según Pin i Soler, «Era mes alt y ferm qu'el seu pare, hermós de visatge, modest, senzill. Parlaba ab certa dificultat, consecuencia

visible d'ordre cerebral y'l seu petit defecte, qu'l feya restar silenciós, l'entristía fins a l'estrém de que, segons sembla, fou la causa única de la seva trágica mort» (Oller, 2014: 497-498). [«Era más alto y firme que su padre, hermoso de cara, modesto, sencillo, hablaba con cierta dificultad, consecuencia visible de un desorden cerebral, y su pequeño defecto, que le hacía quedar en silencio, le entristecía al extremo de que, según parece, fue la única causa de su trágica muerte»].



Imagen 42. Juan Manuel de Pereda, fotografía de Zenón
(Foto propiedad de Tota Calderón)

Según la carta de Sinforoso, el 2 de septiembre a las 10 de la mañana Juan Manuel se mató de un tiro. Esta versión difiere de las dadas por Pereda a Oller, escrita el día antes de la muerte del joven, al P. Vinuesa: «habían precedido a aquel hecho cinco días de delirio constante» (carta 748), y a Polo y Peyrolón: «su muerte tras unos cuantos días de delirio, súbito e inesperado» (carta 752). Tan solo casi dos meses después se atrevió Pereda a escribir a su amigo Oller una carta desolada, dolorosa y sentida que muestra la firmeza de su fe religiosa, de la que quiero destacar este pasaje sobradamente expresivo:

creo que el alma angelical de mi hijo está gozando de la eterna felicidad al lado de su creador, y que el horrendo contraste que forma una vida tan ejemplar y tan cristianamente perfecta, con lo súbito y espantoso de su acabamiento, es una prueba más de lo misterioso y eternamente inexcrutable de los designios de la Providencia; yo les acato sin rebelión y sin protestas, yo bendigo la cruz que me agobia, por venir de donde viene; pero la carne flaca, el pedazo de corazón tan bárbaramente arrancado, la herida enconada y sangrienta... todo esto, amigo del alma, duele y atormenta mucho; y aquí más que allá, donde tenía mayor amplitud para esparcir mis penas, y la sepultura al alcance de mis ojos. (carta 747)

Pereda se propuso imprimir unos recordatorios en los que figuraran las indulgencias concedidas por todos los obispos de España, como confesó a Oller: «Aspiro a reunir las de todos los Prelados de España, porque raro será el obispado donde no tenga yo que enviar algún recordatorio. Obispo hay que se ha anticipado a enviarme las indulgencias sin que yo se las pidiera» (carta 750). Fue una verdadera obsesión a la que dedicó no poco tiempo, y para cuya gestión pide a sus amigos, especialmente a Oller, a Teodoro Llorente, a Polo y Peyrolón, a Jacinto Verdaguer, frecuente ayuda (cartas 750, 752, 753, 764, 765, 767 y 776). En las cartas relacionadas con estas gestiones se queja de la falta de respuesta de su amigo el montañés Gonzalo de Montalbán, Presidente de la Audiencia de Barcelona, quien estuvo presente en los homenajes a Pereda de los Juegos Florales el 2 de enero de 1894, sin saber que éste había muerto el 3 de marzo de 1894.

Una nueva preocupación es la de construir un marco para el retrato del hijo que motiva nuevas cartas y detalladísimas instrucciones: «Espero los diseños del marco que usted me ofrece, dándome, según costumbre, mucho más de lo que pido. Me bastaba con el gusto exquisito de usted, y téngalo en cuenta por si quiere ahorrarse ese trámite» (A Oller: cartas 750 y 753). Y entre la información pedida no falta la del precio; 500 pesetas le parece caro, pide a Oller que gestione el precio definitivo y concluye con una de sus habituales fórmulas exculpatorias. «¡Cuándo será la hora, mi bondadoso amigo, en que se vean V. V. libres de mis impertinencias!» (carta 753).

Por encargo suyo, el capellán don Ambrosio Menjón comunicó al P. Vinuesa la noticia de la muerte de Juan Manuel, a la que éste contestó el 9 de septiembre con otra carta afectuosa y sincera. La de gracias de Pereda es un ejemplo de texto funeral cristiano y dolorido, digno y resignado. En estas cartas a confesores y a otros eclesiásticos Pereda no parece dudar de la salvación del alma de su hijo, «el infeliz mártir, dulce, creyente y fervoroso», pero insiste en confirmarla con el P. Remón, el confesor de siempre del joven, con el P. José Vinuesa (carta 748) y con las indulgencias de todos los obispos de España.

Dos meses después de la muerte del joven sucedió la explosión del vapor *Cabo Machichaco* en la tarde del 3 de noviembre, que fue la mayor catástrofe que sufrió Santander en su historia.¹⁰⁶ Pereda oyó la explosión, y vio los resplandores del incendio desde su casa del número 4 del Muelle. Y en la misma carta al P. Vinuesa se refería a «la inenarrable conflagración del día 3 en esta ciudad, lo cual si no anima mi desgracia, pareceme que me priva del derecho de quejarme de ella, por respeto a otros tan grandes, y aun mayores» (carta 748).

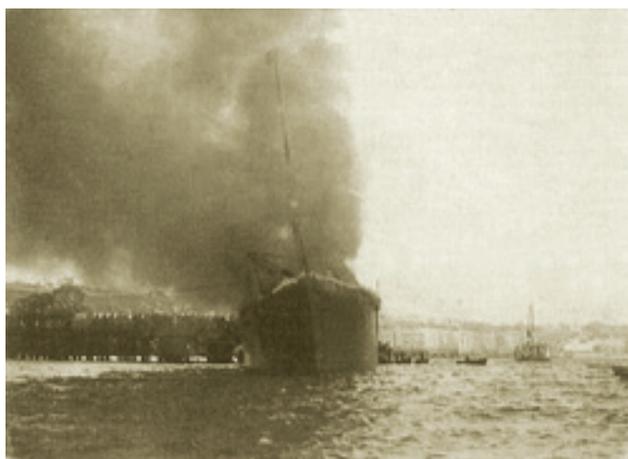


Imagen 43. El vapor Cabo Machichaco ardiendo en los muelles de Santander.

¹⁰⁶ Casado Soto, Sarabia y Sazatornil Ruiz: 1993. La catástrofe inspiró a Pereda su última novela, *Pachín González*, de la que me ocupo más adelante.

Entre los fallecidos estaban el Conde de las Bárcenas (José Luis Fernández Cavada y Martínez) y el Fiscal de la Audiencia Antonio Echanove, otro amigo y contertulio. Pocos días después sigue contando a Oller más detalles del siniestro, y su intención de marchar todos a Polanco hasta el fin del peligro (carta 751). «En medio de la nebulosidad y del desquiciamiento que reinan en las cavidades de mi cerebro» iba dando noticias sobre amigos y conocidos y el desarrollo de la tragedia. «Esto es inenarrable; y a veces y con haber creído que mi desgracia era de las mayores que puedan ocurrir en una familia, me creo sin derecho para quejarme de ella por respeto a lo que veo ahora en otros hogares, aun más castigados que el mío» (cartas 753 y 750).

A propuesta del Marqués de Comillas se formó un Ayuntamiento de notables para encargarse del gobierno de la ciudad después de la catástrofe. «Sinforoso que es más que primer teniente alcalde, aunque pudo haber sido alcalde presidente y son concejales con él, su sobrino Mazarrasa y Agabio Escalante, hermano de Amós. Veremos si se logran los fines concebidos» (carta 776). La segunda e inesperada explosión tuvo lugar el día 21 a las 9 y media de la noche, destrozó a los diez y ocho infelices que trabajaban en las bodegas, y sembró el espanto en la población que huyó en todas direcciones. La voladura final de los restos del *Machichaco* sería probablemente el viernes y en carta a Oller Pereda calculaba que no menos de 20.000 almas saldrían de Santander antes de la hora de la voladura (carta 794).

Entre tanto continúa ocupado con los diversos encargos, el amueblamiento y la decoración de la nueva casa; pide a Galdós ayuda para seguir recogiendo las indulgencias que le faltan, y que «no deje de mandarme con la tela que ha de traer Quiñones las muestras de moquetas finas para el cuarto de María, y otro por el estilo, y las de tiras para mi despacho y carrojeo» (carta 771). Y al día siguiente escribe entristecido a Oller que «el pobre Juan Pelayo [ha] muerto pocos días hace a consecuencia de un crónico padecimiento cardíaco, agravado por las fatigosas tareas del Hospital en los horribles días, que siguieron al funesto de la catástrofe (carta 772).

El anarquismo fue una de las formas de protesta en España contra las condiciones de vida y de trabajo principalmente de los campesinos andaluces y de los obreros catalanes, y comenzó a manifestarse con atentados por aquellos años. Limitándonos a Cataluña, a mediados de mayo de 1892 estalló una bomba en la Plaza Real de Barcelona;

y el 24 de septiembre del año siguiente, el día de la Mercé, durante un gran desfile militar por la Gran Vía presidido por Arsenio Martínez Campos, Capitán General de Cataluña, el anarquista Paulino Pallás arrojó dos bombas que causaron varias víctimas. Apresado en el acto, Pallás fue fusilado pocos días después. Lo inusitado del delito, la osadía y frialdad del asesino hacía vivir alarmados a los barceloneses ante «la amenaza de una conspiración tenebrosa que puede volver a estallar mañana» (Oller: 1962: 231-232).

Algunas semanas después, el 7 de noviembre de 1893, Santiago Salvador Franch tiró otras dos bombas en el Teatro del Liceo de Barcelona, lleno aquella noche de un selecto público, que causaron veintidós muertos y treinta y cinco heridos, entre ellos varios amigos de Oller (1962: 232). Pereda se enteró por los periódicos de «la bárbara hazaña de esas hienas anarquistas», y le escribió de inmediato para saber si había habido víctimas entre los amigos.



Imagen 44. El atentado anarquista en el Teatro del Liceo de Barcelona el 7 de noviembre de 1893

¿Qué mal espíritu anda desencadenado por la haz de la tierra inundándola de sangre y cubriendo de luto pueblos y familias? ¿Será la mano de Dios que quiere poner a raya con ejemplares espantosos la soberbia y las codicias de los hombres? Grande, terrible fue mi desgracia; pero le aseguro a V. que desde las dos últimas y recientes hecatombes no me atrevo a quejarme de ella en voz alta, por respeto a la que llevan otros aún más grande. ¡Qué lecciones tan elocuentes si supiéramos aprovecharnos de ellas! (carta 751)

Por otra parte, la creciente amenaza del anarquismo llevó al gobierno a aumentar las medidas de seguridad y el encarcelamiento y torturas de anarquistas en el castillo de Montjuich. Pereda, burgués, capitalista y patrono, desea ver fuera de la ley «a todo linaje de anarquistas, platónicos o de acción, y a perseguirlos sin piedad como a las fieras dañinas» (carta 753). Su desconfianza en gobernantes y políticos se agudiza ante la que considera escasa reacción del gobierno e insiste en que mientras no se ponga a «esa casta de malhechores» fuera del derecho común y «se les persiga como a las fieras» no se conseguirá nada (carta 803). E insiste en que ante la debilidad del Estado y la «sensiblería del periodismo» va a ser preciso implantar en España los linchamientos, y dar batidas a todo lo que trascienda a anarquismo, aunque sea platónico, como se dan de tiempo en tiempo a las bestias feroces» (carta 948). «Ni para defender su propio pellejo tienen ya fuerza estos gobiernos parlamentarios. Es una mala vergüenza esto; y no va a quedarnos otro remedio a los indefensos gobernados, que apelar a los linchamientos, de gobernantes inclusive» (carta 950). No parece haber otras cartas con su reacción al asesinato de Cánovas en el balneario de Sant Agueda en 1897 y a otras manifestaciones anarquistas.

Como con los atentados no conseguían sus propósitos, los anarquistas recurrieron a las huelgas generales, entre ellas la de la gran huelga de los metalúrgicos en Barcelona el 6 de diciembre de 1901. En la última década del XIX Santander sufría una decadencia económica y paralización de los negocios, a la vez que un auge de los movimientos obreros. En 1887 se creó la primera agrupación local del partido socialista. Aquel tranquilo mundo de clases sociales inamovibles y de costumbres tradicionales que tanto añoraba Pereda se deshacía y, a

fin del siglo eran más patentes aquellos cambios que se manifestaron abiertamente en el siguiente, como las reivindicaciones laborales de los obreros, los atentados anarquistas y el creciente poder de socialistas y republicanos. Y por otro lado, se hacía sentir la agitación independentista en Ultramar y en aquella amada Cataluña de los Juegos Florales. La trágica muerte de Juan Manuel, seguida de la catástrofe del *Machichaco* habían dado un nuevo sesgo a su vida, y en breve, la pérdida de las Colonias, la desaparición de allegados y amigos y el progresivo deterioro de la propia salud afectarían profundamente a Pereda. Desde entonces se acrecentó su decadencia: tenía solamente 61 años.

Días después de fallecer el Dr. Pelayo, lamentaba de nuevo con Oller que «la tremenda guadaña de la muerte continúa centelleando e hiriendo implacable en el mermado círculo de mis intimidades más caras» (carta 776). Esta vez, además de Francisco Javier González Riancho, era Ambrosio Menjón: «Desde que estudiamos juntos el Musa musae ha sido entusiasta y fervoroso amigo mío; dándome las últimas grandes e inolvidables pruebas de ello, durante las negras horas de aquellos horribles días de Septiembre» (cartas 779 y 782).

Josep Yxart,¹⁰⁷ el primo e íntimo de Oller, llegó a ser muy amigo de Pereda, quien admiraba mucho su obra. Como vimos anteriormente, él fue quien le encargó la novela *Al primer vuelo*. En su correspondencia con Oller, mediado el 93, comienza a haber referencias a la «ligera indisposición» del futuro autor de *El arte escénico en España* (carta 739); en el balneario de Eaux-Bonnes le conoció Adolfo de Aguirre (Nárdiz: 1950), quien «viene encantado de su talento y de su trato, y asegura que no halla ningún síntoma alarmante en él. Fuera de su afonía, que no es tampoco cosa del otro jueves, le hubiera tomado por un hombre que se quejaba de vicio» (carta 744). Aunque en los meses siguientes parecía haber mejorado (cartas 763 y 772), su salud empeora en la primavera siguiente (carta 794) aunque continua trabajando en su libro (carta 803). Como escribía Pereda en el verano del 94, «Es desconocida en España esa crítica serena y honda, y más tarde

¹⁰⁷ Josep Yxart (Tarragona, 1852-1895), crítico literario, ensayista y traductor, publicó sus trabajos de crítica literaria en los periódicos y revistas de su tiempo, sobre todo en *La Vanguardia*. Fue uno de los mayores teorizadores del movimiento cultural de la Renaixença y uno de los introductores del naturalismo en Cataluña. Autor de *El arte escénico en España*.

o más temprano el libro ha de subir a la altura que le corresponde de justicia en el mundo literario» (carta 807). El Dr. Sojo le avisó de la gravedad de Yxart, que confirmó el Dr. Robert como una tuberculosis laríngea. A pesar de aquella visita al Balneario de Eaux-Bonnes en los Pirineos (Oller: 1962: 230) y de la esperanza puesta en unas inyecciones de nueva invención (carta 849) su estado se agravó y el 25 de mayo de aquel año falleció «mi idolatrado primo José Yxart», a quien Oller «admiraba como maestro y mi mejor guía en mis trabajos literarios» (Oller: 1962: 234). Murió a los 43 años, en la plenitud de su talento. Pereda le quería y le admiraba mucho.

La carta de pésame a Oller, sentida y sincera, abunda en las consideraciones religiosas y morales tan presentes en las de Pereda en aquellos años (carta 861 y 862). Pero se excusa de enviar un artículo para el número de homenaje a Yxart,

esa gran manifestación de duelo que prepara *La Vanguardia*, por culpa de «esta condenada dispepsia que, ocho días hace, me tiene incapacitado en absoluto, entre vascas [*sic*] continuas y desfallecimientos tales, que hasta me veo mal para escribir estos renglones. Es ya un censo irredimible esta plaga, que no me falta dos o tres veces al año, y lo menos que puede colarse por el tejado de mi vida, tan lleno de goteras.

Continúan los encargos y consultas a don Narciso. En una extensa carta le da instrucciones para construir otros muebles, con medidas y un plano, para la compra de cortinones y de unas «sillas de fantasía», y sus precios, y con preguntas acerca de un barniz para suelos de madera y de un betún inglés para dar negro a los hierros y canastillas de las estufas o chimeneas. Para justificar tantos encargos le confía que «parece que Dios, apiadado de mis dolores incesantes, me ha deparado esta ocupación de la mudanza que me obliga a ratos a separar la atención del cuadro afflictivo de mi desventura sin remedio humano; mientras me ocupo de estas nimiedades, me duele menos la herida, o parece, que no me duele tanto» (cartas 779 y 782).

A la carta a Galdós felicitándole por el gran éxito de *La de San Quintín* (carta 778), siguió otra en la que además de felicitarle de nuevo, se excusaba por pedirle unos herrajes y «si la tiene adquirida también, la muestra de esa alfombra de carrejos, inglesa, de que V.

me habló aquí» (carta 780). Lo hacía con urgencia porque «esta noche dormimos ya en la casa nueva», y le contaba que había encargado a los fabricantes, «que si es posible y no muy caro, me envíen las alfombras por doble-pequeña velocidad, y que pasen la cuenta a Suárez» (cartas 785 y 788).

Después de su explosión, el *Cabo Machichaco* continuaba siendo un peligro pues todavía quedaba nitroglicerina a bordo y se temía otra catástrofe. Pereda se hace eco de las inquietudes y temores de sus convecinos pues en la ciudad reinaba un «vergonzoso pánico», y se decía que por sospechas viejas y testimonios recién extraídos del vapor, que éste llevaba contrabando de guerra, para los moros,¹⁰⁸ y que por ocultar estos comprobantes la Compañía Ibarra pretendía provocar otra explosión cuando se creía que aún había a bordo del vapor más de tres toneladas de nitro-glicerina, con lo que no quedaría en Santander piedra sobre piedra (carta 793).

El 1 de marzo tuvo lugar la mudanza a la calle Hernán Cortés, 9, «sin aquel pedazo de nuestro corazón que ya no hemos de hallar nunca en la tierra. Este perpetuo vacío, es, amigo de mi alma, una cruz que cada día me pesa más... y perdone V. que haya dejado escaparse esta burbuja de dolor por las válvulas mal cerradas del gran depósito de mi pecho» (carta 786). Y en la misma carta expresaba a Oller el agradecimiento de su familia pues «no sabemos cómo pagar la prontitud con que lo va V. despachando todo, y la suma de bondad y de paciencia que representa ese trabajo indigno de tan alto ingenio como V.» (carta 786). No parece que el paso del tiempo atenuara el dolorido recuerdo de Juan Manuel, y rara es la carta en la que no hay mención a sus íntimos de aquella ausencia.

Pereda insiste en felicitar a don Narciso y a su hija por su buen gusto en elegir los encargos. En esta ocasión le agradece también la confección de aquel marco que tenía un destino «especial y sagrado», sobre el que le había dado anteriormente detenidísimos detalles (carta 792), pues estaba destinado a un retrato al óleo de Juan Manuel que pensaba colocar en su despacho, y estaba pintando «un mal pintor» en espera de otro retrato mejor (carta 793); era Luis Farina, «un pintor mediano», (del que no he encontrado su nombre entre los de los pintores cántabros), que lo hacía valiéndose

¹⁰⁸ Esto no era cierto. Ver Casado Soto, Sarabia y Sazatornil Ruiz: 1993.

de «una fotografía no buena» (carta 747). El marco gustó mucho a todos, entre ellos a Gomar, quien se encargaría de adornar el ballete con «algún paño adecuado»; también le dijo que con la fotografía y algunos otros datos cualquier pintor de nota puede hacer algo digno y «he dado los primeros pasos para entenderme con un notable artista, montañés además y conocido mío [Luis Sainz],¹⁰⁹ que reside en Madrid» (carta 793).

La carta a Luis Farina es característica de las escritas por Pereda, y más detallada e insistente que las dedicadas a los encargos caseros pues trata de ampliar la imagen del Juan Manuel de la fotografía con la que guarda en su recuerdo (carta 796). Recordaba a Oller que al acercarse el aniversario de su visita a Santander, «¿Quién nos había de decir entonces lo que nos estaba reservado a la vuelta de esos días tan plácidos y tan risueños?» (cartas 804, 805 y 807). Y le contaba que «En los primeros días de julio, iremos a Comillas y a la Hermita; como ya estaré en Polanco entonces, acabaré estas negras fantasías, con una visita más al cementerio de Cotejón, como las que hago cada semana desde que faltó de allí» (carta 806).

Pero a fines de agosto le confía que antes de enfermar Salvador, terminada la mudanza y sin tener ya nada que hacer determinó «por la necesidad de defenderme del enemigo de mi negra imaginación, [continuar] el trabajo mecánico de remendar unos capítulos de los primeros de la novela que quedó a más de medio hacer el año pasado». Y hace ya bastantes días que tiene «a este maestro de escuelas,¹¹⁰ en vacaciones ahora, copiándome los XXII capítulos que tenía hechos, esperando que con la lectura y corrección de las cuartillas que va escribiendo me vaya pegando yo al asunto y hasta emborrachándome un poco, pero hasta ahora no lo he conseguido» (carta 815).

Unas semanas después ha superado la crisis: «he encargado anteayer a la fábrica papel para imprimir el libro que no puedo continuar por los caminos trillados de antes. Quiero ver si delante de los 22 capítulos impresos, se me despiertan, en forma de obligación, las fuerzas

¹⁰⁹ Luis Sainz Ocejo. Pintor madrileño muy relacionado con Cantabria. Retratista, paisajista y autor de trabajos decorativos. Reputado como artista y apreciado como persona.

¹¹⁰ Según don Sixto Córdova, el maestro don Primo de la Torre fue «el amanuense de *Peñas arriba*, incansable andador, natural de Tudanca, adonde se iba y volvía andando desde Polanco» (Córdova: 1933: 134).

que necesito para acabarle de cualquier modo» (carta 816). Y en términos semejantes escribía a Yxart (carta 824).

Enterado Galdós de que *Peñas arriba* saldría pronto, le escribía que

Es muy posible que los periódicos, por efecto de la zurribanda que yo les he dado por su desdén hacia la novela, sean en el caso presente con V. menos desdenosos que lo han sido otras veces» y prometía a su autor conseguir reseñas en *El Correo* y en *El Día* [...] Si no lo hicieran ellos, lo haré yo mismo, con mi firma y todo. (carta 826)

Y ya bien mediado diciembre contaba a Oller que «El libraco mío se acabó como Dios me dio a entender.» Y como era habitual en él, y a guisa de salvaguardia, advertía que «Será el fracaso del año en el campo de la novela», y que a mediados de enero estaría en la calle (carta 821). Y con las mismas precauciones escribía a Galdós: «Estoy en prensa y cuento con un desastre. *Mons parturiens*. Afortunadamente me cogen ya estas cosas curado de espanto. Lo que me interesaba era distraer este espíritu mortificado, y lo he conseguido a medias, por algún tiempo» (carta 827). Y agradece su futura reseña cuando aparezca el libro (carta 828).

Los sueltos que iban apareciendo en la prensa de Madrid sobre la novela: «me encocoran, así por la salsa amarga para mí con que envuelven la noticia, como por la resonancia que se da a un suceso que debiera pasar inadvertido para que el desencanto del lector no fuera tan grande. Pero esta prensa de hoy!...» (carta 823). *Peñas arriba* debió estar en la calle a mediados de mes y su autor, como de costumbre, enviaba a su paciente amigo un paquete de libros para que los distribuyera: «Deben ser lo menos 20» (carta 830).

A Pereda le faltó tiempo para mandar la novela a don Angel de los Ríos, que aparecía como uno de los personajes en ella.

Por este mismo correo le mando a V. el primer ejemplar de *Peñas arriba* que llegó a mis manos, hasta abierto y hojeado por la curiosidad de mi mujer, lo cual no será un defecto a los ojos de V. Perdona si en alguna de las páginas de ese libraco se encuentra con [un] personaje que le suene a conocido y le cree

agraviado, pues yo le aseguro que al pintarle no fueron esas las intenciones de este su amigo. (carta 829)

A los pocos días (6 febrero 1895) le contestó «el Sordo» en *El Atlántico* con «Otra carta abierta y pecho no cerrado», pintoresca y un tanto desatinada en la que le hablaba de cosas muy diversas, excepto de la novela; y Pereda se refiere a otra de don Angel, al parecer aún más absurda, que no ha llegado hasta nosotros, «¡Si vieras la carta en que el Sordo se da por entendido de la parte que le toca en la novela!» Y en aquella misma carta sugería a Menéndez Pelayo que «si te resolvieras a escribir algo, lo publicarías en un periódico de mucha circulación, como por ejemplo *El Liberal* (pues *El Imparcial* ha disparatado ya bastante por la pluma de Urrecha, sin contar con el artículo de Clarín que debe andar hoy en su redacción)» (carta 838).

Aunque Pereda siempre afirma estar «curado de pompas y vanidades» escribe muy complacido a Clarín, le agradece su buena acogida al libro «por lo que de sagrado tiene para mí», y le pide una reseña: «el gusto con que [...] le verá a V. en *El Imparcial*, contándoselo a todo el mundo». «De los trances negros, amargos, por que ha pasado la hechura de ese libro, bien llamado por Cavia «de los tristes destinos», le dará una idea lo que se declara al pie de la dedicatoria, y no le digo más, por no descubrir y manosear esta herida que sangra, y sangrará mientras lata mi corazón» (carta 835).

Peñas arriba, dedicada «A la santa memoria de mi hijo Juan Manuel», tuvo gran éxito entre un público deseoso de conocer una novela que llegaba precedida por una historia trágica. El éxito de venta fue inmediato, entre doscientos y trescientos ejemplares los dos primeros días en Santander, la 1ª edición de 5.000 ejemplares se agotó en tres semanas (González Herrán: 1983b: 412), y cuando envía un ejemplar de *Peñas arriba* al Presidente de la República de Colombia Miguel Antonio Caro, destaca «la cariñosa acogida que le ha dispensado el público, consumiendo en tres semanas una edición de 9.000 ejemplares, caso inaudito en los fastos de las librerías españolas» (carta 841). Mediado febrero se preparaba en Madrid la 2ª edición (carta 838).



**Imagen 45. Matasellos conmemorativo
del centenario de Peñas Arriba**
(carta personal SGC)

Cuando agradece a Oller sus alabanzas a *Peñas arriba* destaca que «aun descartado de ello lo que le inspira la pasión de amigo tan bueno y cariñoso,» confirma el éxito la excelente venta del libro, y el estar ya haciendo la 2ª. edición, y sugiere que verá «con sumo gusto lo que del libro escriba Sardà, si cumple lo ofrecido a V. Y si el incomparable Yxart, sin haberlo prometido, hiciera otro tanto ¡figúrese V.!» Y justifica este deseo porque «Tiene ese libro mucho de sagrado para mí, y los aplausos que se tributan a su fondo evangélico y consolador, me parecen otras tantas coronas depositadas en cierto sepulcro del cementerio de Polanco» (carta 842).

Nada menos que sesenta y siete reseñas tuvo *Peñas arriba*, la obra de Pereda que más eco tuvo en la crítica en su tiempo, posiblemente por ser la primera publicada al cabo de casi cuatro años de silencio y por las trágicas circunstancias en las que fue escrita. La mayoría de las reseñas coinciden en que esta novela podía considerarse entre las mejores de la literatura española contemporánea; en general, lo que se dijo de ella, no fue muy valioso, abundan los elogios respetuosos, y además de su tesis político-social, la crítica destacó los temas del menosprecio de corte y alabanza de aldea, el regeneracionismo, el anticentralismo y el autonomismo y la crítica del absentismo. *Peñas arriba* exageraba los encantos de la vida en la aldea y tras el sistema patriarcal se escondía el fantasma del caciquismo. Según Clarín, su autor tenía dos ideas capitales: «regionalismo y misonerismo; en general, Pereda desconfía de lo nuevo en el tiempo y de lo lejano en el espacio. Con gusto se refugiaría en cuanto artista, creyente y montañés, en

su provincia, en su catolicismo tradicionalista y en sus recuerdos montañeses» (González Herrán, 1983b: 424).¹¹¹ Don Marcelino, tan empeñado siempre en hacer de Pereda un novelista montañés, quedó encantado con esta novela.

Hace días que acabé de leer, no con placer sino con asombro *Peñas Arriba*, que a mi juicio es una de las mejores cosas que se han escrito en España desde que faltan los grandes maestros del siglo XVI. No sé si es la mejor novela de su autor, pero afirmo que es, juntamente con *La Puchera*, la que va mejor a mi gusto y la que me parece escrita con un arte más fino y delicado y con un sentido moral más hondo [...] ni el mismo Walter-Scott hizo cosa mejor en aquellas novelas suyas en que quiso ser más realista, y pintó tipos y costumbres de los montañeses de Escocia en época próxima a la suya. (carta 836)

Tranquilizados tanto él como «estos íntimos» por la entusiasta opinión de don Marcelino en su carta del día 12, le sugiere Pereda que esa opinión «si como es confidencial estuviera en letras de molde diluida en un artículo de los que tú solo sabes hacer, no habría corona como ella para ese libro que tanto tiene de sagrado para mí por los motivos que tú conoces y se apuntan al pie de la dedicatoria que lleva» y le sugiere que lo publique en un periódico de mucha circulación, «como por ejemplo *El Liberal*» (carta 838). Y le cuenta el disparatado comentario del Sordo sobre su participación como personaje en *Peñas arriba*, y que está preparando la segunda edición de la novela, de la cual van vendidas, en tres semanas justas, 4.000 ejemplares. «No es mala venta para lo que aquí se usa» (carta 838).

Cuando escribe a Polo se excusa de no haberle enviado un ejemplar debido a la confusión de los librereros que no podían atender a la extraordinaria venta de la novela, que ya va en la segunda edición. Detalla satisfecho las circunstancias de la edición, la acogida del público y el número de ejemplares vendidos, e inesperadamente concluye la carta con una lamentación, como si quisiera mostrar a Polo

¹¹¹ Ver también González Herrán: 1981d.

en medio de estos triunfos, cuán profundos son sus sufrimientos y su espíritu religioso:

Verdaderamente en el conformarse está el único en que pueda vivirse como entre la tierra y el cielo, y hallarse lo que necesita un espíritu tan abatido como el mío, para levantarse un poco y avanzar a pesar de la carne; pero, ¿hallaré siempre franqueables las barreras en ese campo? ¿Me dispensará Dios sus grandes mercedes? Este es el problema que no he de resolver yo sino El que lo ha planteado y sabe lo que más me conviene. Hágase su voluntad. (carta 839)

Agradece a Clarín su elogiosa reseña de la novela en *El Imparcial*, don Marcelino dice del libro que es «un *sursum corda* que habrá de resonar y está resonando ya en muchos corazones». Y concluye satisfecho que Galdós vaya a ocuparse de *Peñas arriba* en *El Correo*. «Después de esto ¿qué más ya si Marcelino diluye el contenido de su carta en un artículo impreso?» (carta 840).

«Empecé a leer *Peñas arriba*» - escribía don Benito — «cuando me lo trajeron, y luego tuve que suspender la lectura de esta «maravilla del arte» que le entusiasmó, y quien le prometió en breve una elogiosa reseña (carta 846).

Pereda decidió hacer una cruz con el metal de los cañones de la escopeta con la que Juan Manuel se quitó la vida, y acompañado de las acostumbradas excusas por molestarle, encargaba a don Narciso este nuevo proyecto. «Yo tengo, meses hace, dos barritas de hierro dulce, que miden cada una 0,40 de largo, por 0,02 ½ de ancho y 0,01/2 de grueso. Con ellas quería yo hacer una cruz, pero con la seguridad de que no había de entrar en ella otro metal, en poco ni en mucho, que el de las barras» (carta 807), y tras desechar otras posibilidades, pensaba enviarlas a Barcelona. «La cruz, chica o grande, ha de ser de buen estilo y llevará una inscripción, donde quepa, rellena de plata u oro, en que se declare, en latín, el origen del hierro de que está hecha la cruz; inscripción que si no cabe en ella, puede ponerse en una cartela que se añada en la base» (carta 807). De redactar el texto se encargó Menéndez Pelayo (carta 808), quien le respondía: «Ahí va la inscripción latina, en que no ha habido más dificultad que evitar la palabra arma, que en latín es siempre plural sin singu-

lar, por lo cual he preferido telum, añadiendo igniferum para que se comprenda la calidad del arma» (carta 809). La inscripción viene en otra carta: *Procussa ferro igniferi teli a quo occisus fuit Josephus Emmanuel a Pereda et Revilla postridie kalendas septembris anni Domini MDCCCXCIII* (carta 810). Como atestiguan varias cartas el laborioso proceso de fabricación de la cruz duraría año y medio (cartas 815, 818, 819, 820, 823, 831, 842, 848, 861, 869, 882, 893, 902, 903 y 907); «esa, para mí, sagrada reliquia», que destinaría al oratorio o a su despacho.

Habría que enviar las barritas a Barcelona por alguien de confianza y al final, tras varias dilaciones, las llevó Fernando Camino. Del dibujo encargó Oller a Antonio María Gallissà, el conocido arquitecto y decorador modernista, cuya pereza desesperaba a Pereda y cuyos honorarios discutía: «Carilla me parece la labor de ese artífice, con ser el más barato de los dos, por más que yo no piense regateársela por hacer los debidos honores al dibujo, y sobre todo, por tratarse de lo que se trata» (carta 821). Un año después estaba terminada la cruz y en poder de Eusebio Güell (carta 897).

Llegó por fin a casa de Marañón en Madrid, a quien le gustó mucho. Pereda pidió que la bendijera el Nuncio y que se le enviase por conducto seguro pues «ardo en deseos de poseer esa triste reliquia» (carta 893). Causó gran impresión a los amigos de Santander. «Es toda una obra de arte delicadísima ejecutada, y que luce mucho más que el dibujo por la diversidad de tonos que a éste le faltan» (cartas 903 y 906). Pereda escribió dando las gracias a quienes tuvieron parte en la confección de la cruz: a G. González (carta 907), a G. Sancha (carta 908) y a Antonio María Gallissà (carta 909). No sé si Pereda estaría muy al tanto de que Alexandre de Riquer, quien diseñó el marco para el retrato de Juan Manuel, y Antonio María Gallissà, autor del de la cruz, ambos amigos de Oller, eran destacadas figuras del *Modernisme* catalán.

La muerte de Juan Manuel marcará el lento declive de su capacidad intelectual que expresará metafóricamente con frases como «la frialdad de los hornillos de la máquina», «tener el horno apagado», «se me va apagando la linterna» y otras por el estilo. Y aumentan las noticias relacionadas con la fragilidad de su salud, que manifiesta humorísticamente al despedirse de algunos corresponsales como «su afectísimo y descuajaringado amigo».

Las cartas de esta época a sus amigos, muchas largas y detalladas, abundan en encargos entreverados con lamentaciones sobre recuerdos del hijo, y la muerte de contemporáneos. «Se va acercando poco a poco el día de trasladarnos a Polanco ¿Quién había de decirme a mí que había de llegar un verano en que habían de temblarme las carnes en semejante ocasión? Pues me tiemblan, amigo mío, y no lo extrañará V. Cosas y azares de la vida arrastrada de este mundo» (carta 803).

Tampoco faltan ocasiones en las que el mismo Oller confiesa a Pereda sus desalientos, inseguridades y dolencias, quien contesta que

No le admito ni le tolero porque los creo fuera de toda razón, los desalientos y tristezas que me declara V. en vista de su imaginaria decadencia. Ni V. ha decaído ni decaerá ni puede decaer. Lo que hay, a lo sumo, es que V. confunde la decadencia con esos transitorios estados de aridez de imaginación, hijos del poco uso que se hace de ella por la necesidad de emplearla en especulaciones a flor de tierra, o por falta de comercio de ideas con las gentes del oficio. (carta 816)

El año epistolar comenzó en 1895 con una carta de Galdós en la que anuncia a su amigo el envío de *Los condenados*, aquella obra teatral que fue tan mal recibida, en cuyo prólogo atacaba a los chicos de la prensa. Pensaba acabar *Torquemada y San Pedro*, y en marzo o abril iría con su hermana a «San Quintín» para quedarse en Santander hasta octubre. También pensaba dar una vuelta por Andalucía en abril y hasta ir unos días a Tánger, «donde quiero sacar asunto para una novela», e invitaba a Pereda a acompañarle pues la excursión, «sin duda le sentará a V. muy bien para el cuerpo y para el alma» (carta 826).

El invierno estaba siendo muy duro, la espesa capa de nieve impedía las comunicaciones con Castilla, y Pereda ignoraba cómo había sido acogido *Peñas arriba* en Madrid. «Si hay quien tenga en Barcelona el mal gusto de escribir algo sobre él, hágame el obsequio de mandarme un ejemplar de ello, pues hasta la *Voz de Cataluña* que antes me favorecía con sus visitas y me las ha retirado tiempo hace» (carta 832). Noches atrás se declaró un terrible incendio en su fábrica La Rosario pero se dominó pronto y ya se trabajaba en ella (cartas 831 y 832). Ha leído que se está ensayando en el Español una obra dramática de Clarín, a la que desea el triunfo. A la estrenada por Galdós [*Los conde-*

nados] le ha perjudicado «el púlpito y la ocasión que ha elegido para decir tan grandes y tan bien dichas verdades» (carta 835).

Anatole Théodore Marie Huot, el editor de *L'Encyclopédie Contemporaine*, le pidió las notas y documentos necesarios para escribir un artículo biográfico para aquella publicación, que Pereda le remitió agradeciéndosela. (carta 837). Y en ocasión de haber publicado el semanario *Nuevo Mundo* un artículo ilustrado sobre Pereda, éste escribió una expresiva carta de agradecimiento a su director José del Perojo,¹¹² en la que felicitaba a quienes intervinieron en la ejecución del reportaje (carta 845).

Mediado marzo le escribía Galdós que en cuarenta y tres días justos, «un verdadero cole literario», había escrito *Torquemada y San Pedro*, que terminó hacia el 10 del presente. Quería que estuviera a la venta al fin de la semana (carta 846). Y que en cuanto acabara con las pruebas saldría para Santander: «Ya se me cae el cielo encima en esta tierra» (carta 846).

Corre el año 1895, Pereda agradece a Galdós el regalo de su *Torquemada y San Pedro*, que ha leído con gran gusto y le parece el mejor de todos ellos. Pero él, «con la mollera vacía de ideas de esa catadura y las manos sin labor, he vuelto a hundirme en la sima negra; mientras que para los más felices, que sobrenadan arriba, comienza a sonreír y a alborozarse la primavera en este suelo sin segundo. ¡Qué tiempo y qué espectáculos está V. perdiéndose en la Magdalena!» (carta 848).

En carta a Oller le comunica la muerte en Madrid del «notabilísimo montañés», Adolfo de Aguirre,¹¹³ que era amigo de Yxart; y como éste estaba ya bastante enfermo, Pereda pide a don Narciso que no le diga nada. Que se está haciendo a toda prisa en Madrid la 2ª edición de *Peñas arriba*, que ha habido largos meses de un tiempo infernal pero que ahora comienza a florecer la primavera. «¡Dichosos aquellos que pueden admirarlo con los ojos serenos y el espíritu en reposo!» Le pide noticias de Camino y le cuenta el fracaso del drama *Teresa*

¹¹² José del Perojo (1850-1908). Filósofo positivista y político, introductor del neokantismo en España, mantuvo polémicas con los neocatólicos, entre ellos, con Menéndez Pelayo. Fundó la *Revista Contemporánea*, *Nuevo Mundo*, *Por esos mundos* y *El Teatro*.

¹¹³ Adolfo de Aguirre (1832-1895). Poeta y autor de libros de viajes. Ver Nárdiz: 1950.

de Clarín (carta 849), a quien consideraba «un autor dramático de muchos bríos», y en una carta a Clarín comenta que *Teresa* no había gustado a «un público que devora a Asmodeo y se entusiasma con *La Gran Vía*». Y que lo mismo pensaba Quintanilla (carta 856).

Y una sucesión de cartas a Oller revela su estado de depresión desde que acabó la publicación de *Peñas arriba*, «no se qué hacerme ni cómo desvanecer los espesos nublados que han vuelto a invadir mi cerebro, vacío de toda idea moldeable. Pobre de mí si este recurso llega a faltarme en absoluto» (carta 862). Un año después, «no pasa una idea por los anubarrados horizontes de mi cerebro, que me tiene la codicia de apropiármela para ponerla en el telar de mis talleres [...] Porque el refugio del arte ha llegado a ser para mí, cosa de primera necesidad. Fuera de él soy hombre perdido» (carta 960). «Había para volverme tarumba, si yo fuera supersticioso, con lo que está pasando en el círculo de mis amigos de aquí y de todas partes, desde que Dios visitó mi casa con aquella gran desventura!» (carta 968).

Don Baldomero Villegas era un militar montañés, espiritista y entusiasta del *Quijote*, que veía en él una obra alegórica y a su autor como un librepensador que criticaba en ella a la monarquía y a la iglesia (García Castañeda: 2005a). Cambió unas cartas con Pereda para saber si compartía sus ideas, y tras las acostumbradas excusas por su tardanza en contestar su carta, éste le responde de manera tan cortés como clara. Para él, Cervantes fue un «caballero cristiano» a machamartillo y un súbdito fidelísimo de su «Rey y señor», y habría sido «un hombre de muy limitado seso escribiendo en este sentido parabolar y alegórico que sólo habrían de comprender a medias y al cabo de los siglos tres o cuatro personas con la ayuda de un sonámbulo». Y tras otras consideraciones, se excusa por la franqueza con que le escribe, y expresa su admiración por «la fuerza imaginativa que el trabajo de V. representa» (carta 888). Pocos días después, y en respuesta a otra de un don Baldomero ofendido, se limita a decir que ha expuesto «honrada y mesuradamente una opinión que V. me ha pedido con reiterado empeño,» y que pidió su opinión a su común amigo D. Angel de los Ríos, quien la expresó con «el extraño y discursivo artículo que publica el *Atlántico* de ayer» (carta 889). La carta abierta de don Angel, erudita, irónica, deshilvanada y profusa se publicó en «Crónica de la provincia», *El Atlántico*, Miércoles, 16 de octubre de 1895. Y Pereda se niega a continuar discutiendo con Ville-

gas pues hacerlo es como tratar de hacer ver a un ciego «las maravillas de un lienzo de Velázquez» (carta 892).

Para recompensar sus indudables merecimientos y quizá para levantar el ánimo a su amigo, propuso Menéndez Pelayo la entrada de Pereda en la Real Academia y, contrariamente a cuando lo hizo con Galdós, no halló la menor oposición. Había sin embargo, la dificultad de que no estaba domiciliado en Madrid, y aunque no veía dificultad en tener un domicilio allí y empadronarse como residente, según los Estatutos de la Academia no accedía a avecindarse pues eso le obligaría a dejar de estarlo en Polanco, lo que tendría «la subsiguiente resonancia y el indispensable cúmulo de supuestos, traducidos al fin en inmoderadas ansias de ser Académico de número» (carta 910).

Pero después de hablar con varios académicos don Marcelino le respondió que bastaba con que encargase a Marañón o a cualquier otro amigo que le tomara domicilio en Madrid y le inscribieran en el padrón, y que se viniera de inmediato a pasar una temporada o hacer anunciar en los periódicos que por motivos de salud pensaba domiciliarse allí algún tiempo. Además de que no es «cosa desagradable el venir de vez en cuando a Madrid, para pasar quince, veinte días o un mes, en compañía de amigos que le quieren a V. bien, que le admiran como es debido, y que forman una tertulia bastante agradable: porque a esto se reduce la Academia después de todo» (carta 912).

Y con el tono resignado convencional en Pereda, convirtiendo lo que es un honor que le halaga en obligación y carga le responde que, de ser elegido, hará el temido discurso, «aunque malo, y su correspondiente recepción, siquiera por el gusto de ser apadrinado por ti, y por la honra, mayor aún que el gusto». Además, pensaba cambiar de vida y residir en Madrid más a menudo (carta 913). Y en términos semejantes justificaba su decisión: «Lo de la Academia lo he aceptado hasta como deber que en adelante me obligue a cambiar de horizontes y de vida más a menudo que ahora, y mientras Dios me conserve lo que queda, no muy boyante bajo el peso de un espíritu que no se levanta, a tres tirones» (carta 917).

«[N]o he visto unanimidad igual» en la Academia Española «en quince años», escribía don Marcelino, que en la sesión en que se decidió admitir como académico a Pereda. Y no sin cierto retintín, comentaba: «Creo que este triunfo aunque logrado en Madrid, no debe

ser indiferente para Vd. y que vale tanto por lo menos como cualquier ovación de los regionalistas de Barcelona o de cualquier otra parte, dicho sea con paz de *El Atlántico* y de 'Pedro Sánchez'» (carta 920); y así se lo comunicaba a Clarín (carta 915).

Entre tanto, el ambicioso Polo y Peyrolón aspiraba a ser nombrado Correspondiente de la Academia Española y pedía a Pereda que intercediera con Menéndez Pelayo, quien le respondió que don Marcelino tenía ya comprometido el voto pero que le escribiría (carta 918), y éste le encargó que dijera a «el incesante» Polo «que el reglamento nos prohíbe comprometer el voto... y todas las demás monsergas pertinentes en estos casos» (carta 920).

A Pereda le sorprendió la insistencia de Galdós en hacer el discurso de contestación al suyo sobre las literaturas regionales a pesar de su compromiso con Menéndez Pelayo, a quien pareció el empeño muy justificado (carta 930). La redacción y publicación del discurso ocupa varias cartas. Si le escribe durante el verano y Galdós hace el suyo pronto, ingresará en la Academia en el otoño, «si para entonces no están mis huesos en Cotejón o caminando hacia allá, que eso Dios ha de decirlo». Parece que Galdós no entrará hasta mayo (carta 932). Y en semejantes términos vuelve a escribir a Quintanilla, dándole esta vez noticias sobre el proyectado Centro Montañés (carta 933).

Como ignora el paradero de Galdós comienzan sus temores de que éste no tenga la contestación a su discurso cuando llegue el momento del ingreso, le avisa que ya tiene hecho «el *documento* ese que se nos pide para entrar en la casona de *ajunto* el Museo», le manda su discurso y le pide que le corrija (cartas 955, 956 y 957). Pero, a pesar de sus ruegos, no le contesta (carta 963).

Según Pereda, quienes viven en Madrid no acostumbran a contestar las cartas, lo que le indigna, y desesperanzado, se despide del «invulnerable D. Benito», «hasta el Valle de Josaphat» (carta 964); Marañón es otro «de los que se duermen, sin que haya fuerzas humanas capaces de despertarle» (carta 966).

Galdós recibió el discurso, que «es admirable como suyo», y prometía redactar el suyo; explicaba su demora por estar ocupado en un pleito con su socio y administrador Cámara, quien estaba explotándole con un contrato inicuo. Trataba de romperlo ahora, y su amigo don Antonio Maura, se ofreció a defenderle en los tribunales. Años después, contaba en sus *Recuerdos* las incidencias del

pleito y su solución con un arbitraje. Galdós no nombra a su socio, no le recrimina y no parece mostrar resentimiento (Pérez Galdós: 1975: 262-264).

Menéndez Pelayo le avisa que terminará en breve su contestación a Galdós, y que se imprimirá y leerá antes de las vacaciones de Navidad (carta 969). Inquieto por conocer los silencios y las dilaciones de Galdós y temeroso de que no haya escrito su discurso en el plazo fijado trata de convencerle de manera amistosa (carta 977). No duda de sus buenos propósitos sino de «las pícaras flaquezas humanas» e insiste en que le cumpla la palabra de escribir el discurso, le agradece el regalo de *La fiera*, que todavía no ha podido leer, y «Con esto no le canso más» (carta 979). Y cuando le agradece haber comenzado a escribir la contestación a su discurso, le advierte que antes de enviar los textos de los discursos a la imprenta tiene que censurarlos antes la Academia, discute las posibilidades editoriales del discurso de Galdós y del suyo, y la de hacer las dos recepciones en fechas cercanas para que Pereda pueda asistir a la de don Benito. «Anoche me leí el 1r. acto de *La Fiera*, ¡cosa buena, superior, mi señor D. Benito! Aquello es hablar en carne y hueso, y no lo que se estila, desde tiempo inmemorial, entre las eminencias y no eminencias, de nuestros escenarios» (carta 980).

Pero como Galdós entró en la Academia el 7 de febrero su amigo no pudo asistir aunque lo había deseado «muy vivamente» y en varias cartas más continuaban discutiendo la impresión y el número de ejemplares de esos discursos (cartas 981, 982 y 983). Le tranquiliza que haya terminado ya de escribir su discurso, «esa atrocidad a que obliga la entrada en la Casona de los inmortales», y le avisa de su llegada a Madrid (cartas 983 y 984).

Pronunció su discurso el 21 de febrero de 1897, y con la misma fecha envió Marañón a Quintanilla este telegrama: «Alcaldía. Santander-Madrid 1227 34 21 4/45 HT. Celebrada fiesta anunciada hoy brillante gentío imponente. Precioso discurso Cheste dijo Pereda ingresado más sufragios fuera que Academia prueba concurrencia inusitada. Cos colócle medalla Padre Cámara¹¹⁴ entrególe diploma ovaciones. Marañón» (carta 987).

¹¹⁴ El P. Tomás Cámara (1847-1904) fue obispo de Salamanca, Senador y autor de obras de carácter diverso.



Imagen 46. La Real Academia Española

Dando por esta vez al olvido su convencional modestia, destacaba en una carta a Quintanilla que aunque no lo habían hecho notar los periódicos,

la sala, no sólo llena sino colmada y abarrotada, pues había una masa de gentes de pie en el pasillo central del salón, y arriadas a las paredes de abajo y de arriba, y más de 200 personas discurriendo por los pasillos inmediatos, por no caber en el vasto local; la variedad de uniformes de las personas que llenaban el estrado; el aplauso ruidoso al aparecer yo entre Tamayo y Valera (pues Marcelino, a quien sustituía éste, llegó un poco tarde) descortesía nunca cometida allí, por lo visto, hasta entonces; y, por último, el dirigirse a mí muy conmovido el venerable presidente vestido de Capitán General y entre los obispos de Madrid y de Salamanca, para decirme que reparara en aquella concurrencia tan numerosa como jamás la había visto él allí, la mejor señal de que, más que por los votos de la Academia, entraba en ella yo por aclamación popular, etc. En rigor, esto es lo que tuvo de excepcional el acto, y si te he de ser franco, lo que más me halagó y te refero para vuestro gobier-

no solamente, esperando que me dispensarás este amago de jactancia... algo lícita si bien se mira. (carta 988)

El discurso de Galdós fue íntimo, cariñoso y «literario en grado sumo», y enumeraba las elogiosas crónicas de la mayoría de los periódicos (carta 988). También contaba a Vial la extraordinaria concurrencia que hubo al acto (carta 989), y a Oller que su recepción tuvo

caracteres verdaderamente extraordinarios [...] Todos los del oficio que vivimos alejados del foco productor, tenemos una leyenda más o menos fantástica; y la que a mí me corresponde no fué lo que menos avivó aquella inusitada curiosidad que colmó de gente el salón y sus aledaños.

Por un milagro de Dios salí vivo de aquella solemnidad, cuyo público no cabía en la sala, y se desbordaba por los pasillos inmediatos.

Pero tan insoportable ajetreo causó el recrudecimiento de esta plaga, «con la que estoy luchando a brazo partido quince días hace. (carta 990).

Desde Madrid avisó a Pepe su próximo y ansiado regreso pues no podría «resistir una semana más en esta tirantez de espíritu» y les ruega a él y a otros amigos que eviten los recibimientos populares como las serenatas de los orfeones «que ponen colorado de vergüenza al sentido común», y le aconseja que haga correr la voz de que llegará un día diverso al verdadero (carta 995), y también se lo anuncia así a Vial (carta 996).

Un admirador americano de Pereda era el obispo de San Luis de Potosí (Ipandro Acaico entre los Arcades Romanos) amigo de Casimiro del Collado, quien había llegado a Santander y don Marcelino invitó a don José a comer con ellos. Ya se conocían, y observaba Menéndez Pelayo que el obispo «hasta en sus pastorales ha citado las novelas de V» (carta 883). Pero se excusó porque pasaría el día con Marañón en Solares (carta 884).

Acabándose el año falleció Pepe Zumelzu en Madrid. «Era de mis íntimos y de los tres que iba a rezar conmigo, el día de los difuntos, al panteón de Polanco desde que se estrenó. Digo de los tres,

porque el primer año fué también el cura Menjón, que murió meses después» (carta 895).

Pereda había traducido el cuento de Oller «Natura», y en esta carta le comenta sus dificultades acerca de ciertos aspectos de la traducción e incluye el texto en castellano (carta 904); unos meses después agradecía a Bustillo su alabanza de *Pachín González*, muy bien recibido por los periódicos y «pasan a estas fechas de 4.000 los ejemplares vendidos por Suárez, y continúan los pedidos a mis corresponsales». El libro inspiró a Bustillo «uno de los romances más delicados que pueden escribirse en lengua castellana. Así lo afirmo porque tal lo afirmaron mi mujer, que le leyó conmovida, hasta las amigas confidentes que le aplaudieron después a coro en plena tertulia». (carta 917).

El paso de los años, la salud cada vez más precaria y, sobre todo, la trágica muerte de Juan Manuel, el desastre del *Machichaco* y el fallecimiento de viejos amigos entristecían hondamente a Pereda, a quien médicos y familiares recomendaron un viaje por Andalucía, acompañado por su hija. Y así se lo cuenta a Clarín (carta 915). Tampoco expresa entusiasmo la carta a Oller: «Si la excursión no me cansa mucho y el calor no aprieta demasiado a la vuelta» trataría de llegar a Barcelona para dar un abrazo a los amigos. Y pregunta por Joan Sardá, sobre cuyo estado de salud hay «tristes augurios» (carta 921). Venancia, la vieja ama de llaves a quien conoció Oller cuando estuvo en Santander, está entre la vida y la muerte (carta 924).

Ya en Madrid, comienzan las largas misivas a Quintanilla quien, como en otras ocasiones, será su confidente; gracias a ellas tendremos una crónica, casi al día, de sus actividades en aquel viaje, sazónada con detalles y con opiniones, casi siempre negativas; siente la nostalgia de su tierra, con la que no pierde un contacto casi diario por correo.

Cuenta a Pepín que asistió a una reunión de la Colonia Montañesa de Madrid, en la que Marañón «estuvo delicioso, y muy a menudo, admirable. No le había visto nunca en trances parecidos, y todo me supo a nuevo en él. Es un torrente que arrolló a la muchedumbre entusiasmada». Estuvieron en el Teatro Real el domingo, y también fueron a ver al famoso actor italiano Ermete Novelli pero concluye confiándole que «nada de esto que me rodea me satisface ni me ensordece los adentros, y que me asustan los calores que me aguardan en la tierra de María Santísima, no necesito decírtelo» (carta 930).

Felicita a Oller por su próximo discurso como Presidente de los Juegos Florales y le anuncia su salida para Andalucía, «cansado, aburrido y con el espíritu más desalentado a medida que me alejo de la tierra madre» (carta 931). Continúa preocupándole el irritante pleito con el Ayuntamiento de Polanco, y con las circunstancias de su desarrollo, de las que Quintanilla le va poniendo al día, y a quien confía su disgusto al emprender el viaje a «Andalucía, tierra que no entrará jamás en mí, y en la cual se están asando ya las gentes». Le cuenta que coincidió unos días con Tannenberg, quien se llevó *Pachín* para traducirle, que recibió un ejemplar de la traducción al dinamarqués de *Pedro Sánchez*.

En este momento recibo el correo de Santander y con él un número de *La Atalaya* en que se habla de los montañeses en Madrid y de mí muy frecuente. ¿Anduvo en ello tu mano? Dígolo por algún pormenor que yo no he confiado a nadie más que a tí, puesto que a nadie más que a ti he escrito acerca de esas cosas sino a Diodora que no lo habrá divulgado. (carta 932)

El alma del proyecto de fundar un Centro Montañés fue Manuel Marañón, secundado entusiastamente por los montañeses de nota que vivían en Madrid, entre ellos Pereda durante sus estancias allí. En abril de 1896 se constituyó la junta directiva formada por el Presidente de Honor, don José María Cos, arzobispo-obispo de Madrid-Alcalá, presidente el marqués de Comillas «después de haberle dado yo algunos pases,» y vicepresidente, Manuel Marañón. Otro miembro honorario sería el conde de Torreonaz. A Mazón se le dió el puesto de conserje (carta 932).

A punto de salir para Andalucía comentaba Pereda a Quintanilla que era probable que se alquilase por 9.000 pesetas un local en la calle del Príncipe para tratar de inaugurar el Centro Montañés cuanto antes (carta 933). Unas semanas después le comentaba que cuando llegó el momento de contribuir con la compra de acciones que garantizaba la existencia del Centro sus miembros se mostraron menos entusiastas que antes; el destacado montañés Luis María de la Torre y de la Hoz, conde de Torreonaz (1827-1901), quien durante la Restauración fue, entre otras cosas, ministro de Gracia y Justicia, senador

y gobernador del Banco de España, se suscribió con dos acciones, por lo que Pereda encargó que no se diera a conocer aquel «despilfarro» para que no cundiera el mal ejemplo, y el marqués de Comillas, se brindó a iniciar él la suscripción (carta 936). Continúa enterando a Pepe de que el Obispo se había mostrado entusiástico y rumboso, y que los Alveares, según le dijo Marañón «muy sulfurado» recibieron las circulares «con aire desdenoso y pronósticos pesimistas» [...] «El pródigo Riva Herrera, después de haber recibido aquella noche una media ovación por su oferta incondicional, se ha descolgado con el donativo de 500 ptas». Pero Marañón está decidido a que, «a pesar de ciertas miseriuucas», vaya adelante (carta 945).

Estas cartas a Quintanilla, tan extensas y detalladas, son una crónica casi día a día de este viaje de Pereda, en la que le va dando cuenta, y recibiendo noticias de cosas que solo podría compartir con él. Son el cordón umbilical con las tertulias, el cotilleo y la vida literaria santanderina (lástima que no conozcamos las enviadas por «Pepe») que para él tenían mucho más interés que las nuevas experiencias que estaba viviendo. Hay en ellas el deseo, apenas expresado porque no necesita hacerlo, de que su corresponsal difunda estas noticias en la prensa. Aunque repetidamente asegura que no lee los periódicos, si «por casualidad» los tiene a mano, se los manda. Y relata como molestos y dañosos a su salud los homenajes y honores que recibe. Su manera de contar suele ser distante e irónica para no confesar que le halagan. Insiste repetidamente en presentar lo positivo como negativo, en destacar la fatiga, el desinterés por lo ajeno que le causan estas visitas, y la nostalgia que siente de la tierra; tópicos que por lo repetidos ya suenan a exagerado y a falso.

Se ha escrito mucho acerca de la sensibilidad de Pereda hacia el paisaje y el modo de pintarle en sus novelas pero es el de su tierra natal pues para el que considera ajeno tan solo muestra moderado interés y, con frecuencia, condescendencia y desdén. Ha visitado Andalucía varias veces y en Jerez tiene a su hija y a sus nietos pero «Andalucía no le entra», como no le entran otras tierras, a no ser Barcelona y lo muy poco que vio de Asturias.

Durante su estancia en Sevilla el famoso Antonio Susillo le hizo un busto de tamaño natural, «que habla» y que le gustó mucho (carta 937). En su carta de gracias pensaba que «hay en el conjunto de la escultura algo más que mi retrato físico; y de este parecer son muchos que aquí han admirado la obra por el testimonio de la fotografía.»

Deseaba tenerle fundido en bronce, así como el consejo de Susillo para la colocación del busto, para «hacer los debidos honores a una obra de arte tan merecedora de ellos y que tanto aunque inmerecidamente, me honra a mí» (carta 947). A Eduardo de la Pedraja¹¹⁵ le gustaría tener un vaciado en yeso del busto y a través de Leguina se lo pidió a Pereda, quien le permitió hacerlo (carta 952).¹¹⁶

Pocos meses después el escultor se suicidó, y Pereda, que había sufrido una tragedia semejante, escribió a su viuda una sentidísima carta, «no se qué decirle porque el dolor que a estas horas la aflige está, por su naturaleza y por su magnitud, fuera de los alcances de todo consuelo humano [...] que solo la misericordia y la omnipotencia de Dios pueden calmarle» (carta 975).

De vuelta en Madrid, cuenta a Pepe que Salvador se examinó en la Escuela de Ingenieros de Caminos, le suspendieron en unos durísimos exámenes y se queja de la crueldad de los examinadores (carta 946); falleció el pobre Mariano Pedraja (carta 944); y las noticias sobre el estado de su cuñado Eutimio Revilla son cada vez más tristes, lo que aumenta la impaciencia de volver a casa de «este tu cansado y achacoso amigo» (carta 945). Pereda parecía complacerse en relatar a sus íntimos enfermedades y muertes, a veces con repugnantes detalles; en esta ocasión escribía a Oller que su cuñado Eutimio, que estaba tuberculoso y había sido operado con éxito anteriormente de «una necrosis o caries del esternón, a la vez de un tremendo absceso en la nalga izquierda, ambas cosas descuidadas meses y meses» (carta 818), se había agravado; ahora estaba cubierto de heridas y esta agonía, «viendo cómo se deshace y se acaba por instantes» le apenó tanto que a ella se refiere repetidamente en varias cartas (carta 950); «se pudre

¹¹⁵ Eduardo Manuel de la Pedraja Fernández (Lienres, 1839-1917) tras recibir una esmerada educación marchó en 1863 a Méjico, donde hizo fortuna. Viajó por Europa antes de regresar a Santander hacia 1870. Allí realizó una ingente labor de recopilar y coleccionar todo género de materiales impresos relacionados con Cantabria. Autor de trabajos de investigación, arqueólogo y bibliófilo.

¹¹⁶ Enrique de Leguina había pedido al escultor Antonio Susillo una reproducción en yeso del busto que éste había hecho de Pereda. Susillo le contestó el 9 de julio de 1896, incluyendo esta carta (952) de Pereda a Pedraja del 30 de junio de 1896. Cuando Susillo se suicidó el 22 de diciembre de aquel mismo año llevaba entre otros objetos personales otra carta de Pereda, fechada en Santander (que no ha llegado hasta nosotros), y un recorte de prensa titulado «El busto de Pereda». (Fernández Lera y del Rey Sayagués: 2017a: 39).

lentamente en medio de los dolores más crueles. ¡Oh, qué miseria la de esta vida humana a la que tan apegados nos vemos!» (carta 960).

«Cierto que me han tratado bien en el viaje, pero nada me ha hecho olvidar a mi querida Cataluña en idénticas ocasiones; y bien sabe Dios lo que he sentido no poder hacer a V. V. una visita por término de la excursión» (carta 950). Oller le mandó el discurso que pronunciaría como Presidente de los Jocs Florals de Barcelona y, tanto a él como a Quintanilla, que también recibió otro ejemplar, les pareció magistral, original y personalísimo. hasta el punto, a juicio de Pereda, de ser «una de las más hermosas páginas de la ‘obra’ magistral de V. en lo que ésta tiene de regional» (carta 973).

Ya en Santander vuelve a sus acostumbradas ocupaciones, entre ellas, la de contestar cartas y leer los libros que le envían sus autores para que les dé su opinión. Cartas y libros que se acumulan y respuestas que se atrasan, y que cuando llegan van precedidas de cortesés y extensas explicaciones del por qué de su tardanza. En esta ocasión el retraso se debe también, como cuenta a Ángel de los Ríos, a una de sus dispepsias, «el achaque medio gástrico medio intestinal que de antiguo viene mortificándome, y que, más que dormido, creía yo muerto de un año acá. Goteras, al fin, de casón viejo» (carta 998).

Tras firmar la propuesta de Francisco Rodríguez Marín para Académico Correspondiente de la Española, Pereda le regaló su antigua medalla para que la llevara «un literato tan culto y laborioso y tan delicado poeta como V.» (carta 1002). Muchos años después de la muerte del polanquino, don Francisco tuvo el gesto de devolver aquella medalla a su tierra.

Santander, abril de 1897.

Vuelva a la Montaña la medalla con cuyo inapreciable regalo me honró el gran Pereda hace un cuarto de siglo, y honre ahora de por vida el pecho de otro montañés ilustre: D. Ramón de Solano y Polanco, admirable poeta, excelente prosista, y lo que aun vale más, amigo excelentísimo.

Madrid, noviembre de 1921.

Francisco Rodríguez Marín¹¹⁷

¹¹⁷ Mi agradecimiento al Ayuntamiento de Polanco por haberme facilitado el texto de la carta original de Pereda con la respuesta autógrafa de Rodríguez Marín.

Pereda agradecía a Galdós el regalo de *Misericordia*, una novela que leyó, «o si lo prefiere por más exacto, aunque lo hayan vulgarizado los gacetilleros cursis y chirles, la devoré». Y en la misma carta, entre otras noticias como los exámenes de los hijos, las preguntas acerca del «j... pleito» de Galdós, si «continúa arramblando los dos duretes semanales de la casa» [la Academia], cuándo piensa venir a Santander, y si continúa escribiendo, le confiesa que él no escribe «ni cartas» (carta 1004). Y debido a su mala salud se excusa con Antonio Maura de no poder colaborar en la publicación del *Album Limosna para socorrer a Palma* (Maura: 1896), su contribución son estas líneas, aparte de estar dispuesto en la medida de sus fuerzas, a acudir en ayuda de aquellos menesterosos (carta 976).

La explosión en Santander del vapor *Cabo Machichaco*, a la que nos referimos antes, llevó a Pereda a escribir *Pachín González*.¹¹⁸ No comenzó a hacerlo antes de septiembre de 1895, dos años después del suceso y, como contaba a Oller,

he escrito un libruco, muy chiquitín, que voy a publicar enseguida, contra mi voluntad, pero por mandato de estos contertulios (Marcelino Menéndez inclusive, que anda por aquí) a quienes di lectura de él. Es, pásmese V., la catástrofe del *Machichaco*, enfocada de cierto modo, a guisa de capítulo de novela... Dios se la depare buena. (carta 899)

A finales de diciembre ya estaba concluida, poco después en prensa (carta 902) y a la venta en Madrid en febrero de 1896. Como era su costumbre, el autor envió ejemplares a sus amigos (carta 910) y entre ellos, el acostumbrado «paquetito» a Oller (carta 911).

Los amigos le felicitaron, entre ellos Eduardo Bustillo y Antonio Maura, y la novela recibió veintitrés reseñas a raíz de su aparición, seguidas de relativo silencio. Tal vez porque la mayoría de los críticos eran santanderinos y por ello testigos del suceso referido, *Pachín González* fue juzgada y valorada más por lo que tenía de testimonio que como relato novelesco (González Herrán: 1983b: 451-465). Pereda regaló a Gomar el manuscrito, «puesto que le cupo a V. la

¹¹⁸ Para ediciones de *Pachín González* ver las de González Herrán y Madariaga: 1985; García Castañeda: 2008b: 21-112; y García Castañeda: 2014.

desgracia de ser testigo presencial de aquellos horrores, de negra memoria para nosotros. Por esta sola razón me atrevo a brindársele, cumplido, al fin, mi empeño de adivinar un deseo de V. por el gusto de satisfacerse» (carta 1149).

Oller fue nombrado Presidente de los Juegos Florales de 1896, de los que fue Secretario el arquitecto Antonio María Gallissà (Oller: 2014: 168-169) y envió a su amigo su retrato, «con los elegantísimos y bien llevados arreos de aquel alto cargo», y el de María, que «está monísima». Pereda le felicita, lamenta que tenga problemas con la vista y desea su alivio. Sobre la traducción castellana del título de *I'Escanyapobres*, que Oller le consulta, le parece que es tarea difícil la de traducir adecuadamente un título bien puesto, y le propone varios (carta 1005).

Más adelante le avisa que la casa Henrich le enviará diez ejemplares de la edición ilustrada de *Tipos Trashumantes* para que los reparta entre los amigos catalanes, y le pide que Miquel i Badia y Sánchez Ortiz alaben en sus reseñas al dibujante Pedrero, «castellano aclimatado en la Montaña», que bien lo merece (carta 1014).

A juzgar por su artículo «Un maestro español en su casa»,¹¹⁹ Hannah Lynch había conocido personalmente a Pereda en el verano de 1895 cuando el barco en el que viajaba hizo una breve escala en Santander, y se presentó en su casa sin anunciarse a la hora de comer. Aunque el encuentro está contado por Lynch de manera un tanto hiperbólica no hay duda de que Pereda, «impaciente caballero, esclavo de sus nervios», recibió con extrañeza e incluso con desagrado la intempestiva intrusión de aquella extranjera en la que la timidez se mezclaba con la determinación y con la osadía. Pasaron a un gabinete, y al oír aquel el nombre de la visita, la entrevista cambió totalmente de cariz. «Pereda de buen humor, es tan atractivo, tan sencillo y de

¹¹⁹ «Un maestro español en su casa» apareció primero en *The Speaker* de Londres y luego, traducido, en *El Atlántico* (26 de noviembre de 1895), y en *El Eco Montañés* de La Habana. Hannah Lynch (Dublín, 25 de mayo de 1859- París, 9 de enero de 1904) fue una escritora nacionalista irlandesa que formó parte del movimiento Irish Revival en Dublín y de la Ladies Land League y continuó publicando *United Ireland* en París cuando el periódico fue prohibido en Irlanda. Fue apasionada de España y aunque murió muy joven, a los 42 años, dejó una extensa producción literaria de carácter vario, entre ella un libro sobre *Toledo* (1870) y una traducción de *El gran Galeoto* (1989).

modales tan cariñosos como es imponente cuando se le disgusta». Hannah se llevó un retrato del Maestro, un ejemplar de *Peñas arriba* y no pudo aceptar las reiteradas invitaciones para quedarse a comer con la familia porque su barco zarpaba a las cuatro.



Imagen 47. Hannah Lynch

Estas cartas forman parte de un epistolario más extenso que no ha llegado hasta nosotros, y marcan los altibajos de la amistad entre ambos. Lynch publicó diversos artículos encomiásticos sobre Pereda, y su actitud a favor de España en la guerra contra los Estados Unidos, acabó por estrechar una amistad que originó «muchas cartas» y un artículo en el que la irlandesa cuenta aquella primera entrevista con Pereda. Su imaginado desdén en ocasión de otra visita de Lynch a Santander en octubre de 1897 y el despectivo trato con que acogió a Quintanilla y a Vial motivó una carta firme y seca pero cortés de Pereda a Lynch en París, que debió cruzarse con otra «iracunda» de ella del día 6 del mismo mes. Contestó Pereda el 20 reconociendo en ella sus mismos trastornos nerviosos, y en otra del 29 toma los improperios de su amiga como «genialidades pintorescas» (cartas 1016, 1018 y 1020). En su última carta, fechada el 23 de abril de 1898 (carta 1041) la irlandesa expresaba su gran admiración por España ante la agresión norteamericana, y le preguntaba si deseaba un ejemplar de

su próximo libro, *Toledo. The Story of an Old Spanish Capital*. Pereda quedó muy complacido, y cuando el Album *Patria* le pidió su colaboración,¹²⁰ le mandó en su lugar un pasaje de esta carta de Lynch que, a su juicio, expresaba sus propias ideas. Ansiaba recibir *Toledo* y sugería a Miss Hannah que enviase un ejemplar a Galdós y otro a Menéndez Pelayo (carta 1040).¹²¹

Pereda agradece a Oller su felicitación, llegada el día de San José, y excusa su propio silencio porque «desde hace dos meses, no ceso de visitar y enterrar amigos, parientes y conocidos: ha sido esta una racha fúnebre que mete miedo» (carta 1034). Y con semejante estado de ánimo escribe meses después a su primo Cuevas: «No recuerdo haber visto nunca desaparecer en tan breve plazo mayor número de amigos íntimos y de conocidos», contándole la muerte del pobre Juan el Guantero,

a cuya falta no puedo acostumbrarme. Más que un hombre, para nosotros era una institución [...] de toda aquella apretada falange de otros tiempos, cuyo centro fue la Guantería, no quedamos ya más que Sinforoso y yo. ¡Y en qué estado moral! Porque has de saberte que aquel amigo, desde la muerte de su cuñado Mazarrasa, ha dado un tremendo bajón de espíritu. (carta 1035)

Y contaba a Vial la muerte del Guantero en doloridos términos: «Estuvo un mes oscilando y desarraigándose poco a poco, como un roble viejo y al fin cayó. Parece que se ha ido con él la mitad del pueblo, y que se quedó a oscuras la calle de la Blanca» (carta 1074).

El pintor y «notabilísimo dibujante» Antonio Pedrero se ofrecía a hacer los dibujos para *Marianela*, pues conocía muy bien la comarca de Reocín; como va a publicarse una edición ilustrada de las obras de Galdós, Pereda le anima a visitar de su parte a don Benito, a quien se le recomienda «con el mayor encarecimiento» (carta 1037). En mayo le agradece la atención con que recibió a Pedrero. Está leyendo *Zu-*

¹²⁰ *Album publicado por una comisión de jóvenes montañeses con objeto de contribuir a la suscripción nacional en pro de la Marina española*. (1898). Ms. 512. BMS (vol I: 345-348).

¹²¹ Ver García Castañeda: 1995; Hurtley y Gifra-Adoher: 2018; Bincknes y Laing: 2020.

malacárregui, y le pide que cuando vaya a la sesión de la Academia «el jueves próximo a ganarse honradamente las 10 j... pesetas», recuerde «al hombre chiquitín, o a quien en ello entienda», que le envíen unos libros. «¿Cuándo viene Vd.? Esto de la guerra me tiene patifuso [*sic*] y desvelado» (carta 1047).

Aunque deseaba volver a Barcelona, escribía a Oller que «con harta pena mía, habrá que aplazarle hasta tiempos mejores, si para entonces queda vida... y con qué viajar» (carta 1038), pero «al fin he cortado el nudo con el filo de mis grandes deseos de abrazarles a V. V. », y anunciaba a Oller la salida para Barcelona el 3 de mayo, acompañado de su cuñado Jesús, y que se hospedarán en el Hotel Continental, en la Plaza de Cataluña. «Aquí nos estamos asando vivos, y sentiría de todas veras que sucediera lo propio en esa ciudad, donde también canta la chicharra de lo lindo cuando llega el caso» (carta 1042).

A juzgar por la carta a Quintanilla del 13 de mayo de 1898 (carta 1045) Pereda estuvo en Barcelona entre la segunda semana de mayo y antes de fines de mes; en las anteriores al día 13 no mencionaba este viaje. Pasó antes por Madrid, y la escrita a Quintanilla no ofrece más datos que estuvo con Oller y que llevaba una vida muy activa, «no dejándome parar en casa estas gentes porque por la tarde y por la noche, no me queda tiempo disponible antes de la salida del correo más que para desayunarme, vestirme, y poner cuatro renglones o un telegrama a mi casa. Me cansa mucho este ajetreo que no puedo evitar» y que regresaría el próximo lunes por Bilbao para ver a Pepe, el hijo interno en Deusto. Y se excusaba con Quintanilla por su silencio epistolar y le anunciaba su regreso el próximo lunes. (carta 1045).

Confiado en la superioridad moral de los españoles y en la bravura de su ejército, Pereda fue siempre partidario de la acción militar, y ante la posibilidad cada vez más cercana de un enfrentamiento armado con los Estados Unidos lamentaba que el gobierno no fuera «capaz de utilizar enérgica y directamente las armas de que dispone, en frente de un enemigo brutal y antipático al mundo entero ¡qué ocasión la presente para ponernos si no de hecho de derecho sobre todas las potencias de Europa!» (carta 1038). Fue contrario siempre a la autonomía y, mucho más a la independencia de Cuba, como lo fueron los Unionistas y, a nivel local, tantos otros montañeses que tenían intereses en las Colonias. Como ya vimos, el hermano mayor de Pereda, Juan Agapito emigró a Cuba donde estuvo largos años, hizo fortuna y resolvió la

difícil situación económica de la familia; y también estuvo allí otro hermano, Manuel, quien a su vuelta fundó *La Rosario*. Todavía a principios de 1900 Antonio Quesada, el apoderado de Pereda en Cuba, le remitía una letra con los dividendos de una empresa de ferrocarriles en la Habana (carta 1143). La guerra era ya inevitable con aquella «nación de piratas» ante «la incomprensión en los Gobiernos de Europa, testigos impasibles de ese mismo asunto a que nos arrastra la codicia de un baratero rapaz e insolente» (carta 1039; García Castañeda: 1999).

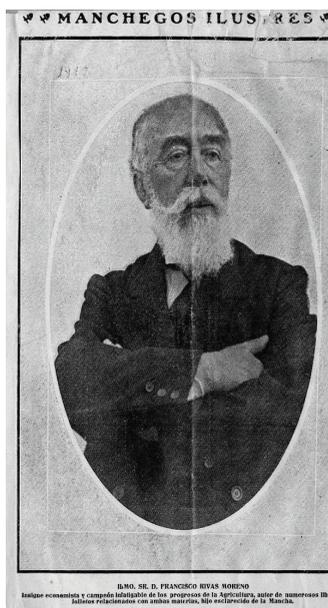


Imagen 48. Francisco Rivas Moreno

Proyecto Rivas Moreno. Digitalización:
Centro de Estudios de Castilla-La Mancha (UCLM)

En 1898 Francisco Rivas Moreno¹²² era Gobernador Civil de Santander, y al comenzar la guerra con los Estados Unidos,

¹²² Francisco Rivas Moreno (Miguelturra, Ciudad Real, 10 de enero de 1851-Madrid, 16 de marzo de 1935) fue un destacado y activísimo personaje que dirigió periódicos, ocupó numerosos cargos públicos, entre ellos los de Gobernador Civil en varias provincias, fundó Cajas de Ahorros y fue autor de numerosos trabajos sobre cooperativas agrícolas, Cajas rurales, economía y legislación (López Yepes: 2001).

habiendo convenido con las demás autoridades santanderinas en la oportunidad de publicar una proclama para alentar al pueblo e inspirarle confianza, se me ocurrió la idea de poner al servicio de estos requerimientos del patriotismo el corazón y la pluma de Pereda. Como siempre, expuesto mi deseo, el maestro ni puso reparos ni demoró el cumplimiento de tan delicado cometido» (Rivas Moreno: 1917)¹²³

En ella expresaba unos sentimientos y usaba un vocabulario muy semejantes a los que podían leerse entonces en la prensa y oírse en boca de los políticos gubernamentales y en las mesas de los cafés. Y en una carta a Cuevas desfogaba su frustración y su resentimiento contra los yanquis y contra «las vilezas de estos políticos que a tales extremos nos han conducido, y se lo lleva todo el demonio de una vez para siempre!» (carta 1051). Al mes siguiente, el almirante Dewey destruyó en Cavite la escuadra española del Pacífico y el 10 de diciembre de aquel mismo año con el Tratado de París España perdió Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

Tanto como a los norteamericanos detestaba Pereda a los gobernantes españoles, a quienes atribuía la pérdida de las colonias: «odio santo a toda esa caterva de canallas que de cincuenta años acá vienen socavando los cimientos de la patria, al fin entregada en ruinas al primer pirata que se ha atrevido con ella» (carta 1064). Y en carta a Cuevas expresaba una vez más su desesperación.

Esto es cocerse uno vivo; y con ello, y lo de la patria, y el espectáculo de estos espectros que llegan a diario de Ultramar, yo no sé qué es de mí ni de los demás: viví como una bestia, y no sé por dónde voy ni adonde volver los ojos: todo esto que pasa es la muerte y además la ignominia. No es posible caer más abajo ni en charca más hedionda; porque hasta creo que no llegamos a tres docenas los españoles que nos avergonzamos de ello. (carta 1060)

¹²³ En este artículo dice que Pereda era un «Carlita *enragé* que no siempre podía dominar sus vehemencias políticas», y que costeaba el desayuno y ropa a los niños de familias pobres que asistían a la escuela en Polanco.

Ceferino Martínez Infante fue inseparable amigo de Pereda en su juventud y junto con Juan Manuel Mazarrasa, compañero de redacción en *La Abeja*. En respuesta a la pregunta de Ceferino sobre sus trabajos literarios, le respondía: «¡Escribir! Para qué ni para quién en una nación en que no queda ya asomo de vergüenza arriba ni abajo [...] este sucio estercolero que en tiempos ‘ominosos’ fue la primera nación del mundo» (carta 1126). Y los mismos sentimientos expresan otras cartas escritas en aquellos meses (cartas 1064 y 1068).

Según carta de Pereda a Alfonso Ortiz de la Torre parece que éste le había sugerido la idea de escribir una novela sobre la pérdida de las Colonias. En principio la rechazó pero «escarbando en piedra de la cantera de que V. me habló» esboza un argumento en el que los esfuerzos regeneracionistas del protagonista se estrellan contra la corrupción y la inercia, «las pjaras de cerdos (no de las de Chicago, sino de las de Madrid)». Y le promete que meditará sobre ello «mientras tenga ocasión de ponerme al habla con algún testigo presencial de lo que haya sucedido en Santiago, o suceda en la Habana, en el momento supremo de arriar el pabellón que ha ondeado en aquellos territorios desde que plantó Colón en ellos la Cruz redentora, para izar la bandera de los piratas que nos la han robado.» (carta 1057). En cambio, bastantes años después, José María Quintanilla mencionaba un argumento muy diverso:

Hacia 1901, y de resultas de la Paz de París, que le produjo verdadera fiebre, [...] habló a algunos de escribir una novela grande, que [...] llevando a un mozarrón de «peñas arriba», entre tísicos, calaveras, descreídos y ladrones de todas las castas y trajes, de vergüenza en vergüenza y de ruina en ruina, a la fosa de un lazareto («Pedro Sánchez»: 1906: 16).

González Herrán cita un artículo sin firma de *El Correo de Cantabria* del 16 de enero de 1899 que alude a que, animado por Galdós y otros amigos, pensaba Pereda escribir una novela, y el 5 de octubre del mismo año, en el periódico de Madrid *El Correo*, Juan Antonio Galvarriato aseguraba que don José, «en la «actualidad emborriona las cuartillas que desde hace dos años le han acompañado, blancas, en sus viajes a Madrid, Andalucía y Cataluña [...] son muchas hoy

las páginas escritas por Pereda para el nuevo libro». Y le sugiere que escriba otra novela basada en el Desastre (González Herrán: 1985: 226-228). Pero «Esta decisión, que trascendió de algún periódico, ni principio alcanzó siquiera, a causa de la enfermedad de uno de sus hijos, y al poco tiempo hasta se olvidó Pereda de haberla acariciado bastante calentándole el horno» («Pedro Sánchez»: 1906: 16).

En el ya citado artículo, «Pedro Sánchez» menciona la publicación de unas cuartillas de la posible novela «Hero y Leandro», para quien

es sabido que aquel desistió del propósito de escribir tal libro en ese mismo comienzo, aunque se ignora por qué y no se sospechan tampoco las razones que le obligaron, contra su costumbre, a conservar tales cuartillas. Lo único que se conoce sobre el particular es que *Hero y Leandro* iba a ser una novelita idílico-trágica, más pequeña que *Al primer vuelo*, casi tan breve como *Pachín González*, y que todo lo que había visto para ello el glorioso escritor, eran unos ojos verdes de mujer bravía, medio marinera, medio montañesa, que... El 'papel' principal era el de un remanso *becqueriano*» («Pedro Sánchez»: 1906: 16).¹²⁴

Aparte de tales proyectos confiaba Pereda al escritor mejicano Francisco Sosa¹²⁵ que «he mandado copiar unas cuartillas que tenía escritas, mitad, aproximadamente, del primer capítulo de una novela que *pienso* terminar, y adjunto mando a V. la copia» (carta 1092). Esas cuartillas no han llegado a nosotros; la carta a Sosa abre una interrogante sobre esa posible novela, que quizá llevaría a pensar en la proyectada «Hero y Leandro».

El brillante escritor Joan Sardá, inseparable de Oller, había contraído tuberculosis, aquella enfermedad que Joaquín Bartrina llamó «el

¹²⁴ Véase el estudio y edición crítica de estas páginas en «El Hero y Leandro de Pereda» de Anthony H. Clarke quien las fecha «a fines de 1903 o principios de 1904» (Clarke: 1970: 271). En ocasión de la concesión del título de Hijo Adoptivo de Polanco al hispanista inglés el Ayuntamiento de Polanco publicó una edición de este estudio y edición crítica.

¹²⁵ Francisco Sosa Escalante (1848-1925). Escritor, historiador y poeta mejicano que perteneció a la Real Academia de la Historia y a la Mexicana de la Lengua. Al igual que Carlos Pereyra fue un defensor de los Conquistadores españoles, y combatió la Leyenda Negra y el expansionismo norteamericano.

vampiro de las razas meridionales» (Oller: 2014: 169-170) y falleció el 4 de diciembre del 98 (Oller: 2014: 186-188). Al conocer su muerte Pereda, de quien fue también viejo amigo, envió una sentida carta de pésame a Oller pues no conocía a la familia de Sardá; tampoco esta vez fue la acostumbrada carta formal de pésame sino unas tristes reflexiones personales sobre la presencia de la muerte en su propio círculo. «La frecuencia con que suceden esos hechos, y otros aún más dolorosos ¡cómo nos demuestran que este pícaro mundo a que tan apegados somos, no es más que un lugar de purificación y de castigo!» (carta 1075). Continúan las cartas desgranando desdichas. Esta vez es la repentina y rápida enfermedad de Agabio Escalante (carta 1086). Para don Marcelino, Agabio «valía muchísimo por sus virtudes de hombre y por su temperamento artístico» (carta 1100). Casi un año después murió el doctor Vega, «médico de mi casa 32 años hace y este suceso me ha dolido y me duele mucho. Dios le tenga en su gloria» (carta 1154).

Tras el tempestuoso estreno de *Electra*, escribió Pereda a Galdós una carta cariñosa y sincera — «yo, que tan de veras le quiero, no debo ni puedo permanecer en un silencio sospechoso» — en la que expresaba la difícil situación en que se hallaba de aplaudir la obra maestra y, a la vez, de mostrar la oposición que le dictaba su «conciencia de cristiano viejo». Creía que las cosas se habían sacado de quicio y exagerado el alcance social de la obra (carta 1218).

También tenía Galdós una opinión muy negativa del estado de la literatura en España, y le confiaba que «*El abuelo* parece que ha gustado y va entrando en el público, como aquí pueden entrar estas cosas. Vivimos en un país desdichado, que cada día ve con mayor indiferencia las cosas literarias. Tanta y tanta política ha embotado el espíritu». «Dios mediante, pienso ir a buscar en mi casa y huerta el descanso de esta vida vertiginosa. El negocio editorial marcha muy bien» (carta 1078).

Pereda agradecía a Torcuato Luca y Tena la invitación a colaborar en la revista *Blanco y Negro* pero vivía «casi olvidado ya de la pluma con que tanto he pecado en el campo de las letras», y le rogaba que transmitiera al pintor Cecilio Pla (Valencia, 1860-Madrid, 1934) su agradecimiento por su hermoso dibujo de la «afortunada callealtera» en el número 408 de la revista; «podría ser un excelente retrato salvo el color de gitana que Sotileza no tenía y algún que otro detalle de escasa importancia en lo accesorio.» (carta 1098). Y lo mismo agradece a

Isaac Peamon su amable oferta de colaborar en el primer número de la *Revista del Plata* (carta 1107).

Los estudios de su hijo Salvador, las consultas médicas, las gestiones de la fallida senaduría y las sesiones de la Academia hicieron que Don José pasara algunas temporadas al año en Madrid, de cuya vida literaria y teatral estaba al tanto desde Santander por la prensa y por las cartas de sus amigos. Durante su estancia allí, se trataba con los políticos y funcionarios relacionados con sus propios asuntos y con gente de letras y académicos. Pero solo frecuentaba a Galdós, a Marañón y a otros montañeses que residían en la corte. Se queja de que en «este Madrid que no acaba de entrarme» (carta 1113); acudía a las sesiones de la Academia, y «No me falta, y hasta me sobra, gente que me haga la tertulia, y con esto y un paseo no largo por la tarde con Marañón y Alfonso». Pero «Aquí, nada de libros, nada de teatro, nada de interés por cosa alguna, incluso la política; todo parece muerto o en la agonía» (carta 1111). Y confirmaba a Enrique que pasaba mucho tiempo en casa, daba un paseo por la tarde «equivalente al matinal de Santander desde la Guantería a la Alameda de Becedo», y no iba al teatro (carta 1113).

Un año después su visión del panorama matritense no había mejorado. Había «un incesante temporal de aguas», se quedaba en casa con los amigos y fue al Price a ver «los volantines» y al teatro Lara a ver *El Patio*, un precioso sainete en dos actos de los hermanos Quintero. «Hoy, primer día que luce el sol, iremos a ver la exposición de Goya».

De literatura, nada: aquí no se habla de ella más que para lamentarse de su inopia. De los Benavente y compañía nadie se acuerda sino para asombrarse de que en provincias se les tome en serio [...] Lo propio sucede con la política y los políticos vistos de cerca. Esto es un lodazal, y lo que es peor, sin remedio conocido. (carta 1170)

A mediados del año siguiente salía de casa «lo menos que puedo [...] Créeme: aunque vivo aún, soy ya cosa concluida» (carta 1238).

Basándose en una fotografía de Pereda, el dibujante y retratista Robert Kastor le envió desde París su retrato bellamente dibujado a pluma, con la súplica de que pusiera debajo cualquier pensamiento o

frase, o simplemente su firma pues trataba de formar una colección de retratos y autógrafos de «nos plus illustres contemporains», de las cuales tenía ya recogidos muchos. Pereda le devolvió firmada «tan exquisita obra de arte», le preguntaba dónde adquirir el Album de miembros de la Academia francesa y de los que en adelante pusiera a la venta y le agradecía la inmerecida honra que hacía «a mi modesta efigie» (carta 1128). Kastor le regaló un ejemplar del álbum *L'Académie Française*. Estos retratos son reproducciones exactas al agua-fuerte, de los que él hace a pluma, y «resultan, como obras de arte, notabilísimas, y por los autógrafos con que van acompañadas, muy curiosas». Casi a vuelta de correo, escribió Pereda a la Marquesa de Comillas y aunque no lo expresa directamente, parece que Kastor le encargó que tratara de conseguir el retrato de la Reina, y recordando «el altísimo cargo que desempeña en Palacio, la bondadosa amiga» sugería a la Marquesa que hiciera la gestión. Y concluía saludándola como a «la apasionada del arte y (no la ofenda la verdad) la compañera de Letras» (carta 1134).

Tenía una consciencia cada vez mayor de la vejez y del paso del tiempo, sus cartas lamentaban el fin de las alegres tertulias de antaño y desgranaban los nombres de amigos fieles —el Dr. Juan Pelayo, Juan el guantero, Mazón, el escultor Susillo, Andrés Crespo, Fernando Pérez de Camino, Ambrosio Menjón, Agabio Escalante— a los que arrebató la muerte. Especialmente la pérdida del hijo Juan Manuel en circunstancias trágicas, y la de las colonias entristecen sin remedio los años que le restan de vida.

Terminaba el año y Pereda continuaba decaído y sin gana de trabajar, y confiaba a su amigo Narciso que «apenas se ya con qué mano se coge la pluma para escribir una triste carta [...] raya en lo inverosímil el extremo a que ha llegado esta aridez de espíritu que poco a poco me va robando hasta las fuerzas físicas» (carta 1137).

Eduardo López Bago (1855-1931) era médico, anticlerical y republicano. Partiendo del naturalismo de Zola fue el más extremista de los naturalistas españoles y creador de un género de novela de carácter médico-social sobre la explotación sexual femenina, que dio origen a la novela erótica, y tuvo gran difusión entre 1875 y 1895. Influyó sobre el grupo de novelistas llamado «Gente nueva», entre ellos Alejandro Sawa, José Zahonero, Mariano de Cavia, Joaquín Dicenta y

Silverio Lanza, todos ellos intermedios entre la generación realista de Galdós y la del 98.¹²⁶

Estas publicaciones alcanzaron gran popularidad principalmente entre las clases medias y bajas, y propias de entonces fueron la *Biblioteca del Renacimiento Literario* y la *Biblioteca Demi-Monde*. A principios del siglo siguiente proliferaron colecciones de novela corta como *El Cuento Semanal* (1907-1912) que publicó 263 entregas; *La Novela Corta* (1916-1925), con más de 500 títulos, y varias otras (Mainer: 1975: 81-84). Mención aparte merece *Germinal*, la revista de la *Gente Nueva* (1897-1899), considerada como la primera revista del 98. (Ramos Gascón: 1975).

El marqués de Comillas, la Asociación de Padres de Familia y otras organizaciones católicas organizaron campañas para contrarrestar la influencia inmoral e ideológicamente subversiva de aquellos lecturas, así como la de los espectáculos de variedades de carácter erótico y la de la enseñanza anticatólica en la universidad (Carr: 1982: 467 n3). *La Biblioteca Patria*¹²⁷ perteneció al Patronato Social de Buenas Lecturas, presidido por el Marqués de Comillas, que desde 1904 encabezó la contra ofensiva del catolicismo político hacia 1905-1910 como una alternativa a la proliferación de aquellas colecciones de novelas cortas y de revistas galantes. De entonces datan *Razón y Fe*, la revista de los jesuitas, *La Ciudad de Dios*, de los agustinos, y el conocidísimo *Novelistas malos y buenos juzgados en orden de naciones* (1910) del jesuita Pablo Ladrón de Guevara. También comenzó la gran popularidad del novelista y poeta modernista Ricardo León, en su segunda época de conservador y católico. También escribía para educar a la juventud y reformar la sociedad el P. Conrado Muiños Saenz (1858-1913), profesor en los estudios de El Escorial y director de *La Ciudad de Dios*. Le agradecía Pereda «su hermoso libro» *Horas de Vacaciones* [...] Dando V. V. a los ejemplos morales la forma artística que el gusto dominante impone a la literatura de batalla, han logrado, por de pronto, sacar al enemigo de su terreno, quitar pretexto a sus rutinarios desdenes,

¹²⁶ Ver Lissorgues: 2008; Pura Fernández: 1995.

¹²⁷ El sello distintivo de la *Biblioteca Patria*, es un círculo con una pluma de ave circundada con una corona de laurel y la inscripción «Patria. Amor. Fides». Tenía imprenta propia y las oficinas en el Paseo del Prado, 30, entresuelo, Madrid»; cada tomo se vendía a una peseta. Al menos el tomo XI, *Cuentos y trazos* de Enrique Menéndez Pelayo (1900), trae lista de sus patronos.

y obligarle a que lea, a que medite y a que compare» (carta 409). Se puede imaginar la indignación de Pereda cuando al consultar un catálogo de la librería de Pueyo vio anunciadas sus obras en una lista de las que el librero llamaba de sabor picante «y cuyos títulos, bien claramente estampados, son un verdadero insulto a la sana moral y a cuanto de más sagrado existe en el corazón de las gentes honradas». Y le pidió que retirara cuanto antes del catálogo el anuncio de sus propias obras (carta 1168).

En esta lucha editorial destacaron Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, y José Díaz de Quijano, sobrino de Máximo Díaz de Quijano, el cuñado del primer marqués de Comillas; ambos fueron de la Asociación de Católicos de Santander, carlistas, cuñados del primer marqués de Comillas y muy amigos de Pereda desde la juventud.¹²⁸ También era carlista el publicista y escritor José Ignacio de Urbina (1856-1928), fundador de la Liga Nacional Antimasónica y Antisemita (1912), de la Biblioteca Patria y de otras publicaciones católicas, quien desde 1915 dirigió el Patronato Social de Buenas Lecturas. Como director o editor de la *Biblioteca Patria* invitó a Pereda a formar parte del jurado del primer concurso, *La novela corta*, para 1903-1904, quien aceptó, pues

¹²⁸ José Díaz de Quijano (Santander, 25 de enero 1860-Madrid, 26 de marzo de 1903) fue autor de *Tonadas montañesas*, una colección de cuentos inspirados en canciones populares; *Caminos de la Montaña*, «novela en bocetos», escrita con gran sensibilidad y sentido del paisaje; la novela *Panojas*, sin año, y la zarzuela *Carmina la caseruca*, con el mismo asunto que *Panojas*. Falleció repentinamente el 26 de marzo de 1903. José tuvo una intensa actividad editorial: dirigió la *Revista de Navegación y Comercio* (1891-1892); *Actualidades. Revista semestral ilustrada*. «Redactada por los más distinguidos escritores y los más populares artistas» (1898-?); la *Biblioteca de Ferrocarriles*, en la que se publicaron *Recuerdos de antaño*, de Domingo Cuevas, y *A la buena de Dios* de Eduardo de Huidobro; la *Biblioteca Ilustrada de autores contemporáneos*, en la que aparecieron, entre otras novelas, las de algunos amigos como *Marinucas*, por Fernando P. de Camino, con ilustraciones del autor (2 pts); *Y pocas nueces*, por Sinesio Delgado, con ilustraciones de Cilla (2 pts), y *El niño*, por el Dr. Tolosa Latour. También era de Díaz de Quijano la *Biblioteca de viajes*, en la que vio la luz *Cuarenta leguas por Cantabria*, por Benito Pérez Galdos.

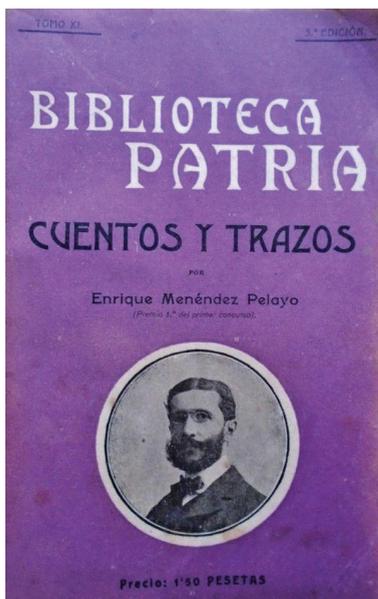


Imagen 49.
Enrique Menéndez Pelayo,
Cuentos y trazos, portada
de la Biblioteca Patria

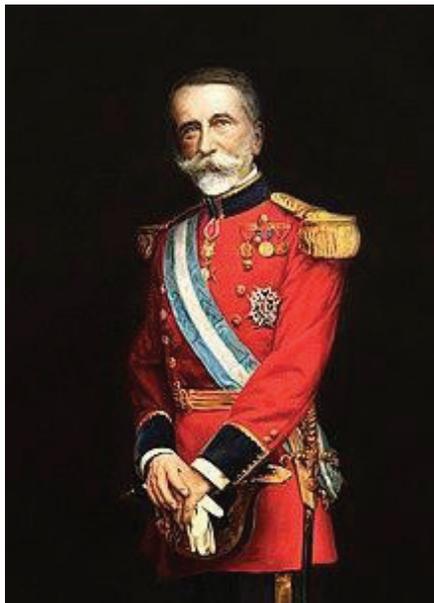


Imagen 50. Claudio López Bru,
segundo marqués de Comillas

El pensamiento de la fundación me parece altamente sano, civilizador y patriótico, y por eso creo que estamos en el deber de ayudarle en la medida de las fuerzas de cada uno cuantos en España sentimos verdadero amor por el pueblo y deploramos amargamente la falsa dirección que hoy se da a su desapercibida inteligencia con las lecturas baratas, en las que todo se pervierte y corrompe a la vez: la fe, la moral, las costumbres y la lengua patria. (carta 1310)

Palabras que la editorial incluyó en sus volúmenes, así como una lista de los patronos de la Biblioteca, en la que figuraban aristócratas y personajes de la alta burguesía.

Tras la lectura de los manuscritos de diez y siete novelas, y ateniéndose al criterio de premiar las obras que lo merezcan «por sus tendencias sanas y méritos literarios», Pereda envió un detallado informe. Solo le parecía digna del premio de mil pesetas *La golondrina* (por

lema Hirundo) «por la pureza y limpidez de su lengua, por la gracia de su estilo, la agudeza de sus conceptos, la verdad humana de sus personajes, la delicadeza de su pensamiento generador y la artística e interesante sencillez de su contextura». La seguía en merecimientos *La tonta*, que aunque no tenía los de la anterior, tenía «una marcha desembarazada y simpática, cierto bien hacer, sin violencias ni tropezones, personajes bien determinados, concebidos algunos superiormente, interés en la fábula y un ambiente de poesía que no abandona nunca a sus tendencias románticas.» Las demás novelas «valen muy poco como obra de arte» (carta 1321). Resultaron premiadas, y no estará de más advertir que *La golondrina* era de Enrique Menéndez Pelayo, y *La tonta*, de Ramón de Solano (1871-1946), un acendrado católico, miembro tardío, debido a su juventud, del grupo de admiradores de Pereda.¹²⁹

El 24 de abril de 1900 se convocó a los notables de la ciudad a una junta en el ayuntamiento que precedió al envío de una circular del día 27 solicitando «un anticipo o una limosna» para concluir las obras del colegio de los P. P. Salesianos destinado a convertir a los niños desamparados y vagabundos en hombres de bien y ciudadanos útiles a la patria. La circular estaba firmada por Pereda y por un grupo de destacados santanderinos. Casi un mes más tarde, éste se lamentaba con Quintanilla, de la falta de generosidad de «estos adinerados montañeses» para financiar las Escuelas, a los que estaba visitando uno a uno, «con sermón y todo», para lograr su colaboración (carta 1170).

Contaba a Oller que «ando estos días en correcciones de una traducción que Riera i Bertrán ha hecho de un drama que escribió y se representó ahí en catalán, tomado de mi novela *De tal palo... y me vuelven loco*» (carta 973). Pereda era enemigo de la adaptación de las novelas al teatro:

no me avengo fácilmente a la forma *teatral* en la novela. Al cabo es un esqueleto: falta allí la carne del autor, su personalidad literaria, su estilo, su arte, lo que en las tablas se suple, malamente por lo común, con el actor; la sal y la pimienta, como si dijéramos del guisado: me parece, en suma, esta

¹²⁹ Fue Abogado del Estado y amante de la literatura; como poeta, se le deben *Via Crucis*, *Libro de versos* y *Romancero de Cervantes*, y colaboró en numerosos periódicos y revistas de Madrid y de Santander.

forma, la más rudimentaria de la novela... con perdón de los que piensan de distinto modo. (carta 1023)



Imagen 51. Luis Ruiz Contreras

Rechazó siempre las propuestas de llevar sus propias novelas al teatro; por eso, y más aun, por el gran temor que siempre tuvo a ver comprometida su reputación de novelista y de verse en ridículo. En una ocasión pedía noticias a Oller de una comedia de Pin i Soler traducida por él (Thion Soriano-Mollá: 2010), pues no recordaba si corrigió una traducción mala al castellano, o una traducción directa del catalán. «Me inclino a lo primero; y en este caso tiemblo por lo que va a suceder, quedando yo responsable de la galiparla resultante, pues han de conocerse los remedios» (carta 1079), y rechazó la proposición de S. Pous i Pagés, de Barcelona, de llevar al teatro «una novela tan insignificante» como *La mujer de César* (carta 1061). Desde Madrid escribía a Quintanilla que su admirador y amigo, el dramaturgo y crítico literario Luis Ruiz Contreras (1863-1953), le había leído un plan de drama sacado de *La Puchera*, que «No me gustó mucho, que digamos»; los diálogos serían los del libro al pie de la letra (carta 1175).

Pereda aclaraba a su viejo amigo Bustillo que Luis Ruiz Contreras

acometió el proyecto por iniciativa propia, él empeñado en que mi arreglo teatral de *La Puchera* iba a entusiasmar al público, y yo, en todo lo contrario, mientras los periódicos continuaban haciendo el reclamo para el abono del Español. El buen deseo de don Federico Balart y las ilusiones de Contreras, son lo que ha dado motivo a ese campaneo, y me he negado en absoluto a que se represente después de convencerme de que en cada arreglo que se hacía en él le poníamos peor. Lo peor es que no hallo la manera de recoger la autorización que casi di a Eusebio Sierra para sacar una zarzuela de *Blasones y Talegas*, zarzuela que ya tiene hecha, y no mal del todo, en un acto y varios cuadros, pues dirá Contreras, y con bastante razón, que «o tirar de la cuerda para todos o para nadie. (carta 1199)

No se había opuesto en principio a la proposición de Ruiz Contreras pero a medida que el proyecto se iba concretando surgieron las persistentes y siempre corteses objeciones de Pereda y el creciente disgusto de aquel. Como otras veces, surgía su temor al ridículo y a comprometer su reputación: «¡Tendría que ver a mis años una tentativa teatral rematada por un pateo!» (carta 1194), «que arriesgo mucho en ese lance y que necesito caminar con pies de plomo» (carta 1197), no quiero «lanzarme a correr tan descomunal aventura» (carta 1202). A pesar de los buenos oficios de Balart y de Ruiz Contreras, Pereda seguía poniendo trabas y objeciones, y las cartas reflejan una tensión creciente. El tono se fue agriando, y aunque la prensa había dado ya la noticia del futuro estreno de la obra, éste no se llevó a cabo.

Eusebio Sierra tenía ya hecha la zarzuela de *Blasones y Talegas*, con música de Chapí, en un acto y varios cuadros, «y no mal del todo» (carta 1199). La adaptación era del mismo Sierra, quien le había puesto al tanto de la buena acogida que la empresa de Apolo había dispensado a la obra, y de la división en dos actos acordada después de la lectura. El mismo Pereda se encargó de facilitar los figurines al dibujante Santa Cruz para dejar bien resuelta la dificultad de la indumentaria. Mediado diciembre ya se estaban ensayando la obra y la música, y distribuido los figurines de Santa Cruz, basados en los que le mandó Pereda (carta 1213). Preocupado siempre por lo que podría sufrir su

reputación ante el fracaso de una obra advertía a Oller que algunos periódicos de Madrid habían publicado una rectificación según la cual la zarzuela *Blasones y Talegas* no era obra suya, sino un arreglo hecho con su autorización. «Todo lo demás que se dijo fué puro reclamo y cuestión de taquilla. Crea V. que por ese y otros motivos, estoy bien arrepentido de aquella mi condescendencia, y deseando que los aprietos en que se ve Chapí para escribir la música montañesa no tengan salida y se quede el tal arreglo, sin pies ni cabeza, sin representar» (carta 1219). Pero en una carta en la que le contaba la muerte «del pobre Santa Cruz, pobre en todos los sentidos de la palabra», cuando creía que la zarzuela se habría olvidado ya en los archivos de Apolo, «y me daba por ello muy contento», le había avisado Sierra que Chapí había terminada la música, que continuaban los ensayos y la estrenarán pronto (carta 1221). Y confiaba a Bustillo que se arrepentía de «haber sido demasiado condescendiente» y se prometía que «ha de tronar muy recio para que yo consienta en adelante esas mutilaciones, en ninguna novela mía, y esperaba «la paliza» que a él y a Sierra iba a darles el público (carta 1229).

El estreno de la zarzuela *Blasones y Talegas* no tuvo el éxito esperado y, como escribía a Antonio Gomar, fue «el exacto cumplimiento de las profecías que varias veces le hice, por lo cual estoy muy tranquilo y hasta gozoso, pues contaba yo, por remate de fiesta, con un vapuleo, que no ha habido, de los chicos de la prensa» (carta 1255).¹³⁰ Y se opuso con insistencia y trató de impedir la representación que hizo Quintanilla de su adaptación de *La Montálvez*.

El Orfeón Cantabria, fundado y dirigido por Adolfo Vicente Wunsch¹³¹ organizó una Fiesta Montañesa para exaltar el folklore provincial que se celebró el 12 de agosto de 1900 en la plaza de toros y a la que asistieron unas doce mil personas.¹³² Fue presidida por Jesús de Monasterio, Menéndez Pelayo y Pereda, por Wunsch, Ruperto Chapí y Tomás Bretón. La celebración de esta Fiesta dió

¹³⁰ Según Montero, «se hundió en Apolo a pesar de la música de Chapí (Montero: 1919: 70-71). Ver también Gutiérrez Díaz: 1997.

¹³¹ Adolfo Vicente Wunsch Pérez (Santander, 1837-1912), apasionado por la música, organizó y dirigió numerosos eventos musicales en Santander durante más de medio siglo. El Orfeón Cantabria obtuvo numerosos premios y alcanzó enorme prestigio.

¹³² García Castañeda: 2006; Hernández Urculo: 2017: 137-158 y 239-258).

lugar a numerosas cartas en la prensa local con encontradas opiniones que pusieron en evidencia rivalidades y enemistades pero que tenían en común el deseo de promover el regionalismo y de buscar las raíces de un concepto tan difuso como es el de lo montañés. Los polemistas firmaron con seudónimos y usaron un pretendido lenguaje aldeano; la pauta la marcaría Pereda, autor de la primera carta publicada en *La Atalaya*, firmada con el seudónimo de «Resquemín», el tabernero de *El sabor de la tierruca*: «Resquemín, periodista». «Señores don Angel Jado y don Evaristo Rodríguez de Bedia». Cumbresales, 14 de agosto de 1900». (*La Atalaya*, 14 de agosto de 1900), seguida de otras más, en la que estaba presente la mutua antipatía de Pereda y Amós de Escalante, quien no había sido invitado a la presidencia de la Fiesta.¹³³

A mediados de 1895 Pereda encontraba a Pérez de Camino «muy desmejorado y exageradamente aprensivo, en los límites ya del enfermo de comedia, y comienzo a dudar muy seriamente si su estado es obra de su aprensión, o si esta es hija legítima de aquel. Quiera Dios que sea lo primero» (carta 876). Vino después de haber tomado las aguas de Cestona «y peregrinado por varios pueblos y comarcas, buscando una salud que en realidad le falta. Le encuentro demacrado y macilento» (carta 882). Pero seguía trabajando en dos cuadros que pensaba mandar a la Exposición de Madrid (carta 1001). Y comentando a Vial lo desanimada que estaba la tertulia afirmaba Pereda que, aparte de un constipado, Camino estaba como nunca (carta 1151).

Pero los temores se confirmaron en el otoño de 1900. Don José María daba la mala noticia a Oller de que habiendo notado un bulto en la región del hígado Camino fue operado por el Dr. Ortiz de la Torre, el hermano de Alfonso, quien halló un enorme tumor canceroso en el hígado imposible de operar. Al pintor y a su familia se les dijo que se le había extraído un quiste benéfico que con adecuado tratamiento iría curándose.

Desde que estoy al tanto de las cosas, no puedo echar de la imaginación al infortunado amigo, de día y de noche, despierto y soñando. Que Dios le mantenga en su ceguedad

¹³³ «Carta de Resquemín». Cumbresales, 20 de agosto de 1900. (*La Atalaya*, 21 de agosto de 1900); «Amigo Galerín». Cumbresales, 22 de agosto de 1900» (*La Atalaya*, 23 de agosto de 1900); «Para terminar. A Galerín». Cumbresales, 26 de agosto de 1903» (*La Atalaya*, 26 de agosto de 1900).

de enfermo grave y sordo a las imprudencias de los oficiosos compasivos. Es el único bien que, de tejas abajo, se le puede desear con probabilidades de conseguirlo. ¡Qué triste es esto! (carta 1195)

El enfermo, como era de esperarse, continuó sintiendo cada vez más agudizados los dolores intestinales, y por último, hubo necesidad de sacramentarlo hace unos días; «así está el pobre amigo, esperando los que estamos en el secreto, la no muy lejana fecha de su muerte, y su familia con escasísimas esperanzas de mejor desenlace» (carta 1203). Por otras cartas conocemos su lento deterioro, felizmente sin dolores (cartas 1207, 1210 y 1212). Unos días más tarde confiaba a Vial que el infeliz Camino «hasta hace frases a ratos sin darse cuenta todavía de la gravedad de su estado» (carta 1213).

Mediado enero del año siguiente falleció, sin «dolores agudos ni grandes molestias; y esto salió ganando el infeliz en medio de su desgracia amén del sosiego y tranquilidad con que pudo arreglar sus cuentas con lo eterno y lo temporal. Téngale Dios en su gloria». Murió a los 42 años.

«No por prevista deja de dolerme esta muerte en lo más hondo. Ya sabe V. cuán digno era de ser querido, y además fué uno de los de mi segunda familia, de mis íntimos, bien mermados ya» (carta 1216). De él hizo su gran amigo Oller una cariñosa semblanza:

el seu caràcter suau, la seva educació esmerada, la seva delicadessa impecable, la seva extensa i discretíssima ilustració i la seva conversa, sobretot en la intimidat, plena d'humorisme de bona ley [...] Pero indolent per naturalesa com a bon contemplatiu a qui la necessitat no empaita, i exhalat de més a més per una modèstia extremada, consumí molta mes grand part de la vida observant, llegint, rumiant i dubtant, que no pas donant de si el que hauria pogut donar-nos. (Oller: 2014: 344)

[su carácter suave, su educación esmerada, su impecable delicadeza, su extensa y discretísima ilustración y su conversación, sobre todo en la intimidad, llena de humorismo de buena ley [...] Pero era indolente por naturaleza, como un buen contemplativo a quien la necesidad no apremia, y además llevado de una modestia extremada, consumió la mayor parte de su

vida observando, leyendo, rumiando y dudando, que no dió más de sí todo lo que podría habernos dado.]

El invierno de 1901 fue en Santander tan crudo que Pereda no recordaba otro igual «en los años que cuento de vida, y no son pocos», hacía mucho frío, llovía sin cesar y granizaba (cartas 1207, 1213 y 1221).

Salvador Rueda confiaba a su amigo Pereda, en una carta que no conocemos, que le gustaría estar enterrado a campo abierto, «donde se oyera la vida humana» y pudiera seguir mirando al cielo. La idea era romántica y bonita pero no para compartida con don José María, para quien no había mejor lugar que «dentro del pobre y solitario cementerio de mi lugar nativo, y al amparo de la Cruz, como cristiano viejo que soy». La idea le parecía «nacida en el cerebro exaltado de un poeta» y le aconsejaba que le preocupara el destino del alma, no el del cuerpo que se deshace en la tierra (carta 1217).

El tempestuoso éxito de *Electra* sorprendió al mismo Galdós pues se dio a la obra una intención que él no había pretendido (carta 1220). La carta de Pereda pasados unos días del estreno era delicada y cariñosa y en ella aplaudía la calidad literaria del drama pero no unas ideas que no aceptaba su conciencia de cristiano viejo (cartas 1218 y 1224). Y pensaba que las cosas estaban sacadas de quicio y que la obra se había explotado con fines políticos (cartas 1219 y 1229).

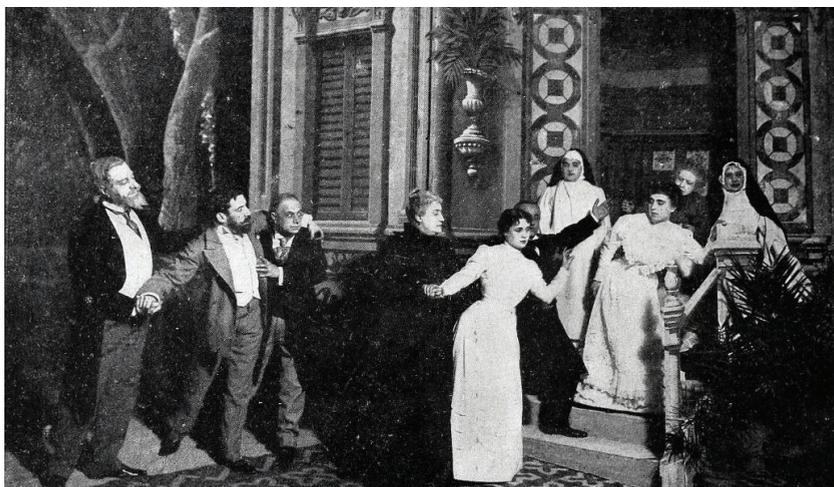


Imagen 52. Escena del cuarto acto de *Electra*, de Benito Pérez Galdós.

Aquel estreno provocó en Santander una polémica entre *La Atalaya*, el órgano del obispado, y *El Cantábrico*, que dirigía José Estraña, el gran amigo de Don Benito. El 2 de febrero de 1901 *La Atalaya* publicó el artículo «Electra» en el que atacaba esta obra y a su autor, y el mismo día *El Cantábrico* publicó otro encomiástico. El obispo Sánchez de Castro prohibió su representación en los teatros de la diócesis pero se representó en Castro Urdiales, en Torrelavega, en Laredo y en Santander. Cuando Galdós llegó a pasar el verano le esperaban en la estación desde las nueve y media de la mañana una multitud, la Banda Municipal y comisiones y representaciones del Comité Federal y de la Unión Republicana.¹³⁴

Otro de los amigos de la infancia que desaparecen es el general José Sáenz de Miera, a quien Pereda evocó en «Reminiscencias» (*Esbozos y rasguños*) y a cuya familia destacaba en su carta de pésame «lo íntimo de la amistad que nos unió toda la vida» (carta 1236). Comentando con Quintanilla aquel suceso, que «sentí en el alma» lamentaba que «Ya no quedan hombres de esa contextura y de ese temple» y «la fría despedida que ha hecho [...] Santander a uno de los montañeses que más han honrado a su patria por sus virtudes de caballero y de soldado». Y le insinuaba que publicara algo sobre él (carta 1238).

Lamenta que «La tertulia ha quedado muy reducida y así se nota más la muerte del pobre Camino y la de Agabio. No abundan los hombres de la agudeza, de la cultura y de la bondad de éstos. Miserias y contrariedades de la vida humana» (carta 1255). Cada vez son más frecuentes en estas cartas las alusiones de Pereda a su salud y a su estado de ánimo: «Tuve, en efecto, un cólico dolorosísimo, solo se calmaba con inyecciones de morfina. Me costó dos días de cama, dejéme descuajaringado, y por mor de la debilidad, no he podido salir de casa hasta hoy» (carta 1195); «mi vida es una máquina y máquina vieja». «Aquí hay una verdadera peste de trancazo: en cambio V. V. tienen las interminables huelgas de obreros. Peste por peste, y no sé cuál de ellas es peor» (carta 1261).

Dirigiéndose a Oller como uno «de los que figuran a la cabeza de la no muy larga lista de los que más adentro me llegan y llegan a todos los de esta su casa» le participa en su nombre y en el de Diodora el casamiento de su hija María con D. Enrique Rivero, de Jerez de la Frontera.

¹³⁴ Bravo Villasante: 1970-1971a).

Parece ser que las raíces de este asunto arrancan de nuestro viaje a Andalucía 6 años hace; y es lo cierto que puesto yo a pedir condiciones y prendas morales y físicas, de educación y hasta de raza, en un hombre destinado a María, no le hubiera hallado con tantas y tan excelentes como las que reúne el que la ha tocado en suerte. (carta 1286)

Oller le contestó pero como no había tenido más noticias, temía don José que su amigo le olvidase «un poquitín». Aclarado el equívoco del extravío de una carta, le contaba que la boda se celebró el 19 de Junio con poca más gente que la familia y alguna de Jerez, que los recién casados pasaron parte del verano, entre Polanco y Santander, y a fines de Agosto «se largaron los pájaros en busca de otro nido [mientras] queda aquí un vacío que no se llenará con nada [...] La contrariedad me coje en malas condiciones de resistencia; viejo, decaído de espíritu y de cuerpo» (carta 1309).

A pesar de «la incurable sequedad de meollo en que vivo años hace» y no pocas interrupciones concluyó el prometido prólogo a *Antaño* de Domingo Cuevas (carta 1305), y como escribía a Enrique Menéndez - «Deo volente, el próximo miércoles trasladaré mis penates a esa ciudad, que estará resplandeciente de zapatos de lona y perneras remangadas, de la elegante colonia forastera que nos honra», heredera de aquella de *Tipos trashumantes* y de *Nubes de estío* (carta 1305).



Imagen 53. Edificio del Monte de Piedad de Santander, obra de Luis Doménech

En Santander había cuarenta y dos casas de empeño, y Francisco Rivas Moreno proyectó crear una Caja de Ahorros y Monte de Piedad por medio de una suscripción, que contó con la aprobación del Ayuntamiento y del marqués de Comillas. Pereda fue nombrado presidente del Consejo de Administración, y de entonces es una carta suya al arzobispo José María de Cos, solicitando contribuya con alguna acción de 100 pesetas de las emitidas para llevar adelante el proyecto (carta 1076). Y tampoco le impidió su mala salud ocuparse de las gestiones de construcción del edificio de la futura Caja de Ahorros y a fines de 1903 ponía al tanto al marqués de Comillas del éxito de sus gestiones con el Ayuntamiento para aclarar ciertos aspectos legales. También le pedía que «sino desaprueba la forzosa resolución del Consejo y no le parece del todo mal el acuerdo de ayer cuya copia se adjunta, se sirva manifestarlo a la posible brevedad, y darnos sus órdenes para proceder cuanto antes a hacer la escritura entre V., el Ayuntamiento y el Monte de Piedad». De la construcción del edificio se encargó el famoso arquitecto Luis Domènech, posiblemente propuesto por el marqués de Comillas (carta 1316).

Otra triste noticia fue la de la muerte en Madrid de Francisco González Camino,¹³⁵ a cuyo cadáver acompañarían a las tres de la tarde a la estación del Norte camino de Santander. «Dobla la pena de la muerte de una persona estimada cuando ocurre en la estrechez de una fonda, lejos de su patria y de su hogar» (carta 1324).

El 20 de abril anunciaba Pereda a Enrique Menéndez el viaje de la familia a Andalucía; estarían en Sevilla tres o cuatro días y de allí irían a Jerez, y le daba sus señas, calle de San Marcos, 1 (carta 1324). Según «Pedro Sánchez», salió el 14 de abril de 1904 con intención de apadrinar a su primer nieto, estuvo seis días en Madrid atacado de un reuma muy fuerte, y al llegar a Jerez el día 29, una apoplejía le inmovilizó el lado izquierdo («Pedro Sánchez»: 1906: 10).

Sufrió lo que en opinión de los médicos era

¹³⁵ Francisco González Camino (Esles, Santa María de Cayón - Madrid) Al acabar el bachillerato en los Escolapios, de Villacarriedo, marchó a Santiago de Cuba, donde junto con su hermano se dedicó al comercio y volvió con una notable fortuna, él ya casado con una de las damas más distinguidas de aquella ciudad. En Santander perteneció y fue presidente de Juntas y Consejos de Administración, intervino en las obras del ferrocarril de Santander a Solares y a Bilbao, y creó la compañía de seguros La Alianza.

un verdadero ataque apoplético con todas sus fatales consecuencias. Dada su edad y considerando por otra parte la importancia de esta enfermedad, mucho temimos por su vida en los primeros días; pero al fin parece que el ataque se va dominando y aunque las huellas siempre quedan, ha entrado en el período de la franca convalecencia esperando continúe así, hasta lograr que pueda ir cojiendo fuerzas en la parte atacada. (carta 1325)

La carta era de mano de su hijo José, quien agradecía en nombre de su familia el cariñoso interés de Oller.

A poco de volver, se trasladaron a Polanco, y el 5 de junio de 1904 *El Cantábrico* y *El Diario Montañés* publicaron la misma carta de Pereda dirigida a su Director (cartas 1326 y 1327) en la que agradecía el homenaje del Orfeón Cantabria dos días antes, al que «concurrió Santander entero, según lo manifiestan las innumerables tarjetas y largas listas de firmas que a la vista tengo, y en las cuales figuran todas sus clases sociales», y en el que reiteraba su amor a «mi hermosa región nativa [...] amaré mientras aliente». El día 9 publicó *El Diario Montañés* otra carta suya al Alcalde agradeciendo el acuerdo municipal de darle la bienvenida y felicitarle por su restablecimiento (carta 1328).

Desde Polanco es la carta a Ortiz de la Torre, de «mi puño y letra» aunque solamente está firmada por Pereda, y en ella le explica que

aunque el ataque de parálisis fue del lado izquierdo y tengo útil la mano derecha, es cierto que ésta está desequilibrada y la debilidad extremada en que me hallo, incluso la cerebral, me resulta difícilísimo todo trabajo, particularmente el de pluma. Dícenme que voy ganando mucho, en particular desde que estoy en mi tierra, y sobre todo, en este mi lugar nativo, donde se cree que acabaré por sanar: yo lo pongo algo más en duda; pero me dejo llevar de aquellos risueños dictámenes, y lo pongo todo en mano de Dios, que sabe bien lo que se hace. (carta 1329, de mano del hijo Salvador, firmada por Pereda)

Según esta carta y las que siguen no parece que Pereda creyera en su pretendida mejoría y que aceptaba su situación mantenido por su

profunda fe religiosa. Quien a lo largo de tantos años se había preocupado y deprimido por la presencia de la muerte entre los suyos parece haber llegado con serenidad ante lo inevitable.



Imagen 54. Pereda con Diodora y su nieta

(Biblioteca Virtual Cervantes)

En 1899 le había enviado Mariano Catalina un B. L. M. en el que le pedía sus títulos y honores para añadirlos a su nombre en la lista de Académicos que aparecería al frente de la nueva edición del *Diccionario*. Pereda le contestó con desenfado:

¡A buena puerta ha venido V. a llamar con esas zarandajas! Póngame, amigo, Pedro a secas; y, a todo tirar y por respeto a las personas que con ello quisieron honrarme inmerecidamente, añadan a mi título de Académico de la Española, el de corresponsal (o cosa así, pues no tengo a mano el diploma) preeminente de la Sevillana de Buenas Letras. (carta 1123)

Pero en 1904, en vísperas de la publicación del nuevo *Anuario* de la Academia, excusándose en nombre de «gentes que se pagan más que yo me he pagado nunca de esos relumbrones» y se lo han advertido, le pide que se incluya estar en posesión desde hace dos años de la Gran Cruz de Alfonso XII a la que corresponde un tratamiento de excelencia de lo más relumbrante, «según dicen y yo no lo dudo» (carta 1330).

«Vuélvome en el mismo estado en que me viste la última vez que rápidamente me visitasteis» - escribía a Mingo Cuevas en carta recogida por Eduardo Huidobro. «Dícenme que esto es haber ganado mucho en la temporada, y yo hago que lo creo, porque no es cosa de llevar la contraria a gentes de tan buenas intenciones; pero me es forzoso atenerme a lo que palpo, y es que tan inútil me veo cuando me marché como me vi cuando vine, porque esto es la pura verdad». Y en la misma carta le anuncia que regresará pronto a Santander (carta 1333). El mismo Huidobro cuenta que como el médico ya no se esforzaba en darle falsas esperanzas de curación, Pereda se quejaba humorísticamente, «¡Este hombre no me dice nada!... ¡Si estoy dispuesto a dejarme engañar!» (Huidobro: 1919). En mayo de 1905 hizo testamento, en junio fue con la familia a Polanco, adonde llegaron María y su esposo, que habían venido para que ella diera a luz y bautizar a su segundo hijo «en la misma pila en que yo me bauticé» (carta 1343). Y ya de vuelta en Santander, tuvo sus últimas tertulias.

A lo largo de estos últimos años Pereda continuó su correspondencia, a la que tan aficionado había sido toda su vida, sobre todo, a cargo de amanuenses. Las cartas son escasas, y en ellas agradece a Enrique el interés por su salud (carta 1341), da el pésame a Marcelino por la muerte de su madre (carta 1342), y se excusa con Oller de no haber leído *Solitud*, la novela de Caterina Albert («Víctor Catalá»), muy amiga de Oller; ha tenido que abstenerse de toda lectura «de libros de imaginación y particularmente de los que están escritos en lengua para mí extraña y en un estilo de los no usados en los libros de mi gusto. Además este verano he tenido un inesperado y molestísimo retroceso en el estado de mi enfermedad» (carta 1343); da el pésame a Galdós por la muerte de su hermano el general, y le anuncia la publicación de un nuevo tomo de sus *Obras Completas* (carta 1345) y anuncia lo mismo a Oller (carta 1348).

Un mes después agradece a don Narciso el envío de su novela *Pilar Prim*, que no podrá leer tan pronto como quisiera, «en el estado de debilidad en que se halla siempre mi cabeza para la lectura». No le habla de su verdadero estado de salud pues ya le conoce por Alfonso Ortiz;

llevo mi cruz con bastante resignación por más que ésta fuera más regocijada aún un año hace, antes de que me acometiera el entorpecimiento de la palabra, que padezco desde el mes de agosto último, entorpecimiento que aunque parece ir de vencida, está a cien leguas de permitirme hablar sin nada de fatigas y nada de vilipendio. (carta 1349)

Agradecía a Armando Palacio Valdés el regalo de su reciente novela *Tristán o el pesimismo*, prometiendo felicitarle cuando la hubiera leído, y de mano de su hijo Salvador escribió una extensa y entusiástica carta a la Academia Sueca de Estocolmo recomendado a Menéndez Pelayo para el Premio Nobel.¹³⁶ La última carta conocida parece haber sido a Armando Fernández de Velasco, en relación con la fundación del Centro Castellano, publicada por *ABC* el 2 de marzo de 1906.

[Telegrama]

BENITO PÉREZ GALDOS.
ALBERTO AGUILERA.
MADRID.
FALLECIÓ PEREDA ANOCHE ONCE.
ALFONSO [Ortiz de la Torre] (Carta 1652).

Don Sixto Córdova, que fue llamado inmediatamente le halló vestido en su modesta cama con un crucifijo en sus manos entrecruzadas.

La muerte que afea a todos, herloseaba su cabeza grave y señorial, porque dio blancura a su cuerpo y quitó arrugas a su rostro cetrino. Y ocurrió entonces que aquel niño de Polanco

¹³⁶ El premio fue aquel año para Henryk Sienkiewicz, el autor de *Quo vadis* (1895). En 1912 numerosas corporaciones propusieron de nuevo el nombre de Menéndez Pelayo, pero murió aquel mismo año. (Beltrán de Heredia Castaño: 1933: 416-417).

que veinticinco años antes jugaba a la catuna en la mies del Regato, y departía con Pereda en las cambras de Cumbrales, fue el Párroco que a solas con él y ante la imagen del Corazón de Jesús que presidía la escena, le administró los auxilios espirituales, le cerró los ojos y rezó sobre el cadáver las últimas preces de la iglesia. Y al día siguiente celebró la misa cantada en los funerales más solemnes que se han visto en Santa Lucía y asistió a continuación al sepelio en el panteón familiar de Polanco y tan cerca hubo de acompañarle que a las cuatro de la tarde tomaba el primer bocado en la taberna de Resquemín bajo el cielo entristecido de Cumbrales. (Firmado en Santander, marzo de 1933). (Córdova: 1933: 142)¹³⁷



Imagen 55. Pereda de cuerpo presente
(Biblioteca Virtual Cervantes)

La muerte de Pereda ocasionó numerosos artículos necrológicos publicados en la prensa nacional y en la de otros países. Quiero des-

¹³⁷ Sobre el entierro de Pereda, ver Madariaga: 1991: 445-453.

tacar la especial atención que le dedicó *El Imparcial*, el periódico de Ortega Munilla, en los artículos firmados del corresponsal «Lasso» 2 de marzo de 1906, «Pereda. Una triste noticia»; 3 de marzo (acerca del día 2, a las 10 de la noche) «Pereda. Conocemos nuevos detalles»; 3 de marzo, 3 de la tarde «Pereda. Por telégrafo. Funerales y entierro» [refiriéndose al día anterior]; y 5 de mayo, «Pereda y los contemporáneos», firmado por Luis Bello. El artículo dedicado al entierro precisa que asistieron el Ayuntamiento con el pendón de la ciudad y maceros, y más de quince mil personas; los comercios cerraron, las banderas estuvieron a media asta, y en los pueblos la gente salía al paso del cortejo. El cronista «Lasso» añade esta curiosa noticia, que no creo haber visto recogida anteriormente:



Imagen 56. Rosario de Acuña

Al pasar el cortejo fúnebre por el pueblo de Bezana, se hallaban cubiertos con crespones los balcones de la finca donde habita Rosario de Acuña. La ilustre escritora, al pasar el féretro arrojó sobre el furgón un cesto de flores y laurel, y entregó a los periodistas, para depositarla en el panteón, una preciosa

corona de flores naturales y laurel con la siguiente inscripción:
'De las flores de sus *Peñas arriba*, a Pereda. Rosario de Acuña'.

Muchos artículos fueron panegíricos y otros, al tiempo que elogiaban al autor de *Sotileza* como novelista advirtieron que su obra pertenecía ya a la historia. Raquel Gutiérrez Sebastián analizó estas necrologías que, a su juicio, ponen las bases para la futura evaluación crítica de la obra perediana. Como era de esperar, la muerte de Pereda tuvo gran eco en la prensa montañesa, menos en la de Cataluña y en la de Asturias; la de Madrid ofreció primordialmente una apreciación crítica de su herencia literaria (Gutiérrez Sebastián: 2006).

II

EL PEREDA DE LAS CARTAS

Estas cartas abarcan, que yo sepa, desde 1851 a 1906, es decir, cincuenta y cinco años de la vida de Pereda. Son notas breves o epístolas, muchas de ellas con más extensión que las dos o tres carillas habituales, y contienen numerosos datos con los que ilustrar su biografía y las de quienes le rodean, su actividad literaria, sus comentarios sobre sus propias obras y su reacción a la recepción crítica que tuvieron. Como en su producción literaria revelan al estilista, al observador de las costumbres de la sociedad de su tiempo, y al apasionado amante de su tierra. Parece que al menos desde los tiempos del Madrid de su juventud tuvo muy clara su vocación literaria; comenzó dándose a conocer en la prensa local como crítico teatral, como polemista y como autor de tipos y escenas de su región para acceder luego al campo de la novela.

Su pariente y amigo Eduardo de Huidobro aseguraba que no le gustaba escribir cartas y José María de Cossío, apoyándose quizá en su testimonio, afirmaba que «Pereda debió ser poco dado a la práctica epistolar, a la que se entregaba a regañadientes, hasta el punto de que las disculpas o justificaciones por retardos en escribirlas, y aun por haberlas escrito fuera de tiempo y sazón, ocupan no poco lugar en [su]...epistolario» (Cossío: 1957: III: 323). Todo lo contrario; sirvan de muestra las cartas enviadas a Laverde, a Galdós, a Clarín, a Menéndez Pelayo y, sobre todo, a Oller y a José María Quintanilla, que son frecuentísimas, y en ocasiones, muy extensas. A juzgar por el índice de este Epistolario y por referencias en sus propias cartas, en la época de su plenitud Pereda solía escribir dos al día antes de la salida del correo.¹³⁸ Contestaba con rapidez a sus íntimos y con más lentitud y desgana a los demás, especialmente si se trataba de asuntos delicados como un pésame o la crítica de un libro. Y confesaba al médico y novelista colombiano Eduardo Zuleta que «por inmerecida consi-

¹³⁸ Según Enrique Menéndez, «Madrugaba, y en tomando chocolate se ponía a leer o a escribir cartas hasta el mediodía» (1906: 20-21).

deración de sus autores, son muchos los libros que recibo de *ambos mundos*; pero también es verdad que son relativamente muy contados los que separo del montón para hacerles *en seguida* los debidos honores» (carta 1055).

Verdad es que buena parte de las cartas de la época de su madurez literaria, incluso las dirigidas a sus íntimos, comienzan con elaboradas excusas en las que achaca su tardanza en contestar a su mal estado de salud, enfermedades y muertes de familiares, viajes, estar dando fin a un libro, múltiples ocupaciones, o la acumulación de cartas y de libros recibidos. Las excusas serían en parte, verdaderas, pues aunque afirmaba que iba contestando por orden de antigüedad, posiblemente tendrían preferencia las cartas más urgentes, las de amigos más cercanos (carta 544), y las más breves. Aun no teniendo en cuenta la gran cantidad que no conocemos tanto suyas como de sus corresponsales, llegó a recibir un apreciable flujo de cartas y de libros de quienes le pedían prólogos o su opinión crítica, fotografías, colaboraciones en revistas, o permiso para traducir alguna de sus obras, peticiones que esperaban respuesta en el que humorísticamente llamaba «negociado de los remordimientos». Y al solicitar la benevolencia de aquellos usaba con frecuencia el símil religioso de la confesión, como cuando pide a Miguel Antonio Caro que «apenas enterado de mi confesión me absuelva V. de todas mis culpas» (carta 841); a Oller que «bien merece mi pecado la absolución de V.» (carta 289); o a Eduardo Zuleta, «que hoy confieso humildemente el pecado cometido contra Ud., y que espero la absolución en gracia siquiera de las mortificaciones que me cuesta esta debilidad» (carta 1055).

Sorprende que de quien tan aficionado fue a guardar papeles relacionados con su producción literaria, no se conserven apenas las cartas que recibía, referentes muchas de ellas a la intra-historia de sus obras. Frente a la posibilidad de que no las guardara hay algunos testimonios de que lo hizo, al menos, con aquellas que consideraba más valiosas (cartas 178, 182 y 297). Si de ellas hay pocas, en cambio, de las escritas por él quedan las que fueron guardando reverentemente algunos de sus colegas, discípulos y amigos. Entre estos últimos, debemos a Federico de Vial seis gruesos cuadernos manuscritos en los que bajo el nombre de *Varios*, recogió y copió a mano crónicas, artículos, gacetillas y cartas, cuyos originales en muchos casos han desaparecido, y

que sin su celo no habrían llegado hasta nosotros. Según Quintanilla, Manuel Marañón tenía

como oro en paño algunas cartas, muy antiguas, que se han releído estos días con el mayor afán, sirviendo otras, del 83 al 98, para comprobar mucho de lo que se apunta aquí, podría añadirse un apéndice sabrosísimo de ‘curiosidades’ a la futura biografía de Pereda como historia de sus libros. Por hoy no es posible, ni lícito, y recordemos todos que hacia 1896 o 1897, cuando iba a entrar, o había entrado en la Academia, revolvió todo su *archivo* y, sin mirarlos siquiera, quemó muchos papeles de su letra, imponiendo silencio. («Pedro Sánchez»: 1906: 16)

Muchas otras cartas se han perdido; entre las que se conservan, no sabemos si completas, están las dirigidas a Menéndez Pelayo, a Oller, a Galdós, a Clarín y las nuevamente aparecidas a Manuel Marañón, además de dos colecciones de borradores, una en la Biblioteca Municipal de Santander, que manejó Cossío, y otra en la Biblioteca de Catalunya.

Según Huidobro, Pereda

escribió siempre con mucha tinta, grandes rasgos, muy aprisa y metiéndose demasiado por la mesa [...] cuartillas apaisadas de muy buen corte, rayadas de azul y cortadas *expressamente* en la tienda por resmas enteras, que se servía - sin metáfora - de plumas de oro y brillantes al cabo de un mango de madera oscura redondo y muy pesado (Huidobro: 1906: 26);

y Ramón de Solano menciona «la materia y forma de la plumilla de oro con que escribía Pereda» (Gullón: 1950: 41).

De temperamento nervioso, su caligrafía refleja sus estados de ánimo e incluso el de su salud, resulta difícil de descifrar y en ocasiones da lugar a lecturas equivocadas. Después del ataque de hemiplejía sufrido en Jerez, su hijo Salvador se encargó de su correspondencia; una temporal mejoría le permitió volver a tomar la pluma pero las cartas fueron ya pocas y de caligrafía más enrevesada que antes. Del Pereda epistalógrafo se han ocupado, que yo sepa, el mismo Eduardo

de Huidobro y José María de Cossío en términos más encomiásticos que críticos.

En diverso estado de elaboración, llenos de tachaduras unos, escritos a grandes trazos otros, quedan borradores de cartas que su autor consideraba de importancia y que conservó como primeras copias de las enviadas a sus destinatarios. Cossío tuvo en cuenta algunos para su *Antología* y pensaba que «ello no las resta espontaneidad [a las cartas], pues el cuidado de la forma literaria era espontáneo en Pereda, pero no tiene duda que meditaba las contestaciones y medía las palabras al escribirlas» (Cossío: 1957: xxvi).

Creo que hacer borradores ya excluye la espontaneidad, sobre todo si éstos son de cartas cuyos asuntos requieren cierto tacto. (Véanse como ejemplo, los borradores de las escritas a Galdós tras la publicación de *Gloria*). Algunos escritores, como André Gide, escribieron con vistas a la publicación póstuma de sus cartas; no habrá que ir tan lejos con Pereda aunque éste sabía que bastantes de las suyas llegarían a ver la luz impresas como prólogos a libros y que algunas de las personales circularían manuscritas entre sus amigos. De ejemplo podría servir la escrita desde Lisboa a Aurelio de la Revilla, que es extensa e irónicamente crítica de Portugal y de los portugueses. Lo que cuenta y cómo lo cuenta debió ser muy celebrada por sus amigos; el manuscrito, de letra de Pereda, está escrito cuidadosamente y es perfectamente legible, lo que indicaría su propósito de que Aurelio lo hiciera circular.¹³⁹

Aunque los límites entre las cartas de carácter literario y las propiamente personales no sean siempre fáciles de deslindar, teniendo en cuenta los diferentes estilos, se podrían dividir las de Pereda en cuatro grupos: En primer lugar, las familiares o íntimas, que además de dar noticias expresan los sentimientos del autor, quien comparte los del destinatario en su buena o mala fortuna, y manifiesta con franqueza y confianza los pensamientos propios; por lo general están dirigidas a Galdós y a parientes y amigos de su grupo santanderino. Después, las escritas a otros menos íntimos y a conocidos, que pueden ser, o no, de carácter literario. Luego, las cartas-prólogo con formato de carta personal, en las que respondía a quienes le enviaban libros solicitando su opinión. A la cortesía unía Pereda la cautela,

¹³⁹ Ms. del Archivo de Vicente de Pereda, quien lo cedió a José María de Cossío, custodiado hoy en la Casona de Tudanca; Cossío: 1957: 122-130 (carta 316).

y en estas ocasiones medía mucho sus palabras en caso de que sus juicios aparecieran después citados en la prensa o como prólogos a aquellos libros. Y, finalmente, las cartas abiertas para los periódicos. Unas con carácter personal, están dirigidas a uno o a varios amigos para tratar un tema de interés literario o local, como la publicada a los «Redactores del *Santander-Crema*» (carta 237), en la que en tono festivo, compara las modas y costumbres de la juventud de su tiempo con la del presente. Aunque este tipo de cartas tiene estilo familiar y ligero, no son familiares, pues carecen de intimidad; en otras polemiza con una persona o con un grupo, y algunas son colectivas pues el destinatario representa una colectividad como la remitida «Al Director del *Diario Montañés*» (carta 1327) para agradecer el homenaje que le rindió el Orfeón Cantabria.

De mayor interés, sin duda, son las de carácter íntimo pues en ellas enjuicia libremente a otras personas y a sus obras, pide o da noticias, hace comentarios irónicos, alusiones a gentes y sucesos locales, y bromas, algunas tan sólo comprendidas por quienes formaban parte de su círculo. Querría destacar brevemente por lo que afectó a la vida afectiva e intelectual del autor de *Sotileza*, su correspondencia con Gumersindo Laverde, quien ejerció un indudable magisterio tanto moral como literario sobre el Pereda que hacía sus primeras armas en el periodismo local, y sobre el joven Menéndez Pelayo. El achacoso Laverde vivió lleno de proyectos, y por sus cartas conocemos el proceso de la publicación del *Almanaque de las Dos Asturias*, el de sus ideas de unificar las entonces provincias de Santander y Asturias, y de llevar el ferrocarril a la capital de la Montaña, ideas que recogieron después don Marcelino y Pereda en *La Tertulia* y en la *Revista Cántabro-Asturiana*. En los primeros años de su relación con Laverde las cartas de Pereda son frecuentísimas y están escritas en el tono propio de un humilde admirador y discípulo pero a medida que el novel escritor va dejando de serlo la frecuencia epistolar disminuye y el tono sin dejar de ser cariñoso, es ya el más propio de un colega. Las cartas cruzadas con Menéndez Pelayo revelan la curiosa relación de quien le conoció en sus tiempos de niño prodigio lector devoto de las *Escenas montañesas*, y su progresiva admiración después por aquel joven investigador y catedrático, cuyo magisterio y consejo buscó y acató siempre. Pereda le tuteaba mientras que Marcelino siempre le trató de «usted».

El extenso epistolario desde 1884 hasta fines de 1905 ilustra la íntima y afectuosa amistad de Pereda con Narciso Oller, quien le relacionó con los demás amigos catalanes, y con él compartió el acontecer de sus vidas familiares, la publicación de sus respectivas obras, sus proyectos literarios, así como las noticias sobre los estudios y exámenes de los hijos, arreglos en la casa, encargos, matrimonios, viajes, enfermedades y muertes que formaron una crónica de su diario vivir. Oller fue el primero en recibir la noticia de la muerte de Juan Manuel, el primogénito de Pereda. Y éste dio a conocer la obra de Oller a Menéndez Pelayo, a Clarín y a Galdós y fue un decidido defensor de la literatura catalana.

Son especialmente atractivas las cartas dirigidas a Galdós, con quien siempre le unió una amistad entrañable y aunque hubo diferencias de opinión y sermoneo por parte de Pereda ante obras como *Gloria*, *La familia de León Roch* o *Electra*, el tono de estas cartas es especialmente cálido y amistoso; hay en ellas constantes muestras de cariño y de respeto, y de la tolerancia y la firme amistad de ambos, más fuerte que las marcadas diferencias de ideología política y religiosa de cada uno. Aunque nunca dejaron de tratarse de Vd., a Galdós es al único al que ocasionalmente llama «su compadre», y al que escribe usando una prosa vivaz y colorista. Nuestro novelista, tan cuidadoso siempre de lo que escribía a sus corresponsales, no lo tiene en cuenta con don Benito: se ríe de Ruciozorriilla [Ruiz Zorriilla], hablando de *Gloria* hace chistes sobre los judíos y, deprimido, le cuenta que

Entre tanto me c... en Cánovas, y en Sagasta y en Cheste y en el Duque de Orleans y en el Cazar [*sic*] de todas las Rusias... y no sigo la lista de las gentonas ensuciabiles, porque V. no diga que abuso de mis fuerzas depresivas, creadas al temple de la arrasada atmósfera que me envuelve y nos envuelve desde ‘los comienzos’ del facineroso 90». (carta 548)

Con Galdós comenta sus propios libros y los de sus contemporáneos y comparte las menudas noticias del diario vivir llegando en ocasiones a usar expresiones como «¿Se arregló ya ese j...pleito?» (carta 1004) o «ganarse honradamente las 10 j...pesetas» (carta 1047). Y humorísticamente le cuenta que «tengo algunos asuntillos que ven-

tilar en el Ministerio de Fomento, motivao a un sustipendio que solícito del Gobierno de Arriba para un camino vecinal de mi pueblo», frase que evoca el inconfundible estilo epistolar de su personaje Patricio Rigüelta (carta 307). Y también de entretenimiento epistolar se podrían considerar diversas cartas cruzadas con Galdós escritas en estilo telegráfico: «Comprendo chifladura por libreto Zaragoza. Gran pensamiento; y si estrénase Real, cuente viaje mío expofeso, si vivo, aplaudir entusiasmo» (carta 355).

De espíritu polémico, batallador y satírico, Pereda se mostraba correcto en público pero en su correspondencia, no perdía ocasión de decir a sus íntimos lo que verdaderamente pensaba. Sus desavenencias con Amós de Escalante, ocultas pero constantes, se manifestaron cuando apareció *La Montálvez* y otras veces. Más sonada fue la polémica con Pardo Bazán, con quien mantuvo una relación de amistad y admiración mutua entre 1883 y 1891 pero la tomó gran antipatía y solía mencionarla en términos agresivamente despectivos.

Tanto en las cartas como en los artículos costumbristas y en las novelas abundan las palabras subrayadas o entre comillas con las que se propone comunicar al lector un mensaje que modifica en algún sentido lo dicho en el texto. Lo hace con tanta frecuencia que constituye, a mi juicio, un elemento característico del estilo perediano. Según Claude Duchet, quien estudió en *Madame Bovary* las palabras subrayadas o en bastardilla («la mise en italique»), éstas constituyen una modificación del signo pues hacen referencia a un lenguaje a varios niveles. La palabra subrayada destruye el sentido original de la frase y le confiere otro nuevo. De este modo, el texto adquiere una especie de negatividad irónica y creadora que da nuevo valor semántico a las palabras subrayadas, que adquieren así una nueva dimensión.

Entre los diversos usos de estas palabras están el convencional de los títulos de libros y periódicos, el de una institución o de un establecimiento; el de destacar expresiones más o menos insólitas, además de palabras dialectales y propias de una profesión o grupo social. El subrayado sirve también para destacar ciertas expresiones habituales y usos lingüísticos de diversas personas, y puede mostrar en ocasiones la intervención irónica del autor (Duchet: 1975). Estos usos se hallan en Pereda, quien escribe haciendo un guiño de complicidad al lector. Un excelente ejemplo sería *Nubes de estío*, donde abundan las pala-

bras entre comillas y las subrayadas, especialmente las que destacan las confusiones de una palabra por otra del inefable don Roque Brezales.

Esta tendencia a subrayar palabras aparece ya en su primera carta conocida (carta 1), y cuando escribía en la prensa local, usó de aquel recurso, temeroso, a mi parecer, de que pasara desapercibida la intención de sus palabras o de que sus lectores las interpretaran equivocadamente. Si comparamos los manuscritos autógrafos de sus obras con los textos de las sucesivas ediciones veremos que este prurito tan frecuente de subrayar, que en ocasiones llega a resultar molesto, disminuye con el paso de los años. Subrayadas van también palabras y expresiones pedantescas y cultas usadas impropiedades, y las de otras lenguas, sobre todo del latín, como «*intus et foris*», «*plus minusve*», «*ex toto corde*», del francés y del inglés, y expresiones coloquiales: «por bien parecer», «*entro en materia*, como diría un disertante remilgado».

Con cierta frecuencia, después de escribir una palabra o una expresión incorporada nuevamente al lenguaje corriente, Pereda, siempre atento al estilo, añade «como ahora se dice». Y va dejando de subrayar muchas palabras antes exóticas o afectadas, *distinguida*, *cursi*, *vagón*, *menú*, *folklore*, *highlife*, que transcribía humorísticamente *hilife*, que llegaron a ser de uso diario. También desde la juventud tendió muy frecuentemente a abreviar las palabras, no solamente en el encabezamiento y despedida de las cartas sino incluso dentro del texto. («Man^l», , «adm^{on}», «M^{zo}».)

Esta afición a usar palabras y expresiones que le atraen y le divierten está muy presente en sus cartas y expresa un humor epistolar de carácter propio que se combina con determinadas imágenes que usa reiteradamente. Así equipara con frecuencia el proceso de dar fin a una novela con el de un parto: «Yo acabé en septiembre de parir la bestia [*El buey suelto*] (carta 120); «último parto de mi pobre ingenio» [*Pedro Sánchez*] (carta 234); «No le extrañe, por tanto, que mis partos sean breves: así sale lo parido» (carta 956). Otras veces este proceso origina un lenguaje metafórico que abunda en imágenes procedentes del mundo de los oficios manuales, y que repite insistentemente. Escribe desde «mis talleres de Polanco» (carta 727), y en el proceso de la inspiración inicial de concebir un asunto, «estoy donde estaba, con buenos deseos de trabajar, pero con los hornillos apagados» (carta 654), y al comenzar a escribir, «Pienso coger la herramien-

ta y hacer unas cuantas calicatas» (carta 706), «ya me he metido en barro» (carta 705), «púseme al yunque quince o veinte días hace; y golpe va, golpe viene, llevo la mitad de la obra despachada [*Al primer vuelo*]» (carta 563). Y a la composición de *Peñas arriba* corresponden las expresiones «las contrariedades mecánicas de este taller», «hasta apagar los hornillos de la máquina», «apenas doy golpe en el hierro que tenía sobre el yunque, hierro frío ya y rebelde a toda labor», «mi novela, vuelta a poner en el telar», «amarrado a él [escribiendo] como burro a la noria, tira que tira sin cesar». Y en los dos últimos decenios de su vida abundan las referencias a su incapacidad para continuar escribiendo, que expresa metafóricamente con frases como «la frialdad de los hornillos de la máquina», «tener el horno apagado» o «se me va apagando la linterna».

Gusta de términos marítimos como «di fondo a dos anclas en este anhelado puerto», había «puesto ya la quilla a la novela», «salir avante del compromiso», «dar carena a la salud». Y más reiterado es el uso de términos y expresiones de carácter culinario: «No le compadezco por el trajín *escénico* en que se halla V. metido, porque es la pimienta del sabroso guisado que ha de catar muy pronto, y Dios quiera que le resulte bien cargadito de *laurel*» (carta 771); «A pesar de lo que V. me dijo la antevíspera del estreno, [*La de San Quintín*] después que conocí el éxito de lo estrenado, no creí que viniera V. a pasar aquí los Carnavales, estando tan caliente todavía la masa de ese pastel y siendo tan dulce de saborear» (carta 780). Acompañaba al regalo del manuscrito encuadernado de *Pachín González* una nota en la que se refería a la novela como «manjar tan desabrido de por sí» y al encuadernador como «Manos anduvieron en el guisado, que lo tienen por oficio, y habrán sabido muy bien lo que se han hecho, después de advertido por mí a qué casta de paladar se destinaba el modesto agasajo» (carta 1149). Y en ocasión de la elección de don Antonio Maura a la Academia, escribía a Galdós, «¿Recuerda V. que ese garbanzo se coció en nuestro puchero?» (carta 1271).

Usa intencionadamente palabras y frases oídas a otras personas, algunas de uso incorrecto, que le parecen cómicas: «Póngame dos rasgos caduceos [«rasgos cadmeos»], como decía el pedante» (carta 1057); «quemé las naves, como diría Mazón» (carta 253). Por prodigarse tanto, esta frase se incorporó al epistolario de Pereda con Galdós: «he quemado mis naves y hoy mismo mando el original a

Tello para que esté el libro [*Nubes de estío*] en la calle» (carta 584). Y don Benito también la usó en alguna ocasión: «He quemado las naves prometiendo para el lunes ese trabajillo» (carta 70). También es frecuente el uso consciente de expresiones y frases vulgares como «no canso más» que al principio aparece subrayada, «Con esto *no canso más* por hoy» (carta 172); «*no canso más*, como dicen los de aquí» (carta 69); pero que llega a repetirse con tanta frecuencia que pierde su carácter original irónico, deja de subrayarse y pasa a formar parte de su lenguaje epistolar.

También se repiten palabras y frases como «mis cartapacios», «nunca me atreví a soñar», «la afortunada callealtera», el «paladar estragado» de los lectores, «por aquellos paseos y encrucijadas», «mis cuarteles de invierno», «con el pie en el estribo», «puद्रidero», la despectiva mención de sus obras como «librejos», y la muy frecuente de «cargar con la cruz», que suele usar en las cartas de pésame y refiriéndose a sus propias desgracias. Y en más de una ocasión se deslizan términos de la correspondencia comercial como «sus dos favorecidas» (carta 9); «tengo pendientes de pago dos deudas» (carta 817); «Una de las partidas de cargo que más me apuran» (carta 230); «comencé a pagar por esta partida que suplico acepte V. por saldo de cuenta» (carta 323). Y el uso humorístico de la palabra «descuajarinado», frecuente en las cartas de sus años achacosos.

Gusta de introducir en las cartas a sus más allegados, palabras o expresiones propias de los aldeanos montañeses para añadir un elemento humorístico, presente ya en su primera carta a su primo Mingo Cuevas (carta 1). Confía a Enrique Menéndez que «Marcelino [...] no está todavía bastante *semoviente* por sí *mesmo* para subir a patita a esta casa» (carta 1332). Iba a Polanco todos los años a pasar los días de la matanza del chon, ocasión que menciona con frecuencia a diversos amigos: a Galdós «hemos hecho la *matanza*, y nos hemos regodeado con el *remojón* y la *tortuca*» (carta 280) y a Menéndez Pelayo: «Hállome aquí desde ayer con *la parienta*, con motivo de la degollación del *de la vista baja*; y entre *remojines* y mondongos, habrá tarea para toda la semana» (carta 152). Y refiriéndose al discurso de entrada en la Academia escribe a Galdós que ya tiene hecho «el *decumento* ese que se nos pide para entrar en la casona *de ajunto* el Museo» (carta 955). Y también de origen aldeano son varias expresiones como «pinto el caso» y «al respetive».

El tiempo es siempre tema obligado de conversación entre montañeses, y no está ausente en las cartas de Pereda. Especialmente en las cruzadas con su primo Mingo Cuevas, en Comillas, a quien escribió con humorística resignación: «Entre tanto, aquí vivimos en perpetuo remojo y con musgo ya, como los cantos de las pozas. Desde que tengo uso de razón no he visto un mes de agosto semejante» (carta 958). También lamentaba con él en otra ocasión los interminables aguaceros invernales: «¿Quién no tiene ya berzas en las pantorrillas o musgo sobre el estómago? Hoy hace un poco de sol, pero por lo avergonzado y ruboroso que anda sobre los tejados, me temo que se esconda pronto y vuelvan las *celleriscas*. Ve, pues, resignándote; y ‘a mal tiempo buena cara’» (carta 971); y confesaba a Galdós que «hasta berros me han nacido en el pellejo» (carta 333).

Debió parecerle gracioso relatar hechos o situaciones agradables y honoríficas como si fueran todo lo contrario, pues usó de tal recurso repetidamente. «Ahora estremézcase; pasado mañana entro en el gremio, paso a mejor vida... en plata, me caso» (carta 35); en ocasión de unos exámenes, «Ayer operamos a Salvador en 5 minutos» (carta 944). La lectura de su discurso de ingreso en la Real Academia era «esa exhibición inhumana que ha de preceder forzosamente al ingreso»; «mi ejecución» [la entrada en la Academia] (cartas 966 y 983); «mis repugnancias a la escena que me está decretada para el domingo próximo» (carta 985); «Menéndez Pelayo y Tamayo serán la pareja que me saque al patíbulo, en que me ha de ejecutar Galdós» (carta 986); «subieronme a la picota» [el sitial del presidente] (carta 258); «He tenido la desgracia de ser elegido diputado a Cortes» (carta 46).

Destaco también aquellas cartas pretendidamente escritas por personajes imaginarios, de carácter crítico y satírico, como la del inglés elegante a una «lady» para darle sus impresiones de la vida social santanderina en verano («Apuntes para la historia». *La Abeja Montañesa*. 5 de enero de 1861); con motivo de la recién proclamada libertad de cultos invitó Romero Ortiz a los dirigentes de otras religiones a establecerse en España, y Pereda incluyó en las páginas del *Tío Cayetano* las graciosas y falsas epístolas de un rabino escrita en estilo «bíblico», de un musulmán plena de imágenes «orientales» y de un pastor protestante inglés, en castellano macarrónico («Para la historia». *El Tío Cayetano*. 29 de noviembre de 1868). Sobre todo, fueron muy celebradas las de Patricio Riguelta, aquel «maquiavelo de campanario»,

que están dentro del género de las «cartas de rústicos», y redactadas en un lenguaje que exagera cómicamente las incorrecciones propias de los aldeanos de la Montaña (García Castañeda: 2012).¹⁴⁰ Y de carácter burlesco son también los documentos pretendidamente oficiales, como una Constitución, en la que Pereda parodia la que preparaba el nuevo gobierno de la Gloriosa («Otra más. Constitución Política». *El Tío Cayetano*. 1 de marzo de 1869: 73-76).

«Dado que la carta tiene la función de conectar dos puntos distantes, de servir de puente entre el emisor y el destinatario»,--escribe Altman - «aquél puede escoger entre hacer resaltar más la distancia o la cercanía» (Altman: 1986: 13). En Pereda se da este alejamiento o acercamiento y las diversas maneras de dirigirse a su amplio círculo de corresponsales revela cuán conscientemente adaptaba su discurso a la personalidad de cada destinatario. Tanto, que podría pensarse en varios autores diferentes: uno afectuosísimo e íntimo en sus cartas a Oller, otro convencionalmente pacato con Laverde y con el dómine carlista Polo y Peyrolón, y desenfadado y punzante en sus cartas a Pepe Quintanilla, a don Benito y a don Marcelino.

En relación con esto, observa también Altman que «según el propósito del autor, la carta puede ser retrato o máscara» (Altman: 1986: 15). Los borradores de las cartas de Pereda tienen unas tachaduras que revelan titubeos, a veces grandes titubeos, sobre decir una cosa o no decirla, suavizarla, sustituirla por una frase o una palabra más bella, más enérgica o voluntariamente anodina que muestran una voluntad de acercamiento o de alejamiento, de dejar al descubierto o de enmascarar estilísticamente modos de pensar y de sentir. Reveladoras son también las variaciones de intensidad en los encabezamientos y en las despedidas, en las fórmulas de cortesía, en las negativas o en los juicios adversos arropados en excusas amables; todos forman parte de esta máscara o de las máscaras con que nos presentamos ante los diversos individuos de la sociedad que nos rodea, y ante los cuales descubrimos aquella faceta de nuestro carácter que nos parece más oportuna o más conveniente.

¹⁴⁰ En *El Despertador Montañés* publicó Calixto Fernández Camporredondo una «Correspondencia palurda» entre Roque Rumiera y Quicu Regüelta. Marcial Solana incluyó en su estudio sobre Fernando Fernández de Velasco varias «Cartas carredanas» escritas por Velasco imitando el modo de hablar de los aldeanos de Carriedo, dirigidas a su amigo el académico Manuel Cañete. (Solana: 1953: lxii-xxiii y 157-163).

Su inquina contra «los chicos de la prensa» de Madrid se manifestó pronto y abiertamente, y aumentó a medida que se fue dando a conocer como novelista, una inquina presente muy pronto en «La primavera», «Al amor de los tizones», *Marchar con el siglo*, «Luz radiante», «Las de Cascajares», «Un tipo más», «Esbozo», «Suum cuique» y *Nubes de estío*: «De la crítica de Madrid, nada espero; porque, o no la hay, o ha de ser aficionada» (carta 151). La tardanza en acusar recibo de sus libros, la falta de reseñas, y el que fueran tibias o negativas, llegaron a obsesionarle y hacerle creer que había una «conspiración del silencio» contra él, especialmente por ser provinciano. Aquella prensa era «esa canalla descamisada y pandillera» (carta 135), «esa grandísima puerca» (carta 439), y quienes reseñaron negativamente *La Montálvez* eran «la crítica al menudeo, la bohemia y la gacetilla; los humoristas de pelo en pecho y del cuarto estado», «¡Y a eso se llama crítica en España! ¡Y esos críticos se llaman a sí propios escritores independientes!» (carta 468). Juicios que aparecerán en más de una ocasión, y exacerbados en *Nubes de estío* (Pereda: 1999: 637). Según Pereda,

una obra de arte fresca y de estilo, debe juzgarse con el sentimiento, y no por la química del análisis frío y matemático. Por este procedimiento de los tiquis miquis, de los puntos y comas y de ciertas genialidades del autor considerado, estrechando las mallas de ese modo no habría libro posible y el mismo Quijote dejaría las tres cuartas partes sobre el tamiz. No se confunda la sana crítica con la pedagogía antipática y pedantesca, que es la dominante en la juventud ilustrada que hoy nos dispensa en la capital de España el honor de mencionar desdeñosamente los libros que escribimos los viejos. (carta 515)

La «sana crítica» sería la ejercida con «el sentimiento» por críticos veteranos, «hay que ganarla con los años»; ésta de ahora, basada en «los tiquis miquis», le desesperaba, sobre todo cuando se discutieron *La Montálvez* y *Nubes de estío*. También le indignaba, y con razón, que los periódicos que recibían un ejemplar gratis de sus novelas no acusaran recibo, y que no las reseñaran, y de ello se lamentaba repetidamente. Escribía a Federico Urrecha que en otros tiempos solía darse alguna atención a los libros cuando las cuestiones políticas y teatra-

les dejaban algún espacio libre en el periódico, pero «desde que ha habido que tomar por lo serio la vida doméstica de las gentonas de copete y las sahúman a diario los ‘Asmodeos’»¹⁴¹ los periódicos no se interesan por reseñar las novelas (carta 449).

En cuanto se publicaban sus libros enviaba ejemplares a sus amigos, en espera de que estos los reseñaran, así como a la prensa, que con frecuencia apenas acusaba recibo. Le irritaba especialmente la indiferencia de los periódicos «de casa», de los católicos que, al parecer, eran menos receptivos que los liberales. *El Siglo Futuro*, el órgano de los intransigentes del carlismo, «debe no haber hallado en el libro [*Bocetos al temple*] bastantes citas de los Santos Padres ni en el autor mucho aire de sacristía, pues no ha dicho de él una palabra» (carta 74) y se quejaba con Polo y Peyrolón de «el silencio de nuestra prensa, tan despilfarradora de encomios de los libros en latín, de los manuscritos clasicorum» (carta 159). No es de extrañar que Galdós le diera la razón: son «periódicos neos, vil canalla» (carta 86); «Ya se convencerá V. de que la hez del ramo periodístico son los del bando negro» (carta 157).

Pereda había ido coleccionando recortes de prensa con reseñas de sus libros pues desde los inicios de su carrera había mostrado gran ansiedad por verlos reseñados, insistiendo en que sus amigos lo hicieran, y, a ser posible, en aquellos periódicos de Madrid y de Barcelona de más circulación.¹⁴² Y que lo hicieran pronto pues las reseñas tardías son «limosnas de pordioseros» (carta 305). No dejan de sorprender el apurado tono que puede llegar a la exigencia y lo reiterado de la petición de reseñas a Menéndez Pelayo, a Galdós y a Clarín, a la que acompaña la mal velada esperanza de que sean positivas. En una ocasión confiaba a Laverde que «Marcelino ha reseñado el *Bucy* en la *Revista de España*, firmada X porque no conviene hacerlo yendo la obra dedicada a él» (carta 137). Tanto en Santander como en Madrid, contaba con su devoto «Pedro Sánchez», quien, ya de propio impulso o por

¹⁴¹ Se refiere a los cronistas de la vida de la alta sociedad, como «Asmodeo», seudónimo de Ramón de Navarrete (1822-1897), el corresponsal de la elegante publicación conservadora *La Época*, quien fue muy popular entre la alta sociedad de la España alfonsina, de cuyas elegantes fiestas fue cronista.

¹⁴² Esa colección de recortes fue donada por la familia Pereda a la Biblioteca Menéndez Pelayo, cuyos funcionarios e investigadores Rosa Fernández Lera y Andrés del Rey Sayagués incluyeron en el CD, *Papeles de Pereda* (2006).

indicación suya, escribía ditirámicas reseñas de sus obras, algunas anónimas, llegando en una ocasión, a publicar con seudónimo un artículo en defensa de *La Montálvez*, que en principio engañó al propio Pereda. Esta ansiedad, más fuerte que la vergüenza de acosar a los amigos pidiéndoles reseñas positivas, revelaría la inseguridad que no cedía ante la buena acogida que solían tener sus obras, la inocencia de creer sinceras estas reseñas forzadas, la desconfianza y la omnipresente necesidad de encomio.

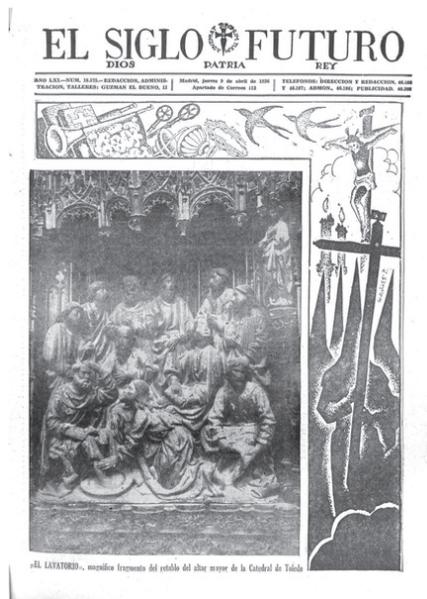


Imagen 57. El Siglo Futuro

Pidió siempre franqueza en sus juicios a sus posibles críticos y reseñadores y, desde sus primeros tiempos decía que «De la crítica severa e imparcial deben esperarlo todo los que cultivan las letras, más por amor que por especulación, y nada les perjudica más que el bombo exagerado o el desdén» (carta 24), y cuando Laverde le contaba que a José Coll y Vehí le había gustado «Los chicos de la calle», le sugería que animara a Coll a reseñar su próximo libro de *Escenas* para que, si le parecía bien, le diera a conocer en Barcelona, «al emitir pública o confidencialmente su parecer, y yo deseo que se me juzgue con entera

franqueza»; rogaba a Laverde que le dijera «sin escrúpulos ni miramientos su autorizadísimo parecer» sobre *Don Gonzalo* pues «Pasóse en mi la edad de las ilusiones y prefiero un reparo cuerdo a cien elogios de *cumplido*» (carta 151), y al envío de *La Montálvez* a Clarín acompañaban los acostumbrados ruegos de que «me diga sin miramiento ni reparos, su para mí inapelable parecer» y de que «en el temerario supuesto» de que le pareciera bien, publicara una reseña «en caliente» (carta 428). Y a Menéndez Pelayo, «Únicamente te diré que te equivocas si piensas que a mí me duele que se discutan mis libros; que prefiero el aplauso cerrado, y que no hubiera visto con grandísimo gusto en letras de molde un juicio tuyo basado en las mismas impresiones que te inspiraron tu carta anteúltima» (carta 459).

Pero no pensaba así. Cuando las reseñas eran positivas le parecían un modelo de sapiencia y de justicia. Apreció mucho la de *Sotileza* que publicó el joven Quintanilla en *El Diario de Oviedo*: «dejando aparte el sahumero que me das, el tal artículo como obra de crítica, me parece que está diez codos por encima de la que se sirve diariamente al público en las columnas de la prensa periódica al uso» (carta 305). Escribía a don Marcelino, a propósito de su reseña en *La Ilustración Española y Americana* (24 de febrero y 16 marzo de 1880) de *De tal palo, tal astilla*, que Pereda le había pedido, que «jamás has hecho cosa más fresca, más gallarda ni más sentida» (carta 176). La tan denostada crítica madrileña era ahora «la crítica despreocupada» que aplaudió *Peñas arriba* y su autor aprovechaba la ocasión para revelar a su corresponsal Honorato de Saleta que «de pocos libros de imaginación se ha escrito tanto en España como de éste en menos tiempo, ni sobre ninguno de ellos ha estado más unánime para aplaudir y aceptar con amoroso respeto, lo que se ha llamado su tesis» (carta 844).

Pero cuando la crítica era negativa o ponía reparos, no la aceptaba y, si podía, la discutía con el reseñador: «Te ha parecido mal el libro porque no le has leído con atención», escribe a don Marcelino a propósito de *La Montálvez* (carta 451); y cuando éste y Clarín, con delicadeza para no herir los sentimientos de su vidrioso amigo, ofrecen distinguos en sus juicios negativos de *La Montálvez*, les advierte que han criticado aspectos diversos los unos de los otros: «V. [Galdós], Clarín y Marcelino que critican diferentes aspectos de la novela deberían ponerse de acuerdo» (carta 443). Defiende el libro, explica lo que ha querido decir, se desespera, se indigna, y como siempre, culpa a la

prensa. También el público, según la acogida que dispense a sus obras, puede tener «una fibra sensible que responde con amor a la llamada» y acoge con entusiasmo *Peñas arriba* (carta 844), o aquel de «paladar estragado [...] que devora a Asmodeo y se entusiasma con La Gran Vía» (carta 856).

Habría que buscar también la fuente de esa indignación y de esos insultos en el temor a las novedades, a quedar arrinconado por esa nueva generación que ya habla otra lengua. «¡Ojalá no fuera yo tan sensible como soy a los dictámenes de la crítica! Y lo peor es que, según voy envejeciendo en el oficio, más miedo me infunde aquella señora, *aunque saque la cabeza por un agujero en la gacetilla*» (carta 295).

Aunque como escribía Jean Camp con cierto escepticismo, Pereda «se mettait à l'ouvrage sans idées, plan ni projets préconçus, ce qui est sans doute beaucoup dire» [«comenzaba a escribir sin ideas, sin plan ni proyectos, que no es decir poco»] (Camp: 1937: 341), el montañés expresó siempre que así daba comienzo a sus obras. Contaba a Vial que una vez que empezaba a escribir le arrebatava un ardor creador que no quería interrumpir para no desvanecerle: «se por dónde entro pero rara vez por dónde salir» (carta 574). Y Huidobro (1906; 26) se refiere también a «la fiebre» que afectaba a Pereda cuando escribía.

Confiaba éste a Yxart que comenzaba siempre «con cuatro puntos vagos por toda guía y escritos a borbotones, no admiten interrupciones largas ni resisten los empalmes. Se me va la fiebre, se me enfrían los moldes, altérase la luz y ya no veo bien el cuadro» (carta 571). Y sobre *Nubes de estío* escribía a Clarín que cuando intentó continuarla al cabo de un año, «tuve que dejarlo a las pocas cuartillas porque se conocía mucho el empalme. Soy hombre inútil para estas cosas en cuanto se me enfría la fragua. Obra que no me sale de un tirón, se la lleva la trampa» (carta 576). Y aseguraba a Palacio Valdés que «no soy autor que persigue fines ni procedimientos determinados; no tengo teorías especiales ni estéticas determinadas; voy por donde más me gusta y pinto a la buena de Dios lo que mejor me parece, porque así me divierto sin tener en cuenta para nada los cánones estéticos de los demás» (carta 526).

Estando en cierta ocasión en casa de Oller le preguntó si cuando comenzaba una novela tenía ya pensado el argumento, y éste le contestó, sorprendido, que sí. «Es que yo muy rara vez», decía Pereda, quien comenzaba a escribir con el deseo de animar algún panorama que había visto, o de mover las figuras de un cuadro de costumbres.

Medito sobre ello, pongo mano en la obra y, como tirando de una cereza, van saliendo del cesto manojos de ellas, se me van ocurriendo a mí los incidentes y peripecias de la acción apenas esbozada, sin vislumbrar aun su solución más lógica ni la moraleja que de ella podré sacar y hacer patente, hasta que llevo muy adelantado el manuscrito. (Oller: 1962: 35)

Como escribía a Galdós, «Estoy trabajando en *Sotileza* sin plan, sin esperanza de tenerle. No hago más que sacar gentes y cosas a la escena y tiemblo a la hora en que necesite *sacar el argumento*» (carta 268). Y refiriéndose a *La Montálvez*, confiaba a Quintanilla que «No te digo lo que me parece de lo que va saliendo porque, según costumbre, y por ley del oficio, yo mismo no lo se. En ocasiones creo que he hecho algo, y en otras no he hecho más que perder el tiempo y preparar una caída» (carta 412).

Y llevado de los altibajos de su ánimo hacía unas declaraciones, en las que él mismo no creía, como «Veremos lo que sale, si es que sale algo, y entonces pensaré si echarlo al fuego, o a la luz pública, que para mí, tanto monta» (sobre *Don Gonzalo*, carta 139); «A tal extremo ha llegado la pobreza de mis recursos, que me da gana de echar por el balcón todos los trastos del oficio» (sobre *Sotileza*, carta 268 A Galdós); «No me atrevo a afirmar a V. si andando los días romperé lo escrito» (sobre *La puchera*, carta 467. A Laverde); «un libro que no vale, en mi concepto, ni la tinta que gastamos en hablar de él» (sobre *La Montálvez*. Carta 462. A Clarín).

Y al aparecer la novela en las librerías menospreciaba como siempre el nuevo «librejo», casi en los mismos términos que hizo con los anteriores y con escasas variantes. Confía a Clarín que «No quiero volver a hablarle de mis temores y desconfianzas acrecentados enormemente al ver la obra a dos dedos de las barbas del público. Llama Galdós a estas situaciones patológicas en sus intimidades conmigo, histerismo literario, que él también padece» (carta 428). Y Eduardo Huidobro confirmó con detalle este proceso:

Era muy nervioso, muy vehemente y esas mismas impaciencias explican cuál era su modo interno de producir, por lo general, sin plan determinado alguno, como cuando fue escribiendo a trozos *Nubes de estío* sin orden de ninguna clase

dejando los capítulos primeros para el final [...] Trabajaba a cualquiera hora y por largo tiempo, sin más preparación inmediata de ordinario que la que le daba la cama de seis y media a ocho de la mañana después de un buen sueño; cuando más inspirado estaba [...] era después del chocolate de cinco y media a siete de la tarde.[...] todo el día era para él hábil, porque puesto a la tarea lo que ansiaba era parir de una vez, pasar la fiebre enseguida. (Huidobro: 1906: 26-28)

Según él, Pereda escribía con gran velocidad y debido a lo envesado de su letra, que él mismo calificaba semejante a la taquigrafía; cuando terminaba las cuartillas se las iban pasando a limpio su cuñado Fernando de la Revilla o el maestro de escuela de Polanco. Y enviaba estas páginas en limpio a la imprenta a medida que escribía la novela (carta 232). Confesaba que «no puedo tener borradores en mi poder mucho tiempo, pues el deseo de mejorarlos me lleva a pulirlos algunas veces, y los pongo peor, porque les quito la frescura, única recomendación que llevan en sí, como nacidos de un solo aliento» (carta 125).

LA IMAGEN QUE PROYECTA. «MIS SOLEDADES».

Juan R. de Treceño pintó a Pereda como

un hombre *todavía* joven, representando cuarenta y pico a cincuenta años; tiene la color cenicienta, gasta perilla y bigote a la usanza española, sombrero gacho ladeado sobre una ceja y el cuerpo nervioso se revuelve bajo un amplio traje que está pidiendo a gritos que lo releven por jubón y calzas y greguescos porque Pereda es un rezagado de los tercios flamencos, de los soldados que sirvieron de modelo a don Diego Velázquez de Silva. Tiene los ojos muy vivos y penetrantes y habla mucho con las manos, dando tormento sin cesar a los lentes que están constantemente bailando sobre su nariz aguileña. (Treceño: 1890: 252-253)

En él vieron sus contemporáneos la imagen encarnada de un hidalgo de otros tiempos, y a juzgar por tantos testimonios y por las fotografías, es evidente que su tipo y su rostro predisponían a pensarlo. «Instintivamente, y sin tratar de *se faire une tête*» — escribe Enrique Menéndez - «adoptó, como forma constante de sus sombreros, el hongo flexible y de alas anchas, que él, como maquinalmente abarquillaba y tendía sobre un lado, dando a su castiza fisonomía el único aditamento posible dentro del arte» (Enrique Menéndez: 1906: 21). A mi parecer, estaba muy consciente de ello, contribuyó a esta imagen cuando se pintó en *Nubes de estío* con su «chambergó de anchas alas» y «su cara de coronel de reemplazo», y con el atuendo de capa y chambergó que muestra alguna fotografía.¹⁴³

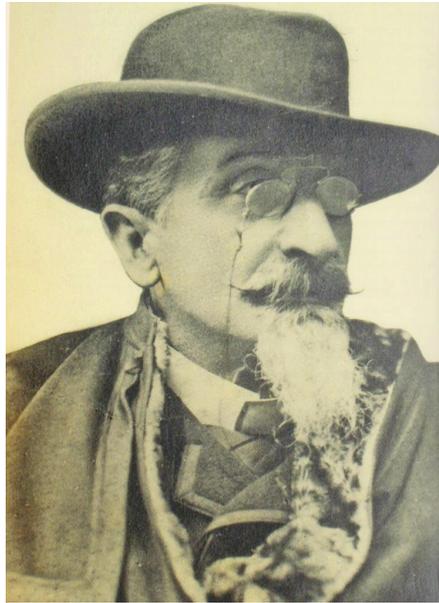


Imagen 58. Pereda

Pereda y su mundo (2006: 18)

¹⁴³ Ver el temprano artículo de Pereda en alabanza de «El Chambergó», cuyo uso asociaba nostálgicamente con los tiempos en los que «el poder español pesaba aún sobre las demás naciones europeas», *Boletín de Comercio*, 16 de mayo de 1859; Pereda: 2008: 382-385).

A muchos contemporáneos les pareció así, y de ello quedan no pocos testimonios. El mismo Pereda comentaba a Federico Urrecha cómo le vio Ortega Munilla en *El Imparcial*: «Está bien aquello, y hasta me gusto en la fantástica silueta de figura de tapiz viejo, con mi verde gabán y todo» (carta 458). En el prólogo a *El sabor de la tierruca* Galdós comenta: «Posee un retrato suyo, buena pintura y gentil cabeza, con valona y ropilla, al cual es necesario dar el tratamiento de *usarcé*» (Pereda: 1992: 59-66). A José Montero, autor de *Pereda. Glosas y comentarios de la vida y de los libros del Ingenioso Hidalgo montañés*, le «parecía arrancado a una comedia de Lope o a un drama de Calderón, y Velázquez pudo pintarlo» (Montero: 1919: 4). «Un caballero cuya cabeza pedía el chambergo de Flandes» (B. de los Ríos: 1933: 34); «un mayorazgo infanzón de las letras españolas» (Espina: 1933: 59-62); «Tenía tan bien puesto el bigote que, sin artificio de tenacillas ni bigoterías, se sostenía siempre alto y sin desmayar, cuyo detalle, unido al de su perilla, eran los que más contribuían a darle aquella noble traza de hidalgo ya vivido anteriormente. En el bello retrato de Lope que hay en la Academia Española se observan varios rasgos muy parecidos a los de Pereda» (E. Menéndez: 1906: 18-19). Alejandro Sawa, que no era, ni mucho menos, admirador de Pereda, hizo de él este bello retrato:

Es apuesto, gallardo, elegantísimo de maneras, noble, con una nobleza natural que seduce como un conjuro. La frente es vasta, fina y brillante como si el frontal fuera de marfil y no de hueso, con esas protuberancias características en las que Gall y Lavater caracterizaban las grandezas de la creación intelectual, la color atezada y biliosa, los ojos negros y opulentos de juventud, la nariz noble, a tal punto cervantesca que al pensar en ello se puso ante mí la frase de Goncourt, verosímil y extraña: ‘Todo hombre que en sus facciones tiene algo de D. Quijote posee también mucho de su grandeza de alma’; el pelo áspero y en *coup de vent*, como dicen en Francia, de tonos sombríos ligeramente rectificadas por algunos hilos de ancianidad, forman contraste con el bigote y la perilla nevados ya completamente por la acción de muchos inviernos implacables. (Sawa: 1891)

En un artículo publicado en *La Vanguardia* el 24 de 1892, Ezequiel Boixet, escribía que al conocer a Pereda, «hubiese yo querido quitarle la levita negra y ponerle un jubón de velludo o mejor todavía una coraza de piel de gamuza, con su ancha gorguera de encajes» (Bonet: 1983: 182).

Debió halagarle que le vieran como un personaje del Siglo de Oro aunque protestó quizá por considerar esta imagen impropia de un escritor contemporáneo. Cuenta José Montero que Pereda «tenía en el despacho de su casa de Santander un óleo de Robles, buena pintura, que representaba al insigne costumbrista vestido a la antigua usanza. Entró de visita Estrañi y exclamó, «Este que veis aquí, de rostro español y cervantino, soy yo; el ingenioso hidalgo don...». Pereda le interrumpió vivamente, «Le advierto a V. que ese retrato no ha sido antojo mío. Es el capricho de un artista...yo soy un hombre de este siglo» (Montero: 1919: 264-266).

Madrid Cómico publicaba en cada portada la caricatura de un personaje de actualidad en la política, el arte o las letras, con unos versos al pie; la caricatura de Cilla y una octavilla de Sinesio Delgado definían cariñosamente a Pereda como un

Montañés sencillo y franco
Que no cesa de correr
De Santander a Polanco,
De Polanco a Santander.
Con lápiz inteligente
Dibuja del natural
Y ha adquirido justamente
Un renombre universal (Delgado: 1883)

La caricatura y los versos llegaron a ser muy conocidos, y el autor de *Peñas arriba*, escribía irritado en una ocasión a Quintanilla que la prensa había dicho muchas necedades, entre ellas lo de «el resobado Montañés sencillo y franco» (carta 988). Es posible que en la cúspide de su popularidad literaria el siempre susceptible polanquino imaginara resumidos en aquellos versos la opinión de quienes seguían considerándole tan solo un novelista regional y un costumbrista.

Para bien o para mal, sobrado fundamento tenía aquella imagen, también fomentada por él, del gran señor aldeano. Según su admirador don Sixto Córdova, Pereda



**Imagen 59. Caricatura por Cilla.
Madrid Cómico, 1 de abril de 1883.**

era en Polanco el patriarca, y el indiscutible; no ya el célebre, como solía llamarse a los más listos, sino el sabio para quien no había dudas [...] Nuestro don Pepito era el señor con señorío, sencillo y paternal a la antigua usanza española; el espejo y protector del pueblo [...] *Al paso o en presencia de un sacerdote, las mujeres se ponían de pie y los hombres guardaban silencio, así como en presencia de Pereda. No por temor ciertamente, sino por consideración y respeto*» [Las cursivas son mías]. (Córdova y Oña: 1933)

Y para «Pedro Sánchez»,

hasta que murió, inválido y todo, fue «diputado permanente» de su Ayuntamiento [de Polanco], lo mismo *en los tiempos en los que le obedecían para su bien, y solo con mirarle, hasta las hojas de los árboles*, [las cursivas son mías] hasta cuando la politiquilla de campanario metió por allí la fea manaza, y casi

le sucedió de repente lo que a Don Ramón Pérez de la Llosía ... («Pedro Sánchez»: 1906: 24-26)

Sus cartas abundan en alabanzas a «sus soledades» y a la «vida salvaje», retirado con su familia casi la mitad del año en la aldea en una casa moderna con agua corriente caliente y fría, y con teléfono, que eran entonces grandes adelantos. Según «Pedro Sánchez», «Pereda emprendió «a fines de 1872, dueño ya de una gran fortuna, la construcción del *chateau* que tenía proyectado frente a su casa natal, en mitad de su hermoso prado de Trascalina, de todo cuidado con el mayor esmero y creó un parque magnífico, y llenó la vivienda de comodidades» («Pedro Sánchez»: 1906: 6). Tenía capellán, y un cochero para el coche tirado por dos briosas mulas (Córdoba: 1933: 135). En el querido y pacífico entorno de Polanco escribía don Pepito sus novelas, lejos «del mundanal ruido», que era el cercano «pudridero» de Santander, «estas hediondas estrecheces santanderinas», y aún del peor «pudridero» de Madrid. Pero en aquel Santander tan execrado en sus cartas, lo pasaba muy bien más de la otra mitad del año, atendiendo sus negocios y presidiendo sus tertulias, rodeado de amigos que le querían y para quienes era el infalible Maestro.

Conocido es Pereda como el sensible pintor de la naturaleza, que describió en narraciones y en novelas sobre el paisaje, y las costumbres de la gente de la mar y del campo en su tierra natal, pero se ha discutido si esta visión fue más literaria que afectiva.¹⁴⁴ Como vimos más arriba, su correspondencia con Galdós abunda en detenidas observaciones sobre plantas y flores, intercambian semillas y consejos, y revela en ambos genuina afición a la jardinería.¹⁴⁵ Menciona con frecuencia que está en Polanco ocupándose en plantar el huerto y hacer arreglos y mejoras en la casa. La matanza del chon, es una ocasión festiva de acudir con la familia al pueblo, y de contárselo a los amigos usando términos graciosamente aldeanos.

¹⁴⁴ Según la reseña de Sánchez Reyes (1933a), Kurt Siebert, en *Die Naturschilderung in Peredas Romanen von Kurt Siebert [las descripciones de la Naturaleza en las novelas de Pereda]* buscó todos los posibles antecedentes e influencias en el arte descriptivo de Pereda.

¹⁴⁵ Don Pepito tenía un hortelano que se ocupaba de aquellas faenas y a quien profesaba tal afecto que cuando murió le hizo enterrar a su costa junto a su propio panteón.



Imagen 60. La nueva casa de Pereda en Polanco
(Biblioteca Virtual Cervantes)

Pero Eduardo Huidobro fue el primero en afirmar que

con haber inmortalizado a tantos aldeanos montañeses y tantas costumbres de su *tierruca*, apenas, desde que fue hombre, si pisó alguna vez el campo más que como un paseante cortesano, con quitasol y botas inglesas, y en que, con haber dado fama épica y universal a los heroicos mareantes santanderinos, apenas, y sin apenas, les vio nunca a menor distancia que la de su balcón a los de enfrente, cuando él vivía de soltero en esta calle del Arcillero por los años de La leva». (Huidobro: 1906: 26)

Para Jean Camp, «Il voit la campagne comme Don Quichotte pouvoir la voir, du dehors, en gentleman farmer» [Véa el campo como le podría haber visto Don Quijote, desde fuera, en ‘gentleman farmer’] (Camp: 1937: 318), y en 1909 sostenía Unamuno que

Pereda, nuestro novelista montañés, tan hábil y afortunado en describir el campo, apenas si lo sentía. El mismo me confesó que gustaba muy poco del campo [...] No comulgaba con el campo; permanecía frente a él, separado de él, viéndolo con ojos de presa, con ojos perspicaces; viéndolo muy bien, con perfecto realismo, pero sin confundirse con él. (Unamuno: 1958: 594)

En «Ramplonería» Unamuno comenta que «la vió, [la naturaleza] guardó la visión; se fue a su casa y la describió con rara habilidad técnica... pero la montaña no cantó nunca en él, y no canta tampoco en las páginas de sus libros» (citado en Montesinos: 1969: 286); y en su prólogo a *Retablo infantil* de Manuel Llano, Unamuno escribe que «Yo le arranqué, aquí, en Salamanca, a orillas del Tormes, la confesión de que no le gustaba el campo» (Llano: 1935: 4-5). Jean Le Bouill le vio como un burgués de provincia, rico, elegante, bien educado, promotor generoso de obras sociales e integrado dentro de la alta sociedad local (Le Bouill: 1976).

En su libro *Pereda, paisajista. El sentimiento de la naturaleza en la novela española del siglo XIX*, se pregunta Anthony Clarke, «¿Le gustó a Pereda la naturaleza?» y piensa que

por lo que sabemos del paisajismo perediano, por sus condiciones, sus supuestos y su enfoque, preeminentemente literarios, no tendría nada de extraordinario el que Pereda no gustase del campo. La visión literaria de la naturaleza que se nos viene a través de sus novelas, depende de la observación y de la imaginación antes que de la afición verdadera, y he aquí, sobre todo, por qué se nos antoja a veces insatisfactoria y deficiente [...] A Pereda no le gusta entrar en el paisaje; por el contrario, prefiere contemplarlo desde lejos, desde fuera (Clarke: 1969: 230-233).

Suele situar sus escenas y sus novelas aldeanas en lugares imaginarios - «la geografía moral de la Montaña» - vistos desde una altura, y en ocasiones invita a sus lectores a escoger juntos el lugar de la acción: «Vamos a una feria. El lugar de ella queda a la elección del lector» («La robla»); «Dejo al arbitrio del más escrupuloso lector la elección

del pueblo... ¿Ese? Corriente» («Al amor de los tizones»); «Docena y media de casucas, algunas de ellas formadas en semicírculo, a lo cual se llamaba *plaza*, y en el punto más alto de ella una iglesia a la moda del día, es decir, ruinosa a partes, y a partes arruinada ya, era lo que componía, y seguirá componiendo probablemente, un pueblo cuyo nombre no figura en mapa alguno ni debe figurar tampoco en esta historia» (*Los hombres de pro*, capítulo I). En cambio, cuando escribe sobre Santander recuerda a veces con nostalgia, y con gran detalle, calles y muelles, tiendas, y personajes que conoció pues en la ciudad había jugado de niño y conocido a sus primeros amigos. Allí había crecido y tenía sus recuerdos. El campo era aquellas «soledades» adonde iba a escribir.

Francisco Pérez Gutiérrez advertía que Pereda no se embarcó nunca ni

‘convivió’ con sus convecinos de Polanco, ni con ningún tipo de aldeanos montañeses, aunque viviera entre ellos [...] conocía aquel mundo lo suficiente como para poder emplearle como materia literaria, y se hallaba lo suficientemente fuera de él como para poder transfigurarlo, inventarlo incluso. Lo veía precisamente como necesitaba verlo, no como era en realidad. (Pérez Gutiérrez: 1975: 153)

Sus novelas están escritas «desde una conciencia burguesa» (Pérez Gutiérrez: 1975: 157). En carta a Oller se refiere a «las engorrosas tareas relacionadas con la casa, los renteros y la huerta» (carta 348). Con los años, «la aldea» (carta 20) de las primeras cartas de Pereda va adquiriendo el perfil literario de «mi Tusculanum» (carta 58), «estas soledades» (carta 125). El genuino cariño y el placer de vivir allí toman así un añadido matiz que complementa la imagen del idealizado hidalgo campesino que él confirmaría en su discurso de ingreso en la Real Academia: Yo, «que de mis soledades vengo, avezado a contemplar el sol a través de los follajes de la tierra nativa» (Pereda: 2009b: 500).

Pero la versión que ofrece Enrique Menéndez de «la vida salvaje» en aquellas «soledades» es un tanto diversa. «¡Estaba él allí siempre de tan buen humor! Verdad es que lo delicioso del sitio y la comodidad y holgura de aquella mansión veraniega predisponían a todo buen

estado de ánimo» (E. Menéndez: 1906: 20);¹⁴⁶ «Trabajaba el *maestro*, tanto en Santander como en Polanco, en holgado despacho, y el de la ciudad y el de la aldea estaban vestidos con elegancia y adornados con valiosos lienzos y otros objetos de arte» (E. Menéndez: 1906: 34-35).



Imagen 61. Estudio de Pereda en Polanco
(Centro de Documentación de la Imagen de Santander)

A los panegiristas de los *Apuntes para la biografía de Pereda*, especialmente a Enrique Menéndez y a «Pedro Sánchez», debemos no pocos datos sobre el carácter y las costumbres de aquel Pereda con el que convivieron tantos años. «Era sumamente afable, con una grave afabilidad enteramente castellana, que para nada necesitaba de ciertos extremos y melosidades; y su sencillez y modestia, junto con una imponderable gracia [...] su conversación amena y franca [...] hombre del mejor tono y de una gran distinción social» (E. Menéndez: 1906: 19). Boris de Tannenberg recordaba «sa conversation prodigieuse,

¹⁴⁶ Hay fotografías del estudio de Pereda en Polanco, E. Menéndez: 1906: 11 y 23.

passant de l'éloquence la plus véhément lorsqu'il s'agissait des idées essentielles a la plaisanterie humoristique, lorsqu'il me contait quelque anecdote de ses «Souvenirs»» [su prodigiosa conversación en la que pasaba de la elocuencia ... cuando se trataba de ideas esenciales a contarme humorísticamente alguna anécdota de sus “Recuerdos”] (*L'Espagne littéraire. Portraits d'hier et d'aujourd'hui*, 1903: 297-298), y Armando Palacio Valdés contaba que «Pereda era muy agradable en su conversación, la cual salpicaba constantemente con su picante gracia y su sano optimismo. Era, lo que se llama, un hombre simpático» (F. Bustamante: 1933: 60). Confesaba a Laverde que «Pesa sobre mí cierta opinión de intolerancia» (carta 24), y Montero escribía que «tenía fama de ser huraño y aun de caer frecuentemente en el pecado de altivez», y destacaba la adoración «incluso boba» que muchos tenían por él (Montero: 1919: 11).

De su diario vivir y de sus costumbres sabemos por Enrique Menéndez que era

Sumamente ordenado, puede decirse que en circunstancias normales y desde hace muchos años, Pereda hacía todos los días las mismas cosas [...] Madrugaba, y en tomando chocolate, se ponía a leer o a escribir cartas hasta el mediodía, en que invariablemente daba su paseo, que solía consistir en venirse hasta la Alameda acompañado de algunos de sus íntimos amigos, a quienes recogía a su paso por la calle de la Blanca, en la Guantería de Alonso, donde recalaba a la vuelta y esperaba, sentado junto al mostrador, la hora de la comida.¹⁴⁷ [...] Apenas bebía vino; dos dedos, y todo lo demás agua. Era, en cambio, terrible fumador. Pasada la siesta, comúnmente sobre un diván de su despacho, volvía un rato a su sillón de trabajo.[...] A las nueve y media cenaba, y antes de las once estaba en la cama [...] fue hombre muy aficionado a las cosas cómodas y caras, y a todo género de *confort*. [...].

Vistió siempre de buen paño, y en el corte de su ropa huía por igual de lo mal hecho y de los atrevimientos de la moda. [...] Debió ser de los primeros que adoptaron el uso de la ame-

¹⁴⁷ José Montero le recordaba descansando de su paseo matinal «en la tienda de óptica de Roberto Basáñez, en la calle de la Blanca; en el número 9 de la misma calle estaba la Guantería» (Montero: 1919: 11).

ricana. [...] fue gran señor en la calidad y abundancia de su ropa blanca y en los demás accesorios de su vestido y persona.[...] No encontraba butaca ni asiento de wagon que fueran bastante blandos y hospitalarios, y apenas puesto en circulación el *sleeping car*, ya estaba ambicionando otra cosa. Acaso influía en todo esto ese vago malestar que acompaña al género de enfermedad de que ha tiempo adolecía. (E. Menéndez: 1906: 20-21)

Con carácter de anécdota, doy aquí el suntuoso menú escogido por Pereda y ofrecido a las autoridades de Santander en su casa de Polanco para celebrar la restauración de la iglesia del pueblo, según el artículo «Una fiesta en Polanco» publicado en *La Región Cántabra* el 26 de enero de 1895. Revela, por un lado, sus exquisitos gustos, y por otro, la paradójica selección de este menú por parte de quien a lo largo de su vida se declaró repetidamente enemigo de todo lo que viniera de Francia.



1891. Miembros de la tertulia de Pereda en el jardín de su casa de Polanco. Asistentes: Pereda, Fernando y Aurelio de la Revilla, Antonio Mazarrasa, Sinforsoso y José María Quintanilla, Federico de Vial, Carlos Pombo, Agabio Escalante, Juan Pelayo, Antonio Gomar.

Imagen 62. Tertulia en Polanco

Madariaga, *Pereda* (1991: 165)

Hors-d'oeuvre / Ostras / Consommé Luis XVI / Salmone-
tes en salsa tártara / Filetes mignon a la parisien / Pastelitos de
foie-gras / Galantina al aspiti / Alcachofas a la lionesa / Ponche
a la Romana / Jamón al madera / Capones asados / Tarta de
frutas / Quesos y frutas / Vinos: Sauterne, Rioja Alta, Jerez fino,
Champagne/ Café y licores (Bonet: 2006: 540 nota 66.46).

Seguía rememorando Enrique Menéndez que las dos grandes afi-
ciones de Pereda fueron el teatro y las tertulias de amigos, que le gus-
taban mucho las funciones de circo, o de «títeres», y que odiaba el
baile. Pero «Llegó a haber bailes en casa de Pereda. Y con máscaras
y todo [...] Con baile y *lunch* se ha celebrado, en fin, más de un San
José en ella» (E. Menéndez: 1906: 20). Y en Polanco hubo reuniones
amenizadas por las paellas de Antonio Gomar, y visitas y estancias de
don Marcelino, de Galdós, de los pintores Robles y Mélida, de Agabio
Escalante, de Ambrosio Menjón y de otros amigos.

Merece destacarse lo que afirma Narciso Oller, respaldado siempre
por las cartas del Propio Pereda, de que

No sentía més art que el seu. La música, l'escultura, la ar-
quitectura si acas li deïan quelcom, era poquíssim. La poesia
mateixa no arribava a remoure'l més que rarament, a no ésser
de cap de brot. Ni l'arqueologia ni la bibliografia l'atreïen.
Com tampoc els mobles sumptuosos, les teles i armes, per pri-
moroses que fossin. Detestava tot el que era exhibició, snobis-
me o artifici. (Oller: 1962: 34)

[No sentía más arte que el suyo. La música, la escultu-
ra, la arquitectura si acaso le decían algo, era poquísimos. La
poesía misma no llegaba a emocionarle a no ser que fuera ex-
celente. No le atraían la arqueología ni la bibliografía, como
tampoco los muebles ricos, las telas y las armas, por primo-
rosas que fueran. Detestaba todo lo que fuera exhibición,
snobismo o artificio.]

No parecen coincidir con este juicio las descripciones que hacen
Enrique Menéndez, «Pedro Sánchez» y José Montero de los despa-
chos en que escribía, decorados profusamente con cuadros y objetos
de arte. Pero la contradicción sería aparente pues la mayoría de aque-

llos «artísticos recuerdos» eran «trofeos», regalos hechos a Pereda en reconocimiento de su labor literaria; y los cuadros estaban allí más que por el valor pictórico que tenía la mayoría, por el afectivo pues unos eran regalos de pintores amigos, y otros se compraron por ser de autores o de asunto montañeses. Según Montero, en el despacho de Santander había retratos familiares, cuadros de Benlliure, Martínez Cubells y Casimiro Sainz, de Gomar, de Robles, de Mérida, de Manzano, de Apeles Mestres, de Pérez de Camino, de Riancho, de Revilla, de Iborra, de Agabio Escalante, de Carlos Pombo, una acuarela pintada por Antonio Maura, dos marinas y un dibujo de Galdós, y un autógrafo enmarcado de Mesonero Romanos, además de unos bustos de Ariosto y de Dante, de Calderón y de Quevedo. En el del pueblo, colgaban el gran lienzo «¡Jesús y adentro!» de Fernando Pérez de Camino, que le regaló Santander por suscripción pública tras la publicación de *Sotileza*, lienzos de Campuzano, de Riancho y de Robles. (Montero: 1919: 247-248).



Imagen 63. . Despacho en Santander
(Biblioteca Virtual Cervantes)

Gustó de la ópera desde su juventud, y mantuvo en el artículo «Folletín. Teatro» (*La Abeja Montañesa*), 2 de febrero de 1861) que la música alemana era pesada e inferior a la italiana sin dar otros argumentos que el propio gusto, lo que originó una polémica en la prensa local en la que sus interlocutores no lograron convencerle (Pereda: 2008: 683 nota 1). Y poco después de su muerte, contaba «Pedro Sánchez» que, no se sabía por qué, detestaba aquella música y cuando la oía y le gustaba, decía: «Sí, precioso *pero italiano*» («Pedro Sánchez»: 1906: 23).

IDEAS Y CREENCIAS

Pereda fue un ferviente católico y, según Eduardo de Huidobro, leía a Fray Luis de Granada, *La Imitacion de Cristo* de Thomas à Kempis, y las *Confesiones* de San Agustín; su madre iba con la familia todos los años a hacer ejercicios espirituales en el convento de los dominicos de Las Caldas, y don José María les invitó a dar una misión en Polanco. Tuvo gran amistad con los agustinos, sobre todo con los de El Escorial, recibía sus revistas *La Ciudad de Dios* y *El Buen Consejo*, y correspondía con el P. Conrado Muiños, el autor de *Horas de vacaciones*, quien tenía en alta estima su obra. Envió a sus hijos José María y Salvador a estudiar en los jesuitas de Deusto, jesuitas fueron los confesores de su familia en Santander, como el P. Remón, que lo fue del desventurado Juan Manuel, y conocida es la gran amistad personal y literaria que mantuvo con el P. Coloma. Y encabezó proyectos de obras pías como el arreglo de la iglesia de Polanco y la construcción en Santander del Colegio Salesiano, y benéficas como la de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad. Con algunos de sus correligionarios carlistas más íntimos publicó Pereda el *Tío Cayetano*, un semanario agresivamente opuesto al régimen que trajo la Gloriosa (García Castañeda: 2004a: 157-256), colaboró en *La Monarquía tradicional*, editado por el Círculo Católico Monárquico, y formó parte de él junto con otros familiares y amigos. En julio de 1870 fue con Fernández de Velasco, a Suiza, a visitar al Pretendiente, y presentado por la Agrupación Católico-Monárquica de Santander como candidato por el distrito de Cabuérniga, salió diputado en 1871, aunque no

destacó por su actuación en la Cámara.¹⁴⁸ Con los años, este fervor carlista dejó de manifestarse hasta el punto de que don José María llegó a considerarse apolítico y en una ocasión escribió a Galdós sobre los diferentes partidos, que «hasta suele ser conveniente quedarse sin ninguno» (carta 160).



Imagen 64. . El Tío Cayetano, 1868
(Biblioteca Nacional de España)

¹⁴⁸ En su libro sobre Galdós, Benito Madariaga incluye esta carta de Laverde a Albareda: «José María de Pereda me escribe desde Santander diciéndome que aquel Gobernador quiso prenderle por conspirador carlista, que otros han huido pero que él ni aun la apariencias de culpado desea tener, y que por lo mismo sigue en su casa, si bien temiendo que se repita el mal rato, que para su esposa sería doblemente acerbo, cuando acaban de perder su hijo único. / Mucho le agradeceré a V. que ampare a dicho amigo y haga que le dejen en paz, seguro de que para todo sirve menos que para conspirador y revolucionario, si quier sea carlista. / De V. afmo. amigo y s. s. q. b. s. m. / Gumersindo Laverde». Según Madariaga, «Albareda debió de pedir información a Galdós, quien le pasó la carta, ya que se ha encontrado entre sus papeles». [...] «Carta sin fecha que suponemos sea de 1893 o del año siguiente. Inédita». Madariaga no indica la fuente de esta carta que menciona la muerte del «único» hijo de Pereda. Aunque va sin fecha, podría ser de esta época de férvida actividad carlista de principios de los años 70, y no de 1893 o del año siguiente cuando Pereda era ya una figura de gran prestigio nacional. Además, Laverde había muerto en 1890, tres años antes. (Madariaga: 1979: 172).

Pero en su juventud perteneció a la Comisión organizadora de los festejos de bienvenida a Isabel II, compuso la letra del himno que cantaron las niñas de la Casa de Caridad [«Ya Isabel, la magnánima Reina...»] (Pereda: 2008: 739-740) y dedicó un romance al Príncipe de Asturias [«Gloria a ti, niño Alfonso...»] en una función teatral. (Montero: 1919: 245-247). Durante la búsqueda de rey que trajo al trono a Amadeo de Saboya, veía como solución política a don Carlos o al Príncipe y su madre. «Los demás candidatos no responden en España más que a las ambiciones de una agrupación política más o menos influyente, y no reinarían más de una semana» (carta 39). En 1902 aceptó la Gran Cruz de Alfonso XII, que le concedió Alfonso XIII.

Galdós le conocía muy bien y enjuició muy acertadamente su filiación política: «el buen castellano de Polanco, sectario del absolutismo y muy deseoso de que resucite Felipe II para que vuelva a hacer sus gracias en el gobierno de estos reinos, es el hombre más pacífico del orbe, de costumbres en extremo sencillas, de trato amenísimo, llano y familiar, que podría derechamente llamarse democrático»; «No sé por qué me figuro que la firmeza de las ideas de Pereda, bien analizada, resultaría más afecta al orden religioso que al político»; «teniendo Pereda su familia, sus libros y sus amigos, no se le importa una higa de lo demás». Y destaca «su preciosísima independencia, que le aísla de los manejos de todos los partidos, incluso del suyo» (Pereda: 1992: 60-64).

Los católicos españoles «íntegros» seguían el partido de Ramón Nocedal, cuyo órgano era *El Siglo Futuro*, y se oponían violentamente a los partidarios de La Unión Católica de Alejandro Pidal y Mon, a quienes y a su periódico *La Fe* tildaban de «mestizos». Pereda no tomó parte en tales querellas, que lamentaba con Laverde y con don Marcelino, pues desprestigiaban y dividían a los católicos, pero no escatimó sus airadas críticas a aquellos periódicos y a otras publicaciones católicas, las «de casa», por la descortesía y el silencio con el que acogían sus obras.

No sé si considerar específicamente anti-semita a Pereda en vista de su reacción tras la lectura de *Gloria* y de las repetidas bromitas que hace en sus cartas a Galdós sobre los judíos, o verlo como parte de su rechazo total a cualquier religión que no fuera la católica, y a cualquier teoría científica o filosófica no aprobada por la Iglesia. La libertad de

cultos que legisló la Constitución de 1869 provocó la indignada respuesta de los católicos españoles, y *El Tío Cayetano* publicó ataques y burlas contra el nuevo régimen, contra los protestantes, los musulmanes y los judíos. Mantuvo una amistosa relación con Manuel Polo y Peyrolón, un prolífico propagandista católico y escritor de costumbres, cuyas obras tenían escaso valor literario. Pero era un ortodoxo, un carlista acérrimo y un encarnizado enemigo del liberalismo, del krausismo y del evolucionismo, que le dedicó su obra *Supuesto parentesco entre el hombre y el mono*. A Pereda le pareció estar «bien formada y superiormente escrita [...] y me promete lo leído dejar en su deforme desnudez al darwinismo ante la ciencia y el sentido común» (carta 159).

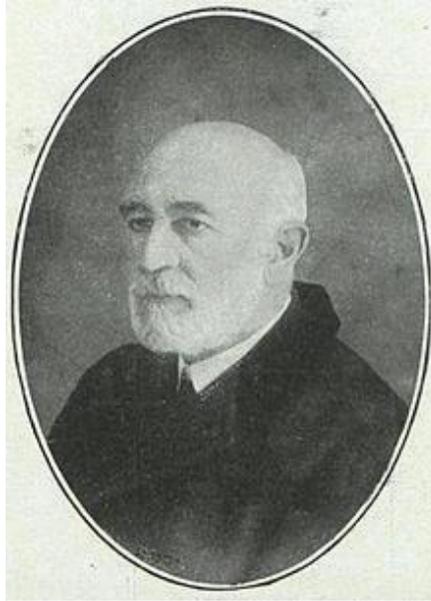


Imagen 65. Manuel Polo y Peyrolón

Tras la publicación de *Peñas arriba*, en un número de «Homenaje a Pereda» del semanario *El Montañés Crítico* (13 de enero de 1884) el humorista gráfico Eduardo Sáenz Hermúa, «Mecachis» (1859-1898) dibujó a Pereda con albarcas, el cuévano lleno de ejemplares de la novela, y con estos versos de F. N. Amiana,

Escribe con tanto aquel
son sus obras tan brillantes
que dirá el menos infiel
si el alma del gran Cervantes
ha vuelto a encarnarse en él.
Es un autor eminente
sin más sombras en su mérito
que el maldito inconveniente
de aborrecer el presente
y soñar con el pretérito.

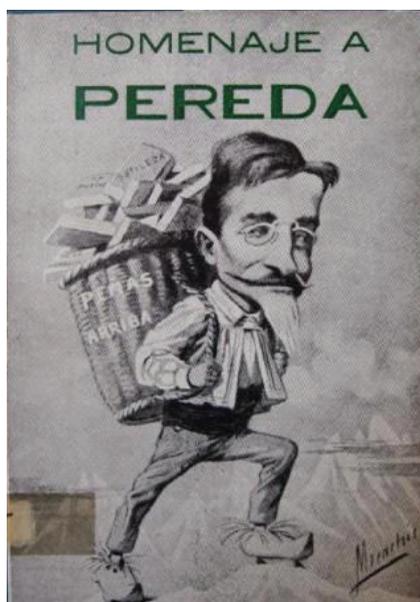


Imagen 66. Homenaje a Pereda. Caricatura de Mecachis
Madariaga, *Pereda* (1991: 200)

El entusiasta patriota montañés que saludó con fogosos versos la guerra de Africa («J. Paredes»: «Romance de pura sangre». *La Abeja Montañesa*, 29 de septiembre de 1859; Pereda: 2008: 419-423) atribuyó siempre la pérdida del Imperio colonial americano a la de los valores religiosos y morales que trajeron los liberales. Tras el triunfo de la Septembrina escribía que «el himno de Riego nos dejó sin las

colonias de América que hoy son las naciones que más cordialmente nos detestan» («Frutos coloniales» *El Tío Cayetano*, 21 de febrero de 1869: 66; Pereda: 2009b: 65-67) y evocaba nostálgicamente el glorioso pasado de Cisneros y de los Reyes Católicos, un pasado remoto idealizado por la distancia y evocado desde un presente ensombrecido por tensiones políticas y sociales.

Como los demás peninsulares que tenían intereses en Cuba, se había opuesto a la autonomía de la isla, y achacaba su independencia final, más que a los odiados «piratas» norteamericanos a la mala gestión de los gobiernos liberales, sin tener en cuenta la inflexibilidad y la indiferencia con la que habían sido acogidas siempre en España las demandas de autonomía política de los cubanos. De esta creencia quedan dos interesantes testimonios, en los que a la nostalgia se añaden las repetidas acusaciones. En el borrador de una carta a Galdós, destaca que

desde el año 12, los liberales nos dejaron sin fe, y con las colonias mermadas en las cuatro quintas partes [...] cuando España ha valido algo, no imperaban las ideas liberales; lo que la Historia enseña es que bajo el imperio de un César o de un rey a la antigua usanza, se acometieron aquellas empresas, se consumaron aquellas hazañas portentosas que son hoy el único blasón de nuestra nobleza [...] es *una desgracia* haber nacido en este siglo». (carta 88)

Y en términos semejantes escribía al Dr. Enrique Madrazo¹⁴⁹ después del Desastre del 98:

¹⁴⁹ El Dr. Enrique Diego Madrazo (Vega de Pas, 1850 — Santander, 1942) fue un distinguido cirujano, catedrático en las Universidades de Madrid y de Barcelona, fundador de un sanatorio en la Vega de Pas y de otro en Santander, que fue un destacado centro en Europa de adelantos científicos. De ideología republicana y socialista fue autor de ensayos y obras de teatro, y amigo de Galdós, de Pardo Bazán y de Unamuno, de Rosario de Acuña y de Matilde de la Torre, de Nicolás Salmerón, de Niceto Alcalá Zamora y de Indalecio Prieto. Encarcelado algunos años tras la entrada del ejército nacional en Santander durante la Guerra Civil fue transferido a su propio sanatorio, donde murió.

lo único que nos queda digno de respeto, en la admiración y hasta en la envidia de las naciones cultas, procede de aquellos tiempos bárbaros en que hasta los bandidos de Sierra Morena, como V. dice y no es mentira, eran devotos y de buena fe. De allí viene todo ello, amigo doctor, de la cogulla, de la sotana o del cingulo del cofrade lego y mundano, Cervantes inclusive. (carta 1304)

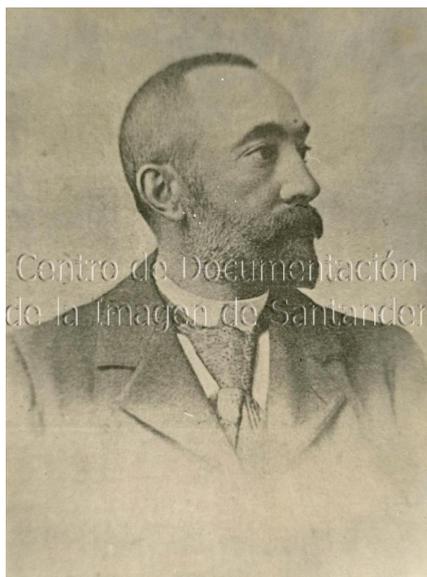


Imagen 67. El Dr. Enrique Diego Madrazo
(Centro de Documentación de la Imagen de Santander)

Sin embargo, Pereda pretendía demostrar a Galdós que no era enemigo de los liberales:

Si por liberales renegara yo [de, *ms*] a los hombres [y pusiera en duda sus talentos, *ms*], ¿cuál sería la razón de mi cordialísimo cariño hacia V. y de mi admiración nunca escondida hacia su ingenio preclaro? ¿Cuál la de los sinceros elogios que V. me ha oído hacer de tantos [escritores o artistas que, *ms*] hombres de notorio talento como militan en el campo liberal?» (carta 88)

Posiblemente fuera don Benito uno de los pocos liberales que toleraba; como contaba Palacio Valdés, «Recuerdo que Pereda en una ocasión y para demostrarme su santa indignación con el liberalismo, me dijo: Cuando hablo con un hombre demócrata no puedo, no puedo olvidar que es demócrata, como V. no olvidaría hablando con un hombre negro, que es negro» (Bustamante: 1933: 60). El mismo Galdós consideraba *Los hombres de pro* y *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, dos novelas de costumbres políticas «en las que la energía de la pintura llega hasta lo sublime, y el espíritu de secta hasta la ferocidad» (Pereda: 1992: 59-66).

Parece que no le interesaba hablar de los problemas sociales ni de sus causas, y tan solo reaccionaba ante sus efectos. Las crecientes reivindicaciones laborales del emergente proletariado presentes en manifestaciones y en huelgas, y los sangrientos atentados de los anarquistas en Barcelona le atemorizaron y le irritaron de tal manera, que pedía radicales medidas para acabar con ellos.

Y comentando la situación política en el Méjico de Porfirio Díaz, escribía a José López Portillo que «Una dictadura así es la que nosotros necesitamos; pero, ¿dónde está el dictador? Los hombres que se suceden en el mando, cada día son más impotentes e insignificantes, y las pasiones de abajo, cada vez más impetuosas, más indóciles y más desenfrenadas» (carta 1313).

LAS LECTURAS

Según el fiel «Pedro Sánchez», Pereda sabía bastante latín, hablaba francés con claridad, y «traducía del inglés sin gran esfuerzo habiendo tenido años en que le hablaba también hasta con corrección», que tenía más conocimientos que los de la mayoría de las personas «ilustradas», y que «en los últimos veinte años» se interesó por la historia y por el arte, «por distracción, sin método ni sujeción alguna, hojeó bastantes obras de esa clase de las más recomendadas». Pero sobre todo amaba la literatura española del Siglo de Oro, «a la vez que el ‘clasicismo’ ingénito de su madre» («Pedro Sánchez»: 1906: 23) y destacó siempre su amor al Quijote (Baquero Escudero: 1989: 31-38; García Castañeda: 2005a) y a nuestros clásicos. Como manifestó al historiador y político mejicano Francisco Sosa, y en otras ocasiones,

«una de mis chifladuras [es] el México del tiempo de la Conquista», que conocía las obras del historiador norteamericano William H. Prescott «de memoria, y poco menos a Solís, a Bernal Díaz y a cuantos historiadores han tratado de esa asombrosa epopeya, a cuya realidad, como a la del Perú y a la de los hechos de Colón y sus compañeros, no han llegado jamás las invenciones de la humana fantasía al decir del mismo Prescott» (carta 1091).

Entre los demás preferidos estaban - también según Quintanilla - Moratín, Zorrilla, el Duque de Rivas, Bretón de los Herreros y Jacinto Verdaguer; y entre los extranjeros, Manzoni, Dickens, Daudet, el Brett Harte de los *Bocetos californianos*, Edgar Allan Poe, y el François Coppée de *La bonne souffrance*.¹⁵⁰ Llegó a leer a Paul Bourget, y forzado por Galdós, «a Ibsen completo» pero no hay referencias en este epistolario a estas lecturas de Paul Bourget ni de «Ibsen completo». También según Quintanilla, leyó *L'intruse* de Maeterlink incluso antes de 1893, «lo leyó de los primeros en España» («Pedro Sánchez»: 1906: 23). En carta a Oller, Pereda se refiere a Maeterlink como el autor de *Los ciegos* y de *La intrusa* (carta 800). Pero no contribuyen a aclarar estas lecturas los recuerdos más o menos difusos de otros amigos y el tomar como fuente de información fidedigna la novela *Pedro Sánchez*, donde hay elementos difíciles de discernir entre la autobiografía y la ficción. El profesor Enrique Miralles en su excelente estudio «Simpatías y antipatías literarias de Pereda» destaca las juveniles lecturas que hizo Pereda-Pedro Sánchez de las obras, tan populares entonces de Paul de Kock, Pigault-Lebrun, Alejandro Dumas, Frédéric Soulié, Victor Hugo, Eugène Sue, y Paul Feval (Miralles: 2006b: 195). Añade a la lista la *Vida de Jesús* del execrado Renan,¹⁵¹ que estaba publicando en folletín «un periódico de Madrid»; al reseñarla, y como hacía con gran frecuencia cuando una obra que no le gustaba, Pereda discutía otros aspectos (aquí la reciente ley de Libertad de Prensa) y apenas la obra misma, dejándonos a veces con la duda de si llegó a leerla. Y Miralles advierte la posible influencia de *Physiolo-*

¹⁵⁰ Cuando Laureano Bonet visitó la casa de Polanco, la biblioteca ya estaba desperdigada (1974: 385).

¹⁵¹ «Por lo que valga, y antes de que se me olvide», *El Tío Cayetano*. 15 de noviembre de 1868 (Pereda: 2009a: 514-519). Apareció traducida en París en 1864 y en Madrid (Imp. de Rivadeneyra, Librería de Alfonso Durán, 1869) por Federico de la Vega.

gie du mariage y *Petites misères de la vie conyugale* de Balzac sobre el futuro *El buey suelto* (Miralles: 2006b: 198). En su artículo «Manías» Pereda cita muchos otros nombres de artistas, literatos y científicos, la mayoría de ellos de otros países, lo cual no quiere decir que ni él ni sus lectores conocieran sus obras.

Quiero destacar la opinión de Jean Camp sobre el conocimiento que pudo haber tenido Pereda de la literatura francesa contemporánea, que era, como es sabido, en versión original o traducida, la más leída entonces en España. Camp menciona aquellas obras que estaban «en toute son gloire» (Camp: 1937: 19) cuando Pereda visitó París como *Les fleurs du mal* de Baudelaire, *Germinie Lacertaux* de los Goncourt, o las novelas de Barbey d'Aurevilly, y piensa que no pudo ignorar *Les Misérables* ni *Madame Bovary*, y que leería a Balzac y a Paul de Kock. Que debió gustarle el teatro de Emile Augier, quien exaltaba las virtudes domésticas y la felicidad hogareña, y hallaba semejanzas ideológicas entre el novelista Jules Champfleury y Pereda. (Camp: 1937: 20). Pero Camp no llegó a conocer la extensa epístola que Pereda escribió desde París a su amigo Bustillo en la que hablaba de muchas cosas, menos de libros. El nombre que aparece con más frecuencia es el de Paul de Kock, cuyas novelas fueron tan populares entonces entre un público lector masculino como execradas por los moralistas.



Imagen 68. Novela de Paul de Kock

A estos autores hay que añadir el novelista nacionalista romántico belga Hendrick Conscience (Miralles: 2006b: 186 y nota 5), del que el montañés pedía a don Marcelino que le enviase alguna de sus obras, «pero no en novelas, sino en cuadros» (carta 79), hay una referencia suya a Edmondo De Amicis en una carta a Oller (carta 480), y en una ocasión otra sobre *I promessi sposi*, «ese admirable libro y pesada novela» (carta 124).

Alabó siempre a Jacinto Verdaguer como el único poeta épico y a Angel Guimerá como el único dramaturgo que, respectivamente, había en España, (carta 378) y tras conocer el libro de *Sonetos* de Antero de Quental, editado por Oliveira Martins, se refería a él como un «excelente poeta» (carta 378). Estuvo influido por Mesonero Romanos, y como pensaban Montesinos, Reginald F. Brown y Pérez Gutiérrez no pudo por menos de conocer la amplia novelística realista y costumbrista de su tiempo, cuyo antecedente más inmediato fue la novela social o de costumbres contemporáneas en los años 1840.¹⁵² Para Boris de Tannenberg en *L'Espagne littéraire*, «Des littératures étrangères qu'il connaît mal et goûte peu, il n'a subi l'influence que d'une manière indirecte», y que escribía «en toute indépendance, en dehors de toute coterie;» (1903: 212). [«Pereda conoce mal y gusta poco de la literatura extranjera, y no ha tenido influencias más que de manera indirecta». Escribía «con independencia, fuera de toda escuela»]. Las escasas referencias en este Epistolario revelarían tan escaso conocimiento como desinterés por los novelistas extranjeros.

¹⁵² Destacaba Eduardo Bustillo en carta a Pereda (carta 17), el éxito de *El cocinero de Su Majestad*, «novela preciosa» de Fernández y González, que va por la 3ª edición, y de la que hay traducciones. «[E]s grande la voracidad de novelas que se ha despertado en el pueblo español», y recomienda a los lectores de *La Abeja*, *El mundo al revés* de Ventura Ruiz Aguilera.

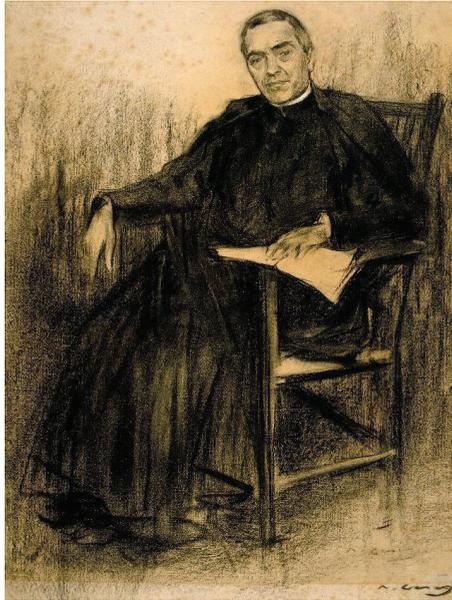


Imagen 69. Jacinto Verdaguer

Los temas de la vuelta a la tierra natal y a la naturaleza abundan ya en la literatura europea del XVIII pero a partir de mediados del XIX aparece en la novela el conflicto de la ciudad frente a la aldea que surgió como indicativo exacto de nuevas ideas y preocupaciones sociales. Estos temas surgieron antes en los países donde tuvo más influencia la revolución industrial, a veces con un intervalo de 40 o 50 años. El profesor Anthony H. Clarke, gran amante de Cantabria y de la obra de Pereda, desde que publicó su primer trabajo, *Pereda, paisajista. El sentimiento de la naturaleza en la novela española del siglo XIX* (1969), dedicó la mayor parte de sus tareas de investigador a estudiar la visión que aquel tuvo del paisaje y a la posible relación y afinidades que podría haber habido entre su obra y la de otros novelistas contemporáneos. Llevado de su entusiasmo, Clarke consideraba que los conocimientos de la novelística europea que tenía el polanquino eran mucho más amplios de lo que se pensaba, y que Menéndez Pelayo,

yerra de bulto en la parte que va desde ‘ni recibió otros maestros’ hasta ‘nuestros clásicos...’ ya que omite lo que debe Pereda a la novela europea del siglo XIX, a Scott, Fenimore

Cooper, Manzoni y Balzac; a Daudet ya en su último tercio, y a la muy difundida tradición de la novela rural en Inglaterra y en los países escandinavos, o a las *dorfnovellen* (novelas de pueblo) en Alemania. El caso de Dickens está todavía por estudiar con detenimiento pero apenas hacen falta pruebas en vista de los ejemplares que figuraban en su librería de su casa natal... y el testimonio elocuente de *Pedro Sánchez* y otras novelas suyas. Pereda forma parte - quiéralo o no - de una tradición europea de la novela, una tradición que está compartida por la novela social, de la gran ciudad, y también por esa vertiente menor, pero importante, de la novela rural, y una tradición, además, que arranca desde los años 20 hasta finales del siglo XIX. (Clarke: 2009: 209-210)

A la luz de una pista sugerida por Menéndez Pelayo, el mismo Clarke pensaba que había semejanzas entre *Herman* y *Dorotea* de Goethe, *Evangelina* de Longfellow, *Mireya* de Mistral, y *El sabor de la tierra*, y que, además de los idilios rurales de los clásicos, conocería las obras de Fernán Caballero, *El sombrero de tres picos* de Alarcón y quizá las novelas de George Sand. No hay que descartar que conociera *Mireya* (1859), traducida al catalán en 1864, y al castellano en 1868, y halla sorprendentes afinidades y paralelismos entre esta novela y la de Pereda (Clarke: 1994).

Y Clarke fue estudiando sucesivamente los que hay entre las novelas peredianas y las de Thomas Hardy (1969); los elementos en común con *Ana Karenina* de Tolstoi, *The Return of the Native* de Hardy y *Peñas arriba* (1984); «Pereda's *Pedro Sánchez*; the Dickens connection» (1995); «El tiempo marca el 'tempo': Pereda, Manzoni y la novela metereológica» (2006c); las semejanzas de esta última novela con ciertos aspectos de *Moby Dick*, *I promessi sposi*, y *Bleak House* (2008); las posibles influencias de Manzoni, Daudet y Thomas Hardy, y quizá Paul de Kock (2007); y el paisajismo en *Peñas arriba* (1997b). Pocos meses antes de su fallecimiento el 16 de abril de 2020 Anthony me mostró en Santander un voluminoso manuscrito de la futura monografía en la que recogía y ampliaba sus estudios.



Imagen 70. Alphonse Daudet

Aparte del breve prólogo a *La papallona* de Oller, no sabemos qué más obras conocería Pereda de su aborrecido Zola, un novelista, escribía a Clarín, «que solo me gusta, y aun admiro, a ratos, lo cual ya es muy grave tratándose de un hombre de tanta fama. Después, su especial naturalismo me repugna. Prefiero mil veces a Daudet... y V. perdone» (carta 266).¹⁵³ Laureano Bonet vio «unos veinte títulos» de obras del autor de *Tartarín* en la biblioteca de la casona de Polanco [Bonet: 2006: 514 nota 23.68] y destaca la admiración de Pereda por Daudet y por Mistral (Bonet: 2006: 674 nota 343.40). A estas lecturas se añadirán las de las obras que le enviaban sus autores desde Hispanoamérica y desde España, de las que me ocupo aquí más adelante.

Parecía estar al tanto de las noticias de índole literaria a través de la prensa pues estaría suscrito a los principales periódicos de Madrid, entre ellos a los ultramontanos, y recibía *Madrid Cómico* y *Los Madriles*; entre los catalanes, al menos a *La Veu de Catalunya* y a *La Vanguardia*, y naturalmente, a los de Santander.

¹⁵³ Ver Gutiérrez Sebastián: 2011.

Al comenzar su carrera literaria mostró una modestia que llegaría a ser tan convencional, tan previsible y tan frecuente que más parece ser un recurso defensivo, hijo de la inseguridad y de la desconfianza. Desde aquellas primeras cartas a Laverde, —«los pobres rasguños de mi pluma», «mis pobres recursos literarios»— a Mesonero y a Hartzenbusch, enviándoles las *Escenas montañosas*, —«mi humilde obra», «mi pobre libro»—, escritas con la timidez del principiante, Pereda continuará refiriéndose a «mi pobre ingenio», menospreciando persistentemente sus propias obras — mientras las escribe, y al acabarlas, quizá curándose en salud frente a posibles reseñas negativas, o en espera de que le desmientan sus parciales. Y al aparecer después en las librerías les confía a todos, casi en los mismos términos, lo mala que es la recién publicada novela, «el librejo», que ha sido escrito en las peores condiciones, y lo exhausto física y mentalmente que ha quedado después.

Dice ser «un vulgar aficionado que escribo de vez en cuando algo que desde que nace está condenado a morir bajo el polvo desdeñoso de los que leen cosas mejores» (carta 88), incluso cuando ya es un novelista famoso, asegura que escribe «como entretenimiento agradable de mis ocios de provinciano» (carta 397). Y al enfrentarse a Doña Emilia en la polémica de *Nubes de estío*, afirma que «yo escribo para pasar el rato, lejos de esos casinos y mentideros provincianos», «Soy un oscuro literato de provincias, aldeano de naturaleza y por inclinación» («Las comezones de la Señora Pardo Bazán». *El Imparcial*. 21 febrero 1891) y todavía en 1897 escribía a Antonio Maura desde «las oscuras soledades de mi taller de aficionado» (carta 997). Una imagen defensiva ésta en la que él obviamente no creía y que revelaría temor a la crítica.

Se lamentaba repetidamente con sus corresponsales del desagrado y las molestias que le causaban el hacer la campaña para ser elegido senador, el nombramiento de Mantenedor en los Juegos Florales de Barcelona. o leer el discurso de entrada en la Academia, Pero lo hace, y obviamente con gran gusto, aunque procura siempre dejar claro que es por no defraudar a los amigos, o porque lo considera un honor o un deber que no puede rechazar. Cuando Anatole Théodore Marie Huot, el editor de *L'encyclopédie Contemporaine*, le pidió las notas y documentos necesarios para escribir un artículo biográfico para aquella publicación, le agradeció esta distin-

ción y le remitió su concisa autobiografía. Es una enumeración de hechos carente de comentarios y de crítica, que justificaría su propio juicio de ser una vida «de lo más prosaico e insignificante que V. puede imaginar». Prosaica, sí, pero no insignificante, y de probarlo se encarga él mismo cuando concluye que «Mi obra, larga hoy, la forman 16 volúmenes, tres de ellos de cuadros literarios, sin contar una multitud de artículos de crítica o de polémica, y un tomito de obras dramáticas de escasísima importancia, que no se vende. Se ha escrito mucho de mí en España, en mi concepto, mucho más de lo que merezco, y algo en el extranjero» (carta 837).

LA SALUD

Frecuentes en estas cartas están los temores causados por epidemias tan frecuentes en Europa durante el siglo XIX como las de la viruela, el sarampión y, sobre todo, el cólera, el temido «peregrino del Ganjes», del que sufrieron en su juventud José María y su primo Domingo Cuevas. La de 1885 causaba en España de 500 a 600 víctimas al día, las familias que podían hacerlo se refugiaban en el campo y ocasionaban a la de Pereda intempestivas estancias en Polanco. Otra enfermedad muy difundida entonces fue la tuberculosis, de tan románticos ecos en la literatura y en las artes de aquel siglo, y que causó no pocas víctimas, entre ellas conocidos miembros de las artes y las letras españolas como Josep Yxart, Joan Sardà, Jaime Balmes, Joaquín María Bartrina, Jacinto Verdaguer y Pablo Piferrer.

Afectado por la muerte de su madre en 1853 el joven Pereda estuvo una temporada en Andalucía restableciéndose de un «principio de neurastenia». Sufrió toda su vida de diversos padecimientos, algunos quizá un tanto imaginarios, que han mencionado sus biógrafos, y que sobradamente ilustra su correspondencia. Como era costumbre entonces fue a tomar las aguas en diversos balnearios; a Ontaneda, para «mis habituales padecimientos de la cabeza relacionados íntimamente con el estómago» (carta 28), a Solares para aliviar el reuma en el brazo derecho, que mejoró al cabo de unos días (carta 45), y con cierta frecuencia a Las Caldas. Como escribía Enrique Menéndez, que era médico y le conocía bien:

Durante gran parte de su vida, los nervios y sus extravagantes modalidades patológicas dominaron aquel organismo. Fue durante algunas épocas, y en las demás durante muchos días salteados, un verdadero neurópata a quien su fuerte constitución y pacífica vida libraron de caer en graves crisis de esta índole. No pasaron casi nunca sus males de nervios de aquel punto en que, por cruel que esto sea, suelen hacer reír a las gentes. Describíalos él, por otra parte, con tan cómica gravedad y daba tan graciosos nombres a sus sensaciones, que apenas se encontraba resquicio por donde agradecerle. Así solía decir que el día antes había tenido ‘el pájaro’, o que en aquel momento estaba con ‘la sierra’. (E. Menéndez: 1906: 18)

De especial interés es el capítulo 2 de *Nubes de estío* en el que un caballero con «cara de coronel de reemplazo» [Pereda] y el joven Casallena [Enrique Menéndez] describen y comparan de manera tan pintoresca como aguda sus respectivos achaques nerviosos (Pereda: 1999: 461-483). Sufrió también de lo que se podrían llamar neuralgias: «mis habituales padecimientos de la cabeza relacionados íntimamente con el estómago» (carta 28); «un tenaz constipado a la cabeza, que me agarró hace mes y medio, y aún colea allá dentro con unos ruidos y unos golpeteos que me mortifican y me aburren» (carta 1089). Extenuado por el afán de concluir un libro, estas neuralgias podían ser muy intensas: «Cada batalla de Polanco durante el verano suele costarme por el invierno siguiente una cruz de más o menos peso» (carta 494).

Y tras acabar *Al primer vuelo*, revelaba a Yxart, los dolores neurálgicos y las angustias que le costó terminar la novela (carta 571); contaba a Polo y Peyrolón los dolores que le causaban las «plagas reumáticas y neurálgicas que tenía dormidas» (carta 570), y Huidobro se refería también a «la fiebre» que afectaba a Pereda cuando escribía (Huidobro: 1906: 26).

Con los años fueron en aumento las molestias y los dolorosos ataques de dispepsia, el nombre que daba Pereda a otro achaque que, a juzgar por el diagnóstico de los médicos, la descripción de sus propios síntomas y de los remedios que usaba para combatirle podría resultar de una combinación de ansiedad nerviosa y de agotamiento extremo tras una temporada de trabajo intenso. Narciso Oller, que también la

sufría, fue el confidente de sus angustias gástricas y, en ocasiones, el consejero de sus remedios. Así,

Anteayer, con el papel sobre la carpeta, para escribirle, tuve que suspenderlo por sentir los primeros amagos serios de estos trastornos gástricos que de un tiempo acá me mortifican, y parecen un nuevo aspecto de la dispepsia de antes; son unos vómitos de un líquido igual que la sidra, y aunque ocurran inmediatamente después de comer, no arrojo ni una partícula de lo que haya comido: solamente la *sidra*; pero con una sensación tan angustiosa de todos los músculos o nervios del vientre, que parece que se me va la vida en cada basca. (carta 821)

Una de las muchas cosas que le irritaba cuando estuvo en París era la prohibición de fumar que había en muchos lugares - *Il est défendu de fumer ici*— pues con frecuencia ansiaba echar «una cigarreta». Enrique Menéndez contaba que Pereda era un «terrible fumador» (E. Menéndez: 1906: 20) — también lo fue Galdós - y conocemos la tan nociva influencia del tabaco en sus dolencias gracias a su correspondencia con Oller.

Mi dispepsia, o lo que fuera, cesó casi de repente obedeciendo al medicamento (alcalino) que me dispuso este Dr. Vega. ¡Pero qué días y qué noches pasé, y en qué estado de aniquilamiento me dejó el mal. Ya estoy, a D. g., casi en mis cabales, y también convencido de que no volvería a las andadas si tuviera fuerza de voluntad bastante para no fumar; pero no la tengo (carta 824)

«Celebro en el alma que la dispepsia de V. vaya siendo más dócil que la mía, la cual sería dominada también, a lo que observo, si tuviera yo fuerza de voluntad bastante para no fumar. El cigarro es mi perdición. Lo conozco y no le suprimo. Qué virtud la mía ¿eh?» (carta 869).

Y sigue confesando a Oller que tiene

la casi evidencia de que el abuso del cigarro es lo que me produce estos trastornos y no hallo en mí fuerza de voluntad

bastante para no fumar, ni siquiera para fumar menos de lo que fumo. Y consiste en que cuando me restablezco, me veo tan en mis cabales y tan fuerte de estómago, con un apetito tan grande y con tales fuerzas digestivas, que me parece imposible volver a las andadas. Lo único, que si yo me pusiera a método en el comer y en el fumar, me curaría radicalmente; pero se oponen a ello las necesidades mecánicas de mi estómago y la falta de fuerza de voluntad, si es que no es esta hija de aquellas. (carta 893)

Parece que estos ataques eran cada vez más dolorosos y agudos. La última carta de Oller «me cogió ya preso por la tenaza dura de mis achaques, y preso continuo, sin respirar el aire libre de la calle, y largando sidra cada noche, como si tuviera un lagar en el estómago» (carta 897); «he pasado las de Caín en la cama, volviendo cuanto tomaba, o mejor aún, ácidos o demonios encolerizados a las dos horas de haber tomado cualquier alimento. Desde ayer tarde me levanto, conservo y aprovecho lo que tomo y vivo; pero en un estado de debilidad grandísima» (carta 898). Y le cuenta a su primo Cuevas que los vómitos y la dieta le dejaron en un estado de gran decaimiento pero que ya come regularmente y sale de casa. «Goteras, Mingo, de edificio viejo que cada vez abren mayor boquete» (carta 900). Pero «la plaga me asedia a cada instante, y no me deja un día entero de completa tranquilidad; y yo sin fuerza de voluntad bastante para suprimir el cigarrillo que indudablemente es el principal sostenedor de ella» (carta 906).

No dejaba el tabaco: vicio insuperable el de aquel hombre sin vicios al que muy pocos días antes de la muerte encendía su nuera el cigarro que, «después de larga discusión, se concedía al enfermo» (E. Menéndez: 1906: 39). La detallada relación que hace Montero de la muerte de Pereda (Montero: 1919: 392-399) difiere de la dada aquí por Enrique Menéndez, de la del *Diario Montañés* del 3 de marzo de 1906, recogida por Benito Madariaga en su biografía de *Pereda* (Madariaga: 1991: 40), y la del *El Imparcial* del 3 de marzo de la misma fecha.

LAS MUJERES

Hasta al menos inclinado a las interpretaciones psicoanalíticas le llevaría a pensar que el carácter de su madre y el religioso y austero ambiente familiar influyeron fuertemente sobre José María, el último de los ventidós hijos de aquella matrona que le tuvo a los 45 años. Doña Bárbara se había casado a los 15, leía a los místicos y presencié sus propios funerales. Según su nieto Vicente de Pereda era «alta, fornida, con rostro moreno y poco bello y en el que dominaban los ojos garzos y profundos» (Madariaga: 1991: 44); para Enrique Sánchez Reyes, su influencia se deja sentir en algunos personajes femeninos peredianos, cuyos rasgos recordarían a los de esta señora (Sánchez Reyes: 1933b: 159-169). Su muerte en la primavera de 1855 afectó profundamente al futuro novelista, quien además enfermó del cólera y pasó una temporada en Andalucía para restablecerse («Pedro Sánchez»: 1906: 3-5).

Desde su juventud fue un moralista estricto que dejó bien claro en sus colaboraciones en la prensa local de entonces su manera de sentir. En la poesía «Por si parece» publicada en *La Abeja Montañesa* (12 agosto 1863), entre bromas y veras, buscaba la mujer ideal sin encontrarla, pues

la mujer que es buena,
laboriosa y muy cristiana,
reza, jamás está ociosa...
y sale poco de casa. (Pereda: 2009a: 123-4)

Aquel adolescente que se perecía por asistir a los bailes de la sociedad santanderina «de buen tono», fue después su decidido crítico y en «Fisiología del baile», ofrecía una visión pecaminosa de aquella diversión que revelaba sus angustiados escrúpulos:

Yo he bailado también; pero preguntándome con horror a
cada vuelta:
¿Me casaré yo algún día?
¿Llegaré a tener hijas?
Y si las tengo ¿dejaré que me las bailen? (Pereda: 1989b: 213)

En su larga carta a Eduardo Bustillo desde un París que imaginaba plagado de peligrosas *petites dames* y descocadas bailarinas de can-cán, comentaba que



Imagen 71. Le can-can. Cartel de Toulouse-Lautrec.

En cuanto a los demás bailes, deben verse una vez, muy de prisa, callar la boca y hacer todo lo posible por olvidar lo que se ha visto, si no se ha de confesar que en la raza humana es donde la madre Naturaleza se esmeró en acumular todo lo brutal, todo lo hediondo, todo lo repugnante que pueda concebirse sobre la haz de la Tierra. (carta 17)

En «La mujer del ciego ¿Para quién se afeita?» moralizaba sobre los pretendidos peligros que entraña el comportamiento de la mujer en sociedad, condenaba el lujo y la tendencia de las mujeres a engalanarse para ser admiradas y deseadas por los hombres; y advertía que las faltas que comete la mujer soltera recaen sobre ella pero en la casada lo hacen también sobre su marido (Pereda: 1989b: 275-285).

Cuando iba a casarse dió a Laverde la noticia un tanto escueta de su próxima boda sin mostrar la ilusión y la alegría propias en estos casos.

Parece que el suyo fue un matrimonio feliz; su esposa Diodora tenía los mismos principios y era de su misma clase social, había tomado clases de dibujo de joven, leía las novelas de su marido y conocía a sus amigos del mundo de las letras, tuvieron ocho hijos, hicieron juntos diversos viajes, se escribían con frecuencia cuando él estaba fuera, y la regaló un abanico con las firmas de varios literatos contemporáneos.

No es de extrañar que, de manera más o menos explícita, reaccionara negativamente ante las relaciones afectivas y sexuales de los personajes en los dramas y en las novelas de otros autores y, especialmente en los de Galdós, poco convencionales y, para entonces, escandalosas. Alabó tibiamente *Realidad* pero comentó con Oller su desagrado (carta 698); le gustó sinceramente cómo estaba escrita *La Regenta* aunque dejó bien claro a su admirado Clarín sus *peros* de índole moral: eran «de un efecto repulsivo» las relaciones sexuales del Magistral con las criadas guapas, y que de «tantas mujeres como aparecen en el libro, no haya una sola que tenga vergüenza, contando con que la heroína queda al fin del tomo a pique de perder la suya» (carta 287).

Y con la misma indignación reaccionaba ante algunas obras de Palacio Valdés y de Salvador Rueda, que en alguna ocasión llegó a calificar de «pornográficas». Cuando el marqués de Comillas, la Asociación de Padres de Familia y otras organizaciones católicas encabezaron la ofensiva del catolicismo político contra la proliferación de colecciones de novelas cortas y de revistas del género erótico, Pereda fue uno de los jurados de los concursos literarios de *La Biblioteca Patria*, que pertenecía al Patronato Social de Buenas Lecturas.

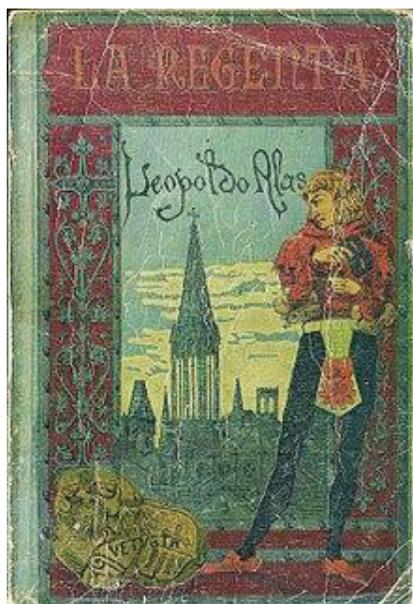


Imagen 72. *La Regenta de Clarín*

En su artículo «Asexuación e ideología en las figuras femeninas de Pereda», Laureano Bonet selecciona los juicios de algunos críticos representativos como son Pardo Bazán, Coloma, Yxart y Sardà sobre los personajes femeninos y los diálogos de amor en la obra perediana, que coinciden en considerarlos como la parte más endeble de su labor de novelista (Bonet: 1975). Menéndez Pelayo añade que incluso los huye, o los trata con frialdad y despego (M. Menéndez Pelayo: 1896).

Son estereotipos como la nueva rica antipática y ostentosa, la basta y hercúlea moza aldeana, la pescadora de rompe y rasga, o las señoritas, sobre las que escribía el jesuita José Manuel Aicardo, que en las obras de Pereda las había «equilibradas, discretas, esculturales, de dientes iguales y apretados, piadosas, etc., etc.; de éstas una es pelinegra y otra pelirrubia; una habla más que otra; una es muy risueña y la otra es más melancólica, pero todas son hermanas gemelas» (Sánchez Reyes: 1933b: 165).

Resultan de la «pétreo autocensura moral» de su autor y Bonet las considera retratos-robot asexuados, abstractos, hasta llegar a veces a la deshumanización, y cuando vienen de la aldea o son gente de mar, hay

una convergencia entre el reaccionarismo antifeminista y el reaccionarismo sociológico (García Castañeda: 2004a: 311-338).

En un elogioso artículo publicado en *La Il·lustració Catalana*, escribía Joan Sardà que, para él, tanto Sotileza, como la Clara de *Pedro Sánchez*, eran «hermosas estatuas, pero al fin estatuas». Y Pereda, que le respetaba como amigo y como crítico, justificó el carácter de la callealtera en una larga carta (carta 323). Siempre mal dispuesto a aceptar críticas negativas de sus obras, escribía a Oller en ocasión de publicarse *La Montálvez*, «Al amigo Sardá, dígame de mi parte que cuento con que en esta ocasión no me dirá que mis mujeres son estatuas de mármol» (carta 416). Para Montesinos, Pereda describía a los hombres muy bien pero temía a las mujeres, ignoraba cómo eran y los personajes femeninos de sus novelas con excepción de Sotileza no tienen carácter, aunque pinta mejor a las de las clases populares y a las de tipo cómico y costumbrista (Montesinos: 1969: 67-90).

Las mujeres eran grandes lectoras de novelas, y en las primeras décadas del XIX proliferó el tipo de «niña romántica» lectora del Vizconde d'Arlincourt y de Walter Scott; George Sand fue muy popular, y en España abundaron las colecciones de novelas y las revistas destinadas a un público lector femenino, como la *Biblioteca de señoritas*, *Biblioteca de tocador*, o *El Museo de las hermosas*. En ocasión de la fundación del Ateneo Científico y Literario de Santander en 1865, Pereda fue el encargado de pronunciar el discurso de apertura en el que transmitió la protesta que había expresado el «bello sexo» local por quedar excluido de los actos del Ateneo cuyos estatutos lo disponían así.

«¿Por qué se nos cierran esas puertas? [...] ¿Duran todavía los tiempos en que la ciencia era patrimonio vuestro? [...] ¿Es que nos consideran incapacitadas por la naturaleza para adquirir una sólida educación literaria? Desde Santa Teresa hasta Fernán Caballero hay un catálogo de mujeres con cuyo talento se honran altamente las letras españolas, prueba evidente de que el bello sexo es susceptible de algo más que de esgrimir la aguja y el abanico. ¿Teméis que por concurrir a estos actos descuidemos las atenciones del hogar doméstico? [...] solo aspiramos a ser instruidas». (Pereda: 2009a: 239-244).

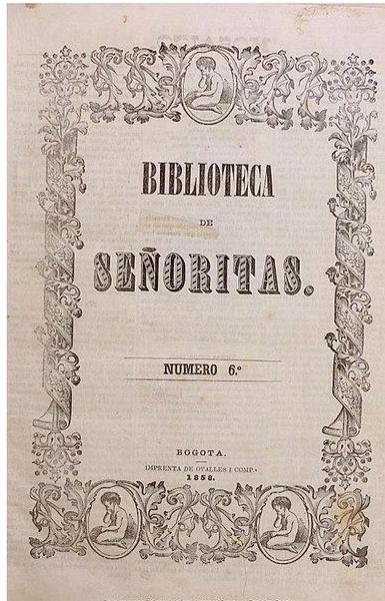


Imagen 73. Biblioteca de Señoritas

Pero el verdadero sentir de Pereda estaba presente en artículos como el dedicado a doña Dolores Gómez de Cádiz, una de aquellas «hijas de Eva» que habían trocado «la aguja y los pucheros de la cocina en péñola y tintero, y los pañales y las papillas de la menuda prole en atrevidas empresas *civilizadoras* y humanitarias»;¹⁵⁴ y el anuncio de un *meeting* de la asociación abolicionista de señoras, bajo la presidencia «de la eminente escritora doña Carolina Coronado», le parecía muy buena idea pero «pierden en ello lastimosamente un tiempo que deben consagrar al dedal y a los pucheros. ¿le utilizan acaso mejor para sus deberes domésticos las que peroran y bracean en los clubs para ilustrar un punto que al cabo han de discutir y resolver los hombres?» («Menudencias». *El Tío Cayetano*. 15 de noviembre de 1868). Y sobre su aborrecida «tarasca» Emilia Pardo Bazán, novelista de éxito, conferenciante, crítica literaria y activista, concluía despectivamente, «¡Mujer al fin!» (carta 384) (García Castañeda: 2020b). Pereda expre-

¹⁵⁴ Dolores Gómez de Cádiz publicó «Meditaciones de la tarde» en *El bello ideal*, publicación quincenal de Madrid, de literatura y modas dedicado a las mujeres. El comentario de Pereda apareció en *La Abeja Montañesa*: «Santander, 22 de octubre de 1861» (Pereda: 2008: 753-756).

saba así lo que era el común sentir de sus contemporáneos. Amós de Escalante iba aún más lejos, pues

Un periódico o un folleto político cerca de una dama elegante y bella es un símbolo terrible, una deformidad, un exceso, un espectáculo nauseabundo e ingrato, como lo sería una asquerosa araña sobre las flores de su tocado o los encajes de su vestido [...] Se convierte muchas veces en una criatura rígida y malintencionada; hasta la frescura y suavidad de su rostro se alteran y marcan sus facciones varoniles arrugas; su voz se engruesa, su mirada se endurece, y los objetos usualmente más femeninos se cambian en otros que pertenecen exclusivamente al sexo áspero y fuerte. (Escalante: 1862)

Aunque «El pecado de la deshonestidad sería, entre los varios que cometo en mi libro, el único pecado que no perdonaría jamás mi conciencia» escribía a Laverde refiriéndose a *El buey suelto*» (carta 137); ya vimos antes que el casto don José no se vio libre de los ataques de otros más moralistas que él que reaccionaron violentamente y advirtieron a los padres de familia que evitaran el que ciertas obras suyas cayeran en manos de sus esposas y de sus hijas. A las mientes vienen las objeciones de Laverde en más de una ocasión, las furibundas reacciones de Amós de Escalante y de Miquel i Badía ante *La Montálvez*, e incluso la sincera confesión que Pereda hace a Clarín de que no dejará *La Regenta* al alcance de su amado Juan Manuel (carta 287).

Comparte con ellos esa idea y aún va más allá pues escribe a Laverde que «las señoritas muy jóvenes, las que llamamos comúnmente ‘nuestras hijas’ no deben leer novelas buenas ni malas, porque la mejor de ellas, o se les cae de las manos por insulsa, o les enseña algo que las abra apetitos de cosas más graves» pero en la misma carta, refiriéndose a *La Montálvez*, le expresa su creencia en el «arte por el arte» porque

la novela, como obra de arte, y dentro, por supuesto, de la moral cristiana, debe volar más alto que lo que alcanza la vista de una jovencuela sin malicias y sin la experiencia del mundo, o, por lo menos, no debe proponerse, como fin exclusivo, deleitar honestamente a las hijas de familia y formar sus corazo-

nes, tarea que es de la incumbencia de sus padres y confesores.
(carta 478)

Una idea que confirmará años después refiriéndose a *La febre d'or*:

Cierto que esa novela no es de las que deben elegirse para deleite de las hijas de familia a que se refieren siempre los críticos de cierto temperamento; pero en ese caso están todas las novelas que no son ñoñas; y si el arte no tuviera otros fines que el entretenimiento honesto de las niñas inocentes, bueno andaría él. (carta 722)

LA FAMILIA

Las noticias relacionadas con su familia, y en especial con sus hijos, están muy presentes en estas cartas, sobre todo en las cruzadas con Narciso Oller, también amante padre de familia. Vicente de Pereda recordaba a su madre con «su estampa de elegancia nativa, alta, delgada, sin canas en sus cabellos negros, de belleza tranquila y con la misma distinción al levantarse de su lecho que al vestirse para una fiesta» y a «Mi padre, con su figura clásica y velazqueña, con su gesto grave y su corazón de oro, daba todos sus bienes por nuestra sencilla felicidad. Pero los dos, por herencia, por concepto, por estructura y por costumbre, eran melancólicos, buscaban una dicha apacible y adornaban su casa con colores oscuros» (V. Pereda: 1942: 33-34).

De los ocho hijos habidos con Diodora, tres, Luis, Fernando y José María fallecieron en edad temprana; hay mención de la muerte de uno de ellos en dos cartas agradeciendo su pésame a Menéndez Pelayo (carta 63) y a Galdós (carta 66).

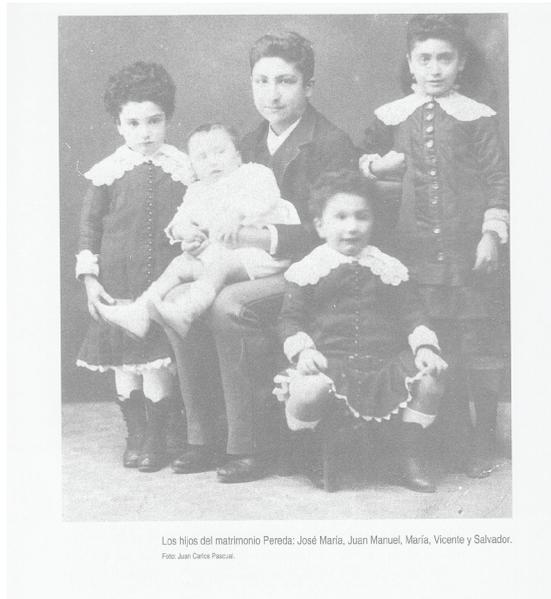
Destaca en su correspondencia el entusiasmo por su primogénito; a fines de febrero de 1870 escribía a Laverde que «desde el día 7 soy padre de un niño muy robusto» (carta 41). Era Juan Manuel, quien un mes después «sigue creciendo asombrosamente y su madre cuidándole. ¡Bendito sea Dios!» (carta 42) y le confiaba sus preocupaciones por la salud del niño (carta 51). En una foto de Juan Carlos Pascual es un adolescente, acompañado de sus hermanos, se parece físicamente a su madre (Madariaga: 1991: 49) y tiene una expresión un tanto melancó-

lica, sin la viveza en la mirada del padre. Pero en la fotografía tomada por Zeno, Juan Manuel es un joven de atractivo aspecto cuyos rasgos recuerdan a los de su padre. Pereda envió esta foto con dedicatoria «A D. Daniel del Río, para recuerdo de una fecha triste, su agradecido amigo / J. M. Pereda / Octº / 93». Don Daniel era entonces el médico de Polanco.¹⁵⁵No me atrevo a afirmar que aquel chico fuera menos inteligente que sus hermanos o que tuviera problemas psicológicos o fisiológicos ya desde pequeño aunque hay indicios que podrían sugerirlo. Don José, tan atento a la mejor educación de sus hijos — los Escolapios de Villacarriedo, los Jesuitas de Deusto, la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid, la Facultad de Derecho en la Universidad de Valladolid - no destina al primogénito a una carrera. Estudió en el Instituto de Santander y, a juzgar por una carta de su padre a don Marcelino, debió ser un apocado estudiante: «Juan Manuel aprobó al fin el año; y aunque temblando de miedo respondió lo necesario, gracias a las consideraciones y miramientos que el tribunal le guardó. Quedo muy agradecido a aquellos señores, y a los amigos que como tú y tu padre, les dispusieron bien el ánimo» (carta 185). En carta a su primo Evaristo, le explica que

el mayor, que levanta tres dedos sobre mí, es ya bachiller en filosofía [...] Pensé darle una carrera literaria, pero mirándolo después mejor, especialmente cuando por la enfermedad de Manuel se vio la necesidad de que alguien continuara mañana con interés e inteligencia los negocios de esa bien montada fábrica, animéle a ello, con gran complacencia suya. (carta 375)

Oller le recordaba como «un jove tan tímida, tan despullat d'ambicions, tan religiós i fins tan extremadament humil» [un joven tan tímido, tan carente de ambición, tan religioso y tan extremadamente humilde] (Oller: 2014: 163-164). Parece haber sido el favorito de su padre o, al menos, el más protegido, y como no siguió estudiando le acompañaba en sus viajes a Madrid y a Barcelona, conoció y trató a sus amigos, que en algunos casos llegaron a serlo suyos y, con traje de etiqueta, que le caía muy bien, asistió a los Juegos Florales.

¹⁵⁵ Mi agradecimiento a Da. María Luz (Tota) Fernández de Calderón por haberme facilitado esta fotografía, y a D. Fernando Vierna por su información sobre la identidad del Dr. del Río.



Los hijos del matrimonio Pereda: José María, Juan Manuel, María, Vicente y Salvador.
Foto: Juan Carlos Pascual.

Imagen 74. Hijos de la familia Pereda
Madariaga (1991: 49)

Como tartamudeaba, don José, pensaba llevarle a un especialista de París, pero cuando éste dio unos cursos en Madrid, el padre y el hijo estuvieron allí una temporada hasta la corrección de aquel defecto. Juan Manuel era bien parecido, simpático, de buen carácter y muy tímido; los sacerdotes amigos y su mismo padre se refirieron repetidamente a él como de carácter «angelical» (carta 844), un adjetivo que para un muchacho de más de 20 años podría significar muchas cosas. Tenía un puesto en *La Rosario*, no sabemos de qué tipo, y parece que los obreros no le respetaban; su timidez, su inseguridad y el temor a no servir para nada le llevaron a la muerte. Conocemos las circunstancias a través de la carta a Oller de Sinforoso Quintanilla, y las de Pereda, quien no se repuso de aquel inesperado golpe y podría decirse que desde entonces comenzó a decaer.

La ausencia del hijo más necesitado de cariño le afectó vivamente y le llevó a obsesiones un tanto fetichistas como la impresión de unos recordatorios con las indulgencias concedidas por todos los obispos de España y la bendición del Nuncio, la cuidadosa construcción de un marco adornado con imágenes de plantas simbólicas para el retrato del

hijo encargado a un pintor, y el hacer fundir un crucifijo con el acero de la infausta escopeta. A partir de aquel suceso es frecuente hallar en la correspondencia con sus allegados referencias al hijo difunto, a la tristeza y «a caer en el abismo negro» que ocupan su ánimo, y que son otra causa de su silencio.

Del segundo, José María, sabemos poco. Era inseparable de Salvador, estudiaron juntos en Villacarriedo y luego en Deusto, e hizo la carrera de Derecho. María Sabina, la tercera de los hijos vivos del matrimonio después de haber perdido anteriormente otros tres de corta edad, nació el 19 de febrero de 1876, y hay frecuentes y cariñosas referencias a ella en estas cartas. Lleva la vida propia de una hija de familia acomodada, y en una carta a Galdós (carta 498) su padre menciona que ha ido a recogerla al colegio, muy posiblemente el de La Enseñanza,¹⁵⁶ el único colegio de monjas de prestigio en el Santander de entonces, donde habría adquirido el indispensable barniz cultural propio de una señorita. Cuando Oller le cuenta orgullosamente los éxitos escolares de la suya, don José le pregunta con divertida sorpresa:

Se que su María¹⁵⁷ ha escrito a la mía, la cual está asombrada del entusiasmo con que esa su amiga lleva la enorme carga de tareas académicas que voluntariamente va echando sobre sí. ¿Pero adónde va a parar ese diablejo? Buena y admirable es esa sed de saber y de valer, pero no hay que descuidar el equilibrio de las fuerzas... (carta 891)

María Pereda se casó en el otoño de 1902 con Enrique Rivero¹⁵⁸ (carta 1286). Tenía entonces 26 años y, al parecer, la relación entre ambos comenzó a raíz de su visita a Andalucía con su padre hacía seis. Fueron a vivir a Jerez, de donde solían ir a Santander a ver a los padres.

¹⁵⁶ El colegio de La Enseñanza, de las religiosas de la Compañía de María, creado en 1852. (Llano Díaz: 2012).

¹⁵⁷ María Oller Rabassa (1875-1937) destacó como dibujante y pintora en la vida cultural barcelonesa del primer tercio del siglo XX.

¹⁵⁸ Enrique Rivero era un joven bodeguero jerezano, a cuya familia pertenecían, y pertenecen ahora, las Bodegas Tradición. Agradezco este dato al profesor Alberto Romero Ferrer.



**Imagen 75. Reunión familiar en Polanco hacia 1905.
De izquierda a derecha: Jesús Revilla, Aurelio Revilla,
José María Huidobro Revilla, Pereda, Diodora, Enrique Rivero,
María, Vicente Pereda y Fernando de la Revilla.**

Madariaga (1991: 52-53)

Conocemos las vicisitudes de la educación de estos hermanos principalmente por las cartas a Oller (carta 365), y también a Clarín, otro padre amante. Como contaba a este último, tras la lectura de *La Regenta* le habría escrito de inmediato a no habersele puesto enfermo aquella misma noche un niño, «que está a caldo limpio y en la cama todavía, aunque fuera de cuidado según parecer del médico. Ya sabrá V. por experiencia propia ¡y dichoso V. si no lo sabe! lo que material, moral e intelectualmente trastorna a una familia entera un acontecimiento así» (carta 287). Otra vez es un ataque de difteria a Salvador cuando tenía ocho años, «llegué a verlo a dos dedos de la muerte», y cuenta la convalecencia del niño a Clarín (carta 367), a Polo (carta 366), a Marcelino (carta 368), y a Galdós (carta 373).

Las extemporáneas idas a Polanco de aquel paterfamilias, siempre alarmista y cuidadoso de su prole dependían de las amenazas de plagas como la viruela, el sarampión o el cólera. «Más de un mes hace que anda por esta ciudad una peste de sarampión que, por término medio,

mata 10 niños cada día» (carta 390). También protagonizó Salvador otro dramático incidente. Una noche a finales de mayo de 1894, el matrimonio recibió un telegrama del rector del colegio de Villacarriedo diciendo que el chico estaba enfermo de cuidado desde el día anterior. Salió el padre desde Santander con su médico a las 10 de la noche y le hallaron muy grave con un amago de peritonitis. Y Pereda relata detalladamente el angustioso viaje de vuelta, los dolores del niño, las angustias y temores, el tratamiento y al fin la superación de la crisis. «[E]ste suceso visto a través de la nube negra que sigue entristeciendo todos nuestros horizontes, nos ha hecho, y aún nos hace pasar, horas muy amargas. Dios nos perdone las impaciencias que no son rebeldías contra sus mandatos y designios» (carta 804). Y en esta misma carta le anuncia que «acometí por la necesidad de defenderme del enemigo de mi negra imaginación, el trabajo mecánico de *remendar* unos capítulos de los primeros de la novela que quedó a más de medio hacer el año pasado», Siguen otras cartas con detalles sobre la mejoría del chico, y todavía habla de ello a Oller a fines de agosto (carta 815).

Pereda dejó Polanco a principios de curso de 1895 para llevar a Pepe y a Salvador al colegio de los jesuitas de Deusto; al parecer, la elección de carrera fue obra suya pues, como escribía a Menéndez Pelayo, «quiero que comience el uno la carrera de Derecho y se prepare el otro para la de Ingeniero de Caminos» (carta 882). Años después, José terminó sin novedad sus estudios, Salvador fue a Madrid, aprobó algunos exámenes, le suspendieron en otros, calificados por su padre de inhumanos (carta 944), perdió interés y dejó la carrera.

El hijo menor, Vicente, al igual que su padre, sufría trastornos nerviosos y tenía aficiones literarias. En Santander tuvo lo que sería un inesperado ataque de depresión y su padre le llevó de inmediato a Madrid a consultar con el afamado Dr. Simarro,¹⁵⁹ de cuya personalidad y pericia profesional hacía Pereda grandes elogios. El caso no era grave y el doctor aconsejó al enfermo distracciones, paseos, el teatro y la lectura de libros amenos pero no la creación literaria ni volver al lugar en el que tuvo el achaque; que permaneciera en

¹⁵⁹ El Dr. Luis Simarro Lacabra (Roma, 1851-Madrid, 1921) fue un neurólogo considerado como el fundador de la Psiquiatría en España. Darwinista, liberal y miembro de la Institución Libre de Enseñanza.

Madrid para irle observando, y que hiciera ejercicio, que se distrajera y comiera con moderación, y nada más. Aunque taciturno, desde que estaba en Madrid salía a la calle con gusto aunque «apenas cesa de llover, y ya se deja sentir bastante el frío», Ortiz de la Torre y Marañón les acompañaban a diario, y el Dr. Simarro, mandaba recuerdos a Enrique (carta 1249).

Teniendo sin duda muy presente el desdichado fin de Juan Manuel, don José confiesa a Quintanilla que «era mucho el peso que he tenido sobre el alma hasta que conocí el dictamen de Simarro». El enfermo mejoraba con rapidez, le acompañaban sus amigos, e iban al teatro y de paseo. Y le agradecía, y a los demás amigos de Santander sus felicitaciones que mostraban «lo mal impresionados que quedasteis ahí los que bien me queréis» (carta 1250), y otras cartas confirman la mejoría (cartas 1252 y 1253). Y ya en casa escribe a Don Narciso que Vicente está en buen camino de restablecerse por completo y estudiando las asignaturas que le faltan para licenciarse en Derecho. «Con dolencias de esta clase y el clavo de ciertos precedentes, no extrañará V. que toda precaución me parezca poca» (carta 1258).

En respuesta a una atribulada carta en la que Oller le revelaba que su hija María sufría de algo semejante a depresión nerviosa, le tranquilizaba pues «esa enfermedad, de tan terrible aspecto no ofrece el menor cuidado por lo que toca a la vida y razón de la pobrecita paciente. Conozco varios casos idénticos en niños de la misma edad de su María y probablemente por la misma causa (carta 617).

Y comentaba a Yxart que en aquella carta «andaban pedazos de un corazón ulcerado con motivo de la repentina enfermedad histérica de su pobre hija» (carta 619). Y en el otoño le congratula al saber que María está «totalmente curada» (carta 640). Como la hija de Pereda y la de Oller llevaban el mismo nombre, don José inventó bromeando el «Tratado de las dos Marías», según el cual se visitarían la una a la otra y por ello insiste en que la María catalana venga con su padre a pasar unos días en Santander, y pinta las delicias de la ciudad en verano (carta 697).

EL HOMBRE DE NEGOCIOS

Juan Agapito, el hermano mayor, había vuelto de Cuba con una regular fortuna con la que restableció la prosperidad de la familia. José María, el más joven, no siguió una carrera pero tuvo gran capacidad para los negocios; sus principios de escritor coinciden con los de la apertura de *La Rosario*, la empresa familiar de perfumes y jabones; y para asuntos relacionados con ella parece haber ido a París unos meses, pues en su correspondencia con Mesonero y con Laverde deja bien claro que no fue un viaje de recreo. Desde entonces su dedicación a las letras correrá paralela a su atención a la de los negocios, y en estas cartas hay diversas menciones de *La Rosario* como en ocasión de un incendio o de la presentación de sus productos en la Exposición Universal de Barcelona, en la que gracias a sus gestiones obtuvo una Medalla de Oro. Al fallecer su hermano y su cuñado, se encargó de la gerencia de la empresa. Cuando en enero de 1875 se constituyó el nuevo Banco de Santander,¹⁶⁰ entre los propietarios y comerciantes que serían los futuros accionistas, estaba «José María de Pereda, Sánchez de Porrúa, casado, mayor de treinta años, propietario, empadronado según cédula número ochocientos setenta y dos» (Jado Canales: 1957: 623). Con el tiempo formó parte del Consejo de Administración, en más de una ocasión fue su Presidente, y todavía en 1903 se ocupaba en gestionar asuntos del Banco con el entonces Ministro de Hacienda, Raimundo Fernández Villaverde. Era accionista y del Consejo de Administración de varias empresas y en estas cartas hay referencias a la de Altos Hornos y a la de Nueva Montaña (carta 1178); en enero de 1900 Antonio Quesada, su apoderado en Cuba le remitía los dividendos de su participación en una empresa de ferrocarriles en Cuba, y la venta de unas acciones (carta 1143) y en 1903 acusaba recibo a León Medina de la liquidación de unas acciones en la Habana (carta 1308). Es significativo que tras su ingreso en la Real Academia recibiese una felicitación de la Liga de Contribuyentes de Santander, que agradeció con una carta abierta en *La Atalaya* (carta 993). Esta es una correspondencia mantenida prin-

¹⁶⁰ El primer Banco de Santander fue un banco de emisión (1857) pero cuando en 1874 una nueva disposición del gobierno autorizó tan solo al Banco de España a emitir billetes, los consejeros del de Santander decidieron disolver la sociedad y crear un nuevo Banco.

cialmente entre gente de letras en la que no hay interés por mencionar las actividades de Pereda como hombre de negocios y empresario excepto cuando hubo un incendio en *La Rosario* un par de veces o se presentaron sus productos en la Exposición Internacional de Barcelona; no llegan a media docena las cartas relacionadas con sus gestiones con el Banco de Santander, ni con otras empresas a cuyos consejos de administración pertenecía. Sin embargo, es fácil imaginar que Pereda fue un hombre tan ocupado como activo.

Aunque era generoso y desprendido apreciaba tanto el valor del dinero que estaba muy atento al precio de sus adquisiciones, por pequeñas que fueran, y siempre inclinado al regateo, según las cartas cruzadas con Yxart que muestran el tira y afloja sobre las condiciones económicas de publicación de *Al primer vuelo*, la construcción del cuadro y la de la cruz conmemorativos de la muerte del hijo, el regalo de boda a Fernández de Velasco, y las relacionadas con los encargos en Barcelona de ropa, cortinas, azulejos y muebles para su casa, y aun con los encargos en Madrid a Ortiz de la Torre. Todo ello, sin olvidar las tan repetidas y orgullosas menciones del número de ejemplares vendidos de cada una de sus novelas.

En el número extraordinario de *El Diario Montañés* dedicado a Pereda, contribuyó Evaristo Rodríguez de Bedia con un curioso artículo en el que destacaba la gran labor del autor de *Sotileza* en defensa de los intereses del Banco de Santander y al frente de *La Rosario* pero insistía en que «el espíritu fino y delicado de Pereda, su imaginación viva, su inquieta idiosincrasia no podían avenirse con las arideces y sequedades de la vida del negociante. Si participación en negocios tuvo, fue solo *per accidens*, debido a especiales circunstancias.» Y concluía, en contra de la evidencia, que Pereda no fue «negociante, mercader ni industrial práctico aunque bien pudo haberlo sido», como si tales actividades fueran deshonrosas (Rodríguez de Bedia: 1906: 26).

RECOMENDACIONES Y FAVORES

Los lectores de *Pedro Sánchez*, de *Miau* y de tantas otras novelas del XIX recordarán el sinuoso mundo entre bastidores de la administración pública cuando los frecuentes cambios políticos apa-

rejaban los consiguientes cambios de personal que afectaban a la subsistencia de tantos españoles. La empleomanía creó un mundo de pretendientes y de cesantes que trataban de conseguir un puesto o de aferrarse al que tenían gracias a las recomendaciones de sus amigos. Recomendaciones que eran imprescindibles para el funcionamiento de una sociedad que a todos los niveles dependía tanto de las amistades y del caciquismo.

En una época en la que la literatura y el periodismo abrían camino a la carrera política, Marcelino Menéndez Pelayo era el joven genio católico, académico, diputado y con grandes relaciones en el mundo de la alta sociedad y de la política; Benito Pérez Galdós, el novelista liberal de gran prestigio y renombre, académico y diputado; y José María de Pereda, el laureado autor de *Sotileza*, rico por su casa, empresario, del Consejo de Administración del Banco de Santander, y antiguo diputado carlista, era además el «Don Pepito» de Polanco, cacique, no sabemos si *malgré lui*, de aquel pueblo. Todos gente influyente, en especial Menéndez Pelayo; no es de extrañar que tales personajes, tan bien relacionados con los diversos estamentos y partidos políticos de aquella España, usaran de sus relaciones para ayudar a sus amigos o que, a su vez, fueran usados por ellos. El presente epistolario abunda en cartas con las peticiones más diversas, de las que doy algún ejemplo.

Los harineros santanderinos habían dirigido una instancia al todopoderoso Cánovas del Castillo, entonces Primer Ministro, quejándose de los perjuicios que causaba el trato favorable dado a las harinas norteamericanas en el comercio con nuestras Antillas, y rogaban a Pereda que pidiera a Menéndez Pelayo su intercesión para revocarlo con Cánovas o con el Presidente del Congreso Alejandro Pidal y Mon. Y Pereda destacaba que era un asunto de vital interés «para esta plaza mercantil» (carta 243).

Su hijo menor, Vicente, se estaba educando en casa bajo la dirección del sacerdote don Eduardo Rodrigo, quien solicitaba la cátedra que interinamente desempeñaba en la Escuela Normal de Santander, y con este fin, don José escribió a Marcelino para que apoyara tal pretensión (carta 288). Hecha la solicitud por aquel señor, recomendada «a don Aureliano» [Fernández Guerra, escritor, amigo y Director entonces de Instrucción Pública], surgió la dificultad de que según la ley vigente, correspondía hacer la propuesta de cátedra al Rector de Valladolid, quien se inclinaba a favor de otro candidato:

¿no podríamos conseguir, teniendo en cuenta la excelente hoja de méritos de mi recomendado, que el Sr. don Aureliano hiciese conocer a dicho Rector sus deseos de que recayese la propuesta en don Eduardo Rodrigo»? [...] El caso urge ya, porque los documentos salen de aquí mañana, y el Sr. Rector hará la propuesta inmediatamente. (carta 284)

No hay que decir que don Eduardo Rodrigo consiguió la plaza, «que era lo que se pretendía» (carta 277).

En otra ocasión Pereda pide a don Marcelino que consiga que Pidal influya en el ministerio de Fomento para que den una plaza de corredor de número en Barcelona a Ramón Torriente, santanderino y amigo de ambos, quien está en mala situación económica. «Aunque reniegues de mí, aunque me llames perro-judío te suplico que hagas la obra de caridad de no dejar en paz a Pidal hasta que te conceda ese favor» (carta 259). Y en otra ocasión le escribía que el P. Coloma le pedía «encarecidamente el favor de que te recomendara con empeño a don Ángel Ordaz, concurrente a la oposición a cátedras de Latín y Castellano, de cuyo tribunal eres presidente» (carta 452).

A principios de 1885 le preguntaba de nuevo en qué estado se hallaban las gestiones en Obras Públicas sobre la inclusión en el plan general de carreteras de la vecinal construida desde la de Santander a Valladolid en el sitio de Requejada hasta el barrio de la Iglesia de Polanco, con obligación de continuarla hasta la estación de Torrelavega con las de Asturias y la Cavada «pues ha llegado ya el caso de desplegar todas las fuerzas para dar la batalla decisiva» (carta 284). También escribió en repetidas ocasiones, de manera tan cortés como insistente, al académico Mariano Catalina, director interino de Obras Públicas, y amigo aunque no íntimo suyo (carta 322). Y sobre el mismo asunto lo hacía también a Galdós para que influyera sobre la resolución favorable del expediente en Gobernación de aquella carretera (cartas 377 y 379); e insistía, «dígame ¿cómo está de influencia en el actual Fomento con estos liberalones imperantes?» (carta 387).

Un triunfo fue conseguir la resolución favorable a Polanco del pleito contra la Compañía de los ferrocarriles del Norte, a la que obligaba la Real Orden del Ministerio de Fomento, a construir un ramal desde la estación de Torrelavega al puerto de Requejada. Pereda había encargado de la gestión a Antonio Maura, muy amigo suyo,

a quien escribió agradeciéndoselo y felicitándole. «Este milagro ha sido indudablemente obra del bien ganado prestigio, de la pericia y de la elocuencia de V». Con esta resolución ganarían mucho «aquel mísero pueblo» y la justicia «en los tiempos que corren, tiempos de componendas, de apaños y de compadrazgos, aun en los asuntos más triviales» (carta 672).

Logró también que se reparase la iglesia de Polanco con ayuda de don Marcelino y del político Fernando Cos-Gayón (cartas 670 y 709), una gestión que también fue despachada «como se pedía». Sus gestiones se extendían hasta a los polanquinos más humildes, como aquel Restituto Ymaz Polanco para quien obtuvo la credencial de peón caminero (carta 1106), y un Fermín de la Riva Palacios, también de Polanco, para el que pedía otra plaza de lo mismo. Y confiaba a Mariano Catalina que «al ver V. estas letras mías, le salta la sospecha de que ha de tratarse en ellas de un peón caminero, porque, de un tiempo acá, parece que no hemos nacido los dos más que para eso, es la pura verdad, que no voy a tratar de otra cosa. Compadézcame y perdone» (carta 1116). Francisco Rivas Moreno escribía que don José María fue «un carlista *enragé* que no siempre podía dominar sus vehemencias políticas», y que costeaba el desayuno y la ropa de los niños de familias pobres que asistían a la escuela de Polanco (Rivas Moreno: 1917).

Pero en ocasiones, el trato con la gente de aquel pueblo no fue fácil ni las gestiones apreciadas; tuvo pleitos y disgustos y más de una vez se vio en situaciones que recuerdan algunas de las de sus relatos aldeanos. Este sería el caso del pleito del ayuntamiento de Polanco con Pedro Díaz por el allanamiento de la presa de un molino, del que no tengo más datos que los muy escasos que dan estas cartas (cartas 383 y 392).

Otro pleito fue con el ayuntamiento de Polanco. Aunque la primera carta que conozco es de agosto de 1895 parece que su origen era anterior y la última es de principios de julio de 1900, en la que Pereda anuncia a Quintanilla que el asunto se ha resuelto favorablemente en el Ministerio de Gobernación. Como desconozco las causas, y las noticias que dan estas cartas son fragmentarias, me remito a ellas; no aclaran cuáles fueron tales causas pero revelan el extraordinario disgusto de Pereda pues entraban en ello, además del cariño por su pueblo, su amor propio y la desilusión causada por un acto generoso pagado por sus paisanos con la ingratitud.

Al parecer había sido una intriga de aldea, y durante sus estancias en Madrid encomendaba las gestiones en Santander a Quintanilla, a quien escribía: «De todo este tejemaneje, revuelto por un majadero presuntuoso, desleal y canalla, va a resultar al fin, si no ha resultado ya, uno de los impulsos más desinteresados y nobles de mi vida, convertido en una triquiñuela de cacique de 4ª. Clase» (carta 880); y en términos semejantes comentaba indignado a Angel de los Ríos: «El cisma en que tiene metidas a aquellas rústicas gentes la estupidez de un tabernero presuntuoso, días hace procesado con todos los concejales por él presididos [...] aquel majadero que ha deshecho en pocas horas mi labor de muchos años» (carta 923).

El caso irritó profundamente a Pereda quien en sus viajes a Madrid le gestionaba activamente en el ministerio de Gobernación. «Entretanto» - escribía a Quintanilla en Santander - «acércate al Gobernador y dile que apriete él al juez por cuantos medios tenga a sus alcances» (cartas 933 y 937). Pereda, influyente y muy bien relacionado, acudía al Congreso donde estaban «todos los resortes que hay que mover para el pronto despacho» (cartas 940 y 943), consiguió que el Consejo de Estado propusiera que el caso pasara a los tribunales, «y allá irá el expediente íntegro en cuanto firme el Ministro. Esto era lo que se pedía, y cree que bastará «para mover la desvergonzada atonía de ese juez». A principios de mayo de 1896 volvía al Congreso pues «¿Cómo has podido dudar que este asunto no me preocupe por encima de todo lo demás, cuando hasta se me hace imposible la residencia en Polanco mientras dure aquel estado de cosas?» (carta 944). Y demoraba la vuelta a Santander en espera del dictamen del ministerio de Gobernación y de que la Real Orden se publicara antes de su marcha (carta 945). Y en junio de 1896, «Al fin logré que me complacieran en mi empeño» pues se despacharon favorablemente los trámites (carta 946).

No sé si quedarían secuelas o si se trata de un asunto diverso pues en la carta 995 Pereda se muestra muy optimista con el resultado de las negociaciones, pedía a Quintanilla que se entrevistara con el Gobernador en lo referente a otras gestiones con el Ayuntamiento de Polanco, y se excusaba con él: «Y basta de estas cosas que, por hallarse el negocio a punto de caramelo, vuelvo a sacarlas a relucir y a mortificarte con ellas» (carta 1175).

Imagino que debido al prestigio que gozaba don Pepito, tan achacoso en 1902 pero tan alerta y hombre de negocios como siempre,

hubo de encargarse de liquidar parte de una testamentaría que afectaba a unos polanquinos. Un tal don Mateo Gener había fallecido en Guatemala, y en su testamento dejaba a unos sobrinos de Polanco unos fondos en aquel país, y de las gestiones allí se ocupaba un don Valentín Rivero (carta 1266). Aunque este asunto, es tan secundario en la vida del novelista, que apenas merecería mención, me detengo brevemente en él pues las cartas cruzadas entre Rivero y Pereda ilustran, por un lado, el interés por sus coterráneos y, por otro, uno de tantos casos de cuquería y desconfianza aldeanas que relataron los costumbristas montañeses. Pedro Rodil, vecino del Puerto de Santa María y viudo de una sobrina del difunto don Mateo, había escrito más de una vez a Pereda preguntándole cosas de las que ya estaba muy al tanto, se vio con él en Polanco y «anda en continuo acecho por si logra arrancarnos alguna palabra que le de motivo para entablar una reclamación judicialmente pues nunca faltan malos consejeros ni abogados sin pleitos ni vergüenza». A las asechanzas, mala intención y recelos de aquellos polanquinos respondía la cautela del experimentado don Pepito; cuando don Valentín Rivero llegó a Europa presentó detalladas cuentas a Pereda quien le pidió que se las presentara él a los sobrinos pues «De pagarles yo aquí les considero capaces de creer que es invención mía lo del quebranto para quedarme con el resto [...] Con esta gente ineducada y recelosa toda precaución es poca» (carta 1266).

Me consta que no me han llevado ya a los tribunales los dos sobrinos de Polanco imbuidos por villanos consejeros, por un milagro de Dios. Y eso que están enterados de todo y conocen el testamento que yo les leí en cuanto llegó a mis manos. Pero la ignorancia y mala fe de estos campesinos se presta fácilmente a eso y a mucho más. (carta 1284)

Al final, la sobrina de Polanco vino con su yerno, y no quiso recibir los pesos de Guatemala porque le parecían pocos, y Pereda tuvo que despedirla, «no pudiendo reducir aquella cabeza sin seso». (carta 1317).

Desengañado, escribía en 1889 que «A recibir ingratitudes en pago de beneficios, estoy muy acostumbrado, y ya no me duele pero le confieso a V. que la gracia en que se ha dado últimamente ahí de

devolverme agravios por favores es superior a las fuerzas de mi abnegación y estoy resuelto a evitarlo, y lo evitaré» (carta 542). Pero no fue así, y hasta el fin de sus días continuó desviviéndose por su pueblo.

Escribía «Pedro Sánchez» que

nadie puede imaginarse cuánto le dañaron y cuánto le amargaron la vida las deslealtades, las ingratitudes y la inconcebible torpeza de algunas gentes de levita, que aun habiendo leído todas sus obras no alcanzaban a comprender *por qué* se desvivía tanto por la subasta de una carretera a Torrelavega, la restauración de la iglesia de Polanco, el fomento del vivero de la Requejada o la terminación del puente de Barreda, un señor tan rico y tan ilustre, que no *caciqueaba* nunca y se empeñaba sin embargo en librar de quintas a todos sus ahijados o a alcanzarles un empleo. [...] tantos y tantos obstáculos como encontró Pereda en su *obra* de parte de los mismos a quienes trataba de favorecer o le debían los calzones. («Pedro Sánchez»: 1906: 25)

Tanto en hacer favores como en recibirlos, José María de Pereda llevó a límites extremos la devoción de la amistad. Siempre dispuesto a ayudar a sus amigos, encabezó el grupo que solicitó y consiguió el indulto de don Angel de los Ríos; buscó y obtuvo empleos para José María Quintanilla y para Alfonso Ortiz de la Torre, intervino eficazmente con Emilio Thuillier para que se estrenara en Madrid una comedia de Enrique Menéndez, y en que se publicaran unas novelas suyas. Y se ocupó celosamente de dar a conocer las obras de Narciso Oller entre los escritores castellanos, y de relacionar a unos amigos con otros.

En cambio les abrumó con encargos, muchos de ellos engorrosos, y con otras impertinencias sin tener en cuenta las molestias y la pérdida de tiempo que les suponía, sin que ellos dejaran de complacerle. Así, aparte de pedirles con descarada insistencia que reseñaran sus obras, en determinados periódicos y pronto, e insinuando que lo hicieran positivamente, enviaba a Marañón, «el cónsul de Polanco en Madrid», sus manuscritos para que se entendiese con la imprenta, y con la prensa, Y al pacientísimo Oller para que repetidamente distribuyera cinco, diez y hasta veinte ejemplares de sus libros entre los amigos catalanes, que le escogiese y comprase muebles en Barcelona

y se los enviase a Santander, y otros mil recados. Tampoco se libraba Galdós de encargos tan engorrosos como el de esta carta:

Mi querido D. Benito: Ayer le devolví a V. por el mismo conductor que las había traído la víspera las muestras de telas. La elegida fué una de estilo persa que iba separada de las otras y envuelta en un periódico, como se lo decía en una esquila que acompañaba al envoltorio, añadiéndole que hoy, después de preguntárselo al tapicero, diría a V. el número fijo de metros que se necesitaban. Cumpliendo esa promesa le digo que se necesitan 44; y cuentan, por supuesto, estas Sras, con que el comerciante hará alguna rebaja de consideración en las 15 pesetas que ha pedido por cada metro. Trabaje V., pues, un poco la partida en este sentido, y si no consigue nada, entre con las 15 pesetas. (carta 761)

Y en diversas ocasiones encargó a Ortiz de la Torre de hacer en Madrid diversas compras y gestiones.

PARTICIPACIÓN EN LA VIDA PÚBLICA. POLÉMICAS

A Pereda le gustó siempre ver su nombre en letras de molde, y estar presente en la vida pública, y los volúmenes IX, X y XI de sus *Obras Completas* dedicados a «Miscelánea», (2008-2009) recogen comunicados, cartas abiertas y gacetillas en los que se dio a conocer desde los tiempos de *La Abeja Montañesa* como un polemista que alzaba la voz cuando la opinión pública y la prensa no osaban hacerlo, que confirman su espíritu cívico y su interés por Santander (García Castañeda: 2004a: 273- 291).

Desde entonces reveló carácter combativo, afición a la polémica y aguda vena satírica. Lo hizo con valentía, y con frecuencia en un tono irónico y burlón. Despertó antipatías y tuvo enemigos dolidos de sus críticas. Entre otras polémicas e intervenciones en la prensa, destaco algunas de carácter muy diverso. Así, las relacionadas con el teatro que mantuvo en su época juvenil de colaborador y crítico teatral de *La Abeja Montañesa*, en las que son frecuentes los enfrentamientos con empresarios y actores, cantantes y músicos; los enconados artículos

políticos publicados en el segundo *Tío Cayetano* contra los hombres de la Septembrina; el retrato de «Un sabio» en *Tipos trashumantes*, que provocó una polémica en la prensa con el periodista y político liberal Angel Gavica, en la que intervino también Menéndez Pelayo, de la que me he ocupado anteriormente; y el cruce de hojas volanderas entre Pereda y su gran amigo de juventud y ahora execrado enemigo político Federico de la Vega (Pereda: 2009b: 325-358).

Y de carácter literario pero a la vez indudablemente personales fueron los enfrentamientos, incluso de viva voz, que durante muchos años mantuvo Pereda con Amós de Escalante y, a raíz de la publicación de *Nubes de estío*, con su aborrecida Pardo Bazán. Y a su pesar, tuvo otros motivados por la pretendida inmoralidad que vieron en *La Montálvez* Amós de Escalante y Miquel i Badia.

También le llevó a la polémica la defensa de su ciudad. Cuando unos empresarios pretendieron construir un teatro monumental con tiendas en la planta baja en la bella plaza de Velarde, lo que privaría a Santander de una zona verde y de una hermosa vista de la bahía, y ni el Ayuntamiento ni la prensa reaccionaron «ante el escándalo de la proposición», alzó su voz en *El Aviso*. Interpretaba el parecer de un grupo de ciudadanos para oponerse al proyecto en nombre de la belleza y el bienestar de Santander. Hubo un cruce de cartas abiertas en la prensa local aunque solo conocemos las de Pereda, que son extensas y razonadas, contundentes y burlonas, y que revelan al estilista avezado a la disputa, con las que demostró que el proyecto no era más que una especulación comercial. Y acabó con él (Pereda: 2009b: 346-349, 349-352, 353-357 y 358-359).

Denunció de nuevo en la prensa la decisión del Ayuntamiento de cortar los grandes árboles que hermozeaban la Alameda para levantar en su lugar un hacinamiento de casas baratas y privar así a la ciudad de una considerable zona verde. Pereda había jugado en aquella Alameda de niño, y su extensa carta abierta abunda en bellos pasajes evocadores, que podrían haber formado parte de otro artículo semejante a los de «Reminiscencias». También se conserva un borrador incompleto y sin fecha en el que con tono y argumentos semejantes interpela al Ayuntamiento sobre otra tala de árboles (Pereda: 2009b: 338-345 y 628-629).

Un crimen cometido en el penal de Santoña conmovió a la opinión santanderina. El preso Juan Oller, a quien aterrorizaba y

atormentaba un matón, llevado de la desesperación, le mató una noche a puñaladas. Fue condenado por la Audiencia de Santander a morir en garrote vil porque no se pudo probar que obró llevado de un *miedo insuperable*, a pesar de la defensa, de los jurados y de la opinión pública. Pereda asistió al juicio oral y considerando que aquella era una causa justa intervino en la prensa en defensa del reo. El tono con el que solicitaba librarle de la muerte era respetuoso y compasivo, y en el mismo tono le contestó el conocido jurista y escritor Justo Colongues Klimt, cruzándose entre ellos unas cartas en las que de manera cortés y amistosa defendían sus propios puntos de vista (Pereda: 2009b: 427-432).¹⁶¹

Y en ocasión de un galernazo que hizo naufragar muchas embarcaciones y causó numerosas víctimas, volvió a salir Pereda en defensa de una causa justa. El 28 de abril de 1890 el capitán de la marina mercante Fernando Gutiérrez Cueto salió heroicamente a la mar en el gánguil *San Emeterio*, y con peligro de su vida recogió a los tripulantes de una lancha y un vapor. Pero el informe oficial de la Comandancia de Marina falseó la verdad de los hechos al omitir el comportamiento heroico del capitán. *El Atlántico* del 17 de septiembre de 1890 publicó en primera plana el editorial titulado «Galernazo», en el que denunciaba el informe oficial de la Junta de Salvamento de Náufragos de Santander que contradecía otros informes anteriores sobre aquella galerna, al que seguían una carta de Pereda en la que salía en defensa de su amigo y satirizaba a las autoridades firmantes de aquel mentiroso informe (carta 572)(Pereda: 2009b: 432-434).

Además de su prestigio nacional como novelista Pereda también tuvo en su patria chica el de ser avezado polemista, presente desde mediados del siglo en las páginas de la prensa local. Como hemos visto, sus motivaciones fueron varias y casi siempre tuvieron carácter personal. Debió ser respetado y aun temido como adversario pues le gustaba polemizar, escribía con fluidez, con elegancia y con gracia. Su admirador José Montero escribía que «A pesar de la nobleza de su perfil, la gravedad del gesto y la fijeza de su mirada hacían ser la cara de Pereda de las que el vulgo llama de *pocos amigos*. Tenía además fama

¹⁶¹ Este crimen dio lugar a la publicación en *El Atlántico* de 1890 a «Dura lex» por «Z» [José Zumelzu] (12 de abril); «Gacetilla. Por piedad» por «Pedro Sánchez» (13 de abril); «Por lo que valga» por José María de Pereda (16 de abril), «Por lo que valga» de Justo Colongues Klimt (17 de abril).

de ser hurafío y aun de caer frecuentemente en el pecado de altivez» (Montero: 1919: 11).

VIAJES Y PAISAJES

Pereda mostró siempre moderado interés, y más aun, indiferencia, condescendencia o desdén por todo lo que consideraba ajeno a su propio mundo. Al aclamado costumbrista montañés no le interesaban otras costumbres que no fueran las suyas, y reaccionaba como un involuntario turista obligado a ver cosas que le aburrían pero que sufría obligado por su buena crianza.

Una de las contradicciones que se advierten en él sería la de su aprecio por Santander. Cuando está fuera, sus cartas rebosan la nostalgia de volver «al rinconuco de mi casa» (carta 938), no sé si refiriéndose a la de Santander, o a la más entrañable de Polanco. Paradójicamente, la ciudad que pinta a lo largo de los años no resulta atractiva: «el género de vida que aquí se hace de ordinario y la atmósfera antiliteraria que nos rodea en la *plaza*, no son lo más a propósito para perseverar en arduos planes literarios» (carta 21); «el calor, las angosturas, el ruido, las visitas y tantas plagas como aquí le agobian a uno en verano» (carta 140); «el carácter de esta gente tan poco dada a ilustrarse como a gastar el vil ochavo» (carta 175); «estas gentes frías y apáticas de suyo» (carta 306); «¡Si V. supiera qué fuerza de voluntad se necesita para conservar un poco de afición a la amena literatura en pueblos mercantiles como éste!» (carta 228); «esta población metódica e inconvencional» (carta 305); «la falta de estímulo y de contagios literarios en esta región de España, en que no se respira otro ambiente que el del dinero, ni se siente otra sed que la del negocio, fácilmente se explica esta desilusión y esta holganza en que he caído» (carta 1161).

Y ya a principios del nuevo siglo escribía a un corresponsal que «Tocante a las [*palabra ileg., tach*] publicaciones más importantes de esta comarca, por las cuales me pregunta V., siento decirle que de verdadera importancia no hay ninguna. Existen algunos periódicos diarios en esta capital que circulan bastante por la provincia y muy poco fuera de ella. Los principales son tres. *La Atalaya*, *El Cantábrico* y *El Boletín de Comercio*. Hay también una librería de algún movi-

miento, llamada Librería General de los Sres. Meléndez y Baldor... y nada más» (carta 1262).

Pero en Santander tiene su casa, sus amigos desde la infancia, las tertulias que preside como un oráculo, y una prensa encomiástica. Donde quiera que esté escribe largas cartas añorante siempre, ocupándose en asuntos locales, pidiendo noticias y dando las suyas para que Quintanilla las haga conocer en la prensa de su ciudad, tan presente en sus momentos de triunfo como en los tristes.

Como sabemos, tenía 31 años cuando fue a París a ocuparse «con negocios nada placenteros por su índole industrial», sin especificar más. Salió de Santander el 20 de diciembre de 1864 (carta 16) y estaba de vuelta el 16 de marzo del mismo año, es decir, dos meses corridos. En su extensa carta a Eduardo Bustillo (carta 17), escrita un mes después de llegar, tampoco menciona el propósito de su viaje ni en el prólogo a *Mesa revuelta* de Federico de la Vega.¹⁶² Según «Pedro Sánchez», «allá permaneció unos cuantos meses devorando novelas, paseando mucho por los bulevares y asistiendo a todas las funciones teatrales de «gran espectáculo» («Pedro Sánchez: 1906: 5-6) aunque es de imaginar que su austera familia no le enviaría tanto tiempo a París para hacer turismo.¹⁶³ A su llegada a Madrid en el otoño de 1864 fue publicando Eduardo Bustillo en *La Abeja Montañesa* seis cartas abiertas a Pereda en París en las que le ponía al tanto de las nuevas publicaciones, los estrenos teatrales y las modas en España pues Pereda recibía durante este viaje *La Abeja Montañesa* y los periódicos de

¹⁶² «Hace algunos meses tuve ocasión de dar un abrazo en París al autor de este libro, abrazo tan apretado y cordial como se le pueden dar dos antiguos amigos que se quieren mucho y que no se han visto en algunos años». (Pereda: 1865: xiii). Vega residía allí desde 1860.

¹⁶³ El presbítero montañés Simón del Campo Gutiérrez hizo un viaje entre agosto y octubre de 1864 por varios países de Europa, del que, a instancias de Pereda relató sus experiencias en *La Abeja Montañesa*. Era buen observador, le interesaban la vida y costumbres de otros pueblos y tenía un espíritu bastante imparcial y abierto. Para él, París era la «Babilonia de Europa; París, ilusión de quien no le ha visto, sepulcro de bolsillos, corrupción de corazones de 18 años, asilo de todos los vicios, manto de oro de toda podredumbre, Siberia del espíritu» pero a la vez, «gran asilo de las Artes, inmenso gimnasio de las ciencias, propaganda incesante de los conocimientos humanos, ardiente arena donde lucha la verdad con el error, el vicio con la virtud, el mal con el bien». (Campo Gutiérrez: 1864).

Madrid. Seguían siendo amigos íntimos - «Querido Pepe», «¡Pepe del alma!» - aunque con el tiempo, sin perder la amistad, pasarían a tratarse de V. Este le respondió con una extensa epístola (carta 17),¹⁶⁴ que es la única información conocida de sus experiencias parisinas, y que merece detenerse en ella pues revela diversos aspectos de su carácter y reacciones ante lo que vió en aquella ciudad. Parece que hablaba francés lo que le permitiría solventar los asuntos que le llevaron allí, ir al teatro, leer libros y oír conferencias.

Al cabo de un mes escaso de estar en París pintaba un cuadro desolador del estado moral de sus habitantes. Circula

ese infinito enjambre de *petites dames* que, envueltas en sedas y plumajes, subastan sus encantos en calles y cafés; las que pueblan los bailes públicos y entre los salvajes movimientos del cancán más parecen bestias de lascivia que seres de la misma especie que las mujeres honradas; los entes que, con figura de hombre y de hombre joven civilizado, las siguen en tan repugnante certamen; los millares de orgías en que se consumen diariamente caudales inmensos. (carta 17)

En el famoso Mabilie fue a ver bailar a la Rigolboche, una mujer, que bailando el cancán «dio en la gracia de levantar la pierna hasta tocarse la cabeza con el pie», y era tan aplaudida que «nadando ya en oro y en diamantes, es conocida en toda Europa». También acudió una noche a oír a mademoiselle Theresa, «una especie de becerro con faldas», y apenas pudo conseguir una silla en el café para escuchar por algunos minutos a esta *celebridad*.

En les Bouffes Parisiens se estaba representando la revista cómica *Roland à rouge veau*, y entre los cuadros de esta revista, «todos del verde más rabioso», había un insignificante cuadrado cómico de asunto español, que Pereda describe detalladamente, un tanto irritado: Es una estación del ferrocarril del *Norte de España, con su Buffetas de la Gara*, y el cuarto del *Chefe de la Gara*, que es «un mozo al estilo de Sierra Morena, con polainas, manta al hombro, faja, calañés y guitarra». Para colmo de males, en Francia está prohibido fumar incluso fuera de los teatros «y yo rabio al llegar aquí por echar una cigarre-

¹⁶⁴ Las citas que siguen son de esta misma carta.

ta. *Il est défendu de fumer ici*. Este maldito cartel le persigue a uno en París como el espadón de Damocles».



Imagen 76. La Rigolboche, la popular bailarina de París.

Critica la situación del teatro francés que no es mejor que la del español pues con excepción de un par de teatros en los que «se observa algún respeto al arte y a la buena educación, los demás no tienen nada que echar en cara, salvo el decorado, a nuestros antiguos corrales». Para ver buen teatro hay que ir al teatro de la Comedia Francesa, en el cual alternan con el viejo repertorio de Corneille, Racine y Molière «las poquísimas producciones contemporáneas que logran la honra de ser admitidas allí [...] Debo confesar que el conjunto de cada compañía es aquí más igual que en España, lo cual, unido al lujo del aparato escénico, hace que las obras se representen como nunca las vemos representadas ahí». Asistió a una conferencia pública de Alejandro Dumas, «a quien, si bien se debe silbar por su poca conciencia, hay que admirar por su mucho talento».

Aquí todo se vende y todo es falso. Desde el fabricante que te recibe con reverencias, la sonrisa de la hermosa *dame au comptoir* hasta «el *commissionnaire*, de frac y almidonada corbata, que se presta a todo género de bajezas por algunos sueldos [...] esa infinidad de *industrias* ejercidas a la vista de todo el mundo y que no te detallo por no manchar esta carta, pero que demuestran bien claramente que en París se consigue cuanto puede apetecerse, por extraño, por repugnante que ello sea, *si se paga*.



Imagen 77. Alejandro Dumas, père

Pero

deben concederse a esta nación grandes virtudes, porque las hay, y muchas, bajo la capa de cieno que envuelve su capital [...] los grandes escritores de verdadero saber y sano talento, y por los industriales honrados [...] los grandes monumentos, las innumerables bibliotecas, las galerías artísticas, los *establecimientos* de Beneficencia, los colegios donde se convierten en hombres útiles a sus semejantes seres privados por la Naturaleza del más importante de sus miembros o de sus sentidos;

las sabias academias científicas y tantas otras pruebas de sana civilización como puede ver, siquiera en sus consecuencias, cualquiera que mire a París con ojos de buena fe? (carta 17)

Y advierte que si los franceses «que tanto y tan malo han dicho de nosotros» hubieran visto imparcialmente a España, esta les habría mostrado «algo más grande y verdadero que bandidos en cuadrilla, *castañetas*, manolas, toreros y mesones en despoblado».

Pereda visitó el París del Segundo Imperio (1852-1870) en uno de los períodos más destacados de su historia. Napoleón III había encargado al barón Haussmann convertir la ciudad medieval en una gran metrópolis con grandes avenidas y plazas, parques y jardines, mercados, teatros y museos, la nueva Opera, monumentos y estatuas, y un moderno sistema de abastecimiento de aguas y de alcantarillado. La llamada entonces «Ville lumière» estaba profusamente iluminada por faroles de gas, había extendido ampliamente sus límites y en 1862 tenía más de millón y medio de habitantes. Contaba con grandes centros administrativos y de enseñanza, hospitales, museos, nuevas estaciones de ferrocarril, fábricas e industrias, y el nuevo poder adquisitivo de la burguesía y la afluencia de visitantes forasteros originó una floreciente industria y un comercio de objetos suntuarios como muebles, sedas, pieles, telas, ropa y calzado de lujo, perfumes, joyas y objetos de decoración, así como de grandes almacenes, hoteles y restaurantes.

Como escribí anteriormente, Jean Camp mencionaba las obras que estaban «en toute son gloire» en aquellos días (Camp: 1937: 19-20). Nada de esto halla eco en la carta de Pereda; tan solo la obsesionada preocupación por la inmoralidad del can-can, la libertad de las mujeres, la depravación, que desconoce, de los parisinos, el irritado rechazo de sus costumbres y el desinterés por aquello que no guarda relación con España. Como un turista más fue a ver bailar a la Rigolboche y a oír cantar a Mademoiselle Theresa, dos espectáculos que le indignaron, vio una revista, uno de cuyos cuadros cómicos era de tema español, y una opereta, obras ligeras, a las que dedica buena parte de la carta. En cambio, no describe su visita al Louvre, si es que la hizo, ni parece haber asistido a ninguna representación de obras del teatro francés clásico o contemporáneo, ni haber leído libros france-

ses. Según «Pedro Sánchez», leyó en París a Dumas y a Paul de Kock («Pedro Sánchez»: 1906: 5).

Habría que preguntarse de dónde provendría su información sobre aquellas prostitutas «nadando en oro y diamantes» y los «millares de orgías en que se consumen diariamente caudales inmensos». No de experiencia propia. ¿Sería la lectura de periódicos sensacionalistas, de publicaciones piadosas, de los exagerados relatos de otros viajeros, de Federico de la Vega, o de una combinación de todo ello? En todo caso, al fin de dos buenos meses en París, nuestro montañés no ha modificado sus opiniones pues a su vuelta a Santander cuando escribió el prólogo a *Mesa revuelta* de su amigo y guía en París, además de las alabanzas debidas al libro, y basándose en varios de sus «bosquejos de costumbres abominables», y en sus recientes recuerdos, criticaba de nuevo «la relajación moral que envuelve el alegre y seductor movimiento de la superficie del océano sin fondo que se llama París, en cuyos senos naufraga la virtud más heroica y desaparecen, como por encanto, creencias, honra y fortuna».

Pereda tendía a la exageración y, como ya vimos, quiso siempre ser centro de atención y ver su nombre en letras de molde. Sabía que los santanderinos, y sobre todo las santanderinas, leerían su carta en las páginas de la *Abeja*, sabrían así que estaba en París y que apreciarían el temple de sus valores morales.

Con motivo de las protestas el año 69 en las calles de las ciudades francesas de grupos de izquierda pidiendo la Libertad y causando destrozos, se preguntaba qué entenderían ellos por libertad; y enumeraba la prosperidad y la envidiable libertad de pensamiento, de la religión y la política, de la industria y el comercio, de la literatura y las artes. Es una gran alabanza a Francia, y en tan breve espacio de un artículo publicado en *El Tío Cayetano* (13 junio 1869) Pereda dice de aquel país más de lo que dijo años antes. Pero no había cambiado en lo que pensaba de sus costumbres: «París es la sima en que arroja sus tesoros el sensualismo de todo el orbe; y al paso que en Mabilie y en el Casino Cadet se exhibe el impudor en toda su desnudez».¹⁶⁵ Juicios que pecan de parcialidad y provincialismo, de desconocimiento y descon-

¹⁶⁵ Cuando Galdós llegó a París en 1867, dos años después que Pereda, su impresión fue muy diversa: «Devorado por febril curiosidad, en París pasaba yo el día entero calle arriba, calle abajo, en compañía de un plano, estudiando las vías de aquella inmensa urbe, admirando la muchedumbre de sus monumentos, con-

fianza de los prósperos franceses, a quienes juzga desde la perspectiva de un rígido puritanismo. Y hasta el fin de sus días hallaremos referencias negativas a París, «el enfermizo cerebro de la Europa».

Es posible que el desdén de Pereda por Castilla venga desde los tiempos de su juventud. Cuando el protagonista de *Pedro Sánchez* iba camino de la Corte, le despertó

el sol del nuevo día, estábamos rodando sobre las llanuras de Castilla la Vieja. Nunca olvidaré la aflictiva impresión que me produjo en el ánimo la contemplación de aquel paisaje negro y esponjoso como un montón de escorias; ni un ser viviente, ni un sonido, ni un árbol, ni un pájaro, ni un arroyo en cuanto alcanzaba la vista [...] aquel interminable camino, verdadero río de polvo zurcido en un mar de paño pardo (Pereda: 1992: 407 y 409).



Imagen 78. Tipos trashumantes: Los de Becerril. Dibujo de Mariano Pedrero.
(Biblioteca Virtual Cervantes)

fundido entre el gentío cosmopolita que por todas partes bullía» (Pérez Galdós: 2011: 14-15).

Todos los veranos llegaba a Santander la gente de los pueblos del interior a tomar los baños de ola. Al igual que los madrileños, eran también «tipos trashumantes», «el otro», vistos sin el enojo que a ellos pero con despectivo paternalismo, y escogía los nombres de aquellos pueblos de Castilla - Amusco, Villalón, Becerril, Zamarramala - que le parecían más ridículos. Como contaba Oller, en el balneario de La Hermida encontraron a una aristocrática señora santanderina que hablaba desdeñosamente de los castellanos, y Pereda explicó a don Narciso que «los montañeses no somos propiamente castellanos, sino astures, y aquí se tiene, cuando menos, a los de León y Palencia, por gente atrasada y de poco pelo» (Oller: 1962: 220-221).



Imagen 79. Tipos trashumantes: veraneantes.

Dibujo de Mariano Pedrero.

Pereda y su mundo (2006: 175)

Su desdén por los veraneantes era notorio, en especial por los atildados madrileños, como lo dejó bien claro en *Tipos trashumantes*, en *Nubes de estío*, y en otras ocasiones: «brincan y danzan los mundanos de la colonia forastera con que todos los años castiga Dios a los quies... centes de esta capital» (carta 1181); «Deo volente, el próximo miércoco-

les trasladaré mis penates a esa ciudad, que estará resplandeciente de zapatos de lona y perneras remangadas, de la elegante colonia forastera que nos honra» (carta 1305). «Por acá estamos asistiendo al desfile de los forasteros, en parte ocasionado por los chubascos que no dejan de menudear, y en parte de que ya es hora de que tal suceda para tranquilidad y sosiego de los indígenas condenados a la plaga veraniega» (carta 1248). Hacía ya tiempo que el veraneo era un negocio y Santander recibía cada año un turismo sobre todo nacional, llegado del interior, que destacaba las diferencias entre la metrópoli y la provincia, la otredad de los unos y de los otros, que no llegaban verdaderamente a conocerse. Y criticaba tanto la inautenticidad del comportamiento social de los veraneantes como de los santanderinos cursis que los imitaban (Valis: 1992).

Aunque sus obras se imprimían en Madrid, y allí estaba su librero, y vivían entrañables amigos como Marañón y Galdós, Pereda procuraba estar lo menos posible en aquel «pudridero», como llamaba a la capital. Cuando estaba allí solía pasear por las tardes con Galdós y con Palacio Valdés, o se quedaba en casa donde le visitaban Alfonso Ortiz de la Torre, Mazón y otros, y se aburría «soberanamente» (carta 612). Le sobraba razón a Luis Alfonso cuando escribía en relación con la publicación de *La Montálvez*, «Pereda que durante quince o veinte años solo ha estado días en la corte, y, durante ellos rehuendo en cuanto podía el trato social, ¿cómo se aventura a discurrir y juzgar lo que aquí, en los círculos elevados, sucede?» (Alfonso: 1891).¹⁶⁶

Pero los estudios de su hijo Salvador, las consultas médicas, las gestiones de la fallida senaduría y las sesiones de la Academia hicieron que fuera pasando más tiempo en Madrid, de cuya vida literaria y teatral estaba al tanto desde Santander por la prensa y por las cartas de sus amigos. Durante su estancia allí, se trataba con los académicos y con los políticos y funcionarios relacionados con sus propios asuntos. En «este Madrid que no acaba de entrarme» (carta 1113) acudía a las sesiones de la Academia, y «No me falta, y hasta me sobra, gente que me haga la tertulia, y con esto y un paseo no largo por la tarde con Marañón y Alfonso». Pero «Aquí, nada de libros, nada

¹⁶⁶ Advierte González Herrán que la carta de Pereda a Quintanilla del 2 de Julio de 1891 con su ataque a Luis Alfonso, que tanto Cossío como Fernández Cordero atribuyen a *Nubes de estío*, por su fecha, cuatro meses después de publicarse esta novela, se refiere a *Al primer vuelo*. (González Herrán: 1983b: 368).

de teatro, nada de interés por cosa alguna, incluso la política; todo parece muerto o en la agonía» (carta 1111). Días después, confirmaba a Enrique que pasaba mucho tiempo en casa, daba un paseo por la tarde «equivalente al matinal de Santander desde la Guantería a la Alameda de Becedo», y no iba al teatro (carta 1113).

A través de sus cartas y de su obra literaria Pereda proyecta repetidamente la imagen del moralista provinciano que abomina de Madrid. Sin embargo, Sinesio Delgado contaba que cuando fue a visitarle en Santander, «juntos hemos ido a pie hasta el Sardinero, hablando del *Madrid Cómico* que conoce tan bien como yo, de literatura, de teatro, de libros, de personalidades artísticas y literarias [de la Corte] a quienes él conoce por las obras y de las cuales quería saber detalles de la vida íntima».¹⁶⁷ En 1888 recibía la revista *Los Madriles*.¹⁶⁸

Vivió más de dos meses en París, estuvo unos días en Suiza con Fernando Velasco a visitar a don Carlos de Borbón, y en el verano de 1884 fue unos días a Portugal, Galicia y Asturias, en compañía de Galdós y de Angel Crespo. No hizo más salidas al extranjero a pesar de las exhortaciones del joven Menéndez Pelayo y luego de Galdós a visitar Italia, y posiblemente las de Oller de volver a París, donde éste, Yxart, otros amigos catalanes, y Emilia Pardo Bazán iban con frecuencia.

De aquel festivo viaje a Portugal quedan una extensa carta de Pereda a su cuñado Aurelio de la Revilla y otras a Oller, a Clarín y a Laverde. Los «parrafejos a guisa de impresiones de escopetazo» que envía a Aurelio desde Lisboa son una carta muy extensa, crítica y despectiva sobre Portugal y los portugueses. Comienza diciendo que «sabemos en España mucho más de Marruecos que de esta micros-

¹⁶⁷ Sinesio Delgado (1859-1928). Director del semanario *Madrid Cómico* y fundador del Teatro Apolo de Madrid y de la Sociedad General de Autores. Escribió más de un centenar de obras del género chico, y la letra de muchos himnos militares. Defendió el derecho de las mujeres al Sufragio Universal. Durante parte de los años 1887 y 1888, *Madrid Cómico* regaló como suplemento quincenal, la lámina correspondiente a las 49 provincias que había entonces en España, más una portada, para coleccionarse por separado. Esta publicación se tituló *España Cómica: Apuntes de viaje*», Con este objeto, Sinesio Delgado y el dibujante Ramón Cilla visitaron las capitales españolas y la información citada en mi artículo procede de las notas, inéditas, que tomaba Sinesio a lo largo del viaje. (García Castañeda: 2000).

¹⁶⁸ El primer director del semanario ilustrado *Los Madriles* (1888-1890) fue Federico Urrecha, y en él colaboraron escritores tan destacados como Clarín.

cópica nación». Le sorprenden los pueblos, tan grandes, tan limpios y tan bonitos, y los campos «primorosamente cultivados» pero le ha desilusionado Lisboa, que imaginaba ser una gran ciudad con el puerto lleno de naves de todo el mundo es «el pueblo más vulgar e insípido de la tierra, por lo que respecta a su vida interna»; hay pocos habitantes, poca actividad y pocos barcos.

[N]o hay nada que revele imaginación en estas gentes que parecen extranjeras dentro de su propia patria. A veces me pregunto si consistirá este fenómeno en la fealdad y vulgaridad de la mujer portuguesa; porque es lo cierto que en un país como éste donde todas las mujeres son feas y visten mal y casi pobremente, no puede haber hombres con ambiciones artísticas, ni con sentimientos de belleza, ni con impulsos estéticos.

¡Y qué Corte! ¡Qué aspecto el de este Palacio Real, allá lejos, en la cima de unos sembrados de trigo, fuera casi de Lisboa, rodeado de casuchas pobres y con callejones angostos y miserables por *avenidas* [...] Esto es una monarquía de tres pesetas. (carta 316)

Hay muy pocos monumentos dignos de verse. El camino hasta Cintra, «la maravilla cantada por Camoens y Byron», se parece mucho al de San Román y Monte en Santander. «Lo verdaderamente maravilloso allí es el palacio del rey Don Fernando, construido en la cima de una montaña escarpada. Subimos en burros por un camino muy bien hecho, y pasamos agradabilísimos ratos en aquel nido de águilas». Vieron al Rey

con su señora morganática, la famosa bailarina; su hijo el infante Don Augusto y un príncipe alemán [...] les vimos a todos ellos montar en sendos burros, tan vulgares y mal enjaezados como los nuestros. [...] Don Fernando es de figura algo aquirotada pero distinguida y simpática, su mujer no conserva nada de aquella belleza que trastornó al Coburgo viudo, después de haber costado buenos cuartos a nuestro Salaman-

ca¹⁶⁹. En cuanto a Don Augusto es un larguiruchón desvahído y rojote, con todo el aire de imbécil de casi todos los príncipes segundones. Tres o cuatro portugueses con aire de horteras y dos jardineros en alpargatas y en mangas de camisa, acompañaban el acompañamiento. (carta 316).¹⁷⁰

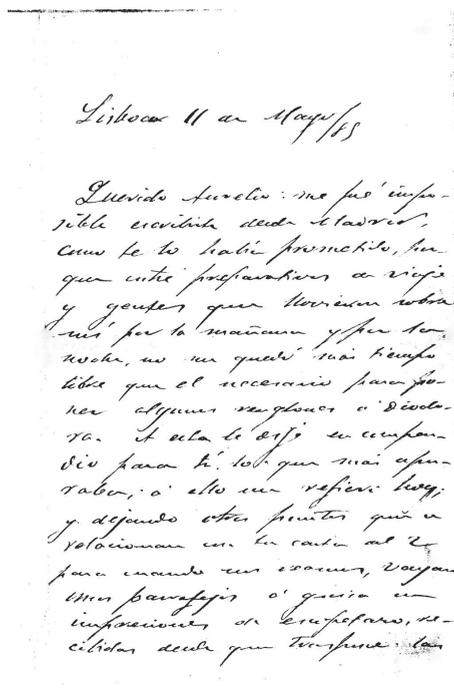


Imagen 80. Primera página de la carta de Pereda a su cuñado Aurelio de la Revilla desde Lisboa.
(Casona Museo de Tudanca)

¹⁶⁹ Fernando Augusto de Sajonia-Coburgo (1816-1885), rey consorte de Doña María II de Portugal y después Regente hasta la mayoría de edad de su hijo Don Augusto. Fue protector de las artes y restauró el palacio de Pena. Contrajo matrimonio morganático con la cantante de ópera Elisa Enslér (1836-1929), ennoblecida como condesa de Edla.

¹⁷⁰ En cambio, Galdós hace una elogiosa descripción de «las grandes bellezas» de Lisboa, «en Cintra vimos un país de veneración [...] el Palacio de Pena, obra portentosa» (Pérez Galdós: 1975: 205).

En el mismo sentido pero de modo mucho más breve confía a Oller sus impresiones de Portugal, y añade que en Galicia, «están a la cola del género humano, incluso el de Berbería» (carta 318).

Galdós regresó a Madrid antes de llegar a Asturias, donde Clarín había organizado un cordial recibimiento que entusiasmó a Pereda. Contaba a don Benito que estuvieron allí cinco días, que «lo de Oviedo no cabe en papeles», y los incesantes agasajos de «Gentes como nunca soñé yo a los asturianos que indudablemente dan quince y raya a los andaluces en lo de buen humor, con la ventaja sobre éstos de no ser bullangueros ni cursis jamás», las atenciones de Clarín y las de los canónigos de Covadonga, que «son asturianos también, y armaron la de Dios es Cristo» (carta 317).

También es entusiasta su relación del viaje al cántabro-asturiano Laverde, en la que destaca el cariño con que fue acogido por sus paisanos y las bellezas de una región que no conocía (carta 320).

Estuvo varias veces en Andalucía, donde siempre fue muy bien recibido, y a Jerez fue a vivir su hija María, casada con un jerezano, pero «Andalucía no me entra», como tampoco «le entraban» Madrid ni otras tierras. En una de sus visitas, en la primavera del 96, contaba a «Pedro Sánchez» en una de aquellas extensas misivas en las que éste se basaba para dar a conocer en la prensa los éxitos del Maestro, que estuvieron en Córdoba día y medio «y aún nos sobraron muchas horas después de ver la ciudad y lo de afuera y todo linaje de panoramas desde la torre de la Mezquita y desde la tierra. Es la ciudad moruna de siempre, limpia como la plata y con flores hasta las chimeneas y en su género los panoramas son hermosos» (carta 935).

Ya conocía Granada, donde le acompañaron «para ver mucho y bien en poco tiempo». Recibió muchas visitas y «hasta nos retrataron en la Alhambra, cosa que me dio mucha vergüenza porque había curiosos que atisbaban la escena». Pero en Sevilla «no ha sido posible el incógnito, porque se sabía mi venida por la prensa de Granada», y ahora Pereda se extiende en detalles, enumerando los agasajos que recibe de autoridades y de académicos, de amigos y de la numerosa colonia montañesa, esos «montañeses a la buena de Dios [...] en cuyos establecimientos, que son aquí abundantísimos y de muchas clases no puedo comprar nada, porque no me lo cobran. Son unas buenas gentes, que están muy satisfechas de mi visita», y menciona «haber recorrido ayer lo monumental más importante». Ha renun-

ciado en Granada a conocer Ronda, y advierte que no tuvo ocasión de enviar periódicos, ni de leerlos (carta 935).

Pocos días después continuaba relatando a Quintanilla más agasajos. «Tenemos a diario, y en landó abierto, paseo en las Delicias, lugar que por sus bellezas naturales y por la gente que a él acude, y hasta por el modo de acudir, es de lo más entretenido, original y deleitoso que he visto en parte alguna». Era gobernador de Sevilla entonces Enrique de Leguina, Barón de la Vega de Hoz, madrileño, historiador y viejo amigo desde los tiempos de *La Tertulia*, aunque no santo de su devoción (Maza Solano: 1931), quien les ofreció una jira por el río que «fue de prueba por muchos conceptos» y desagradó a Pereda, quien concluía, refiriéndose a don Enrique, «Al fin, de Hoz de Anero» (carta 936).



Imagen 81. Enrique de Leguina, Barón de la Vega de Hoz
(Senado de España)

El viaje privado se ha convertido en un múltiple homenaje público que halaga su vanidad, «no ha sido posible el incógnito, porque se sabía mi venida por la prensa», se lamenta con Quintanilla, a sabien-

das de que esto ha de saberse en Santander. Son experiencias del todo ajenas a sus costumbres, y muchas, a sus gustos, como la asistencia en un palco a una corrida de toros, a la que «tuvo que asistir María de mantilla blanca», cante flamenco en una casa particular, y una visita a la necrópolis de Itálica, con mucho calor y de la que volvió muy cansado, a la que fue «por el bien parecer, o sea esta obligación que impone el cargo de entusiasmarse con ciertas cosas que no merecen el sacrificio, como ésta, de perder un día entero fuera de Sevilla». Mejor fue una comida con dos docenas de escritores y artistas que prepararon un álbum con dibujos y versos dedicados a María, y una comida con los miembros de la colonia montañesa en la que Leguina pidió abrir en Sevilla otro Centro Montañés como el de Madrid (carta 937).

Envía a Quintanilla y a Diodora los periódicos que cuentan los agasajos que recibió en Jerez, «uno de los cuales te envío para muestra, porque lo he hallado en mi cuarto», advirtiéndole que no daban idea del vistoso y elegante grupo que le esperaba en la estación. Pero le cansan «todas estas manifestaciones, a las que no puedo aclimatarme [...] el calor aprieta y son muy fuertes los deseos que tengo de volver al rincón de mi casa» (carta 938).

En Cádiz, adonde fue con María y unas cuantas parientas «muy guapas por cierto [...] vimos hasta lo invisible de la ciudad», y tuvo un gran recibimiento. Los montañeses residentes allí le regalaron «una verdadera joya [...] un colgajo de reló o cinta de oro con una medalla al extremo que contiene títulos de mis obras entre brillantes y rubíes, y en la otra cara la dedicatoria» (carta 940).

De un almuerzo que les ofrecieron en una hermosa quinta «le dará una idea el adjunto recorte que, por rara casualidad (y creo que es la 2ª en todo el viaje), he logrado adquirir, pues no leo periódico alguno que no se me cuele por las puertas de mi cuarto». Todas estas actividades «comprenderá V. lo que me mortifican por lo que en sí tienen de incompatibles con mi modo de ser y con los propósitos que me sacaron de la quietud, ya excesiva, del rincón de mi casa» (carta 940).

A pesar de la extraordinaria actividad de aquellos días el incansable Pereda continúa escribiendo extensas cartas en las que pide noticias de sus amigos santanderinos, da recados para unos y para otros, se preocupa por el pleito de Polanco, y hace llegar detalla-

das noticias de sus agasajos a Quintanilla para que las difunda, insistiendo sobre la intención de haber hecho este viaje «de incógnito» y de no haber leído la prensa local. Y al día siguiente de llegar a Madrid le escribe dándole noticias de su hijo Salvador y de Marañón, quien le dio «una *Atalaya* y un *Cantábrico*, que contienen sendos cánticos cuya música conozco por el estilo y quiera Dios que no la conozca también el vulgo malévolo» (carta 943). El viaje estuvo ampliamente documentado con detalladas cartas que muestran tan escaso interés por las tierras y las gentes que visita como la satisfacción por el aprecio mostrado a su persona, y porque «la música» haya llegado a sus compatriotas gracias a «Pedro Sánchez».

Su desinterés es semejante en las demás ciudades. De Zaragoza solo sabemos que al llegar a la estación «me asaltó medio pueblo, con las autoridades a la cabeza, que me trajo en vilo hasta casa», y presentándose como solía hacerlo, víctima de su popularidad, no pudo descansar por culpa de los orfeones y de las bandas que le agasajaron (carta 686). Estuvo en Segovia y en La Granja, «que nunca había visto yo», acompañando a un amigo. «¡Pero qué frío nos chupamos! ¡qué cierzo aquel!» (carta 956). Y agradece a Polo y Peyrolón su compañía y la de otros amigos en Valencia, sin la cual, «las horas [...] sin ese recurso, a mí, particularmente me serían insoportables» (carta 257).

En cambio tuvo gran entusiasmo por Cataluña, por los catalanes y por su literatura (carta 261). Pereda era amigo de Oller desde principios de 1884, y estableció con él de inmediato una estrecha y duradera amistad. A través suyo se relacionó con otros escritores y artistas catalanes, en quienes halló una acogida mucho más cálida que entre los madrileños. A lo largo de los años, se esforzó por leer en catalán, escribió al menos una carta en esa lengua, tradujo un cuento de Oller y fue un entusiasta propagandista de aquella literatura. Además de la amistad de aquellos escritores y artistas contaba en Barcelona con la del marqués de Comillas y la de Eusebio Güell. Tras el éxito de *Sotileza* (Oller: 1962: 159) un grupo de ellos, encabezado por este último, le hizo un valioso regalo, que sorprendió y conmovió a su autor (carta 958).

El capítulo «Palique» en *Nubes de estío* estaría escrito como un homenaje personal a sus amigos, aunque sin esperar la sorpresa de que

éstos correspondieran nombrándole Mantenedor de los Juegos Florales de Barcelona de 1892, cuya iniciativa partió de Eusebio Güell y del marqués de Comillas así como de Oller y de Yxart. Leímos más arriba con detalle los pormenores de su visita a Barcelona, la segunda de las tres que hizo, la satisfacción que le causaron el nombramiento de Mantenedor, la cariñosa acogida de los catalanes, y su admiración por la prosperidad de aquella Barcelona burguesa, ilustrada y europeizante, sede pocos años antes de la Exposición Universal. Y también conocemos su acostumbrada falta de interés en visitar aquellos lugares de índole histórica y cultural que enorgullecían a los catalanes, así como la apatía y fastidio con que acudía a los actos organizados en su honor. Contrastan el entusiasmo y el celo de quienes organizaron aquellos actos con la displicencia y el tedio que revelan estas extensas cartas a Quintanilla, a quien confía su versión de aquellas visitas, tan diversa de la difundida por la prensa. Y aun cuando asegura desdeñar los honores que se le tributan cuida que Pepe divulgue su popularidad y sus éxitos, al menos en las páginas de *El Atlántico*.

INVITACIONES. LA RELACIÓN CON LOS EXTRANJEROS.

En las últimas décadas de su vida recibió Pereda invitaciones a colaborar en periódicos y revistas nacionales y extranjeras, o en publicaciones de carácter benéfico, que no solía aceptar excusándose por haber abandonado el oficio, o por estar mal de salud pero a las que respondía cortésmente en cartas breves y cuidadosamente redactadas, pues sabía que algunas aparecerían impresas. Así, cuando D. Alfredo Escobar, le pidió contribuir con un artículo a *Andalucía. Album Literario y Artístico*, publicado para socorrer las desgracias causadas por los terremotos en las provincias de Granada y Málaga, no lo hizo pues a pesar del noble propósito de la publicación renunciaba a buscar un asunto «en las oscuridades de mi cabeza, y en cambio les ofrezco a Vds. lo que más abunda en mi corazón y brota de él en este instante a borbotones: el mejor de los deseos, la más entusiasta de las adhesiones al generoso y cristiano pensamiento». El editor publicó estas líneas en el *Album* (1884: 35); su cortés y elaborada excusa a D. Tomás Campuzano para no enviarle una colaboración para el álbum *A Colón* (carta 718) también apareció en sus páginas (Círculo de Bellas Artes:

1892) y también rehusó amablemente las repetidas ofertas de Henri Charriaut desde París a colaborar en la prestigiosa *Nouvelle Revue Internationale* (carta 1157).

Pero cuando las solicitudes venían de amigos las rehusaba humorísticamente si no le apetecía hacerlo, o la extensa excusa era la colaboración pedida. Tuvo gran amistad con Sinesio Delgado, el director de *Madrid Cómico*, gran admirador suyo, quien fue a Santander con el dibujante Ramón Cilla para conocerle. Sinesio le invitaba todos los años a colaborar en su revista pero don José exageraba su incapacidad, «no está a mis alcances», «mi esquilmado cacumen», o daba humorísticas razones para no hacerlo como el tener que asistir en Polanco a la matanza «del de la vista baja».

En la carta abierta a los «Señores redactores del *Santander-Crema*» que le pedían un artículo excusaba hacerlo porque no estaba «a tono con los tiempos» pero criticaba amistosamente el título del periódico así como las palabras y expresiones nuevas, ridiculizaba la moda de la juventud masculina, la afición al canto flamenco entre los elegantes, y al público «que devora los diálogos cancanescos de *Barba-azul* y *La Mascota*;» y así correspondía a su petición (carta 237).

Y cuando Ricardo Olan, director de la misma publicación, le rogó que colaborara pues carecía angustiosamente de original, suplió lo pedido con una extensa carta en la que hacía una colorista evocación costumbrista de los carnavales de «nuestros tiempos» en contraste con los del presente, y criticaba las modas del día (carta 245).

Y de comienzos del siglo son estas sinceras y patéticas líneas a su buen amigo mejicano López Portillo, que revelan su decaído estado de ánimo:

Llevo mucho tiempo, años nada menos, sin tomar la pluma en la mano para otra cosa que despachar mi correspondencia y, lo que es peor, sin deseos de volver a las andadas. El tiempo no pasa en vano, amigo mío, y si a esto se añaden penas hondas y quebrantos de espíritu, mi natural tendencia a la vida aislada y de familia y la falta de estímulo y de contagios literarios en esta región de España, en que no se respira otro ambiente que el del dinero, ni se siente otra sed que la del negocio, fácilmente se explica esta desilusión y esta holganza en que he caído. (carta 1161)

Contrariamente al deseo de conocer otros países y a la amistad y la lectura de autores extranjeros que mostraron Oller, Pardo Bazán o Galdós, el Pereda «de Santander a Polanco, / de Polanco a Santander», apenas viajó fuera de España y mostró escaso interés por las literaturas extranjeras y por los nuevos movimientos literarios. La mayoría de la relación que mantuvo con escritores de otros países fue a través de Menéndez Pelayo o de Oller, y en otros casos, con aquellos que le escribieron por ser conocedores de sus obras.

Aparte de los autores hispanoamericanos, de los que me ocuparé más adelante, la mayoría de sus críticos y de los traductores de sus obras fueron distinguidos hispanistas franceses. En la revista *Polybiblion* (febrero de 1883), Albert Savine en su breve artículo «Les romans de José María de Pereda» (González Herrán: 1983b: 174), consideraba *El sabor de la tierruca* como un compendio de su obra anterior. Los críticos contemporáneos vieron *Pedro Sánchez* como una novela picaresca y Savine tituló un estudio sobre esta novela, «le Gil Blas du XIX^{ème} siècle». Armand de Treverret dio a conocer en *La Revue Britannique* numerosos estudios sobre autores españoles tan representativos como Zorrilla, Galdós, Clarín y Pereda. Destacó el impacto que causó en la crítica el realismo de las *Escenas Montañesas*, y en particular, la visión antipintoresca y casi naturalista que tuvo en ellas de la vida campesina (González Herrán: 1983b: 26) y tradujo para esta revista *Pedro Sánchez*.

El estudioso de origen ruso Boris de Tannenbergh, autor de *La poésie castillane contemporaine (Espagne et Amérique)*. (1889) y de *L'Espagne littéraire. Portraits d'hier et d'aujourd'hui*, también de París, (1903), consideraba al autor de las *Escenas montañesas* como «le vrai fondateur de la nouvelle école réaliste chez nos voisins» [«El verdadero fundador de la nueva escuela realista entre nuestros vecinos»] (Tannenbergh: 1898: 10); que con *Pedro Sánchez* «commence une période nouvelle dans l'évolution du talent de Pereda. Il se montre pour la première fois, maître de tous les procédés du roman moderne, dont il usera toujours à l'avenir et saura tirer un excellent parti» [«comienza un nuevo período en la evolución del talento de Pereda. Por primera vez se muestra maestro de todos los recursos de la novela moderna, que usará en el futuro y de los que sacará muy buen partido»] (González Herrán: 1983b: 195).

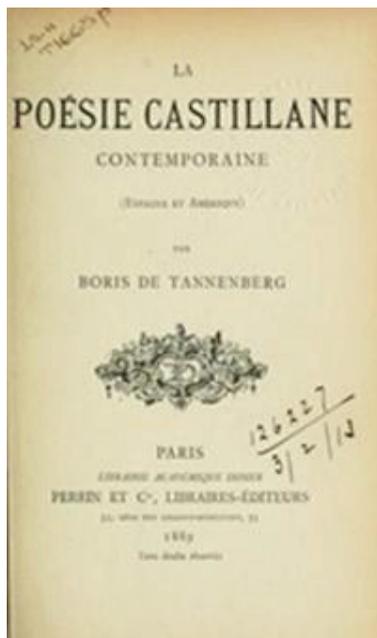


Imagen 82. *La poésie castillane* de Boris de Tannenberg

A juzgar por una carta de Pereda, Tannenberg

se llevó a Pachín para traducirlo, y no me había avisado aún de su llegada, cuando me trajeron de la *Revista contemporánea* una carta [...] del director de la *Revue des Revues*, de París, pidiéndome permiso para traducir el mismo libro; en vista de lo cual, escribí a los dos; es decir a Tannenberg y al de la *Revue*, por si les convenía ponerse de acuerdo y servirse mutuamente. (carta 932)

No parece que esta traducción se llevara a cabo.

René Bazin (1853-1932), uno de los escritores católicos más destacados de su tiempo, publicó en la *Revue des Deux Mondes* la serie de artículos «Terre d'Espagne» (cinco entregas mensuales del 1 de febrero al 1 de junio de 1895), que más tarde aparecería como libro en 1895, en el que consideraba a Pereda como «un grand artiste, un styliste achevé et un écrivain fécond à la fois».



Imagen 83. René Bazin

Bazin y Pereda se habían conocido en septiembre de 1894 cuando aquél comenzó su viaje por la península; en su libro *Terre d'Espagne* (1898) cuenta que estuvo en Deusto con el P. Coloma, quien le animó a visitar en Santander a Galdós y a Pereda, de quienes le habló con gran encomio. El crítico francés dedica párrafos muy positivos a Coloma, y bastante más largos a Galdós, quien le recomendó la lectura de las *Escenas montañosas*, *La puchera* y *Sotileza*. Bazin ya había leído *El sabor de la tierra*, que le gustó mucho, y dedica las alabanzas más extensas y entusiastas a Pereda, a quien visitó en Polanco.

Ferdinand Brunetière¹⁷¹ había propuesto a Pereda publicar una traducción de *Sotileza* en la *Revue des Deux Mondes*, el prestigioso órgano de alta cultura de la élite liberal francesa, y en respuesta a su carta del 21 de enero de 1898, éste agradecía la propuesta de «una tan distinguida personalidad literaria como la de Vd.». Le decía que ante-

¹⁷¹ Ferdinand Brunetière (1849-1906) fue autor de numerosos trabajos de crítica literaria, profesor de la Ecole Normale, miembro de la Academia Francesa y colaborador de la *Revue Bleue* y de la *Revue des Deux Mondes*. Librepensador en su juventud, se convirtió al catolicismo, del que fue un apasionado defensor.

riormente había mantenido «larga correspondencia» con el director y algunos redactores de *Le Temps*, quienes habían deseado publicar la novela en el folletín de aquel periódico pero «me resistí tenazmente porque me parecían esos cortes una cruel mutilación». [...] «el estilo, que es el sello de fábrica y el lado más interesante de un libro para la lectura de buen gusto, desaparece con la traducción, por excelente que sea» (carta 1029).

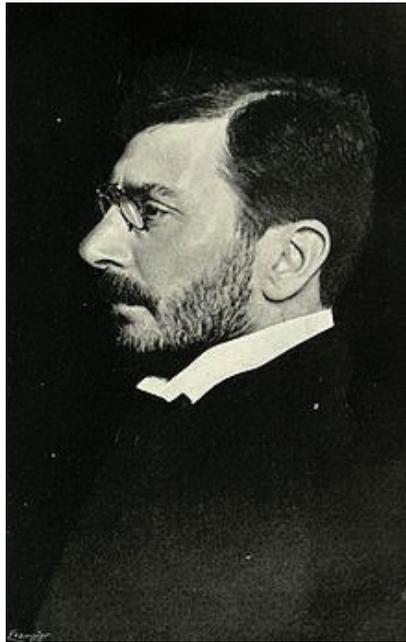


Imagen 84. Ferdinand Brunetière

Transigiría ahora con algunos cortes pero no podía autorizar a Brunetière a traducir esta novela porque ya había prometido anteriormente su publicación al Sr. Jacques Porcher,¹⁷² quien tenía hecha una

¹⁷² Jacques Porcher fue profesor en la escuela J. B. Say y en la escuela Monge. En el periódico *Tour du Monde. Journal des Voyages et des Voyageurs* (núm. 10, 9 de marzo de 1901) publicó, «A travers le monde. Notes sur Madrid». Colaboró en la *Revue Bleue* con artículos sobre Pardo Bazán y Galdós y con las traducciones de dos cuentos de amor de Emilia Pardo Bazán, hacia 1899 y 1900. [Gallica]. Según el periódico *Le Radical* (9-VII-1892 y 10-VII-1892), la revista *Lectures*

traducción, y quien le había sido recomendado por René Bazin. Sin embargo, «por si fuera posible conciliar las conveniencias de los tres», le animaba a consultarlo con Porcher y con Bazin para que decidieran entre ellos. Y sugería la publicación de *Sotileza* sin cortes en la *Revue des Deux Mondes* en entregas de cinco meses en lugar de tres.

Pereda escribió a Porcher el 29 de enero de 1898 poniéndole al tanto de que Brunetière proponía publicar *Sotileza* en aquella revista, a cuarenta páginas por entrega; deseaba que ambos se pusieran de acuerdo al respecto, y que Porcher se comprometiera «a hacer las reducciones de manera que la novela conserve íntegro todo lo que en ella es principal», y le recordaba que la traducción que hizo de *Pedro Sánchez* se había publicado sin cortes en la *Revue Britannique* (carta 1030).

Poco después en respuesta a dos cartas de Porcher del 4 y del 12 del mismo mes (que no han llegado a nosotros), Pereda le confirma la autorización para publicar *Sotileza*, pide que le indique «las supresiones que piensa hacer [...] y que serán las más acertadas, pues no le cegaré la «pasión de padre, como me cegaré a mí» (carta 1033).

Pereda recuerda (carta 1063) a Brunetière que tras aceptar las supresiones sugeridas por él y por Porcher, y haberlas señalado con lápiz rojo «para mi gobierno» en un ejemplar de la edición española de *Sotileza*, vio «con gran sorpresa mía» en las entregas ya publicadas que aparecían otras tan considerables como las ya acordadas. Son «una verdadera mutilación de [...] todo lo que es color, delicadeza de procedimiento, labor de artista en fin, desaparece así para dejar solamente ante los ojos del lector el argumento descarnado, que, por sí solo, vale bien poca cosa». De haberlo sabido, le escribe Pereda, no habría publicado la novela «pues prefiero que la desconozca en absoluto ese gran público, a que la lea en condiciones tan desfavorables para su autor». Y concluía con la esperanza de que en las siguientes entregas Mr. Brunetière sería «más humano que hasta aquí con esa humilde hija de mi pobre ingenio» (carta 1063).

A fines de año participaba a Galdós (carta 1077) y a Oller (carta 1079), casi con las mismas palabras, que la casa Hachette de París

pour Tous (abril, 1900) publicó «L'amour de la princesse fortunée», su traducción de «El pájaro verde» de Valera. En su libro *La malaise de la démocratie*, Gaston Deschamps se refería a él como «un moraliste sévère». Mi agradecimiento al profesor Santiago Díaz Lage, a quien debo estos datos.

estaba imprimiendo *Sotileza* en un tomo, para publicarla en su colección, y no tan mutilada como apareció en la *Revue de deux mondes*.

Cuando apareció la traducción francesa de *Sotileza* en la *Revue des Deux Mondes*, ya habían visto la luz dos ediciones castellanas (1884 y 1888).¹⁷³ Quienes hicieron posible su traducción, Ferdinand Brunetière y René Bazin pertenecían a la Academia Francesa, eran prestigiosos y conocidos estudiosos e hispanistas, y colaboradores de aquella revista, de la que Brunetière fue editor en jefe entre 1893 y 1906. El autor de la traducción, Jacques Porcher era amigo de ambos, había traducido también obras de Pardo Bazán y de Valera, y colaboraba en la *Revue Bleue*¹⁷⁴ pero la traducción dejó muy descontento a Pereda (García Castañeda: 2017).

Basándose en artículos publicados anteriormente, el periodista ruso Isaak Pavlovsky dio a la imprenta en 1889 el libro *Ocherki sovremennoi Ispanii, 1884-1885* [*Esbozos de la España contemporánea*] (Oller: 1962: 75-76). En la reseña que hizo Ernesto Bark (Thion: 1998) del libro en *La España Moderna* por encargo de doña Emilia, afirmaba falsamente que Pavlovski la consideraba como la primera de los novelistas españoles, aunque el ruso la dedicaba más espacio que a los demás autores y comentaba muy elogiosamente sus libros. Y como Pereda la detestaba, se molestó profundamente al saberlo, y cruzó unas cartas con Pavlovsky pidiéndole la traducción en el texto original de aquellos pasajes relacionados con él.

Henri Charriaut le invitó repetidamente a colaborar en *La Nouvelle Revue Internationale* pero rehusó por falta de salud y de tiempo (carta 1157) y correspondió con el profesor Leo Rouanet, quien le regaló sus libros *Interludes Espagnols, Drames religieux de Calderón y Auto Sacramental Nuevo*, agradecido por haber apoyado la propuesta de Galdós de nombrarle académico correspondiente de la Española (carta 1185).

¹⁷³ La misma traducción de Jacques Porcher «figura en *Sommets de la littérature espagnole (du XII au XIX siècle...* presentación de Georges Haldas et José Herrera Petere), préface de Jean Casou. Lausanne, Editions Rencontre, 1962, pp. 583». (Clarke: 1974: 55).

¹⁷⁴ *Sotileza* apareció en la *Revue des Deux Mondes* en cinco entregas, el 1 de septiembre de 1898 (42-87); 15 de septiembre (241-276); 1 de octubre (481-523); 15 de octubre (763-798); 1 de noviembre (5-45).

Esta correspondencia, estas obras dedicadas a Pereda y las traducciones de sus libros revelan su prestigio en Francia en un determinado sector del mundo intelectual de su tiempo. Quienes se cartean con él son hispanistas de reconocido prestigio, académicos, catedráticos, directores y colaboradores de revistas tan prestigiosas como *Polybiblion*, la *Revue des Deux Mondes*, *La Revue Britannique*, *La Nouvelle Revue Internationale*, *Revue Hispanique*, *Revue Bleue*, *Revue des Revues*. Con excepción de Pavlovsky, todos ellos fueron conservadores y nacionalistas, formaron parte de la intelectualidad católica de primera línea y ensalzaron la obra de Pereda tanto por su calidad literaria como por su ideología y sus valores morales. Boris de Tannenberg destacaba en el autor de *Peñas arriba*, «avoir été des catholiques militants et de représenter, sous des formes diverses, le sentiment traditionaliste, la fidélité à l'Espagne d'autrefois» (Tannenberg: 1903: 298) . [«haber sido católico militante y representar bajo diversas formas, el sentimiento tradicionalista, la fidelidad a la España de antaño»].

Precisamente por pertenecer ideológicamente a este grupo escribía Boris de Tannenberg, «Que les romans de Pereda se répandent en France, il est peut-être difficile d'espérer» [«No es de esperar que las novelas de Pereda se difundan en Francia »] (Tannenberg: 1903: 298) y cuando Alfred Morel-Fatio escribió la necrología del mismo Tannenberg, se preguntaba, refiriéndose a la evaluación que aquel hizo de Pereda, «si el aspecto moralizador de la obra no ha causado al crítico algunas ilusiones» y si, en el futuro, aparte de los cuadros de costumbres, en la lectura de las demás obras de Pereda tan solo «el historiador de la moral tendrá interés en observar el reflejo de las tendencias o las preocupaciones de una época» [«si le coté moralisateur de l'oeuvre n'a pas causé au critique quelques illusions [...] l'historien de la morale prendra plaisir à noter le reflet des tendances ou des préoccupations d'une époque» [«si el lado moralizador de la obra no ha causado algunas ilusiones al crítico [. . .] el historiador de la moral advertirá con gusto cómo refleja en ella las tendencias o las preocupaciones de una época»] (Morel-Fatio: 1914: 400).

Entre la gente de letras de otros países, destaca la escritora nacionalista irlandesa Hannah Lynch, gran admiradora de Pereda, con la que

mantuvo una difícil pero afectuosa relación literaria. Lynch le dedicó varios artículos encomiásticos y escribió varios libros sobre España.¹⁷⁵

Pereda agradeció a Da. Juana Allen, una discípula del doctor Kristoffer Nyrop, la publicación en una revista danesa de la traducción de uno de sus cuadros, «bien insignificante por cierto» [«La buena gloria»], un retrato suyo y algunas noticias biográficas. También le pedía que le aclarara si era traducción de toda la obra, o solamente «una adaptación, como dicen los franceses». Como no sabía danés trataría de que se lo tradujera algún noruego de los vecindados en Santander, y le autorizaba «con el mayor gusto para que traduzca cuantas obras más crea merecedoras de tan señalado honor» (carta 1019). Otro escandinavo, el profesor Ake W:son Munthe, de Estocolmo, preguntó a Pereda sobre el uso de ciertos modismos castellanos, quien le contestó cumplidamente (carta 1025).

No abundan las traducciones de las obras de Pereda, y el autor de un hiperbólico artículo sin firma explica, a su modo de ver, el porqué de tal carencia:

Pereda es intraducible. Lo es, no solo por el léxico local que matiza sus obras, sino ante todo y sobre todo, por aquella ‘recondita virtud’, por aquel ‘modo de ser provinciano con tanta energía traducido en forma de arte’ de que nos habla Menéndez Pelayo en el prólogo de las *Obras Completas*» [...] De aquí que hayan fracasado casi todos los intentos de traducir a idioma extranjero las obras de Pereda. Esas tentativas cuéntanse por docenas, y por cientos las cartas que Pereda recibía de continuo, con minuciosas consultas relativas al valor y significación de frases, palabras y conceptos de sus libros [...] entre sus papeles particulares se encontraban numerosos apuntes a ellas relativos. [...] Por esta razón no se han publicado sino seis traducciones de Pereda. (*Apuntes*: 16-17)

Sabemos que don José María en tiempos de su entrada en la Academia quemó muchos papeles, y que se han perdido muchas cartas pero en la apreciable cantidad de las que quedan, apenas hay las que

¹⁷⁵ Ver García Castañeda: 1995; Hurtley y Gifra-Adoher: 2018; y Bincknes y Laing: 2020.

contengan esas «minuciosas consultas» de los traductores. El artículo no lleva nombre de autor pero el estilo y las generosas exageraciones harían pensar en el buen «Pedro Sánchez». No sé a qué seis traducciones se referiría. Varias son de obras menores o de novelas en ediciones escolares extractadas.

Anthony Clarke (1974: 55-56) recogió las de *Pedro Sánchez*, al francés, por A. de Treverret. Publicado en la *Revue Britannique*. Tomos I a IV, Febrero a julio, 1887; «Fisiología del Baile» al tagalo (lengua bisaya) Manila, 1890; *De tal palo, tal astilla*, al húngaro, Budapest, 1897; «La buena gloria» [que Clarke da como *Pedro Sánchez*], traducido al danés por Johanne Allen [edición abreviada] de Illustreret Tidende. Kopenhagen, MDCCCXVI; *Al primer vuelo* [*Flugge*] traducida al alemán por Helen Katz y A. Rudolph, Munich, 1899; y *Sotileza*, traducida por Jacques Porcher, [edición abreviada] París: Hachette, 1899.

Además de estas obras, Clarke recoge una traducción americana de *Sotileza*, en inglés, por John Barr, [edición abreviada] New York, 1959; otra al alemán [*Das Fischermadchen von Santander*] por Alfred Voight [edición abreviada]; la de Treverret, publicada en *Revue Britannique*, con notables cortes; y la italiana de Carlo Boselli, Milano, 1935; así como otra al francés de *Peñas arriba* [*Dans la montagne*] por Henri Collet y Maurice Perrin, con prólogo de René Bazin, París, 1918.

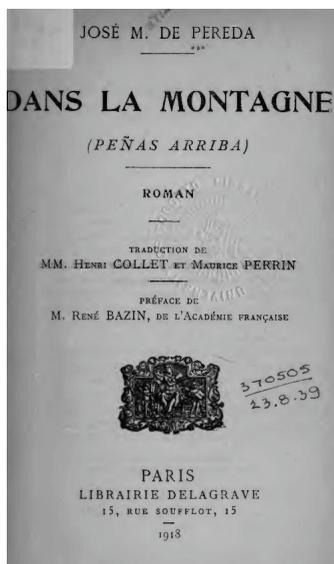


Imagen 85. Traducción de *Peñas arriba*, Paris, 1918.

A estos autores se añadirían dos norteamericanos, James Carleton Young, con quien Pereda se carteo (cartas 1281 y 1285) y entrecruzaron libros, sin que se indique si Young fue traductor o crítico de alguna obra suya, o solo un admirador, y Ralph Emerson Basset, Assistant Professor de Romance Languages en la Universidad de Cincinnati, quien hizo una traducción de *Pedro Sánchez* para la conocida colección de ediciones abreviadas escolares de la editorial americana Ginn & Co. Parece haber habido un equívoco pues Basset entregó a la editorial un borrador que ésta publicó sin haber consultado a Pereda, quien tan solo recibió una carta de los editores notificándole que el libro se pondría a la venta en abril de 1903. En su carta del 26 de marzo de aquel año (carta 1297) Pereda protestaba por la «mutilación» del libro e indicaba que aunque «nunca me mostré interesado *pecuniariamente* [...] que no ha entrado jamás como base de mis negociaciones con traductores ni editoriales extranjeras», espera que se le considere en este sentido como a los demás autores de esta colección. No parece que llegara a imprimirse entonces pues mucho después de la muerte de Pereda, Menéndez Pelayo recibió una carta de Basset (Lawrence, Kansas, 16 de noviembre de 1908) en la que le enviaba un ejemplar de su traducción de *Pedro Sánchez* que acababa de publicarse aquel año. (Menéndez Pelayo: 1982-1991: XIX: 868).

Y en carta a Oller, Pereda menciona la posibilidad de una traducción al alemán de «La romería del Carmen», sin que vuelva a mencionarse (carta 1288).

Finalmente, se conserva una carta dirigida a Robert F. Foster, posiblemente un hispanista en ciernes, en la que Pereda agradece la suya y le remite el tomo primero de sus Obras Completas. Y desea que el cultivo de estas «idénticas aficiones», posiblemente literarias, fructifique mañana «en esa próspera república [...] en justicia y en amor a esta desgraciada pero noble raza española» (carta 1165).

EL REGIONALISMO, LA ESCUELA MONTAÑESA Y «LOS FANÁTICOS TURIFERARIOS» DE PEREDA

Desde que se abrió el camino de Reinosa a mediados del siglo XVIII Santander fue el gran centro exportador de harinas castellanas a América e importador de productos coloniales; controlaba la vida

política y social una sólida burguesía de comerciantes y de navieros, incrementada por quienes compraron bienes nacionales tras la Desamortización, y por los indianos, que contribuyeron con sus fortunas al desarrollo económico de la región (Hoyo Aparicio: 2003).

Cantabria era predominantemente rural y conservadora pero la burguesía de Santander era liberal aunque antepuso siempre sus intereses económicos a sus principios ideológicos. El profesor Suárez Cortina define como *liberalismo instrumental* el de esta burguesía, que aunque se caracterizó tradicionalmente por la defensa de los principios liberales, no fue sino adaptativa y pragmática. «Fue liberal cuando el estado absolutista no garantizó las condiciones mínimas para desarrollar su actividad pero cuando lo hizo no tuvo reparos en mostrarse acomodaticia con el absolutismo». (Suárez Cortina: 1994: 132). Y tanto sus valores sociales como los religiosos fueron a menudo extremadamente reaccionarios.

Tras la primera guerra carlista la monarquía constitucional se apoyó en las facciones más moderadas del liberalismo, aliadas con los sectores tradicionalistas más pragmáticos, y el voto estaba limitado a los sectores más solventes del país. A partir de los años 40 competían en Cantabria las dos tendencias políticas de progresistas y de moderados, y mediado el siglo predominó la Unión Liberal, un partido caracterizado por la estabilidad y por la transacción, con el que se identificó la mayoría de las clases rectoras locales. El sistema liberal isabelino continuó bajo la Restauración, dando apoyo político a los candidatos del gobierno a cambio de favorecer a los caciques locales.

A partir de 1848, tras la inauguración del ferrocarril de Barcelona a Mataró, comenzó la próspera inversión tanto nacional como extranjera en negocios relacionados con los ferrocarriles pero la gran crisis de 1866 provocada por la quiebra de las Bolsas de Londres y de París complicada con las tensiones de la política internacional afectó a toda Europa. En España, esta crisis y la Revolución del 68 acabaron con la hegemonía de la burguesía mercantil; y en Santander el crecimiento económico potenció el aumento de una clase social intermedia urbana de artesanos y de pequeños propietarios. Al cambio contribuyó el desarrollo de una clase obrera que reclamaba derechos políticos y sociales, y el viejo dualismo entre burguesía y clases medias de un lado, y clases populares, de otro, llevó a una sociedad de clases enfrentada con el viejo paternalismo de esta burguesía (Suárez Cortina: 1998: 6-7).

Los proyectos de reforma del Sexenio democrático contaron con el apoyo de los liberales y de los nuevos partidos demócratas, republicanos y federalistas. Traían la libertad política, el sufragio universal masculino y la liberalización económica, unas medidas que fueron bien recibidas en Santander por las clases medias pero no en el campo, influido por los tradicionalistas y por la iglesia; a ellos se sumaron aquellos sectores del liberalismo moderado que estaban descontentos con el sesgo «populista» que iba tomando la revolución (así salió diputado Pereda por Cabuérniga en 1871), y temerosos de la revolución social, se alejaron de aquel régimen que no llegaba a consolidarse como sistema político pues a la sensación de caos social, se añadían la crisis económica y la insurrección en Cuba que hacía peligrar el mercado colonial. El republicanismo mantuvo una fuerte posición en las ciudades apoyado por las clases medias, un sector de la burguesía liberal y las clases populares pero la República tampoco trajo la estabilidad, ni la prometida abolición de los consumos ni de las quintas, pues tuvo que hacer frente al mismo tiempo a la guerra carlista, a la de las Cantonales y a la de Cuba. Así, hasta el Pronunciamiento de 1873. En la última década del siglo, Santander sufrió una decadencia económica y paralización de los negocios pero tras la pérdida de las colonias, con el dinero repatriado de Cuba, se inició una nueva fase de expansión mercantil, industrial y minera, de la que serían muestras la paulatina aparición de empresas como el Banco de Santander, el Banco Mercantil, el Crédito Industrial y Mercantil, Nueva Montaña Quijano, La Ibero Tanagra y La Cruz Blanca.¹⁷⁶

La imprenta se estableció en Santander tan sólo a fines del siglo XVIII (1791) y hasta mediados del siglo siguiente la prensa tuvo escaso desarrollo. En su *Historia de la prensa santanderina* José Simón Cabarga destaca la abundante producción periodística en el Santander decimonónico; hubo algunas gacetas y publicaciones más o menos periódicas durante la guerra de la Independencia y el Trienio, y ninguna durante la década Ominosa. La muerte de Fernando VII marcó el renacer de la prensa y en los años treinta comenzaron a aparecer varias publicaciones, entre ellas el *Boletín de Comercio de Santander* (1839-1908), al que considera Simón Cabarga «crónica viva

¹⁷⁶ Ver Manuel Suárez Cortina: 1998; Garrido Martín: 1998; Gutiérrez Lázaro y Santoveña Setién: 1998; Hoyo Aparicio: 2003: 25-54.

de más de medio siglo, muy especialmente del período de esplendor del puerto» (Simón Cabarga: 1982: 35).

En el próximo decenio habrá más publicaciones literarias, como *El Buzón de la Botica* (1844), *El Despertador Montañés* (1848-1854) y varias otras en las que se van dando a conocer futuros periodistas y costumbristas locales. Y ya mediado el siglo, entre las nuevas publicaciones destaca *La Abeja Montañesa*, «Periódico de intereses morales y materiales, literario, agrícola y mercantil» (1856-1870). La prensa tuvo fundamental importancia en la vida cultural de las provincias y como indican los subtítulos de estas revistas y periódicos, casi todas pretendían combinar el culto de las letras con los intereses materiales, que eran los propios del comercio, la industria y las profesiones liberales, una fórmula indispensable para justificar su existencia en una ciudad como Santander.

Aunque los españoles que sabían leer a principios del XIX no pasaban de dos millones y vivían principalmente en las ciudades, la prensa y especialmente la de carácter político alcanzó una difusión extraordinaria, y la libertad de imprenta originó un periodismo combativo y militante. El triunfo de la revolución del 68 significó para la Iglesia la culminación de un largo proceso de degradación iniciado en 1812 y una seria amenaza para sus prerrogativas tradicionales. La Iglesia advirtió pronto que la Revolución traía consigo nuevos valores sociales y cambios que iban más allá que los de carácter político y aunque consideraba la prensa como la mayor plaga de la época, hubo de adaptarse a las circunstancias y fomentar para defenderse un periodismo propio. La mayoría de los católicos y el clero formaron un frente común que halló su medio de expresión en asociaciones y en publicaciones que combatieron abiertamente el nuevo régimen político y fueron multadas y prohibidas no pocas veces. Los partidarios del carlismo y los neocatólicos desplegaron una actividad que se tradujo en la aparición constante de nuevos títulos hasta que en 1874, una circular del Ministerio de la Gobernación ordenó la supresión de la prensa carlista (Hibbs-Lissorgues: 1996: 171). Para combatir la Gloriosa Pereda y varios amigos, la mayoría carlistas, publicaron el semanario satírico *El Tío Cayetano* (9 de Noviembre de 1868 a 4 de Junio de 1869), que tuvo bastante éxito aunque feneció al cabo de siete meses (García Castañeda: 2004a).

Simón Cabarga destaca los enfrentamientos de la prensa conservadora montañesa con la liberal de diversos matices en el último tercio del siglo. Entre las publicaciones tradicionalistas destacan *La Verdad*, periódico carlista y *La Atalaya* (1893-1927), tradicionalista integrista,¹⁷⁷ al que sucedió *El Diario Montañés*. A ellos se oponían otros tan combativos como *La Voz Montañesa* (1872-1897), periódico republicano federal de Antonio Coll y Puig, y *El Cantábrico* (1895-1937), liberal, democrático y anticlerical, dirigido por José Estrañi (1840-1919), contertulio e íntimo de Galdós, y muy celebrado por sus festivas «Pacotillas».

El obispo de Santander don Vicente Calvo y Valero era un carlista acérrimo, incansable en su labor pastoral, quien fundó el semanario católico *Páginas Dominicales* (1896). Resultado de su constante batallar contra «el veneno de las perversas lecturas» fueron las excomuniones con las que fulminó *La Voz Montañesa*, *El Diario de Santander* y *La Montaña*.¹⁷⁸ Una muestra de aquel enfrentamiento serían estos satíricos versos de Estrañi dirigidos al prelado:

Me han dicho que Vuecencia
Ilustrísima... ¿no es ese el tratamiento?
de numeroso público en presencia,
poniéndose más rojo que un pimiento,
tuvo ayer la ocurrencia
de excomulgar con tremebundo acento
y menos caridad que fiera saña
a *La Voz*, a *El Diario*, a *La Montaña*,
a todos sus lectores y abonados,
cajistas, impresores,
chicos, repartidores,
cajas, prensas, papel, tinta y cuadrados.
(Estrañi: 1887)

¹⁷⁷ *La Atalaya*, fundado en 1898 por Calvo y Valero, no informaba sobre teatro por ser un género perjudicial a la moral y a las buenas costumbres pero lo hacía sobre las representaciones de aficionados del Círculo Católico de Obreros y de la Agrupación San Luis Gonzaga.

¹⁷⁸ Ver Díaz Llama: 1998; y Díaz Llama: 1971; Ara Torralba: 1998.

Entre las publicaciones de prensa sin carácter político destaca *La Abeja Montañesa*, (1856-1870), en la que comenzaron su carrera literaria Pereda y otros amigos. Animado por ellos, lanzó el librero Francisco Mazón *La Tertulia* (1876-1877), una revista literaria que desde el principio alcanzó un nivel desconocido en Santander hasta entonces.

Sus redactores habían colaborado antes juntos en otras publicaciones pero entonces expresaron el deseo de formar un regionalismo propio pero solo de carácter cultural. Después de la publicación de estas revistas Pereda no volvió a intervenir directamente en empresas periodísticas, aunque su portavoz sería *El Atlántico* (1886-1896), un prestigioso diario siempre en la línea del liberalismo dinástico y católico, fundado por Enrique Gutiérrez Cueto y su cuñado Lorenzo Blanchard, en el que colaboraron varios de sus jóvenes amigos (Simón Cabarga: 1982: 204-210).

*

Pereda nació en aquellos tiempos nostálgicamente evocados por Eduardo de Huidobro en los que «En las aldeas de la Montaña se vivía entonces a la antigua española: con modestia, con tranquilidad, sin peligrosas novedades, sin tabernas, sin periódicos» (Huidobro: 1906: 2). El campo estaba repartido en pequeñas parcelas que producían una agricultura de subsistencia y no permitía a los aldeanos desarrollo ni mejoras por falta de medios; y más de la mitad de las tierras cultivables estaba en manos de los grandes propietarios. Pero en aquel mundo de clases sociales inamovibles y de costumbres patriarcales que tanto añoraba también el autor de *Peñas arriba*, iban en aumento las reivindicaciones laborales, los atentados anarquistas y el creciente poder de socialistas y republicanos, así como el independentismo en las Colonias y en aquella amada Cataluña de los Juegos Florales. También lamentaba Amós de Escalante que

la población advenediza y obrera que a Santander han traído el tráfico de su puerto y el desarrollo de sus industrias, háse apostado y establecido a boca de todas sus salidas de manera que las cierra y apenas deja una por donde el pacífico y laborioso vecino salga a gozar de la hermosa campiña sin que su olfato fino, sus ojos y sus pudibundos oídos padezcan

gravísimas ofensas. Suburbios de estos donde la traza del ajuar puesto al sol, las voces descompuestas, soez estilo del diálogo y desnudez completa de los rapaces, traen a la memoria rancherías y tribus de aquellos a quienes el lento progreso de los tiempos mantiene todavía inmediatos al antropomórfico origen que les atribuyen ilustres sabios (Escalante: 1956: 184).

En las líneas teóricas de Eric J. Hobsbawm y de Benedict Anderson (Hobsbawm y Ranger: 1983; Anderson: 1983), el profesor Manuel Suárez Cortina estudia en *Casonas, hidalgos y linajes. La invención de la tradición Cántabra* (1994) y en otros trabajos, cómo los cambios económicos y sociales en la Montaña, y la insatisfacción con el presente determinaron un nuevo modo de percibir la realidad social y territorial de la región, y entrañaron, por una parte, la construcción de un posible regionalismo cántabro; y por otra, estrechamente relacionada con ella, la de una identidad regional basada en la rememoración y en la recuperación del pasado.¹⁷⁹

Galicia, Asturias y el País Vasco tenían unas señas de identidad lingüísticas, históricas, religiosas y culturales que justificaban la construcción de una identidad, de las que carecía Cantabria.¹⁸⁰ La teoría que busca sus raíces en la cultura celta, la vincula con Asturias, y otra teoría, la goticista, las halla en la historia regional de Castilla.

Una de las notas más características de las regiones periféricas ha sido la construcción de una identidad asentada sobre el doble eje de una fuerte cultura regional - y regionalista - y la existencia de un particularismo institucional. Cantabria no ha podido utilizar ninguno de estos [...] gran parte de los elementos identitarios básicos de la región estaban estrechamente vinculados a Castilla. (Suárez Cortina: 1994: 53)

Laverde, Pereda, Escalante, Angel de los Ríos, el joven Menéndez Pelayo y los demás amigos de su grupo compartían las mismas creen-

¹⁷⁹ También Montesino González: 1995b; y Suárez Cortina: 1995.

¹⁸⁰ Según el informe de Pereda a la Real Academia, Cantabria no tenía lengua ni dialecto propios, en ella tan solo se hablaba una versión deformada del castellano. Menéndez Pidal: 1933; García González: 1977-1978; Madariaga: 1986; Madariaga: 1989; García Castañeda: 2006.

cias religiosas y políticas, el amor a «la tierra» y a la historia patria de los tiempos heroicos: una visión idealizada de las pasadas glorias, que formó en gran parte la base para la construcción de aquella identidad (García Castañeda: 1985a). Algunos críticos¹⁸¹ han advertido la ausencia en esta «escuela montañesa» de otros escritores con ideología progresista, republicana, liberal, socialista o institucionalista como fueron el biólogo cabuérnigo Augusto González de Linares, que sentó las bases del institucionalismo regional y tuvo íntima relación con Giner de los Ríos, el novelista castreño republicano Ernesto García Ladevese, el santoñés Ricardo Macías Picavea, regeneracionista y republicano, autor de *Tierra de Campos*, el costumbrista reinosano Ramón Sánchez Díaz, el Dr. pasiego Enrique Diego Madrazo, destacado científico y regeneracionista, y el antropólogo madrileño de ascendencia campurriana Luis de Hoyos Sáinz. He destacado su lugar de nacimiento por coincidir todos en ser foráneos en el doble sentido de carecer de raíces en la capital, y no pertenecer ni por status social ni económico ni por parentesco a aquella sólida burguesía mercantil que aplaudía y leía a sus propios paladines. Además de las razones políticas e ideológicas para no incluirles creo que también contribuiría muy significativamente esta «otredad». Es muy posible que todos ellos se sintieran indudablemente montañeses, y también formando parte de una escuela montañesa pero no de aquella que añoraba un pasado patriarcal, clasista y estático. La que convencionalmente llamaremos «escuela montañesa» fue un coto cerrado, y sus componentes estuvieron muy conscientes y orgullosos de pertenecer a ella. Aunque Amós de Escalante fue parte muy principal de esta escuela no formó parte del «coto» debido a sus diferencias personales y a su rivalidad con Pereda.¹⁸² Don Gumersindo Laverde, tan influyente consejero y guía, perteneció tan solo ideológicamente al grupo.

¹⁸¹ González Fuentes: 1998; Capellán de Miguel: 1998.

¹⁸² En mi artículo «Regionalismo y resquemores: Pereda y la Fiesta Montañesa», me refiero a un artículo de «Galerín», un partidario de Amós de Escalante, quien critica «las murmuraciones de cierta tertulia situada en vía muy pública [la de Pereda en el Café Suizo] y que la cultura en Santander está controlada por una minoría «de la que no es posible diferir», (García Castañeda: 2006: 113).



Imagen 86. Ricardo Macías Picavea
(Fundación Ignacio Larramendi)

Una idea aproximada de quienes formaban la crema económica y política, social y cultural del Santander de entonces la darían la lista de los nombres de quienes asistieron al funeral del desdichado Juan Manuel de Pereda en Polanco, y la de los que solicitaron a la Reina el perdón de don Angel de los Ríos. Y entre los invitados a los agasajos a Narciso Oller cuando estuvo en Santander se hallarían los de los más íntimos de Pereda.¹⁸³

Según éste, Santander era una ciudad, una «plaza» en lenguaje mercantil, activa y próspera económicamente pero sin interés por las letras y por las artes. Los atraídos por ellas eran una minoría de la que formaban parte, además de Pereda y los suyos, Amós de Escalante con su propia tertulia, Galdós durante sus estancias santanderinas, y las reuniones en las redacciones de los periódicos. Acabado el veraneo, idos ya los forasteros, la juventud se aburría en una ciudad en la que no pasaba nada.

¹⁸³ Aunque el gran amigo de Galdós José Estrañi tenía ideas totalmente opuestas a las de Pereda, solía participar en alguno de los homenajes y banquetes de su grupo, en los que, al parecer, era muy bienvenido.

Quizá haya sido Pereda el único escritor de su tiempo que contara con un grupo tan entusiasta y dedicado de amigos que le quisieran tanto como persona y admiraran tanto su obra. Los *Apuntes para la biografía de Pereda* es un modesto homenaje al Maestro publicado en *El Diario Montañés* en 1906 por quienes fueron jóvenes amigos y admiradores suyos, en el que se propusieron cubrir en artículos breves diversos aspectos de su personalidad, de su vida y de su obra. Se basan en el cariño y en el recuerdo y como en todo trabajo colectivo tienen un valor desigual pero en conjunto constituyen valiosas fuentes de información, que siempre conviene verificar en lo posible.

Para Enrique Menéndez Pelayo, «El ambiente natural de Pereda, el fuego en que se calentaba su fantasía [...] el mayor estímulo, en fin, que para vivir y para escribir tenía eran los amigos. Fue toda su vida hombre de pandilla, de grupo, de *peña* [...] no hubo amigo más leal ni más constante», En los comienzos de su vida literaria frecuentaba la tertulia en la redacción de *La Abeja Montañesa*, «que aglutinó al grupo perediano en los años sesenta, víspera de la revolución», pero al declinar el periódico se trasladaron las reuniones a La Casuca (E. Menéndez: 1906: 35.)

Es posible que cronológicamente fuera más antigua la tertulia de La Guantería pues Pereda se refiere a ella en *Nubes de estío* como «la clásica Perfumería, vivero de los elegantes del 48 al 70» (Pereda: 1999: 620). Estaba en el número 9 de la calle de la Blanca, y en la fachada ostentaba el rótulo «Juan Alonso, Guantero de SS. MM. y AA.», que tras la Septembrina cambió al menos significado de «Guantería y Perfumería». Además de guantes, se vendían allí perfumes y jabones, pieles, tabaco y muchas otras cosas, y don Juan debió ser hombre de paciencia y bondad infinitas para soportar el constante visiteo de quienes venían a estorbar, sin comprar nada (Pereda: 1989b: 249-260). Aquella tertulia fue la más popular de Santander, y Pereda se refirió a ella y a su dueño, de quien fue muy amigo, en términos muy afectivos: «Todos los hombres, todas las edades, todas las categorías tienen su representación en ese centro; para todos hay cabida en la elástica estrechez de su recinto, y lo que es más extraño, las opiniones más opuestas se miran en él sin arañarse, aunque no sin regañar». Para él, «La Guantería, como la salud, no se sabe lo que vale hasta que se ha perdido» (Pereda: 1989b: 260), y a fines de 1898, escribía a Federico de Vial que al morir Juan el Guantero, «Parece que se ha ido con él la mitad del

pueblo, y que se quedó a oscuras la calle de la Blanca» (carta 1074).¹⁸⁴ Cuando apareció *Nubes de estío* en 1891, era ya un «lugar tranquilo y de reposo, a la sazón de este relato, de los inválidos supervivientes de aquellas esplendorosas falanges» (Pereda: 1999: 620 y n. 10).

La Casuca, «esta original Sociedad, sin estatutos ni reglamentos», ocupaba un entresuelo del edificio en que estaba la Guantería, y en ella se reunían, según Enrique Menéndez, Sinforoso Quintanilla, «uno de los hombres más graciosos que haya habido», y su hermano Zoilo; Máximo Díaz Quijano, «literato, músico, compositor, escultor, abogado y cuanto puede ser un ingenio vivo y flexible»; el Dr. Juan Pelayo, «el médico que curaba con la risa, siendo de los hombres que más sentían los dolores ajenos, poeta de vena satírica y fácil, que todos los estilos se asimilaba, de entendimiento clarísimo, corazón de oro» (Pelayo: 1886); Tomás Agüero, «ya por entonces famoso en el foro, poeta igualmente y escritor político de intención y chiste»; Adolfo de la Fuente, «no ya aficionado como los otros sino literato militante, autor de buenas odas patrióticas, traductor, quizá el más feliz, de Victor Hugo y Lamartine y, con todo esto, todavía más bueno que ilustre»; José de la Revilla, «cuyas ingeniosas ocurrencias y cuyas genialidades de gran señor han llegado de boca en boca hasta la generación presente»; Don Andrés Crespo, «de pocas palabras y buenas acciones, banquero de corte inglés, excelente amigo, cuya muerte lloró Pereda en un efusivo artículo en *El Atlántico*»; Aurelio de la Revilla, «una de las dos únicas crónicas que pueden ya consultarse para saber cosas de La Casuca»; Raimundo Heras, «músico en sus ocios de comerciante»; Nemesio Fernández,¹⁸⁵ ‘el escribano de Cartes’, «de cuyo estilo y gracejo para cantar a uso de la tierra se hacen lenguas los que le conocieron»; Juan Alonso, *el guantero*, «tan querido de todos, con ser su casero»; y por último, Francisco Mazón, «el inolvidable Mazón» (E. Menéndez: 1906: 36).

¹⁸⁴ Y en el artículo «La Guantería», fechado en 1869 y publicado en *La Tertulia* en 1877, advertía que el artículo «se publicó muchos años hace en un periódico de esta capital», que no he conseguido identificar.

¹⁸⁵ Nemesio Fernández Obregón, natural de Cartes, estudió en el Instituto Cantábrico y Derecho en la Universidad Central. Fue Notario en Cartes entre 1867 y 1883, y Federico de la Vega le dedicó el artículo «¡Buen caldo!» en *La Abeja Montañesa*. Falleció en febrero de 1885.

Los tertulianos de la Casuca volvieron a reunirse hacia 1875 en la librería de Mazón, que estuvo primeramente en el palacio de Pombo, después se trasladó a la Ribera, luego a la calle del Puente siguiendo el declinar económico de su propietario, y al fin a un entresuelo en la calle del Peso hasta su cierre, que sería poco después de dejar de publicarse la *Revista Cántabro-Asturiana* en abril de 1978. En su librería solía verse todas las tardes el núcleo de aquella tertulia en la que ingresaron por entonces Agabio Escalante, el marqués de Villatorre, el abogado José María Quijano, «padre de la industria montañesa y casi creador de los ferrocarriles que cruzan este suelo», Manuel Marañón y Pepe Zumelzu, también abogados, Federico de Vial y don Marcelino cuando estaba en Santander.

Las Catacumbas estaba en casa de Sinforoso Quintanilla en la calle de Ruamayor, n.º. 22, 2.º. iz^{da}. Pereda llamaba así aquella tertulia, a la que dedicó el capítulo XXV de *Nubes de estío*. Formaban este «congreso de hombres incompatibles entre sí por la edad, por el genio y por el corte del ropaje» (Pereda: 1999: 795), gente de buen humor, que organizó divertidos debates, excursiones y fiestas. Existiría ya en 1876, pues en la Biblioteca Municipal de Santander se conserva un manuscrito (Ms. 1368) de varias manos que bajo la forma de una graciosa demanda judicial es una invitación a cenar en casa de Sinforoso Quintanilla el 21 de diciembre de 1876, y en él se hace referencia a «la desaparición de la Casuca, Areópago de la calle de la Blanca». La casona estaba en el barrio viejo y la descripción del interior en *Nubes* podría ser bastante aproximada a lo que fue en realidad, y responde al carácter que atribuye a Sinforoso, un viejo hidalgo brusco pero bueno y amante de los libros, quien vivía allí en un piso que comunicaba con el de su sobrino José María.¹⁸⁶

¹⁸⁶ La casa de Sinforoso en Ruamayor era «vieja y pesada, de amplio zaguán y cómoda escalera» (Montero: 1919: 66). Los tertulianos solían ser, según este capítulo, Fabio López [Sinforoso], Juan Fernández [José María Quintanilla], Octavio [Agabio Escalante], «un mozo rehecho y bien templado, jurisperito por lujo y artista de la mejor cepa, bien pertrechado de malicias ocultas y más rico de ingenio y suelto y socorrido de pluma de lo que a él se le figuraba», Pancho Vila [Federico de Vial], Juanito Romero [Aurelio Revilla], «un pintor indígena» [Fernando Pérez de Camino], Casallena [Enrique Menéndez Pelayo, «Casa Ajena»], su pariente, «aquel doctor carnicero» [el Dr. Juan Pelayo], y «un aristócrata de gustos democráticos» [Antonio Villatorre, marqués de Villatorre]. (Pereda 1999: 790).

Otro lugar habitual era el Suizo, en el número 11 del Muelle, un gran café tradicional de provincias, al que se refiere Pereda con frecuencia, y en el que también se reunían los personajes de *Nubes de estío*. Tanto esta novela como Enrique Menéndez en sus *Memorias* mencionan las habituales tertulias en casa de las hermanas Sotillo.¹⁸⁷ Y el bibliófilo Fernando Fernández de Velasco, gran amigo de Pereda, solía invitar a algunos amigos a pasar fines de semana, en su palacio de Soñanes en Villacarriedo, donde tenía su rica biblioteca; el *Epistolario* de Menéndez Pelayo recoge una carta de Velasco a don Marcelino en la que dice que «El sábado, Pereda, Sinforoso y toda la trinca se dirigirá a Villacarriedo por dos días; siento mucho que Vd. no sea de la partida» (Menéndez Pelayo: 1982-1991: IV: carta 67 [20 de noviembre de 1879]).

Y en el verano solían ir algunos amigos a pasar unos días en casa de Pereda en Polanco.

El grupo acudía a La Casuca para «conservar el buen humor, embellecer la vida y reírse de las ridiculeces y cursilerías de las gentes»; allí hubo juegos malabares y acrobáticos de Mazón, representaciones de *La huérfana de Bruselas*,¹⁸⁸ «bailes de máscaras con tal propiedad fingidos, que la gente se agolpaba en la calle de la Blanca, atraída por el estrépito que de aquella casa salía». Allí se celebraron, entre otras cosas, el Pleito de las cajetillas «seguido a instancias de Mazón contra Pereda, Pelayo y otros por sustracción de unas cajetillas [...] duró el pleito, que en esto pareció de verdad, muchos meses, y en él hay sendos escritos, providencias, autos y dictámenes, en verso todos, llenos de ingenio y travesura» (E. Menéndez: 1906: 35-36); la «opípara» cena en la Navidad de 1876 en casa de Sinforoso Quintanilla, en la que las servilletas estaban bordadas con algo personal de cada uno: en la

¹⁸⁷ Según la edición de *Nubes de estío* anotada por Menéndez Pelayo, «Las de Sotillo» fueron las hermanas Montero, cuya descripción y carácter, al igual que otros de la misma novela, no estarían muy lejanos de la realidad. «Enrique Menéndez Pelayo recordaba haber asistido de joven a las [reuniones «de confianza»] que celebraba la hermana menor, Eulogia Montero, que semanalmente recibía a los jóvenes intelectuales en su casa». (Pereda: 1999: 543 nota 1).

¹⁸⁸ A Jean Nicolas Bouilly se debe *L'Abbé de L'Epée*, una comedia histórica en 5 actos en prosa, que refundió Juan de Grimaldi bajo el título de *El Abate de L'Epée y el Asesino, o La Huérfana de Bruselas*, drama espectáculo en tres actos. Basándose en él escribió José Velázquez y Sánchez, *La huérfana de Bruselas*. (Madrid: Carlos Bailly-Baillière, [1865]), un novelón en dos partes, de más de 400 páginas.

de Pereda decía «El buey suelto bien se lame» (Montero: 1919: 61); o la cena de Carnaval que ofreció a sus amigos en 1882, descrita por Pereda en la «Carta de Patricio Rigüelta (redivivo), a su hijo Gildo el letrado, en Coteruco» (E. Menéndez: 1906: 35-39).

Había varios jóvenes, algunos sobrinos o hijos de los redactores de *La Abeja Montañesa*, que pronto llegarían a confundirse con ellos, agrupados en torno al diario *El Atlántico*, sobre el que Pereda ejercía «cierta especie de protectorado o presidencia de honor aunque en ninguna parte constase tal circunstancia» (E. Menéndez: 1906: 38).

Aunque todavía algunos años más joven, el Abogado del Estado, novelista, dramaturgo y poeta Ramón de Solano y Polanco (1871-1946) fue amigo de muchos de ellos, y describió al «grupo de jóvenes del *Santander-Crema* y de *El Atlántico*, ya con carrera terminada y posición independiente o casi independiente, lucían en la buena sociedad santanderina, y que entonces se llamaban *gomosos*, que venían a ser, *plus minusve*, lo que ahora se dice, *chicos bien* [...] *pollos a la moda*», nombra a una veintena de ellos, y da en sus artículos, escritos desde la perspectiva de un testigo, curiosas noticias sobre el Santander de entonces (Fernández Lera y Rey Sayagués: 2012a: 57).

Para admitirles en las Catacumbas Sinforoso Quintanilla les expidió una *Charta de fuero e privilegio* escrita «en castellano antiguo» en una hoja de pergamino adornado con viñetas miniadas y con un sello de cera pendiente, obra de Agabio. Así entraron en la tertulia el pintor Camino, Zumelzu, Federico Vial y Enrique Menéndez; ya lo habían hecho antes «Pedro Sánchez» y Enrique Mazarrasa; más tarde entró Alfonso Ortiz de la Torre y Agabio presentó a Antonio Gomar y a Carlos Pombo. Las ceremonias burlescas y las bromas, las reuniones literarias y las cenas contribuyeron a concienciarlos de que formaban parte de una minoría intelectual y social, de la que estaban orgullosos.

Los domingos iban de excursión al campo cuando «era de buen tono no haber pisado jamás la aldea [...] hasta no hace mucho»; estuvieron abonados por muchos años a una platea en el teatro y tuvieron gran amistad con Romea, «de quien se conserva una interesante correspondencia con Pereda», cuya existencia o cuyo paradero desconozco, y con su hermano Florencio, con Emilio Thuillier, con María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, y con Mariano Fernández.

La clase social dominante en Santander entonces era la burguesía, que tenía el poder económico y el político, ocupaba la mayor parte

de los puestos en la administración pública; alguno de sus miembros más destacados recibió títulos nobiliarios (Delgado Viñas: 2015). La formaba una red de familias de semejantes condiciones económicas relacionadas matrimonialmente entre sí. Muchos de los que formaban aquellas tertulias eran amigos desde la infancia; varios descendían de indianos o lo habían sido ellos, o ya pertenecían a aquella burguesía; dos grupos sociales a los que Pereda satirizó con insistencia aunque formaba parte de ellos. No se olvide que además de los aldeanucos como Pachín González, también fueron a hacer fortuna en América jóvenes de la clase media como los dos hermanos mayores de Pereda, Máximo Díaz de Quijano, los González Camino, Eduardo de la Pedraja, José García Alvaro y otros, que emigraron pero ya con estudios, con buenas recomendaciones y, a menudo, con parientes establecidos allí.¹⁸⁹ Otros amigos, como Fernando Fernández de Velasco, don Angel de los Ríos o el marqués de Villatorre, pertenecían a la antigua nobleza. Los demás eran abogados y médicos, comerciantes y funcionarios, algunos pintores, y a más de uno su posición económica le permitía no ejercer profesión alguna.¹⁹⁰ Aunque su nombre aparece con relativa frecuencia Federico de Vial fue otro de los amigos cercanos a Pereda, y de los que asistía a las tertulias cuando estaba en Santander pues además de ser amante de los viajes, pasaba temporadas en la costa mediterránea por motivos de salud. Le incluyó como el personaje Pancho Vila entre los jóvenes de la «crema» santanderina en *Nubes de estío*,¹⁹¹ y en su devoción por Pereda recogió y copió, o

¹⁸⁹ En el pueblo del cuadro de costumbres «A las Indias» de Pereda vive el próspero don Damián quien volvió rico de América, adonde fue provisto de una buena educación, bien recomendado y bien relacionado.

¹⁹⁰ Hay otros íntimos que no figuran entre los asiduos a estas tertulias, como Domingo Cuevas, quien vivía en Comillas, Angel de los Ríos, en Proaño, Manuel Marañón en Madrid, Ambrosio Menjón en Cuba o Francisco Mazón en Madrid después del cierre de su última librería.

¹⁹¹ Federico Isidoro de Vial Martínez nació en Santander el 1 de enero de 1856, uno de los hijos de Martín de Vial Basocco y de Emilia Martínez de Aguirre, pertenecientes ambos a familias de la alta burguesía santanderina. Tras recibir una educación esmerada, viajó ampliamente a lo largo de su vida por Europa, Asia y América. Llegó a ser un notable fotógrafo aficionado y aunque no los cultivara fue un apasionado amante del arte y de la literatura. Llegó a reunir una valiosa biblioteca y una colección de pinturas y de obras de arte. Cuando en 1907 el alcalde D. Luis Martínez decidió crear la Biblioteca y el Museo munici-

hizo copiar crónicas, artículos, gacetillas y cartas, cuyos originales en muchos casos han desaparecido, y que sin su celo no habrían llegado hasta nosotros. Por su familia pertenecía a la oligarquía santanderina y fue persona de gran prestigio en la vida cultural y literaria de la ciudad. A lo largo de varios años quedan, que sepamos, una treintena de cartas de una correspondencia con Pereda afectuosamente familiar y un tanto anodina, con escasas referencias literarias.

Varios de aquellos amigos estaban emparentados entre sí: Marcelino y Enrique Menéndez Pelayo eran sobrinos del Dr. Juan Pelayo, los hermanos Revilla, cuñados de Pereda, José María Quintanilla y Antonio Mazarrasa eran sobrinos de Sinforoso y de Zoilo Quintanilla, Juan Manuel Mazarrasa (Zumelzu: 1890b), cuñado de Sinforoso, Eduardo de Huidobro, primo de Alfonso Ortiz de la Torre y ambos de Pereda, como lo era también Domingo Cuevas. Carlos Pombo era sobrino de Agabio Escalante, Máximo Díaz de Quijano, era cuñado del marqués de Comillas, y su sobrino José, primo de Domingo Cuevas. Diodora y Pereda sacaron de pila a un hijo de Manuel Marañón.

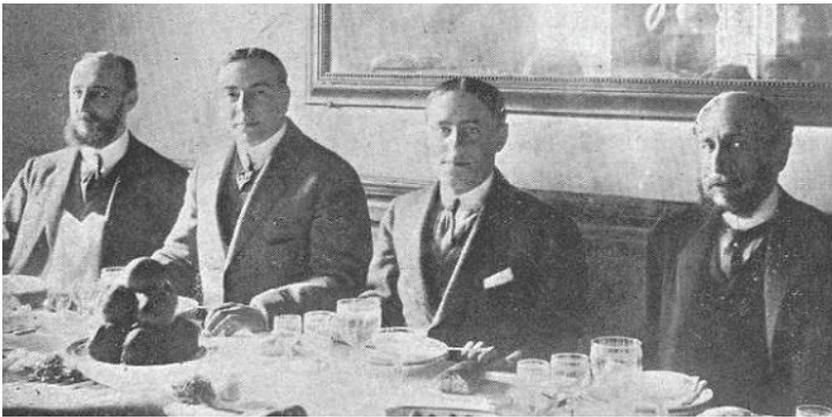


Imagen 87. Federico de Vial (primero por la derecha).

(*Revista de Santander*. Año 31)

pales, Vial fue el alma del proyecto como organizador y como generoso donante de su propia biblioteca y de sus colecciones. Falleció en Santander el 4 de enero de 1921, recién cumplidos los 65 años, y la necrología de *La Atalaya* y la de *El Cantábrico* destacaron tanto su gran labor cultural como la integridad y generosidad de su carácter. El joven Victorio Macho le hizo un busto y le retrató Gerardo de Alvear. Agradezco esta información a D. Francisco Gutierrez Díaz.

Aquel grupo «charlamentario» de las Catacumbas, como le llamó Pereda, solía reunirse para escuchar la lectura de artículos, discursos, obras de teatro y cartas de amigos, que después se discutían y juzgaban: «Marcelino salió ayer para Madrid después de haber leído en esta su casa, ante un respetable auditorio de amigos, el estupendo discurso académico que escribió aquí en cuatro días; (carta 190); unos artículos de Yxart se leyeron «a claustro pleno» (carta 607); «anoche se leyó en esta tertulia» el drama de ‘Pedro Sánchez» (carta 1269). Escribió a Marcelino que estaba inquieto por no conocer su opinión sobre *Peñas Arriba* «y de esta inquietud participaban estos íntimos, a los cuales, lo mismo que a mí, y probablemente no tanto como a mí, ha regocijado tu carta inestimable del 12» (carta 838). *Pachín González* también fue publicado «por decreto terminante de estos amigos» (carta 915).

Pereda, tan sensible al halago, tan inseguro, y tan desconfiado, calificó de «jurado» a este grupo de aficionados erigidos en jueces, confiaba plenamente en su sinceridad, en su criterio y en la validez de sus juicios, y en más de una ocasión, cuando éstos disentían de otros más autorizados como el de Emilio Thuillier sobre una comedia de Enrique Menéndez, o de los críticos madrileños sobre alguna obra suya, se atenía más a la opinión positiva de sus paisanos sin dudar de su parcialidad que a las críticas de los foráneos. A los ojos de aquellos, Pereda encarnaba el espíritu de la Montaña, era el Maestro que no podía errar; sus obras no tenían tacha y, como él, achacaban a injusticia, a envidia, a mala fe o a incompreensión los juicios de quienes las atacaban.¹⁹²

La historia de estas tertulias y de quienes formaban parte de ellas desde la juventud explicaría la confianza que Pereda depositó en la sinceridad y en la competencia de sus juicios. Sabemos que le angustiaban las críticas negativas o el silencio con que eran recibidas sus

¹⁹² Cuenta Enrique Menéndez Pelayo que cuando estudiaba en Madrid hacia 1885 se reunían los sábados varios montañeses en su pensión y en algún momento «cualquiera de los asistentes leía en alta voz en algún libro de Pereda, cuyas asombrosas pinturas de la tierra montañesa y geniales retratos de sus gentes exaltaban momentáneamente nuestra nostalgia» (E. Menéndez: 1983: 190), y el costumbrista Esteban Polidura contaba que cuando era niño les leía las *Escenas montañesas* a unos pescadores de la Calle Alta y que éstos las celebraban mucho. (Polidura: 1904)

obras y pedía con insistencia a sus amigos que las reseñasen; aquel «insaciable glotón de elogios», como le llamó Montesinos (1969: 276), se encontraba muy seguro en su tierra, lejos de aquel Madrid amenazador lleno de críticos imaginariamente hostiles. En ella acaudillaba un grupo de fieles admiradores y amigos que le aplaudía, «avec les hommes qu'il fréquente» escribía Jean Camp, «il lui faut être de plain pied ou sur un plan supérieur» [Pereda tenía que estar «con los hombres que frecuentaba a la misma altura o en un plano superior»] (Camp: 1937: 320). Y tanto Pardo Bazán como Camp y Montesinos más tarde, destacaron la influencia negativa que ejercieron sobre Pereda, por una parte, el moralista Laverde, y por otra, la más cercana y duradera de los amigos santanderinos, aquellos «fanáticos turiferarios que ensalzaban sus mismos yerros», a los que Doña Emilia achacaba las reacciones de Pereda (Pardo Bazán: 1891: 104; Montesinos: 1969: 294-296).

Uno de ellos fue el reverenciado don Marcelino, cuya opinión era indiscutible. Aquel amante desde la niñez de los cuadros de costumbres de Pereda llegó con el tiempo a reseñar sus obras, a ser su consejero literario y a ejercer sobre él una profunda influencia. El profesor Montesinos estudió cumplidamente cómo esta influencia y la de aquellos tertulianos tuvo efectos muy negativos sobre la carrera literaria del autor de *Sotileza* (Montesinos: 1969: 273-296), quien fracasó por ser «profeta en su patria» (1969: 295). En 2006 y en su seminal artículo «Menéndez Pelayo y la creación del mito de Pereda, el 'Genio natural'», Borja Rodríguez Gutiérrez abordó de nuevo el tema desde una perspectiva diversa basándose en el discurso que pronunció Menéndez Pelayo en la inauguración del monumento a Pereda en 1911. En él don Marcelino resumía lo que había escrito anteriormente sobre el autor de *Peñas arriba*, de quien no dio ahora la imagen de cómo fue sino de cómo querría que hubiera sido. Para él no fue un escritor profesional sino «un caballero cristiano de moral intachable que escribe libros cuando *la fiebre estética* le devora», una imagen que Pereda había dado más de una vez de sí mismo, y quien tras acabar cada novela, alardeaba en sus cartas del escaso tiempo que le había llevado escribirla, quejándose a la vez de la postración física y mental que le había costado hacerlo, algo que era semejante, según don Marcelino, al éxtasis de los poetas místicos o la revelación profética. Cuando se apoderaba de él la 'fiebre estética' no sabía cómo

escribía, no era consciente de su arte (Rodríguez Gutiérrez: 2006: 234), los temas se le imponían, venían del exterior, llevándole a regiones que ni él mismo sospechaba (2006: 240). En *Sotileza* el tema hizo grande la novela, «que es la epopeya de mi calle natal, libro que he visto nacer, y que casi presentía y soñaba yo antes de que naciese» (Rodríguez Gutiérrez: 2006: 241). Pereda era el prototipo del genio romántico, el poeta de la raza y de la tierra que busca la inspiración en la naturaleza, primitivo y sincero: un Ossian cristiano. En cambio, obras como *Pedro Sánchez* y *La Montálvez* nacieron de «un esfuerzo de voluntad: no han sido concebidas artística sino lógicamente; son obras de talento, pensadas más bien que imaginadas ni sentidas» (Rodríguez Gutiérrez: 2006: 247), al paso que sus novelas montañosas, comenzadas muchas veces sin plan alguno, son verdaderas obras de genio. Y el éxito de *Pedro Sánchez* le hizo temer que Pereda desertara de su misión.

Aunque Menéndez Pelayo fue inspirador y consejero de gran parte de la obra de Pereda no era creador sino erudito, y en aquel discurso y en otras ocasiones quiso dar a entender que vio nacer y crecer aquellas obras a la par que su autor, y refiriéndose a la creación de *Pedro Sánchez*, reiteraba la palabra «nosotros», como si ambos hubieran sido sus creadores. Y Rodríguez Gutiérrez concluye que

«para que fuera posible mantener lo que Menéndez Pelayo quería que fuera, había que rebajarle, reducir su figura, convertirle no en un creador sino en un intérprete: intérprete de la tierra, intérprete de la raza, intérprete de la naturaleza y, sobre todo, intérprete de Menéndez Pelayo» (Rodríguez Gutiérrez: 2006: 259).

El entusiasta regionalismo cultural de Cantabria estaba presente en las páginas de *El Atlántico*; en *La Montaña. Paisajes, costumbres y marinas de la Provincia de Santander* (1889), el bello álbum de Fernando Pérez de Camino y Victoriano Polanco; en aquella gran publicación que fue *De Cantabria* (1890), propiamente subtitulada «Letras - Artes - Historia - Su vida actual», que recoge cerca de un centenar de contribuciones en verso y en prosa de carácter histórico y literario, y ochenta ilustraciones y retratos, unos y otros debidos en su mayoría a autores del grupo perediano, en cuya «Introducción»

hizo don Angel de los Ríos, un evocador recorrido histórico del glorioso pasado de la Montaña.

En otras páginas de esa misma publicación afirmaba «Pedro Sánchez» que «por culpa de esa centralización absorbente que subyuga a las provincias españolas, a causa del desprecio inexplicable que sentían los gacetilleros madrileños por los literatos provincianos, nuestras letras eran casi desconocidas fuera de los lindes montañoses, de nuestros escritores, mal juzgados, apenas sabían más de mil españoles de otras regiones; nuestro progreso intelectual pasaba inadvertido ...» («Pedro Sánchez»: 1890a: 32). Pero «Escuela literaria montañesa la hay hoy, y dicen que también escuela de pintura;¹⁹³ hay propia, legítima, característica literatura montañesa, hecha aquí, en la tierra, lejos de Madrid, de la política y de las redacciones de los grandes periódicos; hija de la contemplación de la Naturaleza; canto del campo, del mar y de la flora...» («Pedro Sánchez»: 1890a: 33). Y auguraba que «de aquí a diez años, de hoy a veinte» nuestro desarrollo intelectual y artístico llegará a formar en primera línea de los de la patria española; los santanderinos imitarán a los barceloneses [...] «cuando llegue ese porvenir glorioso que se acerca, cuando la Montaña puede rivalizar con Cataluña» [...] («Pedro Sánchez»: 1890a: 33).

La lectura de este artículo recuerda los prospectos regionalistas de *La Tertulia* y de *La Revista Cántabro-Asturiana* de casi veinte años antes, y nos parece escuchar las constantes diatribas de Pereda contra la prensa madrileña culpable de nuestras desdichas. Bien instalados ya el naturalismo y el modernismo y cercana la juventud del 98, «Pedro Sánchez» mantiene la esperanza exclusivista de que «se estrechará el regionalismo, no se confiará en ningún extraño» («Pedro Sánchez»: 1890a: 33), bajo «nuestro *patriarca*, especie de Mistral montañés», Conocido es el texto del discurso de Pereda en su entrada en la Academia en 1897 (Pereda: 2009b: 500-516), centrado en la defensa de la novela regional y del regionalismo, y su rechazo «al llamado *modernismo* hoy triunfante». «Se impone aquí la novela regional como se impone el sentimiento que la engendra y produce: el regionalismo, pasión acerca del cual tiene el vulgo [...] muy equivocados conceptos» (Pereda: 2009b: 503) pues el regionalismo no «conduce a la desmem-

¹⁹³ En el XIX floreció en la Montaña una excelente escuela de paisajistas y marinistas, algunos de ellos discípulos de Carlos de Haes.

bración y aniquilamiento de la colectividad histórica y política de la patria de todos, de *la patria grande*. Yo no sé si existirá algún caso de estos en la tierra española, y, por de pronto, le niego, porque no le concibo en mi lealtad de castellano viejo». ¹⁹⁴ Y daba a su regionalismo una interpretación nostálgica y sentimental del viejo tema de la ciudad frente al campo:

Quien haya tenido la desgracia de nacer y vivir entre calles urbanizadas y vecinos temporeros, sin otros horizontes a la vista que las dos bocas extremas de la calle [...] las seducciones de la vida mundana, la fiebre de la política o la fiebre de la Bolsa, o por el hechizo de los salones [frente a] la vida regional gozada de padres a hijos [...] el aroma de sus campos, [...] las *fogatas* de sus inviernos [...] morir al amparo de la cruz del campanario [...] la tierra sagrada del pobre camposanto de su remoto y escondido lugar. (Pereda: 2009b: 503; González Herrán: 1992: 35-36)

Atraídos por la literatura en su juventud aquellos contertulios y amigos colaboraron en los *Almanaques* de Laverde y en *La Abeja Montañesa*, en revistas de tan excepcional calidad literaria como *La Tertulia* y la *Revista Cántabro-Asturiana*, y más tarde en *El Atlántico*, un periódico de considerable longevidad y solvencia. Buena parte de ellos abandonaron las letras pronto, obligados por sus ocupaciones profesionales. De aquel grupo de entusiastas, algunos eran bibliófilos, aficionados a la pintura, a la fotografía, al coleccionismo y a la música, o a varias de estas cosas a la vez, y aunque no llegaron a vivir de la pluma, el que más y el que menos había escrito, o escribía versos, artículos de costumbres, cuentos, alguna novela y obras de teatro.

Menéndez Pelayo dijo que Pereda «En rigor no tuvo maestros, ni ha dejado verdaderos discípulos» (M. Menéndez Pelayo: 2006: 20); la *Historia y Antología de Escritores de Cantabria* (1985) y la *Literatura cántabra*, ambas de Jesús Lázaro Serrano (2006), así como *Los montañeses pintados por sí mismos* de Salvador García Castañeda (1991), revelan los nombres de aquellos epígonos del autor de las *Escenas montañesas*. Ninguno dejó obras cuyo eco apenas traspasara

¹⁹⁴ Pero en 1892 ya se habían aprobado las Bases de Manresa.

el ámbito de Cantabria, y habría que preguntarse si esta influencia, si este pretendido magisterio de Pereda tuvo un efecto negativo sobre todos ellos; los más carecían de las dotes de su maestro, quizá la admiración produciría en otros la desconfianza de no llegar a hacer obras equiparables a las suyas, o de salirse de los límites argumentales y temáticos que ofrecía su región.¹⁹⁵ Y con la muerte de Escalante, la de Pereda y la de Menéndez Pelayo desaparecieron las grandes figuras de la literatura montañesa del siglo XIX. Hay que destacar, sin embargo, que inspirados por ellos, aquel grupo en gran parte de aficionados, (se podría hablar de dos generaciones), mantuvo vivo el regionalismo cultural y literario en Cantabria durante más de medio siglo.

ALGUNOS AMIGOS

DON ANGEL DE LOS RÍOS

Don Angel de los Ríos y Ríos (Proaño, 1823-1899),¹⁹⁶ fue autor del *Ensayo histórico-etimológico y filológico sobre los apellidos castellanos desde el siglo X hasta nuestra edad* (1871), *Noticia histórica de las behetrías, primeras libertades castellanas* (1876), *Biografía del célebre poeta dramático Don Pedro Calderón de la Barca* (1883), *La parte de los montañeses en el descubrimiento de América* (1892), además de otras obras de investigación histórica y literaria y de una apreciable cantidad de artículos publicados en la prensa de Madrid y en la de Santander y su provincia. Cabrales Arteaga estudia atentamente su obra y resume que como historiador está «muy pegado al hecho histórico, al archivo y al documento, que maneja de forma detallada pero sin intención ni capacidad para la síntesis o las interpretaciones

¹⁹⁵ Tan extendida era la creencia de que cualquier novela montañesa que se escribiese sería inferior a las de Pereda que cuando el joven Delfín Fernández y González publicó *El riñón de la Montaña* se creyó en la obligación de advertir que «es un error crasísimo creer que después de las de Pereda no se pueden hacer novelas montañesas originales» (García Castañeda: 1991: 33).

¹⁹⁶ A la relación de don Ángel de los Ríos con Pereda he dedicado el artículo «Don Angel de los Ríos visto en sus cartas y otros papeles» (García Castañeda: 2020a), que puede considerarse como una primera versión del texto publicado aquí.

generales» (2015: 29).¹⁹⁷ Correspondiente de la Academia de la Historia y Cronista de la Provincia de Santander, don Ángel era de noble alcurnia, y en aquella Montaña nostálgica de los viejos hidalgos que regían paternalmente las aldeas desde sus casonas solariegas fue tanto en las ideas como en su físico, el más extremado ejemplo de los que habría podido imaginar Pereda. Cuando estaba escribiendo *Peñas arriba* le introdujo entre sus personajes y le pintó con el cariño que le tuvo siempre, y como verdaderamente parece que era. Allí, estaba, con albarcas y un horcón, recogiendo la yerba en el pajar; ya dentro de la casona, entraron en el caótico «estrado o salón de recibir» y en su cuarto de estudio:

¡Cómo estaban también de libros fuera de sus estantes, y de resmas de periódicos, y de fajos de papeles, y de montones de revistas, y de huesos fósiles, y de candilejas y *escudillas* romanas, y de bronces herrumbrosos, y de ejemplares de panojas de muchas castas en las sillas, por los suelos, en la mesa de escribir y creo que hasta en el aire! (Pereda: 2001: 581)

Y Pereda pone en boca del médico Neluco en esta obra una elogiosa relación de los trabajos arqueológicos e históricos del viejo hidalgo.

Su integridad, su estricta e inflexible visión de la justicia y del honor, y sus desdichas trajeron hasta nosotros la imagen de un des-

¹⁹⁷ En ocasión del Centenario de Calderón de la Barca se convocó en Santander un certamen literario al que se presentaron treinta y tres composiciones, el nombre de cuyos autores se amparaba bajo diversos lemas (carta 199). El jurado, del que formaban parte Pereda, Tomás Agüero, Amós de Escalante y Juan Manuel Mazarrasa se vio en un aprieto para evaluar una biografía de Calderón, que no fue premiada. Era obra de su amigo don Angel de los Ríos, a quien no se nombra, y fue considerada extensamente con grandes encomios, para no ofenderle, entreverados con grandes distingos. Aparte del folleto *Certamen literario promovido por el Excmo. Ayuntamiento de Santander en el Centenario de Calderón de la Barca*, no conozco más textos de este Dictamen que el recogido por Vial, quien le atribuye a Pereda. El jurado opinaba que la biografía «Es un trabajo que tiene, como las selvas vírgenes, de todo: inextricables obstáculos, misterios que atraen y no se aclaran, sombras que fascinan; pero al mismo tiempo, exuberancia de vida, lujo de pormenores, arte y grandeza en el mismo desorden del conjunto... todo lo que se quiera, menos una senda firme y cómoda para salir a campo abierto» (carta 214).

faceador de entuertos quijotesco, que bien podría haber creado Valle Inclán. «El Sordo de Proaño» vivió la mayor parte de su vida en el retiro de su torre, dedicado a escribir libros y a las labores del campo; y era tan sordo que había que escribirle lo que se quería saber, a lo que él contestaba con destemplada voz. Austero, de irreprochables costumbres, católico y monárquico a machamartillo, era un espejo de antañona hidalguía para unos, y un loco rematado para otros.¹⁹⁸

Para perfilarle contamos con un grupo de cartas custodiadas en la Biblioteca Municipal de Santander, y otro procedente del archivo García Guinea. que amablemente me facilitó el profesor Mario Crespo, además de *El Solitario de Proaño* (1931) de José Montero, y *Ángel de los Ríos* (2015) de José Manuel Cabrales Arteaga, que son dos excelentes semblanzas de aquel personaje. Tan solo se conservan las cartas de Pereda, a las que el de Proaño añadió una nota manuscrita junto al encabezamiento indicando la fecha en que las contestó y, ocasionalmente, un brevísimo comentario. Cabrales Arteaga destaca su «irresistible espíritu crítico», que le hacía apostillar todo lo que leía para comentar o desmentir a los autores (Cabrales Arteaga: 2015: 19)..

A los 65 años el solterón Don Angel tuvo un hijo con su sirvienta Secundina Rodríguez en 1888, y después de tener el segundo, se casó con ella, lo que dio motivo a su linajuda familia para distanciarse de él. Cada vez con menos recursos trató de llevar a cabo negocios ilusorios, de los que como muestran estas cartas, trató de disuadirle Pereda. En los dos años que fue alcalde de su valle se vió complicado en catorce causas, motivadas más de la mitad, por supuestos desacatos a la autoridad judicial (Montero: 1917: 11). Su integridad y el ser enemigo de caciquismos y abusos en el medio rural en el que vivía le valió amenazas y atropellos, y el tomarse la justicia por su mano, no pocos procesos. El allanamiento de una de sus propiedades por el pastor Manuel Sáiz con su ganado, originó una disputa y don Ángel le hirió tan gravemente de un tiro que hubo que cortarle una pierna. Y el 11 de abril de 1893 comenzó a verse la causa que concluyó con la sentencia a dos años, cuatro meses y un día de prisión correccional, pago de costas e indemnización de mil pesetas a Manuel Sáiz. Y el 15

¹⁹⁸ E. Menéndez Pelayo: 1890c; 129-130; Duque y Merino: 1895; Pereda: 1900: *El Eco Montañés*; Araujo Costa: 1933; Martínez Cerezo: 2015; Montero: 1917; Hoyos Sáinz: 1952; Cabrales Arteaga: 2015.

de abril, por otra causa distinta, fue condenado a tres años de prisión correccional, pago de costas y una indemnización de 500 pesetas a un tal Domingo González.

Le defendieron los prestigiosos abogados santanderinos Juan Antonio García Morante, pariente suyo, y Restituto Collantes, y los juicios despertaron gran expectación. La prensa local llevó a cabo una campaña en defensa de Don Angel, al que *El Atlántico* veía como «un hombre de preclaro entendimiento, corazón honrado y generoso, abierto siempre a toda idea grande y a todo sentimiento hidalgo y noble [...] queremos reiteraros hoy el testimonio de nuestro afecto, de nuestra consideración y de nuestro entusiasmo». Y el día del juicio oral, ante la expectación del numeroso público que llenaba la sala, se adelantó el sabio naturalista Augusto González de Linares y dijo «con voz resonante»: «He venido solo para tener el honor de saludarle a V., a quitarme el sombrero ante V., como deben hacer todos los montañeses honrados» (Montero: 1917: 129-130).

Don Ángel tenía entonces 70 años, y tres hijos pequeños, y sus poderosos amigos comenzaron de inmediato una campaña para evitar una condena que conllevaría varios años de cárcel. La encabezaron Pereda desde Santander, con una carta del 16 de abril de 1893 firmada por él, Amós de Escalante, Sinforoso Quintanilla y varios más, y otra, fechada en Madrid el 20 de abril de 1893, suscrita por Menéndez Pelayo y otro grupo de montañeses ilustres (Montero: 1917: 140). Con estas gestiones presionaron a los ministros, y don Marcelino entregó en propia mano a la Reina Regente Doña María Cristina de Habsburgo la petición de indulto, emotiva, elocuente y bien razonada que escribió Pereda: «Señora: Un montañés ilustre, un varón de notable linaje y tan insigne en Letras como en virtudes cívicas y cristianas...» (Pereda: 2009b: 488-490).



**Imagen 88. Doña María Cristina de Habsburgo,
Reina Regente de España.**

También la prensa de Santander solicitó el indulto con un telegrama a la Reina, que agradeció don Angel desde las páginas de *La Atalaya* : «A mis colaboradores en la prensa periódica de Santander. / *Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam.* Y después de Dios, glorifiquemos a esta *Montaña*, que en el más inútil y asendereado de sus hijos, prueba su antigua nobleza y generosidad. Reinosa 11 de mayo de 1895. Angel de los Ríos y Ríos. Cronista de la Provincia».

En abril escribía Pereda a Don Ángel pidiéndole su dirección, «con fundadas sospechas de que la tenga en Reinosa», es decir, que estuviera en la cárcel, e informándole de que ya estaba hecha la solicitud de indulto «que elevamos nosotros, sin perjuicio de las que elevarán por separado la Diputación Provincial y la prensa; y solo esperamos para darla curso, a tener la certeza de que está V. encarcelado». También estaban gestionando que se quedara en Reinosa y le pedía una lista de lo que necesitara «en ese refugio» (carta 853) y con la misma fecha (28 de abril de 1895) pedía a Marcelino que entregara la solicitud de indulto a la Reina o a Cánovas (carta 854).

Del día siguiente es otra carta, muy breve, de don Marcelino en la que advierte a Pereda que «inmediatamente» que llegue la solicitud de indulto irá a ver a la Reina «y la expondré todas las circunstancias del caso en que nuestro amigo se encuentra», que ya se las había expuesto a Cánovas en una larga carta, y que al concluirla, iba al Congreso para que detuviera la orden de traslación de don Ángel, «por todo el tiempo que nos convenga» (carta 855).

Pereda le envió la instancia a través de Marañón tres días después para tratar de recoger las firmas de los diputados y senadores, y del Obispo de Madrid-Alcalá, Don José María Cos, «montañés de cuenta». «Con esto solo y lo tratado con Cánovas, están asegurados el buen éxito y la prontitud» aunque se había formado una nueva causa a don Angel por un artículo que publicó en *El Atlántico* (carta 857).

Para evitar alguna indiscreción suya o que la carta fuera interceptada en Reinosa, Pereda escribe a Demetrio Duque y Merino,¹⁹⁹ director de *El Ebro*, y amigo de ambos, para que le comunique verbalmente estas noticias, «pues hay algo que decir que no es estrictamente legal», como el que, según le dicen de Madrid, se haya hecho alguna indicación «a quien debe hacerse, para que D. Angel pueda, aunque preso, entrar y salir y tomar el aire reinosano y estirar un poco las zancas cuando bien le pareciese»; que se estaba gestionando «de arriba abajo» para que la Audiencia informe bien y pronto la instancia, y que don Marcelino se había ofrecido «gustosísimo» a llevársela a la Reina. Además del Conde de Cheste, la firman muchos diputados y senadores de la colonia montañesa «pues hemos de conseguirlo nosotros, sus compañeros y coterráneos», y la Diputación hará otra instancia, y la Reina, Cánovas y Romero Robledo ya están enterados y muy interesados en que todo acabe pronto y «como se pide», y que recibe dos o tres cartas diarias «de allá» sobre el asunto (carta 858). Y siguen otras (cartas 857, 859 y 963) sobre la intervención del Diputado García Morante (carta 867). Le anuncia la salida de la instancia dirigida al Ministerio de Gracia y Justicia de donde pasará al Consejo de Estado (carta 870).

¹⁹⁹ Demetrio Duque y Merino, «Bismil», (1844-1903). Costumbrista y folklorista reinosano, autor de cuentos y de obras de teatro, periodista y fundador del semanario *El Ebro* de Reinosa (Mayo, 1884-Septiembre 1889). Amigo de don Angel de los Ríos, de Pereda y de Estrañi. Ver Arenal: 1952; García Castañeda: 1987; Gutiérrez Sebastián: 2005; Gutiérrez Sebastián y Pastor Martínez: 2003.



Imagen 89. Demetrio Duque y Merino
(Cuadernos de Campóo)

El marqués de Comillas ha preguntado por el paradero de la instancia de indulto, y como don Ángel se ha carteadado con él, Pereda le recomienda que le escriba de nuevo enterándole de lo que ocurre. «Es la mejor recomendación que hay en España para Romero Robledo, y éste es quien ha de resolver en definitiva el caso» (carta 871). Hay buenas disposiciones del Ministro para conseguir de él todo lo que se ha pedido a pesar de la oposición de la Audiencia de Santander. Adhesión a nuestra causa de la colonia montañesa de Sevilla.

Don Ángel escribe artículos en *El Atlántico* (carta 873). Pereda confirma la noticia que le dio ayer a través de Duque y Merino de la conmutación de la pena de cárcel por la de destierro (carta 874), y don Marcelino ha recibido una carta de Cánovas en la que le comunica que la promesa de indulto es formal «y creo que ya podemos congratularnos» (carta 875). Pero después le escribe desanimado pues ha recibido un telegrama que aunque abre a don Ángel las puertas de la cárcel, «no es de par en par y como debía ser y como teníamos tanto derecho a esperar. Fíese V. ahora en promesas de ministro ni en cálcu-

los basados en ellas». Y en una postdata añade indignado que *El Atlántico* publicó un telegrama del «indispensable» [Emilio] Alvear²⁰⁰ atribuyéndose el éxito de las gestiones. «Miseriucas de los tiempos que corren y de las costumbres que se usan» (carta 877).

No conozco otras cartas desde la anterior del 25 de julio y la presente, en la que, a juzgar por su contenido, D. Ángel ya está libre y con ganas de emprender una excursión, a la que invita a su amigo (carta 886). Pereda le manda un ejemplar de *Pachín González* para «despejar sus murrias nostálgicas durante unas cuantas horas» (carta 914). Mediado el año le felicita pues se enteró del indulto por el gobernador Leguina en la estación de Sevilla, «a la cual salió para verme a mi paso por allí» (carta 942), y casi con las mismas palabras y en la misma fecha escribe a Quintanilla (carta 943).

El 2 de mayo de 1898 contaba Don Ángel a su amigo que su padre perdió durante la guerra de la Independencia «algunos miles de duros que en metálico tenía» y a él no le queda más que la esperanza de recobrar parte de ellos gracias a

la indemnización debida a mi trabajo personal desde hace cuarenta años en restablecer la yeguada, que autorizada por Real Orden de ocho de Abril de 1802 [...] de asiento y otra gran casa en el puerto de Lodar, bien conocido de los habitantes y cabañ [...] de Polanco. Para el día que yo lo restablezca todo, si hay justicia en los tribunales y algo más que palabras para el fomento de la población rural, y aun para una Granja Escuela de ganadería, con que yo soñaba, ofrezco mil pesetas de las cuarenta mil que tengo reclamadas, conforme al artículo [...] de la Ley de Montes de 24 de Mayo de 1863 y 603 del Código Civil; o la entera propiedad de dicho puerto en la parte señalada a mi padre, con lo cual el Banco Hipotecario no podría negarme la mitad de aquella cantidad y amigos que él conoce me ayudarían. (carta 1043)

Pereda estaba encargado de recaudar fondos para la guerra y, además de esas hipotéticas mil pesetas, el pobre don Angel ofrecía

²⁰⁰ Emilio Alvear de la Pedraja (1849- 1912). Diputado a Cortes, senador, magistrado del Tribunal Supremo.

para que la rife, venda o de cualquier modo utilice, en la suscripción [sic] nacional presente, la insignia de Comendador de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, con cuyo título me honró D. Alfonso XII cuando le dediqué mi *Noticia Histórica de las Bebetrias*, y algunos ejemplares, si han quedado, en poder del Editor Dn. Lorenzo Blanchard, de *la Parte de los Montañeses en el Descubrimiento de América*».

No puede ofrecer más pero no duda que sus hijos «ofrecerán su sangre a la Patria», «La insignia es la que usó mi hermano el marqués de Sta. Cruz y me la regaló, diciéndome valdría 600 o 700 reales». Y termina su carta con la fórmula «Sirva de Gobierno», rubricada (carta 1043). En su respuesta Pereda le advierte que lo que ahora se necesita es dinero efectivo, y que la insignia de comendador de Carlos III sólo ha de valer, siendo de metal fino, lo que pese, «lo cual será una lástima tratándose, como se trata, de un recuerdo y prenda de familia» (carta 1044).

Según los fragmentarios datos que ofrecen estas cartas, parece que don Ángel seguía con la idea de comprar una dehesa en el puerto de Lodar para establecer allí una ganadería o una granja-escuela pero ni tenía los fondos para hacerlo ni, al parecer, una visión realista del asunto (carta 843). Consultaba con Pereda quien le aconsejaba que no diera un solo paso sin contar con quienes podrían ayudarle en ellos. «Creo, pues, que debe V. empezar por lo del Banco Hipotecario; y una vez logrado esto, lo demás no ofrecerá dificultades a lo menos por mi parte». Parece que tanto Hermilio y Pepe Quijano²⁰¹ como el mismo Pereda habían prometido ayudarle (carta 949).

Escribió al Marqués de Comillas, quien no le contestó y, como le disculpaba Pereda, «los conflictos de Cuba absorben la atención de todos y devoran todos los recursos públicos y hasta particulares» (carta 923), trató con una sociedad de crédito o de asociarse con Pereda y con otros amigos, que no estaban en situación económica entonces de ayudarle (carta 998), trató con un prestamista de aldea pero, como le advertía el polanquino, «todos quieren gangas y bien seguras y amarradas, temerosos sin duda de que el diablo se lleve a lo

²⁰¹ Posiblemente el arqueólogo Hermilio Alcalde del Río (1866-1947), director de la Escuela de Artes y Oficios de Torrelavega y el empresario José María Quijano (1843-1911), fundador de las Forjas de Buelna.

mejor lo que probablemente será suyo» (carta 1065) y a su pregunta sobre si el nuevo Centro Montañés de Madrid le ayudaría la contes-
taba, «Bueno anda el Centro Montañés para prestar dinero cuando
por falta del necesario, no ha podido poner casa todavía» (carta 949).

Pereda se ofreció a entregar al Gobernador una minuta con las
reclamaciones de don Ángel al Gobierno, quizá relacionadas con la
indemnización de aquellas 40.000 pesetas de la antigua deuda «pero
como no poseo los necesarios antecedentes del caso, ni puedo dedu-
cirlos claramente de la carta de V», le pide que le envíe en papel aparte
a él, «una verdadera minuta, no un alegato extenso» (carta 1065).

Consiguió que el expediente pasara a su destino y recomen-
daba a don Ángel que escribiera a su pariente el diputado García
Morante «para que le mueva y lo apoye en aquel centro donde se
resolverá según el color político que tenga la mayoría o convenga al
cacique imperante en esa comarca. Esa es la ley que rige en España
muchos años hace y seguirá rigiendo probablemente» (carta 1082).
Con experiencia en el mundo de los negocios, desengañado y es-
céptico en estos años, Pereda reitera a su amigo lo limitado de su
influencia porque

Me voy convenciendo de que en estos centros administra-
tivos, ni siquiera se leen ya los razonamientos de los reclaman-
tes. Se ve lo que piden en los últimos renglones, y, según quien
sea el recomendante, así se despacha el asunto [...] La políti-
ca y los llamados intereses de partido, son, como le he dicho
antes, los únicos santos a que hay que encomendarse hoy hasta
para conseguir lo que se nos debe en justicia. (carta 1082)

Don Ángel era tan pobre que pedía dinero prestado a sus amista-
des dejando en prenda los objetos de valor que tenía; el 3 de agosto de
1899, al volver de Reinosa, cayó muerto en el portillo de su casa «de
una pulmonía fulminante». No hubo entierro ni funerales solemnes
y tan solo le acompañaron algunos amigos fieles. Don Ángel de los
Ríos infundía respeto y temor, «era un hombre de otro tiempo, una
sombra de los siglos pasados» (Cabrales: 2015: 76).

JOSÉ MARÍA QUINTANILLA, «PEDRO SÁNCHEZ».



Imagen 90. José María Quintanilla «Pedro Sánchez»

Madariaga, *Pereda* (1991: 183)

De todos los jóvenes amigos de su grupo, el preferido de Pereda fue sin duda José María Quintanilla, sobrino de su íntimo amigo Sinforoso. Le protegió, fue su mentor literario desde los principios de su carrera y éste llegó a ser su confidente y su portavoz, panegirista, reseñador de sus obras y defensor en sus polémicas. Por su devoción al Maestro adoptó como seudónimo «Pedro Sánchez», y aquél, que trataba de usted a todo el mundo menos a sus parientes más cercanos, a Ambrosio Menjón y a Menéndez Pelayo, daba el «tú» a «Pepe» y ocasionalmente, a «Pepín». Tenía grandes esperanzas puestas en él y cuando estudiaba Derecho en Oviedo, se le recomendó a Clarín, (carta 266), a quien escribía pocos años después:

Concretándome al joven Quintanilla, que puede llegar a valer infinitamente más que toda esa caterva de mentecatos y canallas, no solamente le tengo recomendado que escriba

poco y al caso, sino también que no se acuerde del santo de mi nombre para tomar la pluma en la mano, a fin de que los que saben lo que le quiero no le tachén de apasionado en sus alabanzas. Pero ponga V. diques a la mar. Está en la edad de los entusiasmos, es verboso, y, como V. dice muy bien, la prosa no tiene las trabas del consonante; y ahí va eso. (carta 462)

También se le recomendaba a Oller: «un mozo, casi abogado ya, de gran talento y con unas aptitudes de crítico verdaderamente notables [...] Es regionalista literario decidido, y pocas veces he visto defendida esta tesis con mejores razones y en menor espacio, que en un artículo que publicó a vuelapluma el mes pasado» (carta 376); y a Yxart como «un mozo que vale mucho y ha de valer mucho más [...] Es un regionalista entusiasta y un catalanista (en el sentido literario) hasta feroz» (carta 588).

Quintanilla fue vocacionalmente periodista y crítico literario y, como sabemos, comenzó a escribir en las páginas de *El Atlántico* santanderino como «Pedro Sánchez». Parecía tener un futuro muy prometedor, y para hacer evidente su estima, don José María le dirigió una encomiástica «Carta abierta» en la que, con el pretexto de recriminarle por no haberle contado que ya era licenciado en Derecho, destacaba su excelente expediente académico y sus dotes intelectuales. «Si esto suena a bombo obligado en algunas orejas, tanto peor para los que no tienen, por altísimo decreto, más sutil oído». Pero «los pleitos que tú defiendas que me los claven en la frente. Otros vientos te soplan y otras corrientes te arrastran lejos, muy lejos de la jerga ramplona del bufete de letrado». Y concluye enviándole «un estrechísimo abrazo, cuando te halle a sus alcances tu admirador y amigo» (carta 408). Don José María apreció mucho la reseña de *Sotileza* que publicó aquel estudiante en *El Diario de Oviedo*:

Dejando aparte el sahumero que me das, el tal artículo como obra de crítica, me parece que está diez codos por encima de la que se sirve diariamente al público en las columnas de la prensa periódica al uso. Hay en tu artículo investigaciones y procedimientos de buena casta; cierto modo de ver que no es común entre los que comienzan, como tú,

el oficio de juzgar las obras de arte..., en fin, que es un excelente estreno. (carta 305)

José María Quintanilla fue a Madrid a hacer carrera como periodista, y Pereda le dio «una tarjeta mía para que te presentes con ella a Marañón, al cual escribí anteayer diciéndole de ti todo lo que era necesario. Cultiva su trato, que puede servirte de mucho ahí: es inagotable en bondad y en buenas relaciones» (carta 415). A principios de diciembre de 1887 estaba ya en Madrid, donde fue el enlace personal de su Maestro y el difusor de su obra, y se encargó de solicitar reseñas y hacerlas publicar en la prensa. Pereda guió allí sus primeros pasos y le dio atinados consejos prácticos:

No me parece mal que trates de meter la pluma en *La Época*, es decir, en su sección literaria, porque la política es una calamidad; pero si lo consigues, vete con mucho tiento y cuida de no hablar más que de lo que valga la pena: está la crítica llena de charlatanes y, por ende, muy desacreditada. Procura, sobre todo, que el primer trabajo que publiques en ese o en otro periódico serio de Madrid esté bien rumiado y digerido: estrenándote con algo bueno, tienes ganada la autoridad que necesitas, para que pasen después otros que no valgan tanto. En fin, escribe poco, bueno y a tiempo; y te lo encargo porque te creo capaz de lograrlo si te empeñas en ello». (carta 423)

O no tuvo las esperadas oportunidades de medro o no le contentó vivir en Madrid pues en la primavera del 92 consultaba a Pereda, sobre un posible cambio de vida profesional, quien le contestó que

Yo estoy dispuesto a echar los bofes por ti, y esto no debes tú ponerlo en duda siquiera, pero, por lo mismo, creo de necesidad que, antes de dar el primer paso, tengamos formado el itinerario y convenido el punto a que hemos de ir a parar. Pedir a tontas y a locas algo en varias partes y sin saber qué, es exponernos a no sacar nada, o a sacar lo que no conviene, que es peor que no sacar nada. Así, pues, déjate de vaguedades, medita el caso serenamente y concreta tu pensamiento, ya que no a una cosa determinada, al género de ella cuando menos. (carta 678)

Poco después le pedía que expresara concretamente sus deseos y que escribiera a Marañón. «También yo escribiré cuatro letras a Marañón anunciándole tu carta y dándole el alerta convenido» (carta 681). Quintanilla quería algún empleo en Santander, y le respondía que «De lo tuyo ya iremos tratando con el pulso que ello pide» (carta 682). Y Pereda habló detenidamente con Marañón, quien tenía parentesco y amistad íntima con algunos consejeros del Banco de España y de la Tabacalera.

En 1894 Quintanilla estaba en Santander empleado en la Junta de Socorro, llevó la Secretaría del Ayuntamiento durante muchos años y después la de la compañía Nueva Montaña (carta 783). En 1899 pensó presentar su candidatura a un puesto de Juez Municipal, y Pereda le advertía que aquellos nombramientos se dejaban siempre al antojo del diputado del distrito, que los repatriados tenían prioridad, y que había un medio montañés o montañés del todo «que ha sido juez o algo por el estilo en Filipinas y anda muerto de hambre en un lugarón cercano, está resuelto a echar su memorial correspondiente» (carta 1112). Y dos años después Pereda gestionó con Galdós la posibilidad de obtener una vacante, que no específica, en Salamanca. Al parecer, no había tal vacante, y Pereda volvió a ofrecer su incondicional apoyo a su protegido (carta 1238).

Como tantos otros, «Pedro Sánchez» sintió la tentación del teatro y, que sepamos, escribió *El invasor*, un drama en prosa, e hizo una adaptación teatral de *La Montálvez*. Contaba Pereda a don Marcelino que se había leído en la tertulia aquel drama, «que en opinión de todos, será de un gran efecto teatral, en mi concepto demasiado. La idea es buena y algo simbólica: el rastro que deja el paso de la nueva civilización por una comarca patriarcal de *Peñas Arriba*» (carta 1269).

La idea de *El invasor* era semejante a la de *La aldea perdida*, escribía a Palacio Valdés: «sólo que en ésta, y con muy buen acuerdo, a mi entender, no aparece el invasor», y expresaba reservas acerca del drama (carta 1270).

Hacía más de un año que Fernando Díaz de Mendoza había aceptado «de buena gana» este drama pero se interpuso el arreglo de *La Montálvez*, que el actor estudiaba para poner en escena. Sabemos que Pereda mostró siempre gran aversión a que se hicieran adaptaciones teatrales de sus obras pues temía que el fracaso afectase su reputación y quedar personalmente en ridículo. Y comentaba con Enrique Me-

néndez que pensaba escribir a Díaz de Mendoza «cuatro palabras más que no serían del gusto del arreglador si las conociera, pero que considero indispensables, desde mi punto de vista de semipadre, viejo y desengañado y que además, no serán nuevas para el distinguido actor» (carta 1305). Lo hizo unos meses después, alarmado por el cercano estreno de la versión teatral de su novela y, con la cortesía, la insistencia y los rodeos propios de Pereda cuando quería conseguir sus fines, le confesaba que

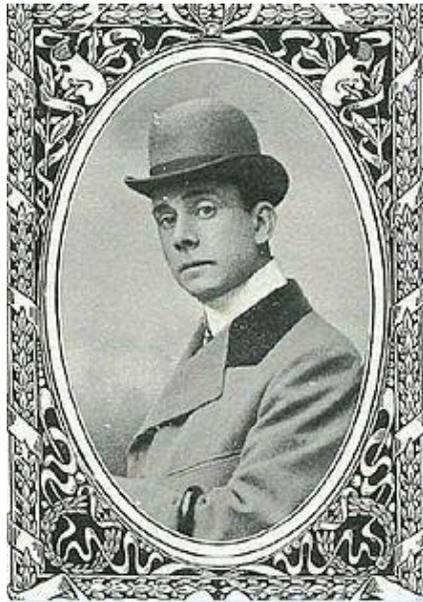


Imagen 91. Fernando Díaz de Mendoza

no puedo ocultarle que el temor al suceso que me anuncia me da escalofríos. [...] Encuentro en esa obra teatral lagunas y violencias que no ha de tragarse el público de buena gana; y, a la verdad, aunque siempre me sería desagradable el fracaso de un amigo mío tan estimado como el susodicho, nunca en tan alto grado como en esta ocasión en que la prenda puesta en concejo está cortada en paño de mi propia fábrica, y hasta cabe suponerme cierta complicidad en el delito. (carta 1311)

Y le proponía que en lugar de *La Montálvez* estrenara *El invasor*, un drama de movimiento y de seguros efectos escénicos, y «de éxito más probable». Contrariamente a lo expresado anteriormente a Enrique, consideraba que «el asunto es de interés general, está bien visto y además concebido para el teatro, y no es un zurcido de retales de novela del vecino» y recomendaba que se estrenara antes que *La Montálvez* «porque el fracaso de un arreglo después del buen éxito de una obra original del mismo autor siempre será menos contundente para éste» (carta 1311).

Díaz de Mendoza no atendió sus ruegos y estrenó la adaptación de *La Montálvez*, en el Teatro Español. Enrique Menéndez escribió a Pereda que había sido un éxito pero éste, que ya conocía «la sabijonda revista» de *El Cantábrico*,²⁰² que reproducía la de el *Heraldo* de Madrid, sabía que el drama «fue aceptado por un acto de cortesía y algo aplaudido por caridad» (carta 1332). Según José Montero se acogió «fría y reservadamente [...] Hubo al fin de algunas escenas murmullos elocuentes. Y al terminar la obra, un silencio más elocuente todavía» (Montero: 1919: 134-136).

Como en otras ocasiones, Pereda contrastaba la positiva acogida del público con la de los chicos de la prensa, y destacaba que el crítico del *Heraldo*, «además de injusto y mentecato, es grosero, sobre todo conmigo, que nada tengo que ver con el drama» (carta 1324).

Al año siguiente fue representado en Santander por la misma compañía. «El público aplaudió la comedia con cortesía y con cariño pero no con fervor ni con entusiasmo [...] el arreglo escénico de *La Montálvez* es mezquino y pobre. La tesis de la obra está presentada con crudeza teológica, descarnada como un esqueleto» (Montero: 1919 134-136).

²⁰² «Artes y Letras. Estrenos: Teatro Español. *La Montálvez*». Alaba la novela y su adaptación a la escena, «hecha toda con una escrupulosidad y un talento admirable» aunque observa que las adaptaciones de novelas han tenido por lo general escaso éxito. «Tan solo en algunas escenas como la del final del acto tercero triunfó la obra escénica y arrancó entusiastas aplausos de la concurrencia, si bien gran parte de este triunfo se debió a la manera verdaderamente magistral con que la insigne actriz María Guerrero hizo y declamó esta escena, secundada de modo notable por Nieves Suárez. Quintanilla fue llamado a escena. (*El Cantábrico*, 22 de abril de 1904).

Quiero destacar el importante papel que tuvo Pepe Quintanilla en la vida de Pereda; sin duda fue el preferido entre sus amigos jóvenes y su portavoz y el propagandista de sus triunfos literarios. Sin sus extensas y frecuentes cartas a Pepe cuando estaba de viaje no conoceríamos muchas circunstancias de aquellos ni sus sinceras reacciones ante las gentes y las tierras que iba conociendo. Fue el único al que el cauto Pereda no se dolía en decir lo que pensaba, ni en indicarle los panegíricos que debía hacer, dónde convenía publicarlos, cuándo, y en qué términos. Los elogios del entusiasta Quintanilla llegan a lo ditirámico en sus artículos, en los que compara al autor de *Sotileza* con Cervantes, con Quevedo, con Dickens y con Balzac. Tal devoción, tal entusiasmo y tales elogios podrían llevarnos a ver en «Pedro Sánchez» un aprovechado joven que medra en el mundo literario a la sombra del *maestro*. El tono y lo hiperbólico de estas alabanzas podrían hacerlo pensar así. Pero la lectura de las numerosas cartas y su comportamiento revelarían que fue el obediente cronista de los triunfos literarios de Pereda, el sincero y ferviente admirador de quien, para él, encarnaba todas las perfecciones y en quien puso su afecto.

Fue uno de los puntales de *El Atlántico*, desde donde continuó haciendo crítica literaria y difundiendo los éxitos del *maestro*. Su historia podría considerarse la de una desilusión, o la de un fracaso. Aquel brillante joven Doctor en Derecho pertenecía a una influyente familia burguesa, era el protegido e íntimo de Pereda y en Santander se le admiraba por su labor periodística. Era inteligente, ambicioso y activo pero, por las razones que fuesen, sus ambiciones no se lograron; volvió de Madrid donde ejerció el periodismo algún tiempo, y, como acabamos de ver, no triunfó en la escena. Escribía a Pereda que deseaba hallar un empleo en Santander, y allí fue secretario de varias instituciones y empresas.

Es triste la imagen que dio José del Río Sáinz de su amigo «Pedro Sánchez», quien tras la muerte de Pereda y la de sus contemporáneos, desaparecido su mundo, rehuyó el trato de las nuevas generaciones y «no escribía ni se relacionaba con nadie», era «un solitario, un eremita, iba siempre solo con sus recuerdos [...] iba a su oficina de Nueva Montaña. Al caer la tarde daba un paseo solo, o con algún raro amigo, por el Muelle. Otro paseo que gustaba era el de los claustros de la catedral. Anochecido, recluía en su casona de la Ruamayor, y

allí vivía unas horas de lecturas y de recuerdos».²⁰³ Olvidado de las nuevas generaciones, murió el 7 de octubre de 1925 en la antigua casona. Tenía 59 años.

ALFONSO ORTIZ DE LA TORRE



Imagen 92. Alfonso Ortiz de la Torre
Madariaga, *Pereda* (1991: 183)

Otro de los jóvenes íntimos del grupo fue Alfonso Ortiz de la Torre y Huidobro,²⁰⁴ escritor y poeta, doctor en Derecho y pariente

²⁰³ del Río Sáinz, «Pick»: 1925. Hay otras necrologías de Eduardo Huidobro y de Ramón de Solano.

²⁰⁴ Valladolid, febrero de 1865-Madrid, 17 de junio de 1929), licenciado en Derecho por la universidad de Valladolid y después doctor por la de Madrid, colaboró en *El Atlántico* durante algunos años. Escribió varios libros, *Los últimos alientos* (1893), *Amores de verano* (1893), *Poesías* (1902), *Historias increíbles* (1909), y usó los seudónimos «Tadeo Zortelli», y «O. de la T». Su hermano José Ortiz de la Torre (Santander, 1857-1928) fue un médico ilustre, jefe de de la Sala de

de Pereda, quien frecuentó las tertulias de la Guantería, las Catacumbas, la casa de Pereda y el Café Suizo. A juzgar por estas cartas debió ser un eterno opositor perseguido por la mala suerte. No hay noticias de sus actividades profesionales antes de cumplir 30 años, posiblemente dedicados a preparar oposiciones; mediado abril de 1891 se presentó a una cátedra en Valladolid (carta 613), hizo el «ejercicio de encierro» y quedó muy satisfecho (carta 621) pero no tuvo éxito. En 1900 fue a Burgos a opositar de nuevo con recomendaciones «para que no se le niegue esta vez lo que en justicia debió haber conseguido en otros empeños semejantes» (carta 1170). «Si con lo que sabe y vale y las recomendaciones que lleva no sale la suya esta vez, puede afirmarse que es el rigor de las desdichas» (carta 1171). Hizo unos ejercicios brillantes pero como el pobre tiene mala sombra [...] (carta 1175). Y pocos días después le confirmaba su fracaso, víctima de «la negra fortuna que le persigue airadamente» (carta 1176). Poco después Pereda anunciaba a Polo y Peyrolón la visita de Alfonso, «compariente y amigo queridísimo, mozo de gran mérito por sus ideas y su entendimiento, escritor montañés notabilísimo y artista de pies a cabeza», quien va a Valencia a opositar de nuevo a Notarías. Le pide que le atienda y en el mismo sentido ha escrito a otros amigos (carta 1198).

Tampoco le acompañó la suerte en esta ocasión y Alfonso recurrió a Pereda, quien tenía muy buenas relaciones con el marqués de Comillas y con su esposa, se veían los veranos en Comillas y se reunían con ellos en su casa cuando iban a Barcelona. Y aunque «mis relaciones con estos señores, son como las de V. con los mismos, de pura cortesía y de poco tiempo acá» asegura que «al Pontífice mismo escribiré yo sí, haciéndolo, cree V. que le sirvo de algo» (carta 647). Pereda y Pepe García²⁰⁵ decidieron escribirles cada uno por separado solicitando un acomodo para él. Y a la Marquesa, «aún de mayor actividad y prestigio [que el Marqués] como recomendación hasta para el mismo Ministro» (carta 647). Y en su carta a la Marquesa, bien calificada por él de «memorial», recomendaba a Alfonso

Cirugía del Hospital Provincial de Madrid.; Necrologías en *El Cantábrico*, *La Voz de Cantabria* y *El Diario Montañés*. Ver García Castañeda: 1956.

²⁰⁵ José García Alvaro, «antiguo y acaudalado comerciante», a su vuelta de América se estableció en sociedad con Angel B. Pérez. Propietario de los Baños de Liérganes, perteneció a diversas sociedades mercantiles. Falleció a los 86 años en Santander el 15 de febrero de 1907.

por su clarísimo talento, sólida instrucción, [*palabra tach. ileg*] juicio y sobre todo, por sus acendradas virtudes cristianas, [quien] es bien merecedor de los halagos de la Fortuna, hasta hoy esquivada madrastra para él; y por saber todo esto y algo más que me callo por ahorrar a V. ociosas mortificaciones, yo la última y más insignificante de las personas a quien honran V. V. con el título de amigo, por tratarse de quien se trata, me atrevo a elevar a V. este respetuoso memorial en el mismo sentido y enderezado a los propios fines que la carta de nuestro común amigo García. (carta 648)

Los marqueses acogieron cariñosamente la petición y prometieron encargarse de ella. «[M]e felicito del fracaso de nuestros intentos, porque para un mozo de las prendas de V. vale mucho más la cariñosa acogida que ellos le han dispensado, que la efímera credencial de una subsecretaría» (carta 654). Unos meses después el Marqués de Comillas nombró a Alfonso Secretario de la Compañía Hullera, con 30.000 reales de sueldo. «Ayer pasó por aquí, de vuelta de Orbó, para ir a Barcelona a tomar posesión de su destino. Esto equivale a una notaría de las buenas, sin los riesgos y disgustos de las oposiciones. Ya era hora» (carta 1221).

Tampoco se libró Alfonso de los encargos de su pariente y amigo. Una vez era la compra de una lámpara, cuyas características y envío detallaba (carta 593), otra, un sombrero: «Si aquí hubiera algo más decente que hongos de chulo y piruleras ridículas, de las que han dado en gastar ahora los chicos de la *jilife*, no fuera tan grande mi apuro; mas como no lo hay» le pide que le encarguen uno al mismo sombrero que se los hace a Marañón (carta 644).

Cuando le agradecía la llegada de aquel «adminículo» que «tantos paseos y trasudores le ha costado a V., tómelos Dios en cuenta para bien de su alma» se quejaba, como otras veces del silencio epistolar de Marañón, por quien tenía «el vicio de quererle más que nunca» (carta 646). A juzgar por las fechas, a fines o principios de año también le encargaba chorizos, cuya llegada le agradecía en nombre propio, de Diodora «y copartícipes» (carta 606), y al año siguiente, también en nombre de Diodora, volvía «a molestarle con el atrevimiento de que encargue otra remesa de chorizos al salmanquino

de marras» para que, si no ha subido del precio «de 200 ptas. por @, nos envíe dos de ellas a la posible brevedad» (carta 658).

Alfonso Ortiz de la Torre fue uno de los devotos discípulos de Pereda que simultaneó las actividades profesionales con las periódicas y literarias. Ni éste quería ofender con críticas negativas ni dejaba de expresar en forma más o menos velada los defectos o carencias de aquellas obras que no apreciaba. Solamente en los casos en los que juzgaba aquellas con otros corresponsales íntimos podemos conocer su verdadera opinión. Agradecía *Amores de verano* «por el regalo de él, por las dedicatorias, impresa y manuscrita, que lleva al frente»:

la primera novelita me ha parecido demasiado ropaje para tan poco cuerpo [...] lo cual no impide que haya páginas allí, como el cuadro del balneario y la vida que se hace en todos los del mundo resulte de muy señalado mérito. En cambio *María de las Nieves*, es un primor, una monada delicadísima de punta a cabo. La frescura con que le digo que no me satisface la primera, garantiza la sinceridad del elogio, sin peros ni reservas, que tributo a la segunda.

De los versos, creo que cumplen allí el destino que V. ha querido darles: completan el tono con algo agradable sin presunciones de sublime. Resulta, pues, en mi leal entender, que de ese su bautismo de tinta de imprenta, ha salido V. airoso y bien armado para acometer con perfecto derecho, nuevas y más arriesgadas aventuras. A ellas, pues, con buen ánimo y venga cuanto antes ese su libro que está para salir. (carta 754)

En cambio, escribía a Oller que «*María de las Nieves*, para mí es lo único bueno que tiene» (carta 776).

También le agradece *Amores de verano* «por el regalo y por el cariño que revela la dedicatoria autógrafa que trae» pero

yo hubiera querido en el libro de V. más Campóo y más campurrianos, como la hermosa muestra de ello que me pasa por los labios en unas cuantas páginas, y menos fiebre de amor idílico y solitario.

Esto no obsta para que yo admire y le envidie a V. esa fecundia que le desborda de la pluma, y su incesante fluir de imágenes y colores con que engalana las cosas y los sentimientos desde los más chicos hasta los más grandes; abundancia que sujeta y encerrada un día en prudentes cauces por la fuerza del propósito y de la experiencia, puede hacer de V. un lírico de nota, lo mismo en prosa que en verso». (carta 783)

Alaba las *Poesías*, «que ha saboreado con deleite no de amigo sino de lector desapasionado» aunque halla desigualdades reveladoras «de la vehemencia de V.», y otras de las erratas. «La obra honra en alto grado a su autor y a la literatura montañesa, y por eso le felicito a V. de todo corazón y me felicito a mi propio por la parte que me toca como montañés y como amigo del poeta» (carta 1173).

Vivía con su hermana en Santander en el Muelle, 1, y no se atrevió a casarse, al parecer, por carecer de seguridad económica. De acendradas creencias religiosas, fue Presidente de la Junta Diocesana de Acción Social Católica y tras la muerte del historiador Carmelo de Echegaray, que fue el primer presidente de la Sociedad Menéndez Pelayo, fue elegido su sucesor; publicó artículos en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* y colaboró con Enrique en la organización de la de don Marcelino. Tras una «enfermedad larga y penosa», falleció en Madrid, donde había ido «a buscar un alivio a sus dolencias» el 17 de junio de 1929 (*El Cantábrico*. 19 de junio de 1929).



Imagen 93. Enrique Menéndez Pelayo
(Biblioteca Virtual Cervantes)

Enrique Menéndez Pelayo,²⁰⁶ el hermano de don Marcelino, había estudiado medicina en Valladolid y en Madrid, ejerció unos años como cirujano en el Hospital de San Rafael que dirigía su tío el Dr. Juan Pelayo. Tenía una constitución delicada, y desde su juventud padecía de los nervios; en el otoño de 1888 contrajo matrimonio con Eladía Echarte, quien falleció pocos meses después, lo que le afectó profundamente. Tras la explosión a bordo del vapor *Cabo Machichaco* parti-

²⁰⁶ Enrique Menéndez Pelayo (Santander, 6 de diciembre de 1861-22 de agosto de 1921) fue el primer bibliotecario de los libros de su hermano y Presidente honorario de la Sociedad Menéndez Pelayo. Después de su muerte, a los 59 años, sus amigos publicaron sus *Memorias de uno a quien no sucedió nada* (1922). Aparecieron necrologías en *El Cantábrico*, *La Voz de Cantabria* y *El Diario Montañés* además del artículo de Alfonso Ortiz de la Torre (1921) y de varios autores *Sobre la tumba de Enrique Menéndez Pelayo. Corona poética de sus amigos* (1924). Ver también Lomba y Pedraja: 1922; Diego: 1951; Fernández Lera y del Rey Sayagués: 2012; y los estudios de Crespo López y Cuesta Serrano (2012) en su edición de las obras completas de Enrique Menéndez Pelayo (3 vols).

cupó activamente junto con su tío en la ayuda a las víctimas, así como tras la segunda, cuando dejó su puesto en el hospital por motivos de salud. Sufría una fuerte depresión nerviosa de la que le trataron los especialistas en Madrid, y después en un sanatorio en París, adonde fue recomendado con cartas de su hermano Marcelino. No parece haber muchas noticias sobre su tratamiento y su estancia allí aparte de lo que cuenta en sus *Memorias* (E. Menéndez Pelayo: 2014: 90-93).

Volvió recuperado pero, como contaba su gran amigo Alfonso Ortiz de la Torre, tan solo pesaba 34 kilos. De aquella época se conservan algunas cartas de Pereda pidiendo noticias (carta 938), lamentando el mal estado de Enrique (carta 939) y deseando que su estancia en un sanatorio lograra su curación (carta 967).

Y como mejoraba (carta 969), escribía muy satisfecho a Marcelino que había visto a Enrique y «salí gratisamente impresionado. Está muy nutrido, como nunca le vi, de sano color, en todos sus cabales, y hasta con las agudezas de sus mejores tiempos. A juzgar por mis observaciones de lego, no sólo está en el camino, sino a dos dedos de curarse radicalmente» (carta 991). Años después se casó de nuevo, esta vez con María Echarte, hermana de su primera mujer, y tuvieron un feliz matrimonio.

Formó parte del grupo de jóvenes íntimos de Pereda, y de los fundadores del periódico *El Atlántico*. Poeta delicado y sensible, melancólico, religioso y amante de la tierra natal, perteneció a la «escuela del Septentrión» y fue discípulo predilecto de Amós de Escalante. A Enrique se deben *Poesías* (1886), *Romancero de una aldeana* (1892) y *Cancionero de la vida quieta* (1915); y en *La Golondrina* (1904) y en otras novelas siguió la línea costumbrista marcada por Pereda.

Los primeros artículos periodísticos de Pereda muestran la afición al teatro y a la ópera que había en Santander mediado el siglo. Tanto en Madrid como en provincias esta afición se manifestó también en la puesta en escena por grupos de aficionados de obras conocidas, como el proverbial *El puñal del godo* de Zorrilla. En sus *Memorias de uno a quien no sucedió nada* Enrique refiere anécdotas de aquellas representaciones, algunas hechas en teatros particulares construidos ex profeso por algunas familias. Mario Crespo cita los teatros privados de varias familias santanderinas, así como el del marqués de Casa-Mena en Santillana (Crespo López y Cuesta Serrano: 2012: II: 40).

Escribió varias obras para el teatro: las comedias *Las noblezas de Don Juan*, estrenada en Madrid el 18 de marzo de 1900, y en el Teatro

Principal de Santander el 24 de julio de 1901; *Alma de mujer*, que se estrenó también en el Teatro Principal de Santander el 27 de enero de 1904; *Rayo de luna*, en el mismo teatro el 9 de febrero de 1905, y en el Teatro de los Campos Elíseos de Bilbao el 4 de mayo; el monólogo *Un buen partido*, escrito para el beneficio del primer actor Rafael Ramírez, en el Teatro Principal de Santander; *Del mismo tronco*, estrenada en el Teatro Principal de Santander el 24 de febrero de 1911 y en el Teatro Lara de Madrid en el beneficio de Rosario Pino el 22 de abril de 1911, y representada varias veces en diversas ciudades españolas. (Crespo López y Cuesta Serrano: 2012. II: 46). Además de otras dos obras publicadas en la prensa, *De un drama* y *La niña sola*, quedan inéditas, *La sobrina del rector*, *La criada vieja*, *Don Paco*, *Para el bien todo es camino*, *Los albaricoques* y *La reina de la fiesta*. (Crespo López y Cuesta Serrano: 2012: II: 37-49).

El llevar a la escena *Las noblezas de Don Juan* originó no poca correspondencia y aunque muchas cartas no se han conservado, las conocidas hoy permiten documentar su estreno y revelar el tejemaneje entre bastidores que le precedió (García Castañeda: 1998).

A fines de 1899 escribía Pereda a Emilio Thuillier que en la tertulia de su casa «nuestro delicadísimo poeta D. Enrique Menéndez y Pelayo, hermano del famoso D. Marcelino», había leído una comedia de costumbres en tres actos y en prosa, original [*Las noblezas de Don Juan*], sobre la que todos, incluido «el propio Menéndez y Pelayo, el Magno», hicieron grandes elogios. Estaba escrita «en diálogo tan primoroso, que seguramente no se ha oído mejor en el teatro desde el pasmoso *Sí de las niñas*» y, deshaciéndose en excusas, habían decidido pedir su opinión a Thuillier, además de preguntarle que si la comedia le parecía bien, estaría dispuesto a representarla, y cuándo (carta 1138).

El actor envió un telegrama pidiendo la comedia (carta 1139) y poco después una carta detallada y sincera en la que destacaba sus virtudes y sus defectos, y se ofrecía a representarla (carta 1141). En su respuesta Pereda consideraba de fácil arreglo los de simple mecánica teatral, confesaba que ni él ni sus contertulios habían advertido los que afectaban al pensamiento fundamental de la obra, y delicadamente le rogaba leer la obra de nuevo «para resolver aquellas dudas que bien pudieran nacer de no estar bien encajado el pensamiento del autor, aunque nosotros no hayamos caído en ello» (carta 1142).



Imagen 94. Emilio Thuiller

Cuando Pereda escribe a Federico Vial contándole esta propuesta minimiza los serios problemas que veía Thuillier en la obra, «ha puesto algunos reparos al tercero [acto], por no haber comprendido bien el pensamiento fundamental de la comedia», y que Enrique y él le habían hecho algunas observaciones, a las que no había contestado todavía (carta 1144), y en el mismo sentido escribía a Ortiz de la Torre (carta 1146).

El actor dio su conformidad a las explicaciones de sus amigos aunque advertía discretamente que seguía temiendo la reacción del público. De acuerdo con Pereda, Enrique le contestó diciéndole que optaba por el estreno en Madrid cuando fuera posible. «En mi concepto y en el de todos los aquí interesados en el asunto, el toque está en que exista o no en Madrid un público capaz de estimar en su justo valor una comedia del arte de la de Enrique» (cartas 1154 y 1151).

Thuillier no era entusiasta pues deseaba «algo más efectista» pero «se rinde a nuestra opinión» y «hará la obra». Como tenía por estrenar otras proponía llevar la de Enrique a Barcelona, caso de no poder hacerlo en Madrid, lo que Enrique y Pereda desecharon (carta 1148).

Lo mismo le recomendaba don Marcelino pues «Las obras que se estrenan en provincias, por mucho éxito que tengan la primera

noche, caen como en un pozo; carecen del prestigio de la novedad, y en suma, no dan honra ni provecho a su autor» (carta 1142; M. Menéndez Pelayo: 1982-1991: XV: 560).

Thuillier trataría de estrenar la comedia en lo que quedaba de temporada, y añadía que se complacería en representarla en Santander el verano próximo (carta 1150). Estaba ya repartida, y posiblemente se estrenaría en Madrid en lo poco que faltaba de temporada (carta 1151); en febrero habían comenzado ya los ensayos, y Pereda sugería a Ortiz de la Torre que visitara a Thuillier y que «hablando hablando» se enterara de cómo acostumbraba el gran actor «en casos tales» enterar a la prensa y al público de qué clase de comedia se trataba, «para que no le coja desprevenido su corte moratiniano, digámoslo así, y como tal la saboree y la juzgue si le queda paladar para ello» (carta 1154).

Tras algunos aplazamientos la comedia se estrenaría el 17: «Mucha envidia me dan V. V. - escribía Don José — con la noticia de lo que mangonean alrededor del caso de autos, y bien sabe Dios lo que me contraría no poder echarle una mano, ‘por hacer que hacemos’ siquiera», y aprobaba el que hubieran acudido a Eduardo Bustillo, el crítico teatral y gran amigo de Pereda, «de cuya buena acogida jamás hubiera dudado yo», para que diera noticia del estreno y reseñara la obra. A Pereda le tranquilizaba que no se estrenara antes una proyectada comedia de Benavente pues comentaba con Alfonso Ortiz, «Es muy distinto el estreno de una comedia fina como la de Enrique tras el fracaso de una deformidad dramática como la de Echegaray, que después de otra comedia fina también y además picante, como la gasta Benavente» (carta 1158).

Escribía a Vial en Alicante, a Alfonso y a Enrique en Santander, a Quintanilla y a Alfonso en Madrid aconsejando, advirtiendo y pidiendo noticias. Dos días antes del estreno los hombres lo hacían muy bien pero «las mujeres no dan palotada, la Pino especialmente. Este es un dato que me tiene muy inquieto» (carta 1159). Pereda ansiaba el estreno para acabar con «estas inquietudes que me mortifican, como nunca pude imaginarme», y advertía a Ortiz que «María no nos resulte sentimental y llorona, porque en el toque de este carácter está el éxito del acto 3 y, por ende, el de la comedia», y «el tabique del 2... ¡ese condenado tabique lo tengo yo atravesado en la garganta desde que lo conocí! Que no avance demasiado hacia la concha, ni tampoco se

quede corto en exceso... ». Añadía que «Pedro Sánchez» no publicaría estas noticias en la prensa, y que los amigos de la tertulia y muchos otros esperaban con gran curiosidad. «Porque aquí se quisiera algo más que el *succés d'estime* (no se si va bien escrito) con que yo cuento y hay que contar a no suponer a ese público de los estrenos desprovisto de toda señal de buen gusto y hasta de vergüenza» (carta 1160).



Imagen 95. Rosario Pino

Las noblezas de Don Juan se estrenó en el Teatro de la Comedia de Madrid el 18 de marzo de 1900, haciendo los primeros papeles Matilde Moreno, Rosario Pino y el mismo Thuillier. Fue bien acogida por un público elegante y bien dispuesto, a juzgar por el tono de las reseñas y por los días que duró en la cartelera. En el éxito de esta comedia vieron sus paisanos no solo el del autor sino el de las letras y el prestigio de la Montaña, y el de Pereda y sus tertulianos, que habían dedicado tantos afanes a esta obra.²⁰⁷

²⁰⁷ *Las noblezas de Don Juan* se estrenó en Santander el 27 de septiembre de 1901. En «Función extraordinaria y fuera de abono, se representará la comedia del

Tras la representación, Thuillier y Ortiz de la Torre enviaron telegramas de felicitación por el éxito del estreno. Además de estas reseñas, no todas hechas «con buena intención» como la de *La Correspondencia* y la de *El Español*, la carta de Alfonso confirmaba la opinión de Pereda y su tertulia:

algún defectillo en la disposición y el desarrollo del argumento, y mucha enjundia en el fondo y una extraordinaria belleza en la forma de la expresión: es decir una soberana obra de arte legítimo reconocida como tal por ese público de paladar sospechoso, que es a lo que se tiraba [...] Que envidio a V. V. el ajetreo en que han vivido estos días, no necesito decírselo, pues sabe bien lo que me ha preocupado el asunto... (carta 1162)

Durante todo este tiempo, Enrique se había carteadado con Alfonso en Madrid, quien le tenía al tanto del avance de la obra. Enrique asistió al estreno, y ya en Santander el 28 de marzo de 1900 le contaba que hubo «Buen golpe de amigos en la estación: al frente el maestro. Estaba también el Alcalde. ¿Qué te parece de eso?» (Fernández Lera y del Rey Sayagués: 2012: 264). En otoño de aquel mismo año escribía Pereda a Pedro Bravo, en Bogotá, que Enrique Menéndez había leído en la tertulia otra comedia, [*Alma de mujer?*] «digna muy a menudo por el fondo y por la forma, de Rojas y de Lope», que se representaría en el Teatro Español, probablemente en la 2ª temporada del invierno, es decir entre enero y abril (carta 1212). Estaba escrita «en versos magistrales, y aunque no la concedo tanto fondo, como a la otra, le lleva la ventaja de ir creciendo en interés hasta la última escena» (carta 1213).

Hallándose en Madrid, don José María fue a ver a Thuillier en el Español para recomendarle la nueva comedia pero la dirección de Balart se había sustituido con un comité de lectura, que daba sus dictámenes por escrito, y que él no intervenía en el asunto para nada, aunque recomendaría la obra «con el mayor empeño» (carta 1253).²⁰⁸

eminente literato...» (Sánchez Rebanal, *La vida escénica en la ciudad de Santander entre 1895 y 1904*. 2014: 609).

²⁰⁸ *Alma de mujer* se estrenó en Santander a fines de enero de 1904. «Monte-verde» dedica amplio espacio a reseñar positivamente esta obra, en la que «no

A juzgar por la crítica de sus obras y lo que dicen estas cartas, las comedias de Enrique Menéndez, alguna de ellas comparable según Pereda, a las de Moratín y a las del Siglo de Oro, eran comedias burguesas primorosamente dialogadas, cultas, de pulcro estilo e ideología conservadora que fueron acogidas amablemente por la crítica madrileña y más aún por la de Santander.

También intervino eficazmente Pereda en la publicación de alguna de sus novelas. Mediado mayo pedía a Quintanilla que avisara a Enrique que tenía en tratos la publicación de su «libruco» [*A la sombra de un roble*] en la Biblioteca Mignon²⁰⁹ y que le enviara el original, «por si conviene tenerle a la vista, para lo que pueda ocurrir en el curso de las negociaciones» (carta 1170). Días después advertía a Enrique que había conseguido de Rodríguez Serra la promesa de publicar la novela y le indicaba que se pusiera en contacto directamente con la editorial, si ya no lo había hecho (carta 1171).

LA DIFÍCIL RELACIÓN CON AMÓS DE ESCALANTE

De los tres grandes escritores montañeses del siglo XIX, el poeta Amós de Escalante (Hoyo Aparicio: 2003), el novelista José María de Pereda y el polígrafo Marcelino Menéndez Pelayo, don Marcelino adquirió pronto relieve internacional, el nombre de Pereda llegó a la América Hispana y algo a Europa, y el de Escalante, delicado poeta y autor de la novela histórica *Ave maris stella*, fue apenas conocido fuera de España. La gran cantidad de trabajos dedicados a Menéndez Pelayo, y los no pocos a Pereda, contrasta con el escaso interés crítico despertado por Escalante.²¹⁰

habrá seguramente brochazos groseros y soeces, chulaperías ni indecencias; ni tampoco ideas antireligiosas ni revolucionarias para provocar las consabidas ovaciones de la galería» («Ecos teatrales», *El Diario Montañés*, 28 de enero de 1904; (Sánchez Rebanal: 2014: 609).

²⁰⁹ La *Biblioteca Mignon* (Madrid: Viuda de Rodríguez Serra) publicó 56 entregas entre 1899 y al menos 1905, y en ella publicaron los escritores e ilustradores españoles más distinguidos de entonces.

²¹⁰ E. Menéndez: 1890b; Cossío: 1973a. Se le han dedicado que yo sepa, tan solo dos tesis doctorales, la de H. Nicholson (Stanford University: 1934), inédita, y la de Rosa Matorras (The Ohio State University: 2003), también inédita. Sobre Escalante no parece haberse escrito nada desde hace tiempo; el trabajo



Imagen 96. Amós de Escalante
(Escritores Cantabros)

Los biógrafos parecen haber dado por sentada la amistad entre don Amós y el polanquino aunque más de un contemporáneo estuvo muy al tanto del verdadero estado de aquellas relaciones. Para Cossío, el soneto dedicado por Escalante a *Peñas arriba* es un «generoso desagravio a olvidadas diferencias que, de fijo, nunca fueron desavenencias en nada fundamental, ni en las ideas ni en el afecto» (Cossío: 1973c:

más reciente es el excelente volumen a cargo de Manuel Suárez Cortina, *En el Centenario de Amós de Escalante* (2003), entre cuyos trabajos dedico «Amós de Escalante, Pereda y la cultura literaria de Cantabria en el siglo XIX», a estudiar, entre otras cosas, su relación personal (55-81), y la edición de María Luisa Pérez Bernardo, *Amós de Escalante. Cuadros, bocetos y cuentos* (2012). Sobre los antecedentes familiares del poeta, ver Andrés Hoyo Aparicio, «Los Escalante y la burguesía santanderina del siglo XIX», en el mismo volumen (2003: 35-54). Respondiendo una pregunta de Oller sobre quién era Amós de Escalante, según Emilia Pardo Bazán era «un montañés coterráneo de Pereda, limadísimo y rebuscadísimo hablista, que escribió con el seudónimo de ‘Juan García’ una novela *Ave Maris Stella*, muy celebrada de los académicos y puristas. No la leí; dicen es trasunto del lenguaje de los siglos XVI y XVII» (La Coruña, enero de 1884. *Memories* 2014: 296).

277) y «Pese a la buena amistad» de ambos, escribía Ricardo Gullón, tuvieron sus discrepancias, con el «equilibrio y mesura, serenidad [de Escalante] frente al apasionamiento de Pereda». (R. Gullón: 1944: 131). Pero como revelan estas cartas, eso no fue así.

Eran amigos en los tiempos en que ambos escribían en *La Abeja Montañesa*, y cuando Laverde solicitaba colaboradores para su *Calendario*, Pereda recomendaba «como el único montañés, de innegable mérito, conocido hoy en el mundo literario y que escribe constantemente, puede V. dirigirse a D. Amós Escalante (*Juan García*) en Santander, pues si no está aquí al llegar la carta, su familia se la dirigirá a Madrid donde reside generalmente» (carta 7); «Celebro por eso que *Juan García* le haya servido a V.; pues entre él y otros de mis amigos dejarán en la obra bien representada a la Montaña» (carta 13), y le proponía para hacer un libro sobre Covadonga «si por esta vez prescindiera de sus retorcimientos de lenguaje y afinaduras de conceptos. Hasta su afición a peregrinar con el báculo por trochas y derrumbaderos, es un síntoma de aptitud poco vulgar» (carta 103).

Las escasas reseñas que conocemos de Pereda a obras de Escalante y de éste a las de Pereda contribuyen a revelar la naturaleza de su mutuo y aparente aprecio. Refiriéndose a *Del Ebro al Tíber* escribía Pereda

[La noticia acerca del libro de] nuestro amigo y paisano Escalante es harto breve pues la extensión de la obra nos ha impedido leerla toda con la atención que merece, por cuya razón nos abstenemos hoy de ocuparnos más largamente de ella. No obstante, podemos asegurar a nuestros lectores que abunda en curiosos episodios, en eruditas y oportunas digresiones, y en períodos de bella, castiza y legítima literatura. (*La Abeja Montañesa*, 1 de diciembre de 1864)

En 1873 y, de pasada, mencionaba don Amós positivamente *Tipos y paisajes* en su narración «A flor de agua» (1873), y en el mismo año, en «La Montañesa»²¹¹ ensalzaba «la viveza de colorido y prolijidad de detalles» del estilo perediano. En este largo artículo se ocupaba ex-

²¹¹ *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas tales como son en el hogar*, etc. Madrid, 1873; reimpresso en *La Tertulia*, núms. 1, 3, 4, 5, 6, 7 correspondientes a los días 1 de agosto, 1 y 15 de septiembre, 1 y 15 de octubre y 1 de noviembre de 1876.

tensamente del *Entremés de la Buena Gloria* aunque sin mencionar el que había publicado Pereda con el mismo tema en sus *Escenas montañesas* en 1864.

Corrían los esperanzados tiempos de *La Tertulia* y de la *Revista Cántabro-Asturiana*, de las que Escalante fue colaborador frecuente, Pereda saludó la aparición de *Ave, maris Stella* (1877) como «lo mejor que ha escrito, y por de lo mejor que se ha escrito en el género» (carta 110). Bastantes años más tarde apareció la reseña de *Esbozos y rasguños* («Juan García»: 1881) que hizo Amós en la que me detengo por parecerme muy significativa. Consta esta primera edición del libro de Pereda de diez y siete artículos de índole muy diversa; y Escalante reseñaba de manera positiva y muy breve «El primer sombrero», «Reminiscencias», «Las tres infancias», «El cervantismo», «Manías» y «La intolerancia». Se extendía más en «Las bellas teorías», que no le gustaba, dedicaba buena parte de la reseña a enjuiciar negativamente «Fisiología del baile» y «La mujer del ciego», juzgaba también de manera negativa «Más reminiscencias» y «El peor bicho» y, a punto de concluir ponía por las nubes «El fin de una raza». A mi modo de ver esta reseña muestra la habilidad de Escalante quien comienza y da fin con alabanzas al autor, entrevera los juicios positivos con los negativos, y usa diestramente de una ambigüedad que deja asomar el ataque bajo el halago, de tal manera que el lector poco avisado juzgará al crítico tan imparcial como animado de las mejores intenciones. Y aunque ve aquí a Pereda como un moralista, no desaprovechará la ocasión de extenderse en amplias digresiones para predicarle moral y buenas costumbres. Al enjuiciar el libro es obvio que el enjuiciado aquí es el autor, contra quien van dirigidos sus dardos. Le considera aquí bajo los aspectos de estilista y autor de costumbres, de polemista y satírico, así como del contenido moral de sus obras.

Sus alabanzas al Pereda polemista y satírico apenas encubren los ataques a «su falta de imparcialidad y de mesura»: «La pluma de Pereda es a veces pluma de hierro, tan afilada y dura que al pasar sobre los contornos del original para dejar estampada sobre otro papel uno de sus vigorosos trazos, cala y rompe las hojas ...». Es un escritor «de índole batalladora y polemista apasionadísimo» pero «la pasión que enciende la pluma y da color y centelleo a las palabras trae consigo la parcialidad, y compañera de la parcialidad, la injusticia».

Le compara después con el Moratín autor de *El café* pues ambos critican los vicios del día pero se conduce de que

El escritor que satiriza o que saca a la vergüenza flaquezas de prójimos, si carga mucho el acento o levanta el tono, se aventura a que su imaginación parezca encono, o ‘suene’ a ira, y entonces degenerando la censura en invectiva, pierde autoridad y fuerza. Es tan fácil tomar como ofensa al bien común y al general decoro, lo que agravia nuestros desenvolvimiento de lengua y aspereza de juicios del novelista montañés, al cual parecen servir ciertos cuadros de recreo y desahogo según lo que en ellos se detiene y complace». (Escalante [«Juan García»]: 1881)

Y en nombre de la ecuanimidad y de la gratitud, le sermonea en público con ocasión del retrato negativo que éste hace en «Más reminiscencias» de don Bernabé, el severísimo profesor de latín que tuvieron ambos en el Instituto. «No sé cómo cabe en quien ama el oficio de escritor y le practica con entusiasmo y fortuna, dureza para el maestro que le enseñó latín [...] Mal pago de tal deuda, y desagradecida correspondencia si la posesión del idioma fue completa» ([«Juan García»]: 1881). Gustaba mucho en cambio de «El fin de una raza», tanto por su contenido moral como por su montañesismo, y le llamó «canto épico [que] a generosos pensamientos y piedad no acostumbrada mueve el ánimo de quien le escucha y lee. Ya no morirá la tradición del marinero santanderino, creyente y rudo, desinteresado y humilde, valeroso y grande... »

Sin embargo, en cuanto el puntilloso crítico barruntaba elementos moralmente sospechosos en aquellos escritos no dudaba en dejar bien sentado su rechazo. También ponía reparos a «Las bellas teorías» («deja ver la trama enjuta, la intención desengañada y resulta sombriamente pensado y en falso...») y en «Fisiología del baile»

peca de ambicioso el título [...] desconocimiento del alma humana [...] el pesimismo sistemático ahoga sin duda, la sinceridad de los recuerdos [...]], como una de aquellas lecturas que no pueden darse a manos inocentes y corazones limpios sin peligro de su pureza y su blancura, y si el libro ha de andar

por casa al azar de cualquier encuentro, convendrá arrancarle primero aquellas hojas, y arrancar también las de otro artículo titulado «La mujer del ciego ¿para quién se afeita?», nunca lectura de señoras y niñas, que no deben leer cosa que no puedan escuchar, para las cuales no debe escribirse cosa que no se les pueda decir.

El libro, en fin, no lo pondrán sin previo expurgo o solícita advertencia los padres en manos de sus hijas y los maridos en las de sus mujeres: cautela que no sorprenderá y que ha de parecerle bien al desenfadado escritor, que con frecuencia se duele del poco tino usado por padres y maridos en cuidar del recato de niñas y esposas y que zahiere duramente el descuido (Escalante [«Juan García»]: 1881).

Es de suponer que Pereda, tan sensible siempre a la recepción crítica de sus obras, tendría muy presentes las intencionadas objeciones y el sermoneo de Escalante, con quien tuvo más de un encuentro personal, precisamente por asuntos de moralidad.

Convivieron en una capital de provincia, venían de la misma clase social, eran de ideología y creencias semejantes; y como gente bien educada, ambos tratarían de guardar las apariencias (Hoyo Aparicio: 2003). A mi parecer, Amós tendría la política de alabar públicamente a Pereda en aquellas ocasiones señaladas en las que se habría echado en falta su opinión, como al aparecer *Peñas arriba*, un libro que, además, por su montañesismo y por su tesis, tendría que haber sido muy de su agrado, y al que dedicó un bello soneto (Escalante: 1895). Pero cuando llegaba la ocasión no dudaba en atacarle en nombre de la moral y de las buenas costumbres.

Al menos en 1880 parecían estar en buenas relaciones pues don José María estaba animándole a dedicar un artículo» a *Los Heterodoxos* (carta 175), y ambos coincidían en preferir el tema original «La influencia del culto a la Virgen en las letras españolas» al definitivo de «La influencia de la lengua griega y de la cultura helénica en España» para el discurso de recepción de Menéndez Pelayo en la Academia (carta 179).

Como vimos anteriormente, otro aspecto polémico de *La Montáñez* fue el de su moralidad, que provocó un desagradable incidente protagonizado por Escalante. Como escribía Pereda a Quintanilla,

Todos los nuestros y el público en masa, con excepción de media docena de escrupulosos farisarcas, canonizando el libro y poniéndole en las nubes», excepto su hermano Agabio, callado como un muerto, y sin haberse dado por entendido de que existe tal libro ni con un gesto siquiera. Atribuimos el fenómeno a influjos de raza, porque es averiguado que el capitán de los difamadores de *La Montálvez* es su hermano y compañero mío. Cabalmente ayer, yendo yo en compañía de tu tío, me abordó en la calle de la manera más brutal y descortés, lo mismo que si en el libro se infiriera algún agravio a su familia. Excuso decirte que fue bien despachado su grotesco, incivil e injustificable descomedimiento. Anoche aún le duraba a tu tío el asombro de aquella histórica descompostura y de mi serenidad. Ahora vuelve a cantar las grandezas de ese personaje grotesco de la clase de pasivos. (carta 437)

Y contaba a Galdós el feliz desenlace de aquella desagradable historia:

dieron en decir cuatro gazmoños, no de sotana, pues los que las gastan le han tomado como libro ejemplar, y hasta le recomiendan, sino de la clase de gomosos, que era inmoral... y a Dios con la cobrada! Cundió la especie de casa en casa, alarmándose las señoras, y pusieron a la obra en entredicho. En esto acabó de leerla el P. Coloma, gran fustigador del gran mundo, escribióme poniendo el libro en las nubes hasta como edificante; consideré la carta como llovida del cielo y, con la debida autorización, eché a la calle lo más contundente de ella en lo relativo a la moralidad... y santo remedio. Si le dijera a V. que al frente de esta falange de fariseos estaba Amós Escalante, que hasta me asaltó en la calle de la manera más brutal y descompuesta, ni lo creería V. Pues es la pura verdad... Y quizás por eso sólo publiqué la opinión del P. Coloma. (carta 439)

«*La Montálvez* juzgada por el P. Coloma» salió en *El Atlántico* precedida de una nota escrita en términos de inequívoca iracundia:

Por razones que no pide ni necesita el noble, generoso y neto público montañés, pero que quizás atisben al primer vistazo sobre estos renglones ciertas y muy contadas almas piadosas de las que tienen a escrúpulo escupir en la puerta de la iglesia pero no reparo en dar una puñalada detrás del altar mayor. (carta 438)

Y de inmediato, el 31 de enero, expresaba su agradecimiento al jesuita y le enviaba un ejemplar de *El Atlántico*. La publicarían tres periódicos más. «El éxito ha sido completo: nunca documento de igual índole fue más leído ni más aplaudido aquí, ni se ha dado lección más a tiempo ni más soberana que la que con él recibieron la media docena de pudibundos difamadores del libro» (carta 441). Y continuaba ampliando la noticia a Quintanilla en Madrid:

Pídesme pormenores de aquel suceso inaudito, y yo no te los puedo dar, porque la gracia de él más que en las palabras, que fueron groseras e indisciplinables, consiste en otras mil circunstancias que no son para descritas, como la lividez del semblante, el temblar de la voz y de los labios, lo mal buscado de la ocasión, etcétera... ¡Bien caro lo ha pagado! (carta 441)

Aquel enfrentamiento era una manifestación más del antagonismo y la antipatía que existía entre el poeta y el novelista y, según este último, «el varapalo» fue «Santo remedio. El golpe ha sido en mitad de la nuca; y como se dio a raíz del incalificable suceso que te cuesta creer y es ya público en Santander, mortal de toda necesidad, especialmente para el capitán de la cuadrilla, que, además, ha quedado en la picota» (carta 441).

Pocos años después, Sinforoso Quintanilla y otros amigos animaron a Pereda a presentar su candidatura a Senador por las Sociedades Económicas de Amigos del País. Daban el éxito por seguro pues Francisco Silvela, el Primer Ministro, acogía con entusiasmo su candidatura aunque el gobierno tenía poca influencia en estas Sociedades. Pero no contaban con la inesperada oposición que surgió en una sesión de la Sociedad Económica Cantábrica, en la que, según las cartas del mismo Sinforoso, de su cuñado Aurelio y de Zumelzu, el solapado opositor fuera

mi caballero sin tacha que no habla con el resto de los mortales, por el caritativo fin de no mortificarles con la visión de su grandeza inconmensurable.

¡Oh, el rencor por lo fino, el que anida en almas de poetas afeminados y sentimentales, siempre fue lo mismo, de lo más indecente y canallesco que pueda imaginarse! Estos amigos no salen de su asombro, aunque no saben todavía lo de Agüerito el gracioso [Tomás Agüero], y Marcelino dejó la lectura de la carta con la faz alargada y haciéndose cruces, y por todo comentario él y cada uno de los demás por separado, la misma sospecha y la misma palabra por síntesis. Pues con todo ello, continúa pareciéndome lo más inexplicable de la sucia conjuración la hazaña de Agabio. Para llevarla a término, como la llevó él, no basta el odio reconcentrado, se necesita el concurso de otros factores que no se imagina con facilidad una persona decente. Lo que más debe halagarles ahora es el éxito. —«Gran batalla hemos ganado», —diría en su Olimpo de Becedo el diosazo incomprensible, preparándose a toser. —«Tal general hubo en ella», —le responderían los extenuados fieles, doblándose por la mitad y aperciendo los moqueros para recoger el esputo en el aire... Y punto redondo, si hemos de hablar de otras cosas». (carta 613)

Pereda pensaba que aquella oposición había sido proyectada con anterioridad y en grupo, y que le había chocado «la actitud retraída de mis dos huéspedes de Polanco [Agabio Escalante y Carlos Pombo] algunos días antes de la gran traición del otro amigo (carta 615).

Un «Juan Fernández» remitió desde «una ciudad costeña» en el periódico *El Océano* unos tercetos en los que unas señoras santanderinas consideraban pecaminosa la asistencia de las mujeres al teatro, y las exhortaban a no hacerlo en nombre de la decencia. Quintanilla le contestó en tono irónicamente amistoso que se podía ser buen cristiano sin dejar de ir al teatro, y que esas mismas mujeres a quienes se lo prohibía «Juan Fernández» iban también al baile y no pecaban («Pedro Sánchez»: 1892a). Pues en respuesta a aquel cortés y moderado artículo «Pedro Sánchez» recibió, como escribía Pereda a Ortiz de la Torre,

al anochecer del mismo día y por el correo interior [...] una carta sin introducción ni otro remate que la fecha y la firma en seco de «Amós de Escalante», en la cual carta, con una altivez sólo comparable a la grosería de la forma, se le dice lo que no diría una fregona a otra tal que la hubiera robado el [palabra ileg.].

Es el colmo de lo inconcebible para los inocentes que toman en serio los aires de corrección que se da en público ese comediante sempiterno; mas no para mí que le tengo bien conocido por dentro. La respuesta de Pepe ha sido digna y contundente y una verdadera lección de cordura y hasta de buena educación. Ambos documentos se leyeron mucho en esta tertulia, que por una feliz coincidencia estaba *au grand complet* (Menéndez y Gomar inclusive) y fue unánime el aplauso para el agredido así como la reprobación de la conducta del agresor impertinente. Conque vaya V. sumando finezas de ese «caballero sin tacha» (carta 658)

Cuando Pereda entró en la Real Academia recibió dos telegramas de felicitación, uno de Amós y otro de Agabio (carta 988); y refiriéndose a su discurso de entrada, escribía el primero a Menéndez Pelayo que «En su discurso — *oratio pro domo mea* - hallo el hombre de siempre, cincelador y colorista prodigioso de la frase, doctrina poca y no toda bien encaminada, el intento ni del todo cortés ni del todo oportuno» (M. Menéndez Pelayo: 1982-1991: XIV: 154-155).

El Orfeón Cantabria, dirigido por Adolfo Vicente Wunsch, organizó una Fiesta Montañesa para exaltar el folklore provincial: se celebró el 12 de agosto de 1900 en la plaza de toros, estuvo presidida por Jesús de Monasterio, Menéndez Pelayo y Pereda, por Wunsch, Ruperto Chapí y Tomás Bretón. y asistieron unas doce mil personas (García Castañeda: 2006).



Imagen 97. Jesús de Monasterio

Esta celebración ocasionó numerosas cartas en la prensa local con encontradas opiniones que pusieron en evidencia rivalidades y enemistades pero que tenían en común el deseo de promover el regionalismo y de buscar las raíces de un concepto tan difuso como era el de lo montañés.

Aparte de estas discordias afloró la de la mutua aversión de Pereda y Escalante, latente siempre pero avivada ahora por la celebración de esta Fiesta. Amós tenía su propia tertulia en su casa; su hermano Agabio era íntimo y tertuliano de Pereda, el poeta Enrique Menéndez Pelayo, discípulo y admirador del poeta Escalante, y ambos Maestros compartían otros discípulos, admiradores y enemigos.

Escalante no fue invitado a la Fiesta, lo que originó un largo cruce de cartas en las que sus autores usaron seudónimos pretendidamente aldeanos, aunque al parecer se conocían todos. Un parcial de Escalante, un «Galerín» que no he podido identificar, lamentándose pregunta a «Resquemín» (el seudónimo usado aquí por Pereda):

¿Por qué no estuvo en la presidencia don Amós Escalante? Porque si Monasterio representaba allí el arte en general, y especialmente la música, y Menéndez Pelayo la ciencia, en

general, también el ilustre don José María de Pereda representaba la literatura, no estaba comprendido Escalante en Pereda? [...] vuelvo a repetir que lamento la no presencia de don Amós de Escalante en el palco presidencial; y no se cuál sea la razón más grande de mis lamentaciones: si porque el autor de *Ave maris stella* es, a mi juicio, el escritor más correcto, erudito, inspirado y clásico - la verdadera tía Javiera del clasicismo - que nació en la Montaña, o si porque es el hombre más caballeroso y modesto que vive en ella. (carta 1190)

En la respuesta de «Resquemín» hay referencias y sobreentendidos a conversaciones, rumores y rencillas que no podemos interpretar hoy pero relacionadas sin duda con la rivalidad entre el grupo de Escalante y el de Pereda. «Galerín» se refiere a «las murmuraciones de cierta tertulia» situada en «cierta vía muy pública» y afirma que la cultura en Santander está monopolizada y controlada por una minoría «de la que no es posible diferir» (carta 1191); y en otra carta «Minyelín y Compañía» hacen constar su «unánime aplauso a la contestación que a Resquemín ha dado nuestro paisano Galerín, en el número de ayer de *La Atalaya*», y afirman que «Pasaremos y repasaremos, según nos aconseja Galerín, ‘por cierta vía muy pública, escuchando, con la boca y los ojos muy abiertos, las murmuraciones de cierta tertulia y cerrándolos o... para no decir amén a todo lo que entre por nuestros oídos». Minyelín se refería sin duda a la que tenía Pereda en el Café Suizo, en el Muelle; Escalante tenía la tertulia en su casa, a la que Pereda se refería sarcásticamente como «el Olimpo de Becedo»; en esta ocasión, «Resquemín», calificaba a los autores de la carta del 23 de agosto de «dii menores de cierto parnaso» en «sus olímpicas alturas» (carta 1190).

En fin, el Pereda que lamentaba tan elegíacamente la muerte de parientes y amigos, en ocasión de la de Escalante escribía a Galdós en términos totalmente carentes de afecto. «Es bien lamentable, en efecto, la muerte de tan distinguido montañés pero nada ha tenido de sorprendente para los que estábamos en el secreto de sus achaques» (carta 1260) y a Oller, «Le supongo a V. sabedor de la muerte de nuestro Amós de Escalante; otro, y de gran cuenta, de los poquísimos contemporáneos que quedábamos vivos. Sus paisanos que tan olvida-

do le tuvieron en vida, le han hecho los debidos honores después de muerto. Tardía justicia; pero más vale tarde que nunca» (carta 1261).

Hermano de Amós era Agabio²¹² a quien Pereda incluye como el personaje Octavio en *Nubes de Estío*, y cita con frecuencia en estas cartas pues eran muy amigos y frecuentaba sus tertulias. Su fallecimiento ocasionó muy sentidas esquelas de sus amigos, que revelan muchas circunstancias de su vida. De sus últimos días queda una carta de Pereda a Menéndez Pelayo contándole que

Aquí no hay más novedad que la muy triste del acabamiento inacabable y cruel del pobre Agabio [...] Dice el médico que le asiste y lo confirman los pocos de la familia que le ven, que es superior a lo enorme de sus sufrimientos, lo heroico de su valor cristiano. Es la agonía de un mártir. Con él se va lo mejor de la casa, con haber en ella mucho bueno; pero va por buen camino, y este es el mejor consuelo para los que le lloran. (carta 1095)

Según «Pedro Sánchez» en su extensa y cariñosa necrología, Agabio tenía

Sangre ilustre, ilustre apellido, brillante posición social, caudal considerable [...] vivió muchos años en el extranjero perfeccionando su brillante educación [...] anduvo mucho por la Corte [...] viajó mucho por toda Europa. Pintaba, dibujaba, escribía, peroraba si le era preciso; deliraba por la música clásica, por los cuartetos; le enamoraban la arquitectura, los monumentos, las ‘piedras’; pero todo esto, arqueólogo, músico, literato, dibujante, orador; lo era en cierto grado y a

²¹² Agabio de Escalante (Santander, 4 de agosto de 1841- 22 de febrero de 1899) era Licenciado en Derecho. Se casó a los 25 años el 26 de noviembre de 1874 con Rogelia de Uriguen Ansótegui, de rica familia bilbaína, y no tuvieron hijos. (*El Aviso*, 28 de noviembre de 1874). Era cuñado de Marcelino Sanz de Sautuola; usó como seudónimos, «Arremiendos», «X», «N», «A», «espolique artista» [...] «Era nuestra crónica viviente». Según Enrique Menéndez («Don Agabio de Escalante»), fue Agabio quien llevó a la tertulia a su sobrino el pintor paisajista Carlos Pombo Escalante y a su maestro Antonio Gomar. (Francisco Gutiérrez Díaz, *Paul Ratier, un artista con leyenda*. Santander: Centro de Estudios Montañeses, 2013).

su ‘modo’ no por profesión, ni siquiera por ‘afición’, sino por espontaneidad de su delicadísimo espíritu. [...] El más inteligente amateur de todas las artes que he conocido [...] Vivía retraído, aparte, alejado siempre de cuanto resonaba y bullía [...] su fe, su robusta fe de siempre, que alentaba su vehemente piedad y movía todas sus virtudes de cristiano viejo» se manifestó en ocasión del santo martirio que ha sufrido en cincuenta días de espantosa agonía con inconcebible resignación. («Pedro Sánchez»: 1899)

El mismo sentimiento tenía Menéndez Pelayo:

Supé con grandísimo pesar el fallecimiento del pobre Agabio, que valía muchísimo por sus virtudes de hombre y por su temperamento artístico. Lo que ha escrito de él Enrique está muy bien, y me parece la pura verdad. Conforme van faltando hombres como ese, nuestro pueblo avanza un paso más en el camino de la novísima barbarie. (carta 1100)

Agabio Escalante parece haber sido un hombre de delicados sentimientos y quizá tímido, a quien su parentesco con Amós y su amistad con Pereda colocaron con frecuencia en situaciones embarazosas.

LA SITUACIÓN DE LA LITERATURA EN SU TIEMPO

En 1865 y en su «Prólogo» a *Mesa revuelta* de Federico de la Vega, ofrecía Pereda un panorama desolador de la literatura de su tiempo en el que destacan algunas fobias que durarán hasta el fin de su vida: la aversión a la prensa, a pesar de haber comenzado su carrera como periodista, el rechazo a todo lo que llega de Francia, por su inmoralidad y su función corruptora de las tradicionales costumbres españolas, y el culpar al público de tener el «paladar estragado» por su incapacidad de apreciar lo que él aprecia.

La España de 1865 desbordaba en traducciones del francés, de lo que ya se quejaba mucho antes Larra (Larra: 1886: 496-498), e invadían el teatro, las novelas por entregas y las de folletín, llamadas también de costumbres sociales, y de costumbres contemporáneas.

Representaba la literatura nacional un costumbrismo triunfante en revistas literarias de prestigio como el *Semanario Pintoresco* y en publicaciones como *Los españoles pintados por sí mismos* y sus secuelas, y además de Mesonero Romanos, ocupaban la escena literaria en la narrativa Fernán Caballero, Juan de Ariza, Antonio de Trueba, Francisco Navarro Villoslada, Gregorio Romero Larrañaga, Wenceslao Ayguales de Izco y Juan Martínez Villergas.

Como escribía el profesor Luis Monguió en su estudio «Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX» aunque en la España de la primera mitad del siglo había un público lector de novelas sus autores ganaron poco con ellas, y era más fácil y más lucrativo traducirlas, casi únicamente del francés. Mediado el siglo, quienes escribían las novelas llamadas de folletín, publicadas en la prensa por entregas, como Manuel Fernández y González, autor de *El cocinero de Su Majestad*, y Enrique Pérez Escrich, de *El cura de aldea*, tenían una enorme cantidad de lectores de todas las clases sociales; había tiradas de setenta, ochenta y cien mil ejemplares que daban a sus autores grandes ganancias. (Monguió: 1951: 115). Por entonces comenzaban a publicarse las primeras novelas realistas españolas, y tan solo en los últimos veinticinco años del XIX los principales novelistas, como Alarcón, Valera, Galdós, Palacio Valdés, o Pereda, si lo hubiera necesitado, pudieron vivir con decoro del producto de la venta de sus libros. Monguió da un dato muy significativo: Galdós contaba con 20.000 lectores para cada una de sus novelas pero en el mismo año en el que ganó 30.000 reales, el torero Lagartijo «ha ganado este año con su espada 25.000 duros.» (Monguió: 1951: 122). Como lamentaba Pereda, «Un libro nuevo [en España] tiene menos importancia, hasta para los literatos de profesión, que un cambio de gobernadores o una cuchufleta de Romero Robledo» (carta 512).

Sin tener muy en cuenta los acostumbrados hiperbólicos juicios de «Pedro Sánchez», de Enrique Menéndez y de Eduardo Huidobro en todo lo que se refería al Maestro, y un tanto los del propio Pereda, posiblemente fuera éste quien ganó tanto o más que Galdós. Estaba muy orgulloso de estas ganancias y en su correspondencia hay frecuentes menciones a la cantidad de ejemplares vendidos y de presumir de ser el novelista español con más ventas. Parece que las de más éxito comercial fueron las relacionadas con sucesos extraliterarios como *La*

Montálvez, por su debatida recepción por parte de los moralistas y de la crítica, *Peñas arriba*, con sus ecos de la desgracia sufrida por el autor, y *Pachín González*, que novelaba una gran tragedia. Refiriéndose a su «venta copiosísima,» escribía que *La Montálvez* «se vende como ningún libro mío, y eso que no se venden mal» (carta 432); De *La puchera* iban vendidos más de 3000 ejemplares, «Es quizá, la mayor venta de libros que se conoce en España» (carta 536). La «excelente venta» de *Peñas arriba* se debió a «la cariñosa acogida que le ha dispensado el público consumiendo en tres semanas una edición de 9000 ejemplares, caso inaudito en los fastos de las librerías españolas» (carta 841).

Pereda tuvo un público incondicional y entusiasta de lectores entre los montañeses que vivían en su tierra y los dispersos por Madrid, por Andalucía y por América, que le vieron como el paladín de los valores de «la tierra» y la encarnación del espíritu montañés; *Sotileza*, con su dedicatoria «A mis contemporáneos de Santander que aun vivan» entusiasmó a todos y motivó homenajes y el regalo del cuadro «¡Jesús, y adentro!» de Pérez de Camino.

Boris de Tannenberg alabó «la foi virile et solide du seul grand romancier catholique de notre temps» (Tannenberg: 1903: 298) y sus lectores y lectoras formaban principalmente parte de una burguesía conservadora y católica que hallaban en las ideas expresadas en sus novelas una confirmación de las suyas propias. La acusación de inmoral lanzada por Amós de Escalante contra *La Montálvez*, alarmó a las señoras santanderinas, y tuvieron que acudir el P. Coloma y los confesores a rescatar la reputación moral del autor y la venta de la novela. En la gacetilla «Cuentas y deducciones» (*El Atlántico*, 2 de febrero de 1890) recogía «Pedro Sánchez,» una encuesta entre las lectoras de la revista quincenal *La Última Moda* de Barcelona, según la cual sus novelistas preferidos eran Pereda, con 314 votos, Galdós, con 311, Alphonse Daudet con 223, Pardo Bazán con 211 y Cervantes con 91.²¹³ Posiblemente fue el novelista más famoso y más vendido en la España de su tiempo y el favorito de un público lector tradicionalista, burgués y católico. Montesinos advertía que «A partir de Pereda toda España se llena de novelas regionales, sea o no sea él quien las inspire» (1969: 295), y José Carlos Mainer destacaba que para

²¹³ González Herrán: 2016: 361 nota 4.

muchos de los que veían en lo regional un bastión de resistencia de lo *más sano* de la vida tradicional, las novelas de José María de Pereda fueron no solamente una lectura obligada sino un modelo a imitar. <<El ‘peredismo’ fue una epidemia literaria española que todavía dejó huellas abundantes en las letras católicas de los años 1910-1936>>. (Mainer: 2002: 22).

Admirador del *Quijote* y de nuestros clásicos, y profundamente católico, la literatura era para el autor de *Peñas arriba* ese «arte serio, inmutable, como la Ley de Dios, las de la naturaleza y las del corazón humano, en que se inspira y seguirá inspirando en todas partes» (carta 1161), el realismo lo está en «los buenos y antiguos modelos de la novela castellana» (carta 1049), el que respondía a «la voz de la vieja fe y de los buenos usos y costumbres, la castiza veta española» (carta 844).

Y defendiendo esta versión del realismo frente al naturalismo precisaba a Clarín al hablar de *La Regenta*, que en nuestras tradiciones realistas

se llama muy a menudo a las cosas por sus nombres; abundan las malas palabras, pero escasean los torpes pensamientos y los mismos propósitos; hay zurcidoras de voluntades también, doncellas frágiles y hasta impías; pero no el alambique metafísico en que se extrae la quinta esencia de la impiedad y de la torpeza; no esa delectación refinada, especie de Onanismo en ambos derechos que no es arte ni llegará a serlo jamás». (carta 287)

En la década siguiente a la revolución de Septiembre el enfrentamiento de carácter político y social entre liberales y neocatólicos incluyó a una literatura militante y comprometida. Surgen las polémicas acerca de la naturaleza de la obra literaria, acerca del arte docente y del arte por el arte, es decir, sobre el propósito y función de la obra. Al comenzar los años 80 domina el realismo y la literatura del tiempo tiende a convencer y a moralizar; las novelas son de tesis o tendenciosas, y medios de propaganda para ambos campos.

Como pensaban Fernán Caballero, Alarcón y Pereda la influencia de Francia amenazaba las tradiciones nacionales y el naturalismo difundía la impiedad, la inmoralidad y el sensualismo, obra de un Zola

materialista y obsceno, al que no sé hasta qué punto conocerían, pero que rechazaban violentamente (López: 1979). Para los enemigos del escritor francés, Pereda era el representante más genuino de los valores literarios de la época en España, y el agustino Conrado Muiños, no entendía cómo podían gustar las novelas naturalistas a «gentes bien educadas», y cómo se tenía a Galdós como el primer novelista español contemporáneo «mientras viva y escriba el Cervantes que se oculta bajo el nombre de Pereda» (López: 1979: 71 nota 41).

En cambio, para quienes estaban abiertos a las nuevas corrientes, el naturalismo traía el progreso y la renovación de la literatura nacional; según Clarín y Pardo Bazán, podía adoptar formas muy diversas, y esta última pensaba que era necesario orientar al público sobre la gran revolución que estaba experimentando la novela: «Tanto se engañará quien piense que podemos repetir en todo aquella novela picaresca como quien pretenda calcar servilmente la francesa contemporánea. La España actual no es la del siglo XVI, ni menos es Francia, y las novelas contemporáneas españolas, tienen que retratarla en su verdadera figura» (Pardo Bazán: 1891b: 285-286). Como escribe Francisco Pérez Gutiérrez, a lo largo del siglo la novela se fue orientando cada vez más hacia la descripción, análisis y crítica de la sociedad burguesa, basándose en los usos y costumbres para extraer las consecuencias y hacer ver la injusticia e inhumanidad reinantes que aplastaban sobre todo a las clases inferiores. Balzac, Flaubert y Zola fueron acusados de inmorales y escandalosos, siendo así que la totalidad de su obra no hacía sino reflejar los «usos y costumbres» de la sociedad que tenían delante de los ojos, en la que se fijaron sobre todo en las víctimas, en los individuos determinados por las circunstancias, determinantes éstas a su vez de la estructura social (Pérez Gutiérrez: 2006).

A medida que pasan los años y se afirman las nuevas escuelas literarias, que Pereda detesta y no acaba de comprender, aumentan su rechazo, su desorientación y su temor a quedar arrinconado por una nueva generación cuyos principios no comparte, y con la autoridad que piensa que le confieren sus años y su establecida reputación de novelista, aconseja y exhorta a quienes llegan «llenos de bríos, de entusiasmo y de fe» como Palacio Valdés, a que «con el ejemplo y la predicación incesantes» hagan entender a los innovadores «que el realismo neto y sano es tradicional en España y

que hasta lo llevamos en la masa de la sangre todos los españoles.» Temía «los futuros tiempos borrascosos y de batalla para la literatura contemporánea [...] el barullo y la confusión de los campos en que comenzamos a vernos revueltos unos y otros [. . .] ¡No lo permita Dios!» (carta 252).

Y «Pedro Sánchez» cuenta que su maestro «ignoraba y hasta *repelía* las retóricas modernas más famosas y manoseadas, singularmente si alardeaban mucho de novedad o abusaban del análisis o la disertación. Cuanto fuera doctrina, dogmatismo, *teoría*, crítica de alto vuelo, le asustaba y se le indigestaba por antipático» («Pedro Sánchez»: 1906: 23).

Advierte Laureano Bonet la confusión que existía en España entre los términos moderno, modernista y naturalista, que el término «modernismo» no estaba bien afianzado en el decenio de 1890, que en 1897 era todavía un neologismo, y que en la prensa de entonces voces como moderno, y modernista, están aplicadas «incluso al naturalismo más exigente» (como lo más nuevo) y, por otro lado, a un cierto tipo de novela urbana de carácter psicologista en la línea de la de Paul Bourget, y al novísimo «modernismo» que retoma y sutaliza usos románticos (Bonet: 2015: 300-301).

Desde mucho antes de su entrada en la Real Academia en 1897, el modernismo representaba para Pereda el fin de los valores tradicionales españoles, sustituidos por los extranjeros; y en aquel discurso seguía denunciando al «desconsolador, y a menudo maloliente naturalismo» y que «A la francesa... o a la inglesa, se vive hoy en la clásica tierra castellana, y se anda, y se legisla, y se viaja y se piensa» (Pereda: 2009b: 508).

Seguirá usando indistintamente en sus cartas estos términos pues tiene un concepto confuso de lo que representan; según él, el naturalismo es «la negación de todo sentimiento normal y grande, y de todo impulso noble y desinteresado» y lamenta «el deplorable efecto que están causando en la irreflexiva juventud del día esos extraños, nuevos y desatinados engendros del llamado modernismo o decadentismo» (carta 1049). Confía a Eduardo Bustillo que «ese modernismo reinante, sin lengua, sin color y sin dibujo, que se llama progreso entre los chicos del arte, y a mí me parece una decadencia desconsoladora; algo como exaltación de eunuco, que quiere y no puede».

Pero cuando José López Portillo le preguntó desde Méjico sobre el estado del decadentismo o modernismo literario en España, le respondió, al parecer satisfecho, que

Por acá, a Dios gracias, no se ha llegado a tomar en serio esa escuela; y digo que no se ha llegado, porque ya va de capa caída, y solo reparan en ella sus cultivadores, interesados en que no muera, porque en ese caso no hallarían donde acogerse para brillar, a su modo [...].

Ahí, como aquí y como donde quiera que zumbe ese enjambre, pasará la nube como han pasado tantas otras semejantes, y seguirá el arte serio, inmutable, como la Ley de Dios, las de la naturaleza y las del corazón humano, en que se inspira y seguirá inspirando en todas partes. Lo propio le va sucediendo al naturalismo grosero y le sucederá a toda manifestación artística que se salga de sus propios y naturales quicios. (carta 1161)

Esto escribía en 1900, ya establecidos el naturalismo y el modernismo, y dos años más tarde confiaba a Palacio Valdés que «Yo no sé si esta abominable decadencia llegará a triunfar en absoluto en España, o pasará como han pasado otras mil calamidades» (carta 1270). Para González Herrán, «Lo más significativo de la actitud de Pereda - y de los que compartían su postura - es que confundiendo sus deseos con la realidad, no fuesen capaces de entender que aquella tendencia estaba llamada a permanecer más allá de lo que sus enemigos auguraban» (González Herrán: 1985: 233).

Según Lily Litvak la sensación de pertenecer a una civilización en decadencia era general en Europa y había ido en aumento desde la segunda mitad del siglo XIX. El término decadencia fue pronto asociado con el modernismo, considerado como causa, o como manifestación de decadencia, y a veces como ambas cosas. Litvak ha fechado en 1888 los testimonios más antiguos de la crítica antimodernista en España; para muchos, entre ellos Pereda, el modernismo representaba una decadencia de valores estéticos, sociales y éticos y no solo literarios, y acusaban a los modernistas de inmoralidad, de erotismo y homosexualidad, de un cosmopolitismo que carecía de lazos sólidos con la patria, y de entusiasmo por todo lo extranjero.

Una virulencia que revela que «en realidad, el modernismo intentaba llevar a cabo algo más importante: un cambio de fondo, y no solo de forma, y presentaba una nueva escala de valores que iban más allá de la poesía» (Litvak: 1977). Los modernistas «sufrieron la incompreensión burguesa que atacó antes que a ellos a los románticos o a los naturalistas, y después de ellos a todos los movimientos de vanguardia» (Litvak: 1977: 411).

En 1891 sugería oblicuamente Emilia Pardo Bazán, con el pretexto de desecharla, la idea de la decadencia de Pereda como escritor, algo «que se pronuncia en voz baja y sibilítico tono» (Pardo Bazán: 1891c: 96-97).²¹⁴ Pereda «emitía una imagen aún poderosa en el Madrid de 1897, en plena mutación de los cánones estéticos y a pocos meses de la catástrofe del 98, una imagen poderosa pero rechazada de plano por los jóvenes modernistas» (Bonet: 2015: 314). En Cataluña, éstos despreciaron abiertamente a los de la generación anterior de la *Renaixença* y de los *Jocs Florals*, que tanto simpatizaron con Pereda; les vieron como «momies del pasat» con valores rancios y localistas, hijos del clericalismo, y obsesionados por la Edad Media; no lo hicieron con Pereda tan ostensiblemente como en Madrid, pero el silencio con que le rodearon era bien notorio. (Bonet: 2015: 314).

Para la joven literatura finisecular Pereda «fue una especie de *bouc émissaire*: era el reaccionario soñado, blanco ideal de todos los golpes, que ya no estaba en condiciones de devolver» (Montesinos: 1969: 289).²¹⁵ Rubén Darío había vivido más de una vez en España y conoció a muchos escritores, con alguno de los cuales, como Menéndez Pelayo y Valle-Inclán tuvo gran amistad, y en su libro *España Contemporánea* (París, 1901), recogió las crónicas enviadas desde Madrid como corresponsal del diario *La Nación* de Buenos Aires. A Rubén no le gustaban el tipo de novela que hacía Pereda ni su ideología, y se refirió a él en más de una ocasión en términos irónicos y despectivos:

²¹⁴ Con excepción de *Peñas arriba*, «verdadero testamento literario», la obra de Pereda alcanza «su punto culminante con *La puchera* en 1889» (González Herrán: 1985: 224).

²¹⁵ Ver González Herrán: 1985.



Imagen 98. Rubén Darío

Don José María de Pereda, propietario de una fábrica de jabón, descansa en sus conquistas. Regionalista rabioso, su mundo se concentra en el Sardinero o en Polanco; su estética huele a viejo, su cuello se mantiene apretado en la apretada almidonada golilla. Es un espíritu fósil pero poco simpático a quien no tenga por ideal lo rancio y lo limitado. (Rubén Darío: 1987: 103; citado en Bonet: 1980: 46-48)

Desde Buenos Aires escribió Salvador Termiles una carta al autor de *Sotileza* en la que incluía un artículo que había publicado en *El Correo Español* en el que le defendía del ataque del nicaraguense. Es posible que Pereda, que estaba muy al tanto de lo que se escribía, conociera ya estos juicios, y le respondió agradeciendo «su brillante artículo» y mostrándose, en apariencia, ignorante e indiferente, a las «tonterías estampadas en *La Nación* por el extravagante venezolano [sic] Rubén Darío. Es ya maña vieja entre caballeros de ese linaje, pagar así la hospitalidad que aquí se les da y los agasajos de que se les

colma» (carta 1132).²¹⁶ Y en términos semejantes a los de Darío escribía Alejandro Sawa,

Pereda mezclando el comercio con el amor, las cuentas de la fábrica de jabón 'La Rosario' con las poéticas inspiraciones que olean ciertas páginas de sus libros como las auras frescas de su querida Montaña; Pereda con la cabeza vuelta atrás, hacia las barbaries doradas del siglo XVII, y los puños crispados, tendidos hacia nosotros, amenazándonos airados. (Sawa: 1891)

Y semejantes sentimientos expresaron Baroja, Valle Inclán, Unamuno y el joven Azorín. Tanto en la crítica publicada en los últimos años de la vida de Pereda como en la de carácter necrológico destaca la ausencia de comentarios por autores de las jóvenes promociones. «Algo que no pasó desapercibido a los críticos más adictos a Pereda» (González Herrán: 1985: 247).

No sé si don José estaría muy al tanto de que no pocos de sus admirados catalanes como Lluís Domènech, Alexandre de Riquer, quien diseñó el marco para el retrato de Juan Manuel, y el arquitecto Antoni María Gallissà, quien lo hizo con la cruz, todos ellos amigos de Oller, eran destacadas figuras del *Modernisme* catalán. Y en la misma carta a Oller en la que muestra vivo interés por Riquer, Miralles, y Gallissà insiste en su desprecio por la *nueva gente* del fin de siglo (carta 1103). Acogió muy positivamente *Hispania*, «*Revista mensual literaria y artística*», considerada cronológicamente como la primera revista modernista, que se publicó en Barcelona entre 1899 y 1901²¹⁷. Su propietario y primer director fue Hermenegildo Miralles (Barcelona, 1859-1931), dueño de uno de los principales talleres de encuadernación y litografía de España. Estaba excelentemente impresa e ilustrada y colaboraron en ella escritores de la talla de Jacinto Octavio Picón,

²¹⁶ En cambio, Darío expresó en más de una ocasión su aprecio por Emilia Pardo Bazán, «un personaje simpático y gallardo, esta brava amazona que en medio del estancamiento del helado ambiente en el que las ideas se han apenas movido en su país en el tiempo en el que le ha tocado luchar ha hecho ruido [...] colocándose masculinamente entre los mejores cerebros de hombre que haya habido en España en todos los tiempos» (Rubén Darío: 1987: 126).

²¹⁷ A poco fueron apareciendo en Barcelona diversas revistas modernistas como *Arte Joven*, *Quatre Gats*, *Pel i Ploma*, *Album Salón*, *Catalonia*, *Luz*, *Juventut*.

Blanca de los Ríos, Emilio Cotarelo y Rafael Altamira, y artistas como Fortuny, Ramón Casas, Zuloaga, y Sorolla. Miralles era muy amigo de Oller, quien le conseguía colaboradores,²¹⁸ y a pesar de ser una revista modernista, como don Narciso era reticente al modernismo muchos de los primeros colaboradores fueron realistas en un momento en el que el realismo estaba ya pasado de moda. Fue una publicación muy españolista por la portada, la orientación y la lengua, y entre sus directores artísticos estuvieron Josep Pascó y Francesc Miquel i Badia. A este último se podría atribuir la relación de la revista con Pereda y su grupo, y en ella escribieron, además de él, sus recomendados Enrique Menéndez Pelayo, Alfonso Ortiz de la Torre y José María Quintanilla. En el primer número llevaba esta dedicatoria a mano: «A Don José María de Pereda. Su ahijada agradecida le dedica el primer número que sale. *La Hispania*.» (Biblioteca Municipal, Santander). El nuevo director Raimon Casellas, crítico de arte, «paladín del modernismo simbolista» le dió otro sesgo; era miembro de la Lliga y colaborador de *La Veu*, e hizo llegar al gran público los nombres de los artistas catalanes más significativos entonces (Trenc: 2005).



Imagen 99. Hispania, «Revista mensual literaria y artística», Barcelona

²¹⁸ Hermenegildo Miralles fabricaba azulejos hispano-árabes de cartón-piedra con los que Oller tenía forrado el comedor de su casa, y Pereda encargó también para su despacho en Polanco.

También la portada de alguna obra de Pereda fue ilustrada en Barcelona, como la de *El sabor de la tierruca* por Joan Pérez i Jorba, crítico literario del grupo de L'Avenc; la de *Al primer vuelo*, bellamente modernista, debida a Josep Pascó Mensa (1855-1910), pintor de decoraciones de teatro, paisajista y director un tiempo de *Hispania*. Oller alabó el sentido del naturalismo y la pintura de tema histórico de Baldomero Galofré (1845-1902) pero su bonita ilustración de «Agosto» de Pereda para el volumen *Los meses* no tiene nada que ver con el campo montañés.

EL CRÍTICO LITERARIO

Aunque en los primeros tiempos de su carrera literaria escribió Pereda en la prensa santanderina numerosos artículos de crítica cuando dejó el periodismo por la novela se negó a reseñar las obras de quienes se lo pedían pretextando «no haberme llamado Dios por ese camino» (carta 69); «lo incapaz que soy, por naturaleza para escribir obras de crítica, como ya se lo tengo advertido» (carta 232); porque «negóme Dios, entre otros muchos, aquel don crítico» (carta 732).

Pero sus respuestas a la apreciable cantidad de una veintena de escritores de Hispanoamérica y más de cincuenta españoles que le enviaban sus libros y solicitaban su consejo le calificarían plenamente, a su manera, de crítico literario.

Gracias a estas cartas podemos conocer la relación que tuvo y el magisterio que ejerció sobre aquellos hispanoamericanos, así como la cariñosa popularidad de que gozó entre sus colegas catalanes de la Renaixença: un aperturismo y unos intereses no muy comunes entre la gente de letras española en aquellos tiempos, así como sus respuestas a las consultas que recibió de no pocos escritores.

Posiblemente a través del poeta montañés Casimiro del Collado, o de Menéndez Pelayo, tuvo relación con escritores mejicanos, como el obispo y antiguo capellán del Emperador Maximiliano, **Ignacio Montes de Oca** (1848-1931), *Ipandro Acaico* entre los Arcades de Roma, quien, al decir de «Pedro Sánchez», basó su discurso de inauguración del Colegio de San Juan Nepomuceno de Saltillo, en Méjico, en las enseñanzas de *De tal palo, tal astilla* («Pedro Sánchez»: 1906: 7). También mantuvo una cordial relación con el destacado historia-

dor y político **Francisco Sosa Escalante** (1848-1925) quien, al igual que Carlos Pereyra combatió el anti-hispanismo y la Leyenda Negra y fue enemigo del creciente colonialismo de los Estados Unidos. Consideraba sus dos «magistrales opúsculos», *Bosquejo histórico de Coyoacán* y *Lo que significa una estatua*, «nuevos e irrefutables testimonios del talento y del buen gusto de su autor» y le revelaba que «una de mis chifladuras [es] el México del tiempo de la Conquista», que sabía a Prescott²¹⁹ de memoria, y poco menos a Solís, a Bernal Díaz²²⁰ y a cuantos historiadores han tratado de «esa asombrosa epopeya, a cuya realidad, como a la del Perú y a la de los hechos de Colón y sus compañeros, no han llegado jamás las invenciones de la humana fantasía al decir del mismo Prescott». Y justificaba las acciones de Cortés y de los Conquistadores como propias de su tiempo, pues hoy día se cometen mayores crímenes y «también el sol tiene manchas» (carta 1091).



Imagen 100. Francisco Sosa Escalante

²¹⁹ William H. Prescott (1796-1885). Considerado como el primer historiador científico norteamericano, perteneció al grupo de hispanistas de Boston como Ticknor y Washington Irving. Autor de *The History of the Reign of Ferdinand and Isabella the Catholic* (1837), *The History of the Conquest of Mexico* (1843), *The History of the Conquest of Peru* (1847) y *The History of the Reign of Phillip II* (1856-1858).

²²⁰ Antonio de Solís y Rivadeneyra (1610-1686), cronista de Indias; Bernal Díaz del Castillo (1496?-1584), autor de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*.

En otra ocasión el mismo Sosa envió a Pereda una *Disertación* en la que refutaba «la desdichada obra» [*Carácter de la Conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*: 1901] del historiador mejicano Genaro García (1867-1920). El montañés alabó esta *Disertación* a su amigo, pues «Pocas veces he visto una refutación más a tiempo, más sustanciosa ni más contundente, ni hecha con mayor templanza y serenidad de espíritu.» Imagina a Genaro García como un partidario del imperialismo norteamericano y observa que «Es peregrino oír esas atrocidades en boca de los descendientes directos de los usurpadores, asesinos y presidiarios españoles de la conquista o a la misma par de los pobres desheredados indígenas, a ninguno de los cuales sientan ellos a su mesa, ni por caridad cristiana» (carta 1254).



Imagen 101. José López Portillo y Rojas

El destacado político y hombre de letras **José López Portillo y Rojas** (1850-1923), padre y abuelo a su vez, de otros estadistas del mismo nombre, había entrado en relación con Pereda a través de Francisco Sosa. Le gustó su novela *La Parcela* «por la corrección de su lenguaje, la riqueza de su colorido local, lo bien conocido de su asunto, el acierto en la pintura de sus personajes y caracte-

res, el sentimiento de la naturaleza que sirve de escenario al interesante drama, y muy principalmente el espíritu cristiano y generoso en que se inspira todo él», y lo mismo viene a decir de sus *Poesías* (carta 1067). Algunos años más tarde lamentaba el «espíritu poco risueño» de un tomo de sus novelas cortas aunque «a ningún capítulo le falta el bien decir y el alma cristianamente noble del autor» y le consideraba como «uno de los que más honran a la moderna literatura mexicana» (carta 1313).

El mismo Sosa le hizo llegar *Juanita Sousa*, de **Manuel Sánchez Mármol** (1839-1912), destacado político y académico, y uno de los grandes novelistas mejicanos del último tercio del XIX, que Pereda recibió mal «porque creo que con el estudio de un caso patológico terminado con una explicación de erotismo, más o menos carnal, no se realizan los verdaderos fines del arte; reconozco en el Sr. Sánchez Mármol elementos nada vulgares de novelista que yo quisiera ver empleados en otro linaje de obras menos modernistas y más sanas, verosímiles y deleitables» (carta 1254).



Imagen 102. Manuel Sánchez Mármol
(Academia Mexicana de la Lengua)

No se qué relación guardaría con el periodista y político radical mejicano **Ignacio Altamirano** (1834-1993), el autor de *Clemencia*, considerada como la primera novela mejicana moderna. Tras recibir su folleto «Velada literaria», Pereda, poco amigo de los liberales, se limitó a «ofrecer mis respetos al autor egregio de *Clemencia*, y de tantas obras que le han dado el merecido renombre» (carta 554).

Me referí anteriormente al poeta y periodista montañés **Casimiro del Collado** (Santander, 1822 - Ciudad de Méjico, 1898), quien había publicado sus *Poesías* en Méjico en 1868 y quiso hacer una nueva edición en 1875. Pereda y Menéndez Pelayo gustaban mucho de su obra y publicaron una segunda edición más concisa que la primera, prologada por don Marcelino.²²¹ «¡Qué cosas hay en ese libro, empezando por el prólogo» - escribía Pereda - «tan dignas de los honores de la alta crítica!» (carta 172).

A través de Collado conoció epistolarmente al político y escritor mejicano **Emilio Rabasa**, (1856-1930), autor de la tetralogía *La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder*, y *Moneda Falsa* (1887-1888), considerada como una de las obras más destacadas de la literatura mexicana de fin de siglo. Para entonces ya había publicado las dos primeras novelas de la tetralogía, y Rabasa le envió la segunda. Pereda ya conocía *La bola*, y le respondió dándole la opinión pedida de la manera tan amable como imprecisa con que solía enjuiciar aquellas obras que no le gustaban pero que había de elogiar por tratarse de amigos. «No desmerece en nada su segunda obra cotejada con la primera; lejos de ello quizás la sobrepuje en algunas cosas, como en la seguridad del trazo y en rasgos de pasión.» Tras otras consideraciones ajenas a la calidad de estas novelas, le da la bienvenida «en el oficio en que V. principia tan gallarda y brillantemente» y «Queda esperando con viva curiosidad la tercera novela de la serie».

El latinista y político conservador **Miguel Antonio Caro** (1845-1909), que conoció tiempos de exilio y fue presidente de Colombia más de una vez, era un gran admirador de Pereda, al que dedicó el soneto «Al autor de *Pedro Sánchez*», del que - escribía éste - «guardo el autógrafo entre los más preciados de mi colección». Esto indicaría que Pereda guardaba las cartas recibidas o, al menos, las que le parecían de mayor interés. Le agradecía el regalo de «un tomo de sus

²²¹ M. Menéndez Pelayo: 1941; Pérez de Regules: 1956.

magistrales *Poesías* con una dedicatoria que ni merecía ni merezco» y excusaba su tardanza en contestar, entre otras cosas, porque «se sirvió Dios visitarme con uno de los mayores infortunios que pueden afligir el corazón de un padre; y desde entonces no se lo que ha sido de mí ni del mundo entero». Y anunciaba al entonces Presidente de la República la visita de dos Padres Agustinos que irían a saludarle de su parte y entregarle un ejemplar de *Pedro Sánchez* (carta 817).



Imagen 103. Miguel Antonio Caro

Pocos meses después le daba las gracias por un nuevo soneto, «reflejo del alma, noble y cristiana que tales consuelos le sugiere en moldes tan delicados», y le enviaba uno de los primeros ejemplares de *Peñas arriba*, «que acabo de publicar [...] bien impregnado del espíritu de su autor». No deja de añadir que se han vendido 9000 ejemplares en tres semanas (carta 841).

No conozco más que una extensa carta al Dr. **Eduardo Zuleta Gaviria** (1864-1937), Presidente de la Academia Colombiana de la Historia y autor de la novela *Tierra virgen* (1897) (Clarke, 1974: 80). Tras las elaboradas excusas iniciales por su demora en contestarle

considera *Tierra virgen* como «la manifestación de un novelista de grandes alientos, de sagaz y profunda mirada, y de nobles y levantadas ideas», celebra su acogida por

los hombres más notables de esa floreciente literatura [...] Por esta breve síntesis, á falta de un juicio minucioso que no cabría en los términos de una carta, habrá comprendido Ud. que *Tierra Virgen*, por su *color*, por su *sabor*, por sus tendencias nobles y honradas y por otras muchas condiciones que resaltan en ella, es de las que yo señalo con piedra blanca, y así es la verdad. (carta 1055)

La novela estaba prologada por Tomás Carrasquilla, otro amigo de Pereda, y los elogios del montañés parecen genuinos aunque la ausencia de análisis que achaca a falta de espacio, podría sugerir una lectura apresurada o algo peor. Al parecer, *Tierra Virgen* motivó «muchas discrepancias de juicio y hasta juicios extremados y enconados». En «Herejías», el extenso prólogo de ventidós páginas en defensa de la novela, que no es del caso discutir aquí, Carrasquilla rebate las acusaciones hechas a esta novela, entre otras cosas, de falta de regionalismo y de acción, y de considerar a los negros intelectualmente iguales a los blancos. Pereda leyó este prólogo pero no se si llegaría a enterarse de los problemas que planteaba la nueva novelística americana. De ahí el carácter genérico y superficial de sus elogios, y el achacar todos los males a «este *modernismo* bárbaro que nos invade de un tiempo acá, a [...] los desdenes y reparos de los *químicos* de la crítica» (carta 1055).

En su carta menciona a los también colombianos Tomás Carrasquilla y Antonio Gómez Restrepo, amigos comunes, con los que Pereda debió corresponder aunque no se conservan sus cartas. **Tomás Carrasquilla** (1858-1940) era un novelista conservador católico, autor, entre otras cosas, de *Frutos de mi tierra*, una novela, de la que parece haber gustado mucho Pereda: «¡Qué poco se imaginará [su autor] los deliciosos ratos que debo a mi frecuente comunicación con la familia Alzate! no recuerdo haber hallado en libro alguno de muchos años acá personajes más donosos, más interesantes, ni de un realismo tan *pedajizo* [*sic*] y artístico. Esta gente es de oro» (carta 1055). Y destaca al «delicadísimo poeta e insigne amigo mío» **Antonio Gómez Restrepo** (1869-1947), también crítico literario, correspondiente de

la Real Academia Española, que había sido discípulo de Menéndez Pelayo (carta 1055).

Desde su puesto diplomático en Barcelona envió el ecuatoriano **José Trajano Mera** a Pereda la novela *Cumandá* (1879), escrita por su padre Don **Juan León** (1832-1894), presidente de la República del Ecuador un tiempo, un conservador que hizo una política indigenista y católica. La novela estaba prologada por Alarcón y por Valera, y en su respuesta, el autor de *Sotileza* le confesaba algo que debía ser frecuente entonces entre los lectores españoles: su prevención y extrañeza ante «gentes, naturaleza y costumbres desconocidas». Posiblemente exageraba al escribir que «Yo he leído mucho, y en muchos estilos y con muy diversos fines, sobre las Cordilleras y los ríos y los salvajes de todas las Américas descubiertas y por descubrir, pero en unos casos por carta de más y en otros por carta de menos, rara vez me han llegado al alma aquellas cosas». Pero *Cumandá*, acogida con estos recelos, le fascinó por



Imagen 104. Juan León Mera

la valentía del dibujo y la brillantez del colorido con que el novelista iba desenvolviendo a mis ojos el grandioso panorama que había de servirle de escenario; y poco a poco, el pintor y el poeta y el correcto hablante fue cautivándome en tales términos que llegó a quedar mi espíritu esclavo de la magia de su arte soberano.

Así es que en ese peregrino libro todo parece hermosamente entonado con la grandeza del natural que le ha inspirado, todo de una solemnidad imponente, como si las colosales barreras de los Andes y las tribus bárbaras que rebullen en sus hondos repliegues, hubieran hallado al fin (y en mi concepto le han hallado) el pintor y el poeta que necesitaban. Para que nada falte a la obra, está impregnada de un espíritu cristiano que ennoblece y acredita más y más sus excepcionales bellezas...(carta 699)

Este juicio, tan entusiasta y sincero, animó a José Trajano a pedir permiso a Pereda para publicar esta carta que, de acuerdo con él, apareció en *La Vanguardia* (carta 702).

Cuando un año después le envió *La Virgen del Sol*, volvió a elogiar «la incomparable *Cumandá*», alabada por Menéndez Pelayo y por otros «que la han conocido por recomendaciones mías». *La Virgen del Sol* es «interesante y bella en conjunto, pues se ve en ella el esfuerzo humano con sus vacilaciones y hasta con sus caídas; y sin poder remediarlo me acuerdo de *Cumandá*, que parece concebida en un solo aliento, en un instante de imprevista inspiración». Le agradece estas obras y las *Poesías*, con el hermosísimo prólogo de José Joaquín de Olmedo²²² que las precede, y muy principalmente la «inmerecida carta de V. que estimo y conservaré como una de las conquistas más preciadas en mi ya larga campaña de escritor». Y concluye anunciándole que a comienzos del verano tiene el propósito de concluir una novela «que comencé y suspendí el otoño último. Será la novela de la alta montaña; la única que me falta para completar, bien o mal, el estudio de costumbres y naturaleza de esta región cantábrica» (carta 729).

²²² José Joaquín de Olmedo (1780-1847) Distinguido patricio, político y poeta ecuatoriano. Fue el promotor de la Independencia de su país, y autor del «Canto a Bolívar» y de «La victoria de Junín».

Juan León Mera falleció dos años después, y en la carta de pésame a su hijo elogiaba Pereda al «perfecto caballero cristiano y [...] escritor y literato eximio», y lamentaba «los vacíos que ha ido haciendo la muerte en mi alrededor desde aquel nefando y negro día de perenne y amargo recuerdo para mí», que acompañaban las consideraciones morales tan frecuentes en las cartas peredianas de aquellos años (carta 655).

En su única carta al diplomático **Calixto Oyuela** (1857-1935), uno de los poetas y críticos literarios más distinguidos argentinos de su tiempo, le agradece y aplaude el volumen de *Cantos*, así como el de sus *Epístolas a Martinto* (carta 649). También era argentino el diplomático **Carlos María Ocantos** (1860-1949), autor de veinte volúmenes de «Novelas argentinas» y uno de los máximos representantes del realismo en su país. Se retiró en Madrid y fue corresponsal frecuente de Pereda, a quien admiraba. Este gustó mucho de las novelas *Quilito* y *León Zaldívar*, y consideraba que aunque



Imagen 105. Carlos María Ocantos

no todo es interesante en ellas ni peca por la novedad pero contiene mucho que no es de todos los días ni de todos los libros de imaginación. Hay páginas y capítulos de gran belleza. Ve V. mucho, observa y siente bien, y expone con arte. En suma, que sus libros de V. con sus defectos y todo (¿qué obra humana no los tiene?) han sido para mí el hallazgo de un buen novelista de costumbres.(carta 655).



Imagen 106. Francisco Grandmontagne

Provinciana le pareció «obra excelentísima de un ingenio verdaderamente culto y honrado» y la contrapone a *Teodoro Foronda*, otra novela que acababa de leer, de **Francisco Grandmontagne**,²²³ «un novelista desconocido para mí». Y dejándose llevar de su inextinguible fobia al naturalismo dedica menos espacio a ensalzar la novela de Ocantos que a vituperar el «modernismo chabacano y cursi [...] la bestia humana con-

²²³ El burgalés Francisco Grandmontagne (1866- 1936) emigró a los 20 años a la Argentina, donde se dio a conocer como periodista y crítico literario. Autor de las novelas *Teodoro Foronda* (1896) y *La Maldonada (Costumbres criollas)* (1898). Posteriormente regresó a España y se le considera como uno de los grandes desconocidos de la generación del 98.

tinuamente en escena; la pasión brutal, el negro pesimismo impregnándolo todo» en la de Grandmontagne (carta 1007). Y la novela *Misia Jeromita* también se deja querer, «no por sus lances que no son ciertamente ‘del otro jueves’, sino por la pintura íntima que V. hace, con magistral destreza, de sus caracteres, sin tocar nunca en la pesadez en la que tan a menudo caen las obras llamadas de análisis» (carta 1056). Y en la misma carta, escrita a raíz de la Catástrofe, le confía que «Todo cuanto en mí vive y alienta, lo necesito y no me alcanza para llorar la derrota de la Patria y maldecir de la baja e infame [*palabra tach, ileg.*] política que a extremos tales nos ha conducido, ciegos y maniatados» (carta 1056). Y le parecía que en *Pequeñas miserias*, «con una trama sencillísima y unos sucesos de todas partes, ha hecho V. un cuadro interesantísimo por su luz, por sus escenarios típicos y originales, por el sentimiento de aquella naturaleza esplendorosa y exuberante» (carta 1083). La carta no lleva fecha pero al felicitar el año nuevo a su autor, podría ser de últimos de diciembre de 1900 o de principios de enero de 1901 pues *Pequeñas miserias* se publicó en 1900.

También correspondía con el poeta argentino **Domingo O. Martintito** (1860-1899), de quien recibió *Páginas sueltas* y un tomo de *Poesías*, «entre las cuales me hallé algunas conocidas y muy amadas páginas sueltas», que llevaba un «magistral prólogo del insigne Oyuela». Y le recomienda a su amigo el pintor Carlos Manzano, quien «como artista y como hombre de bien es merecedor de los mimos de la suerte», y emigra a la Argentina «a luchar por la vida en esa gran ciudad» (carta 711).

Pereda elogió como «muy atinadas y juiciosas» las observaciones sobre «El Naturalismo de Zola» del joven argentino **Gustavo Adolfo Martínez Zubiría** (1883-1962), novelista y político conservador, nacionalista y antisemita. Sus *Fantasías y Leyendas* habían sido muy atacadas por «los sabios del intelectualismo al uso», y Pereda le animaba a seguir «por el sendero elegido, con pie firme y ánimo resuelto, y deje a los perros que ladren a la luna» (carta 1293). El futuro «Hugo Wast» encabezó su libro con esta carta-prólogo de Pereda.

Conozco dos cartas a **Manuel Fernández Juncos**;²²⁴ en la primera le agradece el número de la *Revista Puertorriqueña* en el que reseña

²²⁴ El emigrante asturiano Manuel Fernández Juncos (1846-1928), poeta, periodista y político, fue el fundador de *El Buscapié*, el periódico liberal más leído del país, y autor de la letra de «La Borinqueña», el himno nacional de Puerto Rico.

La Montálvez, «cuyo éxito, particularmente en Madrid, ha sido bien extraño. Desde luego en el enorme montón de cartas y de críticas impresas que me ha valido, no hay dos pareceres acordes sobre un mismo punto, hasta el extremo de ponerse aquí en los cuernos de la luna lo que allá se echa por los suelos». Pereda, sinceramente agradecido, le promete enviarle alguna colaboración «si llega a haberlo en casa», y le exhorta a fomentar «una literatura lo más española que pueda» (carta 468).

La segunda carta es de diez años más tarde, breve y un tanto formularia, para felicitarle por haber sido nombrado «Ministro o secretario o como se llaman esas cosas, dentro del nuevo régimen establecido por la Metrópoli en esa isla» y deseándole éxito «en la delicada empresa que se le ha encomendado» (carta 1032). Y en una breve nota agradece al venezolano **Gonzalo Picón Febres** su libro *Notas y Opiniones*, y especialmente, la brillante defensa que hace en él de la moralidad de *La Montálvez* (carta 1135).

De especial interés es una carta en respuesta a otra del regeneracionista y político manchego **Francisco Rivas Moreno** en la que éste le pedía su opinión sobre otro de sus proyectos; el de dar a conocer en España las obras de los escritores hispanoamericanos, bien editadas y por poco precio. A Pereda le «parece de perlas» pues en estos últimos años la novela ha adquirido gran desarrollo en las repúblicas hispano-americanas, y las tres cuartas partes de los españoles que leen libros y los compran, no tienen noticia de ello. También es «patriótico en alto grado» pues «los recientes desastres que lloramos nos enseñan, entre otras muchas cosas, que ha llegado la hora de agruparnos y de entendernos cuantos hablamos una misma lengua y llevamos en las venas una misma sangre» (carta 1120).

Piensa que para robustecer estas alianzas nada es más eficaz que la comunicación intelectual; de ejemplo servirían las Academias de la Real Española de la Lengua, establecidas en casi todas las Repúblicas hispano americanas, que

nos han adquirido en aquel continente más amistades, más alianzas íntimas y cordiales, que todos los protocolos y tratados de la diplomacia desde que se separaron de la metrópoli aquellos vastos territorios que fueron colonias nuestras [...] Yo me honro con la amistad de muchos escritores hispanoamericanos, vivo con ellos en frecuente trato epistolar, y por eso sé

lo que piensan de nosotros, como ellos saben lo que en España pensamos de sus respectivas naciones. (carta 1120)

El Pereda temeroso siempre del avance de los nuevos movimientos literarios, también lamenta en los americanos ese «prurito de imitación de ciertos modelos, que consume a muchos, como a otros el afán inmoderado de la novedad y de los atrevimientos, lo cual arrastra a todos hasta los linderos de lo extravagante, donde padecen grandes males la inseguridad de la lengua, el buen sentido, y hasta la buena moral» (carta 1120). Y aunque Rivas Moreno le pide nombres de novelistas y de novelas a publicar, no lo hace por temor a cometer involuntariamente omisiones aunque aplaude la decisión de comenzar con *María* de **Jorge Isaacs**.

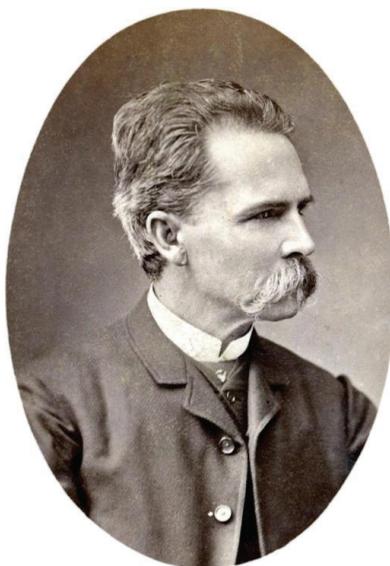


Imagen 107. Jorge Isaacs

... esa obra de las que pueden llamarse del género eterno; de las que no pasan con las modas (pues también en esto las hay, aunque parezca mentira), de las que no traen nuevos ni atrevidos puntos de vista para los llamados problemas de la vida social y del espíritu; porque en todo tiempo habrá almas

delicadas y corazones honrados y sensibles que se identifiquen con los encantos de la naturaleza y con las alegrías y las amarguras [de la amistad, *tach.*] del género humano. (carta 1120).

También lamentaba con Galdós como había hecho antes con Rivas Moreno la piratería editorial en América; la publicación fraudulenta de *La puchera* en Buenos Aires dejó «apajuelado» al editor Suárez, y a él privado de sus derechos de autor, lo que era «un robo como el de la camisa o el reló». Y se lo contaba a don Benito por si se pudiera hallar alguna solución (carta 545).



Imagen 108. Rafael Obligado

Por conducto de Menéndez Pelayo envió **Rafael Obligado** (1851-1920), el autor de *Santos Vega*, el gran poema de la vida del payador argentino, un tomo de sus poesías a Pereda, quien tras las imprescindibles excusas por su tardanza en contestar, alaba «el primoroso volumen» que llega prologado por Calixto Oyuela. Como «el medio americano me es a mí desconocido» - escribe - el prólogo le ha hecho más perceptibles las bellezas del libro y al juicio del Sr. Oyuela

me atengo en todo y por todo en este instante, quedando solo a mi cargo el cumplimiento de la grata obligación de manifestar a V. el goce que he sentido al conocer y saborear la obra de un poeta de tan grandes alientos, y lo honrado que me considero en que se haya V. acordado de mí para ofrecerme tan rico tributo de inmerecida consideración. (carta 393)

Elogiosas y corteses palabras, y ausencia de crítica de un libro que quizá no leyó.

Es posible que la relación de Pereda con el hacendado argentino **Francisco Soto y Calvo** (1860-1936), autor del poema gauchesco *Nastasio*, fuera a través de Rafael Obligado, pues Soto era cuñado suyo. En esta carta se excusa de no haber agradecido el «elegante» ejemplar de *Poesías* enviado por su autor hacía ya tiempo y acusaba recibo de los dos libros *Cuentos de mi padre* y *Aires de la Montaña*, «con bien inmerecidas dedicatorias autógrafas [...] y darle muy encarecidas gracias por el regalo.» Le prometía leer las dos últimas obras y «repensado un poco las impresiones que me dejaron sus *Poesías*, le hablaré algo de los tres libros con la llaneza que yo uso». Y se despedía declarándose su «admirador» (carta 1101).



Imagen 109. Víctor Balaguer

Mucho más numerosas son las cartas cruzadas con los autores españoles. Por iniciativa del historiador y político **Víctor Balaguer** (1824-1901), Pereda estableció con él una amistad literaria con intercambio de libros; en esta carta Pereda acusa recibo de «su preciosa *Lo romiatge de l'anima*, y de los tomos XXV [*sic*], XVI y XVII de sus obras» (carta 244).

Y menciona a Clarín de pasada aunque muy positivamente el nuevo libro *La literatura española en el Siglo XIX* del P. **Francisco Blanco García** (1864-1903), un joven agustino, a quien había conocido, «que no tiene pelo de barba y aun menos de tonto» (carta 623). Parece que Pereda ignoraba el escaso aprecio de Clarín por el P. Blanco quien le había caracterizado como ateizante, anticlerical y mal imitador de Zola (Blanco García: 1909: 546 ss).²²⁵

El poeta **Eduardo Bustillo**, gran amigo de Pereda desde los tiempos de *La Abeja Montañesa*, ejerció después el periodismo en Madrid. Parece que a Pereda no le gustó *Cosas de la vida*, que le envió, dedicado, y para resolver el compromiso de dar la esperada crítica positiva usó un recurso habitual en él en tales casos: criticar lo que fundamentalmente había de malo en el libro, acompañado de alabanzas a aspectos secundarios y de consideraciones de carácter general que podrían aplicarse a cualquier obra. El «interés de su contenido [de *Cosas de la vida*] irá en gustos y en temperamentos. No faltará quien le tilde a V. de cierta igualdad en el modo de ser de varias de sus heroínas y por el aura de pesimismo que circula por sus páginas» pero hallo en él «un decoro literario, un respeto a las buenas tradiciones de la lengua patria, un «bien decir y recto pensar», además de que «no habrá lector de mediano gusto que no se deleite con la lectura de capítulos como [...]», y cita varios (carta 1087).

Pereda temía a **Leopoldo Alas**, «Clarín» (1852-1901), quien había reseñado negativamente sus novelas hasta la aparición de *Pedro Sánchez*, de la que gustó mucho. Así comenzó una gran amistad y desde entonces, ya en pie de igualdad ambos, aunque Pereda mostró gran admiración por sus obras, expresó sinceramente lo que pensaba de ellas.

Mi querido amigo: Con su carta del 6 se debió cruzar otra mía de la misma fecha, en la cual le avisaba a V. el recibo de su

²²⁵ Ver Esquer Torres: 1962 y Rubio Jiménez: 2012: 84-85).

crítica publicada en La Justicia, y hasta me permitía reñirle un poquillo por cierta flaqueza de que le veía adolecer en aquel excelente trabajo literario. He visto los artículos de El Globo y de la Revista de España, a que V. se refiere [...] No quiero decirle a V. en cuánto tiempo devoré los de Nueva Campaña ni a que me supieron, porque no piense que trato de lavarle la cara con frases hechas de la cumplimentaría de rúbrica. (carta 407)

Decía siempre que no le gustaba leer los libros según iban saliendo por entregas o tomo a tomo, si lo hacían en más de uno pues, por un lado, quedaba ansiosamente pendiente del resto y, por otro, no podía dar su juicio sobre una obra que todavía estaba por acabar. Hecha esta salvedad, consideraba en una extensa carta a Clarín que en *La Regenta* hay «un completo derroche de ingenio y de gracia; cuadros sueltos primorosos; figuras de segundo término»; destaca «la figura del anti-pático magistral», y particularmente la de su madre, «en mi opinión el personaje de mayor relieve artístico que hay en la obra» (carta 287).

Aunque hay lectores que tachan a Clarín «de minucioso y hasta de metafísico en determinados pasajes», asegura que «para mí no hay nada largo ni minucioso cuando viene al caso, está bien escrito y abundan la gracia y la amenidad en ello» (carta 287). Y al criticar algunos elementos de carácter naturalista en la novela se lanza a una de sus acostumbradas diatribas. Los *peros* son de índole moral, y Pereda detesta el «efecto repulsivo» de las relaciones sexuales del Magistral con las criadas guapas, y que de tantas mujeres como aparecen en el libro, «no haya una sola que tenga vergüenza». No cree que Clarín haya sido imparcial en su obra, como afirma serlo. No lo es por su manera de pintar en ella el carácter de sus mujeres y las flaquezas de sus hombres.

Si Vetusta fuera eso; si así fueran sus mujeres, y su Clero y sus muchachos y sus hombres, y su hacienda de Vetusta una singularísima excepción de pueblos y sociedades europeas, una persona decente que tuviera sentido común, renegaría de su casta, emplumaría a su propia mujer, aborreciera a su madre; y después de poner fuego a la casa, y a la calle y el pueblo entero, acabaría por irse a vestir el tapa-rabo entre los salvajes de Mozambique. (carta 287)

Y cuando Clarín le pregunta si halla en él facultades de novelista, le responde que si «no logra el aplauso de tirios y troyanos, será porque no le dé la gana, o no halle en su voluntad fuerzas bastantes para sobreponerse a ciertas preocupaciones de escuela.» Y concluye, en espera del 2º tomo; «sintiendo en el alma tener que darle la enhorabuena con reservas, porque al cabo se trata de un libro que, en conciencia, tengo que ocultar a la curiosidad inexperta de mi hijo mayor, que comienza ahora a reparar en las mujeres guapas y en las obras bien escritas» (carta 287). Y reiteraba meses después lo que pensaba anteriormente sobre *La Regenta*, «cuyos materiales no se hallan más que en los ingenios de 1ª calidad», aunque le parecía que le sobraba «medio tomo 2». [...] ¿No está precisamente en esas sobras que yo llamo metafísicas, lo que yo envidio más porque es lo que a mí me falta para llegar hasta donde yo quisiera? (carta 327).

A juzgar por estas cartas leía de inmediato las obras de Clarín según iban apareciendo. Comentaba con Galdós *Sermón perdido*, «¡Cuantísima gracia y cuantísimo garrotazo! La verdad es que buena falta hace» (carta 333); agradecía el regalo de un ejemplar de *Pipá*, «el cuento admirable de este título y los que le siguen, excepto Las dos cajas y Zurita, fueron nuevos para mí; y cada cual por su estilo me pareció digno hermano de estas dos primorosas obras de arte que siempre he reputado por lo mejor que en su género tiene la moderna literatura» (carta 367).

Después de haber leído los *Cuentos morales*, escribía entusiasmado «que no hay nada parecido en nuestra literatura a eso que V. llama cuentos y que casi nunca me lo parecen a mí, como en este caso me sucede: más bien son semblanzas de gentes y de cosas; pero de mayor hondura y alcance ‘moral’ que muchos libros ‘morales’» (carta 915).

Acusaba recibo tan breve como elogiosamente de *Nueva Campaña* (carta 407), y de haber comprado en Madrid *Apolo en Pafos*. «¿Puede escribirse novela [*sic*] más linda ni más jugosa ni más original en menos páginas? Déjese, pues, de remilgos injustificables y vengan esas novelas anunciadas» (carta 421).

Aun cuando como en el caso de *Gloria* o de *La familia de León Roch* galdosianos, «una cosa es el barro y otra muy diferente la obra que con él modelan las manos del artista», alaba entusiásticamente *Su único hijo* aunque el tema de la novela «no es ni puede ser de mi gusto, moral y ortodoxamente pensando; pero la admiro y la celebro

por el derroche de ingenio, de gracia, de agudeza y de talento que hay en ella» (carta 638).

Y aun cuando todavía no había leído *Teresa*, salía en defensa de Clarín, aunque contaba de antemano con el fracaso de este drama pues, como escribía a Galdós, «aunque hubiera sido la obra más perfecta de todas las conocidas [...] porque eran muchos los doloridos de sus páginas que habían de aprovechar esa ocasión para vengarse en el teatro y en la prensa» (carta 848). Tras el estreno, consideraba a Clarín «un autor dramático de muchos bríos» y aplaudía *Teresa*, que no había gustado a «un público que devora a Asmodeo y se entusiasma con *La Gran Vía*», y que lo mismo pensaba Quintanilla (carta 856).

Pereda y el P. **Luis Coloma** (Jerez, 1851- Madrid, 1915) ya se conocían e intercambiaban publicaciones y tras acabar la lectura de *La Montálvez* el jesuita le escribió ensalzando la calidad y la moralidad de la novela, la prensa local publicó la carta en enero de 1888, y Pereda quedó ampliamente reivindicado. Leyó «en dos sentadas» *Juan Miseria*, «cortada por los patrones de Fernán Caballero; pero con tijeras más sutiles» y le parecieron de gran interés y «de grandísimo relieve» la trama, los personajes y las escenas (carta 506). Lamentando su publicación por entregas, la novelita *Por un piojo*, a pesar de su título «me pareció de perlas; me aguzó como las anteriores, el deseo de ver a usted metido hasta la sobarba en la novela grande», y esperaba con impaciencia «esas tentadoras *Pequeñeces*» (carta 540), que fue apareciendo por entregas en *El Mensajero del Corazón de Jesús*. Pereda la recibió con grandes encomios.

El prólogo es de oro! [...] Hay que sacar sangre de esas carnes podridas, o dejarlas para pasto de gusanos. Los paños calientes, tratando de ellas, son inocentadas de que se ríen los mismos aludidos, y no sacan pizca de sustancia los espectadores. ¡Dichosos los flageladores que, como usted, tienen el conocimiento de las flaquezas a la medida de los bríos y de la autoridad! Adelante con la empresa, que algo bueno quedará de ella además del libro, cuya lentitud en salir me desespera. (carta 595)

Recomendó encarecidamente a Oller la recién publicada *Pequeñeces*, advirtiéndole con ironía que vería en ella

verdaderos horrores entre las gentes encopetadas que en ella pululan, horrores que dan por *ciertos* la Pardo, Luis Alfonso y otros que negaron en redondo la realidad de los de *La Montálvez* y *La Espuma*. Pero resulta que el Sr. Coloma ha sido ‘cocinero antes que fraile’, es *de casa*; y, lo que yo decía en el capítulo de marras: «Madrid es para los madrileños. (carta 607)

Pero unas semanas después el elogio es mucho más moderado, debido quizás a cierta envidia ante el gran éxito de *Pequeñeces*, que tan solo considera un éxito de circunstancias.

la novela, aunque buena, no es un asombro, hace más de un año que se viene publicando en una revista a que están suscritas todas las devotas del gran mundo, y hasta ahora cayeron en las crudezas de *La Gorriona*, publicada en el mismo *Mensajero*, mucho hace, tras otros innumerables cuadros y novellitas del mismo autor, desconocido completamente hasta hoy para los chicos de la prensa y las lectoras de *La Época*. Yo le aseguro a V. que si a los días de aparecer *Pequeñeces* salta un crimen como el de la calle de Fuencarral, no se venden 5000 ejemplares de la obra del insigne jesuita, a quien tengo, más de seis años ha, por un escritor de costumbres notabilísimo. (carta 612)

Y confirmaba a Yxart «El escandaloso éxito de *Pequeñeces* del cual no puede V. formarse idea por no haberlo visto con sus propios ojos» (carta 624). Pocos meses después, en pleno triunfo de prensa y público de la novela, comentaba de nuevo a Oller que «Hace años vengo yo predicando de viva voz entre incrédulos y desdeñosos, al P. Coloma, como escritor notabilísimo; quince días antes de ponerse a la venta *Pequeñeces*, me escribía él, al enviarme el primer ejemplar, temblando de miedo por el éxito» (carta 633). Pereda era casi veinte años mayor que Coloma, y en sus cartas más tempranas le daba algunos consejos que sugerirían una relación de maestro y discípulo, que desaparece con el triunfo de *Pequeñeces*.

Domingo Cuevas (1830-1907), íntimo y primo de Pereda, llegó a la escritura por el camino de la oralidad y sus dotes de observación y sus descripciones de personajes, escenas y lugares de su Comillas natal

dieron a sus escritos un inesperado valor costumbrista. Asesorado por él escribió unos relatos que publicó bajo el título *Recuerdos de antaño* (Madrid: Biblioteca de Ferrocarriles, 1893). Años después, salió una segunda edición, *Antaño* (Madrid: Fortanet, 1900) ampliada y con prólogo de Pereda, en el que destaca su carácter de escritor de costumbres (García Castañeda: 2018a).

En su «Carta-prólogo» que precedía al texto de *El carro. El miserable* del político y escritor conservador **Mariano Domínguez Berrueta** (1871-1956), escribía Pereda que había en él «madera de los buenos pintores de costumbres regionales [...] si el diablo no le sale a V. al buen camino que ahora sigue y le obliga a extraviarse echándole por tentadores y peligrosos atajos» (Pereda: 1901).

También el libro *Credo y Razón*, del militar **José Elola**, «El Coronel Ignotus» (1859-1933), dramaturgo y autor de obras de ciencia ficción, estaba precedido de una «Carta-Prólogo» en la que Pereda ensalzaba «tan excelente libro» que «hará un gran bien a España si lograra popularizarse; y se popularizaría seguramente, si el espíritu de propaganda católica estuviera tan arraigado entre nosotros como lo está el de la política demoledora» (carta 1050). El autor es correligionario de Pereda, quien le felicita sinceramente por ello pero la calidad literaria del libro no debía parecerle muy alta cuando ni siquiera le menciona.

La revista agustiniana *El Buen Consejo* publicó una carta de Pereda «Al Ilmo. Sr. D. F. Tomás Cámara, Obispo de Salamanca» en la que le agradecía el envío del tomito de *Poesías* de **José María Gabriel y Galán** (1870-1905), prologado por el mismo Cámara. El joven poeta era desconocido entonces aunque Pereda había leído ya alguna de sus poesías, como «El ama»: «no recuerdo haber leído trozo de poesía más honda, más humana ni más conmovedora», alababa igualmente el prólogo y las demás poesías del libro y hacía votos para que los versos del joven poeta «vengan a purificar este ambiente frío y sepulcral en que nos envuelve la tendencia malsana de los libros al uso, nuevos cantos suyos, impregnados de los aires que en los campos se respiran» (carta 1273). Gabriel y Galán ensalzó el concepto cristiano de la vida, y las virtudes del austero labrador castellano y del hogar tradicional. Tuvo gran fama y su obra se difundió en las escuelas y los colegios, donde se aprendían de memoria sus poesías, y en los hogares españoles.



Imagen 110. José María Gabriel y Galán

A la hora de dar su opinión sobre el poema *Idealismos* Pereda se vio en un aprieto. Estaba prologado por su buen amigo Teodoro Llorente quien le había enviado el libro con una cariñosa dedicatoria de su desconocido autor, un tal don **Vicente Greus**. El libro se perdió en «mi mesa de trabajo, [que] en muchas ocasiones, parece un recuerdo de la hacienda española por lo revuelta y enmarañada que está», y al encontrarle se puso a leerle aunque «a decir verdad, con saber ya que eran [versos] románticos y de un señor fiscal de Audiencia, me tentaban bien poca cosa». Pero el prólogo era de Llorente y el autor, recordó entonces Pereda, «aquel correcto fiscal a quien tantos favores debí en Tarragona el año 92». Y alaba los versos con las acostumbradas vaguedades aunque en esta ocasión con un tono humorístico y burlesco: El libro está versificado

con gran soltura, y muy a menudo con mucha elegancia.
[...] No faltará lector que tache a esta obra de pasada de moda; en lo cual no sabrá lo que se diga, pues el romanticismo es cosa de siempre en nuestro suelo y en nuestra raza, y [...] la historia del caballero que va a romperse la crisma al otro extremo del

mundo por conseguir una sonrisa de su dama; y la de estas damas que se asoman al ajimez, a la luz de la luna y de estos castillos roqueros y de estos caballos a los que no les falta más que hablar. (carta 1085)

Conocemos la sincera admiración que tuvo Pereda por **Angel Guimerà** (1845?-1924), uno de los autores más destacados de la Renaixença y el dramaturgo más importante de su generación en catalán. Tras acabar la lectura de *Mar i Cel*, escribía a Oller. que «Fuera de Shakespeare no conozco estilo dramático más grandioso que el de Guimerà». Lamentaba, como era habitual en él, el desconocimiento del catalán en España, lo que impedía que las obras de ese gran poeta pudieran saborearse en el resto del país (carta 477), y leyó *Rey i Monjo* «con la delectación y el asombro que me producen todas las obras dramáticas de ese singular ingenio» (carta 549).



Imagen 111. Angel Guimerà

A juzgar por esta carta, **Modesto Hernández Villescusa** estaba «consagrado a la enseñanza y propagación de la buena doctrina religiosa y social, y que había creado algo como colegio o centro de

esta obra, verdaderamente heroica y caritativa». A Pereda le gustó su libro sobre Recaredo, que «le acredita a V. de hombre de saber, y de cristianos entusiasmos, y de notable polemista». Es obvio que la novela *La tórtola herida* no era buena pero afirma que le gusta «aunque no sea el lado en que, seguramente, ha puesto V. los cinco sentidos» y alaba, como solía hacer, situaciones secundarias y personajes de segunda fila (carta 701).

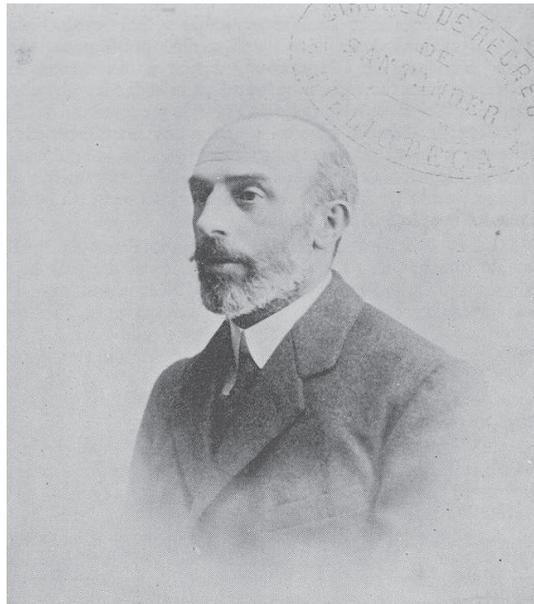


Imagen 112. Eduardo de Huidobro

La Montaña de La Habana el 30 de septiembre de 1916

Eduardo Huidobro (1867-1936), el pariente, amigo y gran admirador de Pereda, le enviaba siempre sus libros, quien los acogía con las amables vaguedades que disfrazaban su escaso aprecio; *El verano en Santander* es una «obrita» que tiene «páginas de gran mérito, y está toda ella escrita en el más castizo y puro castellano pero abunda en un «sermoneo», que halla fuera de su lugar y es «demasiado crudo en ocasiones» (carta 1127). Y tras recibir la «excelente *Biografía de Cervantes*», premiada en el Certamen Literario últimamente celebrado en el Instituto General y Técnico de Santander considera que «la

materia ‘Cervantes’ hay que darla por agotada, y nada nuevo le queda por decir a ningún biógrafo suyo en materia de hechos y ponderaciones. La única novedad que cabe puede ser en el modo de decirlo, y esto lo has hecho tú a la perfección escribiendo una biografía del perínclito Manco digna de él por su pureza y corrección sabrosa castellana» (carta 1340).

Surge un compromiso al responder al Dr. **Javier Lasso de la Vega** (1855-1911), catedrático de Medicina en la Universidad de Sevilla, quien compartía con Pereda la amistad con el doctor montañés Ramón de la Sota y Lastra, también catedrático en la misma universidad (González de Riancho: 2004). Su novela *Isaac* debía ser muy mala, a juzgar por ser «eminentemente incompatible con el arte la prosa abominable de un Ayuntamiento con todas sus luchas y rencores», y el que todos los personajes hablan el mismo lenguaje «y en un mismo tono estirado y altisonante en exceso». Y así y todo, «no es esta obra, con sus defectos y todo, merecedora de los desdenes de ningún lector que por culto se tenga». En este borrador concluía Pereda «y, por último, que a pesar de ello había en la de V. muestras abundantes de un talento y de una buena observación poco comunes», una frase que, arrepentido, tachó después (carta 1268). Las numerosas tachaduras y correcciones en el borrador manuscrito de esta carta muestra el cuidado con el que escogía Pereda sus palabras en casos delicados como éste.

El escritor y periodista, **Luis M. López Allué** (1861-1928), envió a Pereda *Capuletos y Montescos*, que se considera como la mejor novela de costumbres del campo aragonés. Don José da aquí un ejemplo más de las amables vaguedades genéricas con las que solía favorecer a quienes tenía que alabar. Esta es «una afortunada muestra de realismo sano, limpio, castizo y pintoresco. Circula por sus hojas y se aspira con deleite, el olor confortante del terruño aragonés, y cada cosa está allí en su lugar propio y con el dibujo y el colorido que le corresponde». Y firma como «su admirador y medio arrumbado compañero», lo que indicaría cierto conocimiento amistoso previo, y la dudosa «admiración» del polanquino (carta 1214).

El profesor santonés **Ricardo Macías Picavea** (1847-1899), regeneracionista, republicano y darwinista, había enviado hacía tiempo la primera parte de su libro *La tierra de Campos* a Pereda. No acusó recibo entonces, y ahora confiesa que tardó bastante tiempo en leerlo.

Y tras recibir ahora a través de José Estrañi un ejemplar de la 2ª parte, se excusa de nuevo y promete escribir al autor en cuanto le lea. En su respuesta, tan cortés como fría, no muestra interés en comentar este libro, que afirma haber leído, y que posiblemente consideraría subversivo (carta 1105).



Imagen 113. Ricardo Macías Picavea
(Biblioteca Virtual de Polígrafos)

También quedan sin analizar el contenido y la calidad literaria del tomo de *Versos* que le envía **Juan Martínez Nacarino**, un correligionario, en el que aplaude Pereda «la facilidad y la gracia así como las tendencias eminentemente cristianas y moralizadoras que sobresalen en todas las composiciones de V.» (carta 1012).

Conoció en los Juegos Florales del año 92 a **Ramón Masiferri** (1862-1936), compositor de sardanas y poeta floricola, autor de *La vida del campo*, prologado por Jacinto Verdaguer. Tras la acostumbrada excusa por la tardanza en contestar, Pereda se muestra afectuoso y complaciente, y hace un encendido elogio de la vida campestre, «de sus aires, de sus frutos, de su fragancia, de la honrada y pintoresca sencillez de sus costumbres, donde el trabajo ennoblece y purifica el

alma y la eleva más a Dios». Y su «cordial admirador» se despide de Masifern sin haber hablado de su libro (carta 1275).

Coincidiendo con el Desastre del 98 apareció *Aires Murcianos*, de **Vicente Medina** (1866-1937), que alcanzó un gran éxito, especialmente su poesía «Cansera», que expresaba el desaliento de los españoles tras la derrota. Pereda acogió con verdadera admiración este libro, del que ya conocía algunas cosas, publicadas en el *Madrid Cómico*. «Me enamoraron entonces la sencillez, la profundidad y la ternura de aquella genial poesía, Cansera, y hoy me complazco en reconocer que el poeta revelado en tan delicada obra de arte, no desmerece en las restantes de la colección. El sentimiento de la noble, sana y conmovedora poesía que hay en el fondo de la Naturaleza, es para pocos, y de las prendas que para ver en ellas se necesitan, ha querido Dios dotarle a V. pródigamente» (carta 1059).

A pocos contemporáneos admiraba y quería tanto Pereda como a **Menéndez Pelayo** aunque, al parecer, fue a quien dedicó menos atención crítica. Pero a lo largo de los años recoge esta correspondencia la alegría y la admiración que le producen las cartas del joven Marcelino enviadas desde el extranjero durante su viaje de estudios, su orgullo tras haber ganado aquel la cátedra, de pronunciar el brindis del Retiro, de llegar jovencísimo a la Real Academia, y en cada ocasión en la que su amigo y que sería pronto su mentor literario tenía alguna ocasión de lucimiento. Recibe y lee y aplaude con los demás amigos las obras que van apareciendo pero no las enjuicia. Las razones son obvias: don Marcelino era un investigador, un erudito, un conocedor de la filosofía y de los clásicos, lo que don José no era, y reconocía humildemente no serlo. Era, eso sí, lector apasionado de aquellas obras por ser suyas y, como le confesaba tras recibir el primer tomo de la *Historia de las ideas estéticas*,

Anoche comencé a abrir las hojas y aún no he leído más que la *Advertencia Preliminar*, como tantos otros trabajos tuyos. El resto de la obra me le iré saboreando desde hoy. A ver si consigues, con la amenidad y la galanura que son propias de tu estilo, hacerme *pegajosas* esas abstrusas disquisiciones que, por especial índole mía, se evaporan al paso que voy enterándome de ellas. (carta 231)

Tan solo en ocasión de la polémica sobre la ciencia española de Laverde y Menéndez Pelayo con los krausistas intervino activamente con la publicación en *El Aviso* (28 de diciembre de 1876) de un artículo en vigorosa defensa de *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española* (Pereda: 2006).

El agustino Fr. **Manuel F. Miguélez** (1864-1928), destacado estudioso de la historia y la literatura de Asturias, reseñó elogiosamente *Al primer vuelo* en la revista *La Ciudad de Dios*. Me refiero a ella por mostrar una vez más la íntima relación de Pereda con los agustinos, y cómo agradecía especialmente esta reseña de una obra «de la cual dicen que ha dicho (porque yo no lo he leído) mi *amiga* la Pardo Bazán en el último rincón de su *Teatro crítico* y en media docena de renglones desdeñosos, que es pesada, pobre y *decadente*» (carta 626).

Luis Millares Cubas (1861-1828) y su hermano **Agustín** (1863-1965) escribieron novelas, cuentos y obras teatrales; eran de conocida familia ilustrada canaria, posiblemente amigos de Galdós, con los que Pereda mantuvo una relación epistolar amistosa, directa y sincera. Uno era abogado y el otro, médico y escribían conjuntamente novelas muy mal acogidas por la crítica, que enviaban a Pereda para conocer su opinión. Como era de esperar, éste acompañaba su evaluación negativa de consideraciones vagas y laudatorias sobre elementos secundarios de las obras. *La deuda del comandante* era irrepresentable y fracasó en el teatro pero publicada como novela y «tomando mucho de ello a beneficio de inventario [...] resulta siempre atractivo, y en ocasiones con cierta grandiosidad». La segunda novela, que no nombra, «no me interesa ni me agrada hasta el capítulo III en que [...] empieza a verse la mano hábil de sus autores, aunque empeñada, como siempre, en hacer bellas obras de arte con mal barro» (carta 820).

Y en una segunda carta que comenta la «catástrofe irremediable» de otro libro, que tampoco se nombra, Pereda salva el capítulo «Germinal, que es primoroso de color, de dibujo y de composición, y una brillante muestra de lo que podría ser un libro de verdaderas costumbres ‘de la tierra canaria’ escrito por ustedes». (Posiblemente la colección de cuentos *De la tierra canaria*, 1894). (carta 851).

La novela *Manuel Pérez* de **Pedro Miranda Carnero** llega avalada con un prólogo de su amigo Sinesio Delgado. Pereda la acoge con entusiasmo por «la sencillez y lo castizo del relato [que] recuerda los buenos y antiguos modelos de la novela castellana, y este es el mayor

elogio que pueda hacerse de ella: la pintura de la tierra que le sirve a V. de escenario, y la de sus costumbres, es de una firmeza y de una sobriedad encantadoras (carta 1049). Algún tiempo después recibe *La Hidalga*, que no le gusta pues «el asunto de la novela está bien visto por V. pero tratado con excesiva precipitación» aunque es «obra de un novelista nada vulgar el mismo que se nos revela en *Manuel Pérez* pero que en esta ocasión no ha tenido la necesaria paciencia para dar a su asunto bien concebido todo el desarrollo que pedía su importancia» (carta 1164).

Posiblemente a través de Menéndez Pelayo o de Rodríguez Marín mantuvo Pereda una relación amistosa con varios hombres de letras andaluces. Uno de ellos era el folklorista y poeta **Luis Montoto y Rautenstrauch** (1851-1929), cuyo libro de poesías *Noches de Luna* y la *Historia de muchos Juanes*, «escrita en romances de la más pura casta y editada con un lujo tan inusitado como artístico», llegaba prologado por su amigo Rodríguez Marín. «En ambos libros es V. el poeta de siempre, de claros rumbos y de firme vuelo, con alma noble y corazón abierto a las penas de todo linaje de menesterosos, vive en ella el impulso de un espíritu profundamente cristiano». Y firmaba como «su admirador» Pereda (carta 1062). Años después volvía a felicitarle por su novela *Los cuatro ochavos*, en la que hallaba «el interés y la emoción que en vano se busca entre los problemas psicológicos y dislocados sentimientos de la novela modernista» (carta 1277).

De **Miguel Moya**, director por muchos años del periódico *El Liberal*, es *Perfiles*, un libro con semblanzas de diversos oradores políticos. Pereda los conocía «poco más que de oídas» y ensalzaba la «hechura; la seguridad, la destreza y la frescura [con, *tach.*] que resaltan en los acabados dibujos, a los cuales, con excesiva modestia, llama V. perfiles» (carta 560).

El P. **Conrado Muñón Saenz** (1858-1913), profesor en los estudios de El Escorial y director de la revista agustiniana *La Ciudad de Dios*, era otro de los religiosos que escribían para educar a la juventud y reformar la sociedad. Le agradecía en esta carta su libro *Horas de Vacaciones*, del que ya había leído algunos cuentos en la *Ilustración Católica*, que le habían «gustado muchísimo», y le felicitaba por «sacar al enemigo de su terreno, quitar pretexto a sus rutinarios desdenes, y obligarle a que lea, a que medite y a que compare. Esto solo es un gran triunfo» (carta 409).

Ha debido perderse más de una carta al autor de celebradas obras de costumbres andaluzas **Juan Francisco Muñoz y Pabón** (1866-1920), pues las que conocemos indican una anterior amistad. Pereda alaba sinceramente la novela *Justa y Rufina*, «en alto grado ameno e interesante, no sólo por la gracia y color de sus cuadros de costumbres y de sus diálogos populares [...] y por estar escrito en superior castellano, y en el estilo de las buenas tradiciones de la novela regional española.» Tan solo le disgusta que algunas veces aparezca «algo extremada la nota realista» (carta 1222). Algo que ha evitado en viveza en el colorido local, con la ventaja de ser más variados los caracteres y los cuadros populares que entran en juego. (carta 1235). Y a fines del mismo año aplaudía una nueva novela, [*Paco Góngora*] cuyos personajes y situaciones discute, como hizo con las anteriores, mostrando así su conocimiento e interés por estas obras. «La novela española va hoy por mal camino y necesita el contrapeso de otras de linaje honrado y castizo como las de V., que nunca pasarán de moda» (carta 1259).



Imagen 114. Juan Francisco Muñoz y Pabón

Pereda se deshace en excusas con el militar **José Navarrete y Vela-Hidalgo** (1836-1901), autor de varias novelas, por no haber agradecido hasta entonces sus libros, de los que gusta sinceramente pues en ellos «andan como Pedro por su casa la frescura, los donaires, todas las galas de la imaginación sevillana y todas las cuerdas del sentimiento más hondo y delicado, la luz y los colores, en fin, cuanto más avalora y enaltece a un gran artista de la pluma, como lo es V.». Sin embargo, le reprocha con firmeza «ese inconcebible e inexplicable fanatismo de sectario que le hace cometer a cada paso las mayores injusticias y a caer en los absurdos más lamentables» contra el catolicismo. No lo hace, escribe, por intransigencia de católico sino por escrúpulos de admirador desinteresado. Aparte de esto, está de acuerdo con lo que dice Alarcón en su prólogo a *Los montes de la Mancha*, y agradece a su autor el regalo de sus libros y la ocasión de haberle conocido (carta 925).

Juan Gualberto López-Valdemoro, Conde de las Navas (1855-1935), catedrático y bibliotecario, escribió varias novelas. Entre ellas, Pereda aplaudía *El Procurador Yerbabuena*. que es «Muy interesante dentro de su sencillez, con mucha luz y mucho sabor de la tierra y superiormente escrita. En mi opinión, ha logrado V. sin esfuerzo el propósito que declara en la dedicatoria que le precede». Como en otras ocasiones, la alabanza es convencional y tibia y el texto queda sin discutir por quien se firma su «admirador» (carta 1011).

En una ocasión Clarín anunció a Pereda que el escritor asturiano **Juan Ochoa** (1864-1899) le enviaría su novela *Un alma de Dios* (1898), que recibió con una dedicatoria. Tras su lectura, respondió al autor de *La Regenta*, «Me gusta el libro de punta a cabo. Así como suena. Porque está escrito con talento, con gracia y con arte [...] puede ir muy lejos [...] por el camino que ha emprendido, si no se deja llevar de *malas compañías* ni de tentaciones del demonio» (carta 1036). Clarín incluyó esta carta en un «Palique» con este comentario: «Ya lo han visto Vds., a Pereda, el maestro de maestros, le gusta la novela de Ochoa, todo eso que acaban de leer [...] yo solo digo esto a Ochoa, para concluir; mi enhorabuena por la enhorabuena del Pereda único» (Alas: 1898). Semanas después éste escribió una breve carta a Ochoa, tibia y laudatoria: «Perteneciendo yo a los que se van, señalo con piedra blanca la hora en que descubro, entre los que vienen, uno que no sea del montón [...] Quizás sea éste—me digo—quien llegue a lo

que yo ví en arte sin poder alcanzarlo» (carta 1046). Palabras que no revelan gran entusiasmo por el libro, al que no se refiere directamente; da la impresión de ser un compromiso de Clarín con Ochoa, y a su vez de Pereda con Clarín.

Me refiero brevemente ahora a Narciso Oller pues su nombre ha aparecido con tanta frecuencia en este estudio introductorio. Se considera a **Narcís Oller i Moragas** (Valls, 1846-Barcelona, 1930) como el iniciador de la moderna novela catalana, perteneció al grupo de la *Renaixença*, y en la Cataluña de la Restauración escribió la versión de la novela que hicieron Valera, Pereda y Galdós. Lo hizo en castellano hasta los 30 años, y a su primera obra en catalán *Croquis del natural* (1879) siguieron narraciones breves; *Sor Sanxa* (1880), novela premiada en los Jocs Florals; y *La Papallona* (1880).



Imagen 115. Narciso Oller. Caricatura por Junceda.

J. M. González Herrán. “Los libros barceloneses de José María de Pereda.” *Barcelona y los libros*. (2000: 44)

Fue corresponsal y amigo de Pereda, de Galdós, de Valera, de Menéndez Pelayo, de Pardo Bazán, de Clarín y de tantos otros. También

lo fue de Víctor Balaguer, de Teodoro Llorente, el fundador del diario *Las Provincias* de Valencia, y de Luis Alfonso, al que conoció a fines de los años 70, y a través de quien entró en correspondencia directa con Pardo Bazán. (Oller 1962: 25-30). Y gracias a Isaac Pavlovsky conoció a Albert Savine y a Zola.

Su amigo **Apeles Mestres** (1854-1936), escritor, caricaturista, ilustrador y tantas otras cosas, fue una destacada figura de la cultura catalana y, a su vuelta de Polanco, donde estuvo haciendo dibujos para una edición ilustrada de *El sabor de la tierruca*, envió a Pereda un ejemplar de *La Papallona* de Oller. *La Papallona* le pareció una «bellísima novela», que estaba precedida de una carta de Zola, y que «me enamora, no solo por su hermoso laconismo, sino porque lo que dice de V. y de su novela, es lo mismo que diría yo si supiera decirlo como él. El naturalismo de V. podrá ser pariente del del famoso novelista francés, pero no hijo legítimo ni hermano carnal» (carta 336). Se cruzaron algunas cartas, y como ya sabemos, ambos se conocieron poco después, y así comenzó la que pronto llegaría a ser una amistad íntima.



Imagen 116. Apeles Mestres
(Arixiu Històric de la Ciutat de Barcelona)

Pereda fue pronto un entusiasta propagandista de la obra de Oller, le urgió que enviara sus libros a Clarín, quien gustó mucho de ellos aunque en su correspondencia le pedía siempre que escribiera en castellano, y a él se debe una interesante carta acerca de la resistencia de los catalanes a escribir en ella; escribió a Menéndez Pelayo recomendándole a Oller, «por cuyas obras tengo verdadera pasión, y cuya persona vale más todavía que sus obras» (carta 276), y lo hizo con Galdós, al que también gustaron mucho.

Después de haber leído las *Notas de color* y los *Croquis del natural*, le escribía Pereda que «Pocas cosas conozco más delicadamente hechas en ese género tan difícil en el cual sabe V. unir, con arte maravilloso lo más real que cabe dentro del idealismo, y lo más ideal que se concibe dentro de la realidad» (carta 246). En *Vilaniu* alaba

el arte delicadísimo con que están representados en ella, sus resabios, vicios y virtudes, interiores y paisajes de una comarca que cada lector reconocerá muy bien, porque, con ligeras variantes, existe en su tierra. ¡Con qué vigor de colorido y valentía de líneas están trazados algunos cuadros, o mejor dicho, todos ellos! ¡Cuánta verdad en aquellos personajes. (carta 348)

Y destacaba la originalidad de *l'Escanyapobres*, «ese primoroso estudio al natural», que no le recordaba a ningún avaro desde los de Plauto a Balzac y Conscience (carta 269).

En 1891 apareció *Nubes de estío*, cuyo capítulo XIII, «*Palique*», es un obvio guiño amistoso a Oller y a los catalanes, y en el que toca dos temas que volverá a repetir con insistencia en sus cartas: los ataques a «los desdeñosos madrileños,» y la defensa de la literatura catalana como parte de la nacional española. En su discusión con el periodista madrileño, el personaje Juan Fernández [José María Quintanilla] alaba sin nombrarlos al único poeta épico y al único dramaturgo que hay hoy en España [Jacinto Verdaguer y Angel Guimerá], conocidos en Europa y que escriben en catalán. Y Juan Fernández afirma que Casallena y Juanito Romero leen en catalán, y que en Santander hay más de seis bibliotecas particulares en las que hay libros en esa lengua. Y justifica que los catalanes escriban

en su lengua madre, en términos muy semejantes a los que expresa siempre en sus cartas (Pereda: 1999: 645-647).²²⁶

Oller padecía de depresiones y de falta de confianza en su capacidad de escritor y confió repetidamente a Pereda su propósito de abandonar las letras. El pensar que lo hiciera, y en plena producción, entristecía e irritaba al montañés: «no tiene perdón de Dios cuando declara que va a dejar el oficio, porque no sirve para él» (carta 589). Y lamenta de nuevo que el reducido ámbito del catalán «impida volar tan lejos como merece esa hermosa muestra del arte esquisito y vigoroso talento de su autor, honra legítima de las esclarecidas letras catalanas» (cartas 732 y 1001).

Leyó «de una sentada» la traducción castellana de *L'Escanyapobres*, «uno de los estudios más acabados e interesantes que ha hecho del corazón humano el ingenio feliz de V.», y ponía objeciones a la traducción de Rafael Altamira, en la que abundaban catalanismos y frases forzadas (carta 1022). Años más adelante, le agradeció un ejemplar de la traducción francesa de la misma novela por Albert Savine y la bella edición de la obra por Gustavo Gili de Barcelona (carta 1088).

Siguió con gran interés la progresiva aparición de los tres volúmenes de *La febre d'or* sin temor a sorpresas porque el primero era «un hermoso primer cuerpo del sólido y gallardo edificio que se presiente y se espera», destacaba elogiosamente algunos episodios y personajes - «Aquello es de primera, de primerísima calidad.» — y para que V. vea que no lo echo hoy todo en sahumeros «no hallaba puesta en carácter» la primera acometida del acompasado y solemne Foix a la institutriz de su hija» (carta 589). En el segundo tomo, va «marchando el asunto como una seda [...], dejando muy tirante la curiosidad del lector y muy regalado su gusto» (carta 612), y la tercera y última parte «de su magnífica novela se pega a las manos con una fuerza de atracción irresistible» (carta 713).

Pereda califica de «criminal modestia» las desconfianzas de Oller y le niega el derecho de retirarse a la vida de modesto *procurador* «porque no le tiene, ni debe ni puede tenerle un hombre que ha alcanzado, entre los novelistas contemporáneos, el altísimo y merecido lugar que se ha conquistado V. a lo mejor de su vida» (carta 730), y cuando Joaquín Cabot le pidió su opinión sobre *La febre d'or* para

²²⁶ «Palique» fue publicado en *La Veu de Catalunya*, 14 de agosto de 1899.

publicarla en *La Veu de Catalunya*, le respondió tras desautorizar modestamente su propio valor crítico, alabando entusiásticamente la novela, «a la buena de Dios [...] por su hechura magistral y por el fondo que mide, dentro de las modernas tendencias del género, una de las más notables que se han publicado en España... y aun fuera de España en estos últimos tiempos» (carta 732). Y al recibir un ejemplar de *Navidad*, regalo del escultor Josep Llimona, que incluía «el precioso artículo» de Oller «Entre padres e hijos», le felicitaba porque «Ni las dificultades de una lengua poco usada, le impiden a V. hacer las cosas bien. Milagros del arte» (carta 821). Años después leyó «de cabo a rabo» *Figura i Paisatge*, del que ya conocía algunos relatos, y en ellos «en todo, hasta en lo más ligero, le hallo a V. hondo, artista, riguroso, y, especialmente, bueno» (carta 1001).

La bogueria (1899), que publicó la Biblioteca Patria, alabada incondicionalmente por Pereda, quedó sin analizar ni entrar en particulares pues, como en otras ocasiones, éste se centró en un tema que le irritaba. Esta vez,

Alguien ha dicho que en *La bogeria* ha querido V. plantear problemas de alta importancia. [...] ¿Problemas de qué ni para qué? ¡Es mucha manía esa de los problemas preconcebidos en las obras de arte!

Yo prefiero creer que V. nos ha presentado el caso de una familia tristemente pintoresca y novelable; y desde este punto de vista, la obra responde fielmente a los alientos artísticos del autor, sin que para nada se echen de menos en ella las sensiblerías artificiosas del filósofo.

Y en los despreciados «linceos del análisis» que menciona, se adivinaba a quienes pretendían ver en *La bogueria* una novela naturalista. «Y no le digo más, porque creo que no lo necesito para que me entienda.» Y en 1899 el ya achacoso don José envidiaba su actividad: «Dichoso V. que trabaja y produce y vive todavía en las altas regiones del arte! Nunca me han parecido más hermosas que ahora, que las voy perdiendo de vista, no sé si porque se me han cerrado sus puertas, o porque me faltan ya los alientos necesarios para llegar hasta ellas» (carta 1088).

De interés sociológico son sus observaciones al volumen *Teatre d'aficionats*, que le gustó mucho, como todo lo que hacía Oller, y

le comentaba que en Santander y «creo que en el resto de España», fuera de Cataluña, ya no había afición al teatro casero «como existió en los tiempos de mi primera juventud, y acabó al apagarse los últimos destellos que yo alcancé, del romanticismo» (carta 1163).

Cinco veranos llevó a Oller escribir *Pilar Prim*, sobre la que había ido dando noticias a su amigo a lo largo de aquellos años; y cuando apareció en 1906 le envió de inmediato un ejemplar pero éste ya no pudo leerla, y falleció poco después. Al igual que con las demás cartas que recibió de Pereda, Oller puso una nota; en la del 4 de febrero de 1906 escribió: «Aquesta es l'ultima carta qu'el meu admiradíssim amich Pereda m'a dirigit. A mitja nit del 1 de Mars, lo pobre pasa a millor vida». [Esta es la última carta que me envió mi admiradísimo amigo Pereda. A media noche del primero de marzo, el pobre pasó a mejor vida].

A través de Oller Pereda se relacionó con los hombres de letras y artistas catalanes; estuvo tres veces en Barcelona, en 1884, cuando conoció a Oller y recibió un homenaje del Ateneo barcelonés; en 1892, en ocasión de los Juegos Florales; y en 1898, en una visita íntima para abrazar a su amigo. Debemos a las *Memòries literaries* de Oller, escritas en forma de cartas a Victor Catalá,²²⁷ un animado y sincero retrato de Pereda, de sus opiniones y de sus costumbres, así como no pocas observaciones y anécdotas sobre el autor de *Sotileza*, vividas durante más de medio siglo.

Aniceto de Pagés (1843-1902), poeta y Mestre del Gai Saber, envió a Pereda unas páginas del *Gran diccionario de la lengua castellana* que había empezado a publicar, para el que

no hay palabras con qué ponderar bastante el mérito de ese trabajo, superior a las ordinarias fuerzas de un hombre solo, por inteligente y activo que sea [...] este Diccionario de Autoridades viene a darnos lo que no poseíamos sino de un modo incompleto. Por este lado, pues, de su utilidad práctica han de mirarle cuantas personas se interesen por el decoro y la pureza del lenguaje castellano

²²⁷ Seudónimo de Caterina Albert i Paradís (1869-1966), novelista, dramaturga y poeta, cuya obra más conocida es la novela *Solitud*. Escribió en catalán y en castellano y formó parte del movimiento modernista.

y le rogaba que le contase entre sus suscriptores y admiradores (carta 1231).

Pereda debió entrar en relación epistolar con **Armando Palacio Valdés** a través de Clarín, de quien era íntimo. En 1884 era ya un escritor conocido y en la primera carta que conozco de Pereda al novelista asturiano, «cuyos envidiables progresos sigo con interés mucho tiempo hace», le saluda como a alguien que comienza el camino que él iba dejando atrás (carta 252). No se conocían personalmente y en esta carta espera hacerlo próximamente, dentro de «10 o 12 días». Después, en las temporadas que Pereda estaba en Madrid, paseaba con él y con Galdós y tomaban cerveza por las tardes. Palacio le mandaba sus obras para que le diera su juicio crítico. Pereda, que casi siempre fue sincero con él, puso reparos de carácter moral a *Marta y María*, a través de Clarín: «el desvanecimiento de la primera, en plena tertulia, sobre las rodillas del presunto cuñado; su chispa en la jira marítima y los subsiguientes besuqueos, pedidos por ella, en el peñasco solitario; la descripción minuciosa del cuerpo de María puesta en cueros vivos...» (carta 266).



Imagen 117. Armando Palacio Valdés

Le gustó *El idilio de un enfermo*, que «reputo ser de primer orden todo cuanto hasta la última página es paisaje y costumbres» aunque rechazaba todo lo relacionado con «la lujuria vulgar [...] el simple propósito de triscarse un mozo a una buena moza en un pajar, o donde fuere habida» (carta 264). Un rechazo que se extendía a otras escenas de carácter erótico en *El señorito Octavio*. *El idilio de un enfermo* le parecía «hecha con gran serenidad de espíritu, bien compuesta y mejor entonada» (carta 266) y también coincidía con Clarín en que José era lo mejor que había escrito Palacio: «por lo menos, es lo más simpático y de más delicado sentimiento. Como novela de costumbres marineras la hallo el defecto de tener poco salitre, por ser demasiado convencionales aquella mar y aquellos mareantes» (carta 314).

También le gustó *Riverita*, con la esperada excepción de la escena de un parto, «no tanto por las condiciones repulsivas, naturalmente, del asunto tratado al pormenor, cuanto porque eso de los partos parece haberse hecho ya un lugar común del naturalismo al uso». La segunda parte, *Maximina*, le gustó más que *Riverita* por estar «*más hechos* los caracteres de esta obra, son más interesantes los sucesos, y sobre todo, se aspira sin cesar la fragancia consoladora de la protagonista, que es un personaje tratado con verdadero amor de artista y de *hombre de bien*» (carta 397).

Acabando la lectura del primer tomo de *El cuarto poder*, confiaba a Quintanilla «(con la mayor reserva) que jamás he leído cosa más insulsa, descolorida, desaliñada e inocente y sin estilo que lo que voy dejando atrás. Parecen aquellas pinturas la obra de un niño sin experiencia ni sentido artístico. Verdad que este es el flaco del autor cuando se mete en dibujos de esa especie» (carta 461). Pero a los pocos días daba al autor una opinión mucho más moderada (carta 463).

En cambio, *La aldea perdida* le produjo una profunda impresión:

Que la tendencia del libro es de mi gusto, que no lo es menos el sentimiento cristianamente patriarcal que circula por sus páginas, como la savia poderosa y vivificante por las [nubosas y praderas, *tach*] verdes campiñas asturianas, y que parecen arrancadas de mi corazón las últimas palabras de forma, puestas en boca del donoso personaje Don César de las Matas, en presencia de los [abominaciones, *tach*] crímenes cometidos por el [antipático, *tach*] abominable invasor, creo que no nece-

sito afirmar lo a V. que de antiguo me conoce de palabra y por escrito. Todo, en suma, me enamora en la novela. (carta 1270)

Palacio le envió un libro, que no se nombra [*La hermana San Sulpicio*, por la fecha?] excusándose al tiempo de haber molestado a Pereda con sus opiniones en él sobre la novela de costumbres. Cuando le contestó, todavía no había leído «la parte más sustancial» del prólogo pero entendía la interpretación que le daba Palacio en su carta, quien también era novelista de costumbres. «¿qué mal hay para el arte en que el novelista prefiera para escenario los valles asturianos o montañeses, la misma Puerta del Sol o los salones de la Medinaceli?» (carta 526).

Prologado por su común amigo Salvador Rueda recibió Pereda *Tierra Andaluza*, una colección de cuadritos costumbristas, del escritor cordobés **Julio Pellicer** (1872-1937), que le pareció muy bien. Rueda presentaba a Pellicer formando parte de la «escuela del color», lo que induce a Pereda a dedicar el resto de su carta a rechazar el concepto de «escuela» pues esto

vale tanto como sujetar a cánones y plantillas los procedimientos y la labor de los discípulos o de los afiliados. Cada cual debe pintar las cosas según las ve y las siente, como cada pájaro vuela con sus propias alas sin necesidad de maestro [...] pinte V. muchos cuadros con la sencillez, la frescura y la verdad que resplandece en «Horas de lluvia», por ejemplo, y ríase de escuelas y de profesores. (carta 1156)

El estudio de la recepción crítica de las obras de **Benito Pérez Galdós** por Pereda tropieza con la falta de noticias sobre muchas de ellas, debida quizá a la pérdida de cartas, o a que ambos comentaran personalmente aquellas obras en las largas temporadas de residencia en Santander de don Benito, quien escribió allí varias, o durante las estancias de Pereda en Madrid. En su artículo «Santander en la biografía de Galdós», José Simón Cabarga da una lista de las obras que aquel escribió en Santander (Simón Cabarga: 1960). Hallaron una desigual recepción por parte de su amigo, que va desde largas evaluaciones críticas, como en el caso de *Gloria*, a poco más que comentarios tan amables como breves. A este asunto he dedicado el artículo

«Entre escajos y flores. Pereda, lector de Galdós» (García Castañeda: 2020c), que puede considerarse como una primera versión del texto publicado aquí.

La primera novela que comenta breve y elogiosamente es *El audaz* (1871) aunque «no me gustan las novelas políticas, sobre todo las político-liberales» (carta 50) y casi tres años después le cuenta que «Hízome reír mucho este últ^o otoño su bello artículo titulado (no sé si me equivoco) *Un jurado literario*» (carta 52).

No hay cartas sobre *Doña Perfecta*, aunque leyó la novela, y quizás el drama en su día pues en ocasión del tan sonado estreno de *Electra* muchos años después, escribía a su autor que «Harto más venenillo hay en *Doña Perfecta*, por ejemplo, y ni como libro ni como drama ha causado este disloque patriotero» (carta 1224).

En el otoño de aquel año, Galdós, Andrés Crespo y Pereda hicieron una excursión a Santillana, de la que resultó un precioso librito para el que su autor pedía a Pereda que corrigiera nombres e inexactitudes: «Pasa V. muy deprisa por las *Gargantas* y que desaira a Cabezón y su hermoso Valle cerrando el libro antes de llegar a él» (carta 74). A don Benito no acababa de gustarle: «Es del género turista, género cursi, *totalmente insulso* [...] me avergüenzo de que mi firma vaya al pie de una cosa tan mala» (carta 70).

Pero cuando su amigo lee la primera parte de *Cuarenta leguas por Cantabria* en la *Revista de España* su respuesta es entusiasta. «[Y] o creo que es lo más salado y chispeante que ha salido de su pluma» (carta 71). En la descripción de Santillana «se moja el lector y siente el húmedo contacto del musgo, y el rumor del regato y el de la gente de otros siglos, y tiritita en la abadía, de frío y de miedo» (carta 71) y habla del mismo en otras cartas (cartas 70 y 73).²²⁸ Pero *Cuarenta leguas* no cayó bien a todos, el Marqués de Casa-Mena²²⁹ se dio por

²²⁸ Apareció en la *Revista de España*, LIII, 28 de noviembre y 28 de diciembre de (1876), en *La Tertulia* entre el 15 de diciembre de 1876 y el 15 de febrero de 1877, en la *Biblioteca de viajes*, junto con otros relatos cortos por José Ortega Munilla, Manuel Troyano, Alfonso Pérez Nieva y Luis Taboada. Madrid, 1895. Ver la edición de *Cuarenta leguas por Cantabria* de Benito Madariaga (Pérez Galdós: 1989); la edición crítica de Jaime Alejandro de *Viajes de un desmemoriado*, con prólogo de Germán Gullón (Pérez Galdós: 2012; García Castañeda: 1979; y García Castañeda: 2004a: 121 nota 16.

²²⁹ Leopoldo Barreda Mena, (1847- 1897), Marqués de Casa Mena y Las Matas y Marqués de Robledo de Chavela. *Gentilhombre de Cámara* en 1882. Del

ofendido de la imagen de la villa que dio Galdós quien, humorísticamente escribía a su amigo que «No esperaba haber ofendido a los Santillaneros que sin duda esperan que los viajeros han de ver en aquel puntilloso pueblo un Londres por lo grande, un París por lo bello y una Roma por lo monumental y una Sevilla por lo alegre» (carta 90).

Pereda ya lo sabía desde que comenzó a publicarse en *La Tertulia*: «Nada le dije a V. entonces porque juzgué el enfado una puerilidad, y como tal se dispó» (carta 91).

Cuando apareció el *Episodio El 7 de Julio* comentaba Pereda, refiriéndose humorísticamente a los viejos Esparteristas y a la Milicia Nacional):

No me choca que los doceañistas, al leerle le excomulguen a V. Sería lo contrario el primer caso que se diera de ir acordes el buen sentimiento y los liberales de *tira y pompón*. ¡Desgraciado de V. el día en que *la Iberia* aplauda sus libros por hallar en ellos el *sacro fuego* de la *santa causa de la libertad*! Señal será de que D. Patricio anda sobre Monsalud, y esto, ¡*¡chilindrón!*!, tendría que silbarlo el arte y el sentido común. Digo, pues, que el *7 de Julio* me ha parecido otra perlita más de esa envidiable corona de 15 volúmenes que ha ido V. tejiéndose insensiblemente, y que le envidio, más que a Manzanedo sus millones». (carta 71)

En 1876 ya había publicado Galdós quince volúmenes de los *Episodios Nacionales* y estaba acabando la primera parte de *Gloria*. Cuando estaba a punto de salir Pereda esperaba el libro, «con un palmo de lengua» (carta 73). Salió en enero de 1877, pero su lectura le causó una dolorosa impresión, que expresó en una larga carta que revela tanto cariño por el amigo como admiración por el escritor y rechazo de sus ideas. Por suerte, además de esta carta, publicada por Soledad Ortega, se conserva el borrador en la Biblioteca Municipal de Santander, que tiene casi doble tamaño de la carta enviada a don Benito, y ofrece el gran interés de revelar la primera y espontánea reacción de Pereda.

Ateneo de Madrid. Su palacio de Santillana contenía una excelente biblioteca y un interesante archivo. Colaboró en *La Tertulia* con varios artículos de carácter histórico y genealógico.

La contestación de Galdós no se hace esperar; el juicio de su amigo sobre *Gloria* le «ha sorprendido por lo benévolo» y niega haber escrito una novela volteriana. «Precisamente lo que quería combatir es la indiferencia religiosa (peste principal de España, donde nadie cree en nada, empezando por los neo-católicos)» (carta 78).

Pocos días después Pereda le cuenta a Menéndez Pelayo que «El amigo Galdós cayó al fin del lado al que se inclinaba. Su última (y por cierto preciosa) novela titulada *Gloria* le mete de patitas en el lodazal de la novela volteriana. Así se lo he dicho a él, que me lo niega en redondo pero asegurándome que lejos de eso, se propone arraigar las creencias religiosas, tan al aire en la católica España.» Pero se muestra escéptico ante este propósito. «Doctrinarismo puro en apariencia, pero en el fondo volterianismo seco» (carta 79).

Y aunque «nada ha influido la amistad ni tampoco el encanto que sobre mí ejercen las primorosas galas de su ingenio en lo que le dije a V. en mi anterior», continúa rebatiendo las razones de don Benito para convencerle (carta 81). También lamenta el joven Menéndez Pelayo desde Roma «la caída lastimosa» de Galdós, y piensa que «Esa manía teológica de mal género le ha de perjudicar, aún bajo el aspecto literario» (carta 85).

Aparte de estas críticas, los dos amigos hablan del cultivo de las margaritas y de los gladiolos intercambian instrucciones sobre cómo sembrar, plantar y trasplantar arbustos y flores, y se envían semillas y bulbos. Del mes de marzo es otra extensa carta en la que le cuenta que ha dado fin a *Los cien mil hijos de San Luis*; y continúa defendiendo lo que se propuso en *Gloria*: el liberalismo y la libertad de cultos. «Yo no he querido probar en dicha novela ninguna tesis filosófica ni religiosa, porque para eso no se escriben novelas. He querido simplemente presentar un hecho dramático verosímil y posible. Nada más» (carta 86). Obviamente satisfecho, Pereda comenta a Don Marcelino que «Al amigo Galdós le ha escocado bastante una filípica que le largué a propósito de su novela última; *cinco plieguecillos* me escribe últimamente para *demostrarme* que no dice *digo* sino *Diego*. Esto es algo tratándose de un hombre que no me escribe muy a menudo y rara vez más de un pliego. Pídemelo que le responda *largo*, y escuso decirte si pienso complacerle» (carta 87).

Y el mismo día, escribe extensamente a Galdós, otros cinco pliegos y, como de costumbre, «Vamos a hablar de flores antes de ocuparnos

de las [espinas, *ms*] espinas, *digámoslo así*, a que se refiere la última más larga, más seria y más interesante parte de [la, *ms*] su carta del 11» (carta 88). Le reitera que *Gloria*, «en cuanto a la forma era de intachable hermosura. Del fondo de ella, nunca pudo V. esperar que me fuera simpático, conociendo como conoce mi modo de pensar». Y al discutir los personajes, las situaciones y la intención de la novela continúa considerándola volteriana.

«Aguardo con esperanza la 2ª parte de *Gloria* [...] más por admirar el agudísimo ingenio del autor en la solución del problema que dejó planteado [...] que porque abrigue la menor esperanza de que el árbol se levante para caer del lado opuesto». Y concluye no aceptando las explicaciones de Galdós pues «deduje yo de la lectura, como dedujeron aquí cuantos tirios y troyanos la han leído, que la intención de V. fue demostrar que el catolicismo es un obstáculo para todo lo que es digno y levantado» (carta 88).²³⁰ Y don Benito halló en esta carta «una sinceridad tan preciosa, una honradez de pensamiento tan estimable y una firmeza de convicciones tan viva que no puedo menos que declararle la poderosa influencia que ejercen sobre mí sus razones» (carta 89).

En febrero del 77 apareció *Los cien mil hijos de San Luis*, que Pereda habría leído también pues fue reseñado en *La Tertulia*; el anónimo autor alaba «la facultad admirable del Sr. Galdós de hacer crecer en belleza y en interés sus libros a medida que se van sucediendo», y este *Episodio*, «si no supera en interés y belleza, porque esto no es fácil, a las narraciones anteriores, las iguala cuando menos» («Sección bibliográfica». 9 de enero de 1877).

Cuando Galdós le pidió datos sobre procesiones, festividades religiosas y faenas agrícolas en los pueblos de Cantabria para incluirlos en la segunda parte de *Gloria* (carta 89), se los facilitó cumplidamente (carta 91) y al agradecerse los le anuncia que ya está a la venta la segunda parte de la novela. «Lo peor será que no guste. Me parece (y lo lamento en el alma) que a V. le agradará muy poco, poquísimo,

²³⁰ Ocupa seis páginas impresas tamaño 12, a espacio y medio, con abundantísimos variantes. Me remito a los trabajos del profesor William H. Shoemaker (1963-64 y 1966). Francisco Pérez Gutiérrez considera esta polémica a propósito de *Gloria* como parte de la ideología y de las preocupaciones religiosas de sus autores (1975: 144-150). Ver también González Herrán: 1983: 121 nota 3.

quizá menos que la primera parte.» Y en la misma carta le cuenta que desea seguir veraneando en el Sardinero (carta 105).

Don Benito solía tardar en responder las cartas, o no lo hacía, lo que desazonaba a su amigo, quien con el humorismo frecuente entre ellos y para que no se demore en responderle, le exhorta, «Por la vara de Moisés, y las greñas de Absalón... en fin, por lo más sagrado que exista para V., le ruego que (si el ser católico yo no se lo impide) me conteste esta carta con más puntualidad de lo que acostumbra» (carta 106).

Le sermonea con firmeza al tiempo que sigue bromeando a costa del protagonista de la novela y de

los apreciables judíos [que] no se han visto en otra desde lo del Calvario acá, y que no tendrán ni la pizca de vergüenza que se les supone, si no acaparan toda la edición y la encuadernan en oro y la lleva sobre su cabeza el gran rabino en la sinagoga en lugar del libro Santo en sus grandes festividades. (carta 106)

Y continua, al hablar del huerto: «Las judías (no sus protegidas israelitas, las de la tribu de Merton) han nacido perfectamente, y van trepando ya por sus tutores; también los calabacines y las flores brotan que es una maravilla: la fresa es lo único que hasta ahora da pocas señales de vida» (carta 106).

Y así se cruzan cartas en las que ambos defienden con sinceridad y con firmeza ideologías totalmente opuestas sin que ninguno varíe de opinión, ni que por ello se rompan su amistad ni su trato afectuoso. Galdós lamenta que «Pocos ingenios conozco que sean de médula tan liberal como el de V. ¡qué lástima! Lo malo es que no veo síntomas de que V. abandone el campo troyano para venir al tirio» (carta 86).

Pero Galdós deja bien claras sus creencias: «El catolicismo es la más perfecta de las religiones positivas pero ninguna religión positiva, ni aun el catolicismo, satisface el pensamiento ni el corazón del hombre en nuestros días. No hay quien me arranque esta idea ni con tenazas» pero «una de las satisfacciones de mi vida es que a pesar de mi anticatolicismo y de mi rebeldía, no me retire V. su amistad, lo cual me prueba su benevolencia y verdadero espíritu cristiano (carta 107).

A principios de 1878 acabó Galdós *Marianela*, y Pereda se alegra al saber que en ese libro «no se mete V. en andanzas de religión; lo cual es tanto como decir que tirios y troyanos han de saludar a Marianela

con aplausos» (carta 128). Cuando leyó la novela, la celebró tanto por su estilo como porque «en esta obra no se escarba la conciencia católica con las uñas del cristianismo al uso» aunque la consideró como una obra menor pues «A la legua se conoce que no ha querido hacer V. una obra de empeño, sino un entreplato sabroso, delicado y aperitivo para preparar el gusto a mayores tajadas» (carta 135).

En marzo del 78 dio fin a *Un voluntario realista*, y tras su lectura, como le confiesa graciosamente,

De buena gana le diera a V. un abrazo y un cachete, tan apretado el uno como fuerte el otro, que de este género son las impresiones que en mí deja la lectura de muchos de sus libros de V. [...] *Un voluntario realista*, no sé si le diga que es el mejor de sus *Episodios*, con ser todos inimitables como obra de arte y de ingenio, pero el más endiabladamente apasionado contra cosas y sentimientos que han de tener siempre el respeto de la parte sana del pueblo español, sin que por eso deje de conocer lo que en ello hubo de abusivo y pecaminoso, como hijo del tiempo y de las circunstancias. Porque no está el daño, Sr. D. Benito, en que el mal se condene allí donde estuviere, sino en ansia de ocultar lo bueno al censurar lo malo, y en este particular, todos V. V. son lo mismo. (carta 139)

En diciembre de aquel mismo año vieron la luz la 1ª y la 2ª parte de *La familia de León Roch*, que ocasionaron a Pereda una reacción semejante a la de *Gloria*. Le parecieron una de «las burlas más injustas que se han escrito contra el catolicismo [...] El consabido tema ha llegado en V. a ser manía, y no desconozco lo que de invencible tiene esa enfermedad. Si está dispuesto de buena fe a fustigar la roña del falso catolicismo debe usar como protagonista un católico honrado y decente» (carta 148).

Pero aunque critica con dureza la ideología de esta obra es ecuaníme siempre con Galdós y a la vez la elogia por su alta calidad literaria. Y esto, sin perder el tono amistoso y el estilo familiar. Meses después, cuando Galdós le confiesa que el tercer tomo de la novela ha sido mal acogido, - «He dado mi tercer tomo (que ha tenido la desdicha de no agradar ni a los católicos ni a los de la cáscara amarga» (carta 157) — su amigo considera que el final de *La familia de León Roch* «no es

peor ni mejor que el de otras obras de V.» pero que el público español está harto de este tipo de obras (carta 160).

Y cuando se lamentaba de que nadie se acordaba ya de la novela, Pereda le consolaba desmintiéndole. «Su fondo más o menos simpático no impide que esta obra, como obra de arte, proclame muy recio la ilustre estirpe de que procede. Ansío conocer los nuevos proyectos que ahora tiene, pues si en ellos no entra para nada, o entra sin pasión la cuestión religiosa, desde luego le pronostico un triunfo *universal*, y como yo le deseo para V., es decir, como V. le merece» (carta 166).

Parece que Galdós dudaba en dar fin a los *Episodios* al concluir la 2ª serie, y que el montañés le animaba a no hacerlo: «Comprendo que le tenga a V. frito la tarea de los *Episodios* por la obligación que ha contraído V. con el público de llevar a feliz remate tan peliaguda empresa; pero más frito ha de verse el público cuando al salir el último tomo le diga V. ‘ya no hay más’» (carta 166).

No abundan las noticias sobre la elaboración de *De tal palo, tal astilla*, cuyo proceso ha estudiado González Herrán (1983: 42-43), quien cita una carta en la que don Marcelino cuenta a Laverde que «Pereda ha comenzado otra novela de carácter montañés pero al mismo tiempo de propósitos algo trascendentales. Se propone mostrar los efectos de la incredulidad en dos generaciones sucesivas» (30 de octubre de 1879; M. Menéndez Pelayo: 1982-1991: IV: 53) y otra del mismo, contándole que «está terminando su novela *De tal palo, tal astilla*» (22 de diciembre. M. Menéndez Pelayo: 1982-1991: IV: 132).

Debió escribirse entre el otoño y fines de 1879 pues está fechada, tanto en su edición como en el manuscrito autógrafo en diciembre de aquel año. «Ocupábame de preparar los *Esbozos* para imprimirles» - escribía a Laverde a principios de 1880 - «cuando me asaltó la idea de esta otra novela; y por aquello de que cuando pasan rábanos ... dejé de mano lo que no había de escapárseme ya, y púseme a escribir *De tal palo, tal astilla*, que este es el título de mi nueva obra» (carta 168), lo que repetirá después casi con las mismas palabras en el prólogo «Al pío lector» (1880). Como advirtieron Montero (1919), Cossío (1934), Jean Camp (1937), Montesinos (1969), Gullón (1944) y González Herrán (1983) parece indudable que tras la polémica con Galdós en torno a *Gloria*, *De tal palo*, (que algún crítico llamó «la contra-*Gloria*»), se escribió como demostración práctica de su propia tesis frente a la defendida por Galdós en la suya. Para Eamonn J. Rodgers,

esta decisión de Pereda fue provocado por el clima de controversia religiosa de entonces, y más íntimamente por las novelas ‘volterianas’ de Galdós, y considera *De tal palo, tal astilla* una respuesta no solo a *Gloria* sino también a *La familia de Leon Roch* (Rodgers: 1991: 359).

Pereda vio *La Desheredada* en la librería de Mazón, cuando comenzó a salir por entregas, e imaginamos que la leyó aunque tan solo felicitaba a don Benito «porque se deja en ella en paz a los curas y a los católicos» (carta 197), pero no vuelve a mencionarla. A principios de 1883, continuaba sin tener síntomas de «la fiebre estética» (carta 225) y la primera referencia que parece haber a *Pedro Sánchez* es en respuesta a una carta de Galdós, que no ha llegado hasta nosotros, en la que le confirma que «ese tal Pedro Sánchez que V. cita» llegó a aburrirle de tal manera que le encerró en un cajón y se dedicó a leer *El amigo Manso*, «que se me entró por las puertas este verano pasado chorreando gracias y donaires», sin que tampoco vuelva a mencionarla (carta 226).

En prevención de su reacción, don Benito le avisó de la llegada de *Tormento*, pero en contra de lo que esperaba, don José le contestó después de su lectura que

En fin, aunque con ciertas irreverencias, no es *Tormento* libro de tesis religiosa, ni obra de sectario [...] y le manifestaba «Mi admiración reverentísima hacia ese nuevo testimonio de sus extraordinarias facultades de novelador, más gallardas y potentes cuanto más las despilfarra y ejercita. No hallo nada comparable a la frescura de estas obras de V. (carta 250).

Tampoco hay cartas con referencias a su continuación *La de Bringas* (abril-mayo 1884); en otra suya, don Benito le confía las dificultades que está teniendo al redactar *Lo prohibido*, que le impiden fijar la fecha de salida para la proyectada excursión a Portugal con él y con Crespo (carta 291). Pereda estaba muy al tanto de la redacción de esta novela, que conocía desde sus orígenes pues ya en carta del 16 de diciembre del 84 comentaba a Galdós, «Con que se ha lanzado V. a la novela de frac». Se publicó en dos tomos, en noviembre de 1854 y en marzo de 1885, y Pereda no vuelve a referirse a ella. Salieron mediado abril y estuvieron en Portugal, en Galicia y en Asturias, aunque Galdós regresó a Madrid desde León; del viaje quedan varias cartas de Pereda, muy críticas de las tierras y las gentes visitadas, con

excepción de Asturias, y unos recuerdos de Galdós, muy positivos. No sabemos más sobre *Lo prohibido*.

Fortunata y Jacinta fue apareciendo en cuatro tomos entre enero de 1886 y junio del año siguiente. Pereda había leído ya los tres publicados, y se quejaba con Clarín del gravísimo inconveniente de que la novela tuviera más de dos, porque resultaba «embrollada, o farragosa». En ésta, a pesar de ser «de todo un Galdós, para mi gusto sobra en lo que va publicado de ella más de la mitad; lo cual deploro, no por las sobras precisamente, que por ser de quien son hasta me saben bien, sino por lo que distraen y quitan de relieve a tantas cosas magistrales como hay en lo pertinente al verdadero asunto de la novela» (carta 407). E insistía con Oller en que sobraba en ella la mitad, «algo por innecesario y mucho por farragoso» y que Galdós tenía otras novelas mucho mejores (carta 410).

La Incógnita es la última de la serie de novelas españolas contemporáneas, terminada en febrero de 1889, junto con *Realidad*, que lo fue en julio del mismo año. Esta fue la primera de sus ficciones «habladas», y desconcertó a los críticos y a los lectores. Ambas plantean el mismo problema desde puntos de vista diferentes y con recursos narrativos distintos, y guardan estrecha relación argumental e ideológica; *La Incógnita* es una novela epistolar que se convierte en novela dialogada (*Realidad*), y acaba a su vez en una versión teatral.

Realidad, en cinco jornadas, tiene lugar en el Madrid burgués de fines del XIX, y quizá contiene posibles elementos autobiográficos. Refiriéndose a ella como obra de teatro, pensaba Pereda que «el género ese resulta deficiente, como la mejor de las comedias, leído; falta la encarnación de la idea: lo que da, para complemento de la ilusión, el actor en el teatro, o el narrador en el libro» (carta 545).

La noche del estreno de *Realidad* en el Teatro de la Comedia el 15 de marzo de 1892, la sala estaba llena de un público que recibió la obra entusiásticamente y su autor salió quince veces a escena. A pesar de esto no recibió unánime aprobación crítica por su diálogo realista que no correspondía al lenguaje teatral de entonces, por situar una escena en el tocador de una prostituta, y por la actitud tan diferente de la tradicional española de Orozco ante el adulterio de su mujer. *Realidad* estuvo en escena veinte noches y la prensa católica atacó sañudamente a Galdós. Pereda le felicitó por «el triunfo descomunal de V. sobre ese monstruo de mil cabezas cuyos halagos son la suprema ambición y hasta la borrachera de los grandes ingenios. Usted le ha

hecho esclavo del suyo a la primera batalla», y destacaba la acogida positiva, casi unánime, de la prensa.

El drama es largo indudablemente pero como las obras de arte no van de media como las fincas rústicas, largo y todo interesa y arrastra al lector, y supongo que al espectador, como el imán al acero. El acto en casa de la Peri, es de una novedad admirable, y la ocurrencia de haber llevado la *Hormigueta* a casa de Orozco, felicísima. Si he de decirle todo lo que pienso, lo que menos me seduce en el drama es lo dramático; y consiste en que no penetro ni siento bastante lo complejo de los caracteres de Viera, Augusta y su marido. Súmeme V. si quiere con el vulgo, pero encuentro poco humano el modo de ser de Orozco particularmente. En la novela me resaltó menos esta cualidad, por estar allí más ampliamente razonada. De todas maneras no está por aquí ni por otros lados semejantes el *quid* del merecido éxito; está, a mi ver, en la novedad de todo ello; particularmente en el modo de expresarse el autor y los personajes. Esto es lo nuevo y lo hermoso y lo indiscutible... ¡De esto sí que tenemos que hablar! (carta 675).

Sorprende en Pereda este juicio tan laudatorio y comprensivo, «todo lo que pienso», de una obra cuya ideología sin duda le repugnaba. Especialmente por expresar con tanta vehemencia todo lo contrario a espaldas de don Benito en una carta a Oller, a quien le había gustado:

Siento no estar conforme con V. en lo que me dice del drama de nuestro insigne am°. Para mí no solo sobra el acto que V. menciona: sobra todo el drama que no interesa ni conmueve ni recrea, porque toda la que allí anda es gente perdida, con excepción de uno solo que, alardeando de justo y de sabio, resulta tonto; y es el mayor favor que puede hacerse. El día en que eso prospere y llegue a ser el modelo de los maridos decentes y ejemplares valdrá más que aparezcan las hordas de Ravachol y acaben con lo existente, por no esperar a que se vaya cayendo ello solo de podrido, poco a poco. Le advierto a V. que casi en estos mismos términos he hablado al autor mismo sobre este personaje, a quien Clarín por fanatismo

sectario ha llamado Santo a la moderna, y ha levantado por bandera contra los anticuados maridos de Calderón y Lope, la Pardo Bazán, cuyo estado irregular pide esos temperamentos sociales, por puro egoísmo enfrente de los matrimonios como Dios manda. (carta 698)

Pero a no ser que se haya perdido alguna otra carta anterior a ésta, en la anterior del 2 de abril se limitaba, como vimos, a decir a Galdós que encontraba «poco humano» el modo de ser de aquel personaje.

De las cuatro novelas de *Torquemada*, tan solo conozco lo que escribió sobre la primera, *Torquemada en la hoguera*: «Es algo, como biografía, de lo más donoso, original y fresco que ha hecho V. en su vida» (carta 520), y el deleite que le proporcionó la lectura de la última, *Torquemada y San Pedro*, le hizo exclamar entusiásticamente, «¡Vaya un cuadro, compañero! Es de los que piden marcha real, a telón corrido» (carta 848).

La loca de la casa es una novela dialogada en cuatro jornadas, de las del ciclo espiritualista. Su publicación a fines de 1892 pasó casi inadvertida, y Galdós la adaptó a la escena en cinco jornadas y se estrenó en el Teatro de la Comedia el 16 de enero del año siguiente. Presenta el tema de la fiera amansada por el amor, el de la materia vencida por el espíritu. Su autor mandó un ejemplar del drama a Pereda, a quien le gustó mucho, y le declaró

a fe de hombre honrado y veraz, que aquella obra dramática me ha enamorado, porque todo cuanto en ella sucede y cómo sucede, pareceme fiel reflejo de la vida humana, y carne y sangre de hombres y mujeres vivos y efectivos. Tal es mi parecer, mondo y lirondo, y hasta creo que por esos derroteros se va a la reforma que necesita el teatro que, para mí, no admite *pero* ni en la forma ni en el fondo. (carta 663)

Y tras el estreno le envió este telegrama:

PÉREZ GALDOS TEATRO COMEDIA.
MADRID SANTANDER.
LE FELICITA Y LE ABRAZA CORDIALISIMAMENTE SU
APASIONADO PEREDA. (carta 720)



Imagen 118. «El palacete» de Galdós en Santander.
(Colección José Antonio Torcida)

Gerona, basada en el *Episodio Nacional* de este nombre, se estrenó en el Teatro Español el 3 de noviembre de 1893. Fue la tercera obra dramática de Galdós y despertó grandes expectativas, pero fracasó rotundamente pues, según Stanley Finkenthal, «Ni crítica ni público supieron comprender sus proporciones épicas - la rendición de una ciudad entera bajo sitio - ni tampoco entender el realismo ni los modernos puntos de vista que la acción implicaba» (Finkenthal: 1980:41). No satisfizo a Pereda, quien no era partidario de llevar las novelas a la escena, como en el caso de este *Episodio*, pues «El teatro no puede dar lo que da la novela ni en desarrollo ni en detalles, y la fiera llamada público pide en aquél todo cuanto ha conocido en éste, a pesar de saber que no es posible concedérselo» (carta 663).

También fue un gran éxito el estreno de *La de San Quintín* en el Teatro de la Comedia de Madrid el 27 de enero de 1894, y Pereda escribió a don Benito que «Para ser V. completo y acabado en todo, no le falta más que alabar a Dios por lo prodigo que ha sido con V. en dones del espíritu de la inteligencia; y como supongo que ya lo habrá hecho a su manera, ni esta tacha nos queda que ponerle a los que le admiramos y queremos» (carta 780).²³¹ En octubre del 95 concluyó

²³¹ En Santander, «En honor de Pérez Galdós, la compañía de Emilio Mario, cuyas primeras figuras eran Carmen Cobeña y Emilio Thuillier representó la noche del 16 de septiembre de 1897 la comedia *La de San Quintín*», y al día siguiente,

Halma y comenzó la versión teatral de *Doña Perfecta*, un drama en cuatro actos, que se representó el 28 de enero del año siguiente en el Teatro de la Comedia,²³² que como vimos más arriba, Pereda había leído como novela.

El año epistolar comenzó en 1895 con una carta de Galdós en la que le anuncia el envío de un ejemplar de *Los condenados*, un drama en tres actos precedido de un prólogo, estrenado en el Teatro de la Comedia el 11 de diciembre del año anterior. Galdós le había escrito teniendo en cuenta como protagonista a María Guerrero pero hubo de hacerle Carmen Cobeña: parece que el cambio de actrices, y el melodramatismo de la obra hicieron de *Los condenados* un fracaso de crítica y de público. La edición salió con un prólogo del mismo Galdós en el que atacaba a los chicos de la prensa: «la arrogancia de tales chicos y su insolencia ha llegado ya a tal punto» - escribe don Benito - «que no hay más remedio que pararles un poco los pies. Hoy empiezan a desatarse los monos sabios contra mí. Pero ya les ajustaré las cuentas otro día, si viniesen muy demandados». Pensaba acabar *Torquemada y San Pedro*, y en marzo o abril iría con su hermana a «San Quintín» para quedarse en Santander hasta octubre (carta 826).²³³ No conozco la reacción de Pereda tras la lectura de esta obra, tan solo su opinión a Clarín de que al estreno de *Los condenados* «le ha perjudicado el púlpito y la ocasión que ha elegido para decir tan grandes y tan bien dichas verdades» (carta 835).

Misericordia fue la novela preferida de Pereda:

según *El Cantábrico*, «Una indisposición del ilustre novelista le privó de asistir al teatro y por lo tanto de escuchar los aplausos entusiásticos que el público le tributó».

²³² El 7 de abril de 1896 lo fue en Santander. Ver Fernando Sánchez Rebanal: 2014.

²³³ Ver López Forcén: 2000: 1-10.



Imagen 119. Benito Pérez Galdós
Library of Congress, Washington, D.C.

[L]a leí o si lo prefiere por más exacto, aunque lo hayan vulgarizado los gacetilleros cursis y chirles, la devoré. La novela quizás más sencilla de trama y aparato de todas las de Vd. es de las que más me gustan, por su verdad, por su frescura y por el vivo interés que producen aquellas cosas, personas y sucesos de tan insignificantes apariencias y tan profunda realidad. Entre la espesa falange de caracteres que Vd. ha creado en su Obra durante tantos años de gloriosa labor, acaso no haya uno de tan hermoso y humano relieve como Benina, con el especialísimo y singular mérito (y esto prueba la maestría de las manos que lo hilaron) de que aquellos teje-manejes y aquellas idas y venidas tan a la buena de Dios de la pobre mujer, no ofrecen nada de particular ni para ella ni para el lector, hasta que de pronto se maravilla éste y no puede menos de exclamar para sus adentros: pero, Señor, ¡si esto es un asombro de inconsciente espíritu de caridad y de grandeza de alma! Y no hay más remedio que descubrirse delante de ella... y del artista que la ha creado de tan pobre arcilla y con tan leve esfuerzo. (carta 1004)

Tan solo le disgustaba «lo que de carnal y grosero tiene el afecto que arrastra hacia Benina al, por lo demás, interesante y pintoresco mendigo marroquí». Y abomina de «la coch... prensa» que no ha difundido la aparición de la novela (carta 1004).

En 1897 publicó Galdós *El abuelo*, la segunda novela dialogada, en cuyo prólogo explica las ventajas de ese procedimiento narrativo, y años después la llevó a la escena. Como Pereda era enemigo de la adaptación de novelas al teatro, y la de *El abuelo* le parecía

un esqueleto: falta allí la carne del autor, su personalidad literaria, su estilo, su arte, lo que en las tablas se suple, malamente por lo común, con el actor; la sal y la pimienta, como si dijéramos del guisado: me parece, en suma, esta forma, la más rudimentaria de la novela... con perdón de los que piensan de distinto modo. Anoche comencé a leerla, - escribía a Galdós - y aun no he pasado de la jornada 2. Déjeme llegar al fin de todas ellas para que hablemos. (carta 1023)

Pero tras acabar la lectura le escribe una carta que rebosa sinceridad; también, además del texto publicado por Soledad Ortega, queda el del borrador manuscrito que se conserva en la Biblioteca Municipal de Santander (Ms 1392/50), del que transcribo este pasaje pues muestra el desbordante entusiasmo inicial de Pereda. Las variantes del manuscrito van en negritas.

En mi anterior le dije que había empezado a leer *El Abuelo*; que no me hacía gracia la forma teatral de la novela, y que hablaríamos después de haberla leído. Pues ya la leí, y de dos tirones solamente, y en verdad le digo ¡oh mi prodigioso D. Benito! que en más de una ocasión durante la lectura, le he visto a Vd. emulando los alientos del mismísimo Don Guillermo, el de Inglaterra, [**en la gallarda figura de aquel noble arruinado, omitido ms**] que llena todo el libro en la gallarda figura de aquel noble arruinado que llena todo el libro [**¡A la porra la forma, me dije yo, ms**] después de leída la última página «¿Qué más da así que asao, si lo que se pinta [**en ellas, tach**] resulta tan interesante siempre y a ratos tan grandioso como esto?». Tal es la síntesis [**del, ms**] de mi juicio [**que he formado de esa**

hermosa obra de arte, *ms*], o, [mejor dicho, omitido, *ms*] mejor dicho, la [fórmula, *ms*] fórmula de mis impresiones [recibidas por mí de su lectura, *ms*] en caliente ¿A qué razonamientos, ni alambiques, ni [escalpelos, *ms*] escalpelos para buscar [el por qué, *ms*] el por qué o [el para qué, *ms*] el para qué de cosas que tal vez no pasaron por las mientes del autor de [algo, *ms*] lo que [nos cautiva, nos deleita, *ms*] nos deleita, nos cautiva y hasta nos entusiasma? ¡Abajo las polillas del análisis! ¡Viva la elocuencia del arte! Dicho esto, y aunque en rigor, la grandiosa figura del abuelo en todo el libro, déjeme que me fije en otro personaje de él que me ha enamorado: el preceptor D. Pío. Es una nota cómica deliciosa y tan original como bien entonada con el severo colorido en todo el cuadro, *ms*]. En fin, que éste [le ha salido a V. redondo, *tach*] le ha salido a V. redondo. (carta 1024)

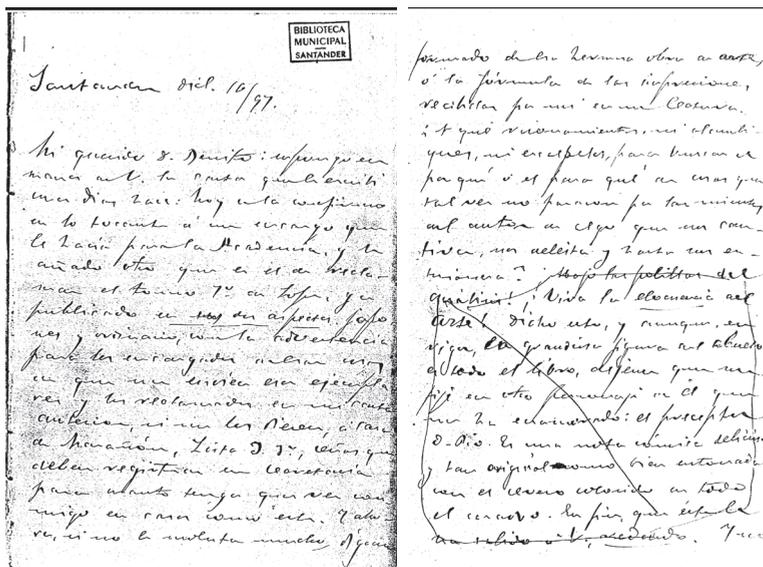


Imagen 120. Carta de Pereda a Galdos acerca de la obra *El abuelo*.

Original carta 1024 (Biblioteca Municipal de Santander)

Aunque Galdós tenía una opinión muy negativa del estado de la literatura en España, le confiaba que «*El abuelo* parece que ha gustado y va

entrando en el público, como aquí pueden entrar estas cosas. Vivimos en un país desdichado, que cada día ve con mayor indiferencia las cosas literarias. Tanta y tanta política ha embotado el espíritu». «Dios mediante, pienso ir a buscar en mi casa y huerta el descanso de esta vida vertiginosa. El negocio editorial marcha muy bien» (carta 1078).

La Fiera, drama en tres actos, se estrenó el 23 de diciembre de 1896 en el Teatro de la Comedia de Madrid por la compañía de Carmen Cobeña y Emilio Thuillier. A Pereda le gustó: «Anoche me leí el 1.º acto [...] ¡cosa buena, superior, mi señor D. Benito! Aquello es hablar en carne y hueso, y no lo que se estila, desde tiempo inmemorial, entre las eminencias y no eminencias, de nuestros escenarios» (carta 980).

Y días después,

Acabé la lectura de *La Fiera*, ¿se lo dije en mi carta anterior? En la duda, le aseguro que aunque el asunto de su drama no es de los que hoy privan, dentro de él me parece cosa superior, especialmente por el habla y hasta por la miga que yo le encuentro. Y eso que la diferencia que hay entre la pieza dramática representada y la leída, es tan grande como la que hay «entre lo vivo y lo pintado». Conste en esto mi franca opinión aunque valga poco. (carta 982)

Galdós escribió *Electra* en Santander en agosto de 1900. La representación la noche de su estreno en el Teatro Español de Madrid el 30 de enero de 1901 fue interrumpida por el entusiasmo del público y tuvo unos efectos inesperados. Conocida es la reacción popular contra el creciente poder de la Iglesia entonces en España, y ante la resolución, un mes antes, del «caso» de la joven Adelaida Ubao (Inman Fox: 1966). El éxito fue clamoroso, la tercera noche hubo una manifestación clerical y conservadora frente al teatro, intervino la policía y hubo heridos, así como otras manifestaciones y disturbios en toda España contra el clero y, en particular, contra los jesuitas. La prensa estuvo dividida y hubo más de cien representaciones de la obra en Madrid, muchas otras en provincias, y las manifestaciones y los alborotos se extendieron por toda España.

El tempestuoso éxito de *Electra* sorprendió al mismo Galdós pues se dio a la obra una intención que él no había pretendido (carta 1220). Y Pereda pensaba, según escribía a Bustillo (carta 1229) y a Oller (carta

1219), que las cosas estaban sacadas de quicio y que la obra se había explotado con fines políticos.

Las cartas de Pereda pasados unos días del estreno eran delicadas y cariñosas y en ellas aplaudía la calidad literaria del drama pero no unas ideas que no aceptaba su conciencia de cristiano viejo. La primera carta de Pereda a Galdós tras aquel tempestuoso estreno es un modelo de amistad sincera y de delicadeza, y está escrita tras cavilar de qué modo podría expresar sinceramente sus sentimientos sin prédicas y sin herir los sentimientos de su amigo.

Crea V. que me veo y me deseo para buscar el tono de estos cuatro renglones que no le he mandado hasta hoy esperando a que pasara lo más recio de la tempestad que ha movido *Electra* en el Español y fuera de él. Bien sabe V. la cordialidad con que le quiero y le admiro, y tampoco ignora cómo pienso en determinadas cuestiones, de suma delicadeza para mí, no por obcecación apasionada, sino por convencimiento racional y profundo [...] no debo ni puedo permanecer en un silencio sospechoso [...] y querría ser de los primeros en aplaudir ese nuevo testimonio del talento y del ingenio con que tan pródigamente fué dotado V. por Dios; pero no que se sumen mis aplausos con el frenesí de las gentes que [en la noche del estreno alzaron, *ms*] abrazan la bandera de muerte y exterminio contra ciertas cosas que nada tienen que ver con lo que sucede en el drama [...] y hasta creo que no ha sido la intención de V. confundirlas en su obra: creo más bien que el exagerado alcance social que ha tenido en la opinión [caliente, *ms*] caliente, se le han dado las circunstancias, algo que anda de un tiempo acá, en el ambiente de nuestra política militante. De cualquier modo, las cosas se han sacado ahora de quicio. (carta 1218)

Don Benito agradeció mucho su carta, que «me supo a las puras mieles, porque en ella he visto su grandeza de alma, y pude apreciar cuánto vale el tenor de su amistad, bastante sólida para que no la quebranten las divergencias en el modo de apreciar», y le confesaba que no sospechó «que esta obra levantara tan gran polvareda, y el

día anterior al ensayo general creía firmemente, me lo puede creer, que el drama produciría poco o ningún efecto» (carta 1220).

Días después le contestó Pereda diciendo que ya había leído *Electra* antes del estreno.

No hay en ninguna de sus situaciones [ni en la más intencionada de sus frases, *ms*] motivo racional para que se la festeje con el [Himno de Riego, *ms*] Himno de Riego por donde quiera que va, resucitando antiguallas de los buenos tiempos de «el Duque» [El general Baldomero Espartero, Duque de la Victoria.], y dando ocasión con ello a que los de enfrente la tachen de impía sin fundamento bastante, aunque no le falte, entre renglones, una buena ración de carne de cura. Harto más venenillo hay en *Doña Perfecta*, por ejemplo, y ni como libro ni como drama ha causado [ese, *ms*] este disloque patriotero. (carta 1224)

Y se despide dejando para un futuro encuentro discutir *Electra*, a la que, como advierte Pereda, pocos críticos han considerado como obra de arte.

Y en semejantes términos se expresa con su viejo amigo Eduardo Bustillo, quien compartía su opinión de exculpar a Galdós de las consecuentes «algaradas patrioterías». «Ha sido fruto de las circunstancias, bien explotadas por los interesados en ello para sus fines políticos» (carta 1229).

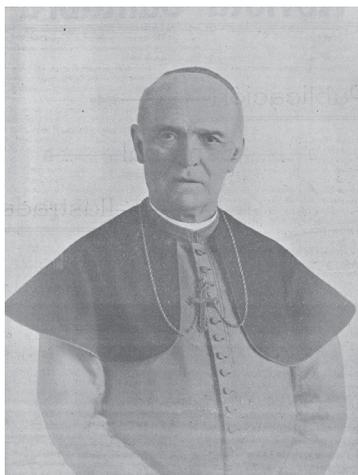


Imagen 121. El obispo de Santander Vicente Sánchez de Castro.

Revista Cántabra el 6 de junio de 1909.

Aquel estreno provocó en Santander una polémica entre *La Atalaya*, que era el eco del obispado, y *El Cantábrico*, dirigido por José Estrañi, el gran amigo de don Benito. El 2 de febrero de 1901 apareció en *La Atalaya* el artículo «Electra» atacando al autor y a su obra, en el mismo día *El Cantábrico* publicó otro encomiástico, «El triunfo de Galdós y el espíritu liberal», y *La Atalaya* comenzó a publicar las pastorales de los obispos contra *Electra*. En su prólogo a *Alma y vida* de 1902, Galdós señalaba las airadas campañas llevadas a cabo contra *Juan José*²³⁴ y contra *Electra*, y advertía que el teatro estaba amenazado por «la zarpa del cleriguicio imperante». En Santander, el obispo Sánchez de Castro, sin conocer la obra, escribió en las *Páginas Dominicales* que «Os recomendamos que os abstengáis de favorecer, ni con vuestro dinero, ni con vuestra asistencia la causa de los partidarios de *Electra*, cuya representación en los teatros de nuestra diócesis prohibimos hasta donde alcance nuestra autori-

²³⁴ *Juan José* (1895) de Joaquín Dicenta (1862-1917) alcanzó un éxito enorme a lo largo de varias décadas por dramatizar la injusticia social y los conflictos laborales entre patronos y obreros.

dad». Pero se representó en Castro Urdiales, en Laredo, en Torrelavega y en Santander.²³⁵

Cuando Galdós llegó a Santander en junio a pasar el verano le esperaban en la estación desde las nueve y media de la mañana en acto de desagravio y de afirmación liberal una multitud, representaciones del Comité Federal y de la Unión Republicana y la Banda Municipal. «Al entrar la máquina bajo la marquesina la Banda tocó el Himno de Riego y el gentío prorrumpió en vivas a Galdós, a la libertad y a *Electra*.» La manifestación llegó en perfecto orden, bajo la lluvia, hasta su casa, y al día siguiente *El Cantábrico* publicó en agradecimiento «La carta de Galdós» (Bravo Villasante: 1970-1971a).²³⁶

Pereda compartía con Oller el sentimiento de las «vergonzosas consecuencias, sentidas aquí también una noche de éstas, con indignación de todo el vecindario pacífico y honrado», a consecuencia del estreno de *Electra*. No creía que Galdós hubiera escrito esta obra con tales propósitos, y las achacaba al ambiente creado en el Congreso por «Canalejas, Romero Robledo y otros vividores de la política» pero «la obra no pertenece al arte noble y desinteresado, y nos ha hecho retroceder a los tiempos progresistas de Gil y Zárate y de su famoso drama Carlos II el Hechizado» (carta 1219).

Pero al cabo de varios meses se volvía a lamentar con Oller de que «Desde el amañado éxito de *Electra* este pobre amigo nuestro está dando por las paredes y dejándose arrastrar por la canalla populachera de un modo lastimoso», y seguía culpando de los resultados del estreno «de aquel absurdo drama, [al] ambicioso y desatinado Canalejas, cuya locura acaba de ser dignamente castigada en Barcelona» (carta 1279).

Según datos de la prensa de entonces al mes y medio de estrenarse *Electra* se habían vendido 20.000 ejemplares, y en vida de Galdós llegaron a cien mil en América, fue representada en otros países y traducida a varios idiomas.

²³⁵ Díaz Llama: 1998. Madariaga (1979: 197-204) recoge cumplidamente las noticias de la prensa montañesa de aquellos días.

²³⁶ El 27 de septiembre de 1901, la compañía Cobeña-Thuillier dio en Santander una «función extraordinaria fuera de abono, en la que se representó *La de San Quintín*», «la comedia del eminente literato Benito Pérez Galdós, y el miércoles, 31 de septiembre y el jueves, 1 de agosto, el drama *Electra*».

Un par de meses después del estreno de *Electra* llevó Emilio Thuilier a la escena *Alma y vida*, un drama en cuatro actos y un prólogo, estrenado el 9 de abril de 1902 en el Teatro Español, recibido con incompreensión y desconcierto por el público y parte de la crítica. En junio publicó Galdós la obra precedida de un extenso prólogo en el que respondía a los críticos, explicaba las razones que le llevaron a escribirla, y su concepto del teatro (Escobar Bonilla: 2002-2003).

Aunque con cierto retraso, envió Pereda a su autor una cordial felicitación que a la vez entrañaba la posible explicación de su tibia acogida por el público. Las críticas que había leído

me han demostrado que la obra es de peso, como tenía que ser siendo de V., de puro arte y sin que en ella se descubra el menor asomo de carne clerical.

Que no ha entrado de lleno en el público... Vaya V. a saber quién tiene la culpa de ello, si la obra por falta de picante, o el público mismo por estragos de su paladar. Los que más la elogian aseguran que es simbólica, y dan a esa condición gran importancia, aunque ninguno de ellos se atreve a afirmar cuál es el símbolo. Pero, Señor, ¿cuándo dejarán nuestros críticos de ser rutinarios y superficiales? ¡Como si de toda obra de sustancia no pudiera deducirse un símbolo, o una moraleja o una enseñanza! ¡Qué afán de descubrir Mediterráneos! (carta 1271)

Pero cuando escribió esta carta todavía no había leído *Alma y Vida*, y cuando lo hizo,

hasta comprendí por qué no les había sucedido lo mismo a los paladares avezados al bocadillo picante y al plato fuerte. Es cuestión de educación, y hay que convenir en que la de nuestro público, crítica inclusive, va por muy mal camino. Con esto le digo hasta qué punto estoy conforme con lo esencial de su interesante prólogo. Pues ya verá V. que ni por esas se enmienda ese caballero formado en el ambiente malsano que ahora se usa en el teatro y en los libros, y se elabora y produce en la prensa diaria que es la educadora de la muchedumbre, ya vistan la blusa de los talleres, ya el frac de los salones. El arte puro se acaba, como

tantas otras cosas grandes que pertenecen a la región del espíritu, porque no pueden dar frutos mejores el reinado de las turbas y el legislar en la calle. Materia pura y prosa vil. (carta 1282)

Según Escobar Bonilla, «[L]os críticos de entonces - tan reciente todavía la conmoción pública causada por el estreno de *Electra* - hubieran deseado con toda probabilidad encontrar en *Alma y vida* una denuncia más explícita de «los males de la patria» (Escobar Bonilla: 2002-2003: 114). Pereda no se mostró muy entusiasta tras su lectura y, como en otras ocasiones, no comentaba el texto mismo de una obra cuya ideología podría no haberle gustado, y achacaba la culpa del fracaso al mal gusto del público.

Le agradeció el regalo de *Los Duendes de la camarilla* y elogió el retrato del cura Merino en la novela así como la creación artística de «la taimada ex-monja», y deseaba que no tardara en aparecer *La revolución de Julio*, «de la que fui testigo presencial, y casi, casi historiador» (carta 1302).

Narváez le parecía uno de los mejores *Episodios* de las últimas series, y le «cautivó desde lo de Atienza, que es todo ello exquisito y sabroso. La presentación y el modo de ser de los hilos misteriosos, son de una frescura, de un vigor y de un colorido que pasman». Alaba la semblanza que hace de ‘el Espadón de Loja’ y la de «la pobre Da. Isabel [...] La nobleza y las bondades de aquella alma tan netamente española fueron al cabo su perdición, por culpa de los desalmados que le pagaron con afrentas los beneficios que derrochó en ellos», y Pereda evoca los recuerdos de la agitada política de su juventud. Todo le parece bien excepto «los pujos de volterianismo» de un personaje (carta 1289). Le parecía que en *Las Tormentas del 48* había «poca dosis de episodio» por tener que tratar sucesos ocurridos en tantos sitios de Europa pero, como novela, le parecía «tan fresca e interesante como las mejores de su inagotable autor» (carta 1282).

Galdós había escrito *Los Condenados* pensando en María Guerrero como protagonista pero cuando ésta decidió formar su propia compañía y dejar la de Mario, tuvo que cumplir su compromiso con éste y estrenar la obra con Carmen Cobeña en el papel principal. El estreno fue un fracaso, parte de la crítica le achacó a la actuación de esta actriz, y

ofreció encontrados pareceres acerca del simbolismo de la obra, aunque Galdós negó haberse propuesto transmitir un mensaje simbólico.²³⁷



Imagen 122. María Guerrero



Imagen 123. Carmen Cobeña

Lo primero que necesitaba el drama [*Los Condenados*] para ser sentido y estimado debidamente era un público que no hubiera leído jamás a Pérez Galdós y a cuantos, como V., han puesto su principal empeño en modernizarlo y humanizarlo todo de tejas arriba y de tejas abajo... y perdone la franqueza. Al fin y al cabo no es ello más que un comentario de cierta sospecha que V. apunta al indagar las causas posibles del fracaso. Los paladares del día no están para manjares de esa índole por más que haya V. adobado el criticismo de su drama con cierto expolvoreo [*sic*] filantrópico, con lo cual, en mi opinión no ha satisfecho por entero a ninguno de los comensales. Dígolo por la santidad de Paternoy, que no es del todo divina. El recurso del juramento falso, le encuentro, por el fin que lleva, lícito, natural y harto más noble que la tan

²³⁷ Ver Gloria López Forcén: 2000.

cacareada triquiñuela del santo aquel que, preguntado por los que perseguían a un criminal que había pasado, huyendo, por delante de él, respondió metiendo las manos en las opuestas bocamangas de su hábito: «por aquí no pasó».

Para lo que no hallo disculpa es para lo que hace Paternoy al final del 1r. acto. Aquello no es acción ni criterio de buen cristiano, ni siquiera de pagano que entienda algo de honradez y buenos usos y costumbres y es muy posible que esta escena, por el lugar que ocupa y lo que contradice a la idea que se tiene del patriarca aquel, haya sido la causa fundamental de lo acontecido después entre el público. Por lo demás, me parece Los Condenados la obra dramática de V. mejor argumentada, quiero decir, la más acomodada por su estructura mecánica, a las exigencias del escenario; y de ningún modo merecedora del exagerado desdén del público... hasta creo que, oída y vista más de dos veces, arrancaría aplausos, y de seguro, retocando y entonando un poco el colorido en Paternoy, cuya enmienda veo hasta en el final del acto 1º sin alteración importante en la marcha de las escenas posteriores... En fin, si viene V. por aquí y lo desea hablaremos de ello más despacio (carta 828).

Le gustó mucho *Zumalacárregui*. «Siempre tuve al Don Tomás ese por hombre de la madera de Hernán Cortés y de otros, muy contados, grandes capitanes, de los que no quedan, ni ha habido en España desde el primer sitio de Bilbao rastro de sucesión ni señas de parentesco». Le repite «la altísima idea que tengo formada de esa labor indestructible» [la de los *Episodios Nacionales*] y pronostica el éxito para esta tercera serie que comienza ahora» (carta 1048).

Y, no parece haber más noticias sobre la recepción de las obras de Galdós por Pereda.

Al igual que en otras ocasiones en que éste hace crítica literaria, es de lamentar que su reacción ante la mayoría de las obras de Galdós sea breve, superficial, o tan difusa que lo dicho sobre una de ellas podría aplicarse sin dificultad a otra. En cambio, si la obra le gusta, o le disgusta profundamente, la discute y la analiza, y en el último caso llega al sermoneo. Sabemos que en lugar de teorías tenía reacciones emocionales motivadas por sus creencias religiosas, su ideología política y social, sus prejuicios y sus gustos, aunque distinguía lo que él llamó

más de una vez «el barro», es decir, la idea, el propósito de una obra, de la calidad literaria de «la escultura» resultante o, en otras palabras, la diferencia entre «la tela» y «el corte» del traje. Un concepto que aplicó siempre al enjuiciar las obras de Galdós, como *Gloria* o *La familia de León Roch*, que le disgustaron profundamente pero que alabó con sinceridad por su calidad literaria.

Pereda conoce bien la historia de la España de su siglo, está muy al tanto de las ideas políticas y religiosas de su amigo, y le gustan los *Episodios Nacionales*. Tras su lectura, critica y comenta la interpretación que hace don Benito de determinados personajes y situaciones, y le apena que piense en dar fin a estas novelas al acabar la segunda serie. Tampoco halla problemas de interpretación en las novelas de estructura tradicional y claro mensaje político o religioso. Pero le desorienta y le disgusta el nuevo género de las dialogadas que Galdós lleva al teatro, portadoras de mensajes de carácter social o simbolista. No es el único.

Con el estreno de *Realidad* comenzó una carrera de dramaturgo que duraría 26 años, en los que escribió veintitrés obras (Sobejano: 1970). Lo hizo en 1892, cuando compartían la escena española las obras neo-románticas de Echegaray y de sus émulos con las numerosísimas del género chico aunque en los últimos diez años del XIX ya habían obtenido alguna repercusión en España las dos tendencias más nuevas de la dramaturgia europea: el drama social de raíz naturalista de Ibsen y el drama poemático simbolista de Maeterlink. Relacionado con este drama social está el de Galdós, quien compuso y estrenó los suyos movido por el afán de transmitir sus ideales de regeneración moral, social y política en España; ya tanto en los *Episodios Nacionales* como en las novelas de la 1ª época y en alguna de las contemporáneas pretendió transformar la sociedad, corregir sus deficiencias y orientarla al futuro. Y en sus dramas del período espiritualista planteaba unas situaciones de carácter moral en cierto modo semejantes a las que planteaban Ibsen y otros dramaturgos europeos contemporáneos, que resultaban ajenas al público español y le desorientaban.

Era general entonces en Europa el movimiento de la regeneración del drama por la novela al considerar que ésta era un género más conforme a los problemas de la sociedad burguesa, y para los partidarios de la renovación del teatro era preferible sacrificar en parte la agilidad de la obra teatral al desarrollo psicológico de los personajes y a la

cuidadosa presentación de la obra. Y al igual que Ibsen, Chekhov o Hauptmann, Galdós se propuso acercar la novela al teatro mediante las novelas dialogadas, en las cuales desaparecía casi completamente la narración mientras que en sus obras teatrales empleaba el método analítico más propio de la narrativa.

No hay constancia en estas cartas de que Pereda viera representar las obras teatrales de Galdós, a no ser alguna en Madrid o en Santander durante las giras veraniegas de las compañías madrileñas; leyó los textos impresos, y sobre esta lectura y las reseñas de la prensa basó sus propios juicios que, en muchos puntos, parecen estar de acuerdo con los del público, «ese monstruo de mil cabezas», que despreciaba. Estaba al tanto del estreno de estas obras, tan discutidas por traer a la escena nuevos problemas de carácter moral y social; con unas obtuvo su autor grandes triunfos, alguna fracasó y otras solo fueron aceptadas por un sector de la crítica y del público.

Pereda era hombre de rígida moral religiosa, enemigo de novedades, de teorías y de simbolismos en literatura, y de la adaptación de las novelas al teatro, y reaccionó con desagrado o con perplejidad ante este nuevo tipo de teatro. Como acabamos de leer, felicitó cortésmente a Galdós por el éxito de *Realidad* pues le parecía una obra de interés por su modernidad aunque le confesaba que «no penetro ni siento bastante lo complejo de los caracteres de Viera, Augusta y su marido» (carta 675). Pero dio su verdadera opinión a Oller, contándole indignado que cuando Orozco «llegue a ser el modelo de los maridos decentes y ejemplares valdrá más que aparezcan las hordas de Ravachol y acaben con lo existente» (carta 698). Alabó sinceramente *La loca de la casa* por parecerle «fiel reflejo de la vida humana» y el camino hacia la reforma del teatro; no le gustó *Los condenados*, y en carta a Clarín, consideraba que al estreno de la obra «le ha perjudicado el púlpito y la ocasión que ha elegido para decir tan grandes y tan bien dichas verdades» (carta 835). La única que le entusiasmó hasta el punto de hallar en esta obra ecos shakesperianos fue *El abuelo*, que como acabamos de ver, alabó extensamente y con detalle. *La fiera* le mereció una de esas ambiguas alabanzas que podrían dedicarse a cualquier obra: «aunque el asunto de su drama no es de los que hoy privan, dentro de él me parece cosa superior, especialmente por el habla y hasta por la miga que yo le encuentro» (carta 982). Ideológicamente, *Electra* estaba en la línea de *Gloria*, de *La familia de León Roch* y de *Doña Perfecta*, y

alcanzó un inesperado éxito. Tras el escándalo de su estreno, escribió a don Benito mostrando una vez más que su antigua amistad estaba por encima de las divergencias políticas. Esto, sin dejar de condenar las algaradas populares a que dio lugar su representación en toda España. *Alma y vida* fracasó ante la incomprensión y el desconcierto del público y de parte de la crítica. No sabemos lo que pensaría Pereda de esta obra, a cuyo texto no se refiere pero trata de consolar a su amigo asegurándole que «la obra es de peso, como tenía que ser siendo de V., de puro arte y sin que en ella se descubra el menor asomo de carne clerical» (carta 1271).

Buena parte de la crítica y del público no entendieron el teatro de Galdós, tanto en la forma como en el mensaje de sus dramas. Pereda formaba parte de este grupo pero su amistad con don Benito le llevó a enjuiciarlos de un modo que entrañaba una alabanza y a la vez encubría su propio desorientación y su rechazo. Y como en otras ocasiones, echó la culpa de aquellos fracasos a una crítica superficial y rutinaria y a un público que, en los símiles culinarios que él solía usar, tenía un paladar tan solo acostumbrado al «bocadillo picante» y a otros «platos fuertes».

Parece que Pereda leyó con detenimiento y con gusto *Por la Montaña (Notas de un viaje a Cantabria)* según los pliegos iban saliendo de la imprenta, del autor de libros de viajes **Alfonso Pérez Nieva** (1859-1931). Era amigo y trataba el asunto cariñosamente, dos razones por las que el polanquino hizo al libro tan positiva acogida. Además, su carta serviría de prólogo a *Por la Montaña*, aunque, como solía hacerlo, dedicaba en ella más atención a recordar las bellezas de las regiones que visitó el autor que a comentar el libro, en el que «ha hecho usted hasta milagros atisbando lo que atisbó a su paso por aquí a vuelo de golondrina», e incluía en sus alabanzas la provincia de Asturias, «la hermana gemela de la Montaña, quizás aún más lujosa de ropajes pero no más *guapa* que ella» (carta 926).

El aragonés **Manuel Polo y Peyrolón**, fue un prolífico e incansable autor de libros de texto escolares, y de obras en las que atacaba el krausismo, el liberalismo, y el evolucionismo; y sus novelas y cuentos de carácter costumbrista, moralizador y didáctico, tenían escasa calidad literaria. A través de Menéndez Pelayo, a quien pedía su opinión sobre él - «Dime algo de ese amigo cuando me escribas. Deseo conocer al hombre de quien me da alguna idea el escritor» (carta 156) - Pereda

estableció una temprana y larga relación epistolar y, como revelan estas cartas, llegó a ser su amigo y su consejero literario pues Polo le enviaba todo lo que iba publicando, incluso los libros de texto para sus alumnos de bachillerato. Pereda gustó de algunos de sus relatos como «su bellísimo artículo El tío Marisanta. Es un cuadrito lleno de color y de sabor que he leído más de dos veces» y Los Mayos, «esa bella producción de su ingenio» (carta 161). Fue sincero al criticar los numerosos elementos negativos que había en ellos, y aunque Polo le pidió más de una vez que prologase alguna de sus obras, Pereda lo evitó con su habitual cortesía y destreza.

Hablando por experiencia propia advertía a **S. Pons i Pagés**, en Barcelona, «que jamás se ha hecho de una buena novela una mediana obra teatral; y no podía fallar la regla en este caso tratándose de una novela tan insignificante como la que ha elegido V. [*La mujer de César*] para el ensayo que somete a mi dictamen». Y concluía felicitándole «por las muestras de buen ingenio que se manifiestan en ese ensayo dramático» (carta 1061).

Había leído *Clichés* del escritor y político **Fernando de Querol** (1857-1935), alcalde de Tarragona, prologado por el Sr. Ruiz y Port, amigo de ambos, y citaba varios relatos del libro que le habían parecido «excelentes y dignos del mayor aplauso. Ve V. mucho, lo ve bien y lo describe y pinta con arte poco común» (carta 1287).

También leyó muy detenidamente *Charla que te charla* del escritor y periodista **Juan José Relosillas** (1848-1889), y le escribió alabando entusiastamente este libro y otros diversos relatos, que conocía y enumera pues son «obra de un verdadero artista». A su parecer, Relosillas podría ser «en ese hermoso suelo quien escriba la Sotileza malagueña» (carta 427).

Prologado por Salvador Rueda, recibió un libro, que no nombra, del escritor malagueño **Arturo Reyes** (1864-1913). Como otras veces, el estar de acuerdo con lo escrito por el prologuista, le evita enjuiciar el libro. Alaba en él los relatos «Churreta» y «El idilio» como «félices tentativas» y, usando la terminología pictórica a la que era tan aficionado, le aconseja pintar cuadros «de reducido tamaño, dado que no valen menos que la gran pintura cuando son copia artística, amena y fiel de las costumbres castizas de una comarca» (carta 567).

Del tomo de versos *Desde el surco* no ha podido leer más que el prólogo de Núñez de Arce y la dedicatoria del autor. A juzgar por

ellos, advierte al poeta que en lugar de desesperarse, las contrariedades y amarguras de la vida son

un pedestal para elevarse hacia Dios [...] Es V. muy joven, y se lo que influye la retórica de los desencantos en esa edad; llegué a conocer personalmente en la madurez de la suya a alguno de los melencólicos del romanticismo del tétrico Espronceda, que se reía y admiraba de aquellas negras y patibularias fantasías de sus mocedades. (carta 927)

En cambio, tras la lectura de la novela *Cartucherita*, le envía

un aplauso tan espontáneo, tan cordial y tan sin reservas [es un] sencillo, primoroso cuadro, legítima y activamente [?] andaluz por su pasión, por su gracia, y sobre todo, por el sol que lo ilumina y lo caldea; y reputo por de lo mejor, entre tanto bueno, los diálogos, que son magistrales, y el capítulo final, cuya vigorosa sobriedad dobla el efecto dramático. (carta 1000)

También elogia sinceramente *La Goletera*, que «desde el punto de vista del dibujo, colorido y composición, el cuadro es inmejorable» pero le disgusta el protagonismo que en él tiene la navaja, «arma que todo lo envilece y encanalla a mis ojos.» «En suma, me gusta la prenda por la hechura, más no por el paño» (carta 1241).

El escritor y político **Joaquim Riera i Bertrán** (1848-1914), perteneció al grupo de la Renaixença, era amigo de Oller, y en su casa le conoció Pereda. Esta carta, en respuesta a otra suya, podría servir de ejemplo de las elaboradas e innecesarias excusas con que justificaba su tardanza en contestar, que en ocasiones ocupan un extenso párrafo inicial. Agradece aquí las alabanzas que hace Riera de sus obras, y alaba a su vez el estilo de su carta

toda ella escrita con tal soltura y sabor tan limpio, que son muy de notar en quien como V, piensa, habla y escribe, mucho y bien en catalán. Este es otro - me dije al leer la carta - de los que, cuando quieren pueden demostrar a los inflados gacetilleros de allá con una novela vestida con la librea de la Puerta del Sol, tan buena como la más pintada, en demostra-

ción de que se sabe hacer de todo, teniendo lo principal que es el dominio del sentimiento del arte. (carta 236)

Le gustan sus «hermosas» *Escenas*, entre las cuales hay primores de sentimiento, observación y colorido» aunque evita analizar, e incluso referirse a su texto. Y acaba simpatizando con él por padecer ambos de achaques nerviosos.

Agradece efusivamente a su gran amigo el cervantista sevillano y estudioso de la literatura popular **Francisco Rodríguez Marín** (1855-1943) su último libro, que no nombra (posiblemente *El Loaysa de El celoso extremeño*, 1901), y en un tono festivo que revela su cariñosa relación con él, le acusa de no haber probado su tesis y de la equivocada atribución que hace en él de un personaje. Pero le cautivan las noticias que da de la vida de Cervantes, y de aquellos hombres y de aquellas costumbres públicas y privadas, y las biografías que traza: «entre cuantos libros conozco de ese género [es de los que más me han deleitado, *tach*], pocos son los que me han entretenido y deleitado como el de V. [...] libro que pongo sobre mi cabeza, y autor a quien saludo descubriéndola» (carta 1257).



Imagen 124. Francisco Rodríguez Marín

El periodista y literato guipuzcoano **Rodrigo Soriano Berroeta-Aldamar** (1868 - 1944) recibió dos cartas de Pereda que muestran de nuevo su tendencia a colmar de alabanzas, en esta ocasión, al parecer sinceras, un libro que no discute ni analiza. Ha recibido *Moros y cristianos*, «una obra de verdadero artista, y como tal, fresca, espontánea y agradable. Debo a su lectura muy buenos ratos» (carta 860).

Y ante la insistencia de su autor pocos días después de que le señale los defectos que haya notado, repite que «me ha gustado, por lo fresca y genial [...] En *Moros y cristianos* ha hecho V. lo que se propone y lo ha hecho muy bien» (carta 864).

Admirador de Pereda fue el joven poeta malagueño **Salvador Rueda** (1857-1933), novelista y autor de cuentos de ambiente regional y folklórico, precursor del Modernismo, con quien don José María mantuvo una cordial amistad y de cuyas obras gustó mucho. En *El patio andaluz. Colección de cuadros de costumbres*, «ese difícilísimo ramo de nuestra literatura», veía «un pintor de veras [...] por la corrección del dibujo, la brillantez del colorido, el poder de observación y, sobre todo, por la galanura y donaire con que maneja la lengua castellana y la pliega y adapta a las exigencias artísticas del asunto» (carta 364), y enjuiciaba *El cielo alegre* de modo tan ditirámico como impreciso: «En la paleta de V. hay colores para todo, hasta para el átomo, y lo que es más raro aun, para sus vibraciones» (carta 401).



Imagen 125. Salvador Rueda

En cambio, *El gusano de luz* le pareció «una novela pornográfica de la peor especie», le daba sus razones y se excusaba de hablarle con tanta franqueza por «la grandísima estimación en que le tengo y la pena que me da verle claudicar de ese modo, tan extraño a sus temperamentos de escritor al principio de su brillante carrera» (carta 487). Al igual que en otras obras suyas de parecido género vio en *Granada y Sevilla* «La misma galanura de *pincel*, el mismo chisporroteo de colores brillantes, y la misma alma de poeta embelleciéndolo todo, hasta las puñaladas feroces en la fragua de Lorenzo, que es cuanto se puede decir.» Desearía verle escribir una novela realista - «pintura franca de las cosas lícitas y corrientes del mundo» —, y concluye con que «escribiéndole o callado, *riñéndole* o aplaudiéndole como ahora, le tengo muy presente en la mente» (carta 551).

Rueda le envió las capillas de su novela *La Reja*, una atención que le agradeció mucho, y leyó con tal gusto que lamentaba bromeando que los libros no formaran parte de la lotería de Navidad porque entonces

ya le había caído a V. el premio gordo. *La Reja* me gusta, y no así como quiera, sino mucho, muchísimo, hasta por la sencillez de su trama, que permite recrear la atención, sin menoscabo del interés, en los hermosos fondos del cuadro cuya riqueza de colorido en unas partes y de racional [poesía, tach.] y honda poesía en otras, no tiene precio. (carta 555)

La crítica de *Oro y escorias* del costumbrista menorquín, periodista y poeta en castellano y en catalán, **Angel Ruiz i Pablo** (1865 - 1927), es otro caso en el que Pereda alaba un libro como una gran obra y a continuación sus reparos deshacen tal juicio.

Oro y escorias me ha parecido superiormente escrito y juiciosísimamente pensado. No abundan hoy las obras literarias de estas condiciones, y por eso felicito y aplaudo a V. de todo corazón, aunque deduzco yo que ha querido V. reconcentrar en este personaje la enjundia del libro; y si es fundado el supuesto, lo tengo por una gran equivocación de V. Ya iré viendo que no hallo grandes defectos en su novela, cuando le señalo estos, que son de tan escasa importancia. (carta 1003)

Peor suerte tiene su otra novela *Tormenta* «que, en absoluto, no es obra vulgar» pero aunque

no escasean en [ella] las páginas bien escritas, y aun cuadros superiormente pintados, se ve demasiado el andamiaje del conjunto y la taracea del artificio; y de la semejanza y hasta identidad que hallo entre muchas locuciones de sus personajes y otras de por acá y de Castilla la Vieja, deduzco que no abundan en los diálogos ni la indispensable variedad de tonos ni el verdadero colorido local. En suma, que vale mucho, infinitamente más, lo que narra el novelista que lo que dicen los personajes populares de su novela, y que estos defectos hubieran sido menos visibles si *Tormenta* fuera su primera obra de V. o no valiera lo que vale, en muchos conceptos, *Oro y escorias*. (carta 1008)

Cuando **Angel Salcedo Ruiz** (1859-1921), militar, diputado y propagandista católico, le pidió su «franca opinión» sobre su novela *Víctor. Novela madrileña* (Madrid: Estab. Tipog. de Felipe Pinto, 1887) Pereda le respondió «tras leerla con detenimiento», que, a su juicio, habría «valido mucho más habiendo abultado menos, es decir, no habiéndose dado en ella tanta importancia a cosas y sucesos que la tienen muy secundaria, cosas y sucesos que abundan demasiado entre el capítulo IX y el 28». Pero tras de tan serias objeciones concluye que hay en esta novela «lo que se encuentra en muy pocas de las que se publican en España: un verdadero novelista» (carta 403).

En respuesta a una carta, que no conozco, de **Honorato de Saleta** (1844 - 1915), General de Ingenieros y autor de obras de asunto militar, historiográfico y antimasónicas, Pereda agradecía «el cariñoso acogimiento hecho a *Peñas arriba*, un libro «esencialmente cristiano y patriarcal [...] en el seno de esa cristiana familia», lamentaba que en el panorama literario del tiempo dominaran Zola, Ibsen y «el modernismo naturalista». Don Honorato le mandó sus *Escenas ribereñas*, con una dedicatoria impresa; parece que estas *Escenas* eran mediocres pero con su acostumbrada destreza Pereda salió del paso generosamente achacando a precipitación de su admirador y correligionario la escasa calidad de su obra. «Por lo demás en cuanto se pinta y se discurre en ellas se ve la fácil comprensión de V. y el impulso noble y generoso de su hermoso corazón de soldado español y cristiano a machamartillo» (carta 896).

Cuando **Luis de Terán**²³⁸ le envió el manuscrito de su novela, Pereda se le devolvió tras su lectura junto a una carta que, a mi parecer, es un modelo de cómo ante un compromiso podía escribir sin decir nada sobre obras que le parecían malas, y cómo sus alabanzas podían también conllevar un juicio negativo.

entre tanta mediocridad como se publica, siendo raras,
muy raras las maravillas de arte en las novelas que se usan,
[Terán] no debe temer que sea mal recibido por el lector de

²³⁸ Luis de Terán. Autor de varias obras como *Aranzazu* (1910), *El compás del zortzico* (1914), *Donostiako. La vida de un idilio* (1915), *El despertar de un alma* (1918), Colaboró en diversos periódicos como *El Liberal* (1902), *Pluma y Lápiz* (1902), *Blanco y Negro* (1903), *El Imparcial* (1903) (Ossorio y Bernard: 1903: 447).

buen gusto, un ensayo tan discreto y agradable como el que V. le ofrece con el modesto título de 5. [?]. La novela, a mi juicio, merece los honores de la imprenta, porque sin contener cosa que lleve la atención del lector desapasionado hasta el asombro, encierra otras muchas que han de serle muy agradables; y esto ya es algo. [...] Si tiene alma de artista, ha de estimar en todo lo que valen espectáculos como el de las Regatas y el de la entrada de D. Carlos en Zuria con todo su cortejo militar, dos cuadros que no se pintan a todas horas ni en cualquier parte. (carta 707)

Agradece al lexicógrafo y gramático **Miguel de Toro y Gómez** (1851-1922) el envío de su *Nuevo Diccionario Enciclopédico Ilustrado*, que le parece utilísimo para el público español, y que pone a la altura del Larousse abreviado francés, así como la inclusión en él de algunos textos peredianos como referencia (carta 1262).

El novelista y dramaturgo navarro **Federico Urrecha** (1855-1930) envió a Pereda, su novela *El Vencejo de Burgaleda*. Este ya conocía las narraciones que iba publicando en *Madrid Cómico* y en *El Imparcial*, «esas delicadísimas pinturas que sólo V. sabe hacer, tan frescas de color, tan sobrias y expresivas de detalles y tan ricas de [color, *tach.*] luz, no me haría el agravio de temer, como teme, que al leer yo la firma de pintor tan de mi gusto me pregunte: «¿Quién es ése?» (carta 449). Y le da su opinión sin distinguos, medias tintas ni vaguedades y alaba la novela, a pesar de «la escabrosidad del fondo» pues

soy tolerante, aunque otra cosa le hayan dicho a V. de mí, y particularmente en materia de arte. Si la obra es mala, poco importa que la haya hecho un santo; al paso que si es buena, no dejará de serlo porque proceda del diablo mismo [...] la novela me ha gustado mucho por su factura, como ahora se dice, y me parece tan bien hablada como sentida. (carta 599)

Y en la misma carta alaba también otra narración suya que había leído en *El Imparcial*. Urrecha dirigía *Los lunes del Imparcial* cuando se publicaron allí los artículos de Pardo Bazán y de Pereda tras la aparición de *Nubes de estío*, y éste le agradeció su amistoso apoyo (carta 599).

José Vancells y Marqués (1842-1916) fue un autor tanto en catalán como en castellano, de ideología conservadora, a cuya novela acusó recibo Pereda excusando su retraso en contestar por la lectura «de una montaña de libros, en el orden en el que me habían sido regalados». Y tras darle «un millón de gracias por el inmerecido favor de su carta y de su libro» y alabar «el ingenioso artificio de su composición y la altura y honradez de que está impregnada» considera que «sería mayor el interés que inspira su lectura si fuera más llanamente por derecho a los principales sucesos de la novela y dieran menos importancia a algunos personajes, a indicios y apariencias de escaso fundamento». Tras esta discreta pero clara evaluación de su escasa calidad, señala los catalanismos e incorrecciones que abundan en el texto. Y concluye ensalzando esta novela, «digna, por lo demás del aplauso y de la estimación de las gentes de cristiana conciencia y honrado corazón» (carta 700). Pero como en otros casos, tampoco menciona el nombre de la obra enjuiciada, que quizá fuera, por las fechas, *La mancha en el armiño. Novela de costumbres españolas contemporáneas*. (1893).

Avalado por el prólogo de Joaquín Riera i Bertrán, amigo de Pereda, llegó a sus manos *Records de la darrera Carlinada*, de **Mariano Vayreda** (1853-1903). Vayreda era de noble familia carlista, participó en la Tercera Guerra y escribió *La Punyalada* (1904), que se considera como una de las mejores novelas catalanas de su tiempo. Pereda aplaude «la interesante sencillez con que pinta las impresiones que conserva de los sucesos [referidos, *tach*] en que tomó tan activa parte», y se excusa de comentar «los capítulos más salientes de la obra, ni las delicadezas de la obra y el sentimiento [de cada, *tach*] que tanto abundan en ella» por estar «enteramente de acuerdo con el prologuista» (carta 1072). Este es otro de los casos en los que nos preguntamos si leyó aquella novela o si cortésmente tan solo lo dio a entender.

La carta a **Ventura Fernández López** agradeciendo su novelita *El Filibustero* es otro caso más de la evaluación amablemente evasiva que ha de hacer por compromiso. Y escribe a este compatriota montañés que encuentra en la novela «muchas cosas que me gustan en sumo grado por la soltura y el donaire con que están hechas y la verdad con que están presentadas. Créolas reveladoras de más altas empresas, y me permito aconsejar a V. que las acometa sin vacilar» (carta 740).

Muy diverso es el caso de **Jacinto Verdaguer** (1845-1902), «el príncipe de los poetas catalanes», tan admirado de Pereda. Aparte de referencias en sus cartas sobre el autor de *L'Atlantida* como escritor y como persona, queda el testimonio de una a Oller en la que le dice que «leía y leo las obras de Jacinto Verdaguer con fervorosa admiración» (carta 1278).

El catedrático **Cayetano Vidal de Valenciano** (1834-1893), remitió un ejemplar de *Rosada d'estiu* a su amigo Pereda, para quien era «una de las más bellas entre las novelas de su género» (carta 363), un juicio que se apresuraron a publicar *La Dinastía* (25 de abril de 1886) y *La España Regional* (año I. tomo I. 225-226).

Mantuvo una cariñosa relación con el crítico literario **José Yxart** (1852-1895), primo y amigo inseparable de Narciso Oller, quien le citó con gran frecuencia en sus cartas y en sus *Memòries*. Yxart fue uno de los principales teorizadores de la Renaixença y autor, entre otros libros, de *El arte escénico en España* (1894-1896). Correspondió con Pereda cuando le encargó la novela *Al primer vuelo* para la editorial Henrich de Barcelona; don José y sus amigos estaban al tanto de sus publicaciones y en una ocasión menciona que unos artículos de Yxart se leyeron «a claustro pleno» en las Catacumbas (carta 607).

*

La lectura de estas cartas revela un Pereda capaz de apreciar la calidad de las obras literarias. Lo hacía más por instinto que por formación; para Laureano Bonet estaba poco dotado para «abstrusas disquisiciones» y en sus cartas era difícil hallar «grandes especulaciones literarias» (Bonet: 2011). Contaba «Pedro Sánchez» que su Maestro «ignoraba y hasta *repelía* las retóricas modernas más famosas y manoseadas, singularmente si alardeaban mucho de novedad o abusaban del análisis o la disertación. Cuanto fuera doctrina, dogmatismo, *teoría*, crítica de alto vuelo, le asustaba y se le indigestaba por antipático» («Pedro Sánchez»: 1906: 23).

Pereda escribió en cierta ocasión a Palacio Valdés que «no soy autor que persigue fines ni procedimientos determinados; no tengo teorías especiales ni estéticas determinadas; voy por donde más me gusta y pinto a la buena de Dios lo que mejor me parece, porque así

me divierto sin tener en cuenta para nada los cánones estéticos de los demás» (carta 526).

Y a propósito de *Su único hijo*, ofrecía a Clarín, «mi leal sentir que le expongo a la buena de Dios y sin peros de microscopio y alambique; porque eso de contar los hilos en un tapiz oriental, tenga éste la forma, los colores y el dibujo que tuviere, más propio lo considero de funcionario de aduana, que del modo de estimar las buenas obras de arte» (carta 638).

Las teorías literarias y el análisis textual están ausentes cuando enjuicia un libro, describe pero no analiza, y evita enfrentarse con el texto. Como lector, también rechazó las obras «de análisis», «la pesadez en la que tan a menudo caen las obras llamadas de análisis» (carta 1056), y sabemos que le desazonaba cualquier crítica negativa a sus novelas, en especial aquella de «los peros de microscopio y alambique» y los «tiquis miquis» que recibió *La Montálvez*.

En las cartas cruzadas entre él y sus pares, Clarín, Oller y Galdós, con Coloma, y con los jóvenes Palacio Valdés y Salvador Rueda, predominan la lectura atenta de la obra, la sinceridad (no siempre) y la crítica constructiva. Admiró las obras de Menéndez Pelayo pero como sus conocimientos no eran precisamente escolásticos, las alabó con entusiasmo, reconociendo siempre sus propias limitaciones. Y anteriormente me he referido a sus relaciones literarias y personales con Pardo Bazán, que fueron en parte sinceras y en parte ceremoniosas y concluyeron de manera tempestuosa.

La mayoría de los hispanoamericanos con los que se carteó lo hacían ya con Menéndez Pelayo, tenían una reputación establecida, pertenecían a las Academias de la Lengua de sus respectivos países, e hicieron carreras políticas, en ocasiones tan brillantes como las que llevaron a Juan León de Mera a la Presidencia de la República del Ecuador, y a Miguel Antonio Caro, más de una vez, a la de Colombia. Le admiraban y le enviaban sus libros, y Pereda los recibió con los brazos abiertos y correspondió con el regalo de sus obras y con sus amistosas respuestas. No representaban a la mayoría de los escritores hispanos pues, como acertadamente escribía Clarín,

El despego con que allí miran a España se debe a que la creen representada por el espíritu estadizo o reaccionario. Los americanos latinos estudian la vida espiritual en fuentes fran-

cesas, alemanas, inglesas, y la España de ayer, que se empeña en ser la España de siempre, les parece inferior, anticuada, antipática. («Paliq», *Heraldo*. 11 de agosto de 1899 en Lissorgues: 1989. I: 284-288)

Pero los amigos de ultramar de Pereda eran conservadores, católicos y amigos de España, y con ellos lamentó la pérdida de las últimas Colonias en el 98 y el creciente expansionismo de los Estados Unidos. Pereda tenía una visión idealizada y nostálgica del mundo americano basada en la repetida lectura de Prescott, de Bernal Díaz, de Antonio de Solís y otros cronistas pero la relación con los novelistas y poetas contemporáneos suyos le daría otra versión de la literatura hispanoamericana contemporánea, cuyos movimientos literarios eran semejantes a los europeos. Este conocimiento y el reciente Desastre le llevaron a animar a Francisco Rivas Moreno en su proyecto de publicar en España las obras de aquellos escritores para darlos a conocer y estrechar lazos.

Le gustaron sinceramente *María* de Jorge Isaacs, *Cumandá* de Mera, *Frutos de mi tierra* de Tomás Carrasquilla, *Misia Jeromita* y alguna otra novela de Ocantos y, basándome en la lectura de estas cartas, me temo que poco más. Lo mismo que con los autores europeos le atraían las obras de carácter costumbrista y realista, y rechazaba de plano las naturalistas y todo lo que le oliera a modernismo.

En cambio, entre sus corresponsales españoles, unos eran jóvenes escritores y periodistas, y otros hombres maduros (porque no hay más mujeres que Emilia Pardo Bazán), militares, periodistas, profesores, algún eclesiástico, abogados y médicos, que escribían novelas y cuentos, muchos de carácter costumbrista, y desde las provincias le pedían su opinión. Algunos eran ya muy conocidos como sus buenos amigos Rodríguez Marín, Juan Francisco Muñoz y Pabón, Luis Montoto y Salvador Rueda. Quienes le consultaban lo hacían por iniciativa propia o recomendados por amigos comunes y, en más de una ocasión, publicaron la respuesta de Pereda en un periódico o como prólogo a sus libros, lo que le irritaba cuando lo hacían sin su permiso pues no le habían dado ocasión de pulir el texto.

Antes de seguir adelante se advertirá que la mayoría de quienes solicitaban su opinión hallaron un Pereda que, al parecer, ejercía la crítica como si fuera parte de los deberes de su oficio. Se podría achacar a

desinterés o a pereza la evaluación superficial y retórica que hace de las obras que no le atraen, de las que más de una vez ni siquiera menciona el título, y que despacha con elogios tan imprecisos y triviales como breves. Cauteloso, cortés y muy generoso con los superlativos encomiásticos, se firma con frecuencia «amigo», «compañero» e incluso «admirador» de quienes no suelen alcanzar tales categorías.

Conocemos su verdadera opinión en aquellas pocas ocasiones en las que sobre ella no influían factores tan diversos como sus creencias religiosas, su ideología política, sus reacciones emocionales, sus prejuicios y sus gustos, o como quienes fueran el autor o el prologuista de la obra en cuestión.

En primer lugar, rechazaba con firmeza y con disgusto aquellas cuyos argumentos o escenas consideraba anticatólicas, inmorales o de la escuela naturalista aunque acompañaba estos juicios con las alabanzas debidas a su calidad literaria, si la tenían, como se vio en el caso de algunas novelas de Galdós, de *La Regenta* o de *El gusano de luz* de Salvador Rueda. Y cuando le escribían autores jóvenes les contestaba previniéndoles contra el peligro de las malas compañías y de las influencias peligrosas, léase el naturalismo y el modernismo, e incitándoles a luchar contra ellos.

Apreciaba sinceramente las obras con espíritu cristiano y consideraba *Credo y Razón*», «tan excelente libro» de José Elola, una gran obra de propaganda católica pero su calidad literaria no debía ser alta pues ni siquiera la menciona (carta 1050). También queda sin analizar la del tomo de *Versos* que le envía Juan Martínez Nacarino, en el que aplaude «la facilidad y la gracia así como las tendencias eminentemente cristianas y moralizadoras que sobresalen en todas las composiciones de V.» (carta 1012). Dos casos, el de Elola y el de Martínez Nacarino, de los varios en los que la alabanza al propósito de una obra evita opinar sobre ella.

Tenía muy en cuenta el estilo y la calidad del castellano de sus corresponsales y en sus cartas comentaba el de algunos y corregía imperfecciones en el de otros. Aunque les advertía que no leía los prólogos que traían sus obras para no dejarse influir por ellos, el nombre del prologuista afectaba sin duda su propia opinión, le ayudaba a formularla y, más de una vez, cuando afirmaba estar de acuerdo en todo con aquel, posiblemente le había evitado leer el libro. Si estas obras llegaban recomendadas por algún amigo, o prologadas por autores conoci-

dos, otro amigo o algún correligionario, evitaba criticar abiertamente lo criticable y diluía sus juicios en amables vaguedades. Las correcciones en los borradores de cartas que trataban casos delicados como un pésame, o la evaluación de un libro malo, muestran con qué cuidado elegía Pereda sus palabras.

Las cartas iban acompañados siempre de elaboradas fórmulas de cortesía y tras señalar más o menos directamente el principal defecto de una obra que le parecía mala ensalzaba otros elementos secundarios de manera tan difusa que podrían aplicarse a cualquier otra. Contrariamente, tras encarecerla como un gran libro sus reparos deshacían la alabanza. Podría decirse que Pereda hace una crítica genérica de elogios corteses y observaciones muy semejantes e imprecisas, que aplica repetidamente a obras muy diversas usando conceptos e imágenes tan inanes, y con tan escasas variantes que resultan intercambiables. En *Capuletos y Montescos*, «Circula por sus hojas y se aspira con deleite, el olor confortante del terruño aragonés, y cada cosa está allí en su lugar propio y con el dibujo y el colorido que le corresponde (carta 1214); en *Manuel Pérez* de Pedro Miranda Carnero «la pintura de la tierra que le sirve a V. de escenario, y la de sus costumbres, es de una firmeza y de una sobriedad encantadoras» (carta 1049); y dedica a Ramón Masifern un encendido elogio «de la vida campestre, de sus aires, de sus frutos, de su fragancia, de la honrada y pintoresca sencillez de sus costumbres» sin hablar siquiera del libro (carta 1275).

Vidal de Valenciano le envió un ejemplar de *Rosada d'estiu*, que Pereda consideró «una de las más bellas entre las novelas de su género» porque «No hay en todo el vasto y hermoso cuadro de ella figura que no esté pintada con la fuerza de color que le corresponde, ni fuera del sitio que le pertenece, ni en actitud que no le convenga; ni un accesorio que no interese; ni, en suma, un solo trazo, ni una sola pincelada que no revele la seguridad de la valiente mano del pintor» (carta 363).

En otras ocasiones recurre a los símiles. Alabando *La febre d'or*, escribía a Oller que «Como en toda novela de tesis se veía venir desde lejos lo que al cabo llegó; pero sin forzar la máquina y con cada viajero y cada cosa en su correspondiente y adecuado lugar. Tratándose de un viaje tan largo y de tantos y tan diversos caracteres y temperamentos, este modo de llegar es un triunfo en el arte empeatado de hacer novelas» (carta 713); y distingue entre lo que él llamó más de una vez «el barro», es decir, la idea, el propósito de una obra, y la calidad lite-

raria de «la escultura» resultante o, en otras palabras, la diferencia entre «la tela» y «el corte» del traje.

Resulta un tanto paradójico que aunque Andalucía «no le entraba», como escribió en más de una ocasión, tuviera allí tan buenos amigos y gustara tanto de las novelas y cuadros de costumbres andaluzas, que le parecían la expresión del realismo castizo y pintura de las costumbres españolas netas. Rechazaba el concepto de «escuela» pues, como escribía al costumbrista cordobés Julio Pellicer (1872-1937), formar parte de una escuela «vale tanto como sujetar a cánones y plantillas los procedimientos y la labor de los discípulos o de los afiliados» (carta 1156).

Usaba una terminología más propia de un crítico de arte que la de uno literario, lo que revelaría su formación de costumbrista que recurre al uso de términos pictóricos; alaba en los *Cuadros de costumbres* de Polo y Peyrolón los «hermosos colores en su paleta» (carta 98); en Mesonero Romanos «la seguridad de su mano y la riqueza de los colores de su paleta para trazar cuadros tan frescos y animados» (carta 174), así como la «valentía del dibujo y la brillantez del colorido» en *Cumandá* (carta 699), y los «cuadritos» de Federico Urrecha, «esas delicadisimas pinturas que sólo V. sabe hacer, tan frescas de color, tan sobrias y expresivas de detalles y tan ricas de luz» (carta 449).

Consideraciones finales

Aunque la pérdida de muchas cartas podría llevarnos a conclusiones equivocadas, pienso que las recogidas aquí darán una idea bastante clara de la actividad epistolar de Pereda a lo largo de su vida. Tan solo conozco cuatro cartas de los años 50, las treinta y cinco existentes del decenio de los 60 corresponden a los comienzos de su carrera literaria en los que aparte de las dos cartas con que ofrece su primer libro a Hartzenbusch y a Mesonero Romanos, tan solo corresponde con su admirado Laverde. Pero la situación cambia notablemente en los años 70, tal como lo indican las ciento veinte de esta década. Pereda ha conocido a Galdós en el verano de 1871, y desde entonces sus cartas sobrepasan a las escritas a Laverde y reflejan una amistad entre iguales, más familiar y más íntima. Pero siguió escribiéndose con Laverde y dándole muestras de su afecto aunque de manera más espaciada.

Las cartas, el envío de libros y la dedicatoria de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* a Mesonero confirman su cariñosa relación con el viejo costumbrista hasta el fin de sus días. Y en 1876, a raíz del viaje de estudios por el extranjero del joven Marcelino comenzó su intenso carteo con el futuro catedrático y académico que llegaría a ser su nuevo mentor. Conocemos casi quinientas cartas de los prolíficos años 80, en los que se relaciona con nuevos corresponsales como el festivo Sinesio Delgado, y la tan amable y cortés Pardo Bazán. En 1884 comenzará su nueva y deseada amistad con Clarín, así como con el tan querido Narciso Oller, y a través suyo con otros escritores y artistas catalanes.

Las secuencias de la publicación de *La Montálvez* (1888) y de *Nubes de estío* (1891) ocasionaron desavenencias e irritaciones principalmente con Amós de Escalante y con doña Emilia. Y en 1889, a través de ella, comenzaría su tirante relación epistolar con Lázaro Galdiano. Muy destacado lugar ocupan las cartas de Pereda a José

María Quintanilla, su devoto «Pedro Sánchez», tan numerosas y extensas, y de excepcional interés por aportar amplios datos sobre el Pereda íntimo.

A partir de los años 90 aumenta notablemente la correspondencia causada por el fallido intento de ser elegido senador en 1891, y con los nuevos amigos catalanes tras la visita a Barcelona como *Mantenedor* de los Juegos Florales al año siguiente, en el 95 con don Ángel de los Ríos con motivo de sus problemas judiciales y económicos, y con Oller, con Quintanilla, con Clarín, con Coloma, con Vial, con Palacio Valdés, con el joven Salvador Rueda y con tantos otros. Una gran extensión epistolar que en cuanto a su cantidad y a la diversidad de sus autores muestra la popularidad de Pereda como novelista en las dos últimas décadas de aquel siglo. En 1904 sufrió un ataque apoplético y por mano de sus hijos siguió en contacto hasta poco antes de su muerte con Marcelino y con Enrique Menéndez Pelayo, con Galdós y con Oller.

El presente estudio no es una biografía ni una evaluación crítica de las obras de Pereda; estas más de mil trescientas cartas, unas publicadas por primera vez y otras recogidas de epistolarios parciales, podrían considerarse como el «Pereda pintado por sí mismo», una autobiografía. Revelan nuevos y más íntimos aspectos de un hombre psicológicamente más complejo que el admirado por sus correligionarios y sus paisanos, o el denigrado por la joven gente de letras de fin del siglo. Aportan nuevos datos y otros que rectifican o matizan lo dicho hasta ahora sobre su modo de ser, sus valores y sus principios, sus manías y sus prejuicios, la escritura de sus obras y su reacción ante la crítica.

Ilustran ampliamente su relación con Oller y contribuyen a definir la imagen de algunos personajes que formaron parte de su entorno sobre quienes había escasas noticias como su primo Domingo Cuevas, el cura Ambrosio Menjón, y el pintor Fernando Pérez de Camino, que escribían, el fantasioso y entrañable Francisco Mazón, Agabio Escalante y Federico de Vial.

Expresan su valoración de la literatura catalana y el deseo de integrarla dentro de la española, así como su interés por las letras en Hispanoamérica, manifiesto por su correspondencia con destacados escritores de aquellos países: dos intereses que eran poco frecuentes en la España de entonces.

Su apariencia física, su rostro y hasta su indumentaria indujeron a muchos contemporáneos a verle como un hidalgo del Siglo de Oro; una imagen que, según Enrique Menéndez, le era natural, pues no trataba de «*se faire une tête*» (E. Menéndez: 1906: 21). Pienso, en cambio, que Pereda contribuyó a crear su propia biografía cultivando este atuendo que completaba la idealizada imagen de hidalgo campesino retirado en las «soledades» de Polanco, lejos del «mundanal ruido» del cercano Santander. Quiso proyectar una imagen literaria de sí mismo destacando o idealizando algunos aspectos de su vida, y omitiendo otros. Esta es una correspondencia dedicada primordialmente a hablar de sí mismo y de su obra literaria. Lo demás cuenta menos.

No es fácil distinguir hasta dónde llegaba la sinceridad de Pereda pues afirmaba, negaba o exageraba cosas en las que él obviamente no creía; con persistente falsa modestia afirmó repetidamente ser un aficionado, cuyas obras eran «hijas de mi pobre ingenio», y que calificó despectivamente mientras las escribía - «el librejo», «la noveleja» - y después de acabarlas, en espera de que le contradijeran sus parciales, o curándose en salud frente a posibles descalabros de la crítica. Y cuando después llegaban a las librerías confiaba casi con los mismos términos a todos lo mala que era la reciente obra. Una modestia que llega a ser tan convencional, tan previsible y tan repetida que más parece un rutinario recurso defensivo, hijo de la inseguridad y de la desconfianza.

Paralela a esta pretendida humildad está el mal oculto orgullo de revelar su ausencia de planes, del escaso tiempo que le lleva escribir una novela, y cuán exhausto queda tras el arrebatado creador. Insiste en ser el autor más vendido de su tiempo, y da siempre en sus cartas el número de ejemplares vendidos, lo que para él justificaría implícitamente la calidad de su novela. Todo ello contado repetidamente a sus diversos correspondientes, y casi con las mismas palabras.

Y aunque le satisfacen tanto los homenajes, finge desdeñarlos, afirma que le molestan y se queja repetidamente en sus cartas de cuánto le desagrada hacer la campaña para ser senador, el nombramiento de Mantenedor en los Juegos Florales de Barcelona, leer el discurso de entrada en la Academia, y los homenajes populares. Pero lo hace, y obviamente muy a su gusto, aunque procurando dejar claro que es por no defraudar a los amigos, o ser honores que no puede re-

chazar. Contradicen estas excusas las extensas y frecuentes cartas escritas durante sus viajes a su portavoz «Pedro Sánchez» contándole con gran detalle el recibimiento que halla en las ciudades a las que llega «de incógnito», enviándole los periódicos que lo cuentan y que han llegado a sus manos «por casualidad», para que él redacte sus crónicas y vaya dando a conocer en la prensa su popularidad y sus éxitos.

Las cartas de viajeros, de gobernantes, de gente de letras y de artistas hablan de lejanos países, de intrigas políticas, de interés por nuevos movimientos filosóficos, artísticos y literarios, de historias sentimentales y de lances amorosos. Las de Pereda nos revelan la imagen de un hombre interesado en sí mismo y en su imagen literaria, de manías y prejuicios, de estricta moral, conservador y religioso, de costumbres sencillas y rutinarias y de gustos burgueses.

Como decían unos festivos versos, solo tenía «el maldito inconveniente / de aborrecer el presente / y soñar con el pretérito»; en una ocasión confesaba a Galdós que «es *una desgracia* haber nacido en este siglo» (carta 88); y sus «Reminiscencias», «Más reminiscencias» y otros relatos evocan la nostalgia de aquel Santander tan provinciano y tan íntimo de su niñez y de su juventud.

Sus lecturas del *Quijote* y de los cronistas de la conquista de América contribuyeron a darle una visión idealizada y romántica de la España del pasado, y la lectura de su obra juvenil nos permite conocer su temprano rechazo de novedades, ya fueran políticas, sociales o literarias. Un rechazo moral y nacionalista del cosmopolitismo, y de las nuevas costumbres e ideas que, para él amenazaban la vida tradicional española. Fue un católico sincero, enemigo de todos los movimientos y doctrinas que condenaba la iglesia, y del caciquismo traído por los advenedizos que acabó con aquel otro caciquismo paternalista que él añoraba.

De familia de arraigadas inclinaciones carlistas, publicó el combativo *Tío Cayetano* (1868), fue brevemente diputado en el Congreso y visitó a Don Carlos de Borbón en Suiza pero con los años disminuyó su militancia. Vivió en tiempos revueltos: desde la Revolución del 54, la Septembrina, el exilio de Isabel II, el Gobierno Provisional, Don Amadeo, la República, la última guerra carlista, las Cantonales, la Restauración y el Desastre colonial del 98. Apenas hay referencias aquí a todo esto excepto a aquel Desastre. Estas cartas cuentan poco de lo que ocurría entonces en España, y aún menos en el resto del mundo,

a no ser que las noticias despertaron su indignación o su temor sobre aquellos movimientos que amenazaban acabar con su mundo como fueron la Revolución de Septiembre, el naciente independentismo de los catalanes, los atentados del anarquismo, la creciente agitación obrera, y el 98. Y el pacífico Pereda, exacerbado por las bombas de Barcelona, exhortaba repetidamente a Oller al linchamiento de los anarquistas, menospreciaba la debilidad del gobierno y envidiaba en una carta a José del Portillo la dictadura en Méjico de don Porfirio.

Sus relaciones literarias, a la vez personales y amistosas, fueron reducidas y selectas, principalmente con Laverde, con «su compadre» Galdós, con Clarín a partir de la publicación de *Pedro Sánchez*, con don Marcelino siempre, entrañables con Oller desde el primer día, y la que mantuvo con Doña Emilia, que fue ceremoniosa, poco sincera y acabó en comezones y resquemores. Don Gumersindo le orientó y ayudó desinteresadamente en los primeros tiempos de su carrera literaria como revela su frecuentísima correspondencia pero esta influencia se fue debilitando a medida que Pereda iba siendo más conocido y adquiriría nuevas amistades; el carteo frecuente será de ahora en adelante con Oller y con Galdós. Dentro del entusiasta ámbito santanderino estuvieron Sinforoso Quintanilla, el Dr. Juan Pelayo y los demás tertulianos de las Catacumbas y, entre los jóvenes, «Pedro Sánchez», Enrique Menéndez, Alfonso Ortiz de la Torre, y, desde Madrid, el incondicional Manuel Marañón.

Además de Amós de Escalante y de Pardo Bazán con quienes, como revelan estas cartas llegó a tener una belicosa enemistad, no le faltaron enemigos entre los adversarios de más de alguna de sus polémicas periodísticas, entre algunos de sus coterráneos de Santander y de Polanco, y otros, más o menos imaginarios, como quienes reseñaban negativamente sus obras y los execrados «chicos de la prensa» madrileña.

Se ha culpado a Laverde y a los «fanáticos turiferarios», como llamó Doña Emilia a aquellos entusiastas santanderinos de su círculo, de haber aislado literariamente a Pereda dentro de los estrechos límites de su región, aunque a ello contribuyó él mismo, tan sensible siempre al halago, con la necesidad de sentirse valorado y de ser el centro de atención, rodeado de quienes le admiraban. «Cuanto más realistas y más provinciales sean sus cuadros» - escribía Menéndez Pelayo - «más en su cuerda estará y más le querremos y admiraremos los montañe-

ses, que respiramos con delicia en sus obras el ambiente de la tierra nativa» (Montesinos: 1969: 130).

Pero habrá que tener en cuenta la función positiva que tuvo aquel grupo tan estrechamente unido por afinidades ideológicas y sociales e incluso por lazos familiares para la historia literaria y cultural de Cantabria que mantuvo viva desde *La Tertulia* y la *Revista Cántabro-Asturiana* y después desde *El Atlántico* durante más de medio siglo.

El regionalismo de Cantabria tomó por modelo el de Cataluña pero cuando al pasar los años aquellos admirados catalanes manifestaron cada vez más abiertamente sus anhelos independentistas, Pereda dejó bien claro a Oller que «Para todo concedo derecho a un pedazo de la patria menos para separarse de ella [. . .] Viva, pues, el regionalismo, pero dentro de la unidad nacional, cuyo quebrantamiento no admito yo ni en hipótesis» (carta 1147).

Pereda vivió en un mundo voluntariamente limitado, no tuvo afición a los viajes ni a conocer otras tierras y, cuando lo hizo, mostró desinterés e incluso evidente desprecio por todo lo que no fuera la suya. La «tierra madre» le ofrecía la seguridad de sus raíces, «recibo carta diaria de casa» (carta 932), y en las suyas reiteraba el deseo de regresar al «rinconuco» casero. Aquellos versitos «de Santander a Polanco / de Polanco a Santander», que llegaron a molestarle, expresaban muy adecuadamente cómo transcurría su vida. El reiterado desdén por Madrid y la insistencia en mencionar su nostalgia de «la tierra» en estas cartas, a sabiendas de que sus parciales lo comentarían, suena un tanto a exagerado, a un deliberado provincialismo que formaría también parte de la construcción de su imagen literaria.

Quiero destacar la importancia del informe remitido a la Real Academia en el que expresa sus ideas sobre la lengua hablada por los montañeses (carta 53). En primer lugar, por negar la existencia de un posible dialecto montañés y, en segundo, por mostrar en este informe, a mi juicio de amenísima lectura, sus dotes de observación, y la perspectiva finamente humorística con que describe la creativa manera de expresarse, colorista y viva, de la gente del campo, que evoca el de la de sus mejores escenas de costumbres. Como escribía a Polo y Peyrolón, el carácter del habla de la Montaña está en la palabra «y esta la fabrica cada individuo cuando la necesita con los ojos, con la boca, con las manos... hasta con las bragas y el garrote: *el modo* de fabricarla es lo

único que haya de característico en el país; y aún mejor que la palabra, *la frase*» (carta 125).

Tanto o más que su producción literaria revelan estas cartas la versatilidad estilística de Pereda quien adapta su estilo según quien sea el remitente y las circunstancias en las que lo hace. Junto a las dirigidas a los amigos, en ocasiones cercanas a la lengua hablada y que abundan en locuciones populares, bromas y juegos de palabras están las escritas a quienes no son de su intimidad, muy semejantes estilísticamente, corteses, breves y formularias.

Aunque negó repetidamente ser un escritor profesional pues lo hacía como «entretenimiento agradable de mis ocios provincianos» (carta 397) y no lo necesitaba económicamente, la suya fue una vida dedicada a la literatura. Esta es una correspondencia cruzada principalmente con un limitado número de amigos escritores a quienes cuenta repetidamente y con detalle el proceso de redacción, la publicación, la venta y la angustiada espera de la recepción crítica de sus obras. Todo por conseguir la fama literaria, que era lo que más le importaba. Pereda era inseguro, y desconfiado - admitía a Clarín ser «como buen montañés, algo suspicaz» (carta 240) - y estaba muy atento a la publicidad y a la difusión de cada uno de sus libros. Si tardaban en reseñarlos, se impacientaba e imaginaba que había una «conspiración del silencio» en contra suya. Y temeroso siempre de la crítica, no se recató en pedir reiteradamente a Menéndez Pelayo, a Galdós y a Clarín que reseñaran sus novelas, que lo hicieran pronto y en prestigiosos periódicos, e incluso les sugería que lo hicieran favorablemente.

En contadas ocasiones como en los incendios de *La Rosario*, la presencia de sus productos en la Exposición Internacional de Barcelona y la dirección de la empresa, y sus referencias al Banco de Santander, hablan estas cartas del mundo empresarial en el que se movía. Pero en ellas y en las referencias en muchas otras a encargos y compras de muebles, ropas y objetos menudos se revela como un negociante agudo y atento hasta en las menores transacciones al valor del dinero.

Ya conocemos lo que pensaba Pereda de la función secundaria que debía corresponder a las mujeres en la sociedad de entonces, una opinión que no difería de la de sus contemporáneos. Su familia podría considerarse un modelo ejemplar de familia cristiana. Diodora y él pertenecían a la alta burguesía de provincias y educaron muy bien a sus hijos. Sin problemas económicos, para don José María lo más

importante fueron su reputación literaria, su familia, su salud, sus negocios y sus amigos. Pero la inesperada muerte de Juan Manuel por su propia mano angustió el resto de su vida y le llevó a confirmar con los confesores y con numerosas indulgencias la inocencia y el carácter «angelical» del desdichado joven.

Concebía el realismo como un movimiento literario intrínsecamente nacional, y evocaba siempre «nuestras tradiciones literarias», y «los buenos y antiguos modelos de la novela castellana». Y como contaba «Pedro Sánchez», «ignoraba y hasta repelía las retóricas modernas más famosas y manoseadas, singularmente si alardeaban mucho de novedad o abusaban del análisis o la disertación. Cuanto fuera doctrina, dogmatismo, teoría, crítica de alto vuelo, le asustaba y se le indigestaba por antipático» («Pedro Sánchez»: 1906: 23).

Reaccionó violentamente contra el naturalismo, del que tenía el concepto popular de ser una imitación de Zola en lo que tenía de más crudo y obscuro, y le confundía con el modernismo, también nuevo y foráneo, al que también condenó sin conocerle. Sin embargo, para Boris de Tannenberg, *Escenas montañosas*, marcó una fecha importante y consideraba a Pereda como el fundador de la nueva escuela realista en España; y Armand de Treverret destacaba el impacto que produjo en la crítica el realismo de este libro, en particular, su visión antipintoresca y casi naturalista de la vida campesina (González Herrán: 1983: 26 nota 34). En su prólogo a *El sabor de la tierruca* destacaba Galdós la prioridad cronológica y la consiguiente independencia del realismo perediano respecto al naturalismo francés y le proclamaba promotor y jefe de un naturalismo a la española, tan importante como aquel y limpio de sus excesos (Pereda: 1992: 62). Y Walter T. Pattison confirmaba que algunos autores vieron rasgos naturalistas en Pereda, como su tendencia a copiar fielmente del natural, la frecuencia de elementos rudos y groseros, su complacencia en lo feo, la abundancia de pormenores crudos y expresiones gráficas (1965: 66-68).

Como crítico literario, hasta ahora un aspecto desconocido de su obra, determinaron sus juicios sus propios valores morales y sus gustos. Pero siempre cortés, cauto y pródigo en superlativos elogiosos fue algunas veces sincero y, con mucha más frecuencia, modificaron sus opiniones razones de carácter moral, personal o amistoso, que disfrazó con digresiones y con vaguedades amables. Con el paso del tiempo la paulatina desaparición de los amigos, su mala salud y, sobre

todo, la muerte de Juan Manuel, la explosión del *Cabo Machichaco* y la pérdida de las colonias exacerbaron su religiosidad, su melancolía, y su visión del mundo como un valle de lágrimas.

Estas cartas apenas revelan cambios ni evolución en la manera que tuvo de concebir la literatura ni la vida hasta el fin de sus días. «Es lo probable» - escribía 'Andrenio' - «que la historia literaria tenga poco que enmendar a la apreciación general de las cualidades de Pereda que hicieron sus contemporáneos» (Gómez de Baquero: 1906: 162). Y Francisco Pérez Gutiérrez deseaba que se reconociera a Pereda en la historia de la literatura española «con todas sus limitaciones, sobras y carencias, pero con todos sus valores de escritor y su insobornable, casi feroz, autonomía estética y moral» (2006: 209-229).

Vivió para las letras pero seguramente le habrían gustado como epitafio aquellas palabras que pronunció don Marcelino en la inauguración de su monumento en Santander:



Imagen 126. Marcelino Menéndez Pelayo

«No fue Pereda un literato profesional, sino un hidalgo que escribía libros donde se refleja su espíritu creyente y castizo, donde se aprende a vivir bien y a morir mejor»²³⁹



Imagen 127. Monumento a Pereda
(Escultura y Arte en Santander)

²³⁹ *Homenaje a Pereda*, Santander: Librería Estvdio. 1983: 75.

Bibliografía

Colecciones manuscritas

- [C24. D12]. Archivo Histórico de la Nobleza, Toledo. Someruelos.
- [ES.47186.AMVA/CZ//CZ 1 – 30]. Archivo Municipal de Valladolid. Colección Casa de Zorrilla. Colección de los Sres. de Arimón.
- [Ms. 271. AHCB]. Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona.
- [Ms. 1605. AHCB] «Colección de epístolas dirigidas al escritor menorquín don Angel Ruiz Pablo por personalidades literarias de su época [1892-1920] Mahón-Barcelona». Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona.
- [Ms. 1748. BC]. Cartes de José María de Pereda. 102 cartas en microfilm. Biblioteca de Catalunya. Barcelona.
- [Fondo Cañete. BMPS]. Biblioteca Menéndez Pelayo Santander

Biblioteca municipal Santander

- [Ms. 512. BMS] «Escritos varios de Pereda». Debemos a Federico de Vial seis gruesos cuadernos, en los que bajo el nombre de *Varios*, recogió y copió a mano manuscritos, crónicas, artículos, gacetillas y cartas cuyos originales en muchos casos han desaparecido, y que sin su celo no habrían llegado hasta nosotros. Tan solo recogió pasajes de algunas de estas cartas y las transcripciones no están exentas a veces de lagunas, errores y fechas equivocadas. Según Vial, había «Extraviadas 25 cartas más». Los 6 volúmenes encuadernados en pergamino, con el exlibris de Federico de Vial, son copias manuscritas de artículos de Pereda en diferentes publicaciones: I) «Artículos varios por José María de Pereda»; II) «Abeja Montañesa»; III) «El Tío Cayetano»; IV) «sigue El Tío Cayetano»; V) «sigue La Abeja Montañesa» ; VI) «Obras de José María de Pereda». Los tomos I y VI contienen artículos de diferentes publicaciones. Ms.

- [**Ms. 723. BMS**]. «Cartas de JMP dirigidas a don Federico de Vial». Un volumen en pergamino con el exlibris de Federico de Vial. Contiene 24 cartas y 3 postales según una nota manuscrita en el interior. Mi agradecimiento a Fernando Vierna, del Centro de Estudios Montañeses, por facilitarme una versión fotográfica del MS.723. BMS]
- [**Ms. 1392. BMS**]. «Cartas de José María de Pereda. 109 cartas, 1877-1904» 37 cartas autógrafas de Pereda, en su mayoría borradores, que abarcan desde 1887 a 1903. Pertenecieron anteriormente a su hijo Salvador. Biblioteca Municipal, Santander. Reproduce algunas cartas y pasajes de cartas que no han llegado hasta nosotros; según el personal de la Biblioteca Menéndez Pelayo, parece que en tiempos de don Ignacio Aguilera, director entonces de la biblioteca, se enviaron a encuadernar cartas algunas de las cuales no volvieron desde allí a la biblioteca.
- [**Ms. 1393. BMS**]. «Cartas de José María de Pereda. 37 cartas, 1885-1909» en la cubierta anterior, a mano pone: «Cartas autógrafas de J. M. de Pereda» y en la tercera hoja, «Salvador Pereda».
- [**Ms. 1394. BMS**]. «Cartas de José María de Pereda a José María de Quintanilla («Pedro Sánchez»». 64 cartas 188/1-1901»
- [**Ms. 1395. BMS**]. «Cartas de José María de Pereda a Domingo de las Cuevas». 3 cartas: Requejada, 2 de agosto; Santander, 5 de noviembre, 1851; Madrid, 25 de diciembre, 1852.
- [**Ms. 1398. BMS**]. «Cartas de José María de Pereda a Sinforoso Quintanilla. Madrid, 16, 18, 22 de abril y 3, 26 de mayo, 1891». 5 cartas.
- [**Ms. 1410. BMS. Doc 75**]. «Artículos de don José María de Pereda dirigidos a don Federico Urrecha y al director del *Aviso*»
- [**Doc. 1398bis. BMS**]. Las cartas de Pereda a don Angel de los Ríos numeradas en este Epistolario como 825, 829, 843, 850, 852, 853, 858, 863, 867, 870, 871, 872, 873, 874, 877, 886, 914, 961 llevan el sello de goma de la Biblioteca Menéndez Pelayo y la signatura Doc 1398bis. Cuando estas cartas pasaron a la Biblioteca Municipal de Santander llevaron la nueva signatura Doc 888, según el ejemplar del *Catálogo de los manuscritos de la Sección de Fondos Modernos de la Biblioteca Menendez Pelayo* (1988), de Felisa Gutiérrez Iglesias y Francisco Saez Picazo, consta en el ejemplar propiedad de esa biblioteca, anotado por el propio Saez Picazo.

Biblioteca nacional de España

- [MSS/22299 / MSS.Micro/12631 BNE]. Manuscrito de *El buey suelto*.
- [MSS/19292 BNE]. Manuscrito de *Pachín Gonzalez*.
- [MSS/20207/69 BNE]. Carta de José María de Pereda a Enrique Gaspar.
El catálogo de la BNE pone su fecha en 1903 pero en el manuscrito se lee claramente 1893.
- [MSS/20808/ 176, 177 BNE]. Papeles de Hartzzenbusch. Biblioteca Nacional de España.
- [MSS/21810/16 BNE]. Carta a Fernando Díaz de Mendoza
- [MSS/23318/36 BNE]. Cartas de Pereda a Sinesio Delgado. 7 cartas.
- [RES/262/177 BNE]. Carta de Pereda a Antonio Gomar.
- [RES/262/212 BNE]. Cartas de José María de Pereda a Juana Allen y Ake W:son Munthe. 2 cartas autógrafas.

Museo Marítimo del Cantábrico

- [Ms. 2.3.1/26.1 MMC] Correspondencia de D. José María de Pereda a D. Eduardo Bustillo. Museo Marítimo del Cantábrico, Santander – Archivo. Fondo Maza Solano. Clasificación 2.3.1, Signatura 26.2.

Epistolarios

- Apuntes.** *Apuntes para la biografía de Pereda*. Número extraordinario de *El Diario Montañés*. Santander, 1 de mayo de 1906, Año V. Manejo el ejemplar de la Biblioteca Municipal de Santander, signatura R. 2133/91.
- Bustillo.** Correspondencia de D. José María de Pereda a D. Eduardo Bustillo, Fondo Maza Solano. Clasificación 2.3.1, Signatura 26.2. Museo Marítimo del Cantábrico, Santander – Archivo].
- Cabot i Rovira.** Varias cartas mecanografiadas procedentes del Arch. D. J. Cabot i Rovira. [Biblioteca Nacional de Catalunya]
- Esteban Soler.** Una carta cortesía del profesor Hipólito Esteban Soler.

- EMP.** Fondo Enrique Menéndez Pelayo, [D.80, Biblioteca Menéndez Pelayo, Santander].
- Fundación Lázaro Galdiano.** Copiador de cartas de *La España Moderna*.
- Marañón.** Un epistolario de Manuel Marañón de 362 cartas, escritas desde 1877 hasta la entrada de Pereda en la Academia en 1897. Están fechadas en Santander y en Polanco, excepto una que lo está en Barcelona, otra en Salamanca (1889), otra en Sevilla (1896) y otra en Jerez en el mismo año. Debo esta información al profesor Jaime Olmedo Ramos, de la Universidad Complutense, quien desde hace años tiene el propósito de publicarlas.
- Medina.** En carta fechada en Madrid el 29 de Abril de 1996, el coleccionista Fernando Jiménez Guijarro ofreció al Ayuntamiento de Santander nueve cartas autógrafas de Pereda, dirigidas al jurista D. León Medina. Se las había comprado a los herederos de éste y se las ofrecía al Ayuntamiento por 200.000 pts. pero la compra no se llevó a efecto. Según el extracto ofrecido entonces, estas cartas son de moderado interés. Agradezco este extracto al Director de la Biblioteca Municipal D. Pablo Susinos.
- MMP.** (1982-1991) *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*. Madrid: Fundación Universitaria Española. A cargo de Manuel Revuelta Sañudo. <http://www.cervantesvirtual.com/portales/marcelino_menendez_pelayo/epistolario_edicion/>
- Oller.** Catàleg del Fons 50.53 Narcís Oller i Moragas. Documentació personal, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona. Emilia Pardo Bazán mencionaba a Oller «las cariñosas y frecuentes cartas» que recibía de Pereda (La Coruña, Julio de 1884), de las que solo alguna ha llegado hasta nosotros.
- Puigcerver.** 1955. *Lletres a Marià Vayreda / Agustí Puigcerver [pseud.]*. Olot: Biblioteca Olotina, Imp. Aubert.
- Ríos y Ríos.** Varias cartas de Angel de los Ríos y Ríos procedentes del archivo del profesor Miguel Ángel García Guinea, mecanografiadas. Mi agradecimiento al profesor Mario Crespo López.
- Rodríguez Porrero.** Colección de autógrafos de Claudio Rodríguez Porrero, Fundación March. Mi agradecimiento al profesor Ricardo de la Fuente.
- Yxart.** Cartas a Josep Yxart. [Vol. y – JY-I-279-291, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona].

Vayreda. [Nolasc del Molar] S. Puigcerver, Lletres a Marià Vayreda, 49.
Carta de J. M. de Pereda, copia mecanografiada. Biblioteca de Catalunya.

Epistolarios parciales

Figuran aquí aquellos epistolarios con cartas escritas por Pereda o dirigidas a él. Incluyo los textos tal cual los reproducen quienes los han recogido. Algunas de estas cartas están reproducidas parcialmente.

BENOUSSAN, Albert (1968) «La Pardo Bazán, Pereda et Brunetière: Deux lettres inédites». *Etudes Iberiques* III. Rennes. 42-45.

BENOUSSAN, Mathilde. (1970) *L'amitié littéraire de José María de Pereda et de Narcís Oller a travers les lettres de Pereda et les Memories d'Oller*. Thèse pour le doctorat. 3ème cycle. Faculté des Lettres de l'Université de Rennes.

BONET, Laureano. (2002) «Clarín en Pereda, Pereda en Clarín: unas cartas sobre *La Regenta*». *Leopoldo Alas Clarín*. Antonio Vilanova y Adolfo Sotelo Vázquez (eds.). Universidad de Barcelona. 261-293.

BRAVO VILLASANTE, Carmen. (1970-1971b) «Veintiocho cartas de Galdós a Pereda». *Cuadernos Hispano-Americanos*. 200, 251 y 252. 9-51.

BRAVO VILLASANTE, Carmen. (1975) *Cartas a Galdós*. Madrid. Turner.

CLARKE, Anthony H. (1991) «Cartas de Pereda a Laverde». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXVII. 157-270.

COLOMA, Luis. (1942) «Cartas de don José María de Pereda (1886-1891)». *Obras completas del P. Luis Coloma*, XIX. *Relieves y crítica*. Madrid. Razón y Fe. 79-90.

COSSÍO, José María de. (1934) *La obra literaria de Pereda, su historia y su crítica*. [Santander]. J. Martínez.

COSSÍO, José María de. (1951) *Gumersindo Laverde*. Selección y estudio. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. XXIV. Santander. La Moderna.

COSSÍO, José María de. (1957)¹ *José María de Pereda*. Selección y estudio. Antología de escritores y artistas montañeses. XLVIII. Santander. La Moderna.

¹ Las cartas seleccionadas por Cossío muestran notables diferencias, marcadas en negritas, con la omisión de párrafos y de frases, y añadiendo otras cuya procedencia desconozco. En varias ocasiones Cossío menciona que las cartas reco-

- ECHANOVE GUZMÁN, Jaime. (1982) «Pereda y la familia Echanove». *Boletín de la Institución Fernán González*. 1^{er} sem. Año 61, n. 198. 29-42. <<http://hdl.handle.net/10259.4/2059>>. Transcribe cinco cartas de Pereda a los hermanos Manuel y Antonio Echanove.
- FERNÁNDEZ CORDERO y AZORÍN, Concepción. (1968) «Cartas de Pereda a José María y Sinforoso Quintanilla». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XLIV. 169-327.
- FREIRE LÓPEZ, Ana María. (1991a) *Cartas inéditas a Emilia Pardo Bazán (1868-1883)*. Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa. 157-158.
- FREIRE LÓPEZ, Ana María. (1991b) «Cartas inéditas de escritores españoles en la colección de autógrafos de don Antonio Romero Ortiz». *Cuadernos para la investigación de la literatura Hispánica*. 14. 99-114.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1997a) «Catorce Cartas de Pereda a Enrique Menéndez Pelayo (1895-1905)». *Romance Quarterly*. 44.2 (Spring). 107-118.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2000) «El Santander de 1887 visto por Sinesio Delgado y siete cartas de Pereda». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXVI. 539-561.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2017-2018) «El costumbrista montañés Domingo Cuevas (1830-1907) y su relación con Pereda: cartas, textos y un prólogo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XLIII-XLIV. 131-175.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2020a) «Don Angel de los Ríos, visto en sus cartas y en otros papeles». *Altamira*. XCI. 157-208.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2020b) «Enemistades más que literarias. Pardo Bazán, Pereda y Lázaro Galdiano». *Cartas Hispánicas*. 11. 1-46.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador y Rosa MATORRAS. (1998) «Veintiséis cartas de Pereda a Alfonso Ortiz de la Torre (1890-1905)». *Altamira*. LIII. 55-86.

gidas por él «se guardan en la Biblioteca Menéndez Pelayo» sin precisar más. Cossío incluye las cartas fechadas en Polanco, 21 de mayo de 1890, Santander, 29 de noviembre de 1898, Santander, 8 de enero de 1900, Santander, 12 de noviembre de 1900, Santander, 17 de diciembre de 1900, Santander, 5 de enero de 1901 y 5 de marzo de 1901. Como ya advirtió Montesinos, estudió en detalle Shoemaker, y verifiqué en diversas instancias, las versiones de Cossío muestran notables diferencias, así como transcripciones erróneas.

- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1981a) «A propósito de unas cartas de José María de Pereda a José Yxart». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LVII. 397-403.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1983a) «Emilia Pardo Bazán y José María de Pereda: algunas cartas inéditas». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LIX. 259-287.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel y D. THION SORIANO-MOLLÁ. (2000) «Tres cartas de José María de Pereda a Isaac Pavlovsky». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXVI. 563-571.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel. (1950) «Cartas de don José María de Pereda a D. Mariano Catalina». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXVI. 1. 6-23.
- GUERRERO GASULL, Carmen. (1965) «Un epistolario inédito de J. M. de Pereda. Colección de ciento dos cartas». Tesis de licenciatura [inédita] dirigida por el catedrático Jose Manuel Blecua. Universidad de Barcelona. Manuscrito 1748 de la Biblioteca Central de Barcelona. 2103-2104.
- HUIDOBRO, Eduardo de.² (1907) «Domingo Cuevas». *El Diario Montañés*, 4 de septiembre.
- HUIDOBRO, Eduardo de. (1919) «Como recuerdo». *El Diario Montañés*. 1 de marzo. No. 5894. 1.
- HUIDOBRO, Eduardo de. (1933) «Pereda en el género epistolar». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 8-30.
- LANZUELA CORELLA, María Luisa (ed.). (1990) *Cuarenta cartas inéditas a Manuel Polo y Peyrolón*. Santander. Fundación Marcelino Botín.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (2012) *Cartas de viaje a José María de Pereda desde Portugal e Italia: en el 100 aniversario de su muerte*. Estudio preliminar de Benito Madariaga de la Campa. Santander. Parlamento de Cantabria.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. (1933) «Un inédito de Pereda. Observaciones sobre el lenguaje popular de la Montaña». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 144-155.

² Eduardo de Huidobro era amigo de Domingo Cuevas, quien le prestó las cartas que guardaba de Pereda. Huidobro las transcribió parcialmente, y en ocasiones con cierta confusión respecto a fechas, y las publicó formando parte de varios artículos. No parece que se hayan conservado los originales. Estas cartas proceden de artículos publicados por Huidobro.

- MIRALLES, Enrique. (1985) *Cartas a Victor Balaguer*. Barcelona. Puvill. 400-401.
- ORTEGA, Soledad. (1964) *Cartas a Galdós*. Madrid. Revista de Occidente. 47-65.
- PEREDA, José María de. (2009) Vol. X. Miscelánea II. *Obras completas de...* Edición dirigida por Anthony H. Clarke y José Manuel González Herrán, Santander, Ediciones Tantín.
- PEREDA Y TORRES QUEVEDO, María Fernanda y Enrique SÁNCHEZ REYES. (1953) «Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXIX. 3-4. 207-402. [Epistolario Pereda - Menéndez Pelayo].
- POLANCO, AYUNTAMIENTO DE. Archivo Municipal. Solicitud de Pereda, aprobada, de construir un panteón en Polanco.
- PITOLLET, Camille. (1957) «Recuerdos de Don Armando Palacio Valdés». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXXIII. 76-120. Como apéndice a este artículo (pp. 121-130), una «Nota de la Redacción» reproduce las cartas de Pereda a Palacio Valdés que por cesión de los herederos del novelista asturiano se conservan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.
- RODRÍGUEZ PORRERO. Colección de autógrafos de Claudio Rodríguez Porrero en la Fundación March.
- RUBIO JIMÉNEZ, Jesús y Antonio DEAÑO GAMALLO (eds.). (2012) «45 cartas de Pereda a Clarín: A vueltas con la literatura». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXVIII. 2. 17-112.
- RUIZ Y CONTRERAS, Luis. (1897) *Tres moradas*. Madrid. Rodríguez y Odriozola.
- RUIZ Y CONTRERAS Luis. (1903) *La novela en el teatro: Cartas del Sr. D. José M. de Pereda*. Madrid. Ambrosio Pérez y C^a.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique. (1957a) «Cartas de Pereda a Palacio Valdés». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXXIII. 121-130.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique. (1957b) «Mementos de actualidad». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXXIII. 182-207.
- SHOEMAKER, William H. (1966) «Cartas de Pereda a Galdós y ocho borradores». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XLII. 131-172.
- THION SERRANO-MOLLÁ, Dolores. (2003a) «Amistades literarias: Doce cartas de Emilia Pardo Bazán a Isaac Pavlovsky». *La Tribuna*. 1. 97-148.

TORRES, David. (1977) «Trece cartas inéditas de Pereda». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LVI. 293-314.

VARELA HERVÍAS, Eulogio. (1958) «Cartas de Pereda a Mesonero Romanos». *Bulletin Hispanique*. LX. 3. 375-381.

Cartas y artículos de Pereda en prensa variada (con número de carta)

ABC

1906

(1351). «Una carta de Pereda». 3 de marzo.

LA ABEJA MONTAÑESA

1859

[Paredes] «Romance de pura sangre». 29 de septiembre.

1861

[Paredes] «Apuntes para la historia». 5 de enero.

[Paredes] «Folletín. Teatro». 2 de febrero.

[Sin firma] Comentario sobre *El bello ideal*. 22 de octubre

1863

«Por si parece». 12 de agosto.

1864

Reseña de *Del Ebro al Tiber* de Amós de Escalante. 1 de diciembre.

1865

(17). «Correspondencia pública». 19 de enero.

LA ATALAYA

1897

(992). «Al Excelentísimo Ayuntamiento de Santander». 11 de marzo.

(993). «A los Señores Presidente y Secretario de la Liga de Contribuyentes de Santander». 17 de marzo.

1900

(1186). «Resquemín, periodista». 14 de agosto.

(1189). «Carta de Resquemín». 21 de agosto.

(1190). «Amigo Galerín». 23 de agosto.

(1191). «Para terminar. A Galerín». 27 de agosto.

EL ATENEO TARRACONENSE DE LA CLASE OBRERA

1892

(689). «Al Sr. D. Federico de Ramón». Año XIII. núm. 4. julio.

(704). «A D. P. Martí y Ferré». Año XIII. núm. 7. octubre.

EL ATLÁNTICO

1886

(371). «A Pedro Sánchez». *El Atlántico. Miscelánea Semanal*. 21 de junio.

1887

(408). «Al Sr. Director de *El Atlántico*». *Miscelánea semanal*. 20 de junio.

1888

(438). «*La Montálvez* juzgada por el P. Coloma». 28 de enero.

1890

(557). «Por lo que valga». 16 de abril.

(558). «Al Sr. D. Justo Colongues Klimt». 17 de abril.

(572). «Galernazo. A D. Fernando Gutiérrez Cueto». 17 de septiembre

1891

(599). «Sr. D. Federico Urrecha». 5 de marzo.

1892

(699). «Una Carta de Pereda». 9 de diciembre.

1895

- (831). «Remitido». Año X. Núm. 33. 2 de febrero.
(868). «Por Don Angel de los Ríos». 15 de junio.

El Aviso

1876

«Variedades. Bibliografía.» [*Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde Ruiz. Madrid: Eduardo Medina, editor]. 28 de diciembre. 5-7.

1877

- (113). «Comunicado. Sr. Director de *El Aviso*». 4 de septiembre.
(114). «Al Sr. Director de *El Aviso*». *El Aviso*, 8 de septiembre. 4 de febrero.

1879

(153). «Variedades. Al Sr. D. Ricardo Olanar». *El Aviso*. 1 de febrero.

1885

- (285). «Variedades. Pido la palabra para una alusión personal». 4 de febrero.
(337). «Crónica. Al Sr. Director de *El Aviso*, I». 8 de diciembre.
(338). «Al Sr. Director de *El Aviso*, II». 12 de diciembre.
(339). «Al Sr. Director de *El Aviso*, III». 19 de diciembre.
(341). «Al Sr. Director de *El Aviso*, IV». 26 de diciembre.

1891

(599). «Sr. D. Federico Urrecha». 5 de marzo.

BOLETÍN DEL COMERCIO.

1859

«El Chambergo». 16 de mayo

1886

(358). «Carta de Pereda a los catalanistas». 1 abril.

EL BUEN CONSEJO. Semanario religioso.

1902

(1273). «Al Ilmo. Sr. D. F. Tomás Cámara, Obispo de Salamanca».
Año III. núm. 4. 21 de enero.

EL CANTÁBRICO

1897

(992). «Al Excmo. Ayuntamiento de Santander». 11 de marzo.

1899

(1120). «Una carta de Pereda. [Al Sr. D. Francisco Rivas Moreno]».
18 de septiembre.

1904

(1326). «Una carta de Pereda. [Al Director]». 5 de junio. Año X
Número 3296.

LA CAPITAL

1906

(1344). «Al Sr. D. Félix Redonnet». 1 enero.

LA CIUDAD DE DIOS

1906

(1347). «Al P. Manuel Miguélez». 20 de marzo de 1906.

EL CORREO DE CANTABRIA

1895

(831). «Remitido». Año XIV. Núm. 15. 4 de febrero.

(470). «Carta a Sr. D. Alfredo del Río Iturralde». 9 de diciembre.

1897

(992) «Al Excmo. Ayuntamiento de Santander». 12 de marzo.

EL DIARIO MONTAÑÉS

1904

(1327). «Carta al Director». 4 de junio.

(1328). «Al Alcalde de Santander». 9 de junio.

LA DINASTÍA

1886

(363). «Al Señor don Cayetano Vidal». Reseña de *Rosada d'Estiu*.
25 de abril.

EL ECO MONTAÑÉS

1900

«Galería montañesa. Don Angel de los Ríos». 9 de mayo de 1900.

LA ÉPOCA

1897

(668). «Esbozo». 27 de junio.

1904

(1320). «Felicitaciones al Sr. Maura». 11 de febrero.

LA ESPAÑA REGIONAL

1886

(363). «Al Señor don Cayetano Vidal». Reseña de *Rosada d'Estiu*.
Año 1. Tomo 1. 325-326.

EL GLOBO

1886

(364). «Una carta de Pereda». 8 de mayo.

EL IMPARCIAL

1891

«Las comezones de la Señora Pardo Bazán». 21 de febrero.

1906

(1350). «Carta de Pereda a Armando Palacio Valdés». 5 de marzo.

EL LÁBARO

1905

(1337). «Al Sr. D. Martín Domínguez Berrueta». Número extraordinario. D. José María Gabriel y Galán. 20 de enero.

LA MISCELÁNEA

1898

(1055). «A Eduardo Zuleta». Julio. 4.1. 377-380.

REVISTA NACIONAL (Bogotá)

1882

(222). «A Miguel Antonio Caro». Junio.

1897

«Una carta de Pereda». Año I, núm. 2. Junio. 124-125.

SANTANDER-CREMA

1884

(237). «A los Señores Redactores». 20 de enero.

(245). «[Al] Sr. D. Ricardo Olan». 24 de febrero.

EL TÍO CAYETANO

1868

«Santander. 22 de octubre».

«Menudencias». 15 de noviembre.

«Por lo que valga, y antes de que se me olvide». 15 de noviembre.

«Para la historia». 29 de noviembre.

1869

«Frutos coloniales». 21 de febrero.

«Otra más. Constitución Política». 1 de marzo. 73-76.

«La libertad de los libres». 13 de junio.

TRADICIÓN

1933

(46) «A Gumersindo Laverde». Núm. 3. 1 de febrero de 1933.

LA VANGUARDIA

1892

(699). «Al Sr. D. J. T. Mera». 15 de septiembre.

LA VELADA

1892

(668). «Esbozo». Febrero.

LA VEU DE CATALUNYA, Setmanari popular

1891

(600). «Al Senyor don Joseph María Valls y Vicens». 15 de marzo.

Referencias bibliográficas

AGENJO BULLÓN, Xavier y SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.). (1998a) *Santander fin de siglo*. Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria.

AGENJO BULLÓN, Xavier. (1998b) «El libro y la lectura en el Santander de fin de siglo». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 387-403.

AGUILERA, Ignacio. (1967) *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo, 1874-1890*. 2 vols. Santander. Diputación Provincial.

AICARDO FERNÁNDEZ, P. José Manuel. (1906-1907) «Pereda novelista». *Razón y Fe*. XV. 324-340; XVI. 188-206, 452-468; XVII. 162-172.

ALAS, Leopoldo («Clarín»). (1884) Reseña de *Pedro Sánchez*. *El Día*. 27 de enero.

ALAS, Leopoldo («Clarín»). (1888) «*La Montálvez*». *La Justicia*, 18 de febrero.

- ALAS, Leopoldo («Clarín»). (1898) «Palique». *Madrid Cómico*. 9 de abril.
- ALAS, Leopoldo («Clarín»). (1899) «Palique». *Heraldo*. 11 de agosto.
- ALBORG, Juan Luis. (1996) «José María de Pereda». *Historia de la literatura española, V. Realismo y Naturalismo. La Novela*. Madrid. Gredos. 589-772.
- ALFONSO, Luis. (1891) «La novela del enfado». *La Epoca*. 20 de febrero.
- ALTMAN, Janet Gurkin. (1982) *Epistolarity: Approaches to a Form*. Columbus. The Ohio State University Press.
- ALTMAN, Janet Gurkin. (1986) «The Letter Book as a Literary Institution 1539-1789: Toward a Cultural History of Published Correspondences in France». *Men/Women of Letters, Yale French Studies*. 71. 17-62.
- ANDALUCÍA. *ALBUM LITERARIO Y ARTÍSTICO*. [1885] Publicado para socorrer las desgracias causadas por los terremotos en las provincias de Granada y Málaga. [s.l., s.i.]
- ANDERSON, Benedict. (1983) *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London. Verso.
- ANSOLA FERNÁNDEZ, Alberto. (1998) «Los vecinos pintorescos: la comunidad pescadora santanderina en el cambio de siglo». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 317-331.
- APUNTES PARA LA BIOGRAFÍA DE PEREDA. (1906) Número extraordinario de *El Diario Montañés*. Santander, 1 de mayo 1906, Año V.
- ARA TORRALBA, Juan Carlos. (1998) «Estrañi, *El Cantábrico* y el periodismo democrático». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 23-35.
- ARAUJO COSTA, Luis. (1933) «El señor de la Torre de Provedadño». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 46-50.
- ARCE DÍAZ, Pedro. (2018) «Antinógenes, el tío del sabio». *Altamira*. LXXXIX. 265-317.
- ARENAL, Santiago. (1952) Selección y estudio. *Demetrio Duque y Merino*. Santander. Librería Moderna.

- ARMAS AYALA, Alfonso de. (1977) «Pérez Galdós y Pereda a través de sus cartas». *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Cabildo Insular de Gran Canaria. 23-33.
- ARTIGAS FERRANDO, Miguel. (1928) «Un episodio desconocido de la juventud de Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, X. 289-337.
- ARTIGAS FERRANDO, Miguel. (1933) «De la correspondencia entre Pereda y Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 83-107.
- ARTIGAS, Miguel y Pedro SÁINZ RODRÍGUEZ. [1930] Introducción y notas. *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*. Madrid-Buenos Aires. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.
- ASÚN ESCARTÍN, Raquel. (1981-1982) «La editorial *La España Moderna*». *Archivum. Revista de la Facultad de Filología*. 31-32. 133-200.
- AYALA, María Ángeles y Javier RAMOS ALTAMIRA. (2012) *Rafael Altamira, José Lázaro Galdeano y La España Moderna (1889-1814)*. Universidad de Alicante.
- AZCÁRATE, Gumersindo de. (1876) «El Self-Government y la Monarquía doctrinaria». *Revista de Madrid*. no. 49. 28 de marzo. 145-166.
- BAQUERO ESCUDERO, Ana. (1989) *Cervantes y cuatro autores del siglo XIX. (Alarcón, Pereda, Valera y 'Clarín')*. Universidad de Murcia.
- BARK, Ernesto. (1891) «La España contemporánea según un reciente libro ruso». *La España Moderna* XXIX. 64-74 y XXX. 37-48.
- BESABE, Angel. (1864) «Profecías para el año 1864». *Almanaque de la Gaceta del Comercio para el año bisiesto de 1864*. Santander. Imprenta de la Gaceta del Comercio.
- BAZIN, René. (1895) «Terre d'Espagne». *Revue des Deux Mondes*. II, LXV^ee, quatrième période, tome 128, première livraison. 1 mars. 97-122. Publicado traducido en *El Atlántico*. 5 y 6 de marzo, año X, núms. 63 y 64.
- BELTRÁN DE HEREDIA CASTAÑO, Pablo. (1933) «Algunos documentos inéditos de la amistad íntima entre Pereda y Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 405-418.
- BENOUSSAN, Albert (1968) «La Pardo Bazán, Pereda et Brunetière: Deux lettres inédites». *Etudes Iberiques* III. Rennes. 42-45.

- BENOUSSAN, Mathilde. (1970) *L'amitié littéraire de José María de Pereda et de Narcís Oller a travers les lettres de Pereda et les Memories d'Oller*. Thèse pour le doctorat. 3ème cycle. Faculté des Lettres de l'Université de Rennes.
- BESER, Sergio. (1965) Prólogo. *Narcís Oller. La societat catalana de la Restauració*. Barcelona. Edicions 62.
- BINCKNES, Faith y Kathryn LAING. (2020) *Hannah Lynch 1859-1904: Irish Writer, Cosmopolitan, New Woman*. Cork University Press.
- BLANCO DE LA LAMA, María Asunción. (1995) *Novela e idilio en el personaje femenino de José María de Pereda*. Santander. Pronillo.
- BLANCO GARCÍA, FRANCISCO. (1909) *La literatura española en el siglo XIX*, II, 3a. ed. Madrid. Saenz de Jubera Hermanos.
- BLECUA, José Manuel. (1969) «De un epistolario de Pereda». *Filología y Crítica Hispánica. Homenaje al Prof. Federico Sánchez Escribano*. Alberto Porqueras Mayo y Carlos Rojas (eds.). Ediciones Alcalá. Emory University. 309-313.
- BOLETÍN OFICIAL DE SANTANDER. (1847) 5 de julio.
- BONET, Laureano (1974) «José María Quintanilla y el realismo perediano». *El realismo en la novela de José María de Pereda (Historia de una frustración literaria)*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Barcelona. 667-701.
- BONET, Laureano. (1975) «Asexuación e ideología de las figuras femeninas de Pereda». *Insula*. 342. 3.
- BONET, Laureano. (1980) Edición, introducción y notas. *La puchera*. de José María de Pereda. Madrid. Castalia.
- BONET, Laureano. (1983) *Literatura, regionalismo y lucha de clases. (Galdós, Pereda, Narcís Oller y Ramón D. Perés)*. Universidad de Barcelona.
- BONET, Laureano. (2002) «Clarín en Pereda, Pereda en Clarín: unas cartas sobre *La Regenta*». *Leopoldo Alas Clarín*. Antonio Vilanova y Adolfo Sotelo Vázquez (eds.). Universidad de Barcelona. 261-293.
- BONET, Laureano. (2006) Edición, y notas. [Estudio preliminar de Germán Gullón]. *Peñas arriba*. de José María de Pereda. Barcelona. Galaxia Gutenberg. Círculo de lectores.
- BONET, Laureano. (2009) «Narcís Oller i José María de Pereda en diàleg: un text compartit». *Anuari Verdaguer. Revista d'Estudis Literaris del segle XIX*. 17. 29-61.

- BONET, Laureano. (2011) «Dos lenguas, dos literaturas en contacto: J. M. de Pereda y Narcis Oller». *La literatura española del siglo XIX y las literaturas europeas: Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. V Coloquio (Barcelona, 22-24 de octubre de 2008)*. Barcelona. PPU. 67-83.
- BONET, Laureano. (2015) «Un artículo olvidado de Alfredo Opisso en torno al discurso de J. M. de Pereda en la Academia Española». *Frutos de tu siembra. Silva de varias lecciones. Homenaje a Salvador García Castañeda*. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo. Centro de Estudios Montañeses. 287-329.
- BONET, Laureano. (2016) *Rafael Altamira, El realismo y la literatura contemporánea*. Universidad de Alicante.
- BOSSIS, Mireille. (1986) «Methodological Journeys through Correspondances». *Men/Women of Letters, Yale French Studies*. 71. 63-75.
- BOTREL, Jean François. (1944) «Antonio de Valbuena et la langue espagnole: critique et démagogie». *Bulletin Hispanique*. 96.2. 485-496.
- BOTREL, Jean Francois (1979) «Producción literaria y rentabilidad: el caso de Clarín». *Hommage des hispanistes français à Noel Salomon*. Barcelona. Editorial Laia. 123-133.
- BRAVO VILLASANTE, Carmen. (1970-1971a) «Polémicas en torno a Galdós en la prensa de Santander. (*La Atalaya* contra *El Atlántico* en 1893. *La Atalaya* contra *El Cantábrico* en 1901)». Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 250-251-252 (octubre 1970 a enero 1971), 694-711.
- BRAVO VILLASANTE, Carmen. (1970-1971b) «Veintiocho cartas de Galdós a Pereda». *Cuadernos Hispano-Americanos*. 200, 251 y 252. 9-51.
- BRAVO VILLASANTE, Carmen. (1975) *Cartas a Galdós*. Madrid. Turner, Hay ediciones posteriores y más fiables. Las cartas de Galdos fueron publicadas por Carmen Bravo Villasante, 1970-1971, aunque con abundantes lagunas y lecturas dudosas o discutibles.
- BUENO SÁNCHEZ, Gustavo. (1990) «Gumersindo Laverde y la Historia de la filosofía Española». *El Basilisco*. 5. 49-84.
- BURDIEL, Isabel. (2019) *Emilia Pardo Bazán*. Madrid. Taurus.
- BUSTAMANTE, Fernando. (1933) «Don Armando Palacio Valdés nos habla de Pereda». *Tradición*. Núm. 3. Santander. 1 de febrero. 58-61.
- BUSTAMANTE QUIJANO, Ramón. (1986) *José María Quijano. Vida y obra de un hidalgo emprendedor*. Santander. Nueva Montaña Quijano.

- CABRALES ARTEAGA, José Manuel. (2015) *Angel de los Ríos*. Estudio Crítico. Madrid. Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos.
- CACHO VIU, Vicente. (1962.) *La Institución libre de Enseñanza (1860-1881)*. Madrid. Rialp.
- CALLEJA, Rafael. (1901) *Cantos de la Montaña. Colección de canciones populares de la Provincia de Santander*, armonizadas por el maestro Rafael Calleja. Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Madrid.
- CAMP, Jean. (1937) *José María de Pereda. Sa vie, son œuvre et son temps*. París. Fernand Sorlot.
- CAMPO GUITÉRREZ, Simón del. (1864) «Apuntes de una cartera de viaje». *La Abeja Montañesa*. 26, 27, 28 29, 31 octubre; 4, 5, 7, 8, 9 noviembre.
- CAMPOMAR FORNIELES, Marta M. (1984) *La cuestión religiosa de la Restauración*. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo.
- CÁNOVAS SÁNCHEZ, Francisco. (2019) «XI. La vinculación de Galdós con Santander». *Benito Pérez Galdós, Vida, obra y compromiso*. Madrid. Alianza Editorial. 265-278, 467.
- CANTÁBRICO, EL. (1904) «Artes y Letras. Estrenos: Teatro Español. *La Montálvez*». 22 de abril.
- CANTÁBRICO, EL. (1929) Necrología. «Don Alfonso Ortiz de la Torre y Huidobro». 19 de junio.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo. (1998), «La cultura institucionista en Santander». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 249-271.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo. (1999) «Krausismo y neotomismo en la cultura de fin de siglo». *La cultura española en la Restauración*. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo. 417-448.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo. (2000) «Entre ‘españolismo’ y ‘extranjero’». El origen de la polémica sobre la ciencia española». *Hacia un nuevo inventario de la ciencia española. Actas de las IV Jornadas de Hispanismo Filosófico*. G. Capellán de Miguel y Xavier Agenjo Bullón (eds.). 159-172.
- CARO, Miguel Antonio y Eduardo DE HUIDOBRO (eds.). (1983) *Homenaje a Pereda*, Santander. Librería Estvdio. 75.
- CARR, Raymond. (1982) *Spain 1808-1975*. Oxford University Press.

- CASADO CIMIANO, Pedro. (2010) *Santander visto por los ilustradores del siglo XIX*. Santander. Col. La Cantabria Impresa. Vol. I, Cantabria Tradicional S. L.
- CASADO SOTO, José Luis, José Antonio SARABIA y Luis SAZATORNIL RUIZ. (1993) *La catástrofe del Machibhaco*. Santander. Autoridad Portuaria de Santander.
- CEDRÚN DE LA PEDRAJA, Gonzalo. (1877) «Remitido. Dos palabras acerca de un literato montañés». *El Aviso*, núm. 101. Santander. 30 de agosto.
- CEDRÚN DE LA PEDRAJA, Gonzalo. (1912) *La niñez de Menéndez y Pelayo*. Madrid. Victoriano Suárez.
- CENTENARIO DE CALDERÓN. BOLETÍN OFICIAL DE SU JUNTA DIRECTIVA. (1881) Núm. 9. 18 de abril. Madrid. Ayuntamiento de Madrid. 3.
- CERTAMEN LITERARIO promovido por el Excmo. Ayuntamiento de Santander en el Centenario de Calderón de la Barca. Folleto. (1881) Santander. Imprenta de J. M. Martínez.
- CHAMBERLIN, Vernon A. y Jack WEINER. (1984) «A Russian View in 1884-85 on Three Spanish Novelists: Galdós, Pardo Bazán and Pereda». *Anales Galdosianos*. 19. 111-119.
- CHARQUES GÁMEZ, Rocío. (2016) «Emilia Pardo Bazán en la prensa francesa. *Revue politique et littéraire. Revue Bleu*». *La Tribuna*. 11. 73-85.
- CÍRCULO DE BELLAS ARTES. (1892) *A Colón (1492-1892)*. Madrid. Rubiños.
- CLARKE, Anthony H. (1969) *Pereda, paisajista. El sentimiento de la naturaleza en la novela española del siglo XIX*. Santander. Institución Cultural de Cantabria.
- CLARKE, Anthony H. (1970) «El Hero y Leandro de Pereda». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. XLVI. 261-324.
- CLARKE, Anthony H. (1974) *Bibliografía perediana*. Santander. Institución Cultural de Cantabria.
- CLARKE, Anthony H. (1984) «El regreso a la tierra natal: Peñas arriba dentro de la tradición europea». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. 57. 213-269.
- CLARKE, Anthony H. (1991) «Cartas de Pereda a Laverde». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. 67. 157-270.
- CLARKE, Anthony H. (1994) «De Mistral al Ábrego: Vientos provenzales en la tierra, a la luz de una pista sugerida por Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. Vol. extra. 215-226.

- CLARKE, Anthony H. (1995) «Pereda's *Pedro Sánchez*; the Dickens Connection». *New Frontiers in Hispanic and Luso-Brazilian Scholarship. Cómo se fue el maestro. For Derek W. Lomax in Memoriam*. Lampeter. Edwing Mellen. 187-208.
- CLARKE, Anthony H. (ed.). (1997a) *Peñas arriba, cien años después. José María de Pereda. Crítica e interpretación*. Serie Estudios de Literatura y Pensamiento Hispánicos, 8. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo.
- CLARKE, Anthony H. (1997b) «Marcelo entre dos ríos: *el visto bueno* del Nansa». *Peñas arriba, cien años después: José María de Pereda. Crítica e interpretación*. Serie Estudios de Literatura y Pensamiento Hispánicos, 8. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo. 625-631.
- CLARKE, Anthony H. (2006a) «La de basnas, bueyes e intrahistoria: Pereda y Unamuno». *Siglo Diecinueve*. 12. 81-102.
- CLARKE, Anthony H. et al. (2006b) *Pereda y su mundo 1906-2006. Centenario de la muerte de Pereda. Casas del Aguila y la Parra, Santillana del Mar Cantabria. Del 19 de diciembre de 2006 al 28 de febrero de 2007*. Santander. Consejería de Cultura, Turismo y Deporte.
- CLARKE, Anthony H. (2006c) «El tiempo marca el "tempo". Pereda, Manzoni y la novela meteorológica». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXII. 39-60.
- CLARKE, Anthony H. (2007) «Tres espíritus afines y una mala hierba: Pereda y la novela europea». *2006. Recordando a Pereda*, Santander: Caja Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo. 7-15.
- CLARKE, Anthony H. (2008) «Reflexiones sobre *Peñas arriba*» (a propósito de la edición de *Peñas arriba* de Laureano Bonet)». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXIV. 263-273.
- CLARKE, Anthony H. (2009) «Pereda en busca de la novela: El papel de (Don) Marcelino». *Menéndez Pelayo y la novela del siglo XIX*. Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.). Santander. Real Sociedad Menéndez Pelayo. 193-213.
- CLARKE, Anthony H. (2012) «Pereda novelista europeo: Work in Progress». *Individuo y sociedad en la literatura del XIX*. Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (coord.). Santander. Tremontorio Ediciones. 241-244.
- CLEMESSY, Nelly. (1973) *Emilia Pardo Bazán, romancière (la critique, la théorie, la pratique)*. Paris. Centre de Recherches Hispaniques.

- CLEMESSY, Nelly. (1975) *Emilia Pardo Bazán, abogada de Europa en España*. Madrid. Fundación Universitaria Española.
- CLEMESSY, Nelly. (1979) «Une correspondance littéraire: Emilia Pardo Bazán à Narciso Oller». *Aspects des civilisations Ibériques, Amérique Latine, Espagne. Centre Interdisciplinaire d'Étude et de Recherche sur l'Expression Contemporaine*. Université de Saint-Etienne. 169-189.
- COLOMA, Luis. (1942) «Cartas de don José María de Pereda (1886-1891)». *Obras completas, XIX. Relieves y crítica*. Madrid. Razón y Fe. 79-90.
- COLONGUES KLIMT, Justo. (1890) «Por lo que valga». *El Atlántico*. 17 de abril.
- CÓRDOVA Y OÑA, Sixto (1933) «La vida en Cumbres». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 132-143.
- COSSÍO, José María de. (1951) *Gumersindo Laverde*. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. XXIV. Santander. La Moderna.
- COSSÍO, José María de. (1957) *José María de Pereda*. Antología de Escritores y artistas montañeses. XLVIII, Santander, La Moderna.
- COSSÍO, José María de. (1973a) «Amós de Escalante». *Estudios sobre escritores montañeses*. III. Santander. Institución Cultural de Cantabria. 17-82
- COSSÍO, José María de. (1973b) «Gumersindo Laverde y Ruiz». *Estudios sobre escritores montañeses*. II. Santander: Institución Cultural de Cantabria. 385-414.
- COSSÍO, José María de. (1973c) «José María de Pereda». *Estudios sobre escritores montañeses*. III. Santander. Institución Cultural de Cantabria. 85-112.
- COSSÍO, José María de. (1973d) «Pereda, epistológrafo». *Estudios sobre escritores montañeses*. III. Santander. Institución Cultural de Cantabria. 313-354.
- COSSÍO, José María de. (1973e) «Semblanza de don Gumersindo Laverde y Ruiz». *Estudios sobre escritores montañeses*, II. Santander: Institución Cultural de Cantabria. 415-427.
- COSSÍO, José María de. (1974) «Apuntes biográficos». *Obras Completas de José María Pereda*. I. Madrid. Aguilar. xiv.
- CRESPO LÓPEZ, Mario. (2016) *Biografía de Marcelino Menéndez Pelayo*. Valencia. Institució Alfons el Magnànim.
- CRESPO LÓPEZ, Mario y Jaime CUESTA SERRANO (eds.). (2012) *Obras Completas de Enrique Menéndez Pelayo*. Vol. I: Poesía-Prosa; II: Teatro. Santander: Tantín.

- CUETO ALONSO, Gerardo J. (1998) «Un paso decisivo en la industrialización minero-siderúrgica de Santander: Los Altos Hornos de Nueva Montaña». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 145-159.
- CUEVA MERINO, Julio de la. (1998) «La cultura popular de fin de siglo: espacios y manifestaciones». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 275-291.
- CUEVA MERINO, Julio de la. (1999) «Cultura y movilización en el movimiento católico de las Restauración». *La cultura española en la Restauración*. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo. 169-192.
- CUEVAS, Domingo (1903). *Antaño*. Madrid. Fortanet.
- DE CANTABRIA. LETRAS. ARTES. HISTORIA. SU VIDA ACTUAL. (1890) Santander. Imprenta y Litografía de El Atlántico.
- DELGADO, Sinesio. (1883) Octavilla. *Madrid Cómico*. Núm. 6, 1 de abril. portada.
- DELGADO VIÑAS, Carmen. (2015) «Evolución urbanística de una ciudad portuaria burguesa. (Santander, 1750-1951)». *Ería. Revista geográfica*. 219-3. Año XXXIX. 285-330.
- DEMIDOWITZ, John P. (1957) «El Conde de las Navas y los contertulios de don Juan Valera». *Revista de Literatura*. 21-22. 158.
- DENDLE, Brian J. (1968) *The Spanish Novel of Religious Thesis, 1876-1936*. Princeton University Department of Romance Languages y Castalia.
- DIARIO MONTAÑÉS, EL. (1904) «Ecos teatrales». *El Diario Montañés*. 28 de enero.
- DÍAZ LLAMA, Santiago. (1971) *La situación socio-religiosa de Santander y el Obispo Sánchez de Castro (1884-1920)*. Santander. Institución Cultural de Cantabria.
- DÍAZ LLAMA, Santiago. (1998) «La diócesis santanderina en torno al 98». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 39-53.
- DIEGO, Gerardo. (1951) *Enrique Menéndez Pelayo*. Selección y estudio. Santander. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. I.

- DOMÍNGUEZ BERRUETA, Mariano. (1901) *El carro. El miseroso*. Salamanca. Imprenta de Calatrava.
- DORCA, Tony (1996) «Un proyecto de modernidad en la España restauracionista: José del Perojo y la *Revista Contemporánea* (1875-1879)». *Siglo Diecinueve*. 2. 79-100.
- DUCHET, Claude. (1975) «Signifiante et in-signifiante: Le discours italice dans *Madame Bovary*». *La production du sens chez Flaubert* (Colloque de Cérisy). Dir. Claudine Gothot-Meisch. París.
- DUQUE Y MERINO, Demetrio. (1895) «El hidalgo de la torre de Provedadío». *Nuevo Mundo*. 14 de mayo.
- ECHANOVE GUZMÁN, Jaime. (1982) «Pereda y la familia Echanove». *Boletín de la Institución Fernán González*. 1^{er} sem. Año 61, n. 198. 29-42. <<http://hdl.handle.net/10259.4/2059>>.
- El Eco Montañés*. (1900) Necrología anónima de Francisco Mazón. Núm 30. 28 de julio. 5.
- EDDY, Nelson W. (1971) «Pardo Bazán and Pereda Criticism». *Hispanic Review*. 39. 336-345.
- EGOZCUÉ ALONSO, Joaquín. (2013) *Estudio Crítico. Gumersindo Laverde Ruiz*. Fundación Ignacio Larramendi. Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos. Madrid. Digibus.
- ELOLA GUTIÉRREZ, José de. (1897) *El Credo y la razón*. Puerto Rico. Imp. F. J. Marxuach.
- EOFF, Sherman H. (1942) «Pereda's Realism: His Style». *Studies in Honor of Frederick W. Shipley*. Washington University Studies. New Series Language and Literature. XIV. 131-157.
- ESCALANTE, Amós de. (1862) «A Manolo». *La Época*. 14 de enero.
- ESCALANTE, Amós de. (1873) «A flor de agua». *En la playa. Acuarelas*. Madrid. Tello. 203-280.
- ESCALANTE, Amós de. (1876) «La Montañesa». *La Tertulia*. núms. 1 (1 de agosto), 3 (1 de septiembre), 4 (15 de septiembre), 5 (1 de octubre), 6 (15 de octubre), 7 (1 de noviembre).
- ESCALANTE, Amós de [«Juan García»]. (1881) «Variedades. Libros sobre la mesa. *Esbozos y rasguños* por José María de Pereda». *Boletín de Comercio*. Núms. 80 y 81. 8 y 9 de abril.
- ESCALANTE, Amós de. (1893) Correspondencia de Enrique Menéndez Pelayo. D 126. Biblioteca Municipal de Santander. 6 de marzo.

- ESCALANTE, Amós de. (1895) «A José María de Pereda». *El Atlántico*. 3 de marzo.
- ESCALANTE, Amós de. (1956) «Un cuento viejo». *En la playa. Acuarelas. Obras escogidas*. II. Estudio preliminar del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Introducción bibliográfica de Helen S. Nicholson. Madrid. BAE. 184.
- ESCOBAR BONILLA, María del Prado. (2002-2003) «Estudio literario de *Alma y vida* de Pérez Galdós». *Philologica canariense*, 8-9. 87-116.
- ESPIÑA, Concha. (1933) «Pereda: todo un nombre». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 59-62.
- ESQUER TORRES, Ramón. (1962) «Las luchas del siglo XIX: El P. Blanco García y Leopoldo Alas ‘Clarín’». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*. 38. 241-255.
- ESTRADA SÁNCHEZ, Manuel. (1998) «La aventura electoral de José María de Pereda en 1871 y sus contradicciones políticas». *Libro Homenaje In Memoriam Carlos Díaz de Rementería*. Universidad de Huelva. 285-296.
- ESTRADA SÁNCHEZ, Manuel. (2006) «Luchas cainitas y perversiones electorales en la Cantabria rural a mediados del siglo XIX». *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*. 69. 81-100.
- ESTRAÑA, José. (1887) «La Excomunión». *Pacotillas* I. Santander. Imprenta de *La Voz Montañesa*.
- FERNÁNDEZ, Pura. (1995) *Eduardo López Bago y el naturalismo radical: la novela y el mercado literario en el siglo XIX*. Atlanta. Rodopi.
- FERNÁNDEZ CORDERO Y AZORÍN, Concepción. (1968) «Cartas de Pereda a José María y Sinforoso Quintanilla». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XLIV. 169-327.
- FERNÁNDEZ CORDERO Y AZORÍN, Concepción. (1969) «El regionalismo de Pereda en el género epistolar». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XLV. 205-237.
- FERNÁNDEZ CORDERO Y AZORÍN, Concepción. (1970) *La sociedad española del siglo XIX en la obra literaria de D. José María de Pereda*. Santander. Institución Cultural de Cantabria.
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ DOSAL, Felipe. (1951) *Adolfo de la Fuente*. Selección y estudio. Santander. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. XIX.
- FERNÁNDEZ LERA, Rosa y Andrés DEL REY SAYAGUÉS. (2006) *Papeles de Pereda*. Santander. Biblioteca de Menéndez Pelayo.

- FERNÁNDEZ LERA, ROSA y ANDRÉS DEL REY SAYAGUÉS, eds. (2012a) *Bibliografía de y sobre Enrique Menéndez Pelayo. De Re Bibliográfica*. 10. Santander. Biblioteca de Menéndez Pelayo.
- FERNÁNDEZ LERA, ROSA y ANDRÉS DEL REY SAYAGUÉS, eds. (2012b) *Enrique Menéndez Pelayo. Epistolario*. Santander. Biblioteca de Menéndez Pelayo.
- FERNÁNDEZ LERA, ROSA y ANDRÉS DEL REY SAYAGUÉS. (2017a) «Epistolario de Enrique de Leguina en la Biblioteca de Menéndez Pelayo». *De re bibliographica. Menéndez Pelayo y su biblioteca*. 11. Santander. Biblioteca de Menéndez Pelayo.
- FERNÁNDEZ LERA, ROSA y ANDRÉS DEL REY SAYAGUÉS. (2017b) «Pedrero ilustrador de la segunda edición de *Tipos trashumantes*. Una carta inédita de Pereda». *De re bibliographica. Menéndez Pelayo y su biblioteca*. 13. Santander. Biblioteca de Menéndez Pelayo.
- FINKENTHAL, Stanley. (1980) *El teatro de Galdós*. Madrid. Editorial Fundamentos.
- FOLENA, Gianfranco et al. (1985) *La Lettera Familiare. Quaderni di retorica e poetica del circolo filologico linguistico padovano*. 1. Padova. Liviana Ed.
- FREIRE LÓPEZ, Ana María. (1991a) *Cartas inéditas a Emilia Pardo Bazán (1868-1883)*. La Coruña. Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa. 157-158.
- FREIRE LÓPEZ, Ana María. (1991b) «Cartas inéditas de escritores españoles en la colección de autógrafos de don Antonio Romero Ortiz». *Cuadernos para la investigación de la literatura Hispánica*. 14. 99-114.
- FREIRE LÓPEZ, Ana María. (2012) «Emilia Pardo Bazán: Amores con Lázaro Galdeano. *Insolación*». Alicante. Biblioteca Virtual Cervantes.
- GAMBIA, José Manuel. (2013) «La filosofía de Menéndez Pelayo en las polémicas de la ciencia española». *Fuego y Raya*. 5. 109-144.
- GARCÍA, Genaro. (1901) *Carácter de la Conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*. México. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1956) *Alfonso Ortiz de la Torre*. Selección y estudio. *Antología de Escritores y Artistas Montañeses*, XLVI.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1979) «Galdós en Santander. Sus colaboraciones en *La Tertulia* y en la *Revista Cántabro-Asturiana* (1876-1878). *Anales Galdosianos*. XIV. 126-129.

- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1985a) «De 'figurón' a 'hombre de pro': El montañés en la literatura de los siglos XVIII y XIX». *Studies in Eighteenth Century Literature and Romanticism in Honor of John Clarkson Dowling*. Newark, Delaware. Juan de la Cuesta. 89-98.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1985b) «Pereda y el costumbrismo montañés». *Nueve lecciones sobre Pereda*. Santander. Institución Cultural de Cantabria. 11-22.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1987) *Antología de escritores costumbristas campurrianos*. Santander. Ediciones Tantín.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1988) «El Entremés de la Buena Gloria de Pedro García Diego. Estudio y edición». *Anales de Literatura Española*. 6. 273-208.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1991) *Los montañeses pintados por sí mismos. Un panorama del costumbrismo en Cantabria*. Santander. Pronillo.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1995) «Pereda y Hannah Lynch o la pequeña historia de un malentendido». *Siglo Diecinueve (Literatura hispánica)*. 1. 139-157.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1997a) «Catorce Cartas de Pereda a Enrique Menéndez Pelayo (1895- 1905)». *Romance Quarterly*. 44.2 (Spring). 107-118.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1997b) «El teatro de Emilia Pardo Bazán. Estado de la cuestión». *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán in memoriam Maurice Hemingway*. José Manuel González Herrán (ed.). Santiago. Universidad de Santiago de Compostela. 114-145.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1998) «Enrique Menéndez Pelayo y *Las noblezas de Don Juan*». *Don Juan Tenorio en la España del siglo XX*. Ana Sofía Pérez Bustamante (ed.). Madrid. Cátedra. 39-53.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1999) «De Tetuán a París: Pereda y las guerras coloniales». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXV. 243-272.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2000) «El Santander de 1887 visto por Sinesio Delgado y siete cartas de Pereda». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXVI. 539-561.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2003) «Amós de Escalante, Pereda y la cultura literaria de Cantabria en el siglo XIX». *En el Centenario de Amós de Escalante*. Manuel Suárez Cortina (ed.). Santander. Sociedad Menéndez Pelayo. 55-81.

- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2004a) *Del periodismo al costumbrismo. La obra juvenil de Pereda (1854-1878)*. Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2004b) «*La fortuna en un sombrero (1854)*, una comedia inédita de José María de Pereda». *Hecho teatral*. No. 4. 27-78.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2005a) «El cervantismo» de Pereda y la crítica esotérica del Quijote». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXI. 119-173.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2005b) «Terpsícore montañesa. Bailes y bailarines en el Santander decimonónico». *Anales de Literatura Española*. 18. 181-199.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2006) «Regionalismo y resquemores: Pereda y la Fiesta Montañesa». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXI. 107-120.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2008a) «Emilia Pardo Bazán: su teatro, sus críticos, su público». *Emilia Pardo Bazán y las artes del espectáculo. Actas del IV Simposio E. Pardo Bazán*. José Manuel González Herrán, Cristina Patiño Eirin y Ermitas Penas Varela (eds.). A Coruña. Real Academia Galega y Fundación Caixa Galega. 133-154.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2008b) Edición, estudio y notas de *Pachín González* de José María de Pereda. *Obras Completas*. IX. Santander. Ediciones Tantín. 21-112.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2008c) «Las tertulias del Santander de antaño». *Insula: revista de letras y ciencias humanas*. 738. 8-10.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2009) «Cara y cruz de un novelista: Las cartas de Pereda». *Recordando a Pereda*. Santander. Real Sociedad Menéndez Pelayo. 33-43.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2012) «Leídos y escritos: Epístolas y discursos de payos y otra gente rústica». *Individuo y sociedad en la literatura del XIX*. Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.). Santander. Tremontorio Ediciones. 187-192.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2014) Edición, estudio y notas de *Pachín González* de José María de Pereda. Santander. Ediciones Tantín.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2017) «Pereda traducido: la traducción francesa de *Sotileza*». *La literatura española en Europa 1850-1914*. Ana

- María Freire y Ana Isabel Ballesteros Dorado (eds.). Madrid. UNED. 215-231.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2017-2018) «El costumbrista montañés Domingo Cuevas (1830-1907) y su relación con Pereda: cartas, textos y un prólogo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XLIII-XLIV. 131-175.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2018a) *Antaño y otros relatos comillanos del siglo XIX. Domingo Cuevas*. Editorial Librucos. Torrelavega.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2018b) «Menéndez Pelayo e Italia (1856-1912)». *Menéndez Pelayo y las literaturas europeas*. Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez (eds.). Santander. Sociedad Menéndez Pelayo. Colección Rosa de los Vientos. 67-124.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2019a) «‘Desde La Cerrada.’ Reminiscencias del viejo Santander que conoció Ambrosio Menjón». *El cuento español del siglo XIX. Anales de Literatura Española*. María de los Ángeles Ayala (coord.). Núm. 31. Serie monográfica 20. 105-116.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2019b) «La presencia de Pereda en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XCV. 299-356.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2020a) «Don Angel de los Ríos, visto en sus cartas y en otros papeles». *Altamira*. XCI. 157-208.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2020b) «Enemistades más que literarias. Pardo Bazán, Pereda y Lázaro Galdiano». *Cartas Hispánicas*. 11. 1-46.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2020c) «Entre escajos y flores. Pereda, lector de Galdós». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XCVI-2. 225-265.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2021) «Doña Emilia, don Narciso e Isaac Pavlovsky: su amistad vista a través de las *Memories* de Oller y de unas cartas». *Emilia Pardo Bazán hoy: la mujer y la escritora. Archiletras Científica*. 5.2. 115-128.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador y Rosa MATORRAS. (1998) «Veintiséis cartas de Pereda a Alfonso Ortiz de la Torre (1890-1905)». *Altamira*. LIII. 55-86.
- GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco. (1977-1978) «José María de Pereda y el dialecto montañés». *Archivum*. XXVII -XXVIII. 453-484.
- GARCÍA-LOMAS, Adriano. (1922) *Estudio del dialecto popular montañés: Fonética, etimologías y glosario de voces (Apuntes para un libro)*. San Sebastián. Nueva editorial.

- GARRIDO MARTÍN, Aurora. (1998) «La política en el Santander fin de siglo». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 91-103.
- GAVICA, J. Angel. (1877a) «Un libro más». *El Aviso*. 9 de agosto.
- GAVICA, J. Angel. (1877b) «A un sabihondo». *El Aviso*. 21 de agosto.
- GAVICA, J. Angel. (1877c) «Comunicado». *El Aviso*. 31 de agosto.
- GAVICA, J. Angel. (1877d) «Comunicado». *El Aviso*. 5 de septiembre.
- GAVICA, J. Angel. (1877e) «Comunicado». *El Aviso*. 12 de septiembre.
- GIFRA-ADROHER, Pere y Jacqueline HURTLEY. (2018) *Hannah Lynch and Spain. Collected Journalism of an Irish New Woman, 1832-1903*. Venezia. Edizioni Ca' Foscari.
- GIL OSSORIO Y SÁNCHEZ, R. [José María Quintanilla]. (1888) «Crítica literaria. La última novela de Pereda». *La Revista de España*. 29 de febrero.
- GÓMEZ, Francisco Javier. (2012) «Menéndez Pelayo y su intervención en la política española». *Mar Océano*. 31. 31-40.
- GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo [«Andrenio»]. «Crónica literaria. Don José María de Pereda», *La España Moderna*. Núm. 208. Abril 1906. 162-175.
- GÓMEZ-SANTOS, Marino. (1971) *Vida de Gregorio Marañón*. Madrid. Taurus.
- GONZÁLEZ CAÑIBANO, Modesto. «La guerra de Cuba: el fin de los mitos». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 191-219.
- GONZÁLEZ FUENTES, Juan Antonio. (1998) «La creación literaria de las élites en el Santander de finales del XIX , o la resistencia estética como reacción: algunos rasgos caracterizadores». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 535-547.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1981a) «A propósito de unas cartas de José María de Pereda a José Yxart». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LVII. 397-403.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1981b) «Pereda y Galdós en Santiago de Compostela en mayo de 1885». *Cuadernos de Estudios Gallegos*. 32. núm. 96-97. 499-511.

- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1981c) «Sobre la elaboración de *La Montálvez* de Pereda: texto inédito de la primera redacción de dos de sus capítulos». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LVII. 219-252.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1981d) «*Sotileza y Peñas arriba*: su significado en el conjunto de la obra de José María de Pereda». *Homenaje a Ignacio Aguilera y Santiago*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1981: 143-156.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1983a) «Emilia Pardo Bazán y José María de Pereda: algunas cartas inéditas». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LIX. 259-287.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1983b) *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*. Santander. Ediciones de la librería Estvdio. Pronillo.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1985) «Pereda y el fin de siglo. Entre Modernismo y 98». *Nueve lecciones sobre Pereda*. Santander. Institución Cultural de Cantabria. 223-259.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1987) «Una reseña olvidada de *Su único hijo* de Clarín». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXIII. 353-363.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1988) «Un nihilista ruso en la España de la Restauración (Isaac Pavlovsky y sus relaciones con Galdós, Oller, Pereda)». *Anales Galdosianos*. 23. 83-105.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1991) «Un drama nuevo en San Peterburgo en 1895». *Romance Quarterly*. XXXVIII. 75-83.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1992) «Pereda y la novela regional». *Ínsula*. 547-548 (julio-agosto). 35-36.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1999) «Los preludios de una Inso-lación (junio de 1887-marzo de 1889)». *A Further Range. Studies in Modern Spanish Literature from Galdós to Unamuno*. In *Memoriam Maurice Hemingway*. Ed. Anthony H. Clarke. Exeter University Press.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (2006) «Los libros barceloneses de José María de Pereda». *Barcelona y los libros. Los libros de Barcelona*. Monográfico 7 de *Barcelona Metròpolis Mediterrànea*. Barcelona. Ayuntamiento. 35-44.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (2012) «Marcelino Menéndez Pelayo y el regionalismo literario montañés». *Monteagudo*, 3ª. época. 17. 73-84.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (2016) *Erase un muchacho... y otros estudios peredianos (1976-2016)*. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo. 357-370.

- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (2018) «Doña Emilia y Don Benito: un diálogo de novelistas». *Entresiglos: del siglo XVIII al XIX. Estudios en homenaje al profesor Juan Oleza. Anejos de Diablotexto digital* 3. Javier Lluch Prats (ed.). Universidad de Valencia. 79-92. <<https://www.uv.es/diabltxd/Anejos3.pdf>>.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel y Benito MADARIAGA (eds.). (1985) *Pachín González*, de José María de Pereda. Santander: Ayuntamiento.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel y José Ramón SAIZ VIADERO. (1997) Edición, introducción, notas y apéndice de *Desde la Montaña* de Emilia Pardo Bazán. Santander. Ediciones Tantín.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel y D. THION SORIANO-MOLLÁ. (2000) «Tres cartas de José María de Pereda a Isaac Pavlovsky». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXVI. 563-571.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel. (1950) «Cartas de don José María de Pereda a D. Mariano Catalina». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXVI. 1. 6-23.
- GONZÁLEZ DE RIANCHO, Aurelio. (2004) «Ramón de la Sota y Lastra (1832-1913): un santanderino, el primer laringólogo español». *Altamira*. 64. 161-170.
- GUASTAVINO, Guillermo. (1968) «Pereda y *La Montálvez* (drama)». *Revista de Literatura*. XXXIV. 67-68.
- GUEREÑA, Jean-Louis. (2004) «La producción de impresos eróticos en España en la primera mitad del siglo XIX». *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: Homenaje a Jean Francois Botrel. Coloquio Internacional Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo*. Bordeaux. Université Michel de Montaigne. 31-42.
- GUERRERO GASULL, Carmen. (1965) «Un epistolario inédito de J. M. de Pereda. Colección de ciento dos cartas». Tesis de licenciatura [inédita] dirigida por el catedrático José Manuel Blecuá. Universidad de Barcelona. Manuscrito 1748 de la Biblioteca Central de Barcelona.
- GULLÓN, Germán. (2012) Prólogo. *Viajes de un desmemoriado* de Benito Pérez Galdós. Edición crítica de Jaime Alexandre. Madrid. Evohé.
- GULLÓN, Ricardo. (1944) *Vida de Pereda*. Madrid. Editora Nacional.
- GULLÓN, Ricardo. (1950) Introducción y estudio. *Ramón de Solano y Polanco*. Santander. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. VII.

- GULLÓN, Ricardo. (1990) «Prólogo». *Cuarenta cartas inéditas a Manuel Polo y Peyrolón*. Edición de María Luisa Lanzuela Corella. Santander. Fundación Marcelino Botín.
- GUTIÉRREZ CALDERÓN, J. M. (1935) *Santander fin de siglo*. Santander. Ed. Literarias montañesas.
- GUTIÉRREZ DÍAZ, Francisco. (1997) «Pereda, Sierra y Chapí: la versión teatral de *Blasones y talegas*». *Altamira*. 71. 61-106.
- GUTIÉRREZ DÍAZ, Francisco. (2004) «Faustino Díaz Gaviño y su revista ‘Viaje alrededor de Santander en 25 minutos’». *Altamira*. 66. 7-66.
- GUTIÉRREZ DÍAZ, Francisco. (2006) «Mariano Pedrero, el ilustrador de Cantabria». Santander: Centro de Estudios Montañeses.
- GUTIÉRREZ DÍAZ, Francisco. (2013) *Paul Ratier, un artista con leyenda*. Santander. Centro de Estudios Montañeses.
- GUTIÉRREZ DÍAZ, Francisco. (2014) «La paella de Gomar y el brindis de Pombo». *El Diario Montañés*. 3 de mayo.
- GUTIÉRREZ DÍAZ, Francisco. (2018) «La verdadera filiación del pintor Fernando Pérez del Camino». *Altamira*. 89. 483-484.
- GUTIÉRREZ IGLESIAS, Felisa y FRANCISCO SAEZ PICAZO. (1980). *Catálogo de los manuscritos de la sección de fondos modernos de la biblioteca de Menéndez Pelayo*. Santander. Diputación Provincial. Institución Cultural de Cantabria.
- GUTIÉRREZ LÁZARO, Cecilia y ANTONIO SANTOVEÑA SETIÉN. (1998) «El movimiento obrero». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 127-141.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2002) *El reducto costumbrista como eje vertebrador de la primera narrativa de Pereda (1876-1882)*. Santander. Ayuntamiento de Santander. Colección Pronillo. 20.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2005) Estudio preliminar de *Demetrio Duque y Merino, Antología de cuentos*. Santander. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2006) «Las necrologías de Pereda en 1906». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXII. 121-149.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2011a) «Ecos de Daudet en Pereda». *Actas del V Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX*. Barcelona. 225-234.

- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2011b) «José María de Pereda y la construcción de una imagen». *Insula*. Abril. 13-15.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2019) «José María de Pereda y sus obras ilustradas». *Historia de literatura ilustrada española del siglo XIX*. (Raquel Gutiérrez Sebastián, José María Ferri Coll y Borja Rodríguez Gutiérrez, eds.). Santander. Universidad de Cantabria/Universidad Santiago de Compostela. 50-66.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel y Teodoro PASTOR MARTÍNEZ. (2003) *La actividad dramática de Duque y Merino y el teatro en Reinosa a finales del XIX. Cuadernos de Campóo*. Vol. 9, Núm. 34. 28-34.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel y Borja RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ (eds.). (2015) *Frutos de tu siembra. Silva de varias lecciones. Homenaje a Salvador García Castañeda*. Santander. Tremontorio Ediciones. 269-307.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel, José María FERRI COLL y Borja RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ (eds.). (2019) *Historia de la literatura ilustrada española del siglo XIX*. Santander. Editorial Universidad Cantabria/Universidad Santiago de Compostela.
- HERALDO DE MADRID. (1891) «Crónica literaria». Martes 1 de Diciembre.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena. (1998) «Santander, la Compañía Transatlántica y el Marqués de Comillas». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 363-383.
- HERNÁNDEZ URCULO, Zaida. (2017) *Historia coral de Santander, Crisálidas (1865-1900)*. Santander. Centro de Estudios Montañeses.
- HERRÁN CEBALLOS, Jesús (ed.). (2019) *Galdós santanderino*. Ayuntamiento de Santander.
- HERRÁN VALDIVIELSO, José María. (1878) *Datos históricos del Papado. Contestación a un Anátoma del Obispo y tres canónigos de Santander y a El Siglo Futuro*. Santander. Imp. de Solinís y Cimiano, 1878.
- HIBBS-LISSOGRES, Solange. (1995) *Iglesia, Prensa y Sociedad en España (1868-1904)*. Alicante. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- HIBBS-LISSOGRES, Solange. (1996) *Presse et pouvoir en Espagne (1868-1871)*. Paul Aubert y Jean Michel Desvois (eds.). Madrid. Casa de Velázquez.
- HIBBS-LISSOGRES, Solange. (2004) «El Padre Antonio María Claret (1807-1870): un pionero de las bibliotecas populares en el siglo XIX». *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: Homenaje a Jean*

- Francois Botrel. Coloquio Internacional Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo.* 209-222.
- HOBBSBAWM, Eric J. y Terence O. RANGER. (1983) *The Invention of Tradition*. Past and Present Publications. Cambridge University Press.
- HOYO APARICIO, Andrés. (2003) «Los Escalante y la burguesía santanderina del siglo XIX». *Centenario de Amós de Escalante*. Edición de Manuel Suárez Cortina. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo. 25-54.
- HOYOS SÁINZ, Luis de. (1952) *Angel de los Ríos. Selección y estudio*. Santander. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. XXVII.
- HUIDOBRO, Eduardo. (1895) *A la buena de Dios. Cuentos apuntes y otras menudencias*. Madrid. Imp. de la Rev. de Navegación y Comercio.
- HUIDOBRO, Eduardo. (1906) *Apuntes para la biografía de Pereda. Número especial El Diario Montañés*. Santander.
- HUIDOBRO, Eduardo. (1907) «Domingo Cuevas». *El Diario Montañés*, 4 de septiembre.
- HUIDOBRO, Eduardo. (1919) «Como recuerdo». *El Diario Montañés*. 1 de marzo.
- HUIDOBRO, Eduardo. (1925) «Muerte sentida». *El Diario Montañés*. 9 de octubre.
- HUIDOBRO, Eduardo. (1933) «Pereda en el género epistolar». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 8-30.
- HURTLEY, Jacqueline y Pere GIFRA-ADROHER (eds.). (2018) *Hannah Lynch and Spain. Collected Journalism of an Irish Woman. 1892-1903*. Venezia. Edizioni Ca Foscari.
- INMAN FOX, Edward. (1966) «Galdós' *Electra*: A Detailed Study of its Historical Significance and the Polemic between Martínez Ruiz and Maeztu». *Anales Galdosianos*. año I. 130-141.
- ISAACS, Jorge. (1899) *María*. Madrid. Casa Editorial Matheu.
- JADO CANALES, Angel. (1957) «Fundación del Banco de Santander, en el año 1857». *Aportación al estudio de la historia económica de la Montaña*. Santander. Centro de Estudios Montañeses. 613-647.
- LANZUELA CORELLA, María Luisa (ed.). (1990) *Cuarenta cartas inéditas a Manuel Polo y Peyrolón*. Santander. Fundación Marcelino Botín. («Prólogo» de Ricardo Gullón),

- LARRA, Mariano José de. (1886) «De las traducciones». *Obras Completas*. Barcelona. Montaner y Simón.
- LAVERDE, Gumersindo. (1868) *Ensayos Críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública*. Lugo. Soto Freire.
- LÁZARO SERRANO, Jesús. (1985) *Historia y antología de escritores de Cantabria*. Santander. Pronillo.
- LÁZARO SERRANO, Jesús. (2006) *Literatura cántabra*. Santander. Valnera.
- LE BOUILL, Jean. (1976) «El propietario ilustrado o patriarca en la obra de Pereda. Un ejemplo de las relaciones entre contexto histórico y ficción literaria en la segunda mitad del siglo XIX». *La cuestión agraria en la España contemporánea*. Madrid. Edicusa. 311-328.
- LE BOUILL, Jean. (1979) «Recherches sur les relations entre texte et contexte dans la deuxième moitié du XIXe siècle: le village dans l'oeuvre de Pereda». *Texte et contexte, XVe Congrès de la Société des Hispanistes français*. Limoges. Trames. Numéro spécial. 257-268.
- LE BOUILL, Jean. (1983) «Les tableaux de mœurs et les romans ruraux de José María de Pereda. (Recherches sur les relations entre le littéraire et le social dans l'Espagne de la seconde moitié du XIX siècle». *Feuillets*. 5. Université de Fribourg. 83-89. [Resumen de la tesis del mismo título, LE BOUILL, 1980]
- LEGÍSIMA, P. Juan R. de. (1933) «El hidalgo cristiano. Ideas religiosas de Pereda». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 122-131.
- LIMOSNA. *A LOS AFLIGIDOS POR LA CATÁSTROFE QUE ENLUTÓ LA CIUDAD DE PALMA DE MALLORCA EL DÍA XXV NOVIEMBRE MDCCCXC. ÁLBUM COMPUESTO POR LOS PRINCIPALES ESCRITORES Y ARTISTAS ESPAÑOLES*. (1896) Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.
- LISSORGUES, Yvan. (1988) «El «naturalismo radical»: Eduardo López Bago (y Alejandro Sawa)». *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*. coord. por Yvan Lissorgues. Barcelona. Anthropos. 237-256. <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcrv128>>.
- LISSORGUES, Yvan. (1989) *Clarín político I y II*. Barcelona. Lumen.
- LITVAK, Lily. (1977) «La idea de la decadencia en la crítica antimodernista en España (1886-1919)». *Hispanic Review*. XLV. 397-412.
- LLANO, Manuel. (1935) *Retablo Infantil*. Santander. Talleres Tipográficos Santa Lucía 7.

- LLANO DÍAZ, Ángel. (2012) *La enseñanza primaria en Cantabria. Dictadura de Primo de Rivera y Segunda República (1923-1936)*. Tesis doctoral. Universidad de Cantabria. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea.
- LLOVERA, Anna. (2013) «Epistolari entre Narcís Oller i Isaac Pavlovsky, 1885-1923. Extrets». *De Realisme. Aproximacions i testimonis*. Josep M. Domingo & Anna Llovera (eds.). Lleida. Punctum. 345-404.
- LOMBA Y PEDRAJA, José Ramón. (1922) «D. Enrique Menéndez Pelayo. El poeta y su obra (Algo a modo de crítica)». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. IV. 3. 193-222.
- LÓPEZ, Mariano. (1978) «El fin de siglo y los escritores de la Restauración». *Nueva Revista de Filología Hispánica*. XXVII. 258-275.
- LÓPEZ, Mariano. (1979) «Los escritores de la Restauración y las polémicas literarias del siglo XIX en España». *Bulletin Hispanique*. 81-82. 51-74.
- LÓPEZ FORCÉN, Gloria. (2000) «A propósito de un fracaso galdosiano: *Los Condenados*». *Especulo. Revista de Estudios Literarios*. Universidad Complutense. Núm. 16. <<https://webs.ucm.es/info/especulo/numero16/galdos.html>>
- LÓPEZ YEPES, José I. (2001) *Francisco Rivas Moreno, la obra de un reformador social, 1851-1925*. Santander. Obra Social y Cultural de Caja Cantabria.
- LORENZO, Javier de. (1962) *Polémicas de la Ciencia Española. ¿Qué se debe a España?*. Memoria de Grado presentada en abril de 1962 en la Escuela Oficial de Periodismo, Madrid. <<http://javierdelorenzo.Files.wordpress.com/2015/03/polémica.pdf>>.
- LLOPIS, Rodolfo. (1954) «Sanz del Río y el krausismo». *El Basilisco. Revista de materialismo filosófico*. 9. Noviembre-Diciembre. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura. París. 50-56.
- LYNCH, Hannah. (1895) «Un maestro español en su casa». *The Speaker*. Londres. Trad. *El Atlántico* (26 de noviembre), y *El Eco Montañés* de La Habana.
- LYNCH, Hannah. (1898) *Toledo. The Story of an Old Spanish Capital*. Illustrated by Helen M. James. Mediaeval Town Series. London. J. M. Dent, & Co.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. (1972) *Augusto González de Linares y el estudio del mar*. Santander. Institución Cultural de Cantabria.

- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. (1979) *Pérez Galdós. Biografía santanderina*. Santander. Institución Cultural de Cantabria.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. (1984) *Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós: ejemplo de una amistad*. Santander. Librería Estvdio.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. (1986) *Crónica del regionalismo en Cantabria*. Prólogo de Pablo Lucas Verdú. Santander. Tantín.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. (1988) «Augusto González de Linares y el grupo institucionista de Santander». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. 6 de noviembre. 102-103.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. (1989) *Antología del Regionalismo en Cantabria*. Selección, estudio y reseñas biográficas. Santander. Gráficas Resma.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. (1991) *Pereda. Biografía de un novelista*. Santander. Ediciones de la Librería Estvdio.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. (1998) «‘Siempre Benéfica’. Santander y el 98». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria. Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 573-591.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. (2012) Estudio preliminar. *Marcelino Menéndez Pelayo. Cartas de viaje a José María de Pereda desde Portugal e Italia en el 100 aniversario de su muerte*. Santander. Parlamento de Cantabria.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito y Celia VALBUENA DE MADARIAGA. (1979) *Pérez Galdós. Biografía santanderina*. Prólogo de Joaquín Casaldueiro. Santander. Institución Cultural de Cantabria.
- MADRAZO, Enrique Diego. (1904) «Homenaje a Pereda». *El Cantábrico*, 14 de mayo.
- MAINER, José Carlos. (1975) *La edad de plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso cultural*. 2a. ed. Madrid. Ediciones Cátedra.
- MAINER, José Carlos. (2002) «Notas sobre el regionalismo literario en la Restauración: el marco político e intelectual de un dilema». *Entre dos siglos: literatura y aragonesismo*. J. C. Mainer y J. M. Enguita (eds.). Zaragoza. Institución Fernando el Católico. 7-28.
- MARAÑÓN, Gregorio. (1966) *Obras Completas*. IX. Madrid. Espasa-Calpe. 10 vols.
- MARTÍNEZ CEREZO, Antonio. (2015) «Angel de los Ríos, ‘el Sordo de Proaño’». *Altamira*, LXXXVI. 105-130.

- MASPOCH, Mónica. (2008) *Galeria d'autors: ruta del modernisme*. Barcelona. Institut del Paisatge Urbà i la Qualitat de Vida.
- MATORRAS, Rosa. (2005) «*Musa del Septentrion*» a caballo entre dos estéticas. Tesis doctoral. The Ohio State University.
- MAURA, Antonio. (1896) *Limosna. A los afligidos por la catástrofe que enlutó la ciudad de Palma de Mallorca el día XXV Noviembre MDCCCXC. Album compuesto por los principales escritores y artistas españoles*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- MAYORAL, Marina. (1989) «Cartas de Emilia Pardo Bazán a Narcís Oller». *Homenaje al Profesor Antonio Gallego Morell*. Universidad de Granada. 389-410.
- MAZA SOLANO, Tomás. (1931) «La Sociedad de Bibliófilos Cántabros que intentó formar Menéndez Pelayo. Apuntes para su historia y fundamentos de un nuevo proyecto». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Homenaje a D. Miguel Artigas*. Vol. II. 146-188.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (1890a) «Adolfo de la Fuente». *De Cantabria. Letras. Artes. Historia. Su vida actual*. Santander. Imprenta y Litografía de *El Atlántico*. 67-68.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (1890b) «Amós de Escalante (Juan García)». *De Cantabria. Letras. Artes. Historia. Su vida actual*. Santander. Imprenta y Litografía de *El Atlántico*. 15-17.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (1890c) «Angel de los Ríos y Ríos». *De Cantabria. Letras. Artes. Historia. Su vida actual*. Santander. Imprenta y Litografía de *El Atlántico*. 129-130.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (1900) *Cuentos y trazos*. Madrid. Biblioteca Patria.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (1906) *Apuntes para la biografía de Pereda. Número especial El Diario Montañés*. Santander.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (1918) «En memoria de dos amigos». *El Diario Montañés*. 14 de marzo.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (1922) *Memorias de uno a quien no sucedió nada*. Santander. Librería Nacional y Extranjera.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (1983) *Memorias de uno a quien no sucedió nada*. Santander. Librería Estvdio.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (2012) *Obras Completas de Enrique Menéndez Pelayo*. Vols. I y II. Mario Crespo López y Jaime Cuesta Serrano (eds.). Santander. Tantín.

- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. (2015) *Obras Completas de Enrique Menéndez Pelayo*. Vol. III. Mario Crespo López (ed.). Santander. Tantín.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1876a) *Estudios críticos sobre escritores montañeses. Trueba y Cosío*. Santander. Álbum de El Aviso.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1876b) «Letras y Literatos Portugueses. I.». *La Tertulia*. núm. 8. 225-233.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1876c) «Letras y Literatos Portugueses. II.». *La Tertulia*. núm. 9. 257-266.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1876d) *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española, por..., con un prólogo de D. Gumersindo Laverde Ruiz*. Madrid. Imprenta Central.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1877a) «Españoles en Italia. I.» *La Tertulia*. núm. 15. 449-456.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1877b) «Cartas de Roma. II.» *La Tertulia*. núm.16. 481-486.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1877c) «Cartas de Italia. III.» *La Tertulia*. núm. 18. 545-554.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1877d) «Cartas de Italia. IV.» *La Tertulia*. núm. 20. 632-638.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1877e) «Cartas de Italia. V.» *La Tertulia*. núm. 22. 673-682.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1877f) «Sección Bibliográfica. *Tipos tras-humantes*». *Revista Cántabro-Asturiana*. núm. 2. 15 de agosto. 60-63
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1882) «Letras y Literatos Portugueses. I.». *Revista de Madrid*. 20-29.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1896) Prólogo a las *Obras Completas de José María de Pereda*. Tomo I. Madrid: Tello. LIV-LXV.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1941) «Casimiro del Collado». *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, VI. Santander. Aldus.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1953) *La ciencia española* (edición de Enrique Sánchez Reyes). Santander. CSIC. 3 vols.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1982-1991) *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*. Edición al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo; advertencia preliminar del Excmo. Sr. D. Pedro Sáinz Rodríguez. Madrid. Fundación Universitaria Española.

- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (2006) «Discurso en la inauguración del monumento a Don José María de Pereda en Santander». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXII. 19-23.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. (1933) «Un inédito de Pereda. Observaciones sobre el lenguaje popular de la Montaña». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 144-155.
- MILLER, Stephen (1988) «Madrid y la problemática regionalista en Pereda y Galdós». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXIV. 223-251.
- MIRALLES, Enrique. (1985) *Cartas a Victor Balaguer*. Barcelona. Puvill. 400-401.
- MIRALLES, Enrique. (2006a) «‘Cartas cantan’: Los usos epistolares en la obra de Pereda». *Siglo Diecinueve*. 12. 33-52.
- MIRALLES, Enrique. (2006b) «Simpatías y antipatías literarias de Pereda». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXII. 183-208.
- MONGUIÓ, Luis. (1951) «Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX». *Revista Hispánica Moderna*. 17. 1/4. 111-127.
- MONTERO, José. (1917) *El Solitario de Proaño*. Santander. Imprenta Provincial.
- MONTERO, José. (1919) *Pereda. Glosas y comentarios de la vida y de los libros del Ingenioso Hidalgo montañés*. Madrid. Suc. de Hernando.
- MONTERO ALONSO, José. (1952) Introducción y estudio. *Vicente de Pereda*. Santander. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. XXVIII.
- MONTERO ALONSO, José. (1954) Introducción y estudio. *Jesús de Monasterio*. Santander. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. XL.
- MONTESINO GONZÁLEZ, Antonio. (1986) *Literatura satirico-burlesca*. Santander. Tantín.
- MONTESINO GONZÁLEZ, Antonio (ed.). (1995a) *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Continuidades, Cambios y Procesos Adaptativos*. Santander. Universidad de Cantabria.
- MONTESINO GONZÁLEZ, Antonio. (1995b) «La comunidad imaginada. ‘Etnicidad’, ‘sociedad tradicional’ y actual invención de la tradición en Cantabria». *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Continuidades, Cambios y Procesos Adaptativos*. Antonio Montesino González (ed.). Santander. Universidad de Cantabria. 13-90.
- MONTESINOS, José F. (1965) *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*. Madrid. Castalia. 2ª edición.

- MONTESINOS, José F. (1969) *Pereda o la novela idilio*. Madrid. Castalia.
- MOREL-FATIO, Alfred. (1914) «Boris de Tannenberg». *Bulletin Hispanique*. 16.3. 398-401.
- NÁRDIZ, Francisco de. (1950) Introducción y estudio. *Adolfo de Aguirre*. Santander. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. IX.
- NAVARRO MARTÍNEZ, Francisco. (2002) *Luis Alfonso. Novela y Crítica (Silueta de un autor olvidado)*. Tesis inédita dirigida por Laureano Bonet. Universitat de Barcelona.
- NICHOLSON, Helen S. (1934) *Un poeta montañés: Amós de Escalante*. Tesis doctoral. Stanford University.
- NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar. (1886) *Estado de las aspiraciones del regionalismo en Galicia, país vascongado y Cataluña*. Discurso leído ... en el Ateneo Científico y Literario de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras. Madrid. Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra.
- OLARAN, Ricardo. (1879) «Carta abierta». *El Aviso*. Año 8, núm. 12. Santander. 28 de enero.
- OLLER, Narcís. (1890-1892) *La febre d'or : novela de costums del nostre temps*. Barcelona. La Il·lustració Catalana. 3 vols.
- OLLER, Narcís. (1965) *La societat catalana de la Restauració*. Prólogo de Sergio Beser. Barcelona. Edicions 62.
- OLLER, Narcís. (2014) *Memòries literàries. Història dels meus llibres*. Prólogo d'Enric Cassany. Valls. Cossetània Editions. Biblioteca Narcís Oller.
- ORTEGA, Soledad. (1964) *Cartas a Galdós*. Madrid. Revista de Occidente.
- ORTEGA MUNILLA, José. (1919) «Pereda. Glosas y comentarios de la vida y de los libros del Ingenioso Hidalgo montañés». *Nuevo Mundo*. 20 de Junio.
- ORTEGA MUNILLA, José. (1921) «Homenaje a un montañés ilustre. El cónsul de Polanco». *La Montaña*. La Habana. 14. 20 de Mayo. Publicado anteriormente en *ABC* [sin fechas. Necrología].
- ORTIZ DE LA TORRE, Alfonso. (1890) «Jesús Monasterio». *De Cantabria. Letras. Artes. Historia. Su vida actual*. Santander. Imprenta y Litografía de *El Atlántico*. 43-46.
- ORTIZ DE LA TORRE, Alfonso. (1906) «La geografía perediana». [Fotografía de Pereda «al ingresar en la Academia Española»]. *Apuntes para la biografía de Pereda. Número especial El Diario Montañés*. Santander. 29-30.

- ORTIZ DE LA TORRE, Alfonso. (1921) «Enrique Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. III. núm. 4. 169-188.
- OSSORIO Y BERNARD, Manuel. (1903) *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*. Madrid. J. Palacios.
- OUTZEN, Gerda. (1936) *El dinamismo en la obra de Pereda*. Traducción del alemán de María Fernanda de Pereda y Torres Quevedo. Santander. Imprenta de M. Martínez.
- OZCÁRIZ, Víctor. (1877) «Comunicado». Sr. Director de *La Voz Montañesa*. 5 de septiembre.
- PALACIO VALDÉS, Armando. (1933) «Pereda. Recuerdos». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 5-7.
- PARDO BAZÁN, Emilia. (1883). *La cuestión palpitante*. Madrid. Imprenta Central.
- PARDO BAZÁN, Emilia. (1884), «Pedro Sánchez,» *El Imparcial*. 31 de mayo de 1884; *Polémicas y Estudios Literarios*, 6, 1891. 17-23.
- PARDO BAZÁN, Emilia. (1891) *Polémicas y Estudios Literarios*. Obras Completas. VI. Madrid. Administración.
- PARDO BAZÁN, Emilia. (1895) *Por la España pintoresca. Viajes*. Colección Diamante. Barcelona. Antonio López.
- PARDO BAZÁN, Emilia. (1973) «Introducción autobiográfica». *Los pazos de Ulloa. Obras completas III*. Madrid. Aguilar. 698-732.
- PARDO BAZÁN, Emilia. (1997) *Desde la Montaña*. Edición, introducción, notas y apéndice de José Manuel González Herrán y José Ramón Saiz Viadero. Santander. Ediciones Tantín.
- PARREÑO, I. y J. M. HERNÁNDEZ. (2013) Edición, prólogo y notas. «Miquiño mío». *Cartas a Galdós*. Madrid. Turner.
- PATIÑO EIRÍN, Cristina. (2009) «Menéndez Pelayo y Pardo Bazán». *Menéndez Pelayo y la novela del siglo XIX*. Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.). Santander. Real Sociedad Menéndez Pelayo. 13-66.
- Patria. Album publicado por una Comisión de jóvenes montañeses con el objeto de contribuir a la suscripción nacional en pro de la Marina Española*. (1898) Santander. Imp. y Enc. de Blanchard y Arce.
- PATISSON, Walter T. (1965) *El naturalismo español: historia externa de un movimiento literario*. Madrid. Gredos.
- PATISSON, Walter T. (1973) «Two Women in the Life of Galdós». *Anales Galdosianos*, Año VIII. 5-21.

- PAVLOVSKY, Isaac. (1889) *Ocherki sovremennoi Ispanii 1884-1885*. [Esbozos o apuntes de la España contemporánea] Saint Petersburg. Izdanie A. S. Suvorina.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe y Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES. (1987) *Manual de Literatura Española*. IX. Tafalla. Cénlit.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1886a) «Carta segunda». «Miscelánea Semanal». *El Atlántico*. 5 de julio de 1886.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1886b) «Carta abierta. Sr. D. José María de Pereda». «Miscelánea semanal». *El Atlántico*. 14 de junio
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1886c) «Literaturas regionales». «Miscelánea Semanal» de *El Atlántico*. Lunes 19 de julio.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1890a) «De Artes y Letras. Carta larga dirigida a un crítico extranjero». *De Cantabria. Artes. Letras. Historia. Su vida actual*. Santander. Imp. *El Atlántico*. 31-34.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1890b) «José María de Cos». *De Cantabria. Artes. Letras. Historia. Su vida actual*. Santander. Imp. *El Atlántico*. 95-96.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1890c) «Gumersindo Laverde». *De Cantabria. Artes. Letras. Historia. Su vida actual*. Santander. Imp. *El Atlántico*. 122.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1890d) «Casimiro del Collado». *De Cantabria. Artes. Letras. Historia. Su vida actual*. Santander. Imp. *El Atlántico*. 220-222.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1890e) «Gacetilla. Cuentas y deducciones». *El Atlántico*. 2 de febrero.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1890f) «Gacetilla. Por piedad» *El Atlántico*. 13 de abril.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1891a) «Gacetilla. El libro de Pereda». *El Atlántico*, 10 de mayo.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1891b) «Gacetilla». *El Atlántico*. 26 de noviembre.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1891c) «Gacetilla. Pereda y su sepulcro». *El Atlántico*. 4 de diciembre.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1892a) «Gacetilla. De potencia a potencia». *El Atlántico*, 2 de enero.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1892b) «Pereda y el baile». *El Atlántico*. 12 de marzo.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1893a) «La casa de Galdós. Notas íntimas». *La Justicia*. 20 de marzo.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1893b) «Oller en la tierruca». *El Atlántico*. Lunes, 26 de junio.

- «PEDRO SÁNCHEZ». (1899) «Crónica de Santander». 23 de febrero.
- «PEDRO SÁNCHEZ». (1906) *Apuntes para la biografía de Pereda. El Diario Montañés*. Núm. especial. Santander.
- PELAYO, Juan. (1886) Poesías de don Juan Pelayo coleccionadas por Eduardo de la Pedraja. Copia manuscrita. Biblioteca Municipal de Santander. Fondo Pedraja. Ms. 16.
- PELLÓN, María del Carmen. (1951) *Calixto Fernández Camporredondo*. Selección y estudio. Santander. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. XXII.
- PENAS, Ermitas y Marisa SOTELO. (2020) Edición, estudio preliminar y notas. *Epistolario de Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós. Crónica de un encuentro sentimental e intelectual*. Universidad de Santiago de Compostela; 2a. ed., 2021.
- PENNACINI, Adriano. (1985) «Situazione e struttura dell'epistola familiare nella teoria classica». *La lettera familiare. Quaderni di Retorica e Poetica*. I. 11-15.
- PEREDA, José María. (1865) Prólogo a *Mesa revuelta* de Federico de la Vega, Besanzon. Imprenta de J. Roblot. Librería de Rosa y Bouret. vii-xv.
- PEREDA, José María. (1869), *Ensayos dramáticos de José María de Pereda*. Santander. Imprenta de Bernardo Rueda.
- PEREDA, José María. (1876) «Variedades. Bibliografía. *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde Ruiz. Madrid. Eduardo Medina, editor, 1876». *El Aviso*. Santander. 28 de diciembre. 5-7.
- PEREDA, José María. (1881) «Fisiología del baile». *Esbozos y rasguños*. Madrid. Tello. 35-46.
- PEREDA, José María. (1882) «Cuatro palabras a un deslenguado». Hoja suelta Imp. y Lit. de Telesforo Martínez.
- PEREDA, José María. (1886) «Don Andrés Crespo». *El Atlántico*. 4 de marzo; *Obras Completas*, XI, 2009: 366-369.
- PEREDA, José María. (1894) *Sotileza*. Madrid. Tello.
- PEREDA, José María. (1901) Prólogo a *El carro. El Miserioso* de Mariano D. Berrueta. Salamanca. Imprenta de Calatrava. i-v.
- PEREDA, José María. (1906) *Pachín González*. Prólogo a Victoriano Suárez. *Obras Completas*. XVII. Madrid: Tello.

- PEREDA, José María. (1933) «Carta de Pereda a don Carlos». *Tradición*. núm. 3. 1 de febrero. 88-89.
- PEREDA, José María. (1985) *Pachín González*. Edición y notas de González Herrán José Manuel y Benito Madariaga de la Campa. Santander. Ediciones del Excmo. Ayuntamiento de Santander.
- PEREDA, José María. (1989-2009) *Obras Completas*. 11 volúmenes. Santander. Tantín.
- (1989a) Vol. I. *Escenas montañosas / Tipos y paisajes*.
- (1989b) Vol. II. *Tipos trashumantes / Esbozos y rasguños*.
- (1990) Vol. III. *Bocetos al temple / El buey suelto....*
- (1991) Vol. IV. *Don Gonzalo González de la Gonzalera / De tal palo tal astilla*.
- (1992) Vol. V. *El sabor de la tierruca / Pedro Sánchez*.
- (1996) Vol. VI. *Sotileza / La Montálvez*.
- (1999) Vol. VII. *La puchera / Nubes de estío*.
- (2001) Vol. VIII. *Al primer vuelo / Peñas arriba*.
- (2008) Vol. IX. *Pachín González / La fortuna en un sombrero / Miscelánea I*.
- (2009a) Vol. X. *Miscelánea II*.
- (2009b) Vol. XI. *Miscelánea III*.
- PEREDA, José María. (2001) *Hero y Leandro*. Edición conmemorativa de Anthony Clarke. Santander. Tantín.
- PEREDA, José María. (2006) «Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española» *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Año LXXXII. 289-295.
- PEREDA, José María. (2014) *Pachín González*. Edición y notas de Salvador García Castañeda. Santander. Tantín.
- PEREDA, María Fernanda y Enrique SÁNCHEZ REYES. (1953) «Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXIX. 3-4. 207-402.
- PEREDA, Vicente. (1942) *50 años*. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ BERNARDO, María Luisa. (2012) *Amós de Escalante. Cuadros, bocetos y cuentos*. Santander. *4 estaciones*. Universidad de Cantabria.

- PÉREZ DE CAMINO, Fernando. (1904) *Marinucas*. Madrid. Volumen IV. Biblioteca ilustrada de autores contemporáneos. Imprenta de la Revista de Navegación y Comercio. Con ilustraciones del autor.
- PÉREZ DE CAMINO, Fernando. (2008) *Marinucas*. Introducción y notas de Salvador García Castañeda. Edición de Fernando de Vierna. Santander. Sociedad Cántabra de Escritores.
- PÉREZ DE CAMINO, Fernando y Victoriano POLANCO. (1889) *La Montaña. Paisajes, costumbres y marinas de la Provincia de Santander*. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.
- PÉREZ DELGADO, Rafael y María BREY MARIÑO. (1984) *Juan Valera. Ciento cincuenta y un cartas inéditas a Gumersindo Laverde*. Madrid. Casariego.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. (1975) «Memorias de un desmemoriado». *Recuerdos y memorias*. Madrid. Ediciones Giner.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. (1989) *Cuarenta leguas por Cantabria*. Ed. Benito Madariaga. Santander. Ayuntamiento de Santander.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. (2011) *Memorias de un desmemoriado*. Valencia. El Nadir.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. (2012) *Viajes de un desmemoriado*. Edición crítica de Jaime Alejandro. Prólogo de Germán Gullón. Madrid. Evohé. 2012.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, FRANCISCO. (1975) *El problema religioso en la generación de 1868: «La leyenda de Dios»*. Valera. Alarcón. Pereda. Pérez Galdós. «Clarín». Pardo Bazán. Madrid. Taurus.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, FRANCISCO. (1992) «Introducción». *Pedro Sánchez, Obras Completas*. V. 324-325.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, FRANCISCO. (1997) *La juventud de Marañón*. Madrid. Editorial Trotta.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, FRANCISCO. (2004) *Menéndez Pelayo y Lázaro. Una colaboración fecunda (1889-1908)*. Madrid. Fundación Lázaro Galdiano / Ollero & Ramos.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, FRANCISCO. (2006) «El costumbrismo como motivo de desprecio (a propósito de Pereda)». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXII. 209-229.
- PÉREZ NIEVA, Alfonso. (1896) *Por la Montaña, (Notas de un viaje a Cantabria)*. Prólogo de José María de Pereda (v-viii). Santander. Tipografía de El Cantábrico.

- PÉREZ DE REGULES, Salvador, (1956) *Casimiro del Collado. Selección y estudio*. Santander. Antología de Escritores y Artistas Montañeses, XLIV.
- PIN I SOLER, Joseph. (2005) *Comentaris sobre llibres i autors*. Sandra Salé y Joseph M. Domingo (eds.). Tarragona. Arola Editors.
- PITOLLET, Camille. (1957) «Recuerdos de Don Armando Palacio Valdés», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXXIII. 121-130. Como apéndice a este artículo, una «Nota de la Redacción» reproduce las cartas de Pereda a Palacio Valdés que por cesión de los herederos del novelista asturiano se conservan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.
- POLANCO, Victoriano y Fernando PÉREZ DE CAMINO. (1889) *La Montaña. paisajes, costumbres y marinas de la provincia de Santander*. Con una carta autógrafa de D. José María Pereda. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.
- POLIDURA, Esteban. (1904) «La protesta de Cafetera». *El Centro Montañés*. III. 1 de junio. 96.
- PORCHER, Jacques. (1898) Traducción de *Sotileza* de J. M. de Pereda. *Revue des Deux Mondes*. En cinco entregas: 1 de septiembre (42-87); 15 de septiembre (241-276); 1 de octubre (481-523); 15 de octubre (763-798); 1 de noviembre (5-45).
- POYÁN DÍAZ, Daniel. (1957) *Enrique Gaspar. Medio siglo de teatro español*. Madrid. Gredos. Vol. II.
- PRADO HIGUERA, Cristina del y Fátima COBO RODRÍGUEZ. (2021) «Emilia Pardo Bazán a través de su salón madrileño». *Emilia Pardo Bazán hoy: la mujer y la escritora. Archiletras Científica*. 5.2. 81-97
- QUINTANILLA, José María. (1888) «Autores y libros. *La Montálvez*». *La Época* 20 y 30 de enero y 3 de marzo.
- QUINTANILLA, José María. (1888) «Páginas madrileñas. Una conversación sobre lo mismo». «Miscelánea Semanal» de *El Atlántico*, 23 de enero.
- QUINTANILLA, José María. (1893) «En honor de Galdós». *El Atlántico*. 10 de marzo.
- RAMOS GASCÓN, Antonio. (1975) «La revista *Germinal* y la ‘gente nueva’». *La crisis de fin de siglo: ideología y literatura. Estudios en memoria de R. Pérez de la Debesa*. J. L. Abellán et al. (eds.). Barcelona. Ariel.
- RIBAO PEREIRA, Montserrat. (2010) *Emilia Pardo Bazán. Teatro Completo*. Madrid. Akal.

- RIERA, Carme. (1989) «Grandeza y miseria de la epístola». *El oficio de narrar*. Marina Mayoral (ed.). Madrid. Cátedra. 147-158.
- RÍO SÁINZ, José del, [«Pick»]. (1925) «Aire de la calle», «El orgullo de ‘Pedro Sánchez’». *La Atalaya*. núm. 11.991. año 33. 9 de octubre.
- RÍO SÁINZ, José del, [«Pick»]. (1949) Introducción y estudio. *Eusebio Sierra*. Santander *Antología de Escritores y Artistas Montañeses*. II.
- RÍOS Y LAMPÉREZ, Blanca de los. (1933) «Pereda animador de Cantabria». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XV. 31-40.
- RÍOS Y RÍOS, Ángel de los. (1877) «El 2 de Mayo, y otras memorias de la guerra de la independencia». *La Tertulia*. 21. 641-645.
- RÍOS Y RÍOS, Ángel de los. (1894) «Gacetilla». *La Atalaya*. 1 de junio.
- RÍOS Y RÍOS, Ángel de los. (1895a) «Otra carta abierta y pecho no cerrado». Carta abierta de Ángel de los Ríos a Pereda. *El Atlántico*. Miércoles, 6 de febrero.
- RÍOS Y RÍOS, Ángel de los. (1895b) «A mis colaboradores en la prensa periódica de Santander.» *La Atalaya*. 11 de mayo.
- RÍOS Y RÍOS, Ángel de los. (1895c) «Crónica de la provincia». *El Atlántico*. 16 de octubre.
- RIVAS MORENO, Francisco. (1917) «Pereda». *La Montaña*. La Habana. 22 de septiembre.
- RODGERS, Eamonn. (1991) «Introducción». *De tal palo, tal astilla* de José María de Pereda. *Obras Completas*. IV. 353-365.
- RODRÍGUEZ ALCALDE, Leopoldo. (1955) *Ricardo Olarán*. Selección y estudio. Santander. *Antología de Escritores y Artistas Montañeses*. XXXIX.
- RODRÍGUEZ DE BEDIA, Evaristo. (1906) «Pereda, hombre de negocios». *Apuntes para la biografía de Pereda*. Número especial *El Diario Montañés*. Santander. 26.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja. (2006) «Menéndez Pelayo y la creación del mito de Pereda, el ‘Genio natural’». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXII. 231-259.
- RODRÍGUEZ MOÑINO, Antonio. (2001) *Clarín y Lázaro. Noticia de unas relaciones literarias*. Madrid. Fundación Lázaro Galdiano. Ollero & Ramos.
- ROMERO TOBAR, Leonardo. (2021) «Valera ante Pereda». *Et amicitia et magisterio: Estudios en honor de José Manuel González Herrán*. Santiago Díaz Lage, Raquel Gutiérrez Sebastián, Javier López Quintana y Borja

- Rodríguez Gutiérrez (eds.). Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Santander. Real Sociedad Menéndez Pelayo.
- RUBÉN DARÍO. (1901). «Novelas y novelistas». *España Contemporánea*. París. Garnier. 217-231.
- RUBÉN DARÍO. (1912) *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Barcelona. Casa Editorial Maucci. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes <[585](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-vida-de-ruben-dario--0/html/ff17bf78-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_24_></p>
<p>RUBÉN DARÍO. (1987) <i>España Contemporánea</i>. Barcelona. Editorial Lumen.</p>
<p>RUBIO CREMADES, Enrique. (2001) <i>Panorama crítico de la novela realista-naturalista española</i>. Madrid. Castalia.</p>
<p>RUBIO JIMÉNEZ, Jesús y Antonio DEAÑO GAMALLO (eds.). (2012) «45 cartas de Pereda a Clarín: A vueltas con la literatura». <i>Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo</i>. LXXXVIII. 2. 17-112.</p>
<p>RUIZ CONTRERAS, LUIS. (1897) <i>Tres moradas: memorias de un desmemoriado</i>. Madrid. Jubera.</p>
<p>RUIZ SALVADOR, ANTONIO. (1971) <i>El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1835-1885)</i>. Londres. Tamesis.</p>
<p>SÁNCHEZ, GABRIEL. (2012) «Marcelino Menéndez y Pelayo: El brindis del Retiro». <i>Mar Océana</i>. 31. 41-51.</p>
<p>SÁNCHEZ REBANAL, FERNANDO. (2014) <i>La vida escénica en la ciudad de Santander entre 1895 y 1904</i>. Tesis Doctoral. Madrid. UNED. Facultad de Filología. Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura.</p>
<p>SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE. (1933a) Reseña de «<i>Die Naturschilderungen in Peredas Romanen von Kurt Siebert [Las descripciones de la Naturaleza en las novelas de Pereda]</i>». <i>Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo</i>. XV. 170-173.</p>
<p>SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE. (1933b) «Las mujeres en la obra de Pereda y su madre». <i>Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo</i>. XV. 156-169.</p>
<p>SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE (1933c) «La prensa de entonces. El brindis de Menéndez Pelayo en el Centenario de Calderón». <i>Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo</i>. XV. 210-215 y 312-317.</p>
<p>SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE. (1953) «Centenarios y Conmemoraciones», <i>Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo</i>. XXIX. 23-144.</p>
</div>
<div data-bbox=)

- SÁNCHEZ REYES, Enrique. (1954) *Epistolario de don Enrique y don Marcelino Menéndez Pelayo*. Santander. CSIC.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique. (1956) *Don Marcelino; biografía del último de nuestros humanistas*. Santander. Aldus.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique. (1957a) «Cartas de Pereda a Palacio Valdés». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXXIII. 121-130.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique. (1957b) «Mementos de actualidad». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXXIII. 182-207.
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Eva María. (2001) «El brindis del Retiro de Menéndez Pelayo». *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*. 7. 107-159.
- SANTIÁÑEZ-TiÓ, Nil. (2006) «Las poéticas del horizonte: Espacio, escritura y campo literario en las novelas de José María de Pereda». *Olivar*. 7: 83-116.
- SAÑUDO, Prudencio. (1877) «Un paseo por un páramo habitado por salvajes con burlas y cascabeles». *La Voz Montañesa*. 10 de septiembre.
- SAWA, Alejandro. (1891) «Sanguine. Don José María de Pereda». *Heraldo de Madrid*. 21 de febrero.
- SHOEMAKER, William H. (1963-1964) «Una Amistad literaria: la correspondencia epistolar entre Galdós y Narciso Oller». *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*. 30. 247-306.
- SHOEMAKER, William H. (1966) «Cartas de Pereda a Galdós y ocho borradores». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XLII. 131-172.
- SIMÓN CABARGA, José. (1960) «Santander en la biografía de Galdós». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XXXVI. 363-395.
- SIMÓN CABARGA, José. (1972) *Santander en el siglo de los pronunciamientos y de las guerras civiles*. Santander. Diputación Provincial.
- SIMÓN CABARGA, José. (1979) *Santander: biografía de una ciudad*. Santander. Librería Estvdio.
- SIMÓN CABARGA, José. (1980) *Santander en la historia de sus calles*. Santander. Institución Cultural de Cantabria.
- SIMÓN CABARGA, José. (1981a) *Evocación de la Vieja Puebla*. Santander. Librería Estvdio.
- SIMÓN CABARGA, José. (1981b) *Santander, Sidón Ibera*. Santander. Librería Estvdio.
- SIMÓN CABARGA, José. (1982) *Historia de la prensa santanderina*. Santander. Centro de Estudios Montañeses.

- SOBEJANO, Gonzalo. (1970) «Razón y suceso de la dramática galdosiana». *Anales Galdosianos*. V. 39-54).
- SOLANA, Marcial. (1953) *Fernando Fernández de Velasco*. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. XXXIII. Santander.
- SOLANO Y POLANCO, Ramón. (1906a) «Bibliografía de Pereda». *Apuntes para la biografía de Pereda. Número especial El Diario Montañés*. Santander. 11-12.
- SOLANO Y POLANCO, Ramón. (1906b) «Ensayos dramáticos de Pereda». *Apuntes para la biografía de Pereda. Número especial El Diario Montañés*. Santander. 13-14.
- SOLANO Y POLANCO, Ramón. (1925) «Don José María Quintanilla, ('Pedro Sánchez') + en Santander el 5 de Octubre último». *Cantabria*. Buenos Aires. Núm. 27. Noviembre. 182. 12-13.
- SOLANO Y POLANCO, Ramón. (1930) «Lectura de repaso». *La Revista de Santander*. Tomo 1. 4. 178-187.
- SOLANO Y POLANCO, Ramón. (1930) «Lectura de repaso». (Continuación). *La Revista de Santander*. Tomo 1. 5. 216-227.
- SOLANO Y POLANCO, Ramón. (1931) «El ayer santanderino». *La Revista de Santander*, capítulo segundo, I. «Las escuelas». Tomo 3. 1. 28-34.
- SOLANO Y POLANCO, Ramón. (1939) «Enrique Menéndez, joven». *El Diario Montañés*. 10, 12, 14, 16, 17, 19, 21 y 23 de agosto.
- SOLDEVILLA ORIA, Consuelo. (1998) «De Santander a la Habana: la ruta migratoria de las Antillas». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 75-87.
- SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo. (2002) *El Naturalismo en España: crítica y novela*. Salamanca. Ediciones Almar. 187-218.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel. (1994) *Casonas, hidalgos y linajes*. Santander. Universidad de Cantabria.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel (1995) «José María de Pereda: Tradición, regionalismo y crítica de la modernidad». *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Continuidades, cambios y procesos adaptativos*. Antonio Montesino González (ed.). Santander. Universidad de Cantabria. 317-334.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel. (1998) «Santander fin de siglo. Fin de siècle en Santander». *Santander fin de siglo*. Xavier Agenjo Bullón y Manuel

- Suárez Cortina (eds.). Santander. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Caja Cantabria. 3-19.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel, ed. (2003) *En el Centenario de Amós de Escalante*. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo.
- TANNENBERG, Boris de. (1889) *La poésie castillane contemporaine (Espagne et Amérique)*. París. Perrin.
- TANNENBERG, Boris de. (1898) *Écrivains castillans contemporains J. M. de Pereda*. Extrait de la *Revue Hispanique*. Tome V. París.
- TANNENBERG, Boris de. (1903) *L'Espagne littéraire. Portraits d'hier et d'aujourd'hui*. París. Alphonse Picard et fils.
- LA TERTULLIA. (1877) «Sección bibliográfica». 9 de enero. 575.
- TERUEL, José (ed.). (2018) *Historia e intimidad. Epistolarios y autobiografías en la cultura española del medio siglo*. Madrid. Iberoamericana Vervuert.
- THION SERRANO-MOLLÁ, Dolores. (1998) *Ernesto Bark, un propagandista de la Modernidad*. Alicante. Instituto de Cultura Juan Gil Albert.
- THION SERRANO-MOLLÁ, Dolores. (2003a) «Amistades literarias: Doce cartas de Emilia Pardo Bazán a Isaac Pavlovsky». *La Tribuna*. 1. 97-148.
- THION SERRANO-MOLLÁ, Dolores. (2003b) *Pardo Bazán y Lázaro: Del lance de amor a la aventura cultural (1888-1919)*. Madrid. Fundación Lázaro Galdeano.
- THION SERRANO-MOLLÁ, Dolores. (2005) «Emilia Pardo Bazán en los negocios culturales de José Lázaro Galdeano: el curioso caso de María Bashkirtseff». *Lectora, heroína y autora. La mujer en la literatura española del siglo XIX*. III Congreso de la Sociedad de Literatura Española del siglo XIX. Universidad de Barcelona. 369-382.
- THION SERRANO-MOLLÁ, Dolores. (2010) «Medrosilla, una traducción del catalán atribuida a José María de Pereda». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXXXVI. 395-362.
- THION SERRANO-MOLLÁ, Dolores. (2011) «Un agent intellectuel avant la lettre. José Lázaro Galdeano». *Traducción y cultura. La literatura traducida en la prensa hispánica (1868-1898)*. Marta Giné y Solange Hibbs (eds.). Bern. Peter Lang. 107-123.
- TORRES, David. (1977) «Veinte cartas inéditas de Emilia Pardo Bazán a José Yxart». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LIII. 1-4. 383-409.

- TRENC, Eliseo. (2005) «¿Hispania, una revista modernista?» *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: Homenaje a Jean François Botrel*. Jean-Michel Desvois (coord.). Presses Universitaires de Bordeaux. 273-282.
- TRECEÑO, Juan R. de. (1890) «Diario de un viajero». *De Cantabria. Letras. Artes. Historia. Su vida actual*. Santander. Imprenta y litografía de *El Atlántico*. 248-254.
- TRONCOSO, Dolores. (2020) *Galdós corresponsal de La Prensa de Buenos Aires*. Las Palmas de Gran Canaria. Casa Museo de Pérez Galdós.
- UNAMUNO, Miguel de. (1905) «Ramplonería». Montesinos, *Pereda o la novela idilio*. Valencia, Castalia, 1969: 286.
- UNAMUNO, Miguel de. (1958) *El sentimiento de la naturaleza. Por tierras de Portugal y de España. Obras Completas*. I. Barcelona. Afrodisio Aguado. 594.
- VALERA, Juan. (1887) «Con motivo de las novelas rusas. Cartas a la Sra. Da. Emilia Pardo Bazán.» *Revista de España*. XCXVII (julio-agosto). 117-132.
- VALIS, Noel. (1992) «Pereda y la mirada turística». *Insula*. 547-548. 16-17.
- VALLEJO DEL CAMPO, Luis Alberto. (2001) *Tertulias y círculos intelectuales del Santander de la Restauración*. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo. Conferencias y Discursos.
- VARELA HERVÍAS, Eulogio. (1958) «Cartas de Pereda a Mesonero Romanos». *Bulletin Hispanique*. LX. 3. 375-381.
- VARELA JÁCOME, Benito. (1961) «El fracaso de la dramatización de *La Puchera*». *Revista de Literatura*. XIX. 37-38.
- VARGAS ZÚÑIGA, Antonio, marqués de Siete Iglesias. (1976) «La Academia de la Historia y la Montaña». XL. *Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*. Santander. 62-65.
- VV. AA. (1906) «Traducciones de Pereda». *Apuntes para la biografía de Pereda. Número especial El Diario Montañés*. Santander. 16-17.
- VV.AA. (1924) *Sobre la tumba de Enrique Menéndez Pelayo. Corona poética de sus amigos*. Valladolid. Viuda de Montero.
- YEYES ANDRÉS, Juan A. (1996) «José Lázaro Galdiano, bibliófilo y editor, y Goya». *Goya*. 252 (Mayo-Junio). 331-340.
- ZUMELZU, José. (1890a) «Dura lex». *El Atlántico*. 12 de abril.

ZUMELZU, José. (1890b) «Juan Manuel de Mazarrasa». *De Cantabria. Letras. Artes. Historia. Su vida actual*. Santander. Imprenta y Litografía de *El Atlántico*. 59-60.

Índice onomástico-cronológico, indicando número de carta

CARTAS A

- **Tomás Agüero**
 - 475 (1888: sin fecha)
- **Leopoldo Alas [Clarín]**
 - 240 (1884: 2 de febrero)
 - 248 (1884: 12 de marzo)
 - 266 (1884: 23 de junio)
 - 273 (1884: 16 de octubre)
 - 275 (1884: 2 de noviembre)
 - 278 (1884: 6 de diciembre)
 - 287 (1885: 9 de febrero)
 - 292 (1885: 26 de febrero)
 - 306 (1885: 28 de marzo)
 - 314 (1885: 14 de abril)
 - 327 (1885: 5 de octubre)
 - 330 (1885: 23 de octubre)
 - 356 (1886: 12 de marzo)
 - 367 (1886: 25 de mayo)
 - 378 (1886: 30 de septiembre)
 - 402 (1887: 7 de abril 7)
 - 407 (1887: 5 de junio)
 - 419 (1887: 9 de noviembre)
 - 421 (1887: 28 de noviembre)
 - 428 (1888: 1 de enero)
 - 435 (1888: 23 de enero)
 - 445 (1888: 14 de febrero)
 - 450 (1888: 6 de marzo)
 - 454 (1888: 14 de marzo)
 - 456 (1888: 16 de marzo)
 - 462 (1888: 28 de marzo)

- 493 (1889: 16 de enero[?])
- 499 (1889: 3 de febrero)
- 569 (1890: 19 de agosto)
- 576 (1890: 30 de septiembre)
- 590 (1891: 27 de enero)
- 608 (1891: 1 de abril)
- 610 (1891: 9 de abril)
- 623 (1891: 10 de mayo)
- 629 (1891: 22 de junio)
- 630 (1891: 1 de julio)
- 638 (1891: 15 de septiembre)
- 723 (1893: 24 de febrero)
- 759 (1893: 12 de diciembre)
- 835 (1895: 8 de febrero)
- 840 (1895: 21 de febrero)
- 856 (1895: 30 de abril)
- 887 (1895: 7 [4?] de octubre)
- 915 (1896: 3 de marzo)
- 962 (1896: 27 de septiembre)
- 1036 (1898: 2 de abril)
- 1058 (1898: 24 de agosto)

- **Alcalde de Santander**
 - 1328 (1904: 7 de junio)

- **Juana Allen**
 - 1019 (1897: 21 de noviembre)

- **Ignacio M. Altamirano**
 - 554 (1890: 12 de abril)

- **José R. de Argumosa**
 - 1114 (1899: mayo)

- **Antonio Arriola**
 - 632 (1891: 17 de julio)

- ***La Atalaya***
 - 1189 (1900: 20 de agosto)
 - 1190 (1900: 22 de agosto)
 - 1191 (1900: 26 de agosto)

- ***El Atlántico [Al Director]***
 - 408 (1887: 16 de junio)
 - 438 (1888: 28 de enero)
 - 557 (1890: 16 de abril)
 - 831 (1895: 1 de febrero)

- ***El Aviso [Al Director]***
 - 113 (1877: 4 de septiembre)
 - 114 (1877: 8 de septiembre)
 - 285 (1885: 4 de febrero)
 - 337 (1885: 8 de diciembre)
 - 338 (1885: 12 de diciembre)
 - 339 (1885: 19 de diciembre)
 - 341 (1885: 26 de diciembre)

- **Ayuntamiento Constitucional de Polanco**
 - 587 (1891: 10 de enero)

- **Ayuntamiento de Santander**
 - 992 (1897: 4 de marzo)

- **Víctor Balaguer**
 - 244 (1884: 12 de febrero)
 - 263 (1884: 2 de junio)
 - 370 (1886: 11 de junio)
 - 609 (1891: 7 de abril)
 - 790 (1894: 10 de marzo)

- **Rita Benaprés**
 - 1124 (1899: 13 de julio)

- **Francisco Bora**
 - 1068 (1898: 19 de octubre)

- **Carlos de Borbón**
 - 745 (1893: 5 de octubre)
- **Borrador «Otra tala de árboles»**
 - 286 (1885: ¿4 de febrero?)
- **Pedro Bravo**
 - 1212 (1900: 12 de diciembre)
- **Ferdinand Brunetière**
 - 1029 (1898: 29 de enero)
 - 1063 (1898: 5 de octubre)
- **Antonio L. Bustamante**
 - 192 (1881[?]: 24 de febrero)
- **Eduardo Bustillo**
 - 17 (1865: 15 de enero)
 - 917 (1896: 4 de marzo)
 - 1087 (1899: 7 de febrero)
 - 1094 (1899: 20 de febrero)
 - 1199 (1900: 8 de octubre)
 - 1229 (1901: 28 de marzo)
- **Joaquín Cabot i Rovira**
 - 690 (1892: 11 de junio)
 - 732 (1893: 4 de mayo)
- **Antonio Cabrero**
 - 1129 (1899: 5 de octubre)
- **Manuel Calderón**
 - 951 (1896: 30 de junio)
- **Tomás Cámara, Obispo de Salamanca**
 - 1273 (1902: 4 de mayo)
- **Tomás Campuzano**
 - 718 (1892: sin fecha)

- ***El Cantábrico* [Al Director]**
 - 1326 (1904: 4 de junio)

- **Miguel Antonio Caro**
 - 222 (1882: junio)
 - 817 (1894: noviembre)
 - 841 (1895: 25 de febrero)

- **Adolfo de Castro**
 - 482 (1888: 3 de noviembre)

- **Mariano Catalina**
 - 282 (¿1884?)
 - 322 (1885: 5 de septiembre)
 - 324 (1885: 27 de septiembre)
 - 329 (1885: 16 de octubre)
 - 332 (1885: 6 de noviembre)
 - 1052 (1898: 14 de julio)
 - 1054 (1898: 23 de julio)
 - 1106 (1899: 31 de marzo)
 - 1108 (1899: 9 de abril)
 - 1116 (1899: 10 de junio)
 - 1118 (1899: 19 de junio)
 - 1123 (1899: 10 de julio)
 - 1136 (1899: 23 de noviembre)
 - 1153 (1900: 19 de febrero)
 - 1179 (1900: 4 de julio)
 - 1223 (1901: 15 de marzo)
 - 1295 (1903: 22 de febrero)
 - 1330 (1904: 16 de septiembre)

- **José G. Ceballos**
 - 1246 (1901: 22 de agosto)

- **Henri Charriaud**
 - 1152 (1900: 12 de febrero)
 - 1157 (1900: 12 de marzo)

- **Casimiro del Collado**
 - 420 (1887: 20 de noviembre)

- **José V. del Collado**
 - 1039 (1898: 20 de abril)

- **Luis Coloma**
 - 354 (1886: 8 de marzo)
 - 440 (1888: 31 de enero)
 - 453 (1888: 8 de marzo)
 - 506 (1889: 12 de febrero)
 - 540 (1889: 28 de noviembre)
 - 583 (1890 : 10 de noviembre)
 - 595 (1891: 18 de febrero)
 - 650 (1891: 1 de diciembre)

- **Justo Colongues Klimt**
 - 558 (1890: 17 de abril)

- **Marqués de Comillas, Claudio López Bru**
 - 1209 (1900: 14 de noviembre)
 - 1316 (1903: 24 de diciembre)

- **Marquesa de Comillas, María Gayón Barrié**
 - 625 (1891: 5 de junio)
 - 648 (1891: 26 de noviembre)
 - 651 (1891: 4 de diciembre)
 - 1134 (1899: 4 de noviembre)

- **Comité Nobel de la Academia Sueca**
 - 1335 (1905: 20 de enero)

- ***El Correo de Andalucía* [Al Director]**
 - 1110 (1899: 15 de abril)

- ***El Correo de Cantabria* [Al Director]**
 - 831 (1895: 1 de febrero)

- **José María de Cos**
 - 766 (1893: 27 de diciembre)
 - 1076 (1898: 15 de diciembre)

- **Fernando Cos-Gayón**
 - 708 (1892: 11 de noviembre)

- **José Cueto**
 - 661 (1892: 21 de enero)

- **Domingo Cuevas:**
 - 1 (1851: 2 de agosto)
 - 2 (1851: 5 de noviembre)
 - 3 (1852: 25 de octubre)
 - 4 (1853: 9 de diciembre)
 - 360 (1886: 27 de marzo)
 - 537 (1889: 27 de octubre)
 - 635 (1891: 8 de septiembre)
 - 652 (1891: [11] de diciembre)
 - 653 (1891: 11 de diciembre)
 - 696 (1892: junio)
 - 742 (1893: 19 de agosto)
 - 900 (1895: 31 de diciembre)
 - 958 (1896?: 23 de agosto)
 - 971 (1896: 23 de noviembre)
 - 1009 (1897: 23 de agosto)
 - 1035 (1898: 25 de marzo)
 - 1051 (1898: 13 de julio)
 - 1060 (1898: 4 de septiembre)
 - 1195 (1900: 17 de septiembre)
 - 1312 (1903: 5 de noviembre)
 - 1333 (1904: 24 de septiembre)

- **Dámaso [sobrino]**
 - 890 (1895: 18 de octubre)

- **Rafael Delgado**
 - 1122 (1899: 9 de julio)

- **Sinesio Delgado**
 - 171 (1880: 8 de marzo[?])
 - 228 (1883: 27 de marzo)
 - 386 (1886: 20 de noviembre)
 - 388 (1886: 10 de diciembre)
 - 389 (1886: 16 de diciembre)
 - 426 (1887: 26 de diciembre)
 - 543 (1889: 27 de diciembre)

- ***El Diario Montañés [Al Director]***
 - 1327 (1904: 4 de junio)

- **Fernando Díaz de Mendoza**
 - 1311 (1903: 3 de noviembre)

- **Dictamen del Jurado en el Centenario de Calderón**
 - 214 (1881: mayo)

- **Mariano Domínguez Berrueta**
 - 1237 (1901: 27 de mayo)

- **Martín Domínguez Berrueta**
 - 1337 (1905: 8 de enero)

- **Demetrio Duque y Merino**
 - 411 (1887: 8 de octubre)
 - 858 (1895: 9 de mayo)

- **Antonio Echanove**
 - 660 (1892: 18 de enero)
 - 683 (1892: 17-18 de mayo)
 - 685 (1892: 26 de mayo)
 - 719 (1893: 2 de enero)

- **Francisco Antonio Echanove**
 - 749 (1893: 5 de noviembre)

- **Manuel Echanove**
 - 774 (1894: 10 de enero)
 - 865 (1895: 2 de junio)
- **José Elola**
 - 1050 (1898: 14 de junio)
- **Serafín Escalante**
 - 239 (1884: 29 de enero)
- **Alfredo Escobar**
 - 342 (1885: diciembre)
- **Evaristo [primo]**
 - 375 (1886: 16 de julio)
- **Luis Farina**
 - 796 (1894: 9 de abril)
- **Felipe [amigo de Pereda]**
 - 404 (1887: 18 de abril)
- **Manuel Fernández Juncos**
 - 468 (1888: 19 de abril)
 - 1032 (1898: 14 de febrero)
- **Ventura Fernández López**
 - 740 (1893: 26 de julio)
- **Antonio Fernández de Velasco**
 - 1351 (1906: 2 de marzo)
- **Fernando Fernández de Velasco**
 - 380 (1886: 29 de octubre)
 - 469 (1888: 20 de abril)
 - 1247 (1901: 22 de agosto)

- **Raimundo [Fernández] Villaverde**
 - 970 (1896: 19 de noviembre)
 - 1296 (1903: 12 de marzo)
 - 1298 (1903: 27 de marzo)
- **Adela Flores Estrada**
 - 738 (1893: 9 de julio)
- **Robert F. Forster**
 - 1165 (1900: 19 de abril)
- **Antonio Gallissá**
 - 909 (1896: 3 de febrero)
- **Enrique Gaspar**
 - 769 (1893: 30 de diciembre)
- **María Gayón Barrié.** Ver **Marquesa de Comillas.**
- **Josefa Gayoso**
 - 578 (1890: 15 de octubre)
- **Ginn and Company**
 - 1297 (1903: 26 de marzo)
- **Antonio Gomar**
 - 1149 (1900: 2 de febrero)
 - 1255 (1901: 23 de noviembre)
- **G. González**
 - 907 (1896: 1 de febrero)
- **Eusebio Güell**
 - 358 (1886: 21 de marzo)
 - 472 (1888: 30 de abril)
- **Fernando Gutiérrez Cueto**
 - 572 (1890: 19 de septiembre)

- **Habsburgo-Lorena, María Cristina**
 - 868 (1895: 15 de junio)
- **Juan Eugenio Hartzenbusch**
 - 6 (1864: 29 de julio)
 - 18 (1865: 17 de marzo)
- **Henrich y Cía.**
 - 594 (10 de febrero)
- **Modesto Hernández Villaescusa**
 - 701 (1892: 22 de agosto)
- **María Luisa Huelin, Viuda de Antonio Susino**
 - 975 (1896: 29 de diciembre)
 - 1021 (1897: 29 de noviembre)
- **Eduardo Huidobro**
 - 1127 (1899: 29 de agosto)
 - 1340 (1905: 27 de junio)
- **Anatole Théodore Marie Huot**
 - 837 (1895: 15 de febrero)
- **Angel Jado**
 - 1186 (1900: 14 de agosto)
- **José María [sobrino de Pereda]**
 - 83 (1877: 20 de febrero)
- **Juan [amigo de Pereda]**
 - 54 (1875: 22 de noviembre)
- **Robert Kastor**
 - 1128 (1899: 4 de octubre)
- **Eugenio Krapf**
 - 1230 (1901: 30 de marzo)

- **Juan L. Lapaulide**
 - 394 (1887: 23 de febrero)
- **Carlos Lasalde**
 - 797 (1894: 12 de abril)
- **Javier Lasso de la Vega**
 - 1268 (1902: 27 de marzo)
- **Victoriano Lastra y Jado**
 - 561 (1890: 3 de mayo)
- **Gumersindo Laverde**
 - 7 (1864: 16 de octubre)
 - 9 (1864: 30 de octubre)
 - 12 (1864: 23 de noviembre)
 - 13 (1864: 25 de noviembre)
 - 14 (1864: 1 de diciembre)
 - 15 (1864: 7 de diciembre)
 - 16 (1864: 17 de diciembre)
 - 19 (1865: 2 de junio)
 - 20 (1865: 4 de julio)
 - 21 (1865: 25 de agosto)
 - 22 (1865: 25 de septiembre)
 - 23 (1865: 11 de octubre)
 - 24 (1866: 19 de marzo)
 - 25 (1867: 31 de enero)
 - 26 (1867: 27 de febrero)
 - 27 (1868: 1 de septiembre)
 - 28 (1868: 18 de septiembre)
 - 29 (1868: 7 de octubre)
 - 30 (1868: 24 de noviembre)
 - 31 [1869: 5 de febrero]
 - 32 (1869: 10 de febrero)
 - 33 (1869: 26 de febrero)
 - 34 (1869: 11 de marzo)
 - 35 (1869: 6 de abril)
 - 36 (1869: sin fecha)
 - 37 (1869: sin fecha)

- 38 (1869: 12 de octubre)
- 39 (1869: 17 de noviembre)
- 40 (1870: 25 de enero)
- 41 (1870: 21 de febrero)
- 42 (1870: 24 de marzo)
- 43 (1870: 30 de mayo)
- 44 (1870: 3 de septiembre)
- 45 (1870: 13 de octubre)
- 46 (1871: 21 de marzo)
- 49 (1872: 12 de febrero)
- 51 (1872: 22 de marzo)
- 55 (1875: 26 de diciembre)
- 56 (1876: 18 de enero)
- 57 (1876: 14 de marzo)
- 58 (1876: 8 de abril)
- 60 (1876: 27 de mayo)
- 62 (1876: 18 de agosto)
- 82 (1877: 17 de febrero)
- 97 (1877: 19 de abril)
- 103 (1877: 18 de mayo)
- 110 (1877: 7 de agosto)
- 115 (1877: 18 de septiembre)
- 123 (1877: 9 de noviembre)
- 131 (1878: 22 de marzo)
- 137 (1878: 29 de mayo)
- 140 (1878: 21 de septiembre)
- 151 (1879: 21 de enero)
- 165 (1879: 5 de junio)
- 168 (1880: 5 de enero)
- 182 (1880: 1 de julio)
- 184 (1880: 2 de septiembre)
- 186 (1880: 19 de noviembre)
- 190 (1881: 8 de enero)
- 195 (1881: 24 de marzo)
- 201 (1881: 30 de abril)
- 204 (1881: 20 de junio)
- 208 (1881: 30 de octubre)
- 225 (1883: 29 de enero)
- 229 (1883: 13 de junio)

- 234 (1883: 27 de diciembre)
- 272 (1884: 12 de octubre)
- 297 (1885: 3 de marzo)
- 309 (1885: 6 de abril)
- 320 (1885: 22 de julio)
- 321 (1885: 3 de septiembre)
- 391 (1886: 28 de diciembre)
- 398 (1887: 1 de abril)
- 418 (1887: 7 de noviembre)
- 467 (1888: 7 de abril)
- 478 (1888: 16 de agosto)
- 494 (1889: 18 de enero)
- 516 (1889: 16 de marzo)
- 546 (1890: 10 de febrero)

- **Leonor**
 - 1053 (1898: 18 de julio)

- **Liga de Contribuyentes [A los Srs Presidente y Secretario]**
 - 993 (1897: 4 de marzo)

- **Santiago de Liniers**
 - 978 (1897: 6 de enero [?])

- **Teodoro Llorente**
 - 260 (1884: 30 de mayo)
 - 465 (1888: 31 de marzo)
 - 1085 (1899: 9 de enero)

- **Luis M. López Allué**
 - 1214 (1901: 3 de enero)

- **José López Portillo y Rojas**
 - 1067 (1898: 19 de octubre)
 - 1091 (1899: 19 de febrero)
 - 1161 (1900: 20 de marzo)
 - 1201 (1900: 18 de octubre)
 - 1313 (1903: 18 de noviembre)

- **Torcuato Luca y Tena**
 - 1098 (1899: 3 de marzo)
- **Hannah Lynch**
 - 1016 (1897: 3 de noviembre)
 - 1018 (1897: 20 de noviembre)
 - 1020 (1897: 29 de noviembre)
 - 1041 (1898: 23 de abril)
- **Ricardo Macías Picavea**
 - 1105 (1899: 30 de marzo)
- **Enrique Madrazo**
 - 1304 (1903: 24 de mayo)
- **Manuel Marañón**
 - 345 (1886: 12 de enero)
 - 581 (1890: 4 de noviembre)
 - 717 (1892: 30 de diciembre)
- **María [sobrina]**
 - 890 (1895: 18 de octubre)
- **Pedro Martí i Ferré**
 - 704 (1892: 26 de septiembre)
- **Dionisio Martínez**
 - 1180 (1900: 5 de julio)
- **Gustavo Adolfo Martínez Zubiría**
 - 1293 (1903: 3 de febrero)
- **Ceferino Martínez Infante**
 - 1126 (1899: 14 de agosto)
- **Juan Martínez Nacarino**
 - 1012 (1897: 23 de septiembre)

- **Domingo O. Martinto**
 - 711 (1892: 25 de noviembre)

- **Ramón Masifern**
 - 1275 (1902: 9 de mayo)

- **Antonio Maura**
 - 672 (1892: 28 de marzo)
 - 714 (1892: 13 de diciembre)
 - 721 (1893: 15 de febrero)
 - 743 (1893: 27 de agosto)
 - 922 (1896: 12 de marzo)
 - 976 (sin fecha)
 - 997 (1897: 1 de abril)
 - 1256 (1901: ¿noviembre?)
 - 1314 (1903: diciembre)
 - 1320 (1904: 11 de febrero)

- **Antonio de Mazarrasa**
 - 1027 (1898: 1 de enero)

- **Francisco Mazón**
 - 552 (1890: 31 de marzo)
 - 1027 (1898: 1 de enero)

- **León Medina**
 - 1119 (1899: 24 de junio)
 - 1143 (1900: 7 de enero)
 - 1215 (1901: 7 de enero)
 - 1291 (1902)
 - 1300 (1903: 20 de abril)
 - 1303 (1903: 4 de mayo)
 - 1306 (1903: 1 de septiembre)
 - 1307 (1903: 13 de septiembre)
 - 1308 (1903: 22 de septiembre)

- **Vicente Medina**
 - 1059 (1898: 26 de agosto)

- **José María Mendía**
 - 433 (1888: 16 de enero)

- **Enrique Menéndez Pelayo**
 - 879 (1895: 5 de agosto)
 - 1017 (1897: 5 de noviembre)
 - 1027 (1898: 1 de enero)
 - 1113 (1899: 26 de abril)
 - 1139 (1899: 23 de diciembre)
 - 1160 (1900: 17 de marzo)
 - 1171 (1900: 24 de mayo)
 - 1244 (1901: 12 de julio)
 - 1249 (1901: 16 de octubre)
 - 1253 (1901: 2 de noviembre)
 - 1305 (1903: 19 de julio)
 - 1324 (1904: 20 de abril)
 - 1332 (1904: 23 de septiembre)
 - 1341 (1905: 21 de agosto)

- **Marcelino Menéndez Pelayo**
 - 59 (1876: 9 de mayo)
 - 63 (1876: 22 de septiembre)
 - 69 (1876: 13 de noviembre)
 - 79 (1877: 15 de febrero)
 - 87 (1877: 13 de marzo)
 - 95 (1877: 13 de abril)
 - 108 (1877: 3 de agosto)
 - 122 (1877: 7 de noviembre)
 - 129 (1878: 7 de marzo)
 - 132 (1878?: marzo)
 - 133 (1878: 6 de abril)
 - 136 (1878: 19 de abril)
 - 152 (1879: 29 de enero)
 - 156 (1879: 20 de febrero)
 - 164 (1879: 30 de mayo)
 - 167 (1879: 25 de noviembre)
 - 170 (1880: 24 de febrero)
 - 172 (1880: 16 de marzo)
 - 173 (1880: 23 de marzo)

- 175 (1880: 6 de abril)
- 176 (1880: 14 de abril)
- 179 (1880: 25 de mayo)
- 180 (1880: 27 de junio)
- 185 (1880: 4 de octubre)
- 187 (1880: 27 de noviembre)
- 193 (1881: 10 de marzo)
- 194 (1881: 22 de marzo)
- 199 (1881: 7 de abril)
- 203 (1881: 13 de junio)
- 209 (1881: 1 de noviembre)
- 218 (1882: 25 de abril)
- 221 (1882: 20 de junio)
- 231 (1883: 13 de octubre)
- 232bis (1883: 8 de diciembre)
- 242 (1884: 8 de febrero)
- 243 (1884: 9 de febrero)
- 247 (1884: 3 de marzo)
- 251 (1884: 24 de marzo)
- 259 (1884: 29 de mayo)
- 276 (1884: 3 de noviembre)
- 277 (1884: 5 de diciembre)
- 284 (1885: 26 de enero)
- 288 (1885: 16 de febrero)
- 296 (1885: 2 de marzo)
- 301 (1885: 11 de marzo)
- 308 (1885: 30 de marzo)
- 331 (1885: 28 de octubre)
- 340 (1885: 24 de diciembre)
- 347 (1886: 25 de enero)
- 368 (1886: 26 de mayo)
- 381 (1886: 30 de octubre)
- 414 (1887: 30 de octubre)
- 451 (1888: 7 de marzo)
- 452 (1888: 8 de marzo)
- 459 (1888: 21 de marzo)
- 479 (1888: 10 de septiembre)
- 502 (1889: 6 de febrero)

- 507 (1889: 14 de febrero)
- 510 (1889: 25 de febrero)
- 518 (1889: 22 de marzo)
- 519 (1889: 5 de abril)
- 527 (1889: 26 de mayo)
- 535 (1889: 11 de octubre)
- 556 (1890: 14 de abril)
- 598 (1891: 23 de febrero)
- 605 (1891: 16 de marzo)
- 611 (1891: 10 de abril)
- 642 (1891: 26 de octubre)
- 665 (1892: 16 de febrero)
- 671 (1892: 18 de marzo)
- 674 (1892: 1 de abril)
- 695 (1892: 29 de junio)
- 709 (1892: 18 de noviembre)
- 725 (1893: 20 de marzo)
- 808 (1894: 25 de julio)
- 812 (1894: 11 de agosto)
- 838 (1895: 16 de febrero)
- 854 (1895: 28 de abril)
- 857 (1895: 1 de mayo)
- 859 (1895: 12 de mayo)
- 884 (1895: 13 de septiembre)
- 910 (1896: 10 de febrero)
- 913 (1896: 18 de febrero)
- 916 (1896: 4 de marzo)
- 919 (1896: 10 de marzo)
- 928 (1896: 8 de abril)
- 967 (1896: 31 de octubre)
- 991 (1897: 3 de marzo)
- 994 (1897: 9 de marzo)
- 1095 (1899: 21 de febrero)
- 1225 (1901: 18 de marzo)
- 1228 (1901: 28 de marzo)
- 1233 (1901: 11 de abril)
- 1263 (1902: 12 de febrero)
- 1265 (1902: 26 de febrero)

- 1269 (1902: 9 de abril)
- 1274 (1902: 6 de mayo)
- 1342 (1905: 5 de septiembre)

- **Ramón Menéndez Pidal**
 - 1140 (1899: 27 de diciembre)
 - 1145 (1900: 11 de enero)

- **José León Mera**
 - 729 (1893: 15 de abril)

- **José Trajano Mera**
 - 699 (1892: 9 de agosto)
 - 702 (1892: 25 de agosto)
 - 834 (1895: 7 de febrero)

- **Ramón de Mesonero Romanos**
 - 5 (1864: 29 de julio)
 - 8 (1864: 17 de octubre)
 - 10 (1864: 4 de noviembre)
 - 11 (1864: 15 de noviembre)
 - 61 (1876: 18 de agosto)
 - 109 (1877: 7 de agosto)
 - 116 (1877: 3 de octubre)
 - 117 (1877: 17 de octubre)
 - 141 (1878: 5 octubre)
 - 144 (1878: 11 de noviembre)
 - 149 (1879: 18 de enero)
 - 155 (1879: 12 de febrero)
 - 174 (1880: 26 de marzo)
 - 177 (1880: 15 de abril)
 - 178 (1880: 23 de abril)
 - 183 (1880: 19 de agosto)
 - 198 (1881: 6 de abril)

- **Apeles Mestres**
 - 1292 (1903: 13 de enero)
 - 1301 (1903: 20 de abril)

- **Manuel F. Miguélez**
 - 626 (1891: 9 de junio)
 - 1347 (1905: 26 de diciembre)

- **Luis Millares**
 - 820 (1894: 12 de diciembre)
 - 851 (1895: 15 de abril)

- **Francisco Miquel y Badía**
 - 241 (1884: 4 de febrero)
 - 293 (1885: 27 de febrero)
 - 447 (1888: 14 de febrero)
 - 666 (1892: 24 de febrero)
 - 668 (1892: 5 de marzo)
 - 712 (1892: 2 de diciembre)

- **Caridad, Viuda de Miquel i Badía**
 - 1115 (1899: 2 de junio)

- **Hermenegildo Miralles**
 - 1073 (1898: 24 de noviembre)

- **Pedro Miranda Carnero**
 - 1049 (1898: 10 de junio)
 - 1164 (1900: 3 de abril)

- **Jesús de Monasterio**
 - 758 (1893: 11 de diciembre)

- **Luis Montoto**
 - 1062 (1898: 3 de octubre)
 - 1277 (1902: 15 de mayo)

- **Segismundo Moret**
 - 756 (1893: 6 de diciembre)

- **José Morgades y Gil**
 - 767 (1893: 27 de diciembre)

- **Lorenzo Movellán**
 - 972 (1896: 28 de noviembre)
- **Miguel Moya**
 - 560 (1890: 1 de mayo)
 - 693 (1892: 23 de junio)
- **Conrado Muñíos Saenz**
 - 409 (1887: 16 de junio)
- **Manuel Mulledos**
 - 239 (1884: 29 de enero)
- **Juan J. Muñoz Pabón**
 - 1222 (1901: 6 de marzo)
 - 1235 (1901: 1 de mayo)
 - 1259 (1901: 28 de diciembre)
- **Ake W:son Munthe**
 - 1025 (1897: 22 de diciembre)
- **José Navarrete**
 - 925 (1896: 26 de marzo)
- **Conde de las Navas, Juan Gualberto López Valdemoro**
 - 1011 (1897: 11 de septiembre)
- **Rafael Obligado**
 - 191 (1881: 21 de febrero)
 - 393 (1887: 21 de febrero)
- **Carlos María Ocantos**
 - 655 (1891: 14 de diciembre)
 - 1007 (1897: 14 de junio)
 - 1056 (1898: 17 de agosto)
 - 1083 (1899-1900?: diciembre - enero)
- **Juan Ochoa**
 - 1046 (1898: 16 de mayo)

- **Jacinto Octavio Picón**
 - 1071 (1898: 19 de noviembre)

- **Ricardo Olan**
 - 153 (1879: 30 de enero)
 - 245 (1884: 21 de febrero)

- **Juan Oliva**
 - 770 (1893: 30 de diciembre)

- **Narciso Oller**
 - 238 (1884: 25 de enero)
 - 246 (1884: 27 de febrero)
 - 256 (1884: 4 de mayo)
 - 261 (1884: 31 de mayo)
 - 265 (1884: 21 de junio)
 - 269 (1884: 31 de julio)
 - 271 (1884: 11 de octubre)
 - 274 (1884: 16 de octubre)
 - 279 (1884: 8 de diciembre)
 - 281 (1884: 31 de diciembre)
 - 283 (1885: 15 de enero)
 - 289 (1885: 19 de febrero)
 - 294 (1885: 28 de febrero)
 - 302 (1885: 17 de marzo)
 - 310 (1885: 8 de abril)
 - 315 (1885: 20 de abril)
 - 318 (1885: 11 de junio)
 - 319 (1885: 20 de julio)
 - 325 (1885: 29 de septiembre)
 - 334 (1885: 9 de noviembre)
 - 336 (1885: 3 de diciembre)
 - 348 (1886: 27 de enero)
 - 359 (1886: 26 de marzo)
 - 365 (1886: 14 de mayo)
 - 376 (1886: 22 de agosto)
 - 384 (1886: 12 de noviembre)
 - 390 (1886: 26 de diciembre)
 - 395 (1887: 28 de febrero)

- 410 (1887: 22 de julio)
- 416 (1887: 2 de noviembre)
- 431 (1888: 8 de enero)
- 434 (1888: 19 de enero)
- 446 (1888: 14 de febrero)
- 455 (1888: 15 de marzo)
- 473 (1888: 2 de mayo)
- 476 (1888: 14 de julio)
- 477 (1888: 31 de julio)
- 480 (1888: 17 de septiembre)
- 483 (1888: 4 de noviembre)
- 496 (1889: 19 de enero)
- 509 (1889: 20 de febrero)
- 536 (1889: 16 de octubre)
- 544 (1889: 29 de diciembre)
- 549 (1890: 11 de marzo)
- 575 (1890: 30 de septiembre)
- 579 (1890: 17 de octubre)
- 580 (1890: 25 de octubre)
- 582 (1890: 7 de noviembre)
- 585 (1890: 5 de diciembre)
- 586 (1891: 4 de enero)
- 589 (1891: 15 de enero)
- 592 (1891: 31 de enero)
- 601 (1891: 8 de marzo)
- 602 (1891: 10 de marzo)
- 607 (1891: 20 de marzo)
- 612 (1891: 12 de abril)
- 617 (1891: 23 de abril)
- 620 (1891: 2 de mayo)
- 628 (1891: 16 de junio)
- 633 (1891: 5 de septiembre)
- 640 (1891: 9 de octubre)
- 657 (1891: 18 de diciembre)
- 669 (1892: 7 de marzo)
- 676 (1892: 6 de abril)
- 679 (1892: 22 de abril)
- 680 (1892: 25 de abril)
- 686 (1892: 7 de junio)

- 687 (1892: 9 de junio)
- 694 (1892: 24 de junio)
- 697 (1892: 8 de julio)
- 698 (1892: 6 de agosto)
- 705 (1892: 4 de octubre)
- 706 (1892: 21 de octubre)
- 713 (1892: 7 de diciembre)
- 715 (1892: 17 de diciembre)
- 722 (1893: 16 de febrero)
- 730 (1893: 17 de abril)
- 731 (1893: 28 de abril)
- 734 (1893: 3 de junio)
- 739 (1893: 21 de julio)
- 744 (1893: 1 de septiembre)
- 747 (1893: 21 de octubre)
- 750 (1893: 7 de noviembre)
- 751 (1893: 11 de noviembre)
- 753 (1893: 26 de noviembre)
- 762 (1893: 17 de diciembre)
- 763 (1893: 19 de diciembre)
- 772 (1894: 2 de enero)
- 776 (1894: 22 de enero)
- 779 (1894: 1 de febrero)
- 782 (1894: 12 de febrero)
- 784 (1894: 23 de febrero)
- 786 (1894: 3 de marzo)
- 788 (1894: 8 de marzo)
- 791 (1894: 13 de marzo)
- 792 (1894: 17 marzo)
- 793 (1894: 21 de marzo)
- 794 (1894: 27 de marzo)
- 798 (1894: 13 de abril)
- 799 (1894: 16 de abril)
- 800 (1894: 20 de abril)
- 801 (1894: 20 de abril)
- 802 (1894: 5 de mayo)
- 803 (1894: 28 de mayo)
- 804 (1894: 6 de junio)
- 805 (1894: 12 de junio)

- 806 (1894: 26 de junio)
- 807 (1894: 14 de julio)
- 813 (1894: 12 de agosto)
- 815 (1894: 24 d agosto)
- 816 (1894: 8 de octubre)
- 818 (1894: 1 de diciembre)
- 819 (1894: 6 de diciembre)
- 821 (1894: 19 de diciembre)
- 822 (1894: 22 de diciembre)
- 823 (1895: 2 de enero)
- 830 (1895: 28 de enero)
- 832 (1895: 1 de febrero)
- 842 (1895: 27 de febrero)
- 849 (1895: 14 de abril)
- 861 (1895: 25 de mayo)
- 862 (1895: 28 de mayo)
- 866 (1895: 3 de junio)
- 869 (1895: 23 de junio)
- 876 (1895: 16 de julio)
- 882 (1895: 3 de septiembre)
- 891 (1895: 23 de octubre)
- 893 (1895: 5 de noviembre)
- 895 (1895: 22 de noviembre)
- 897 (1895: 16 de diciembre)
- 898 (1895: 20 de diciembre)
- 899 (1895: 30 de diciembre)
- 901 (1896: 7 de enero)
- 902 (1896: 18 de enero)
- 903 (1896: 22 de enero)
- 904 (1896: 25 de enero)
- 905 (1896: 26 de enero)
- 906 (1896: 1 de febrero)
- 911 (1896: 17 de febrero)
- 921 (1896: 12 de marzo)
- 924 (1896: 24 de marzo)
- 931 (1896: 25 de abril)
- 948 (1896: 9 de junio)
- 950 (1896: 20 de junio)
- 953 (1896: 3 de julio)

- 960 (1896: 27 de agosto)
- 968 (1896: 5 de noviembre)
- 973 (1896: 9 de diciembre)
- 990 (1897: 28 de febrero)
- 999 (1897: 6 de abril)
- 1001 (1897: 28 de abril)
- 1005 (1897: 12 de junio)
- 1010 (1897: 1 de septiembre)
- 1013 (1897: 1 de octubre)
- 1014 (1897: 21 de octubre)
- 1022 (1897: 30 de noviembre)
- 1026 (1897: 29 de diciembre)
- 1034 (1898: 23 de marzo)
- 1038 (1898: 20 de abril)
- 1042 (1898: 29 de abril)
- 1064 (1898: 6 de octubre)
- 1075 (1898: 7 de diciembre)
- 1079 (1898: 20 de diciembre)
- 1089 (1899: 11 de febrero)
- 1103 (1899: 14 de marzo)
- 1109 (1899: 14 de abril)
- 1130 (1899: 13 de octubre)
- 1131 (1899: 24 de octubre)
- 1137 (1899: 19 de diciembre)
- 1147 (1900: 19 de enero)
- 1163 (1900: 31 de marzo)
- 1172 (1900: 5 de junio)
- 1177 (1900: 25 de junio)
- 1203 (1900: 22 de octubre)
- 1210 (1900: 18 de noviembre)
- 1216 (1901: 11 de enero)
- 1219 (1901: 16 de febrero)
- 1252 (1901: 26 de octubre)
- 1258 (1901: 20 de diciembre)
- 1261 (1902: 28 de enero)
- 1278 (1902: 14 de junio)
- 1279 (1902: 2 de julio)
- 1286 (1902: 25 de octubre)
- 1288 (1902: 19 de noviembre)

- 1309 (1903: 3 de octubre)
- 1315 (1903: 15 de diciembre)
- 1325 (1904: 14 de mayo)
- 1334 (1904: 12 de noviembre)
- 1338 (1905: 24 de mayo)
- 1343 (1905: 26 de septiembre)
- 1348 (1905: 29 de diciembre)
- 1349 (1906: 4 de febrero)

- **Agustín Ondovilla**
 - 974 (1896: 14 de diciembre)

- **José Ortega Munilla**
 - 295 (1885: 28 de febrero)

- **Luis Felipe Ortiz**
 - 726 (1893: 22 de marzo)

- **Alfonso Ortiz de la Torre**
 - 584 (1890: 4 de diciembre)
 - 591 (1891: 31 de enero)
 - 593 (1891: 4 de febrero)
 - 597 (1891: 19 de febrero)
 - 606 (1891: 17 de marzo)
 - 644 (1891: 6 de noviembre)
 - 646 (1891: 13 de noviembre)
 - 647 (1891: 26 de noviembre)
 - 654 (1891: 11 de diciembre)
 - 658 (1892: 4 de enero)
 - 735 (1893: 12 de junio)
 - 754 (1893: 2 de diciembre)
 - 783 (1894: 22 de febrero)
 - 1027 (1898: 1 de enero)
 - 1057 (1898: 23 de agosto)
 - 1146 (1900: 15 de enero)
 - 1148 (1900: 23 de enero)
 - 1150 (1900: 4 de febrero)
 - 1154 (1900: 23 de febrero)
 - 1158 (1900: 12 de marzo)

- 1160 (1900: 17 de marzo)
- 1162 (1900: 21 de marzo)
- 1173 (1900: 6 de junio)
- 1290 (1902: 30 de diciembre)
- 1318 (1903: 12 de diciembre)
- 1329 (1904: 24 de junio)
- 1336 (1905: 8 de abril)
- 1339 (1905: 29 de mayo)

- **Calixto Oyuela**
 - 649 (1891: 1 de diciembre)

- **Aniceto de Pagés**
 - 1231 (1901: 6 de abril)

- **Armando Palacio Valdés**
 - 252 (1884: 4 de abril)
 - 264 (1884: 7 de junio)
 - 397 (1887: 26 de marzo)
 - 463 (1888: 30 de marzo)
 - 526 (1889: 20 de mayo)
 - 1270 (1902: 11 de abril)
 - 1350 (1906: 18 de febrero)

- **José A. Panicaire**
 - 1015 (1897: 26 de octubre)

- **Emilia Pardo Bazán**
 - 233 (1883: 21 de diciembre)
 - 550 (1890: 28 de marzo)
 - 573 (1890: 25 de septiembre)

- **Leopoldo Pardo Iruleta**
 - 1174 (1900: 9 de junio)

- ***Patria. Album* [Al Director]**
 - 1040 (1898: 21 de abril)

- **Isaac Pavlovsky**
 - 627 (1891: 16 de junio)
 - 639 (1891: 8 de octubre)
 - 643 (1891: 3 de noviembre)
- **Isaac Peamon**
 - 1107 (1899: marzo)
- **Eduardo de la Pedraja**
 - 952 (1896: 30 de junio)
- **Mariano Pedrero**
 - 954 (1896: 10 de julio)
- **N. Pedrero**
 - 565 (1890: 10 de julio)
- **«Pedro Sánchez» [J.M. Quintanilla]**
 - 371 (1886: 21 de junio)
- **Juan Pérez Caballero**
 - 239 (1884: 29 de enero)
- **Fernando Pérez de Camino**
 - 514 (1889: 10 de marzo)
- **Benito Pérez Galdós**
 - 47 (1872: 15 de enero)
 - 48 (1872: 3 de febrero)
 - 50 (1872: 6 de marzo)
 - 52 (1872: 26 de diciembre)
 - 66 (1876: 26 de octubre)
 - 71 (1876: 6 de diciembre)
 - 74 (1877: 9 de enero)
 - 77 (1877: 9 de febrero)
 - 80 (1877: 16 de febrero)
 - 81 [1877: 17 de febrero]
 - 88 (1877: 13 de marzo)
 - 91 (1877: 26 de marzo)

- 102 (1877: 17 de mayo)
- 106 (1877: 18 de junio)
- 120 (1877: 3 de noviembre)
- 121 [1877]
- 128 (1878: 6 de marzo)
- 135 (1878: 17 de abril)
- 139 (1878: 27 de julio)
- 146 (1878: 14 de noviembre)
- 148 (1879: 10 de enero)
- 160 (1879: 29 de marzo)
- 166 (1879: 4 de julio)
- 189 (1880: 13 de diciembre)
- 197 (1881: 26 de marzo)
- 205 (1881: 17 de octubre)
- 207 (1881: 22 de octubre)
- 210 (1881: 10 de noviembre)
- 211 (1881: 18 de noviembre)
- 212 (1881: 17 de diciembre)
- 213 (1881: 26 de diciembre)
- 215 (1882: 4 de abril)
- 216 (1882: 16 de abril)
- 217 (1882: 24 de abril)
- 219 (1882: 4 de mayo)
- 226 (1883: 23 de febrero)
- 227 (1883: 10 de marzo)
- 250 (1884: 20 de marzo)
- 253 (1884: 11 de abril)
- 268 (1884: 18 de julio)
- 280 (1884: 16 de diciembre)
- 290 (1885: 20 de febrero)
- 307 (1885: 30 de marzo)
- 312 (1885: 10 de abril)
- 313 (1885: 14 de abril)
- 317 (1885: 6 de junio)
- 333 (1885: 8 de noviembre)
- 344 (1886: 1 de enero)
- 350 (1886: 7 de febrero)
- 351 (1886: 1 de marzo)
- 352 (1886: ¿1 de marzo?)

- 353 (1886: 2 de marzo)
- 355 (1886: 10 de marzo)
- 357 (1886: 20 de marzo)
- 373 (1886: 7 de julio)
- 377 (1886: 27 de septiembre)
- 379 (1886: 21 de octubre)
- 383 (1886: 9 de noviembre)
- 387 (1886: 2 de diciembre)
- 392 (1887: 15 de febrero)
- 396 (1887: 11 de marzo)
- 399 (1887: 2 de abril)
- 400 (1887: 2 de abril)
- 405 (1887: 3 de mayo)
- 417 (1887: 6 de noviembre)
- 422 (1887: 5 de diciembre)
- 430 (1888: 7 de enero)
- 439 (1888: 30 de enero)
- 444 (1888: 9 de febrero)
- 464 (1888: 30 de marzo)
- 466 (1888: 5 de abril)
- 471 (1888: 26 de abril)
- 474 (1888: 9 de mayo)
- 486 (1888: 3 de diciembre)
- 488 (1888: 11 de diciembre)
- 495 (1889: 18 de enero)
- 498 (1889: 29 de enero)
- 503 (1889: 9 de febrero)
- 505 (1889: 10 de febrero)
- 512 (1889: 6 de marzo)
- 517 (1889: 21 de marzo)
- 520 (1889: 15 de abril)
- 522 (1889: 29 de abril)
- 532 (1889: 17 de junio)
- 534 (1889: 6 de septiembre)
- 545 (1890: 8 de enero)
- 548 (1890: 26 de febrero)
- 563 (1890: 12 de junio)
- 636 (1891: 12 de septiembre)
- 637 (1891: 13 de septiembre)

- 663 (1892: 9 de febrero)
- 675 (1892: 2 de abril)
- 720 (1893: 6 de enero)
- 724 (1893: 8 de marzo)
- 728 (1893: 12 de abril)
- 733 (1893: 15 de mayo)
- 736 (1893: 16 de junio)
- 737 (1893: 20 de junio)
- 755 (1893: 4 de diciembre)
- 760 (1893: 16 de diciembre)
- 761 (1893: 17 de diciembre)
- 768 (1893: 28 de diciembre)
- 771 (1894: 1 de enero)
- 773 (1894: 9 de enero)
- 777 (1894: 23 de enero)
- 778 (1894: 28 de enero)
- 780 (1894: 4 de febrero)
- 781 (1894: 5 de febrero)
- 785 (1894: 28 de febrero)
- 787 (1894: 4 de marzo)
- 789 (1894: 10 de marzo)
- 827 (1895: 10 de enero)
- 828 (1895: 23 de enero)
- 848 (1895: 14 de abril)
- 894 (1895: 20 de noviembre)
- 955 (1896: 24 de julio)
- 956 (1896: 9 de agosto)
- 957 (1896: 17 de agosto)
- 963 (1896: 5 de octubre)
- 964 (1896: 20 de octubre)
- 966 (1896: 29 de octubre)
- 977 (1897: 3 de enero)
- 979 (1897: 21 de enero)
- 980 (1897: 23 de enero)
- 981 (1897: 30 de enero)
- 982 (1897: 3 de febrero)
- 983 (1897: 9 de febrero)
- 984 (1897: 12 de febrero)
- 1004 (1897: 3 de junio)

- 1023 (1897: 5 de diciembre)
- 1024 (1897: 16 de diciembre)
- 1031 (1898: 12 de febrero)
- 1037 (1898: 6 de abril)
- 1047 (1898: 23 de mayo)
- 1048 (1898: 1 de junio)
- 1070 (1898: 5 de noviembre)
- 1077 (1898: 18 de diciembre)
- 1080 (1898: 28 de diciembre)
- 1084 (1899: 4 de enero)
- 1088 (1899: 11 de febrero)
- 1102 (1899: 13 de marzo)
- 1133 (1899: 4 de noviembre)
- 1218 (1901: 5 de febrero)
- 1224 (1901: 15 de marzo)
- 1260 (1902: 10 de enero)
- 1271 (1902: 20 de abril)
- 1282 (1902: 16 de julio)
- 1289 (1902: 29 de diciembre)
- 1302 (1903: 29 de abril)
- 1322 (1904: 27 de febrero)
- 1346 (1905: 3 de diciembre)

- **Alfonso Pérez Nieva**
 - 926 (1896: marzo)

- **Isidro Pérez y Uliva**
 - 239 (1884: 29 de enero)

- **José del Perojo**
 - 845 (1895: 16 de marzo)

- **Gonzalo Picón Febres**
 - 1135 (1899: 14 de noviembre)

- **José Pin i Soler**
 - 656 (1891: 18 de diciembre)
 - 1125 (1899: 2 de agosto)

- **Jesús Plegueruelo**
 - 1280 (1902: 11 de julio)

- **Victoriano Polanco**
 - 514 (1889: 10 de marzo)

- **José Pollés**
 - 770 (1893: 30 de diciembre)

- **Manuel Polo y Peyrolón**
 - 94 (1877: 29 de marzo)
 - 98 (1877: 24 de abril)
 - 111 (1877: 9 de agosto)
 - 112 (1877: 2 de septiembre)
 - 125 (1877: 27 de noviembre)
 - 126 (1878: 25 de enero)
 - 130 (1878: 22 de marzo)
 - 147 (1878: 28 de noviembre)
 - 159 (1879: 19 de marzo)
 - 161 (1879: 8 de mayo)
 - 181 (1880: 1 de julio)
 - 188 (1880: 27 de noviembre)
 - 196 (1881: 24 de marzo)
 - 200 (1881: 12 de abril)
 - 202 (1881: 30 de abril)
 - 220 (1882: 7 de mayo)
 - 223 (1882: 4 de julio)
 - 230 (1883: 6 de octubre)
 - 232 (1883: 29 de noviembre)
 - 236 (1884: 5 de enero)
 - 254 (1884: 12 de abril)
 - 255 (1884: 4 de mayo)
 - 257 (1884: 11 de mayo)
 - 258 (1884: 16 de mayo)
 - 262 (1884: 31 de mayo)
 - 311 (1885: 9 de abril)
 - 343 (1885: 28 de diciembre)
 - 362 (1886: 3 de abril)
 - 366 (1886: 17 de mayo)

- 570 (1890: 1 de septiembre)
- 645 (1891: 9 de noviembre)
- 677 (1892: 10 de abril)
- 688 (1892: 10 de junio)
- 752 (1893: 21 de noviembre)
- 764 (1893: 26 de diciembre)
- 765 (1893: 27 de diciembre)
- 775 (1894: 15 de enero)
- 839 (1895: 16 de febrero)
- 918 (1896: 10 de marzo)
- 1198 (1900: 6 de octubre)

- **Carlos Pombo**
 - 1155 (1900: 2 de marzo)

- **Josep Pous i Pagés**
 - 1061 (1898: 22 de septiembre)

- **Julio Pellicer**
 - 1156 (1900: 4 de marzo)

- **Jacques Porcher**
 - 1030 (1898: 29 de enero)
 - 1033 (1898: 22 de febrero)

- **Gregorio Pueyo**
 - 1168 (1900: abril)

- **Fernando de Querol**
 - 1287 (1902: 27 de octubre)

- **Antonio Quesada**
 - 1090 (1899: 16 de febrero)

- **José María Quijano**
 - 885 (1895: 15 de septiembre)

• **José María Quintanilla**

- 305 (1885: 21 de marzo)
- 412 (1887: 11 de octubre)
- 413 (1887: 22 de octubre)
- 415 (1887: 31 de octubre)
- 423 (1887: 6 de diciembre)
- 424 (1887: 14 de diciembre)
- 425 (1887: 22 de diciembre)
- 429 (1888: 4 de enero)
- 432 (1888: 14 de enero)
- 436 (1888: 24 de enero)
- 437 (1888: 26 de enero)
- 441 (1888: 31 de enero)
- 448 (1888: 1 de marzo)
- 461 (1888: 21 de marzo)
- 484 (1888: 4 de noviembre)
- 489 (1888: 21 de diciembre)
- 492 (1889: 16 de enero)
- 497 (1889: 22 de enero)
- 521 (1889: 16 de abril)
- 524 (1889: 13 de mayo)
- 528 (1889: 27 de mayo)
- 529 (1889: 28 de mayo)
- 613 (1891: 15 de abril)
- 618 (1891: 25 de abril)
- 621 (1891: 3 de mayo)
- 631 (1891: 2 de julio)
- 678 (1892: 20 de abril)
- 681 (1892: 7 de mayo)
- 682 (1892: 17 de mayo)
- 684 (1892: 24 de mayo)
- 691 (1892: 21 de junio)
- 810 (1894: 2 de agosto)
- 811 (1894: 11 de agosto)
- 814 (1894: 17 de agosto)
- 878 (1895: 4 de agosto)
- 880 (1895: 8 de agosto)
- 930 (1896: 16 de abril)
- 932 (1896: 26 de abril)

- 933 (1896: 28 de abril)
- 935 (1896: 7 de mayo)
- 936 (1896: 11 de mayo)
- 937 (1896: 18 de mayo)
- 938 (1896: 20 de mayo)
- 943 (1896: 1 de junio)
- 944 (1896: 3 de junio)
- 945 (1896: 5 de junio)
- 946 (1896: 7 de junio)
- 959 (1896: 25 de agosto)
- 986 (1897: 19 de febrero)
- 988 (1897: 24 de febrero)
- 995 (1897: 11 de marzo)
- 1045 (1898: 13 de mayo)
- 1112 (1899: 21 de abril)
- 1121 (1899: 5 de julio)
- 1170 (1900: 18 de mayo)
- 1175 (1900: 11 de junio)
- 1176 (1900: 24 de junio)
- 1178 (1900: 2 de julio)
- 1238 (1901: 1 de junio)
- 1242 (1901: 9 de julio)
- 1243 (1901: 11 de julio)
- 1250 (1901: 22 de octubre)

- **Sinforoso Quintanilla**
 - 614 (1891: 16 de abril)
 - 615 (1891: 18 de abril)
 - 616 (1891: 22 de abril)
 - 622 (1891: 7 de mayo)
 - 940 (1896: 26 de mayo)
 - 1111 (1899: 16 de abril)

- **Emilio Rabasa**
 - 460 (1888: 21 de marzo)

- **Federico de Ramón**
 - 689 (1892: 10 de junio)

- **Félix Redonnet**
 - 1344 (1905: 7 de noviembre)
- **Juan J. Relosillas**
 - 427 (1887: 29 de diciembre)
- **Aurelio de la Revilla**
 - 316 (1885: 11 de mayo)
- **Arturo Reyes**
 - 567 (1890: 13 de agosto)
 - 927 (1896: 6 de abril)
 - 1000 (1897: 20 de abril)
 - 1241 (1901: 1 de julio)
- **Joaquim Riera y Bertrán**
 - 326 (1885: 3 de octubre)
- **Daniel del Río**
 - 542 (1889: 27 de diciembre)
- **Alfredo del Río Iturralde**
 - 470 (1888: 24 de abril de)
 - 1117 (1899: 15 de junio)
- **Angel de los Ríos y Ríos**
 - 741 (1893: 1 de agosto)
 - 825 (1895: 3 de enero)
 - 829 (1895: 27 de enero)
 - 843 (1895: 28 de febrero)
 - 850 (1895: 15 de abril)
 - 853 (1895: 28 de abril)
 - 863 (1895: 30 de mayo)
 - 867 (1895: 11 de junio)
 - 870 (1895: 29 de junio)
 - 871 (1895: 4 de julio)
 - 872 (1895: 7 de julio)
 - 873 (1895: 13 de julio)
 - 874 (1895: 14 de julio)

- 877 (1895: 25 de julio)
- 886 (1895: 17 de septiembre)
- 914 (1896: 21 de febrero)
- 923 (1896: 21 de marzo)
- 942 (1896: 1 de junio)
- 949 (1896: 15 de junio)
- 961 (1896: 5 de septiembre)
- 998 (1897: 3 de abril)
- 1044 (1898: 8 de mayo)
- 1065 (1898: 14 de octubre)
- 1066 (1898: 17 de octubre)
- 1069 (1898: 27 de octubre)
- 1082 (1898: 30 de diciembre)

- **Alejandro Riquer**
 - 795 (1894: 8 de abril)

- **Francisco Rivas Moreno**
 - 1120 (1899: junio)

- **Valentín Rivero**
 - 1240 (1901: 30 de junio)
 - 1266 (1902: 15 de marzo)
 - 1284 (1902: septiembre)
 - 1299 (1903: 9 de abril)
 - 1317 (1903: 27 de diciembre)

- **Angel Rivero y Méndez**
 - 523 (1889: 10 de mayo)

- **Evaristo Rodríguez de Bedia**
 - 1186 (1900: 14 de agosto)

- **Francisco Rodríguez Marín**
 - 1002 (1897: abril)
 - 1006 (1897: junio)
 - 1257 (1901: 2 de diciembre)

- **Leo Rouanet**
 - 1185 (1900: 10 de agosto)

- **Narciso Roure**
 - 703 (1892: 27 de agosto)

- **Salvador Rueda**
 - 364 (1886: 27 de abril)
 - 401 (1887: 6 de abril)
 - 487 (1888: 6 de diciembre)
 - 551 (1890: 29 de marzo)
 - 555 (1890: 13 de abril)
 - 1217 (1901: 26 de enero)

- **Angel Ruiz**
 - 1003 (1897: 23 de mayo)
 - 1008 (1897: 3 de agosto)
 - 1093 (1899: 20 de febrero)
 - 1097 (1899: 20 de febrero)

- **Luis Ruiz Contreras (hijo)**
 - 515 (1889: 14 de marzo)

- **Luis Ruiz Contreras**
 - 757 (1893: 8 de diciembre)
 - 1181 (1900: 2 de agosto)
 - 1182 (1900: 6 de agosto)
 - 1183 (1900: 7 de agosto)
 - 1184 (1900: 9 de agosto)
 - 1187 (1900: 15 de agosto)
 - 1188 (1900: 19 de agosto)
 - 1192 (1900: 27 de agosto)
 - 1193 (1900: 3 de septiembre)
 - 1194 (1900: 7 de septiembre)
 - 1196 (1900: 18 de septiembre)
 - 1197 (1900: 4 de octubre)
 - 1202 (1900: 19 de octubre)
 - 1205 (1900: 24 de octubre)
 - 1206 (1900: 7 de noviembre)

- 1208 (1900: 13 de noviembre)
- 1211 (1900: 23 de noviembre)
- 1226 (1901: 24 de marzo)
- 1239 (1901: 6 de junio)
- 1245 (1901: 15 de julio)
- 1319 (1903)

- **Carlos Saco del Valle**
 - 1081 (1898: 29 de diciembre)

- **Eugenio Sáenz de Miera**
 - 1236 (1901: 23 de mayo)

- **Mario de la Sala**
 - 716 (1892: 17 de diciembre)

- **Angel Salcedo Ruiz**
 - 403: (1887: 9 de abril)

- **Honorato de Saleta**
 - 844 (1895: 4 de marzo)
 - 896 (1895: 16 de diciembre)

- **Pablo de la Saleta**
 - 941 (1896: 28 de mayo)

- **G. Sancha**
 - 908 (1896: 3 de febrero)

- ***Santander Crema***
 - 237 (1884: 20 de enero)

- **Juan Sardá**
 - 323 (1885: 15 de septiembre)

- **Jaime Seix**
 - 662 (1892: 7 de febrero)
 - 664 (1892: 12 de febrero)

- **Eusebio Sierra**
 - 1204 (1900: 24 de octubre)
- **Sociedad de Socorros Mutuos de Naturales de Santander [Al Presidente]**
 - 303 (1885: 19 de marzo)
- **Conde de Sol, León Carbonero y Sol**
 - 1096 (1899: 24 de febrero)
 - 1099 (1899: 6 de marzo)
- **Rodrigo Soriano**
 - 860 (1895: 22 de mayo)
 - 864 (1895: 1 de junio)
- **Francisco Sosa**
 - 1092 (1899: 19 de febrero)
 - 1254 (1901: 18 de noviembre)
- **Román de la Sota y Lastra**
 - 1283 (1902: 7 de agosto)
- **Mariano Sota Romate**
 - 553 (1890: 9 de abril)
- **Francisco Soto y Calvo**
 - 1101 (1899: 9 de marzo)
- **Victoriano Suárez**
 - 1345 (1905: 15 de noviembre)
- **Antonio Susillo**
 - 947 (1896: 7 de junio)
- **Manuel Tamayo y Baus**
 - 53 (1876: 5 de noviembre)
 - 533 (1889: 18 de junio)
 - 929 (1896: 11 de abril)

- **Jacobo Tello**
 - 659 (1892: 16 de enero)
- **Luis Terán**
 - 707 (1892: 10 de noviembre)
- **Salvador Termiles**
 - 1132 (1899: 31 de octubre)
- **Emilio Thuillier**
 - 1138 (1899: 21 de diciembre)
 - 1142 (1899: 2 de enero)
- **Andrés Torcida**
 - 299 (1885: 5 de marzo)
- **Miguel de Toro y Gómez**
 - 1262 (1902: 30 de enero)
- **Francisco de la Torre**
 - 239 (1884: 29 de enero)
- **Conde de Torreanaz [Luis María de la Torre y de la Hoz]**
 - 406 (1887: 12 de mayo)
- **Armand de Treverret**
 - 328 (1885: 11 de octubre)
- **Ignacio de Urbina**
 - 1310 (1903: 8 de octubre)
- **José L. de Urbina**
 - 1321 (1904: 11 de febrero)
- **Federico Urrecha**
 - 449 (1888: 3 de marzo)
 - 458 (1888: 17 de marzo)
 - 599 (1891: 25 de febrero)

- **Joseph María Valls y Vicens**
 - 600 (1891: 5 de marzo)

- **José Vaucells y Marqués**
 - 700 (1892: 20 de agosto)

- **Mariano Vayreda**
 - 1072 (1898: 23 de noviembre)
 - 1167 (1900: 28 de abril)

- **Federico de la Vega**
 - 224 (1882: 22 de agosto)

- **Juan V. Vergara**
 - 939 (1896: 26 de mayo)

- **Federico de Vial**
 - 562 (1890: 31 de mayo)
 - 574 (1890: 29 de septiembre)
 - 667 (1892: 27 de febrero)
 - 692 (1892: 21 de junio)
 - 985 (1897: 16 de febrero)
 - 989 (1897: 25 de febrero)
 - 996 (1897: 13 de marzo)
 - 1028 (1898: 28 de enero)
 - 1074 (1898: 29 de noviembre)
 - 1086 (1899: 11 de enero)
 - 1104 (1899: 21 de marzo)
 - 1144 (1900: 8 de enero)
 - 1151 (1900: 5 de febrero)
 - 1159 (1900: 16 de marzo)
 - 1166 (1900: 25 de abril)
 - 1169 (1900: 13 de mayo)
 - 1200 (1900: 17 de octubre)
 - 1207 (1900: 12 de noviembre)
 - 1213 (1900: 17 de diciembre)
 - 1221 (1901: 5 de marzo)
 - 1232 (1901: 9 de abril)
 - 1234 (1901: 26 de abril)

- 1248 (1901: 7 de septiembre)
- 1251 (1901: 22 de octubre)
- 1267 (1902: 24 de marzo)
- 1272 (1902: 28 de abril)
- 1294 (1903: 11 de febrero)
- 1323 (1904: 3 de marzo)

- **Cayetano Vidal**
 - 363 (1886: 13 de abril)

- **Duquesa de Villahermosa**
 - 847 (1895: 13 de abril)

- **Baldomero Villegas**
 - 888 (1895: 11 de octubre)
 - 889 (1895: 17 de octubre)
 - 892 (1895: 25 de octubre)

- **Emilio Villelga Rodríguez**
 - 270 (1884: 16 de septiembre)

- **José Vinuesa**
 - 748 (1893: 2 de noviembre)

- **James Carleton Young**
 - 1281 (1902: 12 de julio)
 - 1285 (1902: 5 de octubre)

- **José Yxart**
 - 349 (1886: 28 de enero)
 - 531 (1889: 6 de junio)
 - 541 (1889: 21 de diciembre)
 - 547 (1890: 15 de febrero)
 - 564 (1890: 3 de julio)
 - 566 (1890: 8 de agosto)
 - 568 (1890: 15 de agosto)
 - 571 (1890: 9 de septiembre)
 - 588 (1891: 8 de enero)
 - 603 (1891: 13 de marzo)

- 619 (1891: 26 de abril)
- 624 (1891: 27 de mayo)
- 727 (1893: 23 de marzo)
- 824 (1895: 2 de enero)
- **José Zorrilla**
 - 169 (1880: 11 de febrero)
- **Eduardo Zuleta**
 - 1055 (1898: julio)

CARTAS DE

- **Mariano Catalina**
 - 1331 (1904: 21 de septiembre)
- **José Lázaro Galdiano**
 - 508 (1889: 19 de febrero)
 - 525 (1889: 19 de mayo)
 - 538 (1889: 4 de noviembre)
 - 539 (1889: 11 de noviembre)
 - 634 (1891: 6 de septiembre)
- **José Luis Obregón**
 - 852 (1895: 27 de abril)
- **Manuel Marañón**
 - 143 (1878: 30 de octubre)
- **Marcelino Menéndez Pelayo**
 - 64 (1876: 14 de octubre)
 - 65 (1876: 16? de octubre)
 - 67 (1870: 31 de octubre)
 - 68 (1876: 2 de noviembre)
 - 75 (1877: 1 de febrero)
 - 76 (1877: 3 de febrero)
 - 84 (1877: 21 de febrero)

- 85 (1877: 26 de febrero)
- 92 (1877: 28 de marzo)
- 93 (1877: marzo)
- 96 (1877: 13 de abril)
- 99 (1877: 25 de abril)
- 101 (1877: 13 de mayo)
- 104 (1877: 30 de mayo)
- 118 (1877: 20 de octubre)
- 119 (1877: 2 de noviembre)
- 124 (1877: 23 de noviembre)
- 127 (1878: 20 de febrero)
- 142 (1878: 25 de octubre)
- 150 (1879: 18 de enero)
- 154 (1879: 8 de febrero)
- 158 (1879: 15 de marzo)
- 163 (1879: 24 de mayo)
- 298 (1885: 4 de marzo)
- 335 (1885: 17 de noviembre)
- 346 (1886: 15 de enero)
- 361 (1886: 3 de abril)
- 385 (1886: 20 de noviembre)
- 442 (1888: 4 febrero)
- 457 (1888: 17 de marzo)
- 504 (1889: 10 febrero)
- 513 (1889: 6 de marzo)
- 530 (1889: 6 de junio)
- 559 (1890: 23 de abril)
- 596 (1891: 19 de febrero)
- 604 (1891: 14 de marzo)
- 641 (1891: 22 de octubre)
- 670 (1892: 15 de marzo)
- 673 (1892: 30 de marzo)
- 710 (1892: 23 de noviembre)
- 809 ((1894: 1 de agosto)
- 836 (1895: 12 de febrero)
- 855 (1895: 29 de abril)
- 875 (1895: 16 de julio)
- 881 (1895: 30 de agosto)
- 883 (1895: 11 de septiembre)

- 912 (1896: 17 de febrero)
 - 920 (1896: 12 de marzo)
 - 969 (1896: 11 de noviembre)
 - 1100 (1899: 7 de marzo)
 - 1227 (1901: 25 de marzo)
 - 1264 (1902: 21 de febrero)
 - 1276 (1902: 13 de mayo)
- **Emilia Pardo Bazán**
 - 235 (1884: 2 de enero)
 - 267 (1884: 3 de julio)
 - 300 (1885: 10 de marzo)
 - 374 (1886: 10 de julio)
 - 382 (1886: octubre)
 - 490 (1888: 28 de diciembre)
 - 577 (1890: 9 de octubre)
- **«Pedro Sánchez» [J.M. Quintanilla]**
 - 369 (1886: 9 de junio)
 - 372 (1886: 28 de junio)
- **Benito Pérez Galdós**
 - 70 (1876: 28 de noviembre)
 - 72 (1876: 26 de diciembre)
 - 73 ([1877]: 5 de enero)
 - 78 (1877: 11 de febrero)
 - 86 (1877: 10 de marzo)
 - 89 (1877: 21 de marzo)
 - 90 (1877: 24 de marzo)
 - 105 (1877: 6 de junio)
 - 107 (1877: ?? de junio)
 - 134 (1878: 6 de abril)
 - 138 (1878: 17 de junio)
 - 145 (1878: noviembre [?])
 - 157 (1879: 4 de marzo)
 - 162 (1879: 20 de mayo)
 - 249 (1884: 13 de marzo)
 - 291 (1885: 24 de febrero)
 - 304 (1885: 20 de marzo)

- 443 (1888: 9 de febrero)
- 481 (1888: 10 de octubre)
- 485 (1888: 27 de noviembre)
- 491 (1889: 4 de enero)
- 500 (1889: febrero 1889)
- 501 (1889: 6 de febrero)
- 511 (1889: 2 de marzo)
- 826 (1895: 8 de enero)
- 846 (1895: 18 de marzo)
- 965 (1896: 26 de octubre)
- 1078 (1896: 20 de diciembre)
- 1220 (1901: 1 de marzo)

- **Angel de los Ríos y Ríos**
 - 100 (1877: [2] de mayo)
 - 833 (1895: 3 de febrero)
 - 1043 (1898: 2 de mayo)

- **Emilio Thuillier**
 - 1141 (1899: 28 de diciembre)

- **De Apeles Mestres a Benito Pérez Galdós**
 - 206 (1881: aprox. 17 de octubre)

- **De Marañón a José María Quintanilla**
 - 987 (1897: 21 de febrero)

- **De Alfonso Ortiz de la Torre a Benito Pérez Galdós**
 - 1352 (1906: 2 de marzo)

- **De Sinforoso Quintanilla a Narciso Oller**
 - 746 (1893: 7 de octubre)

- **Por D. Angel de los Ríos a la Reina Regente María Cristina de Habsburgo-Lorena**
 - 868 (1895: 15 de junio)

- **Propuesta de Académico Numerario de Pereda por Juan Valera. Marcelino. Menéndez Pelayo y Manuel Tamayo y Baus**
 - 934 (1896: 1 de mayo)

Índice cronológico

1851

1. A Domingo Cuevas 719
2. A Domingo Cuevas 720

1852

3. A Domingo Cuevas 721

1853

4. A Domingo Cuevas 723

1864

5. A Ramón de Mesonero Romanos 723
6. A Juan Eugenio Hartzenbusch 724
7. A Gumersindo Laverde..... 724
8. A Ramón de Mesonero Romanos 725
9. A Gumersindo Laverde..... 726
10. A Ramón de Mesonero Romanos 728
11. A Ramón de Mesonero Romanos 729
12. A Gumersindo Laverde..... 729
13. A Gumersindo Laverde..... 730
14. A Gumersindo Laverde..... 731
15. A Gumersindo Laverde..... 732
16. A Gumersindo Laverde..... 733

1865

17. A Eduardo Bustillo 734
18. A Juan Eugenio Hartzenbusch 745
19. A Gumersindo Laverde..... 746
20. A Gumersindo Laverde..... 747
21. A Gumersindo Laverde..... 749
22. A Gumersindo Laverde..... 749
23. A Gumersindo Laverde..... 750

1866

24. A Gumersindo Laverde..... 751

1867

25. A Gumersindo Laverde..... 753
26. A Gumersindo Laverde..... 753

1868

27. A Gumersindo Laverde..... 754
28. A Gumersindo Laverde..... 756
29. A Gumersindo Laverde..... 757
30. A Gumersindo Laverde..... 759

1869

31. A Gumersindo Laverde..... 760
32. A Gumersindo Laverde..... 761
33. A Gumersindo Laverde..... 763
34. A Gumersindo Laverde..... 764
35. A Gumersindo Laverde..... 764
36. A Gumersindo Laverde..... 765
37. A Gumersindo Laverde..... 767
38. A Gumersindo Laverde..... 768
39. A Gumersindo Laverde..... 769

1870

40. A Gumersindo Laverde..... 771
41. A Gumersindo Laverde..... 772
42. A Gumersindo Laverde..... 773
43. A Gumersindo Laverde..... 775
44. A Gumersindo Laverde..... 776
45. A Gumersindo Laverde..... 776

1871

46. A Gumersindo Laverde..... 777

1872

| | | |
|-----|-----------------------------|-----|
| 47. | A Benito Pérez Galdós | 778 |
| 48. | A Benito Pérez Galdós | 778 |
| 49. | A Gumersindo Laverde..... | 780 |
| 50. | A Benito Pérez Galdós | 781 |
| 51. | A Gumersindo Laverde..... | 782 |
| 52. | A Benito Pérez Galdós | 783 |

1873

| | | |
|-----|---|-----|
| 53. | A Manuel Tamayo y Baus, Secretario de la R. Academia Española.... | 784 |
| 54. | A Juan..... | 790 |
| 55. | A Gumersindo Laverde..... | 791 |

1876

| | | |
|-----|------------------------------------|-----|
| 56. | A Gumersindo Laverde..... | 792 |
| 57. | A Gumersindo Laverde..... | 794 |
| 58. | A Gumersindo Laverde..... | 795 |
| 59. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 797 |
| 60. | A Gumersindo Laverde..... | 797 |
| 61. | A Ramón de Mesonero Romanos | 799 |
| 62. | A Gumersindo Laverde..... | 800 |
| 63. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 801 |
| 64. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 802 |
| 65. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 810 |
| 66. | A Benito Pérez Galdós | 811 |
| 67. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 813 |
| 68. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 822 |
| 69. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 823 |
| 70. | De Benito Pérez Galdós | 825 |
| 71. | A Benito Pérez Galdós | 827 |
| 72. | De Benito Pérez Galdós | 829 |

1877

| | | |
|-----|------------------------------|-----|
| 73. | De Benito Pérez Galdós | 832 |
| 74. | A Benito Pérez Galdós | 833 |

| | | |
|------|------------------------------------|-----|
| 75. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 834 |
| 76. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 842 |
| 77. | A Benito Pérez Galdós | 844 |
| 78. | De Benito Pérez Galdós | 849 |
| 79. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 850 |
| 80. | A Benito Pérez Galdós | 851 |
| 81. | A Benito Pérez Galdós | 852 |
| 82. | A Gumersindo Laverde..... | 853 |
| 83. | A José María | 855 |
| 84. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 856 |
| 85. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 862 |
| 86. | De Benito Pérez Galdós | 863 |
| 87. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 868 |
| 88. | A Benito Pérez Galdós | 869 |
| 89. | De Benito Pérez Galdós | 878 |
| 90. | De Benito Pérez Galdós | 880 |
| 91. | A Benito Pérez Galdós | 881 |
| 92. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 886 |
| 93. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 888 |
| 94. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 895 |
| 95. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 895 |
| 96. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 897 |
| 97. | A Gumersindo Laverde..... | 904 |
| 98. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 907 |
| 99. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 908 |
| 100. | De Ángel de los Ríos..... | 910 |
| 101. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 915 |
| 102. | A Benito Pérez Galdós | 926 |
| 103. | A Gumersindo Laverde..... | 927 |
| 104. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 928 |
| 105. | De Benito Pérez Galdós | 929 |
| 106. | A Benito Pérez Galdós | 932 |
| 107. | De Benito Pérez Galdós | 934 |
| 108. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 936 |
| 109. | A Ramón de Mesonero Romanos | 936 |
| 110. | A Gumersindo Laverde..... | 937 |

| | | |
|------|--------------------------------------|-----|
| 111. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 938 |
| 112. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 940 |
| 113. | Al Director de <i>El Aviso</i> | 941 |
| 114. | Al Director de <i>El Aviso</i> | 944 |
| 115. | A Gumersindo Laverde..... | 945 |
| 116. | A Ramón de Mesonero Romanos | 946 |
| 117. | A Ramón de Mesonero Romanos | 947 |
| 118. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 947 |
| 119. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 949 |
| 120. | A Benito Pérez Galdós | 950 |
| 121. | A Benito Pérez Galdós | 951 |
| 122. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 952 |
| 123. | A Gumersindo Laverde..... | 953 |
| 124. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 954 |
| 125. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 956 |

1878

| | | |
|------|-----------------------------------|-----|
| 126. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 957 |
| 127. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 958 |
| 128. | A Benito Pérez Galdós | 959 |
| 129. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 961 |
| 130. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 962 |
| 131. | A Gumersindo Laverde..... | 963 |
| 132. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 964 |
| 133. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 966 |
| 134. | De Benito Pérez Galdós | 967 |
| 135. | A Benito Pérez Galdós | 968 |
| 136. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 970 |
| 137. | A Gumersindo Laverde..... | 971 |
| 138. | De Benito Pérez Galdós | 972 |
| 139. | A Benito Pérez Galdós | 974 |
| 140. | A Gumersindo Laverde..... | 976 |
| 141. | A Ramón de Mesonero Romanos | 978 |
| 142. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 979 |
| 143. | De Manuel Marañón | 980 |
| 144. | A Ramón de Mesonero Romanos | 981 |

| | | |
|------|-------------------------------|-----|
| 145. | De Benito Pérez Galdós | 982 |
| 146. | A Benito Pérez Galdós | 983 |
| 147. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 984 |

1879

| | | |
|------|-------------------------------------|------|
| 148. | A Benito Pérez Galdós | 985 |
| 149. | A Ramón de Mesonero Romanos | 987 |
| 150. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 988 |
| 151. | A Gumersindo Laverde..... | 988 |
| 152. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 990 |
| 153. | Variedades. Al Ricardo Olanan | 991 |
| 154. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 995 |
| 155. | A Ramón de Mesonero Romanos | 997 |
| 156. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 997 |
| 157. | De Benito Pérez Galdós | 998 |
| 158. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1000 |
| 159. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1001 |
| 160. | A Benito P. Galdós..... | 1002 |
| 161. | Al Manuel Polo y Peyrolón..... | 1005 |
| 162. | De Benito Pérez Galdós | 1006 |
| 163. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1007 |
| 164. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1008 |
| 165. | A Gumersindo Laverde..... | 1010 |
| 166. | A Benito Pérez Galdós | 1011 |
| 167. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1012 |

1880

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 168. | A Gumersindo Laverde..... | 1012 |
| 169. | A José Zorrilla | 1014 |
| 170. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1015 |
| 171. | A Sinesio Delgado | 1016 |
| 172. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1017 |
| 173. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1018 |
| 174. | A Ramón de Mesonero Romanos | 1019 |
| 175. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1020 |

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 176. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1021 |
| 177. | A Ramón de Mesonero Romanos | 1022 |
| 178. | A Ramón de Mesonero Romanos | 1023 |
| 179. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1023 |
| 180. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1025 |
| 181. | A Manuel Polo y Peyrolón | 1025 |
| 182. | A Gumersindo Laverde..... | 1027 |
| 183. | A Ramón de Mesonero Romanos | 1029 |
| 184. | A Gumersindo Laverde..... | 1030 |
| 185. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1030 |
| 186. | A Gumersindo Laverde..... | 1032 |
| 187. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1033 |
| 188. | A Manuel Polo y Peyrolón | 1034 |
| 189. | A Benito Pérez Galdós | 1035 |

1881

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 190. | A Gumersindo Laverde..... | 1036 |
| 191. | A Rafael Obligado | 1037 |
| 192. | A Antonio L. Bustamante | 1038 |
| 193. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1039 |
| 194. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1040 |
| 195. | A Gumersindo Laverde..... | 1041 |
| 196. | A Manuel Polo y Peyrolón | 1042 |
| 197. | A Benito Pérez Galdós | 1043 |
| 198. | A Ramón de Mesonero Romanos | 1044 |
| 199. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1044 |
| 200. | A Manuel Polo y Peyrolón | 1046 |
| 201. | A Gumersindo Laverde..... | 1047 |
| 202. | A Manuel Polo y Peyrolón | 1048 |
| 203. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1049 |
| 204. | A Gumersindo Laverde..... | 1050 |
| 205. | A Benito Pérez Galdós | 1051 |
| 206. | A D. Benito Pérez Galdós | 1052 |
| 207. | A Benito Pérez Galdós | 1052 |
| 208. | A Gumersindo Laverde..... | 1053 |
| 209. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1054 |

| | | |
|------|--|------|
| 210. | A Benito Pérez Galdós | 1055 |
| 211. | A Benito Pérez Galdós | 1056 |
| 212. | A Benito Pérez Galdós | 1057 |
| 213. | A Benito Pérez Galdós | 1058 |
| 214. | Dictamen del Jurado en el Centenario de Calderón | 1059 |

1882

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 215. | A Benito Pérez Galdós | 1067 |
| 216. | A Benito Pérez Galdós | 1068 |
| 217. | A Benito Pérez Galdós | 1069 |
| 218. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1070 |
| 219. | A Benito Pérez Galdós | 1071 |
| 220. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1072 |
| 221. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1073 |
| 222. | A Miguel Antonio Caro | 1074 |
| 223. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1074 |
| 224. | A Federico de la Vega | 1075 |

1883

| | | |
|----------|-----------------------------------|------|
| 225. | A Gumersindo Laverde..... | 1078 |
| 226. | A Benito Pérez Galdós | 1079 |
| 227. | A Benito Pérez Galdós | 1080 |
| 228. | A Sinesio Delgado | 1081 |
| 229. | A Gumersindo Laverde..... | 1082 |
| 230. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1083 |
| 231. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1084 |
| 232. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1085 |
| 232 bis. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1086 |
| 233. | A Emilia Pardo Bazán | 1087 |
| 234. | A Gumersindo Laverde..... | 1088 |

1884

| | | |
|------|---|------|
| 235. | De Emilia Pardo Bazán | 1089 |
| 236. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1090 |
| 237. | A los Señores Redactores del <i>Santander Crema</i> | 1091 |

| | | |
|------|---|------|
| 238. | A Narciso Oller | 1095 |
| 239. | A Manuel Muledos, Juan Pérez Caballero, Serafín Escalante, Francisco de la Torre y Isidro Pérez y Uliva..... | 1096 |
| 240. | A Leopoldo Alas | 1097 |
| 241. | A Francisco Miquel y Badía..... | 1100 |
| 242. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1101 |
| 243. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1102 |
| 244. | A Víctor Balaguer..... | 1103 |
| 245. | A Ricardo Olaran..... | 1104 |
| 246. | A Narciso Oller | 1108 |
| 247. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1111 |
| 248. | A Leopoldo Alas | 1112 |
| 249. | De Benito Pérez Galdós | 1114 |
| 250. | A Benito Pérez Galdós | 1116 |
| 251. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1117 |
| 252. | A Armando Palacio Valdés | 1118 |
| 253. | A Benito Pérez Galdós | 1119 |
| 254. | A Manuel Polo y Peyrolón | 1120 |
| 255. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1120 |
| 256. | A Narciso Oller | 1121 |
| 257. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1121 |
| 258. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1122 |
| 259. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1124 |
| 260. | A Teodoro Llorente | 1125 |
| 261. | A Narciso Oller | 1125 |
| 262. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1127 |
| 263. | A Víctor Balaguer..... | 1128 |
| 264. | A Armando Palacio Valdés | 1129 |
| 265. | A Narciso Oller | 1130 |
| 266. | A Leopoldo Alas | 1131 |
| 267. | De Emilia Pardo Bazán | 1135 |
| 268. | A Benito Pérez Galdós | 1137 |
| 269. | A Narciso Oller | 1138 |
| 270. | A Emilio Vilelga Rodríguez..... | 1139 |
| 271. | A Narciso Oller | 1141 |
| 272. | A Gumersindo Laverde..... | 1143 |

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 273. | A Leopoldo Alas | 1145 |
| 274. | A Narciso Oller | 1146 |
| 275. | A Leopoldo Alas | 1147 |
| 276. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1149 |
| 277. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1150 |
| 278. | A Leopoldo Alas | 1151 |
| 279. | A Narciso Oller | 1151 |
| 280. | A Benito Pérez Galdós | 1153 |
| 281. | Al Narciso Oller | 1155 |
| 282. | Al Mariano Catalina | 1156 |

1885

| | | |
|------|--|------|
| 283. | A Narciso Oller | 1157 |
| 284. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1158 |
| 285. | «Variedades. Pido la palabra para una alusión personal» | 1159 |
| 286. | Acerca de otra tala de árboles. Sin título, borrador incompleto | 1167 |
| 287. | A Leopoldo Alas | 1168 |
| 288. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1173 |
| 289. | A Narciso Oller | 1174 |
| 290. | A Benito Pérez Galdós | 1175 |
| 291. | De Benito Pérez Galdós | 1176 |
| 292. | A Leopoldo Alas | 1178 |
| 293. | A Francisco Miquel y Badía | 1179 |
| 294. | A Narciso Oller | 1180 |
| 295. | A José Ortega Munilla | 1181 |
| 296. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1182 |
| 297. | A Gumersindo Laverde | 1183 |
| 298. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1184 |
| 299. | A Andrés Torcida | 1185 |
| 300. | De Emilia Pardo Bazán | 1185 |
| 301. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1187 |
| 302. | A Narciso Oller | 1188 |
| 303. | Al Presidente de la Sociedad de Socorros Mutuos de Naturales de Santander | 1190 |

| | | |
|------|---|------|
| 304. | De Benito Pérez Galdós | 1191 |
| 305. | A José María Quintanilla | 1192 |
| 306. | A Leopoldo Alas | 1194 |
| 307. | A Benito Pérez Galdós | 1195 |
| 308. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1196 |
| 309. | A Gumersindo Laverde..... | 1198 |
| 310. | A Narciso Oller | 1199 |
| 311. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1200 |
| 312. | A Benito Pérez Galdós | 1202 |
| 313. | A Benito Pérez Galdós | 1202 |
| 314. | A Leopoldo Alas | 1203 |
| 315. | A Narciso Oller | 1205 |
| 316. | A Aurelio de la Revilla..... | 1205 |
| 317. | A Benito Pérez Galdós | 1209 |
| 318. | A Narciso Oller | 1210 |
| 319. | A Narciso Oller | 1212 |
| 320. | A Gumersindo Laverde..... | 1213 |
| 321. | A Gumersindo Laverde..... | 1215 |
| 322. | A Mariano Catalina | 1217 |
| 323. | A Juan Sardá..... | 1219 |
| 324. | A Mariano Catalina | 1221 |
| 325. | A Narciso Oller | 1222 |
| 326. | A Joaquim Riera i Bertrán | 1225 |
| 327. | A Leopoldo Alas | 1227 |
| 328. | A Armand de Treverret..... | 1228 |
| 329. | A Mariano Catalina | 1230 |
| 330. | A Leopoldo Alas | 1231 |
| 331. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1232 |
| 332. | A Mariano Catalina | 1233 |
| 333. | A Benito Pérez Galdós | 1234 |
| 334. | A Narciso Oller | 1235 |
| 335. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1236 |
| 336. | A Narciso Oller | 1237 |
| 337. | Crónica. Al Director de <i>El Aviso</i> , I | 1238 |
| 338. | Al Director de <i>El Aviso</i> , II | 1242 |
| 339. | Al Director de <i>El Aviso</i> , III..... | 1245 |

| | | |
|------|---|------|
| 340. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1250 |
| 341. | Al Director de <i>El Aviso</i> , IV | 1251 |
| 342. | A Alfredo Escobar..... | 1253 |
| 343. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1255 |

1886

| | | |
|------|--|------|
| 344. | A Benito Pérez Galdós | 1256 |
| 345. | A Manuel Marañón | 1256 |
| 346. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1257 |
| 347. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1258 |
| 348. | A Narciso Oller | 1259 |
| 349. | A José Yxart | 1260 |
| 350. | A Benito Pérez Galdós | 1261 |
| 351. | A Benito Pérez Galdós | 1263 |
| 352. | A Benito Pérez Galdós | 1264 |
| 353. | A Benito Pérez Galdós | 1265 |
| 354. | A Luis Coloma..... | 1265 |
| 355. | A Benito Pérez Galdós | 1266 |
| 356. | A Leopoldo Alas | 1268 |
| 357. | A Benito Pérez Galdós | 1269 |
| 358. | Carta de Pereda a los catalanistas | 1270 |
| 359. | A Narciso Oller | 1271 |
| 360. | A Domingo Cuevas | 1273 |
| 361. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1274 |
| 362. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1275 |
| 363. | A Cayetano Vidal..... | 1276 |
| 364. | A Salvador Rueda..... | 1278 |
| 365. | A Narciso Oller | 1279 |
| 366. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1280 |
| 367. | A Leopoldo Alas | 1282 |
| 368. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1283 |
| 369. | De «Pedro Sánchez» | 1284 |
| 370. | A Víctor Balaguer..... | 1287 |
| 371. | A «Pedro Sánchez» | 1287 |
| 372. | De «Pedro Sánchez» | 1293 |
| 373. | A Benito Pérez Galdós | 1296 |

| | | |
|------|--------------------------------------|------|
| 374. | De Emilia Pardo Bazán | 1298 |
| 375. | A Evaristo (primo) | 1299 |
| 376. | A Narciso Oller | 1302 |
| 377. | A Benito Pérez Galdós | 1304 |
| 378. | A Leopoldo Alas | 1304 |
| 379. | A Benito Pérez Galdós | 1306 |
| 380. | A Fernando Fernández de Velasco..... | 1307 |
| 381. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1308 |
| 382. | De Emilia Pardo Bazán | 1308 |
| 383. | A Benito Pérez Galdós | 1310 |
| 384. | A Narciso Oller | 1312 |
| 385. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1314 |
| 386. | A Sinesio Delgado | 1314 |
| 387. | A Benito Pérez Galdós | 1315 |
| 388. | A Sinesio Delgado | 1316 |
| 389. | A Sinesio Delgado | 1316 |
| 390. | A Narciso Oller | 1318 |
| 391. | A Gumersindo Laverde..... | 1319 |

1887

| | | |
|------|--------------------------------|------|
| 392. | A Benito Pérez Galdós | 1320 |
| 393. | A Rafael Obligado | 1321 |
| 394. | A Juan L. Lapaulide | 1322 |
| 395. | A Narciso Oller | 1323 |
| 396. | A Benito Pérez Galdós | 1324 |
| 397. | A Armando Palacio Valdés | 1325 |
| 398. | A Gumersindo Laverde..... | 1326 |
| 399. | A Benito Pérez Galdós | 1328 |
| 400. | A Benito Pérez Galdós | 1328 |
| 401. | A Salvador Rueda..... | 1329 |
| 402. | A Leopoldo Alas | 1330 |
| 403. | A Ángel Salcedo Ruiz | 1331 |
| 404. | A Felipe..... | 1332 |
| 405. | A Benito Pérez Galdós | 1333 |
| 406. | Al Conde de Torreanaz..... | 1334 |
| 407. | A Leopoldo Alas | 1334 |

| | | |
|------|--|------|
| 408. | Carta abierta al Sr. Director de <i>El Atlántico</i> | 1336 |
| 409. | Al P. Muiños Saenz | 1338 |
| 410. | A Narciso Oller | 1339 |
| 411. | A Demetrio Duque y Merino..... | 1340 |
| 412. | A José María Quintanilla..... | 1341 |
| 413. | A José María Quintanilla..... | 1342 |
| 414. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1343 |
| 415. | A José María Quintanilla..... | 1344 |
| 416. | A Narciso Oller | 1345 |
| 417. | A Benito Pérez Galdós | 1346 |
| 418. | A Gumersindo Laverde..... | 1348 |
| 419. | A Leopoldo Alas | 1349 |
| 420. | A Casimiro del Collado | 1350 |
| 421. | A Leopoldo Alas | 1350 |
| 422. | A Benito Pérez Galdós | 1352 |
| 423. | A José María Quintanilla..... | 1353 |
| 424. | A José María Quintanilla..... | 1355 |
| 425. | A José María Quintanilla..... | 1356 |
| 426. | A Sinesio Delgado..... | 1359 |
| 427. | A Juan J. Relosillas* | 1360 |

1888

| | | |
|------|--|------|
| 428. | A Leopoldo Alas | 1361 |
| 429. | A José María Quintanilla..... | 1362 |
| 430. | A Benito Pérez Galdós | 1363 |
| 431. | A Narciso Oller | 1365 |
| 432. | A José María Quintanilla..... | 1366 |
| 433. | Al P. José María Mendía | 1367 |
| 434. | A Narciso Oller | 1368 |
| 435. | A Leopoldo Alas | 1369 |
| 436. | A José María Quintanilla..... | 1371 |
| 437. | A José María Quintanilla..... | 1372 |
| 438. | Al Director de <i>El Atlántico</i> | 1374 |
| 439. | A Benito Pérez Galdós | 1378 |
| 440. | Al P. Luis Coloma..... | 1379 |
| 441. | A José María Quintanilla..... | 1380 |

| | | |
|------|--------------------------------------|------|
| 442. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1382 |
| 443. | De Benito Pérez Galdós | 1385 |
| 444. | A Benito Pérez Galdós | 1388 |
| 445. | A Leopoldo Alas | 1390 |
| 446. | A Narciso Oller | 1391 |
| 447. | A Francisco Miquel y Badía..... | 1392 |
| 448. | A José María Quintanilla | 1393 |
| 449. | A Federico Urrecha | 1395 |
| 450. | A Leopoldo Alas | 1396 |
| 451. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1398 |
| 452. | Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1400 |
| 453. | Al P. Luis Coloma..... | 1401 |
| 454. | A Leopoldo Alas | 1402 |
| 455. | A Narciso Oller | 1403 |
| 456. | A Leopoldo Alas | 1404 |
| 457. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1405 |
| 458. | A Federico Urrecha | 1406 |
| 459. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1407 |
| 460. | A Emilio Rabasa..... | 1409 |
| 461. | A José María Quintanilla | 1410 |
| 462. | A Leopoldo Alas | 1411 |
| 463. | A Armando Palacio Valdés | 1414 |
| 464. | A Benito Pérez Galdós | 1415 |
| 465. | A Teodoro Llorente | 1417 |
| 466. | A Benito Pérez Galdós | 1418 |
| 467. | A Gumersindo Laverde..... | 1419 |
| 468. | A Manuel Fernández Juncos | 1421 |
| 469. | A Fernando Fernández de Velasco..... | 1422 |
| 470. | A Alfredo del Río Iturralde | 1423 |
| 471. | A Benito Pérez Galdós | 1424 |
| 472. | A Eusebio Güell | 1425 |
| 473. | A Narciso Oller | 1426 |
| 474. | A Benito Pérez Galdós | 1428 |
| 475. | A Tomás Agüero | 1429 |
| 476. | A D. Narciso Oller | 1429 |
| 477. | A Narciso Oller | 1430 |

| | | |
|------|----------------------------------|------|
| 478. | A Gumersindo Laverde..... | 1431 |
| 479. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1433 |
| 480. | A Narciso Oller | 1434 |
| 481. | De Benito Pérez Galdós | 1435 |
| 482. | A Adolfo de Castro | 1436 |
| 483. | A Narciso Oller | 1437 |
| 484. | A José María Quintanilla..... | 1438 |
| 485. | De Benito Pérez Galdós | 1439 |
| 486. | A Benito Pérez Galdós | 1440 |
| 487. | A Salvador Rueda..... | 1441 |
| 488. | A Benito Pérez Galdós | 1442 |
| 489. | A José María Quintanilla..... | 1443 |
| 490. | De Emilia Pardo Bazán | 1444 |

1889

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 491. | De Benito Pérez Galdós | 1445 |
| 492. | A José María Quintanilla..... | 1447 |
| 493. | A Leopoldo Alas | 1448 |
| 494. | A Gumersindo Laverde..... | 1450 |
| 495. | A Benito Pérez Galdós | 1451 |
| 496. | A Narciso Oller | 1452 |
| 497. | A José María Quintanilla..... | 1453 |
| 498. | A Benito Pérez Galdós | 1454 |
| 499. | A Leopoldo Alas | 1456 |
| 500. | De Benito Pérez Galdós | 1457 |
| 501. | De Benito Pérez Galdós | 1459 |
| 502. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1460 |
| 503. | A Benito Pérez Galdós | 1461 |
| 504. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1463 |
| 505. | A Benito Pérez Galdós | 1464 |
| 506. | Al P. Luis Coloma..... | 1465 |
| 507. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1466 |
| 508. | De José Lázaro Galdiano | 1468 |
| 509. | A Narciso Oller | 1469 |
| 510. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1470 |
| 511. | De Benito Pérez Galdós | 1471 |

| | | |
|------|---|------|
| 512. | A Benito Pérez Galdós | 1472 |
| 513. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1474 |
| 514. | A Fernando Pérez de Camino y Victoriano Polanco | 1475 |
| 515. | A Luis Ruiz Contreras, hijo | 1475 |
| 516. | A Gumersindo Laverde..... | 1476 |
| 517. | A Benito Pérez Galdós | 1477 |
| 518. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1479 |
| 519. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1480 |
| 520. | A Benito Pérez Galdós | 1481 |
| 521. | A José María Quintanilla | 1482 |
| 522. | A Benito Pérez Galdós | 1483 |
| 523. | A Ángel Rivero y Méndez | 1484 |
| 524. | A José María Quintanilla | 1485 |
| 525. | De José Lázaro Galdiano | 1486 |
| 526. | A Armando Palacio Valdés | 1487 |
| 527. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1488 |
| 528. | A José María Quintanilla | 1489 |
| 529. | A José María Quintanilla | 1489 |
| 530. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1490 |
| 531. | A José Yxart | 1491 |
| 532. | A Benito Pérez Galdós | 1492 |
| 533. | A Manuel Tamayo y Baus | 1494 |
| 534. | A Benito Pérez Galdós | 1495 |
| 535. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1496 |
| 536. | A Narciso Oller | 1497 |
| 537. | A Domingo Cuevas | 1499 |
| 538. | De José Lázaro Galdiano | 1500 |
| 539. | De José Lázaro Galdiano | 1501 |
| 540. | Al P. Luis Coloma..... | 1501 |
| 541. | A José Yxart | 1503 |
| 542. | A Daniel del Río | 1505 |
| 543. | A Sinesio Delgado | 1506 |
| 544. | A Narciso Oller | 1507 |

1890

| | | |
|------|-----------------------------|------|
| 545. | A Benito Pérez Galdós | 1508 |
| 546. | A Gumersindo Laverde..... | 1510 |

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 547. | A José Yxart | 1511 |
| 548. | A Benito Pérez Galdós | 1513 |
| 549. | A Narciso Oller | 1514 |
| 550. | A Emilia Pardo Bazán | 1515 |
| 551. | A Salvador Rueda..... | 1516 |
| 552. | A Francisco Mazón | 1517 |
| 553. | A Mariano Sota Romate..... | 1518 |
| 554. | A Ignacio M. Altamirano | 1519 |
| 555. | A Salvador Rueda..... | 1520 |
| 556. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1522 |
| 557. | Al <i>Atlántico</i> | 1522 |
| 558. | A Justo Colongues Klimt | 1527 |
| 559. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1530 |
| 560. | A Miguel Moya | 1531 |
| 561. | A Victoriano Lastra y Jado | 1531 |
| 562. | Al Federico de Vial | 1532 |
| 563. | A Benito Pérez Galdós | 1533 |
| 564. | A José Yxart | 1534 |
| 565. | A N. Pedrero | 1536 |
| 566. | A José Yxart | 1536 |
| 567. | A Arturo Reyes | 1537 |
| 568. | A José Yxart | 1538 |
| 569. | A Leopoldo Alas | 1539 |
| 570. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1540 |
| 571. | A José Yxart | 1541 |
| 572. | A Fernando Gutiérrez Cueto | 1543 |
| 573. | A Emilia Pardo Bazán | 1546 |
| 574. | A Federico de Vial | 1547 |
| 575. | A Narciso Oller | 1547 |
| 576. | A Leopoldo Alas | 1548 |
| 577. | De Emilia Pardo Bazán | 1550 |
| 578. | A Josefa Gayoso..... | 1551 |
| 579. | A Narciso Oller | 1552 |
| 580. | A Narciso Oller | 1553 |
| 581. | A Manuel Marañón | 1554 |
| 582. | A Narciso Oller | 1556 |

| | | |
|------|----------------------------------|------|
| 583. | Al P. Luis Coloma..... | 1557 |
| 584. | A Alfonso Ortiz de la Torre..... | 1558 |
| 585. | A Narciso Oller..... | 1560 |

1891

| | | |
|------|--|------|
| 586. | A Narciso Oller..... | 1561 |
| 587. | Al Ayuntamiento Constitucional de Polanco..... | 1561 |
| 588. | A José Yxart..... | 1562 |
| 589. | A Narciso Oller..... | 1563 |
| 590. | A Leopoldo Alas..... | 1565 |
| 591. | A Alfonso Ortiz de la Torre..... | 1566 |
| 592. | A Narciso Oller..... | 1567 |
| 593. | A Alfonso Ortiz de la Torre..... | 1568 |
| 594. | A los Sres. Henrich y Cía..... | 1569 |
| 595. | Al P. Luis Coloma..... | 1570 |
| 596. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1571 |
| 597. | A Alfonso Ortiz de la Torre..... | 1572 |
| 598. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1573 |
| 599. | A Federico Urrecha..... | 1574 |
| 600. | A Joseph María Valls y Vicens..... | 1575 |
| 601. | A Narciso Oller..... | 1576 |
| 602. | A Narciso Oller..... | 1577 |
| 603. | A José Yxart..... | 1578 |
| 604. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1581 |
| 605. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1582 |
| 606. | A Alfonso Ortiz de la Torre..... | 1583 |
| 607. | A Narciso Oller..... | 1585 |
| 608. | A Leopoldo Alas..... | 1586 |
| 609. | A Víctor Balaguer..... | 1588 |
| 610. | A Leopoldo Alas..... | 1588 |
| 611. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1589 |
| 612. | A Narciso Oller..... | 1589 |
| 613. | A José María Quintanilla..... | 1591 |
| 614. | A Sinforoso Quintanilla..... | 1594 |
| 615. | A Sinforoso Quintanilla..... | 1595 |
| 616. | A Sinforoso Quintanilla..... | 1600 |

| | | |
|------|--|------|
| 617. | A Narciso Oller | 1604 |
| 618. | A José María Quintanilla | 1606 |
| 619. | A José Yxart | 1608 |
| 620. | A Narciso Oller | 1610 |
| 621. | A José María Quintanilla | 1610 |
| 622. | A Sinforoso Quintanilla | 1612 |
| 623. | A Leopoldo Alas | 1614 |
| 624. | A José Yxart | 1615 |
| 625. | A la Marquesa de Comillas | 1617 |
| 626. | Al Rev. P. Fr. Manuel F. Miguélez..... | 1617 |
| 627. | A Isaac Pavlovsky | 1618 |
| 628. | A Narciso Oller | 1620 |
| 629. | A Leopoldo Alas | 1620 |
| 630. | A Leopoldo Alas | 1621 |
| 631. | A José María Quintanilla | 1623 |
| 632. | A Antonio Arriola | 1624 |
| 633. | A Narciso Oller | 1625 |
| 634. | De José Lázaro Galdiano | 1627 |
| 635. | A Domingo Cuevas | 1627 |
| 636. | A Benito Pérez Galdós | 1628 |
| 637. | A Benito Pérez Galdós | 1629 |
| 638. | A Leopoldo Alas | 1630 |
| 639. | A Isaac Pavlovsky | 1631 |
| 640. | A Narciso Oller | 1634 |
| 641. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1635 |
| 642. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1636 |
| 643. | A Isaac Pavlovsky | 1637 |
| 644. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 1638 |
| 645. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1639 |
| 646. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 1640 |
| 647. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 1641 |
| 648. | A la Marquesa de Comillas | 1642 |
| 649. | A Calixto Oyuela | 1642 |
| 650. | Al P. Luis Coloma..... | 1644 |
| 651. | A la Marquesa de Comillas | 1645 |
| 652. | A Domingo Cuevas | 1646 |

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 653. | A Domingo Cuevas | 1646 |
| 654. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 1646 |
| 655. | A Carlos María Ocantos | 1648 |
| 656. | A José Pin y Soler | 1649 |
| 657. | A Narciso Oller | 1650 |

1892

| | | |
|------|--|------|
| 658. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 1651 |
| 659. | A Jacobo Tello | 1653 |
| 660. | A Antonio Echanove | 1654 |
| 661. | A Francisco José Cueto, Obispo de Canarias | 1655 |
| 662. | A Jaime Seix | 1656 |
| 663. | A Benito Pérez Galdós | 1657 |
| 664. | A Jaime Seix | 1658 |
| 665. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1659 |
| 666. | A Francisco Miquel y Badía | 1660 |
| 667. | A Federico de Vial | 1661 |
| 668. | A Francisco Miquel y Badía | 1662 |
| 669. | A Narciso Oller | 1663 |
| 670. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1664 |
| 671. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1665 |
| 672. | A Antonio Maura | 1666 |
| 673. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1667 |
| 674. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1667 |
| 675. | A Benito Pérez Galdós | 1668 |
| 676. | A Narciso Oller | 1669 |
| 677. | A Manuel Polo y Peyrolón | 1670 |
| 678. | A José María Quintanilla | 1671 |
| 679. | A Narciso Oller | 1672 |
| 680. | A Narciso Oller | 1673 |
| 681. | A José María Quintanilla | 1674 |
| 682. | A José María Quintanilla | 1677 |
| 683. | A Antonio Echanove | 1680 |
| 684. | A José María Quintanilla | 1681 |
| 685. | A Antonio Echanove | 1682 |
| 686. | A Narciso Oller | 1683 |

| | | |
|------|---------------------------------------|------|
| 687. | A Narciso Oller | 1684 |
| 688. | A Manuel Polo y Peyrolón | 1686 |
| 689. | A Federico de Ramón | 1686 |
| 690. | A Joaquim Cabot i Rovira | 1688 |
| 691. | A José María Quintanilla | 1689 |
| 692. | A Federico de Vial | 1689 |
| 693. | A Miguel Moya | 1690 |
| 694. | A Narciso Oller | 1691 |
| 695. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1692 |
| 696. | A Domingo Cuevas | 1693 |
| 697. | A Narciso Oller | 1694 |
| 698. | A Narciso Oller | 1695 |
| 699. | A José Trajano Mera | 1698 |
| 700. | A José Vaucells y Marqués | 1700 |
| 701. | A Modesto Hernández Villaescusa | 1702 |
| 702. | A José Trajano Mera | 1703 |
| 703. | A Narciso Roure | 1705 |
| 704. | A Martí y Ferré | 1706 |
| 705. | A Narciso Oller | 1707 |
| 706. | A Narciso Oller | 1708 |
| 707. | A Luis Terán | 1710 |
| 708. | A Fernando Cos-Gayón | 1711 |
| 709. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1711 |
| 710. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1712 |
| 711. | A Domingo O. Martinto | 1713 |
| 712. | A Francisco Miquel y Badía | 1714 |
| 713. | A Narciso Oller | 1715 |
| 714. | A Antonio Maura | 1717 |
| 715. | A Narciso Oller | 1718 |
| 716. | A Mario de la Sala | 1720 |
| 717. | A Manuel Marañón | 1721 |
| 718. | A Tomás Campuzano | 1721 |

1893

| | | |
|------|-----------------------------|------|
| 719. | A Antonio Echanove | 1722 |
| 720. | A Benito Pérez Galdós | 1723 |

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 721. | A Antonio Maura | 1723 |
| 722. | A Narciso Oller | 1724 |
| 723. | A Leopoldo Alas | 1725 |
| 724. | A Benito Pérez Galdós | 1726 |
| 725. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1727 |
| 726. | A Luis Felipe Ortiz..... | 1728 |
| 727. | A José Yxart | 1729 |
| 728. | A Benito Pérez Galdós | 1730 |
| 729. | A José León Mera..... | 1731 |
| 730. | A Narciso Oller | 1733 |
| 731. | A Narciso Oller | 1735 |
| 732. | A Joaquín Cabot..... | 1736 |
| 733. | A Benito Pérez Galdós | 1738 |
| 734. | A Narciso Oller | 1738 |
| 735. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 1740 |
| 736. | A Benito Pérez Galdós | 1740 |
| 737. | A Benito Pérez Galdós | 1741 |
| 738. | A Adela Flores Estrada..... | 1741 |
| 739. | A Narciso Oller | 1742 |
| 740. | A Ventura F. López..... | 1744 |
| 741. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1744 |
| 742. | A Domingo Cuevas | 1745 |
| 743. | A Antonio Maura | 1746 |
| 744. | A Narciso Oller | 1747 |
| 745. | A Don Carlos de Borbón..... | 1751 |
| 746. | A Narciso Oller | 1752 |
| 747. | A Narciso Oller | 1755 |
| 748. | Al P. José Vinuesa..... | 1759 |
| 749. | A Francisco Antonio Echanove..... | 1761 |
| 750. | A Narciso Oller | 1761 |
| 751. | A Narciso Oller | 1763 |
| 752. | A Manuel Polo y Peyrolón | 1764 |
| 753. | A Narciso Oller | 1765 |
| 754. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 1767 |
| 755. | A Benito Pérez Galdós | 1768 |
| 756. | A Segismundo Moret..... | 1769 |

| | | |
|------|----------------------------------|------|
| 757. | A Luis Ruiz Contreras..... | 1770 |
| 758. | A Jesús de Monasterio | 1771 |
| 759. | A Leopoldo Alas | 1772 |
| 760. | A Benito Pérez Galdós | 1773 |
| 761. | A Benito Pérez Galdós | 1773 |
| 762. | A Narciso Oller | 1774 |
| 763. | A Narciso Oller | 1775 |
| 764. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1776 |
| 765. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1777 |
| 766. | A José María de Cos..... | 1778 |
| 767. | A José Morgades y Gil..... | 1779 |
| 768. | A Benito Pérez Galdós | 1780 |
| 769. | A Enrique Gaspar | 1780 |
| 770. | A José Pollés y Juan Oliva | 1781 |

1894

| | | |
|------|-----------------------------------|------|
| 771. | A Benito Pérez Galdós | 1782 |
| 772. | A Narciso Oller | 1783 |
| 773. | A Benito Pérez Galdós | 1784 |
| 774. | A Manuel Echanove..... | 1785 |
| 775. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1785 |
| 776. | A Narciso Oller | 1786 |
| 777. | A Benito Pérez Galdós | 1789 |
| 778. | A Benito Pérez Galdós | 1790 |
| 779. | A Narciso Oller | 1790 |
| 780. | A Benito Pérez Galdós | 1792 |
| 781. | A Benito Pérez Galdós | 1793 |
| 782. | A Narciso Oller | 1794 |
| 783. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 1796 |
| 784. | A Narciso Oller | 1797 |
| 785. | A Benito Pérez Galdós | 1798 |
| 786. | A Narciso Oller | 1798 |
| 787. | A Benito Pérez Galdós | 1799 |
| 788. | A Narciso Oller | 1800 |
| 789. | A Benito Pérez Galdós | 1801 |
| 790. | A Víctor Balaguer..... | 1803 |

| | | |
|------|------------------------------------|------|
| 791. | A Narciso Oller | 1803 |
| 792. | A Narciso Oller | 1805 |
| 793. | A Narciso Oller | 1807 |
| 794. | A Narciso Oller | 1809 |
| 795. | A Alejandro Riquer | 1811 |
| 796. | A Luis Farina | 1812 |
| 797. | Al P. Carlos Lasalde | 1814 |
| 798. | A Narciso Oller | 1815 |
| 799. | A Narciso Oller | 1816 |
| 800. | A Narciso Oller | 1816 |
| 801. | A Narciso Oller | 1818 |
| 802. | A Narciso Oller | 1819 |
| 803. | A Narciso Oller | 1820 |
| 804. | A Narciso Oller | 1821 |
| 805. | A Narciso Oller | 1823 |
| 806. | A Narciso Oller | 1824 |
| 807. | A Narciso Oller | 1826 |
| 808. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1827 |
| 809. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1828 |
| 810. | A José María Quintanilla | 1828 |
| 811. | A José María Quintanilla | 1829 |
| 812. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1830 |
| 813. | A Narciso Oller | 1831 |
| 814. | A José María Quintanilla | 1831 |
| 815. | A Narciso Oller | 1832 |
| 816. | A Narciso Oller | 1833 |
| 817. | A Miguel Antonio Caro | 1835 |
| 818. | A Narciso Oller | 1836 |
| 819. | A Narciso Oller | 1837 |
| 820. | A Luis Millares | 1838 |
| 821. | A Narciso Oller | 1838 |
| 822. | A Narciso Oller | 1839 |

1895

| | | |
|------|-----------------------|------|
| 823. | A Narciso Oller | 1840 |
| 824. | A José Yxart | 1841 |

| | | |
|------|--|------|
| 825. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1842 |
| 826. | De Benito Pérez Galdós | 1843 |
| 827. | A Benito Pérez Galdós | 1844 |
| 828. | A Benito Pérez Galdós | 1845 |
| 829. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1847 |
| 830. | A Narciso Oller | 1848 |
| 831. | Al Director de <i>El Atlántico</i> | 1848 |
| 832. | A Narciso Oller | 1849 |
| 833. | De Ángel de los Ríos y Ríos | 1850 |
| 834. | A José Trajano Mera..... | 1852 |
| 835. | A Leopoldo Alas | 1853 |
| 836. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1854 |
| 837. | A Anatole Théodore Marie Huot | 1855 |
| 838. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1856 |
| 839. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1857 |
| 840. | A Leopoldo Alas | 1859 |
| 841. | A Miguel Antonio Caro | 1860 |
| 842. | A Narciso Oller | 1861 |
| 843. | A Ángel de los Ríos y Ríos..... | 1863 |
| 844. | A Honorato de Saleta | 1864 |
| 845. | A José del Perojo..... | 1865 |
| 846. | De Benito Pérez Galdós | 1866 |
| 847. | A la Duquesa de Villahermosa | 1868 |
| 848. | A Benito Pérez Galdós | 1868 |
| 849. | A Narciso Oller | 1869 |
| 850. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1872 |
| 851. | A Luis Millares | 1872 |
| 852. | De José Luis García Obregón..... | 1873 |
| 853. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1874 |
| 854. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1874 |
| 855. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1875 |
| 856. | A Leopoldo Alas | 1876 |
| 857. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1876 |
| 858. | A Demetrio Duque y Merino..... | 1877 |
| 859. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1878 |
| 860. | A Rodrigo Soriano..... | 1879 |

| | | |
|------|--|------|
| 861. | A Narciso Oller | 1879 |
| 862. | A Narciso Oller | 1881 |
| 863. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1881 |
| 864. | A Rodrigo Soriano | 1882 |
| 865. | A Manuel Echanove | 1883 |
| 866. | A Narciso Oller | 1884 |
| 867. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1885 |
| 868. | A la Reina Regente María Cristina de Habsburgo-Lorena..... | 1887 |
| 869. | A Narciso Oller | 1889 |
| 870. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1891 |
| 871. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1891 |
| 872. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1892 |
| 873. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1893 |
| 874. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1894 |
| 875. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1895 |
| 876. | A Narciso Oller | 1895 |
| 877. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1896 |
| 878. | A José María Quintanilla | 1897 |
| 879. | A Menéndez y Pelayo | 1898 |
| 880. | A José María Quintanilla | 1899 |
| 881. | De Marcelino Menéndez y Pelayo | 1899 |
| 882. | A Narciso Oller | 1900 |
| 883. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 1901 |
| 884. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1902 |
| 885. | A José María Quijano | 1902 |
| 886. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1903 |
| 887. | A Leopoldo Alas | 1904 |
| 888. | A Baldomero Villegas..... | 1905 |
| 889. | A Baldomero Villegas..... | 1906 |
| 890. | A María y Dámaso, sobrinos | 1907 |
| 891. | A Narciso Oller | 1908 |
| 892. | A Baldomero Villegas..... | 1910 |
| 893. | A Narciso Oller | 1912 |
| 894. | A Benito Pérez Galdós | 1914 |
| 895. | A Narciso Oller | 1914 |
| 896. | A Honorato de Saleta | 1915 |

| | | |
|------|------------------------|------|
| 897. | A Narciso Oller | 1916 |
| 898. | A Narciso Oller | 1917 |
| 899. | A Narciso Oller | 1918 |
| 900. | A Domingo Cuevas | 1919 |

1896

| | | |
|------|-------------------------------------|------|
| 901. | A Narciso Oller | 1919 |
| 902. | A Narciso Oller | 1920 |
| 903. | A Narciso Oller | 1922 |
| 904. | A Narciso Oller | 1923 |
| 905. | A Narciso Oller | 1928 |
| 906. | A Narciso Oller | 1929 |
| 907. | A G. González | 1930 |
| 908. | A Gabriel Sancha | 1931 |
| 909. | A Antonio Gallissá..... | 1931 |
| 910. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1932 |
| 911. | A Narciso Oller | 1934 |
| 912. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1935 |
| 913. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1937 |
| 914. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1938 |
| 915. | A Leopoldo Alas | 1938 |
| 916. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1940 |
| 917. | A Eduardo Bustillo | 1941 |
| 918. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 1942 |
| 919. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1942 |
| 920. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 1943 |
| 921. | A Narciso Oller | 1944 |
| 922. | A Antonio Maura | 1945 |
| 923. | A Ángel de los Ríos..... | 1946 |
| 924. | A Narciso Oller | 1947 |
| 925. | A José Navarrete..... | 1948 |
| 926. | A Alfonso Pérez Nieva | 1950 |
| 927. | A Arturo Reyes | 1953 |
| 928. | A Marcelino Menéndez y Pelayo | 1954 |
| 929. | A Manuel Tamayo y Baus..... | 1954 |
| 930. | A José María Quintanilla..... | 1955 |

| | | |
|------|--|------|
| 931. | A Narciso Oller | 1958 |
| 932. | A José María Quintanilla | 1959 |
| 933. | A José María Quintanilla | 1963 |
| 934. | Propuesta de Académico de Pereda | 1965 |
| 935. | A José María Quintanilla | 1965 |
| 936. | A José María Quintanilla | 1968 |
| 937. | A José María Quintanilla | 1970 |
| 938. | A José María Quintanilla | 1971 |
| 939. | A Juan V. Vergara | 1972 |
| 940. | A Sinforoso Quintanilla | 1972 |
| 941. | A Pablo de la Saleta | 1975 |
| 942. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1976 |
| 943. | A José María Quintanilla | 1976 |
| 944. | A José María Quintanilla | 1977 |
| 945. | A José María Quintanilla | 1979 |
| 946. | A José María Quintanilla | 1980 |
| 947. | A Antonio Susillo | 1981 |
| 948. | A Narciso Oller | 1982 |
| 949. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1983 |
| 950. | A Narciso Oller | 1984 |
| 951. | A Manuel Calderón | 1986 |
| 952. | A Eduardo de la Pedraja | 1986 |
| 953. | A Narciso Oller | 1987 |
| 954. | A Mariano Pedrero | 1987 |
| 955. | A Benito Pérez Galdós | 1988 |
| 956. | A Benito Pérez Galdós | 1989 |
| 957. | A Benito Pérez Galdós | 1990 |
| 958. | A Domingo Cuevas | 1991 |
| 959. | A José María Quintanilla | 1991 |
| 960. | A Narciso Oller | 1992 |
| 961. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 1995 |
| 962. | A Leopoldo Alas | 1995 |
| 963. | A Benito Pérez Galdós | 1996 |
| 964. | A Benito Pérez Galdós | 1996 |
| 965. | De Benito Pérez Galdós | 1997 |
| 966. | A Benito Pérez Galdós | 1998 |

| | | |
|------|---------------------------------------|------|
| 967. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 1999 |
| 968. | A Narciso Oller | 2000 |
| 969. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 2001 |
| 970. | A Raimundo Fernández Villaverde | 2002 |
| 971. | A Domingo Cuevas | 2002 |
| 972. | A Lorenzo Movellán | 2003 |
| 973. | A Narciso Oller | 2003 |
| 974. | A Agustín Ondovilla..... | 2004 |
| 975. | A María Luisa Huelín | 2005 |
| 976. | A Antonio Maura | 2006 |

1897

| | | |
|------|--|------|
| 977. | A Benito Pérez Galdós | 2007 |
| 978. | A Santiago de Liniers | 2008 |
| 979. | A Benito Pérez Galdós | 2009 |
| 980. | A Benito Pérez Galdós | 2009 |
| 981. | A Benito Pérez Galdós | 2011 |
| 982. | A Benito Pérez Galdós | 2012 |
| 983. | A Benito Pérez Galdós | 2013 |
| 984. | A Benito Pérez Galdós | 2013 |
| 985. | A Federico de Vial | 2014 |
| 986. | A José María Quintanilla..... | 2014 |
| 987. | De Marañón a José María Quintanilla..... | 2017 |
| 988. | A José María Quintanilla..... | 2017 |
| 989. | A Federico de Vial | 2020 |
| 990. | A Narciso Oller | 2021 |
| 991. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 2023 |
| 992. | Al Excelentísimo Ayuntamiento de Santander..... | 2023 |
| 993. | A los Presidente y al Secretario de la Liga de Contribuyentes de Santander..... | 2024 |
| 994. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 2025 |
| 995. | A José María Quintanilla..... | 2025 |
| 996. | A Federico de Vial | 2027 |
| 997. | A Antonio Maura | 2027 |
| 998. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 2028 |
| 999. | A Narciso Oller | 2029 |

| | | |
|-------|-----------------------------------|------|
| 1000. | A Arturo Reyes | 2030 |
| 1001. | A Narciso Oller | 2031 |
| 1002. | A Francisco Rodríguez Marín | 2033 |
| 1003. | A Ángel Ruiz..... | 2034 |
| 1004. | A Benito Pérez Galdós | 2035 |
| 1005. | A Narciso Oller | 2037 |
| 1006. | A Francisco Rodríguez Marín | 2038 |
| 1007. | A Carlos M. Ocantos | 2040 |
| 1008. | A Ángel Ruiz..... | 2041 |
| 1009. | A Domingo Cuevas | 2042 |
| 1010. | A Narciso Oller | 2042 |
| 1011. | Al Conde de las Navas | 2044 |
| 1012. | A Juan Martínez Nacarino | 2044 |
| 1013. | A Narciso Oller | 2045 |
| 1014. | A Narciso Oller | 2046 |
| 1015. | A José A. Panicaire | 2047 |
| 1016. | A Hanna Lynch..... | 2048 |
| 1017. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2051 |
| 1018. | A Hannah Lynch | 2051 |
| 1019. | A Juana Allen | 2052 |
| 1020. | A Hanna Lynch..... | 2053 |
| 1021. | A María Luisa Huelin | 2054 |
| 1022. | A Narciso Oller | 2055 |
| 1023. | A Benito Pérez Galdós | 2057 |
| 1024. | A Benito Pérez Galdós | 2058 |
| 1025. | A Ake W:son Munthe..... | 2059 |
| 1026. | A Narciso Oller | 2061 |

1898

| | | |
|-------|--|------|
| 1027. | A Enrique Menéndez, Alfonso Ortiz de la Torre, Antonio de Mazarrasa y Francisco Mazón | 2062 |
| 1028. | A Federico Vial..... | 2063 |
| 1029. | A Ferdinand Brunetière | 2064 |
| 1030. | A Jacques Porcher | 2065 |
| 1031. | A Benito Pérez Galdós | 2066 |
| 1032. | A Manuel Fernández Juncos | 2067 |

| | | |
|-------|---|------|
| 1033. | A. Jacques Porcher | 2067 |
| 1034. | A Narciso Oller | 2068 |
| 1035. | A Domingo Cuevas | 2070 |
| 1036. | A Leopoldo Alas | 2070 |
| 1037. | A Benito Pérez Galdós | 2071 |
| 1038. | A Narciso Oller | 2072 |
| 1039. | A José V. del Collado | 2073 |
| 1040. | Al Director del <i>Album Patria</i> | 2075 |
| 1041. | A Hannah Lynch | 2076 |
| 1042. | A Narciso Oller | 2077 |
| 1043. | De Ángel de los Ríos y Ríos | 2077 |
| 1044. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 2078 |
| 1045. | A José María Quintanilla | 2079 |
| 1046. | A Juan Ochoa | 2080 |
| 1047. | A Benito Pérez Galdós | 2081 |
| 1048. | A Benito Pérez Galdós | 2082 |
| 1049. | A Pedro Miranda Carnero | 2083 |
| 1050. | A José de Elola | 2084 |
| 1051. | A Domingo Cuevas | 2085 |
| 1052. | A Mariano Catalina | 2086 |
| 1053. | A Leonor | 2087 |
| 1054. | A Mariano Catalina | 2088 |
| 1055. | A Eduardo Zuleta | 2089 |
| 1056. | A Carlos M. Ocantos | 2092 |
| 1057. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2093 |
| 1058. | A Leopoldo Alas | 2095 |
| 1059. | A Vicente Medina | 2095 |
| 1060. | A Domingo Cuevas | 2096 |
| 1061. | A J. Pous i Pagés | 2096 |
| 1062. | A Luis Montoto | 2097 |
| 1063. | A Ferdinand Brunetière | 2098 |
| 1064. | A Narciso Oller | 2099 |
| 1065. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 2100 |
| 1066. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 2101 |
| 1067. | A José López Portillo | 2102 |
| 1068. | A Francisco Bora | 2103 |

| | | |
|-------|----------------------------------|------|
| 1069. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 2103 |
| 1070. | A Benito Pérez Galdós | 2104 |
| 1071. | A Jacinto Octavio Picón | 2105 |
| 1072. | A Mariano Vayreda | 2105 |
| 1073. | A Hermenegildo Miralles | 2106 |
| 1074. | A Federico de Vial | 2107 |
| 1075. | A Narciso Oller | 2109 |
| 1076. | A José María de Cos | 2109 |
| 1077. | A Benito Pérez Galdós | 2111 |
| 1078. | De Benito Pérez Galdós | 2112 |
| 1079. | A Narciso Oller | 2113 |
| 1080. | A Benito Pérez Galdós | 2114 |
| 1081. | A Carlos Saco del Valle..... | 2114 |
| 1082. | A Ángel de los Ríos y Ríos | 2115 |
| 1083. | A Carlos María Ocantos | 2116 |

1899

| | | |
|-------|-------------------------------------|------|
| 1084. | A Benito Pérez Galdós | 2117 |
| 1085. | A Teodoro Llorente | 2118 |
| 1086. | A Federico de Vial | 2120 |
| 1087. | A Eduardo Bustillo | 2121 |
| 1088. | A Benito Pérez Galdós | 2122 |
| 1089. | A Narciso Oller | 2123 |
| 1090. | A Antonio Quesada..... | 2124 |
| 1091. | A José López Portillo y Rojas | 2125 |
| 1092. | A Francisco Sosa..... | 2126 |
| 1093. | A Ángel Ruiz..... | 2127 |
| 1094. | A Eduardo Bustillo | 2128 |
| 1095. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 2128 |
| 1096. | Al Conde de Sol | 2129 |
| 1097. | A Ángel Ruiz..... | 2130 |
| 1098. | A Torcuato Luca y Tena | 2131 |
| 1099. | Al Conde de Sol | 2132 |
| 1100. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 2132 |
| 1101. | A Francisco Soto y Calvo..... | 2133 |
| 1102. | A Benito Pérez Galdós | 2134 |

| | | |
|-------|---|------|
| 1103. | A Narciso Oller | 2135 |
| 1104. | A Federico de Vial | 2136 |
| 1105. | A Ricardo Macías Picavea..... | 2137 |
| 1106. | A Mariano Catalina | 2138 |
| 1107. | A Isaac Peamon | 2138 |
| 1108. | A Mariano Catalina | 2139 |
| 1109. | A Narciso Oller | 2140 |
| 1110. | Al Director de «El Correo de Andalucía» | 2140 |
| 1111. | A Sinforoso Quintanilla | 2141 |
| 1112. | A José María Quintanilla..... | 2142 |
| 1113. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2144 |
| 1114. | A José R. de Argumosa..... | 2145 |
| 1115. | A Caridad, viuda de Miquel i Badía..... | 2145 |
| 1116. | A Mariano Catalina | 2146 |
| 1117. | A Alfredo del Río..... | 2147 |
| 1118. | A Mariano Catalina | 2147 |
| 1119. | A León Medina | 2148 |
| 1120. | A Francisco Rivas Moreno | 2148 |
| 1121. | A José María Quintanilla..... | 2152 |
| 1122. | A Rafael Delgado | 2153 |
| 1123. | A Mariano Catalina | 2153 |
| 1124. | A Rita Benaprés | 2154 |
| 1125. | A José Pin y Soler | 2155 |
| 1126. | A Ceferino Martínez Infante..... | 2156 |
| 1127. | A Eduardo Huidobro | 2157 |
| 1128. | A Robert Kastor..... | 2157 |
| 1129. | A Antonio Cabrero..... | 2158 |
| 1130. | A Narciso Oller | 2159 |
| 1131. | A Narciso Oller | 2160 |
| 1132. | A Salvador Termiles | 2160 |
| 1133. | A Benito Pérez Galdós | 2162 |
| 1134. | A María Gayón, Marquesa de Comillas..... | 2162 |
| 1135. | A Gonzalo Picón Febres | 2164 |
| 1136. | A Mariano Catalina | 2165 |
| 1137. | A Narciso Oller | 2166 |
| 1138. | A Emilio Thuillier..... | 2167 |

| | | |
|-------|---------------------------------|------|
| 1139. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2168 |
| 1140. | A Ramón Menéndez Pidal | 2168 |
| 1141. | De Emilio Thuillier..... | 2169 |

1900

| | | |
|-------|--|------|
| 1142. | A Emilio Thuillier..... | 2170 |
| 1143. | A León Medina | 2172 |
| 1144. | A Federico de Vial | 2172 |
| 1145. | A Menéndez Pidal..... | 2173 |
| 1146. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2174 |
| 1147. | A Narciso Oller | 2175 |
| 1148. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2176 |
| 1149. | A Maestro Antonio Gomar | 2178 |
| 1150. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2178 |
| 1151. | A Federico de Vial | 2179 |
| 1152. | A Henri Charriaut | 2180 |
| 1153. | A Mariano Catalina | 2181 |
| 1154. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2181 |
| 1155. | A Carlos Pombo..... | 2183 |
| 1156. | A Julio Pellicer..... | 2183 |
| 1157. | A Henri Charriaut | 2184 |
| 1158. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2184 |
| 1159. | A Federico de Vial | 2185 |
| 1160. | A Alfonso Ortiz de la Torre y a Enrique Menéndez Pelayo..... | 2186 |
| 1161. | A José López Portillo y Rojas | 2187 |
| 1162. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2189 |
| 1163. | A Narciso Oller | 2190 |
| 1164. | A Pedro Miranda Carnero..... | 2191 |
| 1165. | A Robert F. Forster..... | 2193 |
| 1166. | A Federico de Vial | 2193 |
| 1167. | A Mariano Vayreda | 2194 |
| 1168. | A Gregorio Pueyo | 2195 |
| 1169. | A Federico de Vial | 2195 |
| 1170. | A José María Quintanilla | 2196 |
| 1171. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2198 |
| 1172. | A Narciso Oller | 2199 |

| | | |
|-------|--|------|
| 1173. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2201 |
| 1174. | A Leopoldo Pardo Iruleta | 2202 |
| 1175. | A José María Quintanilla | 2203 |
| 1176. | A José María Quintanilla | 2207 |
| 1177. | A Narciso Oller | 2208 |
| 1178. | A José María Quintanilla | 2209 |
| 1179. | A Mariano Catalina | 2210 |
| 1180. | A Dionisio Martínez | 2210 |
| 1181. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2211 |
| 1182. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2212 |
| 1183. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2213 |
| 1184. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2214 |
| 1185. | A Leo Rouanet..... | 2215 |
| 1186. | A Ángel Jado y Evaristo Rodríguez de Bedia | 2216 |
| 1187. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2217 |
| 1188. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2218 |
| 1189. | A <i>La Atalaya</i> | 2219 |
| 1190. | A <i>La Atalaya</i> : Galerín..... | 2221 |
| 1191. | A <i>La Atalaya</i> : Galerín..... | 2223 |
| 1192. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2225 |
| 1193. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2225 |
| 1194. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2227 |
| 1195. | A Domingo Cuevas | 2228 |
| 1196. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2229 |
| 1197. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2230 |
| 1198. | A Manuel Polo y Peyrolón..... | 2231 |
| 1199. | A Eduardo Bustillo | 2232 |
| 1200. | A Federico de Vial | 2233 |
| 1201. | A José López Portillo y Rojas | 2234 |
| 1202. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2236 |
| 1203. | A D. Narciso Oller | 2238 |
| 1204. | A Eusebio Sierra | 2239 |
| 1205. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2241 |
| 1206. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2242 |
| 1207. | A Federico de Vial | 2243 |
| 1208. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2244 |

| | | |
|-------|--|------|
| 1209. | A Claudio López Bru, segundo Marqués de Comillas | 2244 |
| 1210. | A Narciso Oller | 2245 |
| 1211. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2246 |
| 1212. | A Pedro Bravo | 2247 |
| 1213. | A Federico de Vial | 2248 |

1901

| | | |
|-------|---|------|
| 1214. | A Luis M. López Allué | 2249 |
| 1215. | A León Medina | 2250 |
| 1216. | A Narciso Oller | 2250 |
| 1217. | A Salvador Rueda..... | 2251 |
| 1218. | A Benito Pérez Galdós | 2252 |
| 1219. | A Narciso Oller | 2253 |
| 1220. | De Benito Pérez Galdós | 2255 |
| 1221. | A Federico de Vial | 2256 |
| 1222. | A Juan J. Muñoz Pabón..... | 2257 |
| 1223. | A Mariano Catalina | 2258 |
| 1224. | A Benito Pérez Galdós, <i>ms.</i> | 2259 |
| 1225. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 2260 |
| 1226. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2261 |
| 1227. | De Marcelino Menéndez Pelayo | 2262 |
| 1228. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 2264 |
| 1229. | A Eduardo Bustillo | 2265 |
| 1230. | A Eugenio Krapf..... | 2266 |
| 1231. | A Aniceto de Pagés..... | 2267 |
| 1232. | A Federico de Vial | 2268 |
| 1233. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 2268 |
| 1234. | A Federico de Vial | 2269 |
| 1235. | A Juan F. Muñoz Pabón..... | 2270 |
| 1236. | A Eugenio Sáenz de Miera | 2271 |
| 1237. | A Mariano Domínguez Berrueta..... | 2271 |
| 1238. | A José María Quintanilla | 2272 |
| 1239. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2273 |
| 1240. | A Valentín Rivero | 2274 |
| 1241. | A Arturo Reyes | 2274 |
| 1242. | A José María Quintanilla | 2276 |

| | | |
|-------|--------------------------------------|------|
| 1243. | A José María Quintanilla | 2276 |
| 1244. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2277 |
| 1245. | A Luis Ruiz Contreras..... | 2277 |
| 1246. | A José G. Ceballos..... | 2278 |
| 1247. | A Fernando Fernández de Velasco..... | 2278 |
| 1248. | A Federico de Vial | 2279 |
| 1249. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2280 |
| 1250. | A José María Quintanilla..... | 2281 |
| 1251. | A Federico de Vial | 2282 |
| 1252. | A Narciso Oller | 2283 |
| 1253. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2284 |
| 1254. | A Francisco Sosa..... | 2285 |
| 1255. | A Antonio Gomar | 2287 |
| 1256. | A Antonio Maura | 2288 |
| 1257. | A Francisco Rodríguez Marín | 2289 |
| 1258. | A Narciso Oller | 2290 |

1902

| | | |
|-------|---|------|
| 1259. | A Juan J. Muñoz Pabón..... | 2291 |
| 1260. | A Benito Pérez Galdós | 2292 |
| 1261. | A Narciso Oller | 2293 |
| 1262. | A Miguel de Toro y Gómez | 2294 |
| 1263. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 2295 |
| 1264. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 2296 |
| 1265. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 2297 |
| 1266. | A Valentín Rivero | 2297 |
| 1267. | A Federico de Vial | 2299 |
| 1268. | A Javier Lasso de la Vega | 2299 |
| 1269. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 2300 |
| 1270. | A Armando Palacio Valdés | 2301 |
| 1271. | A Benito Pérez Galdós | 2303 |
| 1272. | A Federico de Vial | 2304 |
| 1273. | Al P. Tomás Cámara, Obispo de Salamanca | 2304 |
| 1274. | A Marcelino Menéndez Pelayo..... | 2305 |
| 1275. | A Ramón Masifern | 2306 |
| 1276. | De Marcelino Menéndez Pelayo..... | 2307 |

| | | |
|-------|-----------------------------------|------|
| 1277. | A Luis Montoto | 2308 |
| 1278. | A Narciso Oller | 2309 |
| 1279. | A Narciso Oller | 2310 |
| 1280. | A Jesús Plegueruelo..... | 2311 |
| 1281. | A James C. Young | 2312 |
| 1282. | A Benito Pérez Galdós | 2313 |
| 1283. | A Román de la Sota y Lastra | 2314 |
| 1284. | A Valentín Rivero | 2315 |
| 1285. | A James C. Young | 2316 |
| 1286. | A Narciso Oller | 2317 |
| 1287. | A Fernando de Querol | 2318 |
| 1288. | A Narciso Oller | 2319 |
| 1289. | A Benito Pérez Galdós | 2320 |
| 1290. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2322 |
| 1291. | A León Medina | 2322 |

1903

| | | |
|-------|---------------------------------------|------|
| 1292. | A Apeles Mestres..... | 2323 |
| 1293. | A Gustavo A. Martínez..... | 2323 |
| 1294. | A Federico de Vial | 2324 |
| 1295. | A Mariano Catalina | 2324 |
| 1296. | A Raimundo Fernández Villaverde | 2325 |
| 1297. | A Ginn and Company | 2326 |
| 1298. | A Raimundo Fernández Villaverde | 2328 |
| 1299. | A Valentín Rivero | 2328 |
| 1300. | A León Medina | 2329 |
| 1301. | A Apeles Mestres..... | 2329 |
| 1302. | A Benito Pérez Galdós | 2330 |
| 1303. | A León Medina | 2331 |
| 1304. | A Enrique Madrazo | 2332 |
| 1305. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2332 |
| 1306. | A León Medina | 2333 |
| 1307. | A León Medina | 2334 |
| 1308. | A León Medina | 2334 |
| 1309. | A Narciso Oller | 2334 |
| 1310. | A Ignacio de Urbina..... | 2336 |

| | | |
|-------|-------------------------------------|------|
| 1311. | A Ferndo Díaz de Mendoza | 2337 |
| 1312. | A Domingo Cuevas | 2338 |
| 1313. | A José López Portillo y Rojas | 2339 |
| 1314. | A Antonio Maura | 2341 |
| 1315. | A Narciso Oller | 2341 |
| 1316. | Al Marqués de Comillas | 2342 |
| 1317. | A Valentín Rivero | 2344 |
| 1318. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2344 |
| 1319. | A Ruiz Contreras | 2345 |

1904

| | | |
|-------|--|------|
| 1320. | A Antonio Maura | 2345 |
| 1321. | A José I. de Urbina | 2346 |
| 1322. | A Benito Pérez Galdós | 2348 |
| 1323. | A Federico de Vial | 2349 |
| 1324. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2350 |
| 1325. | A Narciso Oller | 2351 |
| 1326. | Al Director de <i>El Cantábrico</i> | 2351 |
| 1327. | Al Director de <i>El Diario Montañés</i> | 2353 |
| 1328. | Al Alcalde de Santander | 2354 |
| 1329. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2354 |
| 1330. | A Mariano Catalina | 2355 |
| 1331. | De Mariano Catalina | 2356 |
| 1332. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2357 |
| 1333. | A Domingo Cuevas | 2358 |
| 1334. | A Narciso Oller | 2358 |

1905

| | | |
|-------|--|------|
| 1335. | Al Comité Nobel de la Academia Sueca de Stokolmo | 2359 |
| 1336. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2361 |
| 1337. | A Martín Domínguez Berrueta | 2362 |
| 1338. | A Narciso Oller | 2363 |
| 1339. | A Alfonso Ortiz de la Torre | 2364 |
| 1340. | A Eduardo de Huidobro | 2365 |
| 1341. | A Enrique Menéndez Pelayo | 2366 |

| | | |
|-------|-----------------------------------|------|
| 1342. | A Marcelino Menéndez Pelayo | 2367 |
| 1343. | A Narciso Oller | 2367 |
| 1344. | A Félix Redonnet | 2369 |
| 1345. | A Victoriano Suárez. Madrid..... | 2370 |
| 1346. | A Benito Pérez Galdós | 2372 |
| 1347. | Al P. Manuel Miguélez..... | 2373 |
| 1348. | A Narciso Oller | 2374 |

1906

| | | |
|-------|--------------------------------------|------|
| 1349. | A Narciso Oller | 2375 |
| 1350. | A Armando Palacio Valdés | 2378 |
| 1351. | A Antonio Fernández de Velasco | 2378 |
| 1352. | A Benito Pérez Galdós | 2379 |

Índice onomástico

N. B.: Por razones obvias, el nombre de José María de Pereda no está incluido en este índice.

A

- Aben-Hezra**, Abraham 64
- Absalón** 106
- Acevedo**, Alonso de 75
- Acuña**, Hernando de 99
- Adán** 17, 428
- Addison**, Joseph 101
- Agüero y Góngora**, Tomás C. (*padre*)
14, 16, 27, 33, 199, 245, 475, 678,
681, 682, 868, 1028, 1034
- Agüero y Sánchez de Tagle**, Tomás
(*hijo*) 475, 613, 850
- Aguilar**, Francisco 1102
- Aguilar**, Gaspar de 64
- Aguilera y Gamboa**, Enrique, Marqués
de Gamboa 723
- Aguilior**, Manuel de 868
- Aguiló**, Mariano 64, 822
- Aguiló**, Tomás 118
- Aguirre**, *amigo de Vicente de Pereda* 1250
- Aguirre**, Adolfo de 92, 744, 747, 849
- Aguirre**, Alejandro 498
- Aguirre, Cardenal**, *ver Sáenz de Aguirre*, José
- Agustín**, Antonio 75
- Alarcón**, Pedro Antonio de 28, 67, 87,
88, 92, 133, 158, 340, 345, 346, 347,
361, 369, 925, 1255, 1280
- Alas**, Genaro 367, 378, 407, 421, 435,
576
- Alas**, Leopoldo («**Clarín**») 49, 171, 240,
242, 248, 266, 272, 273, 275, 278, 287,
289, 290, 291, 292, 305, 306, 307, 308,
314, 317, 318, 319, 325, 327, 330, 333,
350, 351, 355, 356, 357, 367, 369, 378,
387, 397, 402, 407, 412, 417, 419, 421,
423, 425, 428, 429, 430, 432, 435, 436,
439, 441, 444, 445, 448, 450, 451, 453,
454, 456, 459, 462, 463, 471, 493, 499,
501, 502, 507, 511, 512, 539, 569, 576,
590, 610, 618, 619, 626, 629, 630, 631,
638, 640, 698, 699, 723, 759, 835, 838,
840, 848, 849, 856, 887, 915, 940, 962,
1036, 1058
- Albareda**, José Luis 31, 33, 34, 38, 39,
43, 45, 47, 48, 49, 50, 51
- Albéniz**, Isaac 878
- Alberto Magno** 93
- Albornoz**, Gil de, *Cardenal (Álvarez de Albornoz)* 75, 99
- Alcalá Galiano**, Antonio 356
- Alcalá Galiano**, Emilio, Conde de
Casa-Valencia 335, 491, 500

- Alcalde del Río**, Hermilio 949
- Aleardo Aleardi**, Antonio María 101
- Alegre**, Francisco Javier, *jesuita* 75
- Alemán**, Mateo 75
- Alfieri**, Vittorio 101, 247
- Alfonso I (Alfonso Henrique)**, *Rey de Portugal* 67
- Alfonso III de Portugal** 67
- Alfonso V de Aragón** (el Magnánimo) 75, 93
- Alfonso X** 64
- Alfonso XII** 39, 1303, 1330, 1331
- Alfonso XIII** 1276
- Alfonso**, Luis 242, 267, 333, 355, 407, 417, 424, 430, 431, 434, 455, 464, 473, 476, 541, 563, 598, 602, 603, 607, 608, 615, 621, 631, 633, 776
- Allen**, Johanne (Juana) 1019
- Almeida**, P. Teodoro de 1263, 1264
- Almeida Garrett**, João Baptista da Silva Leitão de 64, 67
- Almirall**, Valentí 1124
- Alonso, Pedro**, *el guantero* 681, 1045, 1250, 1251, 1283
- Alonso**, Román 1189
- Alonso de Cartagena** 75
- Alonso de Eguía**, Pedro 868
- Alonso Fraile, Juan**, *el guantero* 280, 520, 868, 1034, 1035, 1074, 1283
- Altamira**, Rafael 1022
- Altamirano**, Ignacio M. 554
- Álvarez Cienfuegos**, Nicasio 64
- Alvarez Quintero**, Serafín y Joaquín 1170
- Alvear y Aguirre**, Gerardo de 933
- Alvear de la Pedraja**, Emilio de 868, 877, 930, 933
- Alvear de la Pedraja**, Leandro de 520, 868
- Amador de los Ríos**, José 131, 143, 641, 642
- Amador de los Ríos**, Rodrigo, *hijo* 513, 641
- Amicis**, Edmondo de 480
- Ampère**, Jean-Jacques 84
- Andrade Caminha**, Pedro de 64
- Andrade Corvo**, João 67
- Andrés**, Juan, *abate* 75, 84, 93
- Anglería**, Pedro Mártir de 75
- Aniano**, *funcionario del gobierno civil de Santander* 1175
- Anthero de Quental Antonio**, Nicolás 75
- Aparicio**, Esteban 692
- Aparicio**, Vicente 520, 868
- Aparisi Guijarro**, Antonio 851
- Apostolo Zeno**, Pietro 101
- Aracena**, José 773, 777, 780, 781
- Aragón-Azlor y Fernández de Córdoba**, Marcelino, Duque de Villahermosa 485, 486
- Aragón de Azlor e Idiáquez**, María del Carmen, Duquesa de Villahermosa, Condesa de Güaqui 172
- Arana**, Manuel 472
- Arce y Compañía**, *libreros* 274
- Areopagita, Dionisio** 93
- Aretino**, Pietro 75, 101
- Argensola**, Bartolomé 75

- Argumosa**, Dr. José R. 715, 1114
Ariosto, Ludovico 247
Aristodemo 101
Aristóteles 75
Arjona, Manuel María de 64
Armada y Losada, Juan Bautista de, Marqués de Figueroa 1163, 1276
Arnao, Antonio 502, 503
Arrazola, Lorenzo 930
Arriola, *guatemalteco* 1299
Arriola, Antonio 632
Arteaga, Esteban de 75
Asenjo Barbieri, Francisco 641, 670, 671
Asensio, José María 1223, 1227
Assas, Manuel de 20, 60
Assemani, Joseph Simeón 84
Atard, Rafael 258
Augusto (Augustus) 1191
Augusto, *Infante de Portugal* 316
Ausias March 64, 75, 669
Averroes 64
Aviano, Flavio 93
Ayné i Rabell, Joaquim 1278
Aza, Vital 1103
Azara, José Nicolás de 75
Azcoitia 613, 615, 616, 618
Azeglio, Massimo d' 101
Azlor de Aragón e Idiáquez, María del Carmen, Duquesa de Villahermosa 847
Azpilcueta, Martín de 75

B

- Balaguer**, Víctor 244, 263, 370, 373, 491, 522, 609, 681, 739, 770, 790, 1219
Balart, Federico 633, 641, 1181, 1182, 1183, 1194, 1196, 1199, 1202
Balbo, Cesare 75, 101
Balestá, Tomás, Arcediano de la Catedral de Salamanca 618, 621, 622
Bailly-Bailliere, Carlos, *editor* 541
Balmes, Jaime 67
Balzac, Honoré de 71, 82, 116, 122, 124, 269, 372
Barbarroja, Federico 75
Barbosa Machado, Diogo 67
Barbosa, Aires 64
Barcelona, Obispo de 750, 876, 1220
Bárcenas, Conde de las, *ver* Fernández Cavada y López de Calle, Miguel
Barcia Caballero, Dr. Juan 309, 320, 321, 391, 467, 494, 516, 578, 616, 619, 622
Barrabás 77
Barreda y Mena, Leopoldo, Marqués de Casa-Mena 90, 91
Barrés, Maurice 1031
Barrio y Mier, Matías 613, 723
Barros, Joao de 64

- Bartolomé**, *apoderado de Pereda en Polanco* 606, 930, 932
- Basset**, Ralph Emerson 1297
- Baviera, Rey de** 371
- Bazin**, René 1029
- Beatriz** 96
- Beccaria**, Cesare 101
- Becerro de Bengoa**, Ricardo 845
- Belestá**, Luis 726
- Bello**, Luis 1175
- Bembo**, Pietro 96
- Benaprés**, Rita 1124
- Benavente**, Jacinto 1148, 1158, 1160
- Benet**, *dentista santanderino* 498
- Benet**, *sacerdote santanderino* 437
- Berenguer**, Ramón 75
- Bermúdez de Castro**, Salvador, duque de Ripalda 991
- Bernardes**, Diego 64
- Bertrand**, *escritor catalán* 280
- Bessarion**, Basilio, Cardenal 84
- Biagi**, Antonio 93
- Bibáculo**, Marco Furio 1191
- Bibiena**, Bernardo Dovizi, *Cardenal* 101
- Biel**, Julián, *tenor* 1238
- Bismark**, Otto von 371
- Blanchard**, Lorenzo 1043, 1191
- Blanco Belmonte**, Marcos Rafael 1175
- Blanco García**, P. Francisco 623, 630
- Blanco White**, José María 64
- Blasco**, Eusebio 105, 1162
- Bocage**, Manuel María Barbosa de 64
- Boccaccio**, Giovanni 96, 101
- Bofarull**, Manuel 118, 119
- Bohmer**, Dr. Edward 93
- Böhl de Faber**, Cecilia (Fernán Caballero) 39, 67, 95, 98, 111, 116, 506
- Boileau**, Nicolas 64, 1321
- Bolado Zubeldia**, Fermín 603, 606
- Bolaños**, Cándido 1321
- Boni**, *actor* 932, 933
- Bonifacio VIII** 101
- Bora**, Francisco 1067, 1068
- Borbón**, Carlos María Isidro de 39, 745
- Borbón-Parma**, Margarita de 745
- Borja**, César 96
- Boscán**, Juan 64
- Botín**, Emilio 337, 868
- Botín**, Rafael 986
- Botta**, Carlo 101
- Bourget**, Paul 1018, 1297
- Braga**, Teófilo 64, 67
- Bravo**, Pedro 1171, 1175, 1212
- Bravo y Tudela**, Antonio 143
- Bretón**, Tomás 681
- Bretón de los Herreros**, Manuel 237
- Brocense**, el *ver* Sánchez de las Brozas, Francisco
- Bruna**, *General* Ramiro 1261
- Brunetière**, Ferdinand 1029, 1030, 1033, 1063
- Bruto**, Marco Junio 17
- Büchner**, Karl Georg 67
- Buen**, Odón de 891
- Bulhao Pato**, Raimundo Antonio de 60
- Burgos**, Francisco Javier de 67

Burgos, Arzobispo de 231
Burrero, el, *cantaor flamenco* 936
Bustamante, Antonio L[ópez] 192,
749, 868, 940
Bustamante, Felipe 1171
Bustamante y Casaña, Antonio,
Marqués de Villatorre 469, 529, 744,
750, 849, 995, 1034

Bustamante y Casaña, Ramón (Villa-
torre el artillero) 940, 945
Bustamante Piélago, Antonio 535, 615
Bustillo, Eduardo 9, 17, 56, 82, 95,
99, 140, 142, 441, 917, 1087, 1094,
1158, 1160, 1199, 1229
Buylla 887
Byron, Lord, George Gordon 67, 316

C

Caballero, Fermín, *ver* Böhl de Faber,
Cecilia
Caballero, G., Fernando 1028
Cabello 606, 618, 621, 622
Cabezas, Adolfo G. 1021
Cabot i Rovira, Joaquím 686, 690,
732, 747, 815, 832, 1038
Cabrero, Antonio 935, 1129
Cabrero, Manuel 338, 339
Cabriñana, Marqués de, *ver* Urbina,
Julio
Cadalso, José 64
Cagigas, Pedro 613, 615, 749
Caín 898, 1120
Cajigas, S. 938
Calderón, Manuel 951
Calderón de la Barca, Pedro 32, 143,
199, 201, 209, 214, 698, 1185
Calímaco 101
Cámara, *impresor* 74, 77, 88, 107, 128,
139, 148
Cámara, Miguel H. 968

Cámara, Petra 17
Cámara, P. Tomás, *obispo de Sala-
manca* 987, 1273
Caminero y Muñoz, Francisco Javier
97, 127, 143
Camino, *ver* Pérez de Camino, Fernando
Camoens, Luis de 64, 316
Campanella, Tommaso 93
Campoamor, Ramón de 20, 34, 49, 51,
124, 345, 351, 471, 491, 545, 615
Campogiro, Conde de, *ver* López de
Ceballos Ulloa, Eduardo
Camps, *escritor* 1015
Campuzano, Tomás 444, 464, 718
Canal Gándara, Francisco 180
Canalejas, José 39, 179, 988, 1219,
1279, 1303
Canals, Salvador 988
Cancudo, Julián (?) 660
Canella, Fermín 103
Cano, *colombiano* 1212
Cano, Melchor 84

- Cánovas del Castillo**, Antonio 127, 129, 204, 243, 247, 481, 491, 495, 498, 500, 507, 548, 854, 855, 857, 858, 863, 872, 875, 877, 912
- Cantú**, Cesare 101
- Cañete**, Manuel 142, 194, 248, 421, 459, 488, 491, 495, 500, 507, 582, 623
- Capponi**, Gino 101
- Carbonero y Sol**, León, Conde de Sol 159, 1096, 1099
- Carcano**, Giulio 101
- Carcassonne**, Mr. 184, 186
- Cárdenas y Espejo**, Francisco de 76
- Carducci**, Giosué 101
- Caridad**, *viuda de Francisco Miquel y Badía* 585, 712, 1115
- Carlos II** el Hechizado 75
- Carlos III** 75, 93, 1043, 1044
- Carlos V** 75
- Carlos**, Abelardo de 154, 156, 170, 185
- Carlos de Anjou** 75
- Carmen**, *prima de Narciso Oller* 924
- Carmen**, *tía de Narciso Oller* 271
- Carnesechi**, Pietro 75
- Caro**, Miguel Antonio 222, 247, 817, 838, 841
- Caro**, Rodrigo 119, 242
- Caro y Alvarez de Toledo**, Joaquín, Conde de Peña Ramiro 604
- Caro y Sureda**, Pedro, Marqués de la Romana 100
- Carral del Camino**, Francisco 27, 28, 29, 30, 36
- Carranza**, Bartolomé de, *Arzobispo* 75
- Carrasquilla**, Tomás 1055
- Carulla**, José María 130, 181
- Carvalho e Melo Sebastião**, José de, Marqués de Pombal 64
- Casa-Mena, Marqués de**, *ver* Barreda y Mena, Leopoldo
- Casanata**, Girolamo, *Cardenal* 84
- Casaña del Mazo**, Margarita, Marquesa de Villatorre 1034
- Casa Puente, Conde de** 868
- Casas**, Eduardo 660
- Casa-Valencia, Conde de**, *ver* Alcalá-Galiano, Emilio
- Cassola**, Manuel 464, 474, 486
- Castelar**, Emilio 179, 491, 615, 891, 912, 916, 920, 938, 1176
- Castello-Branco**, Camilo 67
- Casti**, Giovanni Battista 101
- Castiglione**, Baldassare di 96, 247
- Castilho**, Antonio Feliciano del 67
- Castro**, Adolfo de 133, 482
- Castro**, Guillén de 64
- Castro y Serrano**, José de 345, 350, 351, 879, 881, 910, 915, 929, 1004, 1052, 1054
- Catalina**, Mariano 282, 322, 324, 329, 331, 332, 335, 340, 488, 491, 495, 500, 507, 641, 930, 1054, 1106, 1108, 1116, 1118, 1123, 1136, 1153, 1179, 1223, 1227, 1228, 1295, 1330, 1331
- Catalina García**, Juan 187
- Catulo** 1191
- Cavestany**, Juan Antonio 1223, 1225, 1227, 1228, 1265
- Cavia**, Mariano de 835, 846, 930, 1052

- Ceballos**, José G. 1246
- Cellini**, Benvenuto 96
- Cendoy**, Modesto 1028
- Cerralba, Marqués de**, *ver* Aguilera y Gamboa, Enrique de
- Certero**, *editor* 376
- Cervantes**, Miguel de 17, 64, 75, 96, 116, 185, 214, 224, 246, 272, 369, 372, 729, 888, 892, 1001, 1196, 1257, 1304, 1340
- Cesareo**, Giovanni Alfredo 414, 456
- Céspedes**, Pablo de 75
- Cetina**, Gutierre de 99
- Chacón**, Pedro 75
- Chapí**, Ruperto 1204, 1219, 1221
- Charriaut**, Henri 1152, 1157
- Chenier**, André 122
- Chervin**, Claudius 608, 612, 616
- Cheste, Conde de**, *ver* Pezuela, Juan de la
- Cicerón**, Marco Tulio 84, 154, 163, 164, 182
- Cid**, el 874 [Rodrigo Díaz de Vivar]
- Cienfuegos**, *ver* Álvarez Cienfuegos, Nicasio
- Cilla**, Ramón 386, 426
- Cino da Pistoia** 96
- Ciria y Vinent**, Antonio 512, 517
- Cirillo**, Salvatore 93
- Cisneros**, *ver* Jiménez de Cisneros, Francisco
- Claudiano** 75
- Coburgo**, Fernando de, *Regente de Portugal* 316
- Coll y Vehí**, José 24, 194
- Collado**, Casimiro del 150, 152, 154, 156, 163, 164, 172, 175, 176, 179, 187, 199, 221, 420, 460, 479, 518, 665, 883, 890, 1039
- Collado**, José V. del 1039
- Collel**, Jaume 682, 747, 750, 753
- Coloma**, P. Luis 354, 409, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 452, 453, 457, 459, 478, 506, 540, 583, 595, 607, 633, 650
- Colomés**, Juan Bautista 75
- Colón**, Cristóbal 17, 100, 1057, 1092
- Colongues Klimt**, Justo 558
- Colonna**, Vittoria 75
- Columela** 75
- Comillas, primer Marqués de**, *ver* López y López, Antonio
- Comillas, segundo Marqués de**, *ver* López Bru, Claudio
- Comillas, Marquesa de**, *ver* Gayón Barrié, María
- Commelerán**, Francisco 479, 481, 485, 486, 491, 494, 498, 500, 641
- Comparetti**, Domingo 101
- Compte**, Auguste 67
- Conde de Sol**, *ver* Carbonero y Sol, León
- Condillac**, Etienne Bonnot de 101
- Conradino (Conrado de Hohenstaufen)**, *rey de Sicilia* 75
- Conrado, P.**, *agustino* 1347
- Conscience**, Hendrick 122, 124, 269
- Contreras**, *arquitecto de la Alhambra* 935
- Cordeiro**, Luciano 67
- Córdoba**, Fernando de 84
- Cormenanza (?)**, José 660

- Corneille**, Pierre 17
- Coroleu**, Wilfred 662, 664, 1172, 1177, 1216
- Coronado**, Carolina 247
- Corpas**, *recadista?* 1158, 1160, 1170
- Correa Garçao**, Pedro Antonio 64
- Cortázar**, Daniel 912, 920, 1111
- Cortés**, Hernán 17, 1048
- Cortezo**, Daniel, *editor* 356, 382, 541
- Cortines**, *banquero* 1175
- Cortón**, Antonio 246, 367
- Cos**, José María de 766, 987, 1076
- Cosgaya**, Antonio 13
- Cos-Gayón**, Fernando 673, 695, 708, 709, 710, 857, 991
- Cotarelo y Mori**, Emilio 1052
- Cozza-Luzi**, Giuseppe 84
- Creixell**, Benito Elías de 100
- Crespo**, Andrés 290, 291, 307, 316, 352, 353, 354, 355, 356, 367, 387
- Crespo**, Angel 105, 106, 169
- Crisóstomo**, Juan 1 **Cruz**, Ramón de la 493
- Cubero**, *periodista* 465
- Cucurella**, *traductor* 1288
- Cuéllar**, José Tomás de 665, 670
- Cuervas Mons**, Valentín 1121
- Cuesta**, Francisco de la 833
- Cuesta**, Juan de la 185
- Cueto**, Enrique 877, 986
- Cueto**, Fray José 661
- Cueto**, Leopoldo Augusto de, Marqués de Valmar 49, 51, 104, 124, 127, 129, 158, 346
- Cuevas**, **P.**, *agustino* 1347
- Cuevas**, Domingo 1, 2, 3, 4, 360, 375, 537, 622, 635, 652, 653, 682, 691, 696, 742, 900, 940, 958, 971, 1109, 1035, 1051, 1057, 1050, 1112, 1113, 1195, 1312, 1333
- Cuevas**, Laureano de las 721
- «**Curioso Parlante, El**», *ver* Mesonero Romanos, Ramón

D

- Daby**, *ver* Davy, Sir Humphry
- Dámaso**, *sobrino* 890
- Damocles** 17
- Dante Alighieri** 75, 96, 101, 443
- Daoíz**, Luis 100
- Darío**, Rubén 1132
- Dato**, Eduardo 613, 1143, 1175, 1176
- Daudet**, Alphonse 266, 267, 318, 1297
- Davy**, Sir Humphry 93
- Debas**, Fernando 503, 615
- Dehesa**, Antonio de la 444
- Delacroix**, Eugène 17
- Delgado**, A. 1254
- Delgado**, Rafael 1122
- Delgado**, Sinesio 171, 228, 386, 388, 389, 426, 543, 1049, 1186

- Delicado**, Francisco 75
- Delille**, Jacques 67
- Demóstenes** 67
- Desiré**, *actor francés* 17
- Dezobry**, Charles 84
- Díaz**, Pedro 383, 392
- Díaz del Castillo**, Bernal 1092
- Díaz de Mendoza**, Fernando 1148, 1305, 1311, 1322
- Díaz de Pedraja**, José, *gobernador de Valladolid* 1170
- Díaz Pérez**, Nicolás 1227
- Díaz de Quijano**, José María 952, 1086, 1242, 1244, 1255
- Díaz de Quijano**, Máximo 9, 12, 13, 14, 15, 16, 22, 33, 35, 42
- Díaz Quintanilla**, Pedro 542
- Díaz Varela**, Fernando 344
- Dickens**, Charles 372
- Didot**, Firmin, *editor* 158, 163
- Diniz**, Antonio 64
- Diógenes Laercio** 93
- Director de *Album Patria*** 1040
- Director de *La Atalaya*** 1189, 1190, 1191
- Director de *El Atlántico*** 408, 438, 557, 831
- Director de *El Aviso*** 113, 114, 285, 337, 338, 339, 341
- Director de *El Correo de Andalucía*** 1110
- Director de *El Cantábrico*** 1326
- Director de *El Correo de Cantabria*** 831
- Director de *El Diario Montañés*** 1327
- Director de *Santander Crema*** 237
- Dolores**, *esposa de Manuel Pereda* 375
- Doménech**, hermanos, *editores* 207, 212, 213, 215, 216, 217, 218, 219, 571, 575, 931, 1073
- Doménech i Montaner**, Lluís 656, 657, 1316, 1329, 1336
- Doménguez Berrueta**, Mariano 1237, 1337
- Donoso Cortés**, Juan 1227
- Doré**, Gustave 17, 71
- Dorregaray**, José Gil, *impresor* 127
- Ducazcal y Lasheras**, Felipe 633
- Dumas**, Alexandre, *fils* 17
- Dumas**, Alexandre, *père* 17
- Duque y Merino**, Demetrio 858, 867, 874
- Durán**, Alfonso 28

E

- Eça de Queiroz**, José María 328
- Echanove**, Antonio 660, 682, 683, 685, 719, 749, 750, 753, 774, 865
- Echanove**, Manuel 660, 774, 865
- Echanove y Echanove**, Francisco Antonio (*padre*) 660, 749
- Echegaray**, José 247, 248, 761, 1058

Eguílaz Yanguas, Leopoldo 129, 935, 1028
Eguílaz, Luis de 95, 158
Elmano 64
Elola, José 1050, 1163
Encina, Juan de la 64
Enrique IV, rey de Francia 17
Enríquez de Guzmán, Alonso 93
Epicuro 69, 93
Erasmus 75
Ericeira, Conde de 64
Ermitas, esposa de F. Pérez de Camino 694, 1203
Escalante, Agabio de 242, 316, 437, 469, 613, 749, 776, 868, 986, 988, 995, 1086, 1095, 1100, 1255
Escalante, Amós de («Juan García») 7, 9, 13, 20, 64, 68, 69, 85, 103, 110, 119, 124, 133, 169, 175, 179, 199, 231, 369, 439, 448, 613, 641, 658, 776, 868, 988, 1189, 1261
Escalante, *catedrático* 1104
Escalante, Pedro 940
Escalante, Serafín 239
Escalera, Alfredo de la 342, 429, 432, 691, 695
Escobar, Alfredo 513, 518
Escobar, Baltasar de 75, 84
Escobar, H. 1028
Escobar, Ignacio José («Alma-Viva») 466
Escosura, Patricio de la 32
Espartero, Baldomero, «el Duque» 39, 139, 1224
Esperanza, esposa de Narcís Oller, ver Rabassa y Pont, Esperanza
Espronceda, José de 927
Esquerdo Zaragoza, Dr. José María 326
Estazo, Aquiles 64
Estrada, Santiago 292, 649, 723, 835
Estrañi, José 986, 1105, 1305
Euclides 93
Eva 17
Evaristo, primo de Pereda 360, 375
Eximeno, Francisco 75
Eymerich, Nicolás 84

F

Fabié, Antonio María 641
Fantoni, Giovanni 101
Faria y Sousa, Manuel de 64
Farina, Luis 796
Farnesio, Alejandro 84
Fastenrath, Johannes 280
Fe, Fernando, *librería* 189, 197, 227, 395, 407, 638, 1190
Fedro 93
Feijóo y Montenegro, Fr. Benito Jerónimo 1264
Felipe, amigo de Pereda 404
Fernán Caballero, ver Böhl de Faber, Cecilia
Fernández, Eduardo 1086
Fernández, Lucas 64

- Fernández Baladrón**, Antonio 868
- Fernández Castañeda**, Antonio 153, 613
- Fernández de Castro**, Pedro, Conde de Lemos 75, 93
- Fernández de Castro**, Saturnino, *Obispo de Burgos* 231
- Fernández Cavada y López de Calle**, Miguel, Conde de las Bárcenas 748
- Fernández Cueto**, Alejandro 868
- Fernández Flórez**, Isidro («Fernanflor») 314, 333, 915, 920, 932, 1269, 1271, 1314
- Fernández González**, Francisco 513, 518
- Fernández Grilo**, Antonio 1225
- Fernández Guerra**, Aureliano 49, 127, 142, 158, 175, 176, 185, 194, 277, 284, 331, 345, 351, 361, 451, 457, 459, 500
- Fernández de Henestrosa**, Mariano, Duque de Santo Mauro 1170
- Fernández Hontoria**, Ramón 606, 613, 671, 674, 930, 932, 933, 935, 937, 1112
- Fernández de Isla**, Juan 1247
- Fernández Juncos**, Manuel 468, 1032
- Fernández de Moratín**, Leandro («Inarco Celenio») 64, 67, 75, 248, 333
- Fernández de Moratín**, Nicolás 64
- Fernández Prida**, Joaquín 346
- Fernández Quijano** 951
- Fernández de los Ríos**, Ángel 9
- Fernández de Velasco**, Fernando 42, 172, 242, 247, 284, 361, 368, 380, 469, 471, 506, 867, 1112, 1247, 1249, 1351
- Fernández Villaverde**, Raimundo 970, 1296, 1298
- Fernando VI** 1247
- Fernando**, Rey de Portugal 316
- Ferrari**, Paolo 101
- Ferreira**, Antonio 64
- Ferrer**, José 158, 675, 780, 955, 956, 1004
- Ferreras**, José 597, 123
- Ferri**, Luigi 101
- Ficino**, Marsilio 96
- Figueroa**, Francisco de 75
- Figueroa, Marqués de**, *ver* Armada y Losada, Juan Bautista de
- Figueroa Torres**, Álvaro de, Conde de Romanones 1276
- Filangieri**, Gaetano 101
- Fileno**, *ver* Ricci, Paolo
- «**Filinto Elysio**», *ver* Nascimento, Francisco Manuel de
- Filipo de Macedonia** 1120
- Filomeno de Gandara** 93
- Fiorentino**, Francesco 101
- Fita**, P. Fidel 127, 221
- Flavio** 76
- Flores**, Antonio 135, 448
- Flores Estrada**, Adela 738
- Flores García**, Francisco 441
- Florian**, Jean-Pierre Claris de 67
- Floro** 75
- Fonseca**, P. Joaquín 519
- Fonseca**, P. Pedro da 84
- Fornari**, Vito 92, 93, 101
- Forster**, Robert F. 1165
- Fortanet**, Tomás, *editor* 29, 66

Fóscolo, Hugo 96, 101
Fox Morcillo, Sebastián 84, 272
Francisco I de Francia 75
Frates y Sureda, Antonio 142
Freire, *ver* Soto Freire
Friedländer, Ludwig 84

Frontón, Marco Cornelio 84
Fuente, Adolfo de la 12, 13, 14, 16, 22,
204, 82, 1163
Fuertes Acevedo, Máximo 12, 24, 103
Fustel de Coulanges, Numa Denis 84

G

Gabriel y Galán, José María 1273, 1337
Galeote, Cayetano 371
«**Galerín**» 1186, 1190, 1191
Galileo Galilei 96
Gallardo, Bartolomé José 93, 185
Gallissá, Antonio María 819, 823, 832,
842, 849, 861, 897, 899, 904, 906,
907, 908, 909, 911
Gallo, Luis 660
Galluppi, Pasquale 101
Galvarriato, Juan Antonio 932
Gama, Vasco da 64
Gamazo, Germán, Conde de Gamazo
1045, 1256
García, Fernando 1264
García, Genaro 1254
García Alvaro, José 537, 647, 648, 651
García Gutiérrez, Antonio 368, 951
García Mantilla, Fernando 100
García Morante, Juan Antonio 867,
868, 871, 874, 876, 1069
García Obregón, José Luis 852, 853, 986
García Peres, Domingo 1263, 1264
García de Quevedo, José Heriberto 524

Garci-Lasso, *ver* Vega, Garcilaso de la
Garnica, José de 616, 833, 868, 874, 1082
Garrido, Ventura 86
Gaspar, Enrique 769
Gaspar y Roig, *editores* 8
Gautier, Théophile 17
Gavica, Angel 113, 114, 118, 152, 154, 158
Gayón Barrié, María, Marquesa de
Comillas 412, 625, 647, 648, 651,
654, 1134, 1146
Gayoso, Josefa, *viuda de Gumersindo
Laverde* 578
Gener, Mateo 1284
Genovesi, Antonio 101
Gerdil, Giacinto Sigismondo, *Cardenal*
101
Germán, *pintor* 593
Gherardi del Testa, Tomasso 101
Giannone, Pietro 101
Gil, Pancho 716
Gil y Zárate, Antonio 1219
Gili, Gustavo, *editor* 1005, 1011, 1026,
1034, 1089, 1103
Giménez, Tomás 660

- Gimeno Agius**, José 1052
- Giner de los Ríos**, Francisco 274, 275
- Ginn and Company** 1297
- Gioberti**, Vincenzo 93, 101
- Giordani**, Pietro 101
- Giordano Bruno** 93, 101
- Giusti**, Giuseppe 101
- Gladstone**, William 371
- Goes**, Damián de 64
- Gold**, Hugo 1209
- Goldoni**, Carlo 101
- Gomar**, Antonio 616, 658, 793, 1148, 1149, 1150, 1255
- Gomes de Amorim**, Francisco 67
- Gómez**, Mateo 1240, 1266, 1317
- Gómez**, Valentín 441
- Gómez de Baquero**, Eduardo («Andrenio») 499
- Gómez Carrillo**, Enrique 1260
- Gómez Ceballos**, Guillermo 510
- Gómez Ortega**, José 329
- Gómez Pereira**, Antonio 64, 84
- Gómez Restrepo**, Antonio 817, 1055, 1212
- Gonçalves Dias**, Antônio 67
- Goncourt**, Edmond 365, 644
- Góngora**, Luis de 143
- Gonzaga**, Julia 75
- González**, Domingo
- González**, Fr. Diego 64
- González**, G. (*fabricante de la cruz de Juan Manuel*) 907, 911, 968, 973
- González**, Fr. Tirso 84
- González Palencia**, Ángel
- González Pedroso**, Eduardo 1227
- González de Peredo** 951
- González Trevilla**, José María 986
- Goya**, Francisco de 1170
- Gozzi**, Carlo 101
- Gozzi**, Gaspare 101
- Granada**, Arzobispo de 424
- Granada**, Fray Luis de 64, 214
- Grandmontagne**, Francisco 1007
- Gregorio XVI**, *Papa* 84
- Greus**, Vicente 1085
- Grevy**, Jules 371
- Grossi**, Tommaso 101
- Guadalupe**, *esposa de Manuel Marañón* 717
- Guaqui, Condesa de**, *ver* Aragón-Azlor e Idiáquez, María del Carmen
- Güell**, Eusebio 358, 359, 376, 472, 473, 483, 536, 682, 815, 816, 897, 898
- Güell y Picó**, V. 1172
- Guerra Junqueiro**, Abilio Manuel 67
- Guerrazzi**, Francesco Domenico 101
- Guicciardini**, Francesco 96, 247
- Guido y Spani**, Carlos 649
- Guimerá**, Angel 261, 473, 477, 549, 681, 682, 686
- Gullón**, *político* 1015
- Gundisalvo**, Domingo 118
- Gutiérrez**, Mariano, *librero* 262, 839, 1061
- Gutiérrez Calderón**, Inocencio, *cuñado de Pereda* 375, 380, 473, 546, 547, 548, 549, 552, 644, 798
- Gutiérrez Calderón de Pereda**, José María, *sobrino de Pereda* 746, 798, 800, 801, 802, 803, 999, 1261

Gutiérrez Cueto, Domingo 1122

Gutiérrez Cueto, Enrique 868

Gutiérrez Cueto, Fernando 572

Gutiérrez de Solana, Antonino 1189

Gutiérrez de la Torre, Cástor 16, 25, 26, 28

H

Habsburgo-Lorena, María Cristina de
854, 855, 857, 858, 859, 863, 868,
1186, 1189

Hachette, Louis 328, 1077, 1079

Ha-Levi, Ichudá 64

Hartzenbusch, Juan Eugenio 6, 18, 49,
51, 183

Hazañas y la Rúa, Joaquín 940

Hazas, Marqués de 868, 1090

Heine, Heinrich 67

Henrich, editores 564, 568, 569, 571,
579, 582, 585, 586, 588, 594, 619,
623, 899, 901, 902, 906, 911, 950,
954, 1005, 1014

Henríquez, Alfonso 64

Henríquez Gómez, Antonio 64

Hensler, Elisa 316

Heras Ezcurdia, Raimundo 413

Herculano, Alexandre 64, 67

Heredia, A., catedrático 935

Hernández, librero de Santander 20,
565, 785, 787, 789

Hernández Fajarnés, Antonio 920

Hernández Villaescusa, Modesto 701

Herrán Valdivielso, José María 129

Herranz y Gonzalo, Juan José, Conde
de Reparaz 1225, 1227

Herrera, Fernando de 64, 96

Hervás y Panduro, Lorenzo 75, 84

Hiera, amigo de Vicente de Pereda 1250

Higinio, Julio 75

Hinojosa, Eduardo de 143, 518

Homero 101, 164, 1191

Horacio 75, 79, 93, 118

Huelin, María Luisa, viuda de Susillo
975, 989, 996, 1021, 1074, 1086,
1104, 1144

Hugo, Victor 77, 369, 712

«**Hugo Wast**», *ver* Martínez Zubiría,
Gustavo Adolfo

Huidobro, Eduardo de 4, 21, 626, 653,
863, 871, 1051, 1127, 1340

Huidobro, Gabriel 1034

Huidobro, María 744, 1034

Huidobro Arredondo, Casimira 541,
549, 552

Huot, Anatole Théodore Marie 837

Hurtado de Mendoza, José 534

Hus, Juan de 75

I

- Ibarra, Conde de**, *ver* Ybarra González, José María
Ibsen, Henrick 844
Iglesias 1336
Imperial, Micer Francisco 75
Inarco Celenio, *ver* Fernández Moratín, Leandro
Iriarte, Tomás de 64, 1052
Isaacs, Jorge 1120
Isabel la Católica 88
Isabel, Reina de Rumanía, «Carmen Silva» 1285
Isla, P. Francisco 75

J

- Jado**, Angel 1186, 1189
Jáuregui, Juan de 75
Jiménez de Cisneros, Francisco 88
Jiménez Delgado 351
Job 637, 646
José María, *sobrino de Pereda* 83
Jovellanos, Gaspar Melchor de 101, 552
Juan I de Portugal 67
Juan, *amigo de Pereda* 54
«**Juan García**», *ver* Escalante, Amós de
«**Juanito Romero**», *ver* Zumelzu, José
Jubera, Agustín, *editor* 106, 112
Judas 285
Julio César 1191

K

- Kock**, Paul de 447
Kastor, Robert 1128, 1134
Krapf, Eugenio 1230

L

- La Bruyère**, Jean de 438
Lafontaine, Jean de la 96
Lafuente, Modesto 41, 1070
«**Lagartijo**» (Rafael Molina Sánchez) 371, 713
Lainez, Diego 74
Lampillas, Francisco Javier 75

- Landa**, (Pascual o Baldomero) 199
- Lapaulide**, Juan L. 394
- Laromiguière**, Pierre 101
- Larra**, Mariano José de 39, 240
- Las Casas**, Bartolomé de las 678, 681, 682
- Las Navas, Conde de**, *ver* López-Valdemoro, Juan Gualberto
- Lasala**, Manuel 75
- Lasalde**, P. Carlos 797
- Lassaga Larreta**, Gregorio 20
- Lasso de la Vega**, Javier 1268
- Lastra**, Juan José de la 13, 27
- Lastra y Jado**, Victoriano 561
- Latino Coelho**, José María 65
- Latorre**, Carlos 988
- Latorre**, Julián 1255
- Lauria**, Roger de 75
- Laverde Ruiz**, Gumersindo 7, 9, 12, 13, 14, 15, 16, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 49, 51, 55, 56, 57, 58, 60, 62, 82, 92, 95, 97, 103, 104, 110, 115, 123, 124, 131, 136, 137, 140, 151, 156, 165, 168, 182, 184, 186, 190, 195, 201, 204, 208, 221, 225, 229, 234, 266, 272, 273, 297, 309, 320, 321, 391, 398, 418, 467, 478, 494, 516, 546, 578
- Lavín**, *práctico* 572
- Lázaro Galdiano**, José 501, 508, 510, 518, 525, 538, 539, 576, 630, 634
- Leguina y Vidal**, Enrique, Barón de la Vega de Hoz 60, 935, 936, 937, 942, 943, 945, 952
- Lemaître**, Jules 1297
- Lemos, Conde de**, *ver* Fernández de Castro, Pedro
- Lemus**, Juan de 67, 379, 1160
- León X**, *Papa* 75, 96
- León XIII**, *Papa* 157, 160, 412, 559, 651, 1288
- León**, Fr. Luis de 64
- León Hebreo** (Judá Abravanel) 96
- Leonor**, *sobrina de Pereda* 461, 1053
- Leopardi**, Giacomo 67, 96, 101
- Lerma**, Aunes de 93
- Lessing**, Gotthold Ephraim 101
- Letamendi**, José de 143
- Liberatore**, Matteo 101
- Lima**, Augusto 67
- Linares Gómez**, Enrique 674, 985, 1028
- Lincoln**, Abraham 923
- Liniers y Gallo-Alcántara**, Santiago de 221, 236, 322, 604, 605, 613, 671, 932, 978, 1004, 1227, 1253
- Liñán de Rianza**, Pedro 84, 995
- Littré**, Emil Maximilien 67
- Llano Ponte**, Antonio 30
- Llimona**, Josep 805, 821
- Llorente**, Teodoro 257, 260, 311, 465, 679, 680, 752, 763, 764, 839, 1085, 1198
- Lope de Vega**, Félix 64, 698, 1004, 1023, 1024, 1047, 1052, 1054, 1212
- Lopes de Mendonça**, Antonio Pedro 67
- López**, Ventura J. 740
- López Allué**, Luis 1214

- López Bago**, Eduardo 444, 447, 455, 487
- López Bru**, Claudio, segundo Marqués de Comillas 580, 582, 585, 586, 589, 647, 648, 651, 654, 682, 706, 776, 871, 877, 923, 932, 935, 1134, 1209, 1221, 1316
- López de Ceballos Ulloa**, Eduardo, Conde de Campogiro 681
- López y Pérez Hernández**, Enrique 1095, 1100
- López Portillo y Rojas**, José 1067, 1068, 1091, 1161, 1201, 1313
- López-Valdemoro**, Juan Gualberto, Conde de Las Navas 1011
- López Vidaur**, Aurelio 789, 790, 822, 832, 842
- López Villabrille**, Fausto 129
- Losada y Miranda**, Baltasar, conde de Maceda 100
- Losada Pardo**, Francisco Javier, conde de San Román 100
- Luanco**, José Ramón de 65, 480, 483, 822
- Luca y Tena**, Torcuato 1098
- Lucano** 64, 75, 150
- Luciano**, *librero* 226, 250, 313, 512, 541, 1004
- Luciano de Samósata** 101
- Lucrecio** 93, 101
- Lugol**, Julien 464
- Lulio**, Raimundo 75, 84, 277, 519
- Lutero**, Martín 75
- Luzán**, Ignacio de 64
- Lynch**, Hannah 1016, 1018, 1020, 1040, 1041

M

- Maceda, Conde de**, *ver* Losada y Miranda, Baltasar
- Machado**, Julio César 67
- Macías Picavea**, Ricardo 1105
- Madrazo, Albino** [Alonso] 437, 524, 868
- Madrazo**, Dr. Enrique, [Diego-Madrazo], 1304
- Madrid, Obispo de** 857, 858, 859, 988
- Maeterlinck**, Maurice 800, 802
- Maffei**, Guido 101
- Mai**, Angelo, *Cardenal* 84
- Maimónides**, Moses 64
- Mamiani**, Terencio 101
- Manfredo de Sicilia** 75
- Manini**, *cantante* 17
- Manini**, Urbano, *editor* 17
- Mansilla, Conde de** 868
- Manucio**, Aldo 96
- Manuel de Melo**, Francisco 64
- Manuel I de Portugal** 64
- Manzanedo y González**, Juan Manuel, Marqués de Manzandeo 66, 74
- Manzano Arellano**, Pablo 340, 350, 711

- Manzoni**, Alessandro 101, 124, 369, 1227
- Mañé y Flaquer**, Juan 682
- Maquiavelo**, Niccoló 96, 101, 247
- Marco Tulio**, *ver* Cicerón
- María I** de Portugal 67
- María Antonieta** 17
- Marañón**, Gregorio 647, 654, 933
- Marañón**, Javier 717
- Marañón y Gómez Acebo**, Manuel
128, 129, 133, 134, 135, 142, 143,
145, 150, 152, 154, 156, 157, 158,
164, 167, 173, 176, 179, 185, 187,
189, 193, 194, 197, 209, 221, 252,
291, 296, 313, 314, 340, 345, 346,
347, 350, 351, 355, 356, 357, 361,
368, 411, 415, 422, 423, 424, 425,
428, 432, 435, 436, 437, 441, 448,
461, 464, 466, 484, 486, 489, 491,
492, 497, 498, 501, 503, 507, 511,
512, 517, 518, 520, 521, 524, 581,
584, 591, 597, 606, 613, 614, 615,
618, 621, 622, 644, 646, 647, 654,
658, 678, 681, 717, 735, 857, 859,
868, 884, 899, 901, 902, 912, 913,
930, 932, 933, 935, 936, 937, 940,
943, 945, 946, 959, 964, 965, 966,
985, 986, 987, 988, 995, 1024, 1054,
1078, 1111, 1112, 1143, 1170, 1171,
1215, 1249, 1300
- Marcial** 75
- María**, *sobrino de Pereda* 890
- Mariani**, *actriz* 1113
- Marie**, T. *ver* Huot, Anatole Théodore
Marie
- Mario**, Emilio 761
- Martí**, Manuel, *dedán* 75
- Martí y Ferré**, Pedro 704
- Martín y Jubera**, *editores* 106, 112, 398
- Martínez**, Angel 827
- Martínez**, Dionisio 1180
- Martínez**, *imprensa y librería* 91, 95,
108, 112, 125, 126, 899
- Martínez Fernández**, Luis, *alcalde de
Santander* 1328
- Martínez Carande**, José 621, 622
- Martínez Infante**, Ceferino 379, 619,
827, 1121, 1126
- Martínez Mazas**, José 68
- Martínez Nacarino**, Juan 1012
- Martínez Pacheco**, Modesto 616, 1086
- Martínez Zorrilla**, José 868
- Martínez Zubiría**, Gustavo Adolfo
(«Hugo Wast») 1293
- Martinto**, Domingo O. 649, 711
- Martorell**, Joan 64
- Martos**, Cristino 486
- Masdeu**, Juan Francisco 75
- Masifern**, Ramón 1275
- Maspons y Labrós**, Francisco 118
- Masriera**, Francesc 261, 265
- Matheson**, Fred J. 1297
- Matheu**, Francesc 261, 266, 283, 289,
294, 302, 334, 687, 800, 1014, 1038
- Matos Fragoso**, Juan 64
- Matusalén** 195
- Maura**, Antonio 672, 714, 721, 743, 922,
968, 976, 997, 1256, 1271, 1314, 1320
- Mazarrasa**, Antonio de, *sobrino de Sin-
foroso* 749, 776, 799, 800, 801, 803,
995, 1027, 1034, 1035, 1111

- Mazarrasa**, Juan Manuel, *cuñado de Sinforoso* 199, 868, 1034, 1035
- Mazarrasa**, Mariano 798
- Mazarrasa I** «Peleches») 940, 943, 945
- Mazón**, Francisco 65, 67, 68, 69, 73, 76, 77, 82, 85, 86, 87, 88, 95, 97, 103, 105, 108, 111, 118, 119, 120, 122, 123, 128, 146, 152, 164, 166, 167, 168, 170, 173, 186, 189, 197, 210, 226, 253, 276, 351, 436, 441, 461, 484, 489, 552, 593, 613, 614, 615, 644, 646, 930, 932, 945, 1027, 1111, 1112, 1170, 1181, 1189
- Mazzantini**, Luis, *torero* 960
- Meana y Hurtado**, Rafael 1133
- Medici**, Cosme de 96
- Medici**, Lorenzino de 96
- Medici**, Lorenzo (el Magnífico) 96
- Medina**, León 584, 1119, 1143, 1215, 1291, 1300, 1303, 1306, 1307, 1308
- Medina**, Vicente 1059
- Medina y Navarro**, *editores* 99
- Medrano**, Francisco de 75
- Meléndez Baldor**, Julio, *librero de Santander* 986, 1173, 1180, 1262
- Meléndez Valdés**, Juan 64
- Mélida**, Enrique 203, 208
- Mellado**, Andrés 422, 439
- Melo**, Francisco Manuel de 64
- Menandro** 67
- Menard**, **Antonio**, *encuadernador* 1146, 1148, 1150, 1215, 1303, 1306, 1308
- Mendelssohn**, Félix 300
- Mendes Leal**, José da Silva 67
- Mendía**, P. José María 433
- Mendoza**, Diego de 75, 99
- Mendoza**, Fernando 1270
- Menéndez Pelayo**, Enrique («Casa Ajena») 245, 408, 432, 436, 438, 479, 665, 681, 682, 479, 772, 868, 879, 916, 920, 935, 938, 940, 967, 991, 1017, 1027, 1038, 1100, 1104, 1111, 1113, 1138, 1139, 1141, 1142, 1144, 1146, 1148, 1150, 1151, 1154, 1158, 1159, 1160, 1162, 1170, 1171, 1173, 1175, 1197, 1200, 1204, 1212, 1228, 1233, 1238, 1242, 1244, 1249, 1250, 1251, 1253, 1255, 1269, 1274, 1276, 1305, 1324, 1332, 1341, 1342
- Menéndez Pelayo**, Marcelino 52, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 71, 74, 75, 76, 77, 79, 82, 84, 85, 87, 92, 93, 95, 96, 97, 99, 101, 103, 104, 108, 110, 113, 115, 118, 119, 122, 124, 127, 128, 129, 131, 132, 133, 136, 137, 140, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 150, 151, 152, 154, 156, 157, 158, 159, 161, 163, 164, 167, 168, 170, 172, 173, 175, 176, 179, 180, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 190, 191, 193, 194, 195, 199, 200, 201, 203, 204, 208, 209, 218, 219, 221, 225, 229, 230, 231, 232bis, 242, 243, 247, 248, 251, 259, 266, 267, 270, 271, 272, 274, 276, 277, 279, 281, 284, 287, 288, 296, 298, 301, 306, 308, 309, 314, 316, 320, 321, 322, 331, 335, 340, 345, 346, 347, 354, 356, 361, 368, 381, 385, 391, 393, 414, 436, 442, 444, 448, 452, 453, 456, 457, 459, 467, 476, 477, 479, 480, 481, 485, 486, 488, 491, 492, 495, 497,

- 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 507, 510, 511, 513, 518, 519, 527, 530, 535, 556, 559, 596, 598, 604, 605, 606, 611, 613, 618, 620, 623, 627, 628, 641, 642, 658, 665, 670, 671, 673, 674, 681, 682, 695, 709, 710, 723, 725, 729, 772, 776, 808, 809, 811, 812, 817, 835, 836, 838, 840, 854, 855, 857, 858, 859, 867, 868, 872, 875, 877, 879, 881, 883, 884, 899, 910, 912, 913, 915, 916, 917, 918, 919, 920, 928, 930, 932, 933, 934, 935, 946, 955, 956, 960, 963, 965, 966, 967, 969, 977, 980, 986, 988, 991, 994, 995, 1004, 1017, 1041, 1052, 1071, 1095, 1100, 1104, 1111, 1112, 1113, 1138, 1144, 1146, 1148, 1150, 1160, 1171, 1176, 1197, 1225, 1227, 1228, 1233, 1244, 1247, 1249, 1253, 1263, 1264, 1265, 1269, 1274, 1276, 1295, 1303, 1332, 1335, 1342
- Menéndez Pelayo**, María Jesús 1324, 1342
- Menéndez Pidal**, Ramón 1140, 1145, 1170, 1171, 1225, 1227
- Menéndez Pintado**, Juan 513, 916
- Menéndez Pintado**, Marcelino 143, 179, 723, 879, 966, 1111, 1112
- Menjón**, Ambrosio 748, 776, 782, 895
- Mera**, José Trajano 699, 702, 834
- Mera**, Juan León 702, 729, 834
- Merino**, Jerónimo 1302
- Mermet**, Auguste 17
- Mesonero Romanos**, Ramón («El curioso parlante») 5, 8, 10, 11, 61, 69, 109, 116, 117, 141, 144, 145, 155, 174, 177, 178, 183, 198, 219, 246 1014, 1292, 1301
- Mestres**, Apeles 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 218, 238, 246, 256, 261, 271, 279, 281, 302, 310, 390, 395, 564, 566, 571, 586, 588, 594, 603, 619, 657, 749, 901,
- Metastasio**, Pietro 67, 101
- Meyer**, Paul 118, 119
- Miguel Angel (Buonarroti**, Michelangelo) 75, 96, 1339
- Miguélez**, P. Manuel 626, 1347
- Milá y Fontanals**, Manuel 64, 118, 119, 122, 133, 142, 242, 259, 271, 272, 276, 744
- Milego**, Saturnino, 142, 143
- Millares**, Luis 820, 851, 1026
- Millevoye**, Charles-Hubert 67
- Minerva** 96
- Miola**, Alfonso 93
- Miquel i Badia**, Francisco 118, 158, 163, 164, 218, 241, 256, 257, 281, 293, 310, 318, 323, 318, 431, 441, 446, 447, 448, 451, 455, 496, 480, 509, 585, 619, 666, 668, 669, 682, 712, 722, 751, 753, 842, 895, 898, 899, 1014, 1026, 1038, 1115
- Mir y Noguera**, Miguel 346, 361, 368
- Miralles**, Hermenegildo 694, 697, 698, 744, 763, 772, 798, 800, 1034, 1038, 1042, 1073, 1077, 1103, 1130, 1131
- Miranda Carnero**, Pedro 1049, 1164
- Mobellán**, Lorenzo 225
- Moisés** 106, 107
- Moleschott**, Jacob 67
- Molière** (Poquelin, Jean-Baptiste) 17, 67
- Molinos**, Miguel de 84

- Molins, Marqués de**, *ver* Roca de Togores, Mariano
- Momsen**, Theodor 84
- Monaci**, Ernesto 84, 101
- Monasterio**, Jesús de 758, 868
- Monllor**, Juan Bautista 84
- Monserrate**, Miguel de 84
- Montalbán**, Gonzalo de 682, 753, 772, 776, 782, 784, 786
- Montemayor**, Jorge de 64
- Montero**, José 355
- Montero Ríos**, Eugenio 370, 387, 604, 605, 615, 616
- Montes de Oca y Obregón**, Ignacio, *Obispo de Tamaulipas* («Ipandro Acaico») 118, 150, 152, 154, 156, 172, 348
- Montevirgen, Marqués de**, *ver* Quiñones de León y Santalla, Juan
- Monti**, Vincenzo 101
- Montiano y Luyando**, Agustín de 64
- Montoto**, Luis 1062, 1277
- Moragas**, J. 784
- Morel-Fatio**, Alfred 92
- Moret**, Segismundo 756, 789, 1015
- Morgades y Gil**, José 767, 1216, 1219
- Movellán**, Antonio 1210
- Movellán**, Lorenzo 972
- Moya**, Miguel 560, 693
- Muñíos Saenz**, P. 409
- Mulledos**, Manuel 239
- Muntaner**, Ramón 64
- Munthe**, Ake W:son 1025
- Muñoz y Gaviria**, José, Vizconde de San Javier 160
- Muñoz y Pabón**, Juan Francisco 1222, 1235, 1259
- Muratori**, Lodovico Antonio 101
- Muriedas** 1313
- Murillo**, Bartolomé Esteban 17
- Musset**, Alfred de 336
- Musté**, Agustín 1013

N

- Nakens**, José
- Napoleón** 101
- Napoleón III** 17
- Narváez**, Ramón María 1289
- Nascimento**, Francisco Manuel do («Filinto Elysio») 64
- Navarrete**, Ramón de («Asmodeo») 280, 432, 449, 466, 856, 925
- Navarro**, *editor* 168
- Navarro**, Felipe Benicio 334
- Navarro Villoslada**, Francisco 88, 369, 1227
- Navas, Conde de Las**, *ver* López-Valdemoro, Juan Gualberto
- Nebrija**, Antonio de 64
- Nena, la**, *bailarina*, *ver* Perea, Manuela
- Niccolini**, Giovanni Battista 101
- Nicodemus** 91

Nicolás II, Czar de Rusia 548
Niebuhr, Barthold Georg 84
Nobel, Comité de la Academia Sueca 1335
Nocedal, Cándido 87, 127, 175, 176,
194, 346, 710, 1225
Nocedal, Ramón 242
Nolla, Miguel 54

Novelli, Ermete 930, 932, 933, 1031
Nuncio papal 621, 622, 750, 776, 902
Núñez de Arce, Gaspar 60, 247, 346,
351, 491, 500, 501, 927, 930, 1228
Núñez, Pedro Juan 84
Nyrop, Kristoffer 1019

O

Obeso, P. 938
Obligado, Rafael 191, 385, 393, 649
Ocantos, Carlos María 644, 1007,
1056, 1083
Ocharan, Luis 709
Ochino, Bernardino 75
Ochoa, Juan 1036, 1046
Olaran, Ricardo 153, 154, 158, 176,
245, 277, 436, 437, 459, 519, 524
Oliva, Juan 770
Oliveira Marreca, Antonio de 67
Oliveira Martins, Joaquim Pedro 328,
355, 378, 407, 556, 559
Oller, José 1172, 1177, 1210, 1219,
1261
Oller, Juan 557, 558, 802, 1258, 1349
Oller, María, *hija de Narciso* 617, 620,
624, 686, 694, 697, 698, 706, 730,
731, 734, 739, 744, 746, 747, 782,
794, 799, 802, 803, 805, 813, 815,
818, 891, 893, 924, 948, 950, 960,
968, 1005, 1022, 1026, 1034, 1045,
1064, 1103, 1130, 1177, 1288, 1309,
1315, 1334, 1338, 1343, 1348

Oller, Narciso 238, 246, 256, 265, 266,
267, 268, 269, 271, 274, 276, 277,
279, 280, 281, 283, 289, 294, 302,
310, 315, 318, 319, 323, 325, 326,
334, 336, 348, 349, 359, 365, 376,
384, 390, 395, 410, 416, 431, 434,
446, 448, 455, 473, 476, 477, 480,
483, 496, 509, 536, 541, 544, 547,
549, 564, 571, 575, 579, 580, 582,
585, 586, 589, 592, 601, 602, 603,
607, 612, 617, 619, 620, 624, 627,
628, 630, 633, 639, 640, 657, 662,
664, 669, 676, 678, 679, 680, 681,
686, 687, 694, 697, 698, 705, 706,
713, 715, 722, 727, 730, 731, 732,
734, 735, 739, 744, 746, 747, 750,
751, 753, 762, 763, 772, 776, 779,
782, 784, 786, 788, 791, 792, 793,
794, 795, 798, 799, 800, 801, 802,
803, 804, 805, 806, 807, 813, 815,
816, 818, 819, 821, 822, 823, 824,
830, 832, 842, 849, 861, 862, 866,
868, 876, 882, 891, 983, 985, 987,
898, 899, 901, 902, 903, 904, 905,
906, 909, 911, 921, 924, 931, 948,
950, 953, 960, 968, 973, 990, 999,
1001, 1005, 1010, 1013, 1014, 1022,

1026, 1034, 1038, 1042, 1045, 1064,
1075, 1079, 1089, 1103, 1109, 1130,
1131, 1137, 1147, 1163, 1172, 1173,
1177, 1203, 1210, 1216, 1219, 1252,
1258, 1261, 1278, 1279, 1286, 1288,
1309, 1315, 1325, 1334, 1338, 1343,
1348, 1349

Olmedo, José Joaquín de 729

Ondal, T., *práctico* 572

Ondovilla, Agustín 974

Ordaz, Angel 452, 457

«**Orlando**» [¿Giner de los Ríos, Francisco?] 274, 275, 308, 314, 327, 333

Orleans, Antoine D', Duque de Montpensier 548

Ortega Munilla, José 189, 200, 219,
295, 430, 439, 448, 458, 459, 461,
462, 464, 492, 1146, 1223, 1225,
1227, 1228

Ortí Lara, Juan Manuel 112

Ortiz, P. Luis Felipe 726

Ortiz de la Torre, Alfonso 436, 584,
591, 593, 597, 606, 644, 646, 647,
648, 651, 654, 658, 682, 712, 735,
479, 753, 754, 783, 940, 985, 986,
988, 1004, 1027, 1057, 1111, 1112,
1113, 1143, 1146, 1148, 1150, 1154,
1158, 1160, 1162, 1170, 1171, 1173,
1175, 1176, 1198, 1202, 1221, 1252,
1258, 1261, 1279, 1288, 1290, 1305,
1309, 1318, 1329, 1334, 1335, 1338,
1339, 1348, 1349, 1352

Ortiz de la Torre, Dr. José 945, 1176,
1202, 1249, 1348

Osma, Pedro de 75, 119, 124

Osorio da Fonseca, Jerónimo 64

Osuna, Duque de, ver Téllez-Girón y
Velasco, Pedro

Ovejas, Demetrio 510, 513

Ovidio 64, 67, 84, 101

Oyucla, Calixto 191, 393, 649, 711

Ozcáriz, Víctor 36, 91, 105

P

Pacheco, Modesto M. 868

Paez de Castro, Juan 75

Pagés de Puig, Aniceto de 1226, 1231

Pagnino, Santes 84

Palacio, *General* 833

Palacio, Manuel del 511, 513, 518

Palacio Valdés, Armando 197, 252,
264, 266, 267, 273, 280, 307,
314, 333, 350, 351, 356, 357, 387,
392, 396, 397, 402, 421, 435, 445,
454, 463, 503, 510, 511, 520, 522,

526, 545, 548, 576, 590, 887, 912,
1270, 1350

Palau, Melchor de 261, 938

Palencia, Alonso de 75

Pallares, **Conde de**, ver Vázquez de
Parga Somoza y Pallares, Manuel
María

Palmeirin, Luís Augusto 67

Panicair, José A. 1015

Pardo Bazán, Emilia 233, 235, 238,
266, 267, 277, 300, 321, 330, 359,

- 374, 378, 381, 382, 383, 384, 385, 390, 391, 392, 407, 410, 425, 428, 429, 430, 456, 463, 490, 492, 498, 501, 503, 510, 513, 516, 518, 536, 539, 550, 573, 576, 577, 595, 597, 536, 539, 550, 573, 576, 577, 595, 597, 598, 599, 602, 603, 604, 607, 608, 615, 626, 629, 630, 633, 638, 639, 640, 643, 644, 654, 670, 692, 698, 703, 933, 940, 1112
- Pardo Bazán**, Jaime 490
- Pardo de Figueroa**, Mariano, «Dr. Thebussem» 456
- Pardo Iruleta**, Leopoldo 1174, 1175
- Parini**, Giuseppe 101
- Paris**, Gastón 118, 119
- Parra**, Escolástico 622
- Pasamonte**, Fr. Jerónimo de 93
- Pascó**, Josep 1001, 1003
- Pascual**, Juan Carlos
- Pavlovsky**, Isaac Yakolevich 374, 627, 628, 630, 633, 639, 640, 643, 705, 713
- Peamon**, Isaac 1107
- Pedraja**, Eduardo de la 164, 391, 482, 868, 952, 986, 988, 1247
- Pedraja**, Mariano 944, 950
- Pedrero**, Mariano 901, 906, 954, 1014, 1037, 1047, 1073
- Pedrero**, N. 565
- Pedro II** de Aragón 75
- Pedro el Grande de Rusia** 75
- Pedro Mártir**, *ver* Anglería, Pedro Mártir de «**Pedro Sánchez**», *ver* Quintanilla, José María
- Peláez**, Juan, *tío de Jose Maria Quintanilla* 1112
- Pelayo**, Dr. Juan 3, 749, 768, 772, 776
- Pelayo y España**, María Jesús 1113, 1162, 1171, 1244, 1249, 1250, 1253, 1315, 1323, 1324, 1341, 1342
- Pellicer**, Julio 1037, 1156
- Pellico**, Silvio 101
- Peña Ramiro, Conde de**, *ver* Caro y Alvarez de Toledo, Joaquín
- Peña**, Federico de la 30
- Peral**, Isaac 503, 633
- Perea**, Manuela, «la Nena» 17
- Pereda**, Antonio, *sobrino* 1198
- Pereda**, Juan Francisco de, *padre* 920
- Pereda y Sánchez Porrúa**, Juan Agapito 40, 41
- Pereda y Sánchez Porrúa**, Manuel Bernabé 42, 320, 321, 323, 325, 326, 328, 343, 375, 382, 398, 469, 472, 473, 476, 485, 506, 545, 547, 548, 549, 643, 969
- Pereda y Sánchez Porrúa**, Sor Trinidad Modesta 281, 375
- Pereda y Revilla**, Fernando 280
- Pereda y Revilla**, José María 169, 706, 717, 719, 739, 771, 804, 805, 806, 882, 890, 938, 945, 946, 948, 950, 986, 1026, 1045, 1325, 1347
- Pereda y Revilla**, Juan Manuel 88, 89, 185, 305, 316, 481, 486, 488, 489, 491, 492, 497, 498, 200, 503, 581, 612, 613, 614, 615, 616, 617, 621, 622, 628, 675, 681, 682, 685, 686, 689, 694, 698, 705, 717, 727, 730, 732, 744, 745, 746, 747, 748, 752, 753, 755, 756, 757, 758, 764, 766, 767, 768, 770, 794, 795, 796, 812, 815, 844

- Pereda y Revilla, María** 169, 375, 498, 625, 631, 694, 697, 698, 705, 706, 717, 719, 730, 739, 744, 746, 747, 760, 771, 772, 776, 779, 782, 784, 786, 791, 792, 793, 794, 799, 800, 803, 804, 805, 806, 813, 818, 849, 885, 890, 891, 893, 916, 921, 924, 930, 931, 933, 936, 940, 943, 944, 945, 948, 950, 960, 968, 973, 990, 999, 1004, 1005, 1006, 1013, 1022, 1026, 1053, 1086, 1103, 1134, 1215, 1286, 1288, 1301, 1309, 1315, 1323, 1334, 1339, 1343, 1348, 1349
- Pereda y Revilla, Salvador** 169, 360, 368, 373, 376, 706, 717, 719, 739, 791, 804, 805, 806, 807, 810, 815, 816, 882, 890, 936, 938, 940, 943, 945, 946, 948, 950, 1004, 1026, 1028, 1084, 1112, 1154, 1172, 1173, 1175, 1176, 1177, 1207, 1329, 1336, 1337
- Pereda y Revilla, Vicente** 316, 340, 343, 717, 739, 804, 818, 945, 973, 1026, 1084, 1175, 1242, 1250, 1251, 1252, 1258, 1261, 1271
- Pereda Sánchez, Manuel** 180
- Pérez, Ángel B.** 580, 586, 898
- Pérez, Domingo** 93
- Pérez Caballero, Juan** 239
- Pérez Cuevas, *periodista*** 441
- Pérez de Camino, Fernando** 514, 615, 616, 656, 657, 680, 681, 686, 687, 691, 694, 697, 698, 706, 713, 715, 722, 727, 730, 731, 732, 747, 763, 793, 798, 799, 803, 805, 818, 819, 821, 822, 823, 832, 842, 849, 861, 869, 876, 882, 891, 893, 897, 899, 902, 903, 911, 924, 931, 953, 959, 960, 995, 999, 1017, 1022, 1151, 1159, 1170, 1171, 1174, 1175, 1195, 1200, 1202, 1207, 1210, 1212, 1213, 1215, 1221, 1255, 1324
- Pérez Escrich, Enrique** 160, 267
- Pérez Galdós, Benito** 47, 48, 50, 52, 66, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 77, 78, 80, 81, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 102, 105, 106, 107, 108, 120, 121, 128, 129, 134, 135, 138, 139, 145, 146, 148, 150, 152, 156, 157, 160, 162, 166, 177, 189, 197, 205, 206, 207, 210, 211, 212, 213, 215, 216, 217, 218, 219, 226, 227, 248, 249, 250, 253, 264, 265, 266, 268, 269, 273, 274, 275, 280, 281, 290, 291, 292, 297, 304, 306, 307, 308, 310, 311, 312, 313, 314, 316, 317, 320, 321, 330, 333, 344, 345, 350, 351, 352, 353, 355, 356, 357, 369, 373, 374, 376, 377, 378, 379, 383, 384, 387, 392, 396, 397, 399, 400, 402, 405, 407, 410, 417, 419, 421, 423, 428, 430, 436, 437, 439, 444, 443, 444, 464, 466, 471, 474, 476, 477, 480, 481, 485, 486, 488, 491, 493, 494, 495, 496, 498, 499, 500, 01, 502, 503, 504, 505, 511, 512, 517, 520, 522, 532, 534, 541, 545, 548, 563, 569, 576, 586, 602, 607, 608, 612, 630, 636, 637, 663, 670, 675, 698, 713, 718, 720, 723, 724, 725, 727, 728, 733, 736, 737, 755, 760, 761, 768, 771, 773, 777, 778, 780, 781, 785, 787, 789, 790, 807, 826, 827, 828, 835, 840, 846, 848, 849, 894, 915, 920, 930, 932, 933, 938, 946, 953, 955, 956, 957, 960, 963, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 977, 979, 980, 981, 982, 983, 984, 985, 986,

- 988, 990, 1004, 1023, 1024, 1031, 1037, 1041, 1047, 1048, 1052, 1054, 1070, 1077, 1078, 1080, 1084, 1088, 1102, 1133, 1148, 1173, 1185, 1218, 1219, 1220, 1224, 1238, 1242, 1260, 1271, 1279, 1282, 1289, 1302, 1322, 1346, 1352
- Pérez Galdós**, Ignacio 162, 166, 373, 1346
- Pérez Nieva**, Alfonso 926
- Pérez de la Riva**, Ángeles 1028
- Pérez de la Riva**, Federico 1, 3
- Pérez de la Riva**, Leonor 1028
- Pérez de la Riva**, Victoriano 3
- Pérez Sánchez** 1251
- Pérez y Uliva**, Isidro 239
- Pérez Villamil**, Manuel 143, 154
- Pericles** 96, 101
- Peris Mencheta**, Francisco 371
- Perojo**, José del 104, 845
- Petrarca**, Francesco 96, 101
- Pezuela**, Juan de la, Conde de Chestre 500, 548, 858, 868, 987
- Picó i Campamar**, Ramón 261, 266, 679, 690, 722, 730, 902, 924
- Picón**, Jacinto Octavio 266, 267, 374, 1071, 1133, 1176
- Picón Febres**, Gonzalo 1135
- Pidal y Mon**, Alejandro 71, 95, 99, 103, 104, 127, 187, 193, 201, 229, 243, 259, 266, 276, 331, 912, 988
- Piedra y Piedra**, Aurelio 796, 868
- Pilatos** 105
- Pin y Soler**, José 480, 602, 656, 657, 686, 747, 1014, 1079, 1125
- Pino**, Rosario 1159
- Pio IX**, *Papa* 84
- Pirala**, Antonio 1070
- Pisistrátidas**, Hípias e Hiparco 96
- Pla**, Cecilio 1098
- Pla**, Segundo 30, 33
- Plasencia**, Antonio 169, 343, 348
- Platón** 96, 101
- Plauto**, Tito Muccio 269
- Plegueruelo**, Jesús 1280
- Plinio** 833
- Plotino** 96
- Poggio Bracciolini**, Gian Francesco 96
- Polanco**, Victoriano 514
- Polidura**, Esteban 995
- Poliziano**, Angelo 75, 96
- Pollés**, José 770
- Polo y Peyrolón**, Manuel 94, 98, 111, 112, 125, 126, 130, 147, 159, 161, 181, 188, 196, 200, 202, 220, 223, 230, 232, 236, 254, 255, 257, 258, 262, 311, 343, 362, 366, 368, 570, 645, 677, 688, 752, 764, 765, 775, 839, 918, 919, 920, 1198
- Pombal**, **Marqués de**, *ver* Carvalho e Melo, Sebastião José de
- Pombo**, Carlos 593, 868, 1156
- Pombo Conejo**, Juan 122
- Pomponazzi**, Pietro 101
- Pomponio Mela** 74, 1190
- Porcher**, Jacques 1029, 1030, 1063
- Porcio Latro**, Marco 75
- Porta**, Juan Bautista della 93
- Posadillo Vernacci**, María del Carmen 425, 524, 581

- Pou**, Bartolomé 75
Pous i Pagés, Josep 1061
Pozas, Ángel 552
Prati, Giovanni 101
Prescott, William H. 1092, 1165
Presidente de la Sociedad de Socorros Mutuos de Naturales de Santander, Cienfuegos 303
Presidente y Secretario de la Liga de Contribuyentes de Santander 868, 993

- Prisco**, Giuseppe 1227
Propercio, Sexto 93, 101
Prudencio, Aurelio Clemente 64, 75
Pueyo, Gregorio 1168
Puig i Valls, Rafael 1172
Puig, E. Francisco, *librero* 792, 793, 794, 800
Puymaigre, Théodore Josep Boudet, Conde de Puymaigre 118, 124

Q

- Queipo de Llano**, José María, Conde de Toreno 100
Quental, Antero de 378, 407
Querol, Fernando de 1287
Quesada, Antonio 1090, 1143
Quesnel, Leo 374
Quevedo, Francisco de 64, 75, 372
Quijano, *ver* Díaz de Quijano
Quijano, *sobrino de Pereda* 1170
Quijano, Gilberto 671, 672, 857, 868
Quijano, José María 849, 868, 885, 949, 974, 1170, 1175, 1234, 1274
Quijano, María 558, 1154
Quintana, Zenón 64, 484, 517, 520
Quintanilla, Ceferino 436, 461, 1121
Quintanilla, José María («Pedro Sánchez»; «Gil Ossorio y Sánchez») 266, 292, 305, 306, 369, 371, 372, 378, 408, 412, 413, 415, 421, 423, 424, 425, 428, 429, 432, 435, 436, 437, 441, 448, 461, 484, 489, 492, 497, 521, 524, 528, 529, 557, 559, 588, 606, 610, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 621, 622, 630, 631, 646, 654, 658, 678, 680, 681, 682, 684, 691, 692, 723, 744, 746, 749, 776, 783, 810, 811, 814, 856, 866, 868, 869, 872, 878, 880, 902, 930, 932, 933, 935, 936, 937, 938, 940, 943, 944, 945, 946, 959, 973, 986, 987, 988, 995, 999, 1016, 1021, 1034, 1045, 1111, 1112, 1113, 1121, 1150, 1154, 1160, 1170, 1171, 1175, 1176, 1178, 1186, 1195, 1238, 1242, 1243, 1250, 1255, 1269, 1270, 1311, 1322, 1324, 1349
Quintanilla, Sinforoso 173, 316, 340, 346, 412, 437, 445, 461, 469, 529, 604, 605, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 621, 622, 631, 681, 682, 684, 691, 726, 746, 747, 749, 776, 868, 936, 940, 943, 946, 986, 995, 999, 1001, 1028, 1034, 1035, 1045, 1111, 1113

Quintanilla, Zoilo 316, 355, 357, 461, 469, 529

Quintano y Torres, José 1269

Quiñones de León y Santalla, Cayo, Marqués de San Carlos 605

Quiñones de León y Santalla, Juan, Marqués de Montevirgen 605

Quintiliano, Marco Fabio 75

Quita, Domingo dos Reis 64

R

Rabasa, Emilio 460

Rabassa y Pont, Esperanza (*mujer de Oller*) 269, 271, 302, 310, 318, 325, 334, 410, 431, 473, 476, 477, 483, 496, 536, 544, 617, 620, 657, 686, 697, 698, 730, 731, 739, 746, 794, 802, 803, 815, 968, 1026, 1172, 1177, 1286, 1309, 1343, 1348

Racine, Jean 17

Rada y Delgado, Juan de Dios 143, 459

Rajna, Pio 101

Ramírez, Narciso, Sucesores de, *editores* 541, 544, 547, 563, 570, 575, 576

Ramón, Federico de 613, 689

Ramos Carrión, Miguel 1206

Rasilla, Juan 601, 760, 777, 784, 788, 791, 792, 793, 798, 799

Ravachol, Francois Claudius Koenigs-
tein 698

Rebello da Silva, Luis Augusto 67

Recaredo 701

Redonnet, Félix 1344

Reinoso, Félix José 64

Relosillas, Juan J. 427

Remón, P. 748

Renán, Ernest 67

Reparaz, Conde de, *ver* Herranz y Gonzalo, Juan José

Resende, García de 64

Revilla, Aurelio de la 210, 316, 350, 422, 469, 529, 613, 615, 616, 675, 681, 682, 685, 686, 690, 727, 746, 749, 810, 823, 868, 874, 877, 902, 932, 940, 946, 986, 1034, 1170, 1255

Revilla, Diodora de la 63, 98, 120, 169, 269, 271, 293, 302, 310, 316, 318, 319, 325, 334, 340, 343, 346, 348, 360, 361, 375, 404, 425, 428, 431, 469, 473, 483, 496, 498, 536, 544, 581, 584, 606, 613, 615, 622, 625, 657, 658, 686, 688, 698, 705, 719, 730, 738, 744, 746, 747, 748, 779, 782, 791, 792, 793, 799, 804, 818, 819, 829, 837, 849, 869, 890, 924, 930, 932, 938, 940, 943, 945, 968, 973, 986, 1001, 1013, 1022, 1026, 1034, 1053, 1080, 1086, 1134, 1286, 1315, 1324, 1329, 1341

Revilla, Dolores 488

Revilla, Eutimio de la 749, 818, 819, 821, 943, 945, 946, 948, 949

- Revilla**, Fernando de la 221, 280
- Revilla**, Gertrudis de la 229, 269, 375, 506, 644, 688, 746
- Revilla**, Javier 489
- Revilla**, Jesús 644, 988, 1042, 1045
- Revilla**, Manuel de la 23, 68, 69, 76, 85, 87, 143, 170, 179
- Reyes**, Arturo 567, 927, 1000, 1028, 1074, 1144, 1241
- Reyes**, Juan 481
- Ribeiro**, Bernardim 64
- Riancho**, Agustín 444
- Ribeiro**, Tomás 67
- Ribera**, Diego 17
- Ribera**, Rafael 10
- Ricci**, Paolo [Fileno] 96
- Riego**, Rafael del 138, 339, 1224
- Rienzi**, Nicholas 96
- Riera i Bertrán**, Joaquim 261, 302, 323, 326, 395, 496, 973, 1072
- Rigolboche**, La, *bailarina de París* 17
- Rímíni**, Francesca de 96
- Río**, Alfredo del 572, 1117
- Río Iturralde**, Daniel del 470, 542
- Rioja**, *secretario del ayuntamiento de Santander* 1175
- Ríos y Ríos**, Ángel de los 100, 214, 741, 742, 744, 825, 829, 833, 838, 843, 845, 850, 852, 853, 854, 857, 858, 865, 867, 868, 870, 871, 872, 873, 874, 886, 889, 914, 923, 935, 942, 943,, 949, 961, 998, 1043, 1044, 1065, 1066, 1069, 1082
- Ríos y Ríos**, Valentín de los, Marqués de Santa Cruz de Aguirre 1043
- Riquer**, Alexandre de 806, 807
- Riva Herrera**, Manuel de la 933
- Riva Palacio**, Fermín de la 1116, 1118
- Riva Palacio**, Vicente 670
- Rivadeneira**, P. Pedro de 75
- Rivas Moreno**, Francisco 1076, 1120
- Rivas, Duque de**, *ver* Saavedra y Ramírez de Baquedano, Angel
- Rivero**, Enrique 1286, 1301, 1309, 1315, 1343
- Rivero**, Valentín 1240, 1266, 1284, 1299, 1317
- Rivero y Méndez**, Ángel 523
- Roca de Togores**, Mariano, Marqués de Molins 491, 495
- Rodil**, Pedro 1284
- Rodrigo**, Amadeo 187
- Rodrigo Sama**, Eduardo 277, 284, 288
- Rodríguez**, Atilano 338, 339
- Rodríguez de Bedia**, Evaristo 631, 1186, 1189
- Rodríguez Marín**, Francisco 935, 940, 1002, 1006, 1062, 1257
- Rodríguez Rubí**, Tomás 142
- Rodríguez Saura** 1119
- Rodríguez Serra**, Francisco 100, 1171
- Rojas Zorrilla**, Francisco 1212
- Rolli**, Pablo 101
- Romana, Marqués de la**, *ver* Caro y Sureda, Pedro
- Romanones, Conde de**, *ver* Figueroa Torres, Alvaro de
- Romea**, Julián 17, 638, 932
- Romero Ortiz**, Antonio 96, 221

Romero Robledo, Francisco 503, 858, 863, 871, 1094, 1219
Rosado, Manuel 364
Rosell, Cayetano 142
Rosmini, Antonio 101
Rouanet, Leo 1185
Roure, Narciso 703
Rua Figueroa y Somoza, Amalia de la 550
Rubén Darío, *ver* Darío, Rubén
Rubio, *político* 613, 615, 616, 618, 622
Rubió y Lluch, Antoni 199
Rubió y Ors, Joaquín 118, 259
Rueda, Lope de 618
Rueda, Salvador 364, 401, 437, 441, 448, 487, 492, 551, 555, 567, 1156, 1217
Ruiz, Ángel 1093, 1097
Ruiz, Antonio 937, 1028
Ruiz Amado, Hilarión 274, 281, 318, 348, 424, 832, 911, 1014
Ruiz Cobos, Andrés 459, 471, 474
Ruiz Contreras, Luis («Palmerín de Oliva») 515, 757, 895, 932, 1176, 1181, 1182, 1183, 1184, 1187, 1188, 1192, 1193, 1194, 1196, 1197, 1199, 1202, 1205, 1206, 1208, 1211, 1226, 1229, 1239, 1245, 1319
Ruiz i Pablo, Ángel 1003, 1008,
Ruiz y Porta, Juan 1287
Ruiz Zorrilla, Manuel 88, 139, 371, 938

S

Sá de Miranda, Francisco 64
Saavedra, *ingeniero* 912, 920
Saavedra y Ramírez de Baquedano, Ángel, Duque de Rivas 266, 491
Sabino, Celio 1191
Saco del Valle, Carlos 1081
Saco del Valle Flores, Arturo 1081
Sáenz de Aguirre, José 75
Sáenz de Miera, Eugenio 1236, 1238
Sáenz de Miera, José, *Cardenal* 1236, 1238
Sáenz Santa María, R. 572
Sagasta, Práxedes Mateo 486, 522, 548
Sainz, Bernabé («Candongga») 811
Sainz, Luis 793
Saiz Fernández 867
Sala, Mario de la 716
Salamanca, Obispo de 84, 988, 1273
Salcedo Ruiz, Ángel 403
Salces Gutiérrez, Manuel 1050
Saleta, Honorato de 844, 896
Saleta, Pablo de la 941
Salmerón, Nicolás 113
Salmones, Francisco 814
Salustio, Cayo Crispo 93
Salvá, Vicente 93

- San Agustín** 84, 93
- San Ambrosio** 75
- San Carlos, Marqués de**, *ver* Quiñones de León y Santalla, Cayo
- San Clemente** 75
- San Eugenio de Toledo** 143
- San Ignacio** 75
- San Isidoro** 84, 833
- San Javier, Vizconde de**, *ver* Muñoz y Gaviria, José
- San Jordi**, Jordi de 64
- San José** 91, 97, 727, 1034
- San Juan** 91
- San Juan Bautista** 618
- San Juan de Carbonara** 93
- San Juan de la Cruz** 214
- San Leandro** 143
- San Luis Potosí, Obispo de** 833, 884
- San Pablo** 75, 1148
- San Pedro** 76
- San Pedro**, Juan Manuel 1
- San Román, conde de**, *ver* Losada Pardo, Francisco Javier
- San Roque** 1
- San Zoilo** 1055
- Sannazaro**, Jacobo 93, 247
- Sancha**, G. 899, 908
- Sánchez**, Tomás Antonio 64
- Sánchez y Antuñana**, Manuel 554
- Sánchez de las Brozas**, Francisco (el Brocense) 64
- Sánchez Bustillo**, Cayetano 930
- Sánchez de Lima**, Miguel 93
- Sánchez de Merodio**, Prudencio 940, 1028
- Sánchez Mármol**, Manuel 1254
- Sánchez Ortiz**, Modesto 694, 806, 866, 1014
- Sánchez Pérez**, Antonio 845, 930, 950
- Sánchez del Pino** 1065
- Sánchez de Porrúa**, Indalecio 275, 1095
- Sánchez Toca**, Joaquín 614, 615, 616
- Sancho Noriega** 951
- Sancho Rayón**, José 143, 681
- Sanjurjo**, Antonio 868
- Sanseverino**, Gaetano 101
- Sanseverino**, Violante 75
- Santa Cruz y Bustamante**, Ramiro de, *dibujante y figurinista* 1200, 1207, 1213, 1221
- Santa Cruz**, Fray Agustín de 64
- Santa Cruz de Aguirre, Marqués de**, *ver* Ríos y Ríos, Valentín de los
- Santa Juliana** 71
- Santa Teresa** 937
- Santander, Obispo de** 615, 828, 830, 832, 932, 933
- Santiago**, Santo Apóstol 320
- Santo Mauro, Duque de**, *ver* Fernández de Henestrosa, Mariano de
- Santo Tomás de Aquino** 75, 84, 93, 179
- Sanz del Río**, Julián 67, 113
- Sarabia**, José Antonio 1112
- Sardá**, Joan 238, 242, 261, 289, 318, 323, 325, 359, 384, 416, 434, 441, 448, 451, 507, 509, 602, 747, 802,

- 842, 921, 924, 931, 950, 960, 968, 999, 1014, 1026, 1038, 1075
- Sarpi**, Fr. Paolo, *Servita* 75
- Saturnino** 2
- Sauvestre**, Stephen 430
- Savine**, Albert 238, 242, 277, 279, 284, 300, 310, 334, 336, 359, 374, 376, 1089
- Savioli**, Lodovico 101
- Savonarola**, Girolamo 96
- Sawa**, Alejandro 988
- Sbarbi**, José María 912
- Scott**, Walter 101, 836
- Sebastián**, rey de Portugal 93
- Secades**, Ramón 716
- Seix**, Jaime 662, 664, 669
- Selgas Carrasco**, José 221
- Sellés**, Eugenio 345, 351, 357
- Séneca**, Lucio Anneo 64, 75, 150
- Sepúlveda**, Juan Ginés de 64, 75
- Seripando, Girolamo**, *Cardenal* 93
- Serna**, Fray Melchor de la 99
- Serpa Pimentel**, Antonio de 67
- Servet**, Miguel 84
- Sestini**, Bartolomeo 101
- Setián González**, Miguel 660
- Shakespeare**, William 101, 199, 477, 1024
- Sienkiewicz**, Henryk 1335
- «**Sierra**, Eusebio» (Eusebio Cuerno de la Cantolla) 552, 1199, 1200, 1202, 1204, 1207, 1211, 1213, 1221, 1226, 1229, 1255
- Sigea**, Luisa 64, 67
- Silio Itálico** 75
- Silva**, Inocencio de 67
- Silva Braga**, Guilherme 67
- Silva Tulio**, Antonio da 65
- Silvela**, Francisco 495, 604, 605, 606, 613, 912, 932, 1147, 1189
- Simarro Lacabra**, Dr. Luis 1249, 1250, 1251, 1253, 1258
- Simeoni**, Giovanni, *cardenal* 76, 85
- Simmaco**, Quinto Aurelio 84
- Sismondi**, Jean Charles Leonard de 101
- Soares de Passos**, Antonio Augusto 67
- Sobeira**, Vasco de 64
- Sócrates** 59
- Sojo y Lomba**, Fermín 1261
- Sojo**, Dr. 715, 802, 893, 960, 1279
- Sojo**, María, *sobrina de Pereda* 816, 990
- Sol, Conde de**, *ver* Carbonero y Sol, León
- Solano y Polanco**, Ramón de 1002, 1186
- Solís**, Antonio de 1092
- Solita**, *esposa de J. M. Quijano* 849, 885
- Somoza**, Ramón 62
- Soriano**, Rodrigo 860, 864
- Sosa**, Francisco 1091, 1092, 1254
- Sota Romate**, Mariano 553
- Sota y Lastra**, Dr. Ramón 935, 996, 1017, 1028, 1268, 1283
- Soto Freire**, Manuel 13, 15, 19, 21, 27, 28, 29, 30, 41, 42
- Soto y Calvo**, Francisco 1101
- Soto y Calvo**, Juan 1143, 1300
- Sotomayor, Duque de** 1170
- Sousa**, Fr. Luis de 67

- Spaventa**, Bertrando 92, 101
Stazo, Aquiles 75
Sterne, Lawrence 101
Strozzi, *familia* 96
Stúñiga, Lope de 84
Suárez, P.Francisco 64
Suárez, Victoriano, *librero* 128, 133, 135, 148, 164, 170, 175, 181, 226, 232bis, 264, 266, 273, 296, 301, 302, 327, 397, 432, 484, 492, 497, 499, 503, 536, 544, 545, 591, 593, 619, 641, 642, 761, 771, 785, 787, 792, 793, 823, 826, 838, 839, 842, 917, 980, 982, 996, 1047, 1052, 1054, 1105, 1153, 1171, 1206, 1219, 1239, 1270, 1295, 1345, 1346, 1348, 1349
Suárez Bravo, Ceferino 154, 330, 333, 340, 346
Suárez de Figueroa, Augusto 988
Suñer y Capdevila, Francisco 38
Susillo, Antonio 937, 944, 947, 952, 989, 996, 1086, 1104

T

- Tabarini**, P. Angel 1170
Tácito 93, 1191
Tamaulipas, *Obispo de, ver* Montes de Oca
Tamayo y Baus, Manuel 53, 127, 158, 175, 194, 276, 277, 284, 301, 345, 347, 351, 361, 369, 451, 457, 459, 500, 518, 533, 649, 670, 912, 916, 920, 929, 930, 934, 969, 982, 983, 986, 988, 1004, 1023, 1047, 1052, 1227, 1228
Tannenberg, Boris de 402, 407, 412, 932
Tansillo, Luigi 93
Taparelli, Luigi 101
Tárrega, Francisco Agustín 64, 744
Tasso, Torquato 93
Tejado y Rodríguez, Gabino 88, 118, 930, 1223, 1225, 1226, 1227, 1228, 1233
Telesio, Bernardino 93, 101
Téllez-Girón y Velasco, Pedro, Duque de Osuna 75
Tello, Jacobo, *impresor* 489, 659
Tello, Manuel, *impresor* 127, 128, 129, 133, 151, 169, 185, 189, 232bis, 280, 284, 325, 414, 424, 428, 429, 430, 431, 486, 492, 502, 517, 565, 584, 585, 586, 589, 590, 910, 925, 977, 980, 981, 986, 1119, 1196, 1202
Tena y Vives, Francisco 601, 898
Terán, Luis de 707
Teodosio 75
Termiles, Salvador 1132
Tertuliano 1191
Theresa, Mademoiselle, *cantante de París* 19
Thuiller, Emilio 1138, 1139, 1141, 1142, 1144, 1146, 1148, 1150, 1151, 1154, 1158, 1160, 1162, 1253
Tiberio 93
Tíbulo, Albio 93

Ticknor, George 1165
Tierra, Luis 936
Tío Vega, *barbero* 285
Tiraboschi, Girolamo 101
Tito Livio 64, 75
Toledo, Pedro de 75
Tolosa Latour, Dr. Manuel 548
Tongiorgi, Salvatore 101
Torcida, Andrés 299, 561
Toreno, Conde de *ver* Queipo de Llano, José María
Toro y Gómez, Miguel 1262
Torquemada, Juan de, *Cardenal* 84
Torre, Francisco de la 75, 239
Torre, Manuel 660

Torre y de la Hoz, Luis María, Conde de Torreanaz 406, 613, 615, 616, 671, 868, 932, 935, 1111, 1121
Torres Naharro, Bartolomé 64, 75
Torriente, Ramón 259
Tostado, Alonso 84
Trajano, Marco Ulpio 75
Trápaga y Zorrilla, Francisco S. 868
Trebisonda, Jorge de 75
Treverret, Armand de 247, 328, 465, 678, 1029
Trissino, Gian Giorgio 101
Troya, Carlo 101
Trueba, Antonio de 39, 98, 169, 236
Trueba y Cosío, Telesforo 57

U

Uccelli, Abate 93
Ugolino della Gherardesca, Conde de Donoratico 96
Uhagón, *traductora* 328
Ulloa, Carlos 32
Ulzúrrun, José Miguel D. de 534

Urbina, José Ignacio de 1310, 1321
Urbina Ceballos-Escalera, Julio, Marqués de Cabriñana 930
Urrecha, Federico 449, 458, 484, 489, 597, 599, 838

V

Valbuena, Antonio de («Venancio González») 130, 200, 266, 421, 1014
Valdés, Alfonso de 75, 84
Valdés, Juan de 75, 93

Valera, Juan 60, 67, 85, 87, 119, 122, 124, 127, 133, 136, 142, 143, 150, 155, 182, 195, 287, 328, 378, 410, 491, 622, 633, 642, 699, 916, 920, 934, 988, 1030, 1176, 1180,
Valgañón, Pedro 989, 1104

- Valls y Vicens**, José María 600, 602
- Valmar, Marqués de**, *ver* Cueto, Luis Augusto de
- Van der Straten-Ponthoz**, Gabriel Auguste 124
- Van Hamel**, Anton Gerard 837
- Vannucci**, Atto 101
- Vaucells y Marqués**, José 700
- Vayreda**, Mariano 1072, 1167
- Vázquez de Parga Somoza y Pallares**, Manuel María, Conde de Pallares 40, 615, 621
- Vega**, Federico de la 20, 22, 80, 88, 90, 224
- Vega**, Garcilaso de la 64, 75, 93, 876
- Vega**, Dr. Ramón 396, 823, 1154
- Vega Cagigas**, Pedro («Cantaclaro») 766, 1186, 1189
- Vela**, *choricero* 658
- Velarde**, Pedro 7, 9, 12, 13, 14, 100, 286, 337, 338, 339
- Velázquez**, Diego 17, 892, 1285
- Venancia**, *ama de llaves de Pereda* 818, 924, 932
- Vera**, Augusto 92, 101
- Veranda**, J. 1116
- Verdaguer**, Jacinto 118, 682, 706, 1275, 1278
- Verdaguer Callis**, Narciso 690, 706, 747, 751, 753, 767, 772
- Vergara**, Juan V. 939
- Vermiglio**, Giuseppe 75
- Vernacci y Setgse**, Guadalupe 581
- Verri**, Pietro 101
- Verzosa**, Juan de 75
- Vial**, Enrique 1166, 1323
- Vial**, Federico de 562, 574, 615, 621, 631, 667, 682, 692, 727, 730, 732, 749, 868, 960, 985, 989, 996, 1016, 1028, 1074, 1086, 1104, 1144, 1151, 1159, 1166, 1169, 1171, 1200, 1207, 1213, 1221, 1232, 1234, 1238, 1242, 1248, 1250, 1251, 1267, 1272, 1294, 1323
- Vial**, Gonzalo 1166, 1323
- Vial**, Leopoldo 615, 1104
- Viardot**, Louis 17
- Vicente**, Cipriano 833
- Vicente**, Gil 64
- Vicenti**, Alfredo 355, 357, 481
- Vicetto Pérez**, Benito 20
- Vich**, Obispo de 750
- Vico**, Gianbattista 93
- Vico y Pintos**, Antonio 932
- Vidal de Valenciano**, Cayetano 118, 133, 176, 185, 238, 256, 261, 271, 281, 302, 310, 318, 334, 348, 359, 361, 363, 365, 368, 376, 384, 390, 431, 451, 455, 476, 509, 536, 549, 602, 619, 657, 669, 744, 747, 753, 782
- Vidart**, Luis 104, 143, 453
- Viesca**, José María de la, Marqués de la Viesca de la Sierra, 868, 930, 932, 933, 986, 1111, 1175
- Vilanova**, Arnaldo de 75, 84, 118, 154, 158, 163
- Vilanova**, Emili 261, 265, 266, 280
- Villa**, Vicente 1
- Villahermosa, Duque de**, *ver* Aragón Azlor e Idiáquez, Francisco Xavier de

Villahermosa, Duquesa de, *ver* Azlor de Aragón e Idiáquez, María del Carmen

Villamil, *ver* Pérez-Villamil, Manuel

Villar García, Martín 261

Villatorre, Marqués de, *ver* Bustamante y Casaña, Antonio

Villatorre, Marquesa de, *ver* Casaña del Mazo, Margarita

Villegas, Baldomero 888, 889, 892

Villelga Rodríguez, Emilio 270

Vincent, E. E. 1058

Vinuesa, P. José 748

Virgilio, Publio Marone 93, 96, 129

Vives, Amadeo 1175

Vives, Luis 64

Volpicella, Escipion 93

Voltaire [Arouet, François Marie] 77, 101, 148

W

Waternau, Charles 374

Wiclf [Wycliffe, John] 75

Y

Yannelli, Cataldo 93

Ybarra, José María [?] 168

Ybarra González, José María, Conde de Ibarra 1028

Ycaza 1255

Ymaz Polanco, Restituto 1106

Young, James Carleton 1281, 1285

Yxart, Francisco de Paula 869, 876, 906

Yxart, José 246, 261, 267, 271, 279, 289, 310, 319, 323, 325, 349, 359,

390, 395, 434, 441, 448, 451, 455, 477, 507, 509, 525, 531, 536, 541, 544, 547, 549, 563, 564, 566, 568, 570, 571, 575, 579, 588, 602, 603, 607, 612, 617, 619, 624, 640, 657, 681, 682, 694, 698, 706, 727, 730, 731, 739, 744, 747, 753, 762, 763, 772, 794, 798, 802, 803, 804, 806, 807, 816, 819, 824, 842, 849, 861, 862, 866, 869, 876, 882, 901, 902, 904, 1013, 1014, 1026, 1288

Z

Zacarias, P. *agustino* 1347

Zahonero, José 534, 988

Zamora, Obispo de 606, 726, 879

Zanella, Giacomo 101

Zeno, Pietro Apostolo, *ver* Apostolo
Zeno

Zenón, *ver* Quintana, Zenón

Zola, Emile 266, 267, 310, 318, 334,
336, 365, 844, 1293

Zorrilla, José 169, 172, 491, 524, 527,
530, 1085

Zorrilla, Nel 1189

Zorrilla del Collado, Santos 204, 208

Zorrilla y García, Dr. Juan 880, 1085,
1195

Zuleta, Eduardo 1055, 1212

Zulueta, *marido de Leonor* 1053, 1179

Zumalacárregui, Tomás de 1048

Zumelzu, Luis 995

Zumelzu, Mariano 331, 335, 340, 399

Zumelzu Aja, José («Juanito
Romero») 399, 400, 521, 557, 558,
613, 615, 616, 621, 622, 682, 684,
744, 753, 776, 868, 872, 895

